

JEFFREY EUGENIDES

La trama nupcial



Lectulandia

Estamos a principios de los años ochenta del siglo pasado. Madeleine Hanna, una romántica incurable que está escribiendo su tesis sobre el amor en Jane Austen y George Eliot. También ella se convertirá en protagonista de una historia de amor apasionada, dolorosa e intensa. Porque en su vida aparecerán dos hombres muy diferentes. Leonard Bankhead, solitario, carismático y brillante estudiante de ciencias, y Mitchell Grammaticus, estudiante de teología atormentado por las dudas. Una vez finalizada la universidad, el triángulo se mantendrá, obligándoles a enfrentarse con el final de la juventud y a reflexionar sobre el sentido último de la vida y la verdadera naturaleza del amor.

Lectulandia

Jeffrey Eugenides

La trama nupcial

ePub r1.3

xelenio 18.03.14

Título original: *The Marriage Plot*
Jeffrey Eugenides, 2011
Traducción: Jesús Zulaika Goicoechea
Ilustraciones: Roberta Maddalena

Editor digital: xelenio
Corrección de erratas: Castroponce
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para los compañeros de apartamento,
Stevie y Moo Moo

La gente no se enamoraría nunca si no
hubiera oído hablar del amor.

FRANÇOIS DE LA ROCHEFOUCAULD

Y puede que te preguntes:
Bien, ¿y cómo he llegado aquí...?
y puede que te digas:
Ésta no es mi bonita casa.
Y puede que te digas:
Ésta no es mi preciosa mujer.

TALKING HEADS

Un loco enamorado

Para empezar, mira todos esos libros. Sus novelas de Edith Wharton, ordenadas no por títulos sino por fechas de publicación. La colección de Henry James de la Modern Library, regalo de su padre cuando cumplió veintiún años. Los manoseados libros en rústica que tuvo que leer en la facultad... mucho Dickens, algo de Trollope, junto con unas buenas raciones de Austen, George Eliot y las temibles hermanas Brontë. Un lote completo de libros de bolsillo en blanco y negro de New Directions, mayormente poesía de gente como H. D. o Denise Levertov. Estaban también las novelas de Colette que leía de tapadillo. La primera edición de *Parejas*, que era de su madre y que Madeleine había hojeado a hurtadillas en los últimos años de primaria y ahora utilizaba como soporte textual para su tesis de licenciatura en Lengua sobre la trama nupcial. Era, en suma, una biblioteca de tamaño medio —sin dejar de ser portátil— en gran medida representativa de lo que Madeleine había leído en la universidad, una colección de textos que parecían elegidos al azar, y cuyo centro de atención se iba estrechando poco a poco, como en un test de personalidad —uno sofisticado en el que no puedes hacer trampas adivinando la intención de las preguntas y acabas tan perdido que lo único que puedes hacer es responder con la verdad palmaria—. Y al cabo quedas a la espera del resultado, confiando en que te salga «Artística», o «Apasionada», y diciéndote que podrías seguir viviendo si te saliera «Susceptible», y temiendo íntimamente que pudiera salirte «Narcisista» u «Hogareña», aunque el resultado final es de doble filo y te hace sentirte diferente según el día, la hora o el chico con el que estás saliendo: «Incorregiblemente romántica».

Éstos eran los libros en la habitación donde Madeleine estaba echada en la cama, con una almohada sobre la cabeza, la mañana de su graduación. Los había leído todos, algunos de ellos muchas veces, a menudo subrayando pasajes, pero eso no la ayudaba ahora en nada. Madeleine intentaba hacer caso omiso de la habitación y de todo su contenido. Con la esperanza de volver al olvido donde había estado acostada y a salvo durante las tres horas pasadas. Cualquier nivel más alto de vigilia la obligaría a enfrentarse a ciertos hechos desagradables: por ejemplo, la cantidad y variedad de alcohol que había ingerido la noche pasada, y el hecho de que se había dormido con las lentillas puestas. Pensar en estos hechos concretos la habría llevado, en primer lugar, a recordar las razones por las que había bebido tanto, algo que no quería hacer en ningún caso. Así que Madeleine se ajustó la almohada encima de la cabeza, impidiendo el paso a la luz de la mañana, y trató de volver a dormir.

Pero en vano. Porque justo entonces, al otro extremo del apartamento, empezó a sonar el timbre.

Principios de junio, Providence, Rhode Island; hacía casi un par de horas que había salido el sol, que iluminaba la blanquecina bahía y las chimeneas de la central

eléctrica de Narragansett, que se alzaba como el sol de encima del escudo de la Universidad de Brown que engalanaba todos los gallardetes y banderolas desplegados por el campus, un sol de semblante sagaz que representaba el conocimiento. Pero este sol —el que iluminaba el cielo de Providence— mejoraba con creces el sol metafórico del escudo, porque los fundadores de la universidad, en su pesimismo baptista, habían decidido representar la luz del conocimiento encapotada por un manto de nubes, para indicar que la ignorancia no se había erradicado aún del reino humano, mientras que el sol real estaba ahora abriéndose paso a través de una formación nubosa y proyectaba astillados rayos de luz que infundían a los escuadrones de padres, que se habían pasado el fin de semana empapados y helados, cierta esperanza de que el tiempo —tan atípico para aquella época del año— no les arruinara la jornada de fiesta. En todo College Hill, en los geométricos jardines de las mansiones de estilo georgiano, en los jardines delanteros con aroma de magnolia de las mansiones victorianas, a lo largo de las aceras enladrilladas que discurrían junto a verjas de hierro parecidas a las de las viñetas de Charles Addams o las historias de Lovecraft; en el exterior de los estudios de arte de la Rhode Island School of Design, donde un estudiante de pintura que se había pasado toda la noche trabajando tenía puesta a Patti Smith a todo volumen; arrancando destellos a los instrumentos (tuba y trompeta, respectivamente) de los dos miembros de la banda de desfiles de Brown que habían llegado demasiado temprano al punto de cita y miraban en torno nerviosos, preguntándose dónde estaban los demás; reluciendo en las calles laterales adoquinadas que llevaban ladera abajo hasta el río contaminado, el sol brillaba en cada pomo de latón, en cada ala de insecto, en cada hoja de hierba. Y, al unísono con la luz que inundaba súbitamente la mañana, como un pistoletazo de salida a toda actividad de la jornada, el timbre de la puerta del apartamento del cuarto piso de Madeleine empezó a sonar de forma insistente y clamorosa.

Los timbrazos le llegaban menos como un sonido que como una sensación, un shock eléctrico que le recorría el espinazo. Se quitó la almohada de encima de la cabeza con un solo movimiento y se incorporó en la cama. Madeleine sabía quién estaba tocando el timbre. Sus padres. Había quedado en desayunar con Alton y Phyllida a las 7.30. La cita la había concertado con ellos dos meses atrás, en abril, y ahí los tenía ahora, a la hora convenida, de aquel modo impaciente y responsable. Que Alton y Phyllida hubieran venido en coche desde Nueva Jersey para ver su graduación, que lo que se disponían a celebrar aquel día fuera no sólo el logro académico de su hija sino el logro propio como padres, no tenía nada de raro o de inesperado en sí mismo. El problema era que Madeleine, por primera vez en su vida, no quería participar en ello. No estaba orgullosa de sí misma. No estaba de humor para celebraciones. Había perdido la fe en la importancia de aquel día y de lo que representaba.

Pensó en no abrir. Pero sabía que si no abría ella, lo haría alguna de sus compañeras de apartamento, y entonces tendría que explicar su desaparición de la noche anterior, y adónde y con quién había ido. Así que, muy a regañadientes, se levantó de la cama y se enderezó.

La cosa —allí de pie— pareció ir bien durante un momento: la cabeza la sentía extrañamente ligera, como si se hubiera vaciado. Pero luego la sangre, que le fluía dentro del cráneo como arena que cae en un reloj de arena, se topó con un obstáculo, y sintió un estallido de dolor en la nuca.

En medio de tal dolor, como el furioso núcleo del cual éste emanara, el timbre volvió a sonar.

Salió de su cuarto y avanzó descalza y dando traspiés hasta el interfono del recibidor, y apretó el botón HABLE para acallar el timbre.

—¿Sí?

—¿Qué pasa? ¿No has oído el timbre? —Era la voz de Alton, tan grave y autoritaria como siempre, pese al hecho de estar saliendo de un altavoz tan pequeño.

—Lo siento —dijo Madeleine—. Estaba en la ducha.

—Anda ya... ¿Nos dejas pasar, por favor?

Madeleine no quería. Tenía que lavarse antes.

—Bajo ahora mismo —dijo.

Esta vez mantuvo apretado unos cuantos segundos el botón de HABLE, cortando así la respuesta de Alton. Volvió a apretarlo y dijo:

—¿Papá?

Pero mientras ella decía esto Alton debía de estar hablando también, porque cuando apretó el botón de ESCUCHE no le llegaron más que ruidos de la electricidad estática.

Madeleine aprovechó esta pausa en la comunicación para apoyar la frente en el marco de la puerta. La madera tenía un tacto agradable y fresco. De pronto le vino a la cabeza el pensamiento de que, si mantenía la cara apretada contra aquella madera tranquilizadora, tal vez sería capaz de curarse el dolor de cabeza, y de que, si podía mantener la frente apretada contra el marco de la puerta durante el resto del día, mientras de alguna forma salía a la vez del apartamento, quizá lograría desayunar con sus padres, marchar en el desfile de graduación y conseguir el título de fin de carrera.

Levantó la cara y volvió a apretar HABLE.

—¿Papá?

Pero lo que le llegó fue la voz de Phyllida.

—¿Maddy? ¿Qué pasa? Déjanos entrar.

—Mis compañeras aún están dormidas. Bajo yo. No volváis a tocar el timbre.

—¡Queremos ver tu apartamento!

—Ahora no. Bajo. No toquéis más el timbre.

Apartó la mano de los botones y se echó hacia atrás, lanzando una mirada furiosa al interfono, como desafiándole a que volviera a sonar. Cuando vio que no lo hacía, empezó a volver sobre sus pasos por el pasillo. Estaba a mitad de camino del cuarto de baño cuando emergió delante de ella su compañera Abby, cortándole el paso. Bostezaba, y se pasaba una mano por la abundante cabellera, y luego, al ver a Madeleine, sonrió con complicidad.

—Vaya —dijo—. ¿Adónde fuiste cuando te escabulliste anoche?

—Mis padres están ahí abajo —dijo Madeleine—. Tengo que ir a desayunar con ellos.

—Venga, cuéntame.

—No hay nada que contar. Tengo prisa.

—¿Por qué llevas la misma ropa, entonces?

En lugar de responder, Madeleine se miró la ropa. Diez horas atrás, cuando cogió prestado el vestido Betsey Johnson negro de Olivia, Madeleine pensó que le quedaba muy bien. Pero ahora lo sentía caliente y pegajoso, el grueso cinturón de piel se le antojaba una atadura sadomasoquista y había una mancha cerca del dobladillo que no tenía el menor deseo de identificar.

Abby, entretanto, había llamado a la puerta de Olivia.

—Vale ya con el corazón roto de Maddy —dijo, ya dentro—. ¡Despierta! Tienes que ver esto.

El camino hacia el cuarto de baño estaba despejado. Madeleine necesitaba desesperadamente —casi médicamente— una ducha. Como mínimo tenía que lavarse los dientes. Pero la voz de Olivia era ya audible. Dentro de unos segundos Madeleine tendría a dos compañeras de apartamento interrogándola. Sus padres pronto volverían a tocar el timbre. Desanduvo el pasillo con el mayor sigilo, despacio. Se puso unos mocasines que había junto a la puerta, asentando bien los talones mientras tentaba el equilibrio y salió a toda prisa al descansillo.

El ascensor la aguardaba al final de la moqueta floreada. Y la aguardaba abierto —cayó en la cuenta Madeleine— porque no había cerrado la puerta corredera al salir de él dando tumbos unas horas antes. Ahora cerró la puerta por completo y pulsó el botón del vestíbulo, y el vetusto artefacto experimentó una sacudida y empezó a descender a través de la negrura interior del edificio.

El edificio de Madeleine, un castillo neorrománico conocido como el Narragansett, se había construido a principios de siglo y ocupaba la pendiente en esquina de Benefit y Church Street. Entre los elementos de la época que aún conservaba —el lucernario de vidrio de colores, los candelabros de pared dorados, el vestíbulo de mármol— estaba el ascensor. Construido a la manera de una gigantesca jaula con barras metálicas curvadas, el aparato aún funcionaba con normalidad, pero se movía con lentitud, y, mientras descendía poco a poco hacia el vestíbulo,

Madeleine tuvo la oportunidad de hacer que su aspecto fuera un poco más presentable ante sus padres. Se pasó los dedos por el pelo, peinándose. Se adecentó los dientes delanteros frotándose los con el dedo índice. Se frotó las pestañas para quitarse las briznas secas de rímel y se humedeció los labios con la lengua. Por último, al pasar por la balaustrada de la segunda planta, se miró en el pequeño espejo de la pared trasera.

Una de las cosas buenas de tener veintidós años, o de ser Madeleine Hanna, era que tres semanas de angustia romántica, seguidas de una noche de colosal exceso alcohólico, no bastaban para hacer demasiado visibles los estragos. Salvo la ligera hinchazón alrededor de los ojos, Madeleine seguía siendo la misma persona morena y guapa de siempre. Las simetrías de su cara —nariz recta, pómulos y línea de la barbilla parecidos a los de Katharine Hepburn— eran de tal precisión que parecían matemáticas. Sólo la fina arruga de la frente delataba el carácter levemente ansioso de la persona que Madeleine creía, en esencia, ser.

Vio a sus padres esperando abajo. Estaban atrapados entre la puerta del vestíbulo y la puerta de la calle. Alton con una chaqueta de cloqué, Phyllida con un traje azul marino y un bolso a juego con hebillas doradas. Por espacio de unos segundos, Madeleine sintió el impulso de detener el ascensor y dejar a sus padres varados en aquel vestíbulo en medio de todos aquellos aderezos de ciudad universitaria —los pósters de grupos New Wave con nombres como los Jodida Desdicha o los Clítoris, la pornografía de los dibujos de Egon Schiele del alumno del Rhode Island School of Design del segundo piso, las clamorosas fotocopias que transmitían de forma implícita el mensaje de que los valores cabales y patrióticos de la generación de sus padres estaban ya en el basurero de la historia, y habían sido reemplazados por una sensibilidad nihilista y pospunk que Madeleine ni siquiera entendía pero que le encantaba utilizar para escandalizar a sus padres fingiendo entenderla perfectamente —, pero finalmente el ascensor se detuvo en la planta baja y ella abrió la puerta y salió al vestíbulo a recibirlos.

Alton fue el primero en entrar.

—¡Aquí está! —dijo con avidez—. ¡La licenciada universitaria!

Con sus habituales modos imperiosos, se abalanzó hacia su hija para abrazarla. Madeleine se puso tensa; temía oler a alcohol o, aún peor, a sexo.

—No sé por qué no nos dejas ver tu apartamento —dijo Phyllida al llegar hasta ella—. Estaba deseando conocer a Abby y a Olivia. Nos encantaría invitarlas a comer luego.

—No nos quedamos a comer —le recordó Alton.

—Bueno, podríamos quedarnos. Depende de lo que tenga que hacer Maddy.

—No, ése no es el plan. El plan es desayunar con Maddy e irnos después de la ceremonia.

—Tu padre y sus planes —le dijo Phyllida a Madeleine—. ¿Vas a llevar ese vestido a la ceremonia?

—No sé —dijo Madeleine.

—No puedo acostumbrarme a esas hombreras que llevan las jovencitas. Son tan hombrunas.

—Es de Olivia.

—Pareces agotada, Mad —dijo Alton—. ¿Gran fiesta anoche?

—No mucho.

—¿No tienes nada tuyo que ponerte? —dijo Phyllida.

—Llevaré la toga encima, mamá —dijo Madeleine, y, para conjurar cualquier ulterior inspección, los guió por el vestíbulo en dirección a la calle. Una vez fuera, el sol había perdido su batalla con las nubes y se había esfumado. El tiempo no tenía mejor cara que el fin de semana pasado. El Baile del Campus, el viernes por la noche, se había suspendido por la lluvia. La ceremonia religiosa de graduación del domingo se había celebrado bajo una llovizna pertinaz. Ahora, lunes, la lluvia había cesado, pero la temperatura era más propia del Día de San Patricio que del Memorial Day.

Mientras esperaba a que sus padres la alcanzaran en la acera, a Madeleine le vino a la cabeza la idea de que la víspera no había practicado el sexo (no exactamente). Y ello le procuró cierto consuelo.

—Tu hermana se disculpa por no poder venir —dijo Phyllida al salir—. Tiene que llevar a Ricardo Corazón de León a que le hagan una ecografía.

—¿Qué le pasa? —preguntó Madeleine.

—Uno de los riñones lo tiene pequeño, parece ser. Los médicos quieren tenerlo controlado. En mi opinión, lo que hacen todas esas ecografías es encontrar cosas por las que preocuparse.

—Hablando de ecografías —dijo Alton—, necesito hacerme una de la rodilla.

Phyllida no le prestó atención.

—De todas formas, Allie está *desolada* por no poder verte licenciarte. Y también Blake. Pero esperan que tú y tu nuevo galán podáis visitarles este verano, camino del Cape.

Había que estar muy alerta con Phyllida. Ahí la tenías, en apariencia hablando del pequeño riñón de Ricardo Corazón de León, y ya habiendo cambiado de asunto al referirse al nuevo novio de Madeleine, Leonard (a quien Phyllida y Alton no conocían), y a Cape Cod (donde Madeleine —según había anunciado— pensaba cohabitar con él). Un día normal —en el que el cerebro le funcionara con normalidad—, Madeleine se las habría arreglado para mantenerse un paso por delante de Phyllida, pero aquella mañana lo único que acertaba a hacer era dejar que las palabras se perdieran en el aire, a su espalda.

Por fortuna, Alton cambió de tema.

—Así que ¿dónde recomiendas que desayunemos?

Madeleine se dio la vuelta y dirigió una mirada vaga a todo Benefit Street.

—Hay un sitio por aquí cerca.

Echó a andar arrastrando los pies por la acera. Pasear —moverse— parecía una buena idea. Precedió a sus padres a lo largo de una hilera de casas típicas y bien cuidadas, con letreros históricos, y de un gran edificio de apartamentos coronado de gabletes. Providence era una ciudad corrupta, asolada por el crimen y controlada por la mafia, pero allí en lo alto de College Hill esto era algo difícil de ver. Abajo, en la sombría distancia, se divisaba el esquemático centro urbano, y las fábricas textiles muertas o moribundas. Allí arriba, las calles estrechas, muchas de ellas adoquinadas, ascendían a través de hileras de mansiones o serpeaban bordeando cementerios puritanos llenos de lápidas tan estrechas como las puertas del cielo, calles con nombres como Prospect, Benevolent, Hope y Meeting, calles que convergían todas ellas en el campus frondoso de la cima. La absoluta elevación física sugería una equivalente elevación intelectual.

—¿No son encantadoras estas aceras de pizarra? —dijo Phyllida, a la zaga de su hija—. Nosotros también tuvimos aceras de pizarra en nuestra calle. Tienen *mucho* más encanto. Pero el ayuntamiento las quitó y puso unas de hormigón.

—Y nos hicieron pagar la factura, además —dijo Alton. Cojeaba ligeramente, a la zaga de su mujer y su hija. La pernera derecha del pantalón gris marengo acusaba cierto abultamiento debido a la rodillera que solía llevar en la pista de tenis. Alton había sido campeón del club en su categoría de edad durante doce años consecutivos, y era uno de esos tipos entrados en años con una banda para el sudor ceñida a la coronilla calva, una frente llena de arrugas y una expresión asesina en la mirada. Madeleine se había pasado la vida tratando de ganarle a Alton. Sin éxito. Y ello era tanto más exasperante cuanto que ella había llegado a ser mejor jugadora que él. Pero siempre que le ganaba un set a su padre éste empezaba a intimidarla, a portarse como un bellaco y a discutir todas las jugadas, hasta lograr que el juego de Madeleine se viniera abajo. Madeleine temía que pudiera haber en ello algo paradigmático, y que estuviera destinada a ir por la vida acobardándose ante hombres menos capaces. Sus partidos de tenis contra Alton habían adquirido para ella una importancia tan desmesurada en el plano personal que siempre que jugaba contra él lo hacía sometida a una gran tensión— con los resultados previsibles. —Y Alton, cuando ganaba, seguía regodeándose, todo sonrosado y saltarín, como si la hubiera derrotado por pura superioridad.

En la esquina de Benefit con Waterman, pasaron junto a la First Baptist Church, con el remate de su aguja blanca. En preparación de la ceremonia, se habían instalado altavoces en el césped. Un hombre con pajarita, con aspecto de decano, fumaba nerviosamente un cigarrillo e inspeccionaba un montón de globos atados a la valla del

cementerio anexo.

Para entonces Phyllida había alcanzado a Madeleine y la había cogido del brazo para sortear los salientes del suelo de pizarra, empujado hacia la superficie por las raíces de los plátanos nudosos que flanqueaban el bordillo. De niña, Madeleine pensaba que su madre era muy guapa, pero de eso hacía muchísimo tiempo. La cara de Phyllida, con los años, se había hecho pesada; las mejillas empezaban a colgarle hacia los lados, como las de los camellos. Su ropa conservadora —propia de una filántropa o de la esposa de un embajador— tendía a ocultarle la figura. Ahora la fuerza de Phyllida residía en su pelo. Un peinado caro en forma de delicada cúpula, como un quiosco abovedado destinado a representar un acto que llevaba largo tiempo en cartel: su cara. Pues, hasta donde Madeleine podía recordar, a Phyllida jamás le habían faltado las palabras ni había sentido timidez alguna respecto de cuestiones de etiqueta. Cuando estaba con sus amigas, a Madeleine le gustaba burlarse de los formalismos de su madre, pero a menudo se sorprendía comparando los modales de otra gente con los de Phyllida, y ésta siempre se llevaba la palma.

Y, justo en ese momento, Phyllida estaba mirando a Madeleine con una expresión apropiada para el momento: entusiasmada por la pompa y ceremonia, deseosa de hacer preguntas inteligentes a cualquiera de los profesores de Madeleine que pudieran presentarle, o de intercambiar cumplidos con otros padres. Disponible, en suma, para cualquier persona o cualquier cosa, en consonancia con el boato social y académico de la situación, lo cual agravaba en grado sumo el sentimiento de marginación de Madeleine, tanto aquel día como para el resto de su vida.

Siguió andando, sin embargo, y tras cruzar Waterman Street subió las escaleras de Carr House en busca de refugio y de café.

El local acababa de abrir. El tipo de detrás de la barra, con gafas Elvis Costello, estaba dando un último aclarado a la máquina de café. En una mesa que había contra la pared, una chica de pelo rosa y tieso fumaba un cigarrillo de clavo y leía *Las ciudades invisibles*. En el equipo estéreo que había encima del frigorífico sonaba «Tainted Love».

Phyllida, pegándose el bolso al pecho en ademán de protegerse, se había detenido para mirar detenidamente el arte estudiantil que se exhibía en las paredes: seis pinturas de pequeños perros enfermos de la piel con collares hechos de envases de lejía.

—¿No es curioso esto? —dijo, tolerante.

—La Boheme... —dijo Alton.

Madeleine instaló a sus padres en una mesa cercana a la ventana salediza, tan lejos como le fue posible de la chica del pelo rosa, y se dirigió a la barra. El tipo se tomó su tiempo para acercarse. Madeleine pidió tres cafés —uno doble para ella— y *bagels*. Mientras tostaban los *bagels*, llevó los cafés a sus padres.

Alton, que no podía sentarse a desayunar sin leer, había cogido un *Village Voice* que habían dejado en una mesa y le estaba echando una atenta ojeada. Phyllida miraba abiertamente a la chica del pelo rosa.

—¿Crees que eso puede ser cómodo? —inquirió en voz baja. Madeleine se volvió y vio que la chica llevaba los tejanos negros y deshilachados sujetos por varios centenares de imperdibles.

—No lo sé, mamá. ¿Por qué no vas y se lo preguntas?

—Tengo miedo de que me suelte un bofetón.

—Según este artículo —dijo Alton, que leía el *Voice*—, la homosexualidad no existió hasta el siglo XIX. Es un invento. Se inventó en Alemania.

El café estaba caliente, y salutíferamente bueno. Mientras lo tomaba a sorbos, Madeleine se iba sintiendo mejor poco a poco.

Al cabo de unos minutos, se levantó para ir a coger los *bagels*. Estaban un poco quemados, pero no quiso esperar a que le hicieran otros, así que se los llevó a la mesa. Tras examinar el suyo con expresión desabrida, Alton se puso a rasparlo con ánimo punitivo con el cuchillo de plástico.

Phyllida preguntó:

—¿Vas a ver a Leonard hoy?

—No estoy segura —dijo Madeleine.

—¿Hay algo que quieras que sepamos?

—No.

—¿Seguís con la idea de vivir juntos este verano?

Madeleine había comido ya un trozo de *bagel*. Y dado que la respuesta que debía dar a su madre era hartamente complicada —en sentido estricto, Madeleine y Leonard no seguían con la idea de vivir juntos porque habían roto hacía tres semanas, a pesar de lo cual Madeleine no había perdido por completo la esperanza de que pudieran reconciliarse y pensaba en lo mucho que se había esforzado por hacer que sus padres se acostumbraran a la idea de que iba a vivir con su novio y no quería poner en peligro todo el camino recorrido en tal sentido admitiendo que el plan estaba descartado—, sintió un gran alivio al encontrar una vía de escape: se señaló con un dedo la boca llena para indicar que no podía contestarle.

—Bueno, ahora ya eres una adulta —dijo Phyllida—. Puedes hacer lo que quieras. Pero, para que conste, tengo que decir que no lo apruebo.

—Ya tenemos constancia sobrada de eso —intervino Alton.

—¡Porque sigue siendo una mala idea! —clamó Phyllida—. No me refiero a que sea o no una conducta impropia. Me refiero a los problemas prácticos. Si te vas a vivir con Leonard, o con cualquier otro joven, y es él el que tiene trabajo, entonces tú empiezas con desventaja. ¿Qué pasa si no os lleváis bien? ¿Adónde te vas tú? No tienes ningún sitio donde vivir. Ni nada en que ocuparte.

Que su madre tenía razón en su análisis, que el trance sobre el que Phyllida le estaba advirtiendo era exactamente el trance en el que ahora se encontraba, no bastó para que Madeleine se mostrara de acuerdo con su madre.

—Tú dejaste el trabajo cuando me conociste —le dijo Alton a su mujer.

—Por eso sé bien de qué hablo.

—¿Podríamos hablar de otra cosa? —dijo por fin Madeleine, que había acabado de tragar lo que tenía en la boca.

—Claro que podemos, cariño. Esto será lo último que diré sobre el asunto. Si cambias de idea, siempre puedes venir a casa. A tu padre y a mí nos encantará tenerte con nosotros.

—A mí no —dijo Alton—. No la quiero en casa. Volver al hogar siempre es una mala idea. Sigue manteniéndote a distancia.

—No te preocupes —dijo Madeleine—. Eso haré.

—Tú decides —dijo Phyllida—. Pero si vienes a casa, tendrás que ocupar la buhardilla. Así podrás entrar y salir a tu antojo.

Para su sorpresa, Madeleine se vio considerando la oferta de Phyllida. ¿Por qué no contárselo todo a sus padres, acurrucarse en el asiento trasero del coche y permitir que la llevaran a casa? Podría instalarse en su antiguo cuarto, con la cama trineo y el papel pintado de Madeleine. Podía convertirse en una solterona, como Emily Dickinson, y escribir poemas llenos de brillo y de guiones largos, y no engordar nunca.

Phyllida la sacó de su ensoñación.

—¿Maddy? —dijo—. ¿No es ése tu amigo Mitchell?

Madeleine se volvió en la silla.

—¿Dónde?

—Creo que es Mitchell. Allí, al otro lado de la calle.

En el cementerio, sentado a la manera hindú sobre el césped recién cortado, estaba, en efecto, su «amigo» Mitchell Grammaticus. Movía los labios, como si estuviera hablando consigo mismo.

—¿Por qué no le invitas a sentarse con nosotros? —dijo Phyllida.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Me encantaría charlar con él.

—Seguramente estará esperando a sus padres —dijo Madeleine.

Phyllida levantó la mano y saludó a través de la calle a pesar de que Mitchell estaba demasiado lejos para verla.

—¿Qué está haciendo ahí sentado en el suelo? —preguntó Alton.

Los tres Hanna se quedaron mirándole mientras él seguía en su medio loto.

—Bien, si no vas tú a preguntárselo, iré yo —dijo por fin Phyllida.

—De acuerdo —dijo Madeleine—. Muy bien. Iré a preguntárselo.

El día iba caldeándose un tanto, aunque no demasiado. En la lejanía se congregaban unas grandes nubes negras. Madeleine bajó los escalones de Carr House, cruzó la calle y entró en el camposanto. En el interior de la iglesia, alguien estaba probando los altavoces, y repetía, fastidiosamente: «Sussex, Essex y Kent. Sussex, Essex y Kent.» Una bandera, que ondeaba en la entrada de la iglesia, rezaba: «Curso de 1982». Bajo la bandera estaba sentado Mitchell. Seguía moviendo los labios en silencio, pero cuando vio que se acercaba Madeleine dejó de hacerlo de inmediato.

Madeleine se detuvo a unos pasos.

—Están mis padres —le informó.

—Es el día de la graduación —respondió Mitchell en un tono carente de inflexiones—. Están todos los padres.

—Quieren saludarte.

Al oír esto, Mitchell sonrió ligeramente.

—Seguramente no saben que no me hablas.

—No, no lo saben —dijo Madeleine—. Pero te estoy hablando, de todas formas. Ahora. Estoy hablando contigo.

—¿Bajo coacción o por un cambio de política?

Madeleine desplazó su peso de un lado a otro, y arrugó la cara, doliente.

—Mira, tengo mucha resaca. No he dormido casi nada. Mis padres no llevan aquí más que diez minutos y ya me están volviendo loca. Así que si pudieras venir un momento a saludarles sería fantástico.

Los ojos grandes y emotivos de Mitchell parpadearon un par de veces. Llevaba una camisa retro de tela de gabardina, pantalones oscuros de lana y unos zapatos Oxford viejos. Madeleine nunca le había visto en pantalones cortos o en zapatillas de tenis.

—Lo siento —dijo Mitchell—. Siento lo que pasó.

—Muy bien —dijo Madeleine, apartando la mirada—. No importa.

—Me porté muy mal, como siempre.

—Yo también.

Se quedaron callados un momento. Madeleine sintió la mirada de Mitchell y se cruzó de brazos.

Lo que había sucedido era lo siguiente: una noche del pasado diciembre, muy preocupada por su vida romántica, Madeleine se había encontrado con Mitchell en el campus y le había pedido que la acompañara a su apartamento. Necesitaba atención masculina, y flirteó con él —sin llegar a admitírselo a sí misma del todo—. En el dormitorio, Mitchell había cogido un tarro de gel de calor del escritorio y le había preguntado qué era. Madeleine le había explicado que, a veces, la gente *atlética* tenía agujetas. Que se daba cuenta de que era muy posible que Mitchell no hubiera

experimentado nunca nada semejante, dado que se pasaba el día en la biblioteca, pero que era como ella le decía. En ese momento, Mitchell se había acercado por detrás y le había untado con gel la parte de atrás de la oreja. Madeleine había dado un respingo, y ya de pie le había gritado a su amigo, y se había limpiado el pegote con una camiseta. Aunque estaba en su derecho de enfadarse, también se daba perfecta cuenta (incluso entonces) de que estaba utilizando el incidente como un pretexto para hacer que Mitchell se fuera de su dormitorio y para encubrir el hecho de que había estado flirteando con él. Lo peor del incidente fue lo afectado que parecía estar Mitchell, como a punto de echarse a llorar. No hacía más que repetir cuánto lo sentía, que sólo estaba bromeando, pero Madeleine le ordenó que se marchara inmediatamente de su cuarto. En los días siguientes, al recordar el incidente, Madeleine se sentía cada vez peor. Se disponía casi a llamar a Mitchell para pedirle disculpas cuando recibió una carta de él; una carta de cuatro hojas minuciosamente detallada, convincentemente argumentada, psicológicamente astuta, discretamente hostil en la que la llamaba «calientapollas», y aseveró que su conducta aquella noche había sido «el equivalente erótico de *panem et circenses*, sólo que en este caso sólo circenses». La siguiente vez que se encontraron, Madeleine hizo como si no lo conociera, y no se habían hablado desde entonces.

Ahora, en el cementerio de la First Baptist Church, Mitchell alzó la mirada hacia ella y dijo:

—De acuerdo. Vamos a saludar a tus padres.

Phyllida le hizo señas con la mano al verlo subir los escalones. Con la voz de flirteo que reservaba para los amigos de Madeleine que más le gustaban, dijo en voz alta:

—Me ha parecido que eras tú, allí sentado. ¡Parecías un swami!

—¡Enhorabuena, Mitchell! —dijo Alton, estrechándole enérgicamente la mano a Mitchell—. Gran día, hoy. Todo un hito. Una generación nueva toma las riendas.

Invitaron a Mitchell a sentarse con ellos y le preguntaron si quería comer algo. Madeleine volvió a la barra para pedir más café, feliz de que Mitchell mantuviera a sus padres ocupados. Al contemplarlo allí sentado, con la ropa de su padre, enfrascado en la conversación con Alton y Phyllida, Madeleine pensó —como tantas veces había pensado— que Mitchell era el tipo de chico inteligente, sensato y grato a los padres del que tendría que enamorarse y con quien tendría que casarse. El hecho de que nunca se enamoraría de Mitchell y nunca se casaría con él, precisamente por tal idoneidad, era un indicio más —en una mañana repleta de ellos— de lo jodida que estaba en las cuestiones del corazón.

Cuando volvió a la mesa, ninguno de los tres le hizo caso alguno.

—Así que ¿cuáles son tus planes para después de licenciarte? —estaba diciendo Phyllida.

—Mi padre me hace la misma pregunta —respondió Mitchell—. No sé por qué, pero piensa que Ciencias de la Religión no es una especialidad demasiado comercial.

Madeleine sonrió por primera vez aquella mañana.

—¿Veis? Mitchell tampoco tiene ningún trabajo programado.

—Bueno, casi lo tengo —dijo Mitchell.

—No lo tienes —le retó Madeleine.

—Lo digo en serio.

Explicó que Larry Pleshette, su compañero de cuarto, y él habían dado con un plan para combatir la recesión. Como licenciados en letras que llegaban al mercado de trabajo en una época en la que el desempleo era del nueve y medio por ciento, habían decidido, tras profundas reflexiones, irse del país y permanecer fuera de él todo el tiempo posible. Al final del verano, después de haber ahorrado el dinero suficiente, iban a viajar de mochileros por Europa. Y después de ver todo lo que había que ver en Europa, volarían a la India y se quedarían allí hasta que se les acabara el dinero. El viaje les iba a llevar ocho o nueve meses, quizá un año.

—¿Te vas a la India? —dijo Madeleine—. Eso no es un trabajo.

—Vamos a ser asistentes de investigación —dijo Mitchell—. Con el profesor Hughes.

—¿El del departamento de Teatro?

—Vi un programa sobre la India hace poco —dijo Phyllida—. Era terriblemente deprimente. ¡Qué pobreza!

—Para mí eso es un aliciente, señora Hanna —dijo Mitchell—. Me encuentro en mi salsa en la miseria.

Phyllida, que no podía soportar este tipo de engorros, dio por terminada su solemnidad y susurró, divertida:

—¡Entonces vas al sitio perfecto!

—Puede que yo también me vaya de viaje —dijo Madeleine en tono amenazador.

Nadie reaccionó. Alton se limitó a preguntar a Mitchell:

—¿Qué vacunas se necesitan para la India?

—Contra el cólera y el tifus. La gammaglobulina es opcional.

Phyllida sacudió la cabeza.

—Tú madre debe de estar muy preocupada.

—Cuando estuve en el ejército —dijo Alton—, nos pusieron millones de vacunas. Ni siquiera nos decían para qué eran.

—Creo que me iré a París —dijo Madeleine en voz más alta—. En lugar de buscarme un trabajo.

—Mitchell —continuó Phyllida—, con tu interés por las ciencias de la religión, creo que la India es una elección muy acertada. Lo tienen todo. Hinduismo, islamismo, sijismo, zoroastrismo, jainismo, budismo. ¡Es como Baskin-Robbins! La

religión siempre me ha fascinado. Al contrario que mi marido, que es todo él una duda, como Tomás el apóstol.

Alton parpadeó.

—Pongo en duda hasta la existencia de ese apóstol.

—¿Conoces a Paul Moore, el *Obispo* Moore, de la catedral de San Juan el Divino? —dijo Phyllida, acaparando la atención de Mitchell—. Es un gran amigo nuestro. Puede que te interese conocerle. Estaremos encantados de presentártelo. Cuando estamos en la ciudad, yo siempre voy a los servicios de la catedral. ¿Has estado alguna vez en alguno? Oh. Bueno... ¿Cómo describirlo? Es sencillamente..., bueno, ¡sencillamente *divino*!

Phyllida se llevó una mano a la garganta, satisfecha de su ingenio, mientras Mitchell, complaciente —e incluso convincente—, le reía la gracia.

—Hablando de dignatarios religiosos —terció Alton—, ¿os he contado mi encuentro con el Dalái Lama? Fue en aquella cena para recaudar fondos en el Waldorf. Estábamos en la fila de invitados; como mínimo, debía de haber unas trescientas personas. El caso es que cuando por fin llegamos hasta el Dalái Lama, le pregunté: «¿Tiene usted alguna relación con Dolly Parton?».

—¡Yo estaba avergonzada! —exclamó Phyllida—. Me moría de vergüenza.

—Papá —dijo Madeleine—. Vais a llegar tarde.

—¿Qué?

—Deberíais ir yendo, si queréis conseguir un buen sitio.

Alton miró su reloj.

—Aún tenemos una hora.

—Se llena de gente enseguida —insistió Madeleine—. Tendríais que iros ahora mismo.

Alton y Phyllida miraron a Mitchell, como si fuera en él en quien confiaran. Por debajo de la mesa, Madeleine le dio un pequeño puntapié, y él, alertado, aseguró:

—Sí, se pone horrible de lleno.

—¿Cuál es el mejor sitio? —preguntó Alton, sin dejar de dirigirse a Mitchell.

—Al lado de las puertas de Van Wickle. En lo alto de College Street. Por ahí es por donde entramos.

Alton se levantó de la mesa. Después de estrechar la mano de Mitchell, se inclinó para besar a Madeleine en la mejilla.

—Te veremos luego. Miss Graduación, 1982.

—Enhorabuena, Mitchell —dijo Phyllida—. Me ha gustado mucho verte. Y recuerda, cuando estés en tu Gran Viaje, que no tienes que dejar de enviarle a tu madre montones de cartas. Si no, le dará un soponcio.

A Madeleine le dijo:

—Tú deberías cambiarte de vestido antes del desfile. Tiene una mancha que se ve

mucho.

Con ello, Alton y Phyllida, en toda su deslumbrante realidad paterna —chaqueta de cloqué y bolso, gemelos y perlas—, cruzaron el espacio de ladrillo beige de Can House y salieron a la calle.

Como para subrayar su partida, una nueva canción llenó el aire: la voz aguda de Joe Jackson elevándose sobre una percusión de sintetizador. El tipo de detrás de la barra subió el volumen.

Madeleine apoyó la cabeza sobre la mesa, y el pelo le tapó la cara.

—No volveré a beber jamás —dijo.

—Últimas palabras célebres.

—No tienes ni idea de lo que me está pasando.

—¿Y cómo voy a saberlo? No me hablabas.

Sin levantar la mejilla de la mesa, Madeleine dijo con voz lastimera:

—No tengo casa. Voy a recibir un título universitario y soy una «Sin casa».

—Sí, ya.

—¡Lo soy! —porfió Madeleine—. Primero se suponía que me iba a Nueva York con Abby y Olivia. Luego parecía que me mudaba al Cape, así que les dije que se buscaran otra compañera de apartamento. Y ahora ni me voy al Cape ni tengo adónde ir. Mi madre quiere que vuelva a casa, pero antes me suicido.

—Yo me voy a casa a pasar el verano —dijo Mitchell—. A *Detroit*. Por lo menos a ti te espera Nueva York.

—Ni siquiera me han contestado de los cursos de posgrado, y estamos ya en *junio* —continuó Madeleine—. ¡Tendría que haber sabido algo hace más de un mes! Podría llamar al departamento de admisiones, pero no lo hago porque me da miedo que me digan que no me han admitido. Mientras no lo sepa, me queda la esperanza.

Hubo de pasar un momento antes de que Mitchell hablara de nuevo.

—Puedes venir a la India conmigo —dijo.

Madeleine abrió un ojo y, a través de una espiral de pelo, vio que Mitchell no bromeaba del todo.

—Ni siquiera es lo del posgrado —dijo Madeleine. Aspiró profundamente, y confesó—: Leonard y yo hemos roto.

Era enormemente placentero decir lo que había dicho, poner nombre a su tristeza, y por lo tanto Madeleine se sorprendió mucho ante la frialdad de la respuesta de Mitchell.

—¿Por qué me cuentas eso? —dijo Mitchell.

Madeleine levantó la cabeza, y se apartó el pelo de la cara.

—No lo sé. Querías saber lo que me pasaba.

—En realidad no. Ni siquiera te lo he preguntado.

—Pensé que podía importarte —dijo Madeleine—. Porque eres mi amigo.

—Muy bien —dijo Mitchell, en tono súbitamente sarcástico—. ¡Nuestra maravillosa amistad! Nuestra amistad no es una verdadera amistad porque funciona según tu antojo. Tú pones las reglas, Madeleine. Si tú decides que no quieres hablarme durante tres meses, pues no hablamos. Luego decides que sí me hablas porque necesitas que entretenga a tus padres, y nos volvemos a hablar. Somos amigos cuando quieres que seamos amigos, y no somos nunca más que amigos porque tú no quieres que lo seamos. Y yo tengo que apechugar con eso.

—Lo siento —dijo Madeleine, molesta y cogida por sorpresa—. No me gustas así.

—¡Exacto! —exclamó Mitchell—. Yo no te atraigo físicamente. Muy bien, de acuerdo. Pero ¿quién ha dicho que tú me hayas atraído alguna vez *mentalmente*?

Madeleine reaccionó como si le hubieran dado una bofetada. Se sintió agraviada, herida y desafiante, todo a un tiempo.

—Eres un... —trató de dar con la peor palabra que podía echarle a la cara— ¡un auténtico cretino!

Esperaba seguir con aquel tono imperioso, pero sintió una comezón en el pecho, y, para su consternación, estalló en lágrimas.

Mitchell alargó la mano para tocarle el brazo, pero Madeleine se la apartó bruscamente. Poniéndose en pie, tratando de no dar la imagen de alguien que solloza airadamente, fue hasta la puerta y salió y bajó los escalones hasta Waterman Street. Al verse frente al cementerio festivo, echó a andar ladera abajo hacia el río. Quería alejarse del campus. Volvía a dolerle la cabeza y las sienes le latían con fuerza, y al levantar la mirada hacia las nubes de tormenta que se congregaban en lo alto, cerniéndose sobre el centro urbano como un presagio sobre las cosas malas aún por llegar, se preguntó por qué todo el mundo estaba siendo tan mezquino con ella.

Los problemas amorosos de Madeleine habían dado comienzo cuando la teoría francesa que a la sazón estaba estudiando deconstruía la noción misma de amor. «Semiótica 211» era un seminario avanzado impartido por un antiguo renegado del departamento de Lengua. Michael Zipperstein había llegado a Brown treinta y dos años atrás en calidad de miembro de la Nueva Crítica. Había inculcado el hábito de la lectura minuciosa y de la interpretación al margen de los aspectos biográficos a tres generaciones de estudiantes antes de emprender su Camino de Damasco sabático en París, en 1975, donde había conocido a Roland Barthes en una cena y —mientras daba cuenta de una *cassoulet*— se había convertido a su fe. Ahora Zipperstein enseñaba dos cursos en el Programa de Estudios Semióticos que acababa de crearse: Introducción a la Teoría Semiótica (en otoño) y Semiótica 211 (en primavera). Higiénicamente calvo, con una barba blanca de marino, sin bigote, a Zipperstein le gustaban los jerséis de pescador y los pantalones de pana de dibujo ancho. Además de todos los grandes —Derrida, Eco, Barthes—, los estudiantes de Semiótica 211 tenían

que vérselas con todo un revoltijo de lecturas de reserva en el que entraba desde *Sarrasine*, de Balzac, a números de *Semiotext(e)* y a pasajes fotocopiados de E. M. Cioran, Robert Walser, Claude Lévi-Strauss, Peter Handke y Carl Van Vechten. Para ser admitido en el seminario tenías que someterte a una entrevista cara a cara con Zipperstein, en la que te hacía preguntas personales insulsas —como cuál era tu comida o tu raza de perro preferidas— y a las que a su vez él respondía con enigmáticos comentarios wharholianos. Tal sondeo esotérico, unido al aire de gurú de Zipperstein (con su barba y el domo que lo coronaba) daba a sus estudiantes la impresión de haber sido examinados espiritualmente y formaban parte ya —al menos durante dos horas, los jueves por la tarde— de una élite de la crítica literaria universitaria.

Que era exactamente lo que Madeleine quería. Había elegido Lengua como asignatura principal por la más pura y simple de las razones: porque le encantaba la lectura. El «Catálogo del Curso de Literatura Británica y Norteamericana» era, para Madeleine, el equivalente del Catálogo de los almacenes Bergdorf para sus compañeras de apartamento. Un curso cuyo epígrafe fuera algo así como «Literatura Inglesa 274: *Euphues*, de John Lyly» excitaba a Madeleine lo mismo que unas botas de cowboy de Fiorucci a Abby. «Literatura en lengua inglesa 450A: Hawthorne y James» llenaba a Madeleine de una expectativa de horas pecaminosas en la cama no muy diferente de la de Olivia al ponerse una falda de lycra y un blazer de piel para ir a Danceteria. Hasta cuando era una niña en la casa familiar de Prettybrook, Madeleine entraba y se ponía a vagar por la biblioteca atestada de libros cuyas estanterías se alzaban fuera de su alcance —volúmenes recién comprados como *Love Story* o *Myra Breckinridge* que emanaban un leve aroma a prohibido, junto a venerables ediciones en piel de Fielding, Thackeray y Dickens—, y la presencia magistral de todos aquellos vocablos potencialmente legibles la dejaban literalmente inmóvil. Podía contemplar lomos y lomos de libros durante horas enteras. Su catalogación de las posesiones de la familia era tan exhaustiva que habría podido competir con la del sistema Dewey de clasificación bibliotecaria. Madeleine sabía exactamente dónde estaba cada cosa. Los estantes cercanos a la chimenea albergaban los libros preferidos de Alton, biografías de presidentes norteamericanos y de primeros ministros británicos, memorias de belicistas secretarios de Estado, novelas sobre navegación o espionaje de William F. Buckley Jr. Los libros de Phyllida ocupaban la parte izquierda de la biblioteca, que daba al salón: novelas reseñadas por el *New York Review of Books* y colecciones de ensayo, así como volúmenes decorativos de jardinería inglesa o de chinoiserie. Incluso entonces, en bed-and-breakfast y hoteles de veraneo en la costa, a Madeleine le fascinaba todo estante con libros abandonados. Pasaba los dedos por sus tapas llenas de salitre; pasaba páginas pegajosas por el aire del océano. No sentía la menor simpatía por los libros de

bolsillo de suspense e historias de detectives. Eran los ejemplares de tapa dura, las ediciones de Dial Press de 1931 sin sobrecubierta, los que ganaban el corazón de Madeleine. Sus amigas podían estar llamándola en la playa, con la fiesta en pleno apogeo sobre la arena, pero Madeleine seguía sentada en la cama y leía un rato más para hacer que aquel libro viejo y triste se sintiera un poco mejor. De esa guisa había leído *Hiawatha*, de Longfellow. Y a James Fenimore Coopero y *H M Pulham*, *Esquire*, de John P. Marquand.

Y sin embargo a veces se preocupaba por la influencia que estaban ejerciendo en ella aquellos viejos libros mohosos. Algunos compañeros se licenciaban en Lengua y Literatura Inglesas para prepararse para la facultad de derecho. Otros se hacían periodistas. El tipo más inteligente de la promoción, Adam Vogel, hijo de profesores universitarios, pensaba hacer el doctorado y convertirse él mismo en catedrático. Ello arrojaba un gran contingente de estudiantes que elegían Lengua sin ninguna motivación concreta. Porque su hemisferio izquierdo del cerebro no estaba lo bastante dotado para la ciencia; porque la historia era demasiado árida, la filosofía demasiado difícil, la geología demasiado encaminada al campo del petróleo y las matemáticas demasiado matemáticas; o porque no estaban motivados por la música, el arte, las finanzas, o porque en realidad no eran lo bastante inteligentes. Gente que conseguía un título universitario sin hacer nada diferente de lo que había hecho en primaria: leer historias. Lengua y Literatura Inglesas era la especialización elegida por la gente que no sabía en qué especializarse.

En el penúltimo año de carrera, Madeleine se había matriculado en el seminario «La trama nupcial»: novelas escogidas de Austen, Eliot y James, impartido por K. McCall Saunders. El tal Saunders era un nativo de Nueva Inglaterra de setenta y nueve años, de cara larga y caballuna y una risa húmeda que exhibía abiertamente sus llamativos trabajos de ortodoncia. Su método pedagógico consistía en la lectura en voz alta de trabajos que había redactado veinte o treinta años atrás. Madeleine no desertó de su clase porque el profesor Saunders le daba lástima y porque la lista de lecturas recomendadas era buena de verdad. En opinión de Saunders, la novela había alcanzado su apogeo con la trama nupcial y nunca se había recuperado de su desaparición. En los días en que el éxito en la vida dependía del matrimonio, y el matrimonio dependía del dinero, los novelistas dispusieron de un tema sobre el que escribir. Las grandes epopeyas cantaban la guerra; la novela, el matrimonio. La igualdad sexual, buena para las mujeres, había sido mala para la novela. Y el divorcio la había desbaratado por completo. ¿Qué importaba con quién se casaba Emma si luego podía presentar una demanda de divorcio? ¿Cómo se habría visto afectado el matrimonio de Isabel Archer con Gilbert Osmond si hubiera existido un acuerdo prenupcial? En opinión de Saunders, el matrimonio ya no significaba gran cosa, y la novela tampoco. ¿Dónde podía uno encontrar hoy día una trama nupcial? En ninguna

parte. Tendría que recurrir a la narrativa del pasado. Tendría que leer novelas no occidentales sobre sociedades tradicionales. Novelas afganas, novelas indias. En lo que se refiere a la literatura, tendría que retroceder en el tiempo.

El último trabajo de Madeleine en el seminario se titulaba «El modo interrogativo: las propuestas de matrimonio y la (estrictamente limitada) esfera de lo femenino». Saunders se había sentido tan impresionado que había pedido a Madeleine que fuera a verle. En su despacho —en el que flotaba un olor a «abuelidad»—, Saunders le expresó a Madeleine su opinión de que ésta debía desarrollar ese trabajo hasta convertirlo en su tesis de fin de carrera, y su disposición para officiar de tutor. Madeleine sonrió con cortesía. El profesor Saunders estaba especializado en los períodos que a ella le interesaban, la Regencia que habría de desembocar en la época victoriana. Era un hombre cariñoso, y erudito, y era evidente —por la cantidad de horas lectivas en las que no hacía nada— que nadie más lo quería como tutor. Así que Madeleine dijo que sí, que le encantaría trabajar con él en su tesis.

Utilizó una frase de *Barchester Towers*, de Trollope, como epígrafe: «No hay felicidad en el amor, salvo al final de una novela inglesa». Su plan consistía en empezar con Jane Austen. Después de un breve examen de *Orgullo y prejuicio*, *Persuasión* y *Sentido y sensibilidad*, todas ellas, en esencia, comedias que acababan en boda, Madeleine iba a pasar a la novela victoriana, donde las cosas se complicaban y se hacían considerablemente más oscuras. *Middlemarch* y *Retrato de una dama* no acababan en boda. Empezaban con los pasos tradicionales de la trama nupcial —los pretendientes, las proposiciones, los malentendidos—, pero después de la celebración de la boda la historia continuaba. Estas novelas seguían a sus heroínas valerosas e inteligentes, Dorothea Brooke e Isabel Archer, en sus decepcionantes vidas de casadas, y es aquí donde la trama nupcial alcanza su más alta expresión artística.

En 1900 la trama nupcial había dejado de existir. Madeleine planeaba terminar con una breve reflexión sobre su defunción. En *Nuestra hermana Carrie*, Dreiser hace que Carrie viva adúlteramente con Drouet, contraiga matrimonio con Hurstwood en una ceremonia inválida y se fugue para ser actriz (¡Y sólo estamos en 1900!). Para concluir, Madeleine pensaba citar el intercambio de parejas en Updike. Era el último vestigio de la trama nupcial: la persistencia de llamarlo «intercambio de esposas» en lugar de «intercambio de maridos». Como si la mujer siguiera siendo propiedad del marido y éste pudiera cederla a otros.

El profesor Saunders sugirió a Madeleine que buscara las fuentes históricas. Así que ésta, obedientemente, estudió en profundidad el auge de la industrialización y la familia nuclear, la formación de la clase media y la Ley de Causas Matrimoniales de 1857. Pero Madeleine no tardó mucho en aburrirse de su tesis. Empezaron a acosarla dudas sobre la originalidad de su trabajo. Le daba la sensación de que no hacía sino

repetir maquinalmente los argumentos que Saunders había expuesto en su seminario de la trama nupcial. Sus reuniones con el viejo profesor eran desalentadoras: Saunders se limitaba a pasar las hojas que Madeleine le había entregado, y a comentar las marcas rojas que iba haciendo en los márgenes.

Y entonces, un domingo por la mañana, antes de las vacaciones de invierno, el novio de Abby, Whitney, se materializó en la mesa de la cocina leyendo un libro titulado *De la gramatología*. Cuando Madeleine le preguntó de qué trataba, Whitney le hizo comprender que la idea de que un libro «tratará» de algo era precisamente lo que aquel libro quería invalidar, y que, si de algo «trataba», era de la necesidad de dejar de pensar que los libros trataban de cosas. Madeleine dijo que iba a hacer café, y Whitney le preguntó si no le importaría hacerle un poco a él también.

La universidad no era como el mundo real. En el mundo real la gente mencionaba nombres en razón de su celebridad.

En la universidad, se mencionaban nombres en razón de su oscuridad. Así, en las semanas que siguieron a su encuentro en la cocina con Whitney, Madeleine empezó a oír mencionar a «Derrida». A oír mencionar a «Lyotard» y a «Foucault» y a «Deleuze» y a «Baudrillard». El hecho de que la mayoría de quienes los mencionaban fueran el tipo de gente que a Madeleine instintivamente le disgustaba —jovencitos de clase media alta que calzaban Doc Martens y exhibían símbolos anarquistas— hizo que Madeleine dudara del valor de tales entusiasmos. Pero pronto se percató de que David Koppel, un poeta inteligente y con talento, también leía a Derrida. Y de que Pookie Ames, que era lectora de originales para *The Paris Review* y le gustaba mucho a Madeleine, estaba haciendo un curso con el profesor Zipperstein. Madeleine siempre había sentido predilección por los profesores de maneras grandiosas, gente como Sears Jayne, que sobreactuaba en clase recitando a Hart Crane o a Anne Sexton con voz amortiguada. Para Whitney era como si la profesora Jayne fuera una broma. Madeleine no estaba de acuerdo. Pero después de tres años seguidos de estudiar literatura, Madeleine no tenía nada parecido a una metodología crítica concreta que pudiera aplicar a lo que leía. Tenía, en su lugar, un modo vago y asistemático de hablar de libros. Se sentía violenta al oír las cosas que la gente decía en clase. Y las cosas que decía ella. Sentí eso. Era interesante la forma en que Proust... Me gustó cómo Faulkner...

Y cuando Olivia, que era alta y delgada, con una nariz aristocrática de saluki, entró un día con *De la gramatología*, Madeleine supo que lo que antes había sido marginal se había convertido en corriente dominante.

—¿Qué tal ese libro?

—¿No lo has leído?

—¿Te lo preguntaría si lo hubiera leído?

Olivia aspiró el aire por la nariz.

—¿No estás un poco puñetera hoy?

—Perdón.

—Era una broma. Es genial. ¡Derrida es mi dios!

Casi de la noche a la mañana se convirtió en risible leer a escritores como Cheever o Updike, que escribían sobre barrios residenciales donde habían crecido Madeleine y la mayoría de sus amigas, y pasó a ser de obligada lectura el marqués de Sade, que escribió sobre desfloramientos anales de vírgenes en la Francia del siglo XVIII. La razón por la que era preferible Sade era que las impactantes escenas de sexo en realidad no eran de sexo sino de política. Eran, por tanto, antiimperialistas, antiburguesas, antipatriarcales y anti cualquier cosa contra la que toda feminista joven e inteligente debía estar en contra. Hasta su tercer año en la facultad, Madeleine siguió saludablemente cursos tales como «Fantasía victoriana: de *Phantastes* a *Los niños del agua*», pero el último año ya no podía seguir ignorando el contraste entre aquellos jovencitos en penuria e impresionables de su seminario sobre *Beowulf* y los *hipsters* que veía a su alrededor leyendo a Maurice Blanchot. Estudiar en la universidad en los años de enriquecimiento rápido de la década de los ochenta adolecía de falta de cierto radicalismo. La semiótica fue lo primero que olió a revolución en las aulas universitarias. Marcaba una frontera; creaba un «elegido»; era sofisticada y europea; trataba temas espinosos, como la tortura, el sadismo, el hermafroditismo..., el sexo y el poder. Madeleine siempre había sido popular en el colegio. Todos aquellos años de haber sido popular habían dejado en ella una capacidad reflexiva para separar lo que estaba «en onda» de lo «fuera de onda», incluso en los subgrupos, como el departamento de Lengua y Literatura Inglesas, donde el concepto de lo que estaba «en onda» no parecía ser preponderante.

Si el teatro de la Restauración te resultaba deprimente; si explorar en Wordsworth te hacía sentirte insulso y demasiado libresco, había otra opción. Podías abandonar a K. McCall Saunders y la vieja Nueva Crítica. Podías desertar y unirse al nuevo imperio de Derrida y Eco. Podías matricularte en Semiótica 211 y averiguar qué era aquello de lo que hablaba todo el mundo.

En Semiótica 211 no había más que diez alumnos. De los diez, ocho habían elegido Introducción a la Teoría Semiótica. Ello se hizo visualmente evidente desde la primera clase. Al entrar en el aula desde el exterior invernal, Madeleine vio a ocho jóvenes con camiseta negra y tejanos negros con desgarros haraganeando alrededor de la mesa del seminario. Algunos se habían cortado el cuello o las mangas de las camisetas. En la cara de uno de los chicos había algo escalofriante: era como la de un bebé al que le hubieran crecido patillas. A Madeleine le costó todo un minuto darse cuenta de que se había afeitado las cejas. Todos tenían un aire tan espectral que el natural aspecto saludable de Madeleine resultaba sospechoso —algo así como un voto a Reagan—. Ésta sintió, por tanto, cierto alivio cuando apareció un tipo grande

con plumífero y botas de motonieve y se sentó en el asiento vacío que había a su lado. Llevaba en la mano un café en un vaso de cartón.

Zipperstein pidió a los jóvenes que se presentaran y explicaran por qué habían elegido aquel seminario.

El chico sin cejas habló el primero.

—Mmm... Veamos. Se me hace difícil presentarme, la verdad, porque toda esa idea de las presentaciones sociales se ha vuelto tan problemática... Porque si le digo que mi nombre es Thurston Meems y que me he criado en Stamford, Connecticut, ¿va a saber usted quién soy? Está bien. Mi nombre es Thurston y soy de Stamford, Connecticut. He elegido este curso porque leí *De la gramatología* el verano pasado y me dejó alucinado.

Cuando le llegó el turno al chico que se había sentado al lado de Madeleine, dijo con voz suave que estaba estudiando dos asignaturas principales —Biología y Filosofía—, y que nunca se había matriculado en un curso de semiótica. Que sus padres le habían puesto el nombre de Leonard, que siempre le había parecido muy útil tener un nombre, sobre todo cuando le llamaban a uno a comer, y que si alguien le llamaba Leonard respondería gustoso.

Leonard no hizo ningún otro comentario. Durante el resto de la clase se limitó a echarse hacia atrás en su silla y a estirar al máximo las largas piernas. Cuando terminó el café, se hurgó en la bota de motonieve derecha y, para sorpresa de Madeleine, sacó una lata de tabaco de mascar. Con dos dedos manchados se metió un poco de tabaco en la boca. Durante las dos horas siguientes, cada minuto más o menos, escupió discreta pero audiblemente el tabaco mascado en el vaso vacío.

Zipperstein asignaba cada semana un libro de teoría (intimidador) y una pieza literaria. Los emparejamientos eran extraños, si no abiertamente arbitrarios. (¿Qué tenía que ver, por ejemplo, *Escritos sobre lingüística general*, de Saussure, con *La subasta del lote 49*, de Pynchon?). En cuanto a Zipperstein, no impartía propiamente clase, sino más bien observaba a sus alumnos desde detrás del cristal de espejo de su personalidad opaca. Rara vez pronunciaba una palabra. Hacía preguntas de cuando en cuando para estimular el debate, y a menudo iba hasta la ventana para mirar en dirección a la bahía de Narragansett, como si pensara en su balandro de madera varado en dique seco.

A las tres semanas de empezado el seminario, un día de febrero de fuertes vientos y cielos grises, leyeron el libro de Zipperstein, titulado *La fabricación de los signos*, y *Desgracia impeorable*, de Peter Handke.

Siempre resultaba embarazoso el hecho de que los profesores hicieran leer sus propios libros. Hasta Madeleine, a la que se le hacían difíciles aquellas lecturas, se daba cuenta de que la contribución de Zipperstein a la disciplina era reformulativa y de segunda fila.

Al hablar de *La fabricación de los signos* todo el mundo parecía un poco vacilante, así que se experimentó un alivio general cuando, después del descanso, pasaron a la literatura.

—Bien —dijo Zipperstein, parpadeando tras sus gafas redondas de montura metálica—. ¿Qué les ha parecido el libro de Handke?

Hubo un silencio breve, y habló Thurston:

—Absolutamente lóbrego y deprimente. Me ha encantado.

Thurston era un tipo de aire astuto, con el pelo corto y engominado. La falta de cejas, unida a la tez pálida, confería a su cara una calidad de superinteligencia, como propia de un cerebro volátil, incorpóreo.

—¿Le importa desarrollar esa idea? —dijo Zipperstein.

—Bueno, profesor, éste es un tema caro a mi corazón..., quitarse de en medio a uno mismo. —Sus compañeros de seminario rieron entre dientes al ver cómo se entusiasmaba Thurston con el tema del suicidio—. Se supone que es autobiográfico, este libro. Pero yo sostengo, con Barthes, que el acto de escribir es en sí mismo una ficcionalización, por mucho que utilice hechos reales.

Bart. Así es como se pronunciaba el apellido. Madeleine tomó nota, agradecida de poder ahorrarse una humillación.

Thurston estaba diciendo:

—Así que la madre de Handke se suicida y Handke se sienta a escribir sobre ello. Quiere ser lo más objetivo posible, ¡y absolutamente... despiadado! —Thurston sofocó una sonrisa. Aspiraba a ser una persona que ante el suicidio de su madre reaccionaría con una implacabilidad de gran altura literaria, y su joven semblante se iluminó de gozo—: El suicidio es un tropo —anunció—. Sobre todo en la literatura alemana. Ahí tenéis *Las desventuras del joven Werther*. Ahí tenéis a Kleist. Veréis, se me acaba de ocurrir una cosa. —Levantó un dedo—. *Las desventuras del joven Werther*. —Levantó otro dedo—. *Desgracia impenable*. Mi teoría es que Handke sintió el peso de toda esa tradición y que este libro es una tentativa de liberarse.

—¿Liberarse? ¿A qué se refiere? —preguntó Zipperstein.

—Liberarse de toda esa cosa suicida, convulsiva, teutónica.

Los torbellinos en el aire, al otro lado de las ventanas, parecían copos de jabón o centelleos de ceniza, algo a un tiempo muy limpio y muy sucio.

—*Las desventuras del joven Werther* es una referencia válida —dijo Zipperstein—. Pero creo que se debe más al traductor que a Handke. En alemán se titula *Wunschloses Unglück*.

Thurston sonrió, bien porque le complacía recibir toda la atención de Zipperstein, bien porque pensaba que el alemán sonaba gracioso.

—Es un juego de palabras a partir del dicho alemán *wunschlos glücklich*, que significa ser más feliz de lo que uno podría haber deseado nunca. Sólo que Handke le

da la vuelta de forma ingeniosa. Es un título serio y, por raro que parezca, maravilloso.^[1]

—Entonces significaría... ser más infeliz de lo que uno podría haber deseado nunca —dijo Madeleine.

Zipperstein la miró por primera vez.

—En cierto sentido. Como he dicho, se ha perdido algo en la traducción. ¿Cuál es su interpretación?

—¿Del libro? —preguntó Madeleine, e inmediatamente cayó en la cuenta de cuán estúpido sonaba aquello. Y se calló, con la sangre palpitándole en las orejas.

La gente se ruborizaba en las novelas inglesas del siglo XIX, pero nunca en las novelas contemporáneas austriacas.

Antes de que el silencio se hiciera incómodo, Leonard acudió a rescatarla.

—Tengo un comentario que hacer —dijo—. Si yo fuera a escribir sobre el suicidio de mi madre, no creo que me preocupase demasiado por ser experimental. — Se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa—. O sea, ¿a nadie le ha chocado lo despiadado que es Handke en esta obra? ¿A nadie le ha parecido un tanto frío?

—Mejor frío que sentimental —dijo Thurston.

—¿Tú crees? ¿Por qué?

—Porque ya hemos leído antes relatos sentimentales, filiales sobre un padre o una madre queridos. Millones de veces. Ya no tienen ninguna fuerza.

—Estoy haciendo un pequeño experimento mental —dijo Leonard—. Pongamos que mi madre se ha matado. Y pongamos que escribo un libro sobre ello. ¿Por qué iba a querer hacer algo semejante? —Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás—. Primero, lo hago para enfrentarme a mi pena. Segundo, lo hago quizás para pintar un retrato de mi madre. Para mantenerla viva en mi memoria.

—Y piensas que tu reacción es universal —dijo Thurston—. Que como tú reaccionas ante la muerte de tu madre de un modo determinado, Handke tiene que hacer lo mismo.

—Digo que si tu madre se mata no se trata de un tropo literario.

El corazón de Madeleine se había apaciguado ya. Y seguía con mucho interés la controversia.

Thurston asentía con la cabeza de una forma que no parecía sugerir asentimiento.

—Sí, de acuerdo —dijo—. La madre *real* de Handke se quitó la vida. Murió en el mundo *real*, y Handke sintió un dolor *real*, o lo que fuera. Pero eso no es de lo que trata este libro. Los libros no tratan de «la vida real». Los libros tratan de otros libros. —Levantó la boca como si fuera un instrumento de viento y emitió unas notas vivas —: Mi teoría es que el problema que Handke trataba de resolver aquí, desde un punto de vista literario, era cómo escribir sobre algo, incluso algo real y horroroso, como el

suicidio, cuando todo lo que antes se ha escrito sobre el tema te ha despojado de toda originalidad expresiva.

A Madeleine, lo que Thurston estaba diciendo, le pareció a un tiempo perspicaz y horriblemente equivocado. Lo que decía tal vez era cierto, pero no debería serlo.

—La literatura popular —Zipperstein bromeó proponiendo el título de un ensayo —: O cómo ganar a un caballo muerto.

Un acceso de regocijo recorrió el aula. Madeleine desvió la mirada para ver si Leonard la estaba mirando. Cuando acabó la clase, su vecino de silla recogió los libros y se fue.

Empezó a verse con Leonard más o menos a partir de ese día. Lo vio cruzar la pradera de césped una tarde, bajo la llovizna invernal, sin sombrero. Lo vio en Mutt & Geoff's, comiendo un complicado sándwich Buddy Cianci. Lo vio en South Main una mañana, esperando al autobús. Las tres veces estaba solo, con aire de abandono, despeinado como un chico grande sin madre. Al mismo tiempo, parecía algo mayor que la mayoría de los chicos de la facultad.

Era el último semestre del último año de Madeleine, y se suponía que tenía que permitirse alguna diversión, pero no se estaba divirtiendo en absoluto. Nunca se había visto a sí misma como a alguien que pasara penuria alguna. Prefería pensar que su actual estado de chica sin novio era saludable y clarificador. Pero cuando se encontró preguntándose cómo sería besar a un tipo que mascaba tabaco, empezó a preocuparse y a pensar que lo que estaba haciendo era engañarse a sí misma.

Mirando hacia atrás, Madeleine cayó en la cuenta de que su vida amorosa en la universidad había defraudado sus expectativas. Su compañera de cuarto de primer año, Jennifer Boomgaard, no había tardado ni una semana en correr hasta el centro de salud para que le pusieran un diafragma. Poco acostumbrada a compartir cuarto con nadie, y menos aún con una desconocida, Madeleine llegó a la conclusión de que Jenny era un poco demasiado rápida en lo relativo a sus intimidades. No quiso que le enseñara el diafragma, que le recordaba a un ravioli sin cocinar, y desde luego se negó a que le echara en la mano un chorro de gel espermicida para ver cómo era al tacto. Madeleine se sintió escandalizada cuando Jennifer empezó a ir a las fiestas con el diafragma en su sitio, y cuando se lo puso para el partido Harvard-Brown, y cuando una mañana se lo dejó encima del frigorífico diminuto. Aquel invierno, cuando el reverendo Desmond Tutu visitó el campus para un mitin antiapartheid, Madeleine, camino del acto, le preguntó a Jennifer: «¿Te has puesto el diafragma?». Convivieron los cuatro meses siguientes en una habitación de cinco metros y medio por cuatro sin dirigirse la palabra en ningún momento.

Aunque Madeleine no había llegado a la universidad sin haber conocido el sexo, la curva de aprendizaje de su primer año se asemejaba a una línea recta y plana. Aparte de un lote que se había dado con un uruguayo llamado Carlos —un estudiante

de ingeniería que calzaba sandalias y en penumbra se parecía al Che Guevara—, el único chico con el que había tonteado era un alumno de último año de secundaria que había visitado la universidad en un fin de semana de Admisión Anticipada. Se topó con Tim en la cola del comedor universitario, empujando su bandeja por las guías de metal, visiblemente tembloroso. Llevaba un blazer azul que le quedaba muy grande. Se había pasado el día vagando por el campus sin nadie con quien hablar. Ahora estaba muerto de hambre, y no estaba seguro de si le estaba permitido o no comer en el autoservicio del campus. Tim parecía la única persona en Brown más perdida que Madeleine. Le ayudó a salir airoso del restaurante y, luego, le llevó a dar una vuelta por la universidad. Al final —a eso de las diez y media de la noche— habían acabado en el cuarto de la residencia universitaria de Madeleine. Tim tenía los ojos de pestañas largas y las facciones hermosas de una cara muñeca bávara, y era como un pequeño príncipe o un pastor tirolés. Su blazer azul estaba en el suelo, y la camisa de Madeleine desabotonada cuando Jennifer Boomgaard entró por la puerta del cuarto.

—Oh —dijo—. Perdón.

Y siguió allí de pie, sonriendo al suelo como regocijándose ya del jugoso cotilleo que pronto recorrería la residencia. Cuando por fin se marchó, Madeleine se incorporó y se arregló la ropa, y Tim cogió el blazer y volvió a su enseñanza secundaria.

En Navidad, cuando Madeleine fue a casa para las fiestas, pensó que la báscula del cuarto de baño de sus padres estaba estropeada. Se bajó de la plataforma para reajustar el dial, y volvió a subirse, y la báscula volvió a registrar el mismo peso. Plantándose delante del espejo, Madeleine se vio ante una preocupada ardilla listada que la miraba. «¿No me invita nadie a salir porque estoy gorda», preguntó la ardilla, «o estoy gorda porque nadie me invita a salir?».

—Nunca engordé los famosos ocho kilos del primer año de universidad —dijo con regodeo su hermana cuando Madeleine bajó a desayunar—. Pero tampoco me di los atracones que se daban mis amigas.

Acostumbrada a las pullas de Alwyn, Madeleine no le hizo el menor caso, y se puso a pelar y a comer en silencio el primero de los cincuenta y siete pomelos con que se disponía a sobrevivir hasta Año Nuevo.

Las dietas te engañan cuando te hacen creer que controlas tu vida. En enero Madeleine había adelgazado tres kilos, y cuando terminó la temporada de la calabaza volvió a estar en plena forma, aunque seguía sin conocer a nadie que le gustara. Sus compañeros de facultad parecían o increíblemente inmaduros o prematuros adultos de edad mediana; con barba de terapeutas, o cálidos bebedores de brandy a la luz de las velas, mientras escuchan *A Love Supreme*, de Coltrane. Madeleine no tuvo un novio formal hasta su penúltimo año de facultad. Billy Bainbridge era hijo de Dorothy Bainbridge, cuyo tío era propietario de la tercera parte de los periódicos de los

Estados Unidos. Billy tenía mejillas rubicundas y rizos rubios, y una cicatriz en la sien derecha que lo hacía aún más adorable de lo que ya era. Hablaba con suavidad y olía bien, como a jabón Ivory. Y su cuerpo desnudo apenas tenía vello.

A Billy no le gustaba hablar de su familia. Madeleine interpretó esto como una señal de buena crianza. La familia de Billy era toda una institución en la Universidad de Brown, y a veces éste, preocupado, se preguntaba si había logrado ingresar en ella por sus propios méritos. El sexo con Billy era de una intimidad confortable, de acurrucamientos, absolutamente estupendo. Billy quería ser cineasta. Su película para el Curso Avanzado de Dirección de Cine, sin embargo, consistió en doce minutos violentos e ininterrumpidos en los que Billy no paraba de arrojar contra la cámara unos pegotes de aspecto fecal hechos con *brownies*. Madeleine se empezó a preguntar si existiría una razón por la que Billy no hablaba jamás de su familia.

De lo que sí hablaba, y con creciente intensidad, era de la circuncisión. Había leído un artículo en una revista alternativa sobre salud —en la que se argumentaba en contra de tal práctica— que le había causado una gran impresión.

—Bien pensado, es algo muy raro hacerle eso a un bebé —dijo—. Cortarle parte de la colita. ¿Qué diferencia hay entre atravesarse la nariz con un hueso como hacen en las tribus de, por ejemplo, Papúa Nueva Guinea y cortarle el prepucio a un niño pequeño? Atravesarse la nariz con un hueso es mucho menos invasivo.

Madeleine le escuchaba, tratando de parecer comprensiva, y con la esperanza de que en algún momento dejara el tema. Pero pasaron las semanas y Billy volvía a él obstinadamente.

—Los médicos lo hacen automáticamente en este país —decía—. A mis padres no se les preguntó al respecto. No es que yo sea judío o algo parecido. —Ridiculizaba las justificaciones basadas en la salud o la higiene—. Puede que tuviera sentido hace tres mil años, allá en el desierto, donde no podías ni ducharte. Pero ¿ahora?

Una noche, estando en la cama, desnudos, Madeleine vio que Billy se examinaba el pene, y se lo estiraba.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Me estoy buscando la cicatriz —dijo en tono sombrío.

Interrogó a sus amigos europeos Henrik el Intacto y Oliver el Prepuciado: «Pero es una parte supersensible, ¿no?». Billy estaba convencido de que le habían privado de intensidad sensitiva. Madeleine trató de no tomarse esto como algo personal. Además, había otros problemas en su relación. Billy tenía la costumbre de mirar a Madeleine fija y profundamente a los ojos, lo cual resultaba un tanto controlador. La situación de su compañero de cuarto era bastante singular. Vivía fuera del campus con una chica musculosa y atractiva llamada Kyle, que se acostaba con otras tres personas como mínimo, una de ellas una tal Fatima Shirazi, sobrina del Sha de Persia. En la pared de su sala de estar Billy había escrito las palabras *Matar al padre*. Matar

al padre era, en opinión de Billy, de lo único que trataba la universidad.

—¿Quién es tu padre? —le preguntó a Madeleine—. ¿Virginia Woolf? ¿Sontag?

—En mi caso —dijo Madeleine—, mi padre es de verdad mi padre.

—Entonces tienes que matarle.

—¿Quién es tu padre?

—Godard —dijo Billy.

Billy hablaba de alquilar una casa en Guanajuato con Madeleine para pasar el verano. Decía que ella podía escribir una novela mientras él hacía una película. Su fe en Madeleine —en su escritura (pese a que apenas escribía narrativa)— hizo que ésta se sintiera tan bien que incluso empezó a pensar en seguir adelante con la idea. Un día se presentó en el porche delantero de Billy y a punto estaba de tocar en el cristal cuando algo le aconsejó mirar por la ventana en lugar de llamar. En la cama revuelta como después de una batalla, Billy yacía acurrucado, estilo John Lennon, contra una Kyle absolutamente despatarrada. Los dos estaban desnudos. Un segundo después, en medio de una nube de humo, se materializó Fatima, también desnuda, echándose polvos de talco sobre su reluciente piel persa. Sonreía a sus compañeros de cama, con los dientes engastados en encías purpúreas, regias.

El siguiente novio de Madeleine no fue estrictamente culpa suya. No habría conocido nunca a Dabney Carlisle si no se hubiera matriculado en un curso de interpretación, y no se habría matriculado nunca en un curso de interpretación si no hubiera sido por su madre. De joven, Phyllida había querido ser actriz. Pero sus padres se habían opuesto. «Actuar no era una cosa que hicieran los miembros de nuestra familia, y menos las jóvenes damas», era la forma de explicarlo de la propia Phyllida. A veces, cuando se sentía contemplativa, les contaba a sus hijas la historia de su única y gran desobediencia. Después de terminar la carrera, Phyllida se había «fugado» a Hollywood. Sin decirles nada a sus padres, había volado a Los Ángeles, donde se había alojado en casa de una amiga del Smith College. Había encontrado trabajo de secretaria en una compañía de seguros. Ella y su amiga, una chica llamada Sally Peyton, se habían mudado a un bungalow de Santa Mónica. En el curso de seis meses Phyllida participó en tres cástings, y en una prueba filmada, y tuvo «montones de invitaciones». Una vez había visto a Jackie Gleason con un chihuahua en un restaurante. La estrella lucía un bronceado que Phyllida definió como «egipcio». Siempre que Phyllida hablaba de ese período de su vida, parecía estar hablando de otra persona. En cuanto a Alton, era callada y plenamente consciente de que, para él, el malogramiento de Phyllida había supuesto un gran logro. Fue en el tren de vuelta a Nueva York, las navidades siguientes, cuando conoció al erguido teniente coronel que acababa de regresar de Berlín. Phyllida nunca volvió a Los Ángeles. En lugar de ello, se casó con Alton. «Y os tuve a vosotras dos», les decía a sus hijas.

La incapacidad de Phyllida para hacer realidad sus sueños había posibilitado los

de Madeleine. La vida de su madre era un gran contraejemplo para ella. Encarnaba la injusticia que la vida de Madeleine se encargaría de rectificar. Llegar a la mayoría de edad en un tiempo de grandes movimientos sociales, crecer en la época de Betty Friedan y las marchas por la Enmienda de Igualdad de Derechos y los sombreros indómitos de Bella Abzug, definir tu identidad cuando se estaba redefiniendo, todo era una libertad tan grande como cualquiera de las libertades norteamericanas sobre las que Madeleine había leído en el colegio. Podía recordar la noche de 1973 en que su familia se congregó ante el televisor de la sala de estar para ver el partido de tenis entre Billie Jean King y Bobby Riggs. Cómo Alwyn, Phyllida y ella habían aullado en favor de Billie Jean, mientras que Alton animaba a Bobby Riggs. Cómo, al ver a King haciendo correr a Riggs de un lado a otro de la pista, rompiéndole el servicio, lanzándole bolas que él era demasiado lento para devolver, Alton se puso a rezongar: «¡No es un combate justo! Riggs es demasiado viejo. Si quieren una prueba de verdad, King debería jugar contra Smith o Newcombe». Pero poco importaba lo que Alton dijera. Poco importaba que Bobby Riggs tuviera cincuenta y cinco años y King veintinueve, o que Riggs no hubiera sido un grandísimo jugador ni en sus años mejores. Lo que importaba era que aquel partido de tenis se estuviera retransmitiendo a toda la nación, en horario de máxima audiencia, y que fuera etiquetado durante semanas como «La batalla entre los sexos», y que la mujer estaba ganando. Si algún momento definía la generación femenina de Madeleine, representaba sus aspiraciones, enfocaba nítidamente lo que las chicas esperaban de ellas mismas y de la vida, fue aquel partido de dos horas y quince minutos en que el país vio cómo a aquel hombre en pantalones cortos blancos lo derrotaba una mujer, vapuleándolo una y otra vez hasta que lo único que éste pudo hacer, después del *match point*, fue saltar con no demasiada energía por encima de la red. E incluso aquel gesto era muy significativo: se supone que uno salta la red cuando ha ganado, no cuando ha perdido. Cuán propio de los varones era aquello, actuar como un ganador cuando se acaba de recibir una paliza.

En la primera clase del Taller de Interpretación, el profesor Churchill, un tipo calvo muy parecido a una rana toro, pidió a los alumnos que dijeran algo sobre sí mismos. La mitad de los asistentes eran estudiantes de teatro, absolutamente serios respecto a las disciplinas de interpretación o dirección. Madeleine masculló algo sobre su amor a Shakespeare y a Eugene O'Neill.

Dabney Carlisle se levantó y dijo: «He hecho algunos trabajos de modelo en Nueva York. Mi agente me sugirió que debería ir a clases de interpretación. Y aquí estoy».

Sus trabajos de modelo en cuestión habían consistido en un solo anuncio en una revista, en el que aparecía un grupo de atletas a lo Leni Riefenstahl, en calzoncillos bóxers, de pie en una fila que se perdía en una playa de arena negra volcánica y

humeante en torno a sus pies de mármol. Madeleine no vio la fotografía hasta que Dabney, al salir del aula, la sacó con cautela de entre las hojas de un manual para camareros donde la guardaba bien apretada. Sintió la tentación de hacer alguna broma sobre ella, pero algo en la expresión reverencial de Dabney hizo que se contuviera. Y así, le preguntó qué playa era («Montauk»), y por qué era tan negra («no lo era»), y cuánto le habían pagado («cuatro cifras»), y cómo eran sus compañeros («completamente imbéciles»), y si llevaba aquellos calzoncillos en ese momento. A veces, con los chicos, era difícil interesarse por las cosas que a ellos les interesaban. Pero le habría parecido bien que Dabney jugara al *curling*, o le habría encantado que hubiera participado en un curso «Modelo de Naciones Unidas», cualquier cosa menos que se dedicase a modelo masculino. Ésta era, en todo caso, la genuina emoción —ahora la identificaba— que había sentido. En aquella ocasión —Dabney le había advertido que no tocara la foto del anuncio antes de que la plastificara—, Madeleine había ensayado mentalmente los argumentos de costumbre: que, aunque la objetualización era mala de hecho, la aparición de las formas masculinas idealizadas en los medios introducía un elemento de igualdad; que si los hombres empezaban a ser objetualizados y empezaban a preocuparse por su aspecto físico y por su cuerpo, tal vez empezarían a entender la carga con la que las mujeres se habían visto obligadas a vivir desde tiempos inmemoriales, y tal vez podrían sensibilizarse sobre las cuestiones corporales. Incluso llegó a admirar a Dabney por su valentía al permitir que le fotografiaran con unos calzoncillos grises pequeños y ceñidos.

Visto el modo en que se comportaban Madeleine y Dabney, resultó inevitable que les fueran asignados los papeles principales en las escenas románticas. Madeleine fue la Rosalind de un Orlando que parecía un madero en *Como gustéis* y la Maggie de un Brick que parecía un ladrillo en *La gata sobre el tejado de zinc*.^[2] Para el primer ensayo se reunieron en la residencia de estudiantes de Dabney. Nada más entrar por la puerta principal, Madeleine vio reforzada su aversión a sitios como la sede de la Sigma Ji. Eran alrededor de las diez de un domingo por la mañana. Los vestigios de la «Noche Hawaiana» de la velada anterior eran aún claramente visibles: un collar de flores hawaiano enganchado en la cornamenta de la cabeza de alce que colgaba de la pared, la falda de «hierba» plástica pisoteada en el suelo empapado de cerveza; una falda que —de haber sucumbido Madeleine a los escandalosos encantos de Dabney Carlisle— en el mejor de los casos habría visto ponerse a unas invitadas ebrias e impúdicas que bailaban el hula-hula en medio de los aullidos de los chicos de la fraternidad, o, en el peor (ya que los cócteles *mai tai* te hacen hacer muchas locuras), podría haberse puesto ella misma en el cuarto de Dabney, para su solaz exclusivo. En el diván había dos Sigma Ji viendo la televisión. Al ver a Madeleine, se agitaron un poco y emergieron de la penumbra como carpas boquiabiertas. Madeleine corrió hacia las escaleras traseras, pensando en cosas que siempre pensaba cuando la

situación tenía algo que ver con las fraternidades y con los estudiantes que pertenecían a ellas: que el atractivo de estas sociedades nacía de una necesidad primitiva de protección (piénsese en clanes de neandertales aliándose en contra de otros clanes de neandertales); que las novatadas que los recién admitidos tenían que soportar (se les dejaba desnudos y con los ojos vendados en el lobby del Biltmore Hotel, con un billete de autobús pegado en los genitales) encarnaban el terror a la violación homosexual y la castración que la pertenencia a una fraternidad prometía conjurar; que todo joven que deseaba vivamente entrar en una fraternidad adolecía de inseguridades que viciaban su relación con las mujeres; que había algo gravemente anómalo en aquellos varones homofóbos que centraban sus vidas en un vínculo homoerótico; que aquellas mansiones majestuosas —mantenidas durante generaciones y generaciones por las aportaciones económicas de sus miembros— no eran en realidad sino lugares para la violación de las chicas con las que tenían citas y para el fomento del alcoholismo; que sus edificios siempre olían mal; que ni se te ocurría ducharte en ellas; que sólo las estudiantes de primer año eran lo bastante estúpidas para ir a sus fiestas; que Kelly Traub se había acostado con un Sigma Delta que no hacía más que decir: «Ahora lo ves, ahora no lo ves; ahora lo ves, ahora no lo ves»; que tal cosa no le iba a pasar a ella, Madeleine Hanna, jamás de los jamases.

Lo que no se esperaba al llegar a una fraternidad era ver a un tipo silencioso y de pelo rubio como Dabney, aprendiéndose el papel en una silla plegable, descalzo y con pantalones de paracaidista. Mirando retrospectivamente aquella relación, Madeleine concluyó que no le quedó otra opción. A Dabney y a ella los habían seleccionado al modo y manera de una boda real. Ella era el príncipe Carlos de su princesa Lady Di. Sabía que él no sabía actuar. Dabney tenía el espíritu artístico de un extremo ofensivo de tercera fila de fútbol americano. En la vida, Dabney se movía y hablaba poco. En el escenario, no se movía en absoluto pero tenía montones de cosas que decir. Sus mejores momentos dramáticos surgían cuando la tensión de su semblante tratando de acordarse del guión se asemejaba a la emoción que trataba de simular en su papel.

Actuar con Dabney hacía que Madeleine estuviera más rígida y nerviosa de lo que ya era de por sí. Quería interpretar escenas con los talentosos chicos del taller. Sugirió interesantes trozos de *La vietnamización de Nueva Jersey*, y de *Perversidad sexual en Chicago*, de Mamet, pero nadie pareció interesado. Nadie quiso rebajar su nivel actuando con ella.

Dabney no dejó que la cosa le afectara en absoluto. «Panda de mierdas, los tipos de esa clase...», dijo. «Nunca conseguirán salir en letra impresa, y no digamos en películas».

Era más lacónico de lo que Madeleine solía desear que fueran sus novios. Y tenía el ingenio de un maniquí de grandes almacenes. Pero la perfección física de Dabney expulsaba de la mente de Madeleine tales realidades. Nunca había tenido una relación

en la que ella no fuera el miembro más atractivo de la pareja. Era algo un tanto intimidador. Pero podía manejar la situación. A las tres de la madrugada, mientras Dabney dormía a su lado, Madeleine se vio embarcada en la tarea de inventariar cada cordón abdominal, cada dura protuberancia muscular. Disfrutaba midiendo la cintura de Dabney con pies de rey, para determinar su grasa corporal. Para el modelado de ropa interior no hacía falta más que estar cachas, decía Dabney, y estar cachas era cuestión de abdominales y dietas. El placer que experimentaba Madeleine al contemplar a Dabney era una reminiscencia del placer que había experimentado de niña al contemplar a un esbelto perro de caza. En la base de este placer, como las brasas que lo alimentaban, estaba la necesidad imperiosa de estrecharlo al máximo para exprimir su fuerza y su belleza. Era todo muy primitivo y evolutivo, y la sensación era fantástica. El problema era que no había sido capaz de permitirse disfrutar de Dabney, ni de utilizarlo siquiera un poco, sino que había tenido que ser una chica como es debido a ese respecto, y convencerse de que se había enamorado de él. Madeleine necesitaba emoción, al parecer. Desaprobaba la idea de un sexo extremadamente satisfactorio pero sin ningún sentido.

Y así, empezó a decirse a sí misma que las actuaciones de Dabney eran «contenidas» y «economizadoras». Apreciaba que Dabney se mostrara «seguro de sí mismo» y «no necesitara probar nada» y no fuera en absoluto «jactancioso». En lugar de lamentarse de que fuera anodino, Madeleine decidió que era amable. En lugar de pensar que había leído poco, Madeleine decidió que era intuitivo. Exageraba las capacidades mentales de Dabney, a fin de no sentirse superficial por desear su cuerpo. Para ello ayudaba a Dabney a escribir trabajos —los escribía ella, de acuerdo— de Lengua y de Antropología, y, cuando recibía una calificación inmejorable, la tomaba por una ratificación de su inteligencia. Lo despedía con besos de buena suerte cuando iba a pruebas de modelo en Nueva York, y a la vuelta lo escuchaba quejarse amargamente de los «maricas» que no habían contratado sus servicios. Resultó que Dabney no era tan bello. Entre los bellos de verdad no era más que alguien pasable. Ni siquiera sabía sonreír bien.

Al final de aquel semestre, los alumnos de interpretación se reunieron a solas con el profesor para recibir un informe crítico. Churchill acogió a Madeleine con una sonrisa solapada de lobo, y volvió a sentarse en su silla, mofletudo y reflexivo.

—He disfrutado teniéndola a usted en clase, Madeleine —dijo—. Pero no sabe interpretar.

—No se reprima —dijo Madeleine, acusando el golpe pero sonriendo—. Dígamelo sin miramientos.

—Tiene un gran sentido de la lengua. Capta muy bien a Shakespeare, sobre todo. Pero la voz la tiene aflautada, y parece muy preocupada en escena. Además, tiene una arruga perpetua en la frente. Un profesor vocal le ayudaría mucho a afinar bien ese

instrumento. Pero me preocupa su preocupación. La tiene ahora mismo. La arruga.

—Se llama reflexión.

—Y no está mal. Si estás interpretando a Eleanor Roosevelt. O a Golda Meir. Pero esos papeles no le caen a una actriz todos los días.

Churchill estiró los dedos, y continuó:

—Sería más diplomático si pensara que esto significa mucho para usted. Pero tengo la impresión de que no desea ser actriz profesional, ¿me equivoco?

—No —dijo Madeleine.

—Bien. Es usted encantadora. Y brillante. Tiene el mundo a sus pies. Vaya con mi bendición.

Cuando Dabney volvió de su entrevista con Churchill, parecía más satisfecho consigo mismo que nunca.

—¿Y? —le preguntó Madeleine—. ¿Cómo te ha ido?

—Dice que soy perfecto para teleseries.

—¿Para anuncios de jabones?^[3]

Dabney pareció molestarse.

—*Días de nuestra vida. Hospital General* ¿Has oído hablar de estas series?

—¿Lo ha dicho como un cumplido?

—¿Y de qué otra forma iba a decirlo? ¡Los actores de las teleseries tienen el éxito asegurado! Trabajan todos los días, ganan muchísimo dinero, y nunca tienen que viajar. He estado perdiendo el tiempo intentando trabajar haciendo anuncios. Que se jodan. Voy a decirle a mi agente que empiece a buscarme audiciones para teleseries.

Madeleine se quedó callada ante tales nuevas. Había supuesto que el entusiasmo de Dabney por el trabajo de modelo era algo transitorio, para pagarse los estudios. Ahora caía en la cuenta de que iba en serio. En realidad, estaba emparejada con un modelo.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Dabney.

—Nada.

—Dímelo.

—Bueno, sólo que..., no sé..., pero dudo que el profesor Churchill tenga una muy buena opinión de la interpretación en *Días de nuestra vida*.

—¿Qué nos dijo el primer día? Dijo que aquello era un taller de interpretación. Para gente que quería trabajar en el teatro.

—En el teatro no quiere decir...

—¿Qué te ha dicho a ti? ¿Te ha dicho que vas a ser una estrella de cine?

—Me ha dicho que no sé actuar —dijo Madeleine.

—¿Eso te ha dicho? —Dabney se metió las manos en los bolsillos, y se inclinó hacia atrás sobre los talones, como aliviado de no tener que expresar él mismo tal veredicto—. ¿Por eso estás tan enfadada? ¿Y echas por tierra mi crítica?

—No estoy echando por tierra tu crítica. Es que no estoy segura de que hayas captado exactamente lo que ha querido decirte Churchill.

Dabney dejó escapar una risa amarga.

—No sería capaz de captarlo, ¿no? Soy demasiado corto. No soy más que un pobre bobo al que le tienes que hacer los trabajos de Lengua.

—No sé. Pareces dominar bien el sarcasmo.

—Soy un tipo con suerte —dijo Dabney—. ¿Qué haría yo si no te tuviera a ti cerca? Tienes que captar todas las sutilezas por mí, ¿no? Tú y tu talento para captar sutilezas. Tiene que ser estupendo ser rico y andar todo el día captando sutilezas. ¿Qué sabes tú de la necesidad de ganarte la vida? Te parece bonito burlarte de la foto del anuncio. Tú no entraste en la universidad con una beca de fútbol. Y ahora tienes que venir a decirme que lo que hago no vale nada. ¿Sabes qué? Que todo eso es una gilipollez. Pura basura. Me asquea tu condescendencia y tu complejo de superioridad. Y Churchill tiene razón. No sabes actuar.

Al fin y al cabo, Madeleine tuvo que admitir que Dabney poseía mucha más soltura verbal de la que nunca le habría supuesto. También era capaz de describir toda una gama de emociones: ira, asco, orgullo herido; y de simular otras, entre ellas el afecto, la pasión y el amor. Tenía un gran futuro por delante en las teleseries.

Madeleine y Dabney habían roto en mayo, justo antes del verano, y no existía mejor época que el verano para olvidar a alguien. Se fue a Prettybrook el día mismo en que terminó el último examen. Sólo por una vez se alegraba de tener unos padres con tanta vida social. Con tantos cócteles y amistosas cenas en Wilson Lane no le quedaba mucho tiempo para pensar demasiado en sí misma. En julio, consiguió un puesto de prácticas en una organización poética sin ánimo de lucro del Upper East Side y empezó a coger el tren para ir a la ciudad. El trabajo de Madeleine era revisar los envíos para el premio anual Nuevas Voces, y ello implicaba cerciorarse de que los aspirantes lo hubieran cumplimentado todo correctamente antes de enviarlas ella a Howard Nemerov (encargado de fallar el premio aquel año). Madeleine no era particularmente técnica, pero dado que el resto de las personas de la oficina lo era aún menos, acabó siendo la encargada de resolver problemas cuando la fotocopidora o la impresora de agujas no funcionaban como debían. Su compañera Brenda iba hasta la mesa de Madeleine al menos una vez a la semana, y preguntaba con voz infantil: «¿Puedes ayudarme? La impresora no se está portando nada bien». El único momento del día en que Madeleine podía disfrutar era la hora del almuerzo, cuando se iba a pasear por las calles húmedas, hediondas, apasionantes, y comía quiches en un bistró francés tan estrecho como la pista de una bolera, y se fijaba en los modelos que vestían las mujeres de su edad, o un poco más mayores. Cuando el único tipo hetero de la organización sin ánimo de lucro le pidió que fuera a tomar una copa con él después del trabajo, Madeleine contestó en tono frío: «Lo siento, no puedo», tratando

de no sentirse mal por herir sus sentimientos, y de pensar en los suyos propios para variar.

Volvió a la universidad para cursar el último año, decidida a estudiar, con ganas de terminar la carrera y agresivamente célibe. Desplegando una amplia red, envió solicitudes a la escuela de posgrado de Yale (Lengua y Literatura Inglesas), a una organización de enseñanza de inglés en China y a una oferta de prácticas de publicidad en Foote, Cone & Belding, en Chicago. Estudió para el Examen de Evaluación de Posgrado con un manual de resúmenes. El apartado verbal era sencillo. Las matemáticas exigían refrescar el álgebra de secundaria. Los problemas lógicos, sin embargo, eran un quebradero de cabeza para el intelecto. «En el baile anual varios participantes ejecutaron su baile preferido con su pareja preferida. Alan bailó el tango, mientras Becky miraba cómo bailaban el vals. James y Charlotte hacían una pareja de bailarines fantástica. Keith estuvo estupendo en su foxtrot y Simon no pudo estar mejor en su rumba. Jessica bailó con Alan. Pero Laura no bailó con Simon. ¿Puede usted precisar quién bailó con quién, y con qué baile disfrutó cada cual?». La lógica no era algo que le hubieran enseñado a Madeleine de forma expresa. Era injusto que le preguntaran cosas de ese tipo. Hizo lo que sugería el manual: hacer un croquis y situar a Alan, Becky, James, Charlotte, Keith, Simon, Jessica y Laura en el salón de baile de una hoja de papel y los emparejó según las instrucciones. Pero el complicado tránsito no era algo que la mente de Madeleine fuera capaz de seguir de forma natural. Ella quería saber por qué James y Charlotte se sentían tan bien juntos, y si Jessica y Alan salían juntos, y por qué Laura no podía bailar con Simon, y si Becky estaba molesta, allí mirando.

Una tarde, en el tablón de anuncios de la entrada de Hillel House, Madeleine vio que ofrecían una Beca Melvin y Hetty Greenberg de estudios estivales en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y mandó una solicitud. Valiéndose de los contactos de Alton en el mundo editorial, se puso un traje formal y fue a Nueva York a una entrevista de información con un editor de mesa de Simon and Schuster. Se llamaba Terry Wirth y había sido un brillante e idealista licenciado en Lengua y Literatura Inglesas, como ella, pero aquella tarde lo encontró en su despacho diminuto, atestado de originales, que daba al sombrío cañón de la Sexta Avenida, y era un hombre de edad mediana, con dos hijos y un salario mucho más bajo que la media de sus antiguos compañeros de facultad; un hombre que tenía que hacer un trayecto de hora y media para volver a su casa de dos niveles en Montclair, Nueva Jersey. Refiriéndose a un libro que iban a publicar aquel mes, las memorias de un granjero emigrante, Wirth dijo: «Ahora estamos en la calma que precede a la calma». Le tendió a Madeleine un manojito de originales del montón pendiente del informe de lectura y le ofreció cincuenta dólares la pieza.

En lugar de leer los originales, Madeleine cogió el metro en dirección al East

Village. Después de comprar una bolsa de galletitas de piñones en De Robertis, se metió en una peluquería, donde, por mero capricho, dejó que se ocupase de ella un marimacho de pelo corto y desgreñado.

—Córteme mucho por los lados, y déjemelo largo arriba —dijo Madeleine.

—¿Está segura? —dijo la mujer.

—Estoy segura —dijo Madeleine.

Para mostrarle su resolución, se quitó las gafas. Cuarenta y cinco minutos después, volvió a ponérselas, aterrorizada y eufórica ante la transformación. Tenía la cabeza enorme. Jamás había imaginado su tamaño real. Parecía Annie Lennox o David Bowie. O alguien con quien aquella peluquera estuviera saliendo.

Pero aquel aire a Annie Lennox no estaba nada mal. Androginia: ésa era la consigna. De vuelta en la universidad, el corte de pelo de Madeleine proclamaba su decidido estado de ánimo, y a finales de año, cuando el flequillo le había crecido hasta alcanzar una largura tal que no sabía que hacer con él, Madeleine se mantuvo firme en sus renunciaciones. (Su único desliz fue aquella noche en su dormitorio con Mitchell, en la que al final no pasó nada). Madeleine tenía que escribir su tesis. Tenía que resolver su futuro. Lo último que necesitaba era un chico que la distrajera de su trabajo y perturbara su equilibrio. Pero entonces, en el semestre de primavera, conoció a Leonard Bankhead, y su resolución se fue al traste.

Leonard no se afeitaba regularmente. Su tabaco de mascar Skoal tenía un aroma mentolado, mucho más limpio, mucho más agradable de lo que Madeleine había imaginado. Cuando levantaba la mirada para ver a Leonard mirándola con sus ojos de san bernardo (ojos de alguien que babea, quizá, pero también de bruto leal que podía sacarte de la nieve si llegaba a sepultarte una avalancha), Madeleine no podía evitar devolverle la mirada y mantenerla durante unos elocuentes segundos más.

Una tarde de principios de marzo, Madeleine fue a la Rockefeller Library a buscar una de las obras que debía leer para Semiótica 211, y allí se encontró con Leonard. Estaba apoyado en el mostrador, hablando animadamente con una joven empleada, por desdicha bastante mona, al estilo de una Bettie Page pechugona.

—Pero tú piénsalo —le estaba diciendo Leonard—. Piénsalo desde el punto de vista de la mosca.

—Muy bien, soy una mosca —dijo la chica, con una risa gutural.

—Para las moscas nos movemos a cámara lenta. Ven llegar el matamoscas desde un millón de kilómetros de distancia. Y es como si dijeran: «Despiértame cuando el matamoscas se me acerque».

Al ver a Madeleine, la chica le dijo a Leonard:

—Un momento.

Madeleine le tendió el papelito de la petición, y la chica lo cogió y se perdió en los pasillos interiores.

—¿Vienes a por el Balzac? —dijo Leonard.

—Sí.

—Balzac al rescate.

Normalmente, Madeleine habría tenido muchas cosas que decir al respecto, muchos comentarios sobre Balzac que hacer. Pero su mente estaba en blanco. Ni siquiera se acordó de sonreír hasta que él ya había apartado la mirada.

Bettie Page volvió con el libro de Madeleine; lo deslizó por el mostrador hacia ella y se volvió inmediatamente hacia Leonard. Él parecía diferente al compañero de clase que ella conocía; más pletórico, más intenso. Levantó las cejas como un loco, a lo Jack Nicholson, y dijo:

—Mi teoría sobre la mosca común tiene que ver con mi teoría de por qué el tiempo parece ir más deprisa a medida que envejeces.

—¿Y por qué? —dijo la chica.

—Es proporcional —explicó Leonard—. Cuando tienes cinco años, sólo llevas vivo unos dos mil días. Pero cuando tienes cincuenta, has vivido ya veinte mil días. Así que un día, cuando tienes cinco años, parece más largo porque el porcentaje del total es mucho más alto.

—Sí, claro —dijo la chica, jocosa—. La cosa cuadra.

Pero Madeleine lo había entendido.

—Tiene sentido —dijo—. Siempre me había preguntado por qué sería.

—Sólo es una teoría —dijo Leonard.

Bettie Page le dio unos golpecitos en la mano a Leonard, para que le hiciera caso.

—Las moscas no son siempre tan rápidas —dijo—. He atrapado moscas con la mano.

—Sobre todo en invierno —dijo Leonard—. Seguramente sería el tipo de mosca que yo sería. Una de esas moscas aleladas del invierno.

No había excusa alguna para que Madeleine siguiera allí, delante del mostrador de préstamos de libros, así que se metió el Balzac en el bolso y se encaminó hacia la salida.

Empezó a vestirse de forma diferente los días que tenía semiótica. Se quitó los pendientes de diamante, y se dejó desnudos los lóbulos de las orejas. Se ponía delante del espejo y se preguntaba si sus gafas de Annie Hall podrían quizá proyectar un aire New Wave. Decidió que no, y se ponía lentillas. Desenterró unas botas Beatles que había comprado en el mercadillo del sótano de una iglesia de Vinalhaven. Empezó a llevar cuellos altos y vestir más cosas negras.

En la semana cuarta, Zipperstein recomendó *The Role of the Reader*, de Umberto Eco.^[4] A Madeleine no le había servido de gran cosa. Como lectora, no estaba interesada en la figura del lector. Seguía sintiendo debilidad por aquella entidad cada día más eclipsada: el escritor. Madeleine tenía el presentimiento de que la mayoría de

los teóricos de la semiótica no habían tenido muchos amigos de niños; de que con frecuencia se les había hecho poco caso o habían sido víctimas de matones, de forma que habían dirigido su rabia aún viva contra la literatura. Querían degradar al autor. Querían que un *libro* —esa cosa obtenida con tanto esfuerzo, tan trascendente— fuera un *texto*, algo contingente, indeterminado y abierto a las sugerencias. Querían que el lector fuera lo más importante. Porque *ellos* eran lectores.

Mientras que Madeleine era absolutamente feliz con la idea del genio. Quería que un libro la llevara a lugares donde ella no podría llegar por sí misma. Pensaba que un escritor tenía que trabajar más para escribir un libro que ella para leerlo. Cuando se trataba de letras y de literatura, Madeleine defendía una virtud que había caído en desgracia: la claridad. La semana siguiente a haber leído a Eco, leyeron trozos de *La escritura y la diferencia*, de Derrida. Y, a la siguiente, *Sobre la deconstrucción*, de Jonathan Culler, y Madeleine llegó a clase dispuesta a participar en el debate por vez primera. Antes de poder hacerlo, sin embargo, Thurston se le adelantó.

—El libro de Culler es pasable, todo lo más —dijo Thurston.

—¿Qué es lo que no te ha gustado de él? —le preguntó el profesor.

Thurston tenía la rodilla apretada contra el borde de la mesa del seminario. Alzó al aire las patas traseras de la silla, y arrugó la cara.

—Es legible y demás —dijo—. Y bien argumentado y eso. Pero es sólo cuestión de si se puede utilizar un discurso desacreditado, como, pongamos, la razón, para explicar algo que es paradigmáticamente revolucionario como la deconstrucción.

Madeleine paseó la mirada en torno a la mesa en busca de alguien con quien poder poner los ojos en blanco, pero sus compañeros parecían más interesados en escuchar lo que tenía que decir Thurston.

—¿Le importa desarrollar eso? —dijo Zipperstein.

—Bueno, lo que quiero decir es, antes que nada, que la razón no es más que un discurso como otro cualquiera, ¿no? Lo han investido de un sentido de verdad absoluta porque es el discurso privilegiado de Occidente. Lo que Derrida dice es que hay que utilizar la razón porque, ya se sabe, la razón es lo único que hay. Pero al mismo tiempo hay que ser consciente de que el lenguaje es, por propia naturaleza, irrazonable. Uno tiene que razonar partiendo de lo irrazonable. —Se subió la manga de la camiseta y se rascó el hombro huesudo—. Culler, por otra parte, sigue operando al modo antiguo. Mono en lugar de estéreo. Así que, desde ese punto de vista, el libro me ha parecido..., sí, un poco decepcionante.

Se hizo un silencio. Un silencio que se fue haciendo más largo.

—No sé —dijo Madeleine, mirando a Leonard en busca de apoyo—. Puede que sea cosa mía, pero ¿no ha sido un alivio leer un argumento lógico por una vez? Culler reduce todo lo que dicen Eco y Derrida a una forma digerible.

Thurston volvió la cabeza despacio para mirar hacia donde estaba Madeleine.

—No he dicho que sea *malo* —dijo—. Está bien. Pero el ensayo de Culler es de orden diferente al de Derrida. Todo genio necesita un explicador. Eso es Culler para Derrida.

Madeleine restó importancia a tal razonamiento.

—Tengo una idea mucho mejor de lo que es la deconstrucción después de haber leído a Culler que después de haber leído a Derrida.

Thurston se tomó el trabajo de prestar plena consideración a este punto de vista.

—En la propia naturaleza de una simplificación está el ser simple —dijo.

La clase terminó poco después de este intercambio, y Madeleine estaba que echaba chispas. Al salir del Sayles Hall, vio a Leonard de pie en las escaleras, con una lata de Coca-Cola en la mano. Fue hasta él y dijo:

—Gracias por la ayuda.

—¿Perdona?

—Pensé que estabas de mi parte. ¿Por qué no has dicho nada ahí dentro?

—La primera ley de la termodinámica —dijo Leonard—. La conservación de la energía.

—¿No estabas de acuerdo conmigo?

—Lo estaba y no lo estaba —dijo Leonard.

—¿No te ha gustado el Culler?

—El Culler es bueno. Pero Derrida es un peso pesado. No puedes borrarlo del mapa.

Madeleine pareció dudar, pero Derrida no era quien la había enfurecido.

—Si tenemos en cuenta lo mucho que Thurston dice que *venera* el lenguaje, lo lógico sería que no empleara tantas palabras cultas. Hoy ha dicho tres veces *falo*.

Leonard sonrió.

—Pensaré que si lo repite y repite tendrá uno.

—Me saca de quicio.

—¿Quieres tomar un café?

—Y *fascista*. Ésa es otra de sus preferidas. ¿Sabes esa gente de la tintorería de Thayer Street? Les llama fascistas.

—Se han debido de pasar con el almidón.

—Sí —dijo Madeleine.

—¿Sí qué?

—Acabas de invitarme a un café.

—¿Sí? —dijo Leonard—. Sí, sí lo he hecho. Muy bien. Vamos a por ese café.

Leonard no quería ir al Blue Room. Dijo que no le gustaba ir a sitios de estudiantes. Cruzaron Wayland Arch y subieron por Hope Street hacia Fax Point.

Mientras andaban, Leonard escupía de vez en cuando en la lata de Coca-Cola.

—Disculpa esta costumbre asquerosa —dijo.

Madeleine arrugó la nariz.

—¿Vas a seguir haciéndolo?

—No —dijo Leonard—. Ni siquiera sé por qué lo hago. Es un hábito que cogí en mis días de rodeo.

En la siguiente papelería que vieron, Leonard tiró la lata de Coca-Cola y escupió el tabaco mascado.

Unas cuantas manzanas más allá, los bonitos parterres de tulipanes y narcisos del campus dieron paso a calles sin árboles flanqueadas por casas proletarias pintadas en tonos alegres. Pasaron por delante de una panadería portuguesa y por una pescadería —también portuguesa— donde vendían sardinas y sepias. Los chiquillos no tenían patios donde jugar, pero parecían felices correteando por las aceras desnudas. Justo antes de llegar a la autopista había unos cuantos almacenes y, en la esquina de Wickenden, un restaurante barato.

Leonard quiso sentarse en la barra.

—Necesito ver las tartas —dijo—. Necesito ver cuál de ellas me habla.

Mientras Madeleine se sentaba en un taburete, a su lado, él miraba fijamente el expositor de los postres.

—¿Te acuerdas de cuando te ponían lanchas de queso con la tarta de manzana?

—Vagamente —dijo Madeleine.

—Parece que ya no lo hacen. Tú y yo somos seguramente las dos únicas personas presentes que se acuerdan de eso.

—Yo tampoco me acuerdo, en realidad —dijo Madeleine.

—¿No? ¿Nunca te pusieron una loncha de cheddar de Wisconsin con la tarta de manzana? Lo siento por ti.

—Quizá te pongan una loncha de queso en la tarta si se lo pides.

—No he dicho que me *gustara*. Sólo lamento que ya no se haga.

La conversación se interrumpió. Y, de pronto —y para su sorpresa—, a Madeleine le entró el pánico. Sintió el silencio como un juicio en su contra. Y, al mismo tiempo, la ansiedad que le causaba aquel silencio le hizo más difícil el mero hecho de hablar.

Aunque la sensación de estar tan nerviosa en general no era agradable, sí lo era en cierto modo. Hacía mucho tiempo que Madeleine no salía con un chico.

La camarera estaba al fondo de la barra, hablando con un parroquiano.

—¿Por qué has elegido la clase de Zipperstein? —le preguntó a Leonard.

—Por interés filosófico —dijo Leonard—. Literalmente. La filosofía, hoy día, es pura teoría del lenguaje. Todo lingüística. Así que me pareció que tenía que comprobarlo.

—¿No estás en Biología?

—Ésa es mi rama —dijo Leonard—. La filosofía es sólo un complemento.

Madeleine se dio cuenta de que nunca había salido con un estudiante de ciencias.

—¿Quieres ser médico?

—Lo único que quiero ahora es que la camarera nos haga caso.

Leonard le hizo varias señas agitando el brazo, sin éxito. De pronto dijo:

—¿No hace mucho calor aquí dentro?

Sin esperar la respuesta, se metió la mano en el bolsillo trasero del vaquero y sacó un largo pañuelo azul, que procedió a ponerse en la cabeza; luego se lo ató atrás con unos pequeños y precisos ajustes hasta que quedó satisfecho con el resultado. Madeleine lo observó todo con un ligero sentimiento de desencanto. Asociaba los pañuelos en la cabeza con los *hacky sacks*, las Grateful Dead y los brotes de alfalfa, cosas todas ellas sin las que Madeleine podía vivir perfectamente. Le impresionaba, sin embargo, el gran tamaño de Leonard sobre el taburete de al lado. Su corpulencia, aunada a la suavidad —delicadeza, casi— de su voz, inspiraba a Madeleine una extraña sensación de cuento de hadas, como si fuera una princesa sentada al lado de un gigante bondadoso.

—El caso es que... —dijo Leonard, sin dejar de mirar fijamente en dirección a la camarera— no me interesé por la filosofía a causa de la lingüística. Me interesaban las verdades eternas. Aprender a morir, etcétera. Ahora la cosa ha cambiado un poca a «¿Qué *queremos decir* cuando decimos que morimos? ¿Qué *queremos decir* que queremos decir cuando decimos que morimos?»

Al final la camarera se acercó a ellos. Madeleine pidió un plato de queso fresco y café. Leonard pidió tarta de manzana y café. Cuando la camarera se fue, Leonard hizo girar el taburete hacia la derecha, de forma que sus rodillas se tocaron fugazmente.

—¡Qué femenino! —dijo.

—¿Perdón?

—Queso fresco.

—Me gusta el queso fresco.

—¿Estás a dieta? No parece que estés haciendo ninguna dieta.

—¿Por qué quieres saberlo? —dijo Madeleine.

Y entonces, por primera vez, Leonard pareció desconcertado. Bajo la línea del pañuelo, la cara le enrojeció un poco, y apartó la mirada; roto el contacto visual, dijo:

—Simple curiosidad. —En el segundo siguiente, volvió a girar hacia Madeleine y retornó la conversación anterior—. Se supone que Derrida es mucho más claro en francés —dijo—. Se dice que su prosa, en francés, es límpida.

—Quizá debería leerle en francés, entonces.

—¿Sabes francés? —dijo Leonard, impresionado.

—No soy una virtuosa. Puedo leer a Flaubert.

Fue entonces cuando Madeleine cometió su gran error. Las cosas iban tan bien con Leonard, el humor era tan propicio —hasta el tiempo estaba echando una mano, ya que, después de terminar de comer y de irse del restaurante, mientras volvían

paseando al campus, una llovizna de marzo les forzó a compartir el paraguas plegable de Madeleine—, que la envolvió un sentimiento parecido a aquellos que había tenido de adolescente cuando la invitaban a un bollo o a un postre, una felicidad tan preñada de conciencia de su brevedad que la llevaba a dar unos mordiscos pequeñísimos, para que el hojaldre o el petisú de nata le duraran todo lo posible. Del mismo modo, en lugar de ver adónde le llevaba la tarde, Madeleine decidió detener su avance, guardar algo para más tarde, y le dijo a Leonard que tenía que irse a estudiar.

No se dieron un beso de despedida. No estuvieron a punto de hacerlo. Leonard, encorvado bajo el paraguas, dijo bruscamente «adiós» y se fue precipitadamente bajo la lluvia, con la cabeza gacha. Madeleine volvió al Narragansett. Se echó en la cama y no se movió durante mucho tiempo.

Pasaron los días, y al final llegó el siguiente seminario de Semiótica 211. Madeleine llegó pronto, y eligió un asiento contiguo al que solía ocupar Leonard. Pero cuando éste entró en clase, diez minutos más tarde, se sentó en la silla de al lado del profesor. No dijo nada en todo el tiempo, ni miró hacia Madeleine ni una sola vez. Tenía la cara como hinchada, y una fila de manchas le surcaba una mejilla. Acabada la clase, Leonard fue el primero en dejar el aula.

La semana siguiente ni siquiera apareció.

Así pues, Madeleine se vio obligada a vérselas a solas con la semiótica, con Zipperstein y con sus compañeros.

Para entonces habían pasado ya a *De la gramatología*, de Derrida. El texto de Derrida rezaba como sigue: «En, este sentido es la *Aufhebung* de las otras escrituras, en particular de la escritura jeroglífica y de la característica leibniziana que se había criticado antes en un único y mismo gesto». En sus momentos poéticos, Derrida escribía cosas como: «Lo que traiciona la escritura, en su momento no fonético, es la vida. Al mismo tiempo amenaza el aliento, el espíritu, la historia como relación del espíritu consigo mismo. De todo esto es el fin, la finitud, la parálisis.»^[5]

Dado que Derrida sostenía que el lenguaje, por su propia naturaleza, socavaba todo significado que pretendiera propiciar, Madeleine se preguntaba cómo podía esperar Derrida que ella llegara a aprehender tal significado. Tal vez no lo esperaba. Por eso exhibía tal despliegue de terminología oscura, tantas oraciones que rizaban el rizo. Por eso decía lo que decía con frases en las que se tardaba un minuto en localizar el sujeto. (¿Podía «el acceso a la pluridimensionalidad y a la temporalidad delinearizada» ser realmente un sujeto?).

Leer una novela después de haber leído teoría semiótica era como correr con las manos vacías después de haber corrido con pesas en ellas. Cuando salió del seminario Semiótica 211, Madeleine corrió a la Rockefeller Library y bajó al Nivel B, donde las estanterías rezumaban un olor a moho vivificante, y cogió un par de libros al azar —*La casa de la alegría*, *Daniel Deronda*— para recuperar la cordura. ¡Qué

maravilloso era que una frase siguiera lógicamente a la anterior! ¡Qué exquisita culpa sentía al disfrutar perversamente de la narrativa! Madeleine se sentía a salvo con una novela del siglo XIX. En ella habría gente. Y algo le iba a suceder a esta gente en un lugar parecido al mundo.

Además, había montones de bodas en Wharton y en Austen. Y había todo tipo de hombres sombríos e irresistibles.

El jueves siguiente, Madeleine llegó a clase con un suéter noruego con dibujo de copos de nieve. Había vuelto a ponerse las gafas. Por segunda semana consecutiva, Leonard no apareció. Madeleine temió que hubiera abandonado el seminario, pero el semestre estaba demasiado avanzado para que tuviera algún sentido hacerlo. Zipperstein dijo:

—¿Alguien ha visto al señor Bankhead? ¿Está enfermo?

Nadie sabía nada. Thurston llegó con una chica llamada Casandra Hart, y los dos estaban medio resfriados y pálidos como heroinómanos. Thurston sacó un rotulador negro y escribió en el hombro desnudo de Cassandra: «No es piel real».

Zipperstein estaba muy animado. Acababa de volver de un congreso en Nueva York, e iba vestido de forma diferente. Al oírle hablar de su disertación en la Nueva Escuela, Madeleine súbitamente entendió. La semiótica era la forma que había adoptado en Zipperstein la crisis de la mediana edad. El haberse convertido en un semiótico le autorizaba a llevar chaquetas de cuero, a coger un avión e irse a Vancouver a ver retrospectivas de Douglas Sirk, y a acoger en sus clases a todas las niñas abandonadas y sexies. En lugar de dejar a su mujer, Zipperstein había dejado el departamento de Lengua y Literatura Inglesas. En lugar de comprarse un coche deportivo, se había comprado deconstrucción.

Tomó asiento en la mesa del seminario y empezó a hablar.

—Espero que lean *Semiotext(e)* esta semana. A propósito de Lyotard, y en homenaje a Gertrude Stein, permítanme sugerirles lo siguiente: «Lo que sucede con el deseo es que no hay tal “miga” en él».

Y eso fue todo. Ése fue el pie que dio Zipperstein. Aguardó allí sentado ante sus alumnos, parpadeando, a la espera de que alguien replicara algo. Parecía tener toda la paciencia del mundo.

Madeleine siempre había querido saber lo que era la semiótica. Saber de qué trataba todo aquel galimatías. Pues bien, ahora creía saberlo.

Pero después, en la semana diez, por razones totalmente extracurriculares, la semiótica empezó a tener sentido.

Era un viernes por la noche, en abril, poco después de las once, y Madeleine estaba en la cama, leyendo. El texto recomendado para aquella semana era *El discurso amoroso*, de Roland Barthes. Para un libro que supuestamente trata del amor, no parecía muy romántico. La cubierta era de un sombrío color chocolate, y el

título iba en azul turquesa. No había ninguna fotografía del autor, y tan sólo se ofrecía una biografía esquemática, y una lista de sus obras.

Madeleine tenía el libro sobre el regazo. Con la mano derecha comía mantequilla de cacahuete del bote abierto. La cuchara encajaba perfectamente contra la curva del paladar superior, de forma que la mantequilla se disolvía cremosamente sobre la lengua.

Abrió el libro por la introducción y empezó a leer:

La necesidad de este libro habrá de buscarse en la consideración siguiente: que el discurso del amante es hoy de una soledad extrema.

Fuera, la temperatura, que había sido baja durante todo marzo, se disparó hasta los diez grados centígrados. El deshielo subsiguiente resultó alarmante por repentino; desagües y canalones goteaban profusamente, las aceras se encharcaban y las calles se inundaban, y todo ello en medio de un continuo sonido de agua que corría por las pendientes.

Madeleine tenía las ventanas abiertas a la oscuridad acuosa de la noche. Chupó la cuchara y siguió leyendo:

Lo que hemos sido capaces de decir más abajo sobre la espera, la ansiedad, la memoria no es más que un modesto suplemento ofrecido al lector para que se haga libre con él, para que se «sume a», para que se «sustraiga de», y lo pase a los demás: en torno a la figura, los jugadores van pasando el pañuelo, que a veces, a modo de paréntesis final, alguien se queda un segundo más antes de pasarlo. (Idealmente, el libro sería una cooperativa: «Para los Lectores y Amantes unidos»).

No era sólo que su escritura le pareciera hermosa a Madeleine. No era sólo que estas frases inaugurales de Barthes adquirieran sentido de inmediato. No era sólo el alivio de reconocer que allí, por fin, había una obra sobre la que ella podría escribir su trabajo final. Lo que hizo que Madeleine se incorporara en la cama fue algo muy semejante a la razón primera por la que leía libros y por la que siempre los había amado. Allí, delante de ella, había una señal de que no estaba sola. Allí había una articulación de lo que ella había estado sintiendo en silencio hasta ese momento. En la cama un viernes por la noche, en pantalones de gimnasia, con el pelo recogido y las gafas un poco borrosas, comiendo mantequilla de cacahuete directamente del bote, Madeleine se sentía en un estado de soledad extrema.

Tenía que ver con Leonard. Con cómo se sentía respecto a él y cómo no podía contárselo a nadie. Con cuánto le gustaba y cuán poco sabía de su persona. Con lo desesperadamente que deseaba verle y lo difícil que resultaba conseguirlo.

Los días anteriores, movida por la soledad, Madeleine había sacado las antenas. Habló de Semiótica 211 con sus compañeras de apartamento, y mencionó a Thurston, a Cassandra y a Leonard. Resultó que Abby conocía a Leonard del primer año.

—¿Qué tal era? —le preguntó Madeleine.

—Intenso, diría. Muy inteligente, pero intenso. No hacía más que llamarme continuamente. Todos los días.

—¿Le gustabas?

—No. Sólo quería hablar. Me tenía al teléfono como una hora.

—¿Y de qué hablabais?

—¡De todo! Con quién salía él. Con quién salía yo. Sus padres, mis padres. Jimmy Carter y el conejo de la ciénaga; ya sabes, le atacó uno y se le convirtió en una obsesión. Y seguía y seguía hablando.

—¿Con quién salía?

—Con una chica llamada Mindy. Pero rompieron. Y fue entonces cuando empezó a llamarme *sin parar*. Me llamaba como seis veces al día. Siempre estaba diciendo lo bien que olía Mindy. Según él tenía un olor perfectamente compatible con el suyo, *químicamente*. Le daba miedo que ninguna otra chica oliera de ese modo. Le dije que seguramente era su crema hidratante. Pero él dijo que no, que era su *piel*. Era *químicamente perfecta*. Así es como es. —Hizo una pausa, y lanzó a Madeleine una mirada inquisitiva—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te gusta?

—Sólo lo conozco de clase —dijo Madeleine.

—¿Quieres que lo invite a cenar?

—Yo no he dicho eso.

—Lo invitaré a cenar —dijo Abby.

La cena había sido el martes, tres días atrás. Leonard, muy cortésmente, había llevado un regalo: un juego de paños de cocina. Se había vestido de tiros largos —camisa blanca con corbata fina—, con el pelo largo recogido en una coleta masculina al modo de los guerreros escoceses. Fue conmovedoramente sincero al saludar a Abby, tenderle el regalo y agradecerle la invitación.

Madeleine trató de no mostrarse demasiado ansiosa. En la cena, prestó atención a Brian Weeger, cuyo aliento olía a comida de perros. Un par de veces, cuando miró hacia Leonard, él la miró también, con fijeza, como si estuviera enfadado. Luego, cuando Madeleine estaba en la cocina aclarando los platos, entró Leonard. Madeleine se volvió y lo vio examinando una protuberancia que había en la pared.

—Debe de ser una tubería principal de gas.

Madeleine miró el bulto; era obvio que lo habían pintado y repintado muchas

veces.

—Tenían lámparas de gas en estos edificios —siguió Leonard—. Seguramente bombeaban el gas desde el sótano. Si a alguien se le apagaba la llama piloto, en cualquier piso, se producía un escape. El gas era inodoro entonces. No empezaron a añadirle metilmercaptano hasta mucho más tarde.

—Bueno es saberlo —dijo Madeleine.

—Este sitio debió de ser un polvorín. —Leonard dio unos golpecitos con la uña al bulto de la pared, y, volviéndose, miró a Madeleine de un modo preñado de sentido.

—No he ido a clase —dijo.

—Lo sé.

La cabeza de Leonard sobresalía de la de ella, pero entonces descendió un poco, de forma apacible, mansa, y dijo:

—No me sentía bien.

—¿Has estado enfermo?

—Estoy mejor.

Olivia llamó desde la sala:

—¿Quién quiere un poco de Delamain? Está delicioso.

—Yo —dijo Brian Weeger—. Es un coñac genial.

Leonard dijo:

—¿Te han gustado los trapos de cocina?

—¿Qué?

—Los trapos de cocina. Compré unos trapos de cocina.

—Oh, sí, estupendos —dijo Madeleine—. Son perfectos. ¡Los usaremos! Gracias.

—Habría traído vino, o whisky escocés, pero eso es lo que llevaría a una cena mi padre.

—¿No quieres hacer nada de lo que haría tu padre?

La cara y la voz de Leonard se volvieron solemnes cuando respondió:

—Mi padre es un tipo depresivo que se automedica con alcohol. Y mi madre es más o menos igual.

—¿Dónde viven?

—Están divorciados. Mi madre sigue viviendo en Portland, de donde yo soy. Mi padre está en Europa. Vive en Amberes. La última vez que tuve noticias de él.

Aquel intercambio era alentador en un sentido. Leonard estaba compartiendo información personal. Por otra parte, tal información indicaba que tenía una relación problemática con sus padres, que a su vez tenían problemas, y Madeleine tenía la firme intención de salir sólo con chicos a quienes les gustaran sus padres.

—¿Qué hace tu padre? —preguntó Leonard.

Desprevenida, Madeleine vaciló.

—Trabajaba en un college —dijo—. Está jubilado.

—¿Qué era? ¿Profesor?

—Era el rector.

Leonard hizo un gesto con la boca.

—Oh.

—Era un college pequeño. En Nueva Jersey. El Baxter College.

Abby entró a buscar vasos. Leonard la ayudó a cogerlos del estante de arriba. Cuando Abby se hubo ido, Leonard se volvió hacia Madeleine y dijo, en tono como doliente:

—Ponen una película de Fellini en el Cable Car este fin de semana. *Amarcord*

Madeleine lo miró, animándolo. Hay todo tipo de palabras novelísticas y anticuadas para describir lo que sentía, palabras como «excitación trémula» y demás, pero ella tenía sus normas. Una de ellas era que el chico tenía que invitarla a ella, no ella a él.

—Creo que la ponen el sábado —dijo Leonard.

—¿Este sábado?

—¿Te gusta Fellini?

Responder a aquella pregunta —según lo veía Madeleine— no comprometía el cumplimiento de su norma.

—¿Quieres saber algo muy embarazoso? —dijo—. Nunca he visto una película de Fellini.

—Tendrías que ver alguna —dijo Leonard—. Te llamaré.

—De acuerdo.

—¿Tengo tu número? Oh, sí, lo tengo. Tienes el mismo teléfono que Abby.

—¿Quieres que te lo escriba? —le preguntó Madeleine.

—No. Lo tengo —dijo Leonard.

Y se levantó como un brontosaurio que volviera a ocupar su sitio entre las copas de los árboles.

Durante el resto de la semana, Madeleine no salió ninguna noche, a la espera de la llamada de Leonard. Cuando volvía de clase por la tarde preguntaba a sus compañeras si le había llamado mientras estaba fuera.

—Ayer llamó un chico —dijo Olivia el jueves—. Cuando estaba en la ducha.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Se me olvidó, lo siento.

—¿Quién era?

—No lo dijo.

—¿Parecía Leonard?

—No me di cuenta. Estaba chorreando.

—¡Gracias por darme el mensaje!

—Lo siento —dijo Olivia—. Dios. Fueron un par de segundos. Dijo que volvería

a llamar más tarde.

Llegó el viernes por la noche —¡el viernes!— y Madeleine no quiso salir con Abby y con Olivia para estar en casa esperando la llamada junto al teléfono. Estaba leyendo *El discurso amoroso*, y maravillándose lo pertinente que resultaba ahora en su vida.

La espera

L'attente / la espera

Tumulto de ansiedad provocado por la espera del ser amado, sometido a demoras triviales (citas, cartas, llamadas telefónicas, compromisos de reciprocidad)

... La espera es un encantamiento: he recibido órdenes de no moverme. La espera de una llamada telefónica está por tanto trenzada de infinitas prohibiciones diminutas e inconfesables: me prohíbo irme de la habitación, ir al aseo, incluso llamar por teléfono (para evitar que la línea esté ocupada)...

Oía la televisión del apartamento de abajo. El dormitorio de Madeleine daba justo a la cúpula del Capitolio del Estado, profusamente iluminada contra el cielo oscuro. La calefacción, que los inquilinos no podían controlar, aún funcionaba, y el radiador siseaba mientras derrochaba energía.

Cuanto más pensaba en ello, más entendía Madeleine que la soledad extrema no sólo describía el modo en que se sentía respecto a Leonard. Explicaba cómo se había sentido siempre cuando estaba enamorada. Explicaba cómo era el amor y acaso qué era lo que fallaba en él.

Sonó el teléfono.

Madeleine se sentó en la cama. Dobló la esquina de la página que estaba leyendo. Esperó todo lo que pudo (tres timbrazos) antes de contestar.

—¿Sí?

—¿Maddy?

Era Alton, y llamaba desde Prettybrook.

—Oh, hola, papá.

—No pareces muy entusiasmada.

—Estoy estudiando.

Como era su costumbre, sin andarse por las ramas, fue directamente al grano.

—Tu madre y yo estábamos haciendo planes para tu graduación.

Durante un instante, Madeleine pensó que Alton se refería a que estaban hablando

sobre su futuro. Pero enseguida cayó en la cuenta de que se refería únicamente a la logística.

—Estamos en abril —dijo Madeleine—. La ceremonia es en junio.

—Mi experiencia con las ciudades universitarias es que los hoteles están completos con varios meses de adelanto. Así que tenemos que decidir qué vamos a hacer. Pues bien, éstas son las opciones. ¿Me estás escuchando?

—Sí —dijo Madeleine, y a partir de ese momento dejó de prestar atención. Volvió a meter la cuchara en el bote de mantequilla de cacahuete y se la llevó a la boca, aunque esta vez se limitó a lamerla.

La voz de Alton estaba diciendo:

—Opción uno: tu madre y yo llegamos la noche anterior al día en cuestión, nos alojamos en un hotel y cenamos contigo la noche de la ceremonia. Opción dos: llegamos la mañana del día en cuestión, desayunamos contigo y nos marchamos después de la ceremonia. Para nosotros, las dos opciones son aceptables. Elige tú. Pero déjame explicarte los pros y los contras de cada una de ellas.

Madeleine estaba a punto de contestar cuando Phyllida intervino a través de un suplitorio.

—Hola, querida. Espero que no te hayamos despertado.

—No la hemos despertado —aulló Alton—. Las once de la noche no es tarde en una universidad. Sobre todo un viernes por la noche. Oye, ¿qué estás haciendo en casa un viernes por la noche? ¿Te ha salido un grano?

—Hola, mamá —dijo Madeleine, haciendo caso omiso de lo que decía su padre.

—Maddy, encanto, estamos redecorando tu habitación y quería preguntarte...

—¿Que estáis redecorando mi cuarto?

—Sí, necesitaba un lavado de cara. Y yo...

—¿Mi cuarto?

—Sí. Estaba pensando en poner una moqueta verde. Ya sabes, un verde bonito.

—¡No! —exclamó Madeleine.

—Maddy, hemos dejado tu cuarto como estaba durante cuatro años... ¡No creerás que es un santuario! Me gustaría poder usarla de vez en cuando como cuarto de invitados, ya que tiene cuarto de baño. Tú puedes seguir usándola cuando vengas a casa, no te preocupes. Siempre será tu cuarto.

—¿Y qué pasa con mi papel pintado?

—Es viejo. Se está despegando.

—¡No puedes cambiar mi papel pintado!

—Oh, de acuerdo. Dejaré el empapelado. Pero la moqueta...

—Perdona —dijo Alton en tono imperioso—. Esta llamada era para hablar de la graduación. Phyl, estás secuestrando mi orden del día. Discutid de la nueva decoración otro día. Ahora, Madeleine, déjame que te exponga los pros y los contras.

Cuando tu primo se licenció en Williams, cenamos todos juntos *después* de la ceremonia. Y, si te acuerdas, Doats se quejó todo el tiempo de que se estaba perdiendo todas las fiestas. Se fue a mitad de la cena. Bien, tu madre y yo queremos quedarnos esa noche, o dos noches, si es que vamos a estar contigo. Pero si vas a estar ocupada quizá sea mejor la opción del desayuno.

—Faltan dos meses para la ceremonia. Ni siquiera sé cómo va a ser todo.

—Eso es lo que le he dicho yo a tu padre —dijo Phyllida.

Madeleine reparó de pronto en que estaba ocupando la línea telefónica.

—Dejadme que lo piense —dijo con brusquedad—. Tengo que colgar. Estoy estudiando.

—Si vamos a quedarnos una noche —repitió Alton—, me gustaría hacer la reserva cuanto antes.

—Llamadme luego. Dejadme pensarlo. Llamadme el domingo.

Alton seguía hablando cuando Madeleine dio por terminada la charla, así que cuando volvió a sonar el teléfono, veinte segundos después, Madeleine levantó el auricular y dijo:

—Papá, déjalo. No tenemos que decidirlo esta noche.

Se hizo el silencio en la línea. Y luego una voz masculina dijo:

—No tienes por qué llamarme papá.

—Oh, Dios... Leonard. ¡Lo siento! Pensé que eras mi padre. Ya se está angustiando con los planes para la graduación.

—Yo también me estaba angustiando con algo.

—¿Con qué?

—Con llamarte.

Sonaba bien. Madeleine se pasó un dedo por el labio inferior. Dijo:

—¿Se te ha pasado ya o quieres llamarme luego?

—Ahora que estoy tranquilo, gracias.

Madeleine esperó a que siguiera hablando, pero Leonard no dijo nada.

—¿Me llamas para algo? —le preguntó.

—Sí. Por la película de Fellini. Esperaba que pudieras..., si no estás demasiado..., sé que es de mala educación llamar tan tarde, pero he estado en el laboratorio.

Parecía un poco nervioso. Y eso no estaba bien. A Madeleine no le gustaban los chicos nerviosos. Los chicos nerviosos eran nerviosos por algo. Hasta aquel momento le había parecido un tipo de persona más atormentada que nerviosa. Ser atormentado estaba mejor.

—No creo que eso haya sido una frase entera —dijo Madeleine.

—¿Qué le falta? —le preguntó.

—¿Qué tal? «¿Te gustaría venir conmigo a verla?»

—Me encantaría —dijo.

Madeleine frunció el ceño sobre el auricular. Tuvo la impresión de que había previsto aquel intercambio, como el jugador de ajedrez que piensa ocho jugadas por adelantado. Se disponía a quejarse cuando Leonard dijo:

—Lo siento, no ha tenido gracia. —Se aclaró la garganta, de forma cómica—. Escucha: ¿te gustaría venir al cine conmigo?

Madeleine no respondió de inmediato. Merecía un pequeño correctivo. Y así, le apretó las clavijas unos cuantos segundos más.

—Me encantaría.^[6]

Había salido aquella palabra (amar). Se preguntó si se habría dado cuenta. Se preguntó qué querría decir el hecho de que ella se hubiera dado cuenta. No era más que una palabra, después de todo. Una manera de hablar.

Al día siguiente —sábado— por la noche, el tiempo —voluble— volvió a ser frío. Madeleine estaba helada con su chaqueta de ante castaño cuando se dirigía al restaurante donde habían quedado. Luego, fueron juntos al cine Cable Car y encontraron un sofá hundido entre los demás sofás y sillones desparejados que componían el mobiliario de aquel cine de arte y ensayo.

A Madeleine le costó mucho seguir la película. Las claves de la narración no eran tan claras como las de Hollywood, y la película tenía un halo como onírico, exuberante pero discontinuo. El público, integrado por universitarios, reía con inteligencia en los momentos atrevidos a la europea: cuando la mujer de tetas gigantescas le metía una de ellas en la boca del joven protagonista; o cuando el anciano que está subido al árbol gritaba: «¡Quiero una mujer!». El tema de Fellini parecía ser el mismo que el de Roland Barthes —el amor—, pero aquí era italiano y todo sobre el cuerpo, en lugar de francés y todo sobre la mente. Madeleine se preguntó si sabía de antemano de qué trataba *Amarcord*. Se preguntó si sería éste el modo de ponerla a ella en el ánimo propicio. Y, si tal hubiera sido el caso, sí, ella sí estaba con el ánimo propicio, pero no gracias a la película. La película era agradable de ver, pero le producía confusión y le hacía sentirse ingenua y no urbana sino de barrio residencial. Le daba la sensación de que era demasiado permisiva y demasiado masculina.

Cuando terminó la película, salieron a South Main. No tenían pensado adónde ir. A Madeleine le complació mucho comprobar que, aunque alto, no era demasiado alto. Si ella se ponía tacones, la parte alta de la cabeza le llegaba más arriba de los hombros, casi hasta la barbilla.

—¿Qué te ha parecido? —dijo.

—Bueno, al menos ahora sé lo que quiere decir felliniano.

La silueta de los edificios del centro quedaba a la izquierda, al otro lado del río, y la aguja del edificio de Supermán se recortaba contra un cielo urbano inusualmente

rosado. Las calles estaban vacías; no se veían más transeúntes que los que estaban saliendo del cine.

—Mi meta en la vida es llegar a ser un adjetivo —dijo—. Que la gente vaya por ahí diciendo: «Eso era tan bankheadiano», o «Un poco demasiado bankheadiano para mi gusto».

—Bankheadiano suena bien —dijo Madeleine.

—Es mejor que bankheadesco.

—O bankheadino.

—La terminación «ino» es horrible la mires por donde la mires. Hay joyciano, shakespeariano, faulkneriano. Pero en «ino». ¿Quién hay por ahí que sea algo terminado en «ino»?

—¿Thomas Mannino?

—Kafkesco —dijo—. ¡Pynchonesco! Mira, Pynchon es ya un adjetivo. Gaddis. ¿Cómo sería para Gaddis? ¿Gaddisesco? ¿Gaddisio?

—No, con Gaddis no se puede hacer —dijo Madeleine.

—No —dijo Leonard—. Ha tenido mala suerte, Gaddis. ¿Te gusta Gaddis?

—Leí un poco de *Los reconocimientos* —dijo Madeleine.

Doblaron Planet Street y subieron por la pendiente.

—Belloviano —dijo Leonard—. Es superbonito cuando se cambia alguna letra. Con nabokoviano no pasa: Nabokov ya tiene la «v» y Chéjov también: chejoviano. Los rusos lo tienen fácil. ¡Tolstoiano! El tal Tolstoi era un adjetivo a la espera de formarse.

—No te olvides del tolstoianismo —dijo Madeleine.

—¡Dios mío! —dijo Leonard—. ¡Un nombre! Jamás había soñado con llegar a ser un nombre.

—¿Qué significaría bankheadiano?

Leonard se quedó pensativo unos segundos.

—De o relativo a Leonard Bankhead (norteamericano, nacido en 1959). Caracterizado por una introspección o inquietud excesiva. Sombrío, depresivo. Véase caso perdido.

Madeleine reía. Leonard se detuvo y la cogió del brazo, mirándola con seriedad.

—Te estoy llevando a mi casa —dijo.

—¿Qué?

—Todo este tiempo que llevamos andando. Te he estado llevando hacia mi casa. Eso es lo que hago normalmente, al parecer. Es vergonzoso. Vergonzoso. No quiero que sea así. No contigo. Así que te lo estoy diciendo.

—Ya me lo había figurado, que íbamos a tu casa.

—¿Sí?

—Te lo iba a decir. Cuando estuviéramos más cerca.

—Ya estamos cerca.

—No puedo subir.

—*Por favor.*

—No. Esta noche no.

—*Hannaesco* —dijo Leonard—. Testarudo. Dado a posturas inamovibles.

—*Hannariano* —dijo Madeleine—. Peligroso. Algo con lo que no se juega.

—Quedo advertido.

Se quedaron de pie, mirándose, en el frío y la oscuridad de Planet Street. Leonard sacó las manos de los bolsillos para encajarse la melena detrás de las orejas.

—Puede que suba sólo un minuto —dijo Madeleine.

Días especiales

Fête / Fiesta

El sujeto amoroso vive cada encuentro con el ser amado como una fiesta.

1. La fiesta es aquello que se espera, lo esperado. Lo que espero de la presencia prometida es una totalidad inaudita de placeres, un banquete; me regocijo como un niño que ríe al ver a su madre, cuya sola presencia augura y significa una plenitud de satisfacciones: voy a tener ante mí, y para mí, a la «fuente de todas las cosas».

«Vivo unos días tan felices como aquellos que Dios reserva para sus elegidos; y sea lo que fuere de mí, no podré decir nunca que no he gustado de los gozos más puros de la vida».

Podría debatirse si Madeleine se había enamorado o no de Leonard desde el primer instante en que lo vio. Entonces ni siquiera lo conocía, y por tanto lo único que sintió fue atracción sexual, no amor. Incluso después de haber ido a tomar un café juntos, Madeleine no podía saber si lo que estaba sintiendo era algo más que un encaprichamiento. Pero desde la noche en que volvieron paseando hasta la casa de Leonard después de haber visto *Amarcord* y empezaron a estar juntos, y Madeleine descubrió que en lugar de enfriarse ante el aspecto físico de la relación —que era lo que solía pasarle con los chicos—, en lugar de soportarlo o de tratar de pasarlo por alto, se pasó toda la noche temiendo que era *ella* quien enfriaba a Leonard, y que su cuerpo no era lo bastante deseable, o que el aliento le olía a la ensalada César que tan desacertadamente había pedido para cenar; preocupándose, también, por haber sugerido que pidiesen unos martinis, ya que Leonard había dicho sarcásticamente:

«Claro, martinis. Podemos hacer que somos unos personajes de Salinger»; después de, a causa de toda esta ansiedad, no haber obtenido mucho placer sexual, pese a la más que respetable sesión que ambos habían dedicado a este fin; y después de que Leonard (como todos los chicos) se hubiera quedado dormido de inmediato, dejándola a ella despierta en la cama, acariciándole la cabeza y esperando vagamente no haber contraído ninguna infección del tracto urinario, Madeleine se preguntó si el hecho de haberse pasado toda la noche preocupada no era, de hecho, una señal inequívoca de que estaba enamorándose. Y, ciertamente, después de haberse pasado los tres días siguientes en el cuarto de Leonard haciendo el amor y comiendo pizza, después de haberse relajado lo bastante para ser capaz de correrse al menos de vez en cuando, y de finalmente haber dejado de preocuparse por alcanzar el orgasmo, ya que su hambre de Leonard se veía satisfecha en cierto modo con la satisfacción de éste; después de haberse permitido estar sentada desnuda en su vasto sofá y caminar hasta el cuarto de baño sabiendo que él estaba mirando su (imperfecto) trasero; registrar su asqueroso frigorífico en busca de comida, leer el brillante medio folio de filosofía que sobresalía de su máquina de escribir y de oírle hacer pis con la fuerza de un toro en la taza del inodoro, ciertamente, al final de esos tres días Madeleine supo que estaba enamorada.

Pero eso no significaba que tuviera que decírselo a nadie. Y menos al propio Leonard.

Leonard Bankhead tenía un estudio en el tercer piso de un edificio estudiantil de renta baja. Los pasillos estaban llenos de bicicletas y de correo basura. Todas las demás puertas estaban decoradas con pegatinas: una hoja fluorescente de marihuana, una serigrafía del grupo Blondie. La puerta de Leonard, sin embargo, estaba tan desnuda como el interior del estudio. En medio del recinto había un colchón individual junto a una caja de leche de plástico, y encima de ella una lámpara de lectura. No había escritorio, ni estanterías, ni siquiera una mesa. Sólo aquel sofá odioso, y enfrente otra caja de leche sobre la que podía verse una máquina de escribir. Las paredes estaban desnudas, a excepción de algunos trozos de cinta adhesiva y, en un rincón, un pequeño retrato a lápiz de Leonard. El dibujo mostraba a Leonard haciendo de George Washington, con un tricornio y protegiéndose con una manta en Valley Forge. El pie rezaba: «Vete. Me gusta estar aquí».

Madeleine pensó que la letra parecía femenina.

Un ficus aguantaba el tipo en un rincón. Leonard lo movía para ponerlo al sol cada vez que se acordaba. Madeleine, apiadada del árbol, empezó a regarlo, hasta que un día vio que Leonard la estaba mirando, con los ojos entre cerrados y recelosos.

—¿Qué? —dijo Madeleine.

—Nada.

—Venga, dilo.

—Estás regando mi árbol.

—La tierra está seca.

—Estás cuidando mi árbol.

Desde aquel día, Madeleine dejó de hacerlo.

Había una cocina mínima donde Leonard preparaba y recalentaba los cinco litros de café que se bebía al día. Un gran wok grasiento descansaba sobre la cocina. A lo sumo que llegaba Leonard en lo referente a prepararse una comida, sin embargo, era echar en él unos cereales para el desayuno. Con pasas. Las pasas satisfacían toda su necesidad de fruta.

El estudio llevaba un mensaje. Y este mensaje decía: soy huérfano. Abby y Olivia le preguntaron a Madeleine qué es lo que Leonard y ella hacían cuando estaban juntos, y ella no sabía nunca qué responder. No *hacían* nada. Madeleine iba a su estudio y se tumbaba con él en el colchón y Leonard le preguntaba qué tal le iba, con verdadero deseo de saberlo. ¿Qué hacían? Ella hablaba; él escuchaba; luego hablaba él y ella escuchaba. Madeleine no había conocido nunca a nadie —y ciertamente a ningún varón— tan receptivo, con tanta capacidad de asimilación. Imaginó que los modos de psiquiatra de Leonard le venían de los años que se había pasado visitando consultas de este tipo de galenos, y aunque otra de sus normas era no salir con chicos que fueran al psiquiatra, Madeleine empezó a reconsiderar esta prohibición. En la casa familiar, su hermana y ella tenían una frase para referirse a las charlas emocionalmente profundas. Las llamaban «Tener un *heavy*». Si en el curso de alguna de ellas se les acercaba algún chico, ellas alzarían la mirada hacia él y le advertirían: «Estamos teniendo un *heavy*». Y el chico se batiría en retirada. Hasta que acabaran con su charla. Hasta que el *heavy* hubiera terminado.

Salir con Leonard era como tener un *heavy* continuamente. Siempre que estaba con él, Leonard le prestaba una atención total. No la miraba fijamente a los ojos ni la colmaba de atenciones como Bill, pero dejaba palmariamente claro que se hallaba disponible para ella. Apenas le daba consejos. Se limitaba a escuchar, y a susurrar cosas en tono tranquilizador.

A menudo la gente se enamora de su psiquiatra, ¿no? Se llama «transferencia» y debe evitarse. Pero ¿y si uno se está acostando ya con su psiquiatra? ¿Y si el sofá del psiquiatra es ya una cama?

Y, además, no eran nada pesados, los *heavies*. Leonard era divertido. Contaba historias hilarantes con una voz sin inflexiones. Hundía la cabeza entre los hombros, sus ojos se llenaban de amargura, Y las frases las pronunciaba lentamente y arrastrando las palabras.

—¿Te he dicho alguna vez que toco un instrumento? El verano en que mis padres se divorciaron, me mandaron a vivir con mis abuelos en Buffalo. Los vecinos de la casa de al lado eran letones, los Bruveris. Y los dos tocaban el kokle. ¿Sabes lo que es

un kokle? Una especie de cítara, pero letona.

»El caso es que solía oír cómo el señor y la señora Bruveris tocaban sus kokles en el jardín pegado al nuestro. Es un sonido asombroso. Como salvaje y tremendamente vivo, por una parte, pero por otra melancólico. El kokle es el maníaco-depresivo de la familia de los instrumentos de cuerda. En fin, yo me aburría como una ostra aquel verano. Tenía dieciséis años. Medía uno ochenta y cinco. Y pesaba sesenta y tres kilos. Y me pasaba el día fumando porros. Solía *colocarme* en mi cuarto y echar el humo por la ventana, y luego salía al porche y me ponía a escuchar a los Bruveris tocando el kokle. A veces había otra gente con ellos. Amigos que también tocaban el kokle. Sacaban sillas al césped y se sentaban a tocar todos juntos. ¡Una auténtica orquesta! Una orquesta de kokles. Un día me vieron mirándoles y me invitaron a sentarme con ellos. Me dieron ensalada de patata y un polo de uva, y le pregunté al señor Bruveris cómo se tocaba el kokle, y empezó a darme clases. Solía ir a verle todos los días. Tenían un viejo kokle, y me lo prestaban para que aprendiera. Practicaba cinco o seis horas al día. Estaba enganchado.

»Al final de aquel verano, cuando tenía que marcharme, los Bruveris me dieron el kokle. Para que me lo quedara. Me lo llevé en el avión. Con un asiento para él solo, como si yo fuera Rostropovich. Mi padre, para entonces, ya se había ido de casa. Así que quedábamos mi madre, mi hermana y yo. Y seguí practicando. Llegué a ser bastante bueno, así que entré en el grupo. Solíamos tocar en festivales étnicos y en bodas ortodoxas. Llevábamos esos trajes tradicionales, con chalecos bordados, mangas hinchadas, botas hasta las rodillas. Todos los adultos y yo. La mayoría eran letones, y también había algunos rusos. El número fuerte del espectáculo era el «Otchi Tchornyia». Es lo único que me salvó a mí en la secundaria. El kokle.

—¿Sigues tocándolo?

—No, Dios. ¿Estás de broma? ¿El kokle?

Escuchando a Leonard, Madeleine se sentía empobrecida por su infancia feliz. Jamás se había preguntado por qué actuaba como actuaba, o qué efecto habían producido sus padres en su personalidad. El hecho de ser afortunada le había embotado las facultades de observación. Mientras que Leonard se daba cuenta de los detalles más pequeños. Por ejemplo, pasaron un fin de semana en Cape Cod (en parte para visitar el laboratorio de Pilgrim Lake, al que Leonard había enviado una solicitud para una beca de investigación), y cuando volvían en el coche Leonard dijo:

—¿Cómo lo haces? ¿Te aguantas, simplemente?

—¿Qué?

—Te aguantas. Dos días enteros. Hasta que vuelves a casa.

Cuando el sentido de lo que decía se hizo evidente, Madeleine dijo:

—¡No puedo creerlo!

—No has hecho caca ni una sola vez en mi presencia.

—¿En tu presencia?

—Cuando estoy contigo. O cerca.

—¿Qué hay de malo en ello?

—¿Qué hay de malo en ello? Nada. Si hablamos de duermo-en-casa-de-alguien-y-a-la-mañana-siguiente-me-voy-a-clase y entonces hago caca, pues bien, se entiende. Pero cuando hemos estado juntos dos, casi tres días, comiendo carne y pescado y de todo y tú no haces caca ni una vez en todo ese tiempo, sólo me cabe concluir que eres bastante retentivo-anal.

—¿Y qué? ¡Me da vergüenza! —dijo Madeleine—. ¿Vale? Me siento violenta.

Leonard la miró sin expresión, y dijo:

—¿Te importa cuando yo hago caca?

—¿Tenemos que hablar de esto? Es de mal gusto.

—Yo creo que sí tenemos que hablar de ello. Porque es obvio que no estás muy relajada conmigo, y yo soy, al menos eso creo, tu novio, y eso significa, o debería significar, que soy la persona con la que tendrías que sentirte más relajada. Leonard equivale en este caso a relajación máxima.

Se suponía que los chicos no eran los que hablaban de estas cosas. Se suponía que los chicos no eran quienes hacían que te sincerases. Pero este chico sí; este chico lo hacía. Y también había dicho que era «su novio». Lo había hecho oficial.

—Intentaré estar más relajada —dijo Madeleine—. Si eso te hace feliz. Pero en lo que se refiere a... la defecación, no te hagas muchas esperanzas.

—No es por mí —dijo Leonard—. Es por el señor Intestino Grueso. Es por el señor Duodeno.

Aunque esta especie de terapia amateur no es que funcionara exactamente con Madeleine (después de aquella conversación, por ejemplo, a Madeleine se le hacía no menos sino mucho más difícil hacer aguas mayores si Leonard se encontraba a menos de un kilómetro a la redonda), sí la afectó profundamente. Leonard la estudiaba muy de cerca. Ella se sentía tratada como debía, como algo precioso o inmensamente fascinante. Y la hacía feliz pensar lo mucho que Leonard pensaba en ella.

A finales de abril, Madeleine y Leonard habían dado en la rutina de pasar todas las noches juntos. Las noches de diario, cuando terminaba de estudiar, Madeleine iba al laboratorio de biología, donde encontraba a Leonard mirando diapositivas con dos estudiantes de posgrado chinos. Cuando por fin conseguía que Leonard dejara el laboratorio, Madeleine tenía que engatusarle para que fuera a dormir a su apartamento. Al principio, a Leonard le gustaba quedarse en el Narragansett. Le gustaban las molduras ornadas y la vista desde el dormitorio de Madeleine. Cautivó a Olivia y a Abby haciéndoles tortitas los domingos por la mañana. Pero pronto empezó a quejarse de que *siempre* se quedaban a dormir en el apartamento de Madeleine, y de que *nunca* conseguía despertar en su propia cama. Quedarse en el

estudio de Leonard, sin embargo, requería que Madeleine llevase cada noche un conjunto de ropa limpia, y dado que no le gustaba dejar ropa en el estudio de Leonard (y, para ser sincera, tampoco le gustaba que cualquier cosa que dejara en él cogiera un olor a cerrado), Madeleine se veía obligada a llevar la ropa sucia del día anterior durante todas las clases. Prefería dormir en su apartamento, donde podía usar su champú, acondicionador y esponja vegetal, y donde había un «día de colada de sábanas» a la semana (todos los miércoles). Leonard nunca cambiaba las sábanas. Siempre tenían un inquietante color gris. El polvo apelmazado se pegaba a los bordes del colchón. Una mañana, Madeleine se quedó horrorizada al ver una mancha caligráfica de sangre que había manado de ella hacía tres semanas, una mancha que ella había tratado de quitar con una esponja de cocina mientras Leonard dormía.

—¡Nunca lavas las sábanas! —se quejó.

—Sí las lavo —dijo Leonard en tono uniforme.

—¿Cada cuánto?

—Cuando están sucias.

—Siempre están sucias.

—No todo el mundo puede llevar la ropa sucia a la lavandería todas las semanas. No todo el mundo se ha criado con un «día de colada de sábanas» todas las semanas.

—No tienes que llevarlas a la lavandería —dijo Madeleine, sin amilanarse—. Hay una lavadora en el sótano.

—Uso la lavadora —dijo Leonard—. Pero no todos los miércoles. Y no equiparo suciedad con muerte y podredumbre.

—Oh, ¿y yo sí? ¿Estoy obsesionada con la muerte porque lavo mis sábanas?

—Las actitudes de la gente respecto a la limpieza tienen mucho que ver con el miedo a la muerte.

—Esto no tiene nada que ver con la muerte, Leonard. Esto tiene que ver con migas en la cama. Esto tiene que ver con el hecho de que la almohada huele a sándwich de paté de hígado.

—No es cierto.

—¡Sí lo es!

—No es cierto.

—¡Huélela, Leonard!

—Huele a salami. No me gusta el paté de hígado.

Hasta cierto punto, este tipo de discusiones eran divertidas. Pero había noches en las que Madeleine se olvidaba de preparar ropa limpia y Leonard la acusaba de hacerlo a propósito para obligarle a dormir en su apartamento. Además —de forma harto más preocupante—, había noches en las que Leonard decía que se iba a casa a estudiar y que la vería al día siguiente. Empezó a pasar noches en blanco. Uno de sus profesores de filosofía le invitó a utilizar su cabaña de las Berkshires, y Leonard fue a

instalarse en ella un fin de semana lluvioso, solo, a escribir un trabajo sobre Fichte, y volvió con un manojito de ciento veintitrés páginas y vestido con un chaleco de cazador de color anaranjado brillante. El chaleco se convirtió en su prenda preferida. Lo llevaba a todas horas.

Empezó a terminar las frases de Madeleine. Como si la mente de su novia fuera demasiado lenta. Como si no pudiera esperar a que compusiera sus pensamientos. Comentaba las cosas que decía, y se iba por tangentes extrañas, y hacía juegos de palabras. Siempre que ella le decía que necesitaba dormir, se enfurecía y no la llamaba en varios días. Y fue en este período cuando Madeleine entendió cabalmente que el discurso del amante era de una soledad extrema. La soledad era extrema porque no era física. Era extrema porque la sentías mientras estabas en compañía de la persona que amabas. Era extrema porque estaba en tu cabeza, el más solitario de los lugares.

Cuanto más se alejaba Leonard, más ansiosa se sentía Madeleine. Cuanto más se impacientaba ella, más se alejaba él. Madeleine se dijo a sí misma que tenía que actuar con tranquilidad. Una tarde fue a la biblioteca a trabajar en su tesis sobre la trama nupcial, pero la atmósfera de fantasía erótica —el contacto visual en la sala de lectura, la atracción de las estanterías— hizo que deseara desesperadamente ver a Leonard. Y así, en contra de su voluntad, los pies la llevaron hacia el departamento de biología a través de la oscuridad del campus. Hasta el último momento, Madeleine albergó la insensata esperanza de que tal expresión de debilidad pudiera de hecho ser una muestra de fortaleza. Era una estrategia brillante porque carecía por completo de estrategia. No tenía nada que ver con ningún juego; era una cuestión de sinceridad. Al ver tal sinceridad, ¿cómo iba a dejar de responder Leonard? Madeleine casi se sentía feliz al llegar por detrás a la mesa del laboratorio y darle unos golpecitos en el hombro a Leonard; pero su felicidad duró tan sólo hasta que él se dio la vuelta con una expresión que no era de amor sino de fastidio.

No ayudaba el hecho de que fuera primavera. La gente parecía llevar cada día menos ropa. Los magnolios, que florecían en las zonas verdes, parecían inflamados. Exhalaban un perfume que entraba por las ventanas de Semiótica 211. Los magnolios no habían leído a Roland Barthes. Y no pensaban que el amor fuera un estado mental; los magnolios insistían en que era natural, y perenne.

Un día de mayo cálido y hermoso, Madeleine se duchó, se depiló las piernas con más esmero de lo habitual y se puso el primer vestido de primavera: corto y airoso, verde manzana, con cuello babero y dobladillo ancho. Y se calzó unos Buster Brown de color óxido y crema, sin calcetines. Las piernas desnudas, tonificadas por un invierno de partidos de squash, tenían un tono pálido pero una textura suave. No se quitó las gafas, se dejó el pelo suelto y se dirigió al estudio de Leonard en Planet Street. De camino se paró en un mercado para comprar un buen trozo de queso, unas

galletitas Stoned Wheat Thins y una botella de Valpolicella. Al bajar por la colina que iba de Benefit hacia South Main, sintió la brisa cálida entre los muslos. La puerta principal del edificio de Leonard se mantenía abierta por un ladrillo colocado al pie del hueco, así que subió a su estudio y llamó. Leonard abrió la puerta. Parecía haber estado echando una cabezada.

—Boniiiiito vestido —dijo.

Nunca fueron al parque. El pícnic lo hicieron allí mismo, con sus propios cuerpos. Mientras Leonard la empujaba hacia el colchón, Madeleine dejó caer el paquete, con la esperanza de que la botella de vino no se rompiera. Se pasó el vestido por encima de la cabeza, y pronto estuvieron desnudos, dando cuenta —eso les pareció— de una enorme cesta de cosas ricas. Madeleine yació boca abajo, de lado, boca arriba, mordisqueando todas aquellas cosas buenas, los dulces de fruta de olor exquisito, los carnosos muslos de pollo, al tiempo que disfrutaba de otras delicias más refinadas, el bizcocho anisado, las trufas arrugadas, las cucharadas saladas de tapenade. No había estado tan ocupada en su vida. Al mismo tiempo, se sentía extrañamente desplazada, no con todo su habitual ego pulcro y ordenado sino fundida con Leonard en un gran ente protoplasmático, extático. Había estado enamorada antes. *Sabía* que había practicado el sexo antes. Pero todos aquellos tórridos magreos adolescentes, todos aquellos jugueteos torpes en el asiento trasero del coche, aquellas noches de verano performativas y llenas de sentido con su novio de secundaria Jim McManus, e incluso los tiernos ratos con Billy en los que éste insistía en que se miraran a los ojos mientras se corrían..., nada de todo aquello la había preparado para el brutal embate, para el placer devorador de aquel encuentro amoroso.

Leonard la estaba besando. Cuando ya no pudo soportarlo más, agarró con violencia a Leonard por las orejas. Tiró de ellas para apartarle la cabeza y la mantuvo allí quieta, para mostrarle la prueba de cómo se sentía (ahora estaba llorando). Con una voz ronca en la que había una arista de algo más, una sensación de peligro, Madeleine dijo:

—Te quiero.

Leonard se quedó mirándola fijamente. Sus cejas dieron como un respingo. De pronto, rodó hacia un lado, fuera del colchón. Se puso en pie y caminó desnudo por el cuarto. Se agachó, metió la mano en el bolso de Madeleine y sacó *El discurso amoroso* del compartimento donde ella siempre lo llevaba. Pasó las páginas hasta que encontró la que buscaba. Luego volvió a la cama y le tendió el libro a Madeleine.

Te amo
je t'aime / te amo

Al leer estas palabras, Madeleine sintió que la embargaba la felicidad. Levantó la

mirada hacia Leonard y sonrió. Él le hizo un gesto con el dedo para que siguiera leyendo. *La figura no remite a la declaración de amor, a la confesión, sino a la manifestación repetida del grito de amor.* La felicidad de Madeleine menguó súbitamente, y se vio suplantada por la sensación de peligro. Deseaba no estar desnuda. Encogió los hombros y se tapó con la sábana mientras continuaba leyendo, obediente.

Una vez que se ha hecho la primera declaración, «te amo» ya no tiene el menor sentido...

Leonard, en cuclillas, exhibía una sonrisa satisfecha.

Fue entonces cuando Madeleine le tiró el libro a la cabeza.

*

Más allá de la ventana salediza de Carr House, el tráfico del día de la graduación era ahora continuo. Espaciosos vehículos paternos (Cadillacs y Mercedes clase S, y algún ocasional Chrysler New Yorker o Pontiac Bonneville) se dirigían desde los hoteles del centro hacia College Hill para asistir a la ceremonia. Al volante de cada uno de los coches iba un padre, de aspecto sólido y resuelto, pero conduciendo con sumo cuidado a causa de las numerosas calles de una sola dirección de Providence. En el asiento del acompañante iba la madre, liberada de las tareas domésticas tan sólo en este habitáculo: el coche de la familia conducido por su marido; y libre, por tanto, para mirar a voluntad el precioso escenario de la ciudad universitaria. Los coches llevaban a familias enteras, sobre todo a hermanos, pero también algún que otro abuelo recogido en Old Saybrook o Hartford para que pudiera ver a Tim o a Alice o a Prakrti o Heejin recogiendo un pergamino conseguido con enorme esfuerzo. Había también taxis urbanos, y taxis independientes que expulsaban un humo azul por el tubo de escape, y pequeños utilitarios de alquiler con aire de escarabajos que se iban abriendo paso entre carriles como con miedo a que los aplastaran. Cuando el tráfico cruzó el río Providence e inició el ascenso de Waterman Street, algunos conductores se pusieron a tocar el claxon al divisar la gran bandera de Brown ondeando en la entrada de la First Baptist Church. Todo el mundo tenía la esperanza de que hiciera buen tiempo para la ceremonia. Pero a Mitchell le tenía sin cuidado: veía con agrado los cielos grises y las temperaturas frías para esa época del año. Estaba contento de que el Campus Dance se hubiera suspendido a causa de la lluvia. Estaba contento de que no luciera el sol. La sensación de mala suerte que parecía flotar por todas partes casaba perfectamente con su estado de ánimo.

No era nada divertido que te llamaran cretino. Pero era peor que te lo llamara una chica que te gustaba especialmente, y era especialmente doloroso que esa chica fuera la persona con la que secretamente pensabas casarte.

Después de que Madeleine hubiera salido de estampida del café, Mitchell se había quedado en la mesa, paralizado por el remordimiento. En veinte minutos lo habían zanjado todo. Él se iba de Providence aquella misma noche, y, dentro de unos meses, del país. No había manera de saber cuándo volvería a verla o si volvería a verla algún día.

Al otro lado de la calle, las campanas empezaron a sonar: eran las nueve de la mañana. Mitchell tenía que irse. El desfile de inauguración empezaba dentro de tres cuartos de hora. Tenía el birrete y la toga en su apartamento, donde Larry le estaba esperando. En lugar de levantarse, sin embargo, Mitchell corrió la silla hacia la ventana. Acercó la nariz casi hasta tocar el cristal, y echó una última mirada a College Hill, mientras repetía en silencio las palabras siguientes:

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Mitchell llevaba dos semanas recitando la Oración de Jesús. Lo hacía no sólo porque era la oración que Franny Glass repetía para sí misma en *Framzy* y *Zooey* (aunque ello sin duda ejercía sobre él una gran influencia). Mitchell aprobaba la desesperación religiosa de Franny, su retirada de la vida y su desprecio por los profesores universitarios «suplentes». Su crisis nerviosa —que duraba como un libro, y durante la cual ella no se movió del sofá ni una sola vez— a él le resultó no sólo

emocionantemente dramática sino también catártica, de un modo que *se suponía* que debía ser, pero no era, Dostoievski. (Tolstoi era harina de otro costal). Sin embargo, aunque Mitchell atravesaba una crisis de sentido parecida, no se decidió a articular la Oración de Jesús hasta que la encontró en un libro titulado *La iglesia ortodoxa*. La Oración de Jesús —descubrió— pertenecía a la tradición religiosa en la que Mitchell había sido oscuramente bautizado veintidós años atrás. Se sintió, pues, autorizado a utilizarla. Y es lo que había estado haciendo mientras paseaba por el Campus, o durante la reunión cuáquera en la Meeting House cercana a Mases Brown, o en momentos como aquél, en los que la tranquilidad interior que tanto se esforzaba por alcanzar empezaba flaquear, a hacer agua.

A Mitchell le gustaba la calidad de salmodia de aquella oración. Franny decía que ni siquiera es necesario pensar en ella cuando la estás entonando; lo único que tienes que hacer es repetirla hasta que el corazón tome las riendas y empiece a repetirla por ti. Esto era importante, porque siempre que Mitchell dejaba de pensar en las palabras de la Oración de Jesús para recitarlas, se daba cuenta de que no le gustaban demasiado. «Señor Jesucristo» era un comienzo difícil. Tenía un tonillo al denominado «Cinturón de la Biblia». Asimismo, pedir «piedad» se le antojaba bajo y servil. Una vez que había llegado al final de la frase («Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí»), sin embargo, Mitchell se enfrentaba al escollo final de «pecador». Y esto era difícil de verdad. Los Evangelios, que Mitchell no se tomaba literalmente, decían que uno ha de morir para nacer de nuevo. Los místicos, a quienes tomaba tan literalmente como su lenguaje metafórico permitía tomarlos, decían que el yo debía subsumirse en la divinidad. A Mitchell le gustaba la idea de subsumirse en la divinidad. Pero es muy difícil matar el ego cuando hay tantas cosas que te gustan de él.

Entonó la oración durante un minuto más, hasta que se sintió más tranquilo. Entonces se levantó y salió del café. Al otro lado de la calle, las puertas laterales de la iglesia estaban ya abiertas. El organista estaba ensayando, y la música flotaba hacia el exterior, por encima de la hierba. Mitchell miró colina abajo en la dirección en la que había desaparecido Madeleine. Al no ver ni rastro de ella, echó a andar Benefit Street abajo para volver a su apartamento.

La relación de Mitchell con Madeleine Hanna —una relación larga, llena de aspiraciones, esporádicamente prometedoras aunque frustrantes— había empezado en una fiesta de la toga de primer año de carrera. Era el tipo de festejo que él odiaba instintivamente: una fiesta de la cerveza (en pequeños barriles) basada en una película de Hollywood, una capitulación ante los modos convencionales dominantes. Mitchell no había ido a la universidad a hacer de John Belushi. Ni siquiera había visto *Desmadre a la americana*. (Él era fan de Altman). Pero la alternativa habría sido quedarse solo, sentado en su cuarto, así que al final, en un espíritu de rechazo que no incluía el boicoteo abierto de la fiesta, asistió pero sin disfrazarse. En cuanto

llegó a la sala de juegos del sótano, donde se celebraba, supo que se había equivocado. Había pensado que no llevar toga le haría parecer demasiado en la onda para tales festejos inmaduros, pero allí de pie en un rincón, bebiendo cerveza espumosa de un vaso de plástico, Mitchell se sintió tan inadaptado como siempre en las fiestas llenas de gente popular y con montones de amigos.

Fue entonces cuando reparó en Madeleine. Estaba en mitad del recinto, bailando con un tipo a quien Mitchell reconoció como un asistente de residencia. A diferencia de la mayoría de las chicas de la fiesta, que parecían bajas y rechonchas con las togas, Madeleine se había ceñido la cintura con un cordón —lo cual le pegaba la toga al cuerpo y le realzaba la figura—. llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza, al estilo romano, y la espalda seductoramente desnuda. Además de estos encantos físicos, Mitchell vio que era una bailarina en absoluto entusiasta —sostenía la cerveza en una mano y charlaba con el asistente, y apenas prestaba atención a la música—, y que pasaba una y otra vez de la sala principal al pasillo. A la tercera vez que la vio salir, Mitchell, envalentonado por el alcohol, fue tras ella y le espetó:

—¿Adónde vas tantas veces?

A Madeleine no le chocó que la abordara de este modo. Sin duda estaba acostumbrada a tipos extraños que trataban de hablar con ella.

—Te lo vaya decir, pero pensarás que soy rara.

—No, no lo pensaré —dijo Mitchell.

—Ésta es mi residencia. Y he pensado que como todo el mundo estaría en la fiesta, las lavadoras estarían libres. Así que he decidido hacer la colada mientras tanto.

Mitchell tomó un sorbo de espuma sin apartar los ojos de ella.

—¿Necesitas ayuda?

—No —dijo Madeleine—. Me las arreglo sola. —Luego, como pensando que su respuesta podía parecerle antipática, añadió—: puedes venir a mirar, si quieres. Las coladas son apasionantes.

Echó a andar por el pasillo de bloques grises de hormigón, y él la siguió poniéndose a un costado.

—¿Por qué no llevas toga? —le preguntó.

—¡Porque me parece una memez! —dijo Mitchell, casi gritando—. ¡Es tan estúpido!

No era un comentario acertado, pero Madeleine no pareció tomárselo personalmente.

—He venido porque estaba aburrida —dijo—. Si no fuese mi residencia, seguramente me habría escaqueado.

En el cuarto de la lavandería, Madeleine empezó a sacar su ropa interior húmeda de una lavadora de monedas. Para Mitchell esto fue ya bastante excitante. Pero al

segundo siguiente, ocurrió algo inolvidable. Cuando Madeleine metió la mano en la lavadora, se le desató el nudo del hombro y la túnica se le deslizó un poco hacia abajo.

Resulta asombroso cómo una imagen de este tipo —nada, en realidad; unos cuantos decímetros de epidermis— puede persistir en la mente con nitidez sin mengua. El instante no duró más de tres segundos. Mitchell no estaba enteramente sobrio en aquel momento. Y, sin embargo, casi cuatro años después, podía volver a aquel instante a voluntad (y era sorprendente lo a menudo que deseaba hacerlo), invocando todos los detalles sensoriales, el ruido sordo del girar de las secadoras, la música machacona casi contigua, el olor a hebras de la lavandería del sótano. Recordaba exactamente dónde había estado de pie, y cómo Madeleine se había agachado hacia delante, metiéndose un mechón de pelo tras la oreja, mientras la sábana se le deslizaba por el cuerpo y, por espacio de un momento emocionante, aquel pecho pálido, quieto, episcopaliano quedó expuesto ante sus ojos.

Rápidamente ella se había tapado, alzando la vista y sonriendo, probablemente con gran embarazo.

Luego, después de que su relación se hubiera convertido en aquella cosa íntima e insatisfactoria en que se convirtió, Madeleine siempre impugnaba la memoria de Mitchell acerca de aquella velada. Insistía en que no llevaba toga, y que aun en caso de haberla llevado —y no estaba diciendo que la llevara— ésta jamás se le hubiera soltado y deslizado hacia la cintura. Y que ni en aquella noche ni en ninguna del millar de noches que vinieron después, le había visto él un pecho desnudo.

Mitchell replicaba que sí se lo había visto aquella vez, y que lamentaba muchísimo que no hubiera vuelto a suceder.

En las semanas que siguieron a la fiesta de la toga, Mitchell empezó a presentarse sin avisar en la residencia de Madeleine. Después de la clase de latín de la tarde, caminaba a través del aire fresco y perfumado de hojas en dirección a Wayland Street, y, con la cabeza aún palpitándole con los hexámetros dactílicos de Virgilio, subía las escaleras hasta su cuarto del tercer piso. De pie en el umbral de Madeleine o, en días más afortunados, sentado en su escritorio, Mitchell hacía lo indecible para ser divertido. Jennifer, la compañera de cuarto de Madeleine, le dirigía siempre una mirada indicándole que sabía perfectamente por qué estaba allí. Afortunadamente, Madeleine y ella no parecían llevarse bien, y Jenny solía dejarlos solos. A Madeleine parecía alegrarle que Mitchell pasara a verla a su cuarto. Se ponía inmediatamente a contarle lo que estaba leyendo, mientras él asentía con la cabeza como si realmente fuera capaz de prestar atención a sus pensamientos sobre Ezra Pound o Ford Madox Ford cuando estaba lo bastante cerca de ella como para poder olerle el pelo fragante de champú. A veces Madeleine hacía té. En lugar de decantarse por una infusión de hierbas de Celestial Seasoning, con una cita de Lao Tsé en el paquete, Madeleine era

una asidua consumidora de Fortnum & Mason, en particular del Earl Grey. No se limitaba a poner una bolsita en una taza, sino que preparaba la infusión con agua caliente y hebras de hojas, y utilizaba siempre un colador y una funda de tetera. Jennifer tenía un póster de Vail en la pared, sobre la cabecera de la cama, un esquiador hundido en un polvo de nieve hasta la cintura. El lado del cuarto de Madeleine era más sofisticado. Había colgado en sus paredes una serie de fotografías enmarcadas de Man Ray. Tanto el edredón como la colcha imitación de cachemir eran del mismo tono gris carbón que sus jerséis de cuello alto. Encima de su tocador descansaban unos cuantos objetos deliciosamente femeninos: una barra de labios plateada y con monograma, una agenda de anillas con mapas de los metros de Nueva York y Londres. Pero también había algunas cosas que podrían producir cierto embarazo: una fotografía de su familia con ropa conjuntada de color, un albornoz Lilly Pulitzer y un decrepito conejito de peluche llamado Foo Foo.

Mitchell —teniendo en cuenta las demás cualidades de Madeleine— estaba dispuesto a pasar por alto estos detalles.

A veces, cuando pasaba a verla, se encontraba con que había ya otros chicos en el cuarto. Un alumno de secundaria con zapatos Oxford sin calcetines, o un italiano de nariz grande y pantalones muy ajustados. En tales ocasiones Jennifer actuaba aún menos acogedoramente. En cuando a Madeleine, o bien estaba tan acostumbrada a concitar la atención masculina que ya ni siquiera se daba cuenta de ella, o bien era tan ingenua que no sospechaba por qué tres varones se plantaban en su cuarto cual pretendientes de Penélope. Que Mitchell supiera, no parecía que se estuviera acostando con aquellos tipos. Y ello le permitía hacerse esperanzas.

Poco a poco, pasó de sentarse en el escritorio de Madeleine a sentarse en el alféizar de la ventana, cerca del lecho, a echarse en el suelo frente a su cama mientras ella se tendía y quedaba en un plano superior al de él. De cuando en cuando, el pensamiento de que le había visto ya un pecho —de que sabía exactamente cómo eran sus aréolas— bastaba para que tuviera una erección, y no le quedaba más opción que darse la vuelta para ponerse boca abajo. Sin embargo, en las pocas veces en que Madeleine salía con Mitchell para algo que pudiera parecerse mínimamente a una cita —una función de teatro estudiantil o un recital de poesía—, se le podía percibir una tensión especial en los ojos, como si sopesara los inconvenientes —tanto sociales como románticos— de que le vieran con él. Era nueva en la universidad, y estaba buscando su camino. Y posiblemente no quería limitar sus posibilidades demasiado pronto.

Transcurrió un año de esta guisa. Todo un año estéril. Mitchell dejó de ir al cuarto de Madeleine. Y, gradualmente ambos empezaron a frecuentar círculos diferentes. Él, más que olvidarla, concluyó que estaba fuera de sus posibilidades. Siempre que se encontraba con ella, Madeleine se mostraba tan comunicativa y le tocaba tantas veces

el brazo que él empezaba a hacerse nuevas ilusiones, aunque no fue hasta el segundo año de carrera cuando estuvo a punto de suceder. En noviembre, semanas antes de Acción de Gracias, Mitchell mencionó que estaba planeando quedarse en el campus esos días festivos en lugar de coger un avión para Detroit, y Madeleine le sorprendió invitándole a pasar la fiesta con su familia en Prettybrook.

Quedaron en encontrarse en la estación de Amtrak el miércoles al mediodía. Cuando Mitchell llegó al lugar de la cita, arrastrando una maleta de antes de la guerra con unas gastadas iniciales doradas de gentes ya fallecidas, vio a Madeleine esperándole en el andén, con gafas. Unas gafas grandes, de montura de carey, que hicieron que a Mitchell, al verla con ellas, le gustara aún más —si tal cosa hubiera sido posible—. Los cristales estaban muy rayados, y la patilla izquierda ligeramente curvada. Por lo demás, Madeleine iba tan arreglada como siempre, o incluso más, ya que iba a ver a sus padres.

—No sabía que usaras gafas —dijo Mitchell.

—Las lentillas me hacían daño esta mañana.

—Me gustan.

—Me las pongo a veces. No tengo la vista tan mal.

Allí de pie en el andén, Mitchell se preguntó si el hecho de que se hubiera puesto las gafas era una señal de que se sentía cómoda con él, o si significaba que le tenía sin cuidado que la viera no tan favorecida. Una vez en el tren, en medio de una multitud de viajeros de vacaciones, le resultó imposible dilucidar con qué hipótesis quedarse. Cuando encontraron dos asientos libres, Madeleine se quitó las gafas y se las puso en el regazo. El tren dejaba atrás la estación de Providence cuando Madeleine volvió a ponérselas para contemplar el paisaje en movimiento, pero se las quitó rápidamente y las metió en el bolso. (Ésa era la razón por la que tenía las gafas en tal estado; había perdido el estuche hacía tiempo).

El viaje duró cinco horas. A Mitchell no le habría importado que hubiera durado cinco días. Era emocionante tener a Madeleine cautiva en el asiento de al lado. Había llevado el volumen primero de *Una danza para la música del tiempo*, de Anthony Powell, y, en lo que parecía ser un hábito viajero cargado de culpa, un grueso número de la revista *Vogue*. Mitchell estuvo mirando fijamente los almacenes y talleres de chapa de Cranston antes de sacar un ejemplar de *Finnegans Wake*.

—¿No estarás leyendo eso? —dijo Madeleine.

—Sí.

—¡No es posible!

—Trata de un río —dijo Mitchell—. Y es en Irlanda.

El tren prosiguió su marcha a lo largo de la costa de Rhode Island y se adentró en Connecticut. A veces se veía el océano, o las ciénagas, y luego, de modo igual de repentino, pasaban por la fea cara posterior de una ciudad fabril. En New Haven, el

tren se detuvo para un cambio de máquina antes de seguir su ruta hacia Grand Central. Después de coger el metro para ir a Penn Station, Madeleine guió a Mitchell a través de una serie de vías en dirección al andén del tren de Nueva Jersey. Llegaron a Prettybrook poco antes de las ocho de la noche.

El domicilio de los Hanna era una casa estilo Tudor de un siglo de antigüedad, ante cuya fachada se alzaba una hilera de plátanos de Londres y de cicutas agonizantes. En el interior todo era de buen gusto, y todo estaba un tanto destartado. Las alfombras orientales tenían manchas. El linóleo rojo ladrillo de la cocina no se había cambiado en treinta años. Cuando Mitchell utilizó el aseo de señoras, vio que el soporte del papel higiénico se había reparado con cinta adhesiva. Lo mismo que el papel pintado que se despegaba aquí y allá en el vestíbulo. Mitchell había conocido entornos patricios bastante desharrapados, pero aquello era ahorro *wasp* en la más pura de sus manifestaciones. Los techos enyesados se pandeaban peligrosamente. De las paredes sobresalían antiguas e inservibles alarmas contra robos. El cableado eléctrico despedía llamaradas por las tomas de luz siempre que se desenchufaba algo.

Mitchell tenía muy buena mano con los padres. Los padres eran su especialidad. El miércoles por la noche, a apenas una hora de su llegada, se había convertido en una auténtica figura en aquella casa. Sabía la letra de las canciones de Cole Porter que Alton puso en el equipo de música. Permitió que Alton leyera en alto pasajes de *La bebida*, de Kingsley Amis, y al parecer los juzgaba tan hilarantes como el propio Alton. En la cena, Mitchell habló de Sandra Day O'Connor con Phyllida y de Abscam con Alton. Y, como remate, aquella misma noche Mitchell jugó al Scrabble con una brillantez asombrosa.

—No sabía que «groszy» fuera una palabra —dijo Phyllida, muy impresionada.

—Es una moneda fraccionaria polaca. Cien «groszy» valen un «zloty».

—¿Son todos tus compañeros de facultad tan entendidos en todo, Maddy? —le preguntó Alton a su hija.

Cuando Mitchell miró a Madeleine, ésta le estaba sonriendo. Y fue entonces cuando sucedió. Madeleine estaba en albornoz. Y llevaba puestas las gafas. Estaba hogareña y deseable, completamente fuera de sus posibilidades y al mismo tiempo a su alcance, por obra de lo bien que parecía haber caído en su familia y de lo buen yerno que sería para sus padres. Todo lo cual llevó a Mitchell a pensar súbitamente: «¡Voy a casarme con esta chica!». Tal certeza lo recorrió como una corriente eléctrica, como una premonición de su destino.

—Las palabras extranjeras no están permitidas —dijo Madeleine.

Mitchell se pasó la mañana del Día de Acción de Gracias moviendo sillas para Phyllida, y bebiendo Bloody Marys y jugando al billar con Alton. La mesa de billar tenía bolsas de piel con galones en lugar de troneras. Mientras preparaba un golpe, con Alton dijo:

—Hace unos años me di cuenta de que esta mesa no estaba nivelada. El tipo que la empresa me mandó para arreglarla dijo que estaba alabeada, seguramente a fuerza de sentarse en el borde los amigos de alguno de los chicos. Quería que comprase una base completamente nueva. Pero yo le puse un trocito de madera debajo de una pata. Problema resuelto.

Pronto llegaron los invitados. Un primo de voz suave llamado Doats, con pantalones de tartán; su mujer, Dinky, una rubia con mechas y dientes como de pintura del último De Kooning, y sus hijos con su mascota, un setter obeso llamado Nap.

Madeleine se puso de rodillas para dar la bienvenida a Nap, alborotándole el pelo y abrazándolo.

—Se ha puesto gordísimo —dijo.

—¿Sabes qué creo que es? —dijo Doats—. Que esta capado. Nap es un eunuco. Y los eunucos, como se sabe, siempre han sido rellenitos, ¿no?

Alwyn, la hermana de Madeleine, y su marido Blake Higgins se presentaron a eso de la una. Alton preparó los cócteles mientras Mitchell encendía la chimenea.

El banquete del Día de Acción de Gracias se desarrolló en una especie de nebulosa de copas y más copas de vino y brindis jocosos. Después de comer, todo el mundo se desplazó hasta la biblioteca, donde Alton empezó a servir el oporto. El fuego estaba languideciendo, y Mitchell salió a buscar más leña. Para entonces estaba ya bastante achispado. Alzó la mirada hacia la noche estrellada, a través de las ramas de los pinos blancos. Estaba en mitad de Nueva Jersey, pero lo mismo podía haber estado en la Selva Negra. A Mitchell le encantaba aquella casa. Le encantaba todo lo que tenía que ver con aquella familia extensa, distinguida, bebedora. Al volver con la leña, alguien estaba tocando el piano. Era Madeleine, y Alton cantaba. Interpretaban algo titulado «Til», que a todas luces gozaba del favor de toda la familia. La voz de Alton era asombrosamente buena; había pertenecido a un grupo de canto *a capella* de Yale. Madeleine era un poco lenta en los cambios de acorde, que ejecutaba con contundencia. Las gafas le habían resbalado por la nariz al leer la partitura. Se había desprendido de los zapatos para pisar los pedales con los pies descalzos.

Mitchell se quedó todo el fin de semana. En su última noche en Prettybrook, estaba tendido en la cama del cuarto de invitados del ático, leyendo, cuando oyó que se abría la puerta del vestíbulo y que unos pasos empezaban a subir por las escaleras. Madeleine llamó a la puerta con unos golpecitos suaves, y entró.

No llevaba encima más que una camiseta de Lawrenceville. La parte alta de sus muslos —a la altura de la cabeza de Mitchell, en aquel momento— era un poco más llena de lo que él se había imaginado.

Madeleine se sentó en el borde de la cama.

Cuando le preguntó qué estaba leyendo, Mitchell tuvo que mirar la cubierta del

libro para recordar el título. Era maravillosa y medrosamente consciente de su desnudez debajo de la delgada sábana. Y supo que también Madeleine era consciente de ello. Pensó en besarla. Por espacio de un instante pensó que Madeleine tal vez iba a besarle. Y luego, dado que ella no lo hizo, dado que él era un invitado y que sus padres estaban durmiendo abajo, y dado que, en aquel momento glorioso, sintió que la marea al fin le era propicia y que tenía todo el tiempo del mundo para dar aquel paso en el futuro, Mitchell no hizo nada. Al cabo Madeleine se levantó, con aire de vago desencanto. Bajó las escaleras y apagó la luz del vestíbulo.

Cuando se hubo ido, Mitchell volvió a vivir la escena mentalmente, en busca de un resultado diferente. Para no manchar la ropa de cama, se dirigió hacia el cuarto de baño, y en el camino tropezó contra un viejo colchón de muelles, que cayó al suelo con estrépito. Esperó a que todo volviera a quedar silencioso, y entró en el cuarto de baño. En el diminuto lavabo eyaculó, y luego abrió al máximo el grifo para limpiar hasta el más mínimo rastro de esperma.

A la mañana siguiente cogieron el tren de vuelta a Providence, subieron juntos a College Hill, se abrazaron y siguieron cada cual su camino. Unos días después, Mitchell pasó por el cuarto de Madeleine. No estaba. En su tablón de anuncios había una nota de alguien llamado Billy: «Proyección Tarkovsky, 7.30, en Sayles. Ven, no seas muermo...» Mitchell dejó una cita —sin firmar— del pasaje de Gerty MacDowell de *Ulises*: «Entonces la candela romana estalló y era como un suspiro ¡Oh!, y todo el mundo exclamó ¡Oh! ¡Oh!, como en un rapto y de ella salió a borbotones un torrente de hebras de cabello de oro...».

Pasó una semana sin que Mitchell supiera nada de Madeleine. Cuando llamaba nadie respondía.

Volvió a su residencia. Y Madeleine volvía a estar fuera. En su tablón de anuncios alguien había dibujado una flecha que apuntaba a su cita de Joyce, con el comentario siguiente: «¿Quién es este perverso?».

Mitchell lo borró, y escribió: «Maddy, llámame. Mitchell». Borró lo que acababa de escribir, y escribió: «Permíteme una charla. M».

De vuelta en su cuarto, Mitchell se estudió detenidamente en el espejo. Se puso de lado, e intentó verse de perfil. Simuló estar hablando con alguien en una fiesta para ver cómo era realmente.

Después de otra semana sin saber nada de Madeleine, Mitchell dejó de llamarla o de pasarse por su cuarto. Se centró intensamente en sus estudios, y se pasaba largos y heroicos lapsos de tiempo ornando sus trabajos de Lengua y Literatura Inglesas, o traduciendo metáforas ampliadas de Virgilio sobre viñas y mujeres. Cuando por fin volvió a toparse con ella, Madeleine se mostró tan amistosa como siempre. Durante el resto del año siguieron viéndose con frecuencia; iban a recitales de poesía, y, de cuando en cuando, comían juntos en el comedor universitario, solos o con otros

compañeros. Cuando los padres de Madeleine la visitaron en primavera, invitaron a Mitchell a comer con ellos en el Bluepoint Grill. Pero Mitchell nunca volvió a la casa de Prettybrook, nunca volvió a encender el fuego en su chimenea, ni bebió más gintonics en la terraza que daba al jardín. Poco a poco, Mitchell se las arregló para hacerse su propio círculo de amistades en la facultad, y, aunque seguían siendo amigos, Madeleine se fue centrando más y más en el suyo. Pero Mitchell jamás olvidó su premonición. Una noche del mes siguiente —octubre—, casi un año después de su visita a Prettybrook, vio a Madeleine cruzando el campus a la luz purpúrea del crepúsculo. Iba con un chico de pelo rubio rizado llamado Billy Bainbridge, a quien Mitchell conocía de su residencia de alumnos de primer año. Billy seguía cursos de estudios sobre la mujer y se consideraba feminista. Mitchell vio que Billy llevaba una mano claramente metida en un bolsillo trasero de los tejanos de Madeleine, y Madeleine una suya en un bolsillo trasero de los de Billy. Iban andando de ese modo: cada cual abarcando una parte del otro con la mano. En la cara de Madeleine había una estupidez que Mitchell no le había visto nunca. Era la estupidez de la gente normal. Era la estupidez de los afortunados y los bellos, de todo aquel que ha obtenido todo lo que desea en la vida y no hay nada, por tanto, por lo que deba recordársele.

En el Fedra de Platón los discursos de Lisias el sofista y del joven Sócrates (antes de que éste haga su retractación) se basan en este principio: el amante se hace insoportable (por su pesantez) para el amado.

En las semanas que siguieron a su ruptura con Leonard, Madeleine se pasó la mayor parte del tiempo en el Narragansett, echada en la cama. Asistía a duras penas a sus últimas clases. Había perdido casi por completo el apetito. Por la noche, una mano invisible la despertaba con una sacudida cada pocas horas. La pena era fisiológica, un trastorno de la sangre. A veces se pasaba un minuto entero atenazada por un miedo sin nombre —el despertador hacía tictac, la luz azul de la luna bañaba la ventana como encolándola— antes de que lograra recordar el hecho brutal que lo había causado.

Esperaba que Leonard la llamara. Tenía la fantasía de que aparecía en su puerta y le pedía que volviera con él. Al ver que eso no sucedía, se desesperaba y marcaba su número de teléfono. La línea estaba ocupada casi siempre. Leonard funcionaba a las mil maravillas sin ella. Llamaba a gente; probablemente a otras chicas. A veces Madeleine se quedaba escuchando la señal de ocupado tanto tiempo que se sorprendía tratando de oír la voz de Leonard al fondo de ella, como si estuviera hablando desde el otro extremo del sonido. Al oír la señal de su número de teléfono,

el pensamiento de que Leonard podía responder en cualquier momento le avivaba el ánimo, pero le entraba el pánico y colgaba de golpe el auricular, aunque siempre pensaba que en el último instante oía que su voz decía «¿Sí?». Entre llamadas seguía tendida de costado, pensando en llamarle.

El amor la había hecho insoportable. La había hecho pesada. Tumbada en la cama, sin que sus zapatos tocasen las sábanas (Madeleine seguía siendo muy melindrosa, pese a su desdicha), repasaba todo lo que había hecho para apartar de su lado a Leonard. Había sido demasiado dependiente, se había arrastrado hasta su regazo como una niña pequeña, había querido estar con él todo el tiempo. Había perdido de vista sus propias prioridades y se había convertido en una carga.

De su relación con Leonard sólo quedaba una cosa: el libro que le había tirado a la cabeza. Antes de salir en tromba del apartamento de Leonard aquel día —y mientras él seguía altaneramente desnudo en la cama, repitiendo una y otra vez su nombre con la imputación implícita de que estaba reaccionando de forma exagerada —, Madeleine había visto el libro allí tirado, abierto, como un pájaro caído después de chocar contra el cristal de una ventana. Recogerlo del suelo habría probado la tesis de Leonard: que tenía una obsesión malsana con *El discurso amoroso*; que, en lugar de disipar sus fantasías sobre el amor, el libro había servido para reafirmarlas; y que, en vista de todo ello, Madeleine no era sólo una sentimental sino una crítica literaria pésima.

Pero, por otra parte, no podía dejar que *El discurso amoroso* quedara en el suelo de su apartamento —de donde Leonard podría recogerlo luego e inspeccionar los pasajes que ella había marcado, y sus notas al margen (incluida la que, en el capítulo titulado «En la calma amorosa de tus brazos», página 123, constaba de un solo y exclamatorio ¡Leonard!)—. Así que, después de coger el bolso, Madeleine, con un gesto ágil había recogido el Barthes, sin atreverse a comprobar si Leonard la estaba observando. Cinco segundos después cerraba la puerta de golpe a su espalda.

Estaba contenta de haberse llevado el libro. Ahora, en su estado taciturno, la prosa elegante de Roland Barthes era su único consuelo. La ruptura con Leonard no había hecho que menguara un ápice la importancia de *El discurso amoroso*. Había más capítulos de congoja que de felicidad, sin duda. Uno se titulaba «Dependencia», otro «Suicidio». Y otro «Elogio de las lágrimas». *El sujeto amoroso tiene propensión al llanto... La más leve emoción amorosa, sea ésta de felicidad o de desencanto, mueve a Werther al llanto. Werther llora con frecuencia, con mucha frecuencia, y a mares. ¿Es el amante que hay en Werther quien llora, o es el romántico?*

Buena pregunta. Desde que había roto con Leonard, Madeleine no había dejado prácticamente de llorar. Se dormía llorando por la noche. Lloraba por la mañana, lavándose los dientes. Trataba con todas sus fuerzas de no llorar delante de sus compañeras de apartamento, y la mayoría de las veces lo lograba.

El discurso amoroso era la perfecta cura para el mal de amores. Era un manual de reparación del corazón, y su única herramienta era el cerebro. Si utilizabas la cabeza, si llegabas a ser consciente de cómo el amor ha sido construido culturalmente y empiezas a ver sus síntomas como puramente mentales, si reconoces que estar «enamorado» es sólo una idea, entonces quizá puedas liberarte de la tiranía del amor. Madeleine sabía todo esto. El problema era que no funcionaba. Podía leer las deconstrucciones del amor de Barthes durante todo el día sin que su amor por Leonard disminuyera lo más mínimo. Cuanto más leía *El discurso amoroso*, más enamorada se sentía. Se reconocía en cada página. Se identificaba con el «yo» impreciso de Barthes. No quería liberarse de sus emociones, sino ver confirmada su importancia. He aquí un libro dirigido a los amantes, un libro sobre el hecho de estar enamorado que contenía la palabra «amor» en casi cada una de sus frases. Y ¡oh, cuánto adoraba ella aquel libro!

En el mundo exterior, el semestre —y por lo tanto la universidad misma— se aproximaba a gran velocidad hacia su fin. Sus compañeras de apartamento, ambas futuras licenciadas en historia del arte, habían encontrado sendos primeros empleos en Nueva York: Olivia en Sotheby's y Abby en una galería de arte del Soho. Una asombrosa cantidad de amigos y conocidos estaban manteniendo entrevistas con bancos de inversiones en el campus. Otros habían conseguido becas —sencillas o de investigación— o se mudaban a Los Ángeles para trabajar en televisión.

A lo que más llegaba Madeleine en cuanto a previsiones de futuro era a levantarse de la cama una vez al día para mirar en el buzón de su apartado de correos. Durante el mes de abril había estado demasiado distraída por el trabajo y el amor para caer en la cuenta de que el día quince había quedado atrás sin que hubiera recibido ninguna carta de Yale. Cuando al final cayó en la cuenta, estaba demasiado deprimida por su ruptura para soportar otro rechazo. Se pasó, pues, dos semanas sin ni siquiera ir a Correos. Finalmente, cuando se forzó a sí misma a hacerlo y vació su buzón atestado de correo, no encontró ninguna carta de la Universidad de Yale.

Había, sin embargo, respuesta a otras solicitudes. La organización Inglés como Segunda Lengua le enviaba una efusiva carta de aceptación («¡Enhorabuena, Madeleine!») y le adjuntaba un formulario de incorporación como profesora y el nombre de la provincia china (Shandong) donde debía ejercer su labor. Incluía también un apartado informativo en el que figuraban varias frases en negrita que llamaron poderosamente su atención:

Puede que le lleve cierto tiempo habituarse a los servicios sanitarios disponibles (duchas, retretes, etc.), pero la mayoría de nuestros profesores acaban por disfrutar de este «vivir con lo básico».

La dieta china es muy variada, sobre todo si la comparamos con la

norteamericana. No se extrañe si, después de unos cuantos meses en su pueblo anfitrión, ¡se sorprende comiendo serpiente con deleite!

No devolvió el formulario de incorporación.

Dos días después, vía correo universitario, recibió una carta de la Melvin and Hetty Greenberg Foundation en la que se le informaba de que le había sido denegada la beca Greenberg para estudiar hebreo en Jerusalén.

Cuando volvió a su apartamento, Madeleine se enfrentó al montón de cajas de embalaje listas para su envío. Una semana antes de la ruptura, Leonard había recibido una carta del laboratorio de Pilgrim Lake en la que se respondía afirmativamente a su solicitud. En lo que en su momento había parecido un gesto de gran trascendencia, Leonard había sugerido que vivieran juntos en el apartamento gratuito incluido en la beca de investigación. Si Madeleine entraba en Yale, podía pasar con él los fines de semana; si no, podía pasar el invierno en Pilgrim Lake, y volver a cursar su solicitud de admisión. Madeleine tardó muy poco en cancelar todos sus planes y en ponerse a embalar cajas de libros y ropa para enviarlos al laboratorio, donde los guardarían hasta su llegada. Dado que Madeleine se había estado cuestionando la intensidad de los sentimientos de Leonard respecto a ella, su invitación a que vivieran juntos la hizo dichosa, y ello, a su vez, había influido en gran manera en la confesión de amor de Madeleine unos días más tarde. Y ahora, cual cruel recordatorio de ese desastre, las cajas descansaban en el suelo de su cuarto, rumbo a ninguna parte.

Madeleine arrancó las etiquetas con la dirección de Pilgrim Lake, y empujó las cajas hasta un rincón.

De un modo u otro, se las arregló para terminar la tesis. Entregó el trabajo final de Semiótica 211, pero no lo recogió después de los exámenes para ver los comentarios de Zipperstein y la nota que le había puesto.

Se acercaba el fin de semana de la graduación, y Madeleine se esforzaba por hacer caso omiso de ello. Abby y Olivia habían intentado que accediera a ir al Campus Dance, pero las tormentas que azotaron la ciudad, con vientos que arrasaban las mesas de las bebidas y arrancaban los cordeles de los farolillos de colores, hicieron que las fiestas se celebraran en el interior de algún gimnasio, y no fue nadie que ellas conocieran. Como debían entretener a sus familias, Abby y Olivia habían insistido en ir al pícnic de las almejas del rector Swerer el sábado por la tarde, pero al cabo de media hora enviaron a sus padres de vuelta a sus hoteles respectivos. El domingo, las tres compañeras de apartamento se escaquearon de la ceremonia de graduación en la First Baptist Church. A las nueve de la noche de aquel día, Madeleine estaba en su cuarto, acurrucada con *El discurso amoroso*, pero sin leerlo, sólo teniéndolo muy cerca.

No era día de colada de sábanas. No había habido tal día desde hacía mucho

tiempo.

Llamaron a la puerta.

—Un segundo —dijo Madeleine, con voz carrasposa por el llanto. Tenía mucosidad en la garganta—. Entra —dijo.

La puerta se abrió y vio a Abby y a Olivia, codo con codo, como una delegación.

Abby avanzó con paso rápido y le arrebató el Roland Barthes.

—Lo confiscamos —dijo.

—Devuélvemelo.

—No lo lees —dijo Olivia—. Lo devoras.

—Acabo de escribir un trabajo sobre él. Estaba comprobando unas cosas.

Abby tenía el libro a su espalda, y sacudió la cabeza.

—No puedes estar tumbada todo el día, con el ánimo por los suelos. Este fin de semana ha sido un rollo. Pero esta noche hay una fiesta en casa de Lollie y Pookie, y vas a venir con nosotras. ¡Venga!

Abby y Olivia pensaban que era la faceta romántica de Madeleine la que lloraba. Pensaban que era ridícula, que deliraba. Ella habría sentido lo mismo si lo que le estaba pasando le pasara a cualquiera de ellas. Languidecer de pena. La congoja es divertida para todo el mundo menos para el que la padece.

—Dame mi libro —dijo Madeleine.

—Te lo devuelvo si vienes a la fiesta.

Madeleine entendió por qué trivializaban sus sentimientos sus compañeras. Nunca habían estado enamoradas; no de verdad. No sabían lo que ella estaba pasando.

—¡Nos graduamos mañana! —le suplicó Olivia—. Es nuestra última noche en la universidad. ¡No puedes quedarte en tu cuarto!

Madeleine apartó la mirada y se frotó la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las diez.

—No me he duchado.

—Te esperamos.

—No tengo nada que ponerme.

—Coge cualquiera de mis vestidos —dijo Olivia.

Siguieron allí de pie, serviciales e incordiantes.

—Dame el libro —dijo Madeleine.

—Sólo si vienes con nosotras.

—¡De acuerdo! —cedió Madeleine—. Iré.

A regañadientes, Abby le tendió el libro a Madeleine. Madeleine se quedó mirando la cubierta.

—¿Y si Leonard está en la fiesta? —preguntó.

—No va a estar —dijo Abby.

—¿Y si está?

Abby apartó la mirada y repitió:

—Hazme caso. No va a estar.

Lollie y Pookie Ames vivían en una casa destartada de Lloyd Avenue. A medida que Madeleine y sus compañeras se acercaban por la acera, bajo los olmos goteantes, oían más y más la cadencia del bajo y las voces desinhibidas por el alcohol que salían del interior de la casa. Las velas fluctuaban tras los cristales empañados.

Escondieron los paraguas detrás de las bicicletas del porche y entraron por la puerta principal. Dentro, el aire era cálido y húmedo, como el de una selva tropical perfumada de cerveza. El mobiliario de baratillo se había apilado contra las paredes para que la gente pudiera bailar. Jeff Trombley, que estaba pinchando discos, empuñaba una linterna para ver el plato del tocadiscos, y el haz de luz bañaba un póster de Sandino que había en la pared, a su espalda.

—Vosotras id delante —dijo Madeleine—. Y decidme si veis a Leonard.

Abby pareció molesta.

—Ya te lo he dicho: no va a estar.

—Podría estar.

—¿Por qué iba a estar? No le gusta la gente. Oye, perdona, pero ahora que habéis roto, tengo que decírtelo. Leonard no es..., digamos, muy normal. Es raro.

—No lo es —se opuso Madeleine.

—¿Es que no puedes dejar de pensar en él? ¿Lo *intentarás*, por lo menos?

Olivia encendió un cigarrillo, y dijo:

—Dios, si me preocupara toparme con mis ex novios, ¡no podría ir a ninguna parte!

—De acuerdo, olvídalo —dijo Madeleine—. Entremos.

—¡Por fin! —dijo Abby—. Vamos. Divirtámonos. Es nuestra última noche.

A pesar de la música estentórea, no había mucha gente bailando. Tony Perotti, con una camiseta de Plasmatics, brincaba solo en mitad de la sala. Debbie Boonstock, Carrie Mox y Stacy Henkel bailaban formando un círculo alrededor de Marc Wheeland. Wheeland llevaba una camiseta blanca y pantalones cortos muy holgados. Sus pantorrillas eran enormes. Lo mismo que sus hombros. Mientras las tres chicas bailaban enfrente de él, Wheeland miraba fijamente el suelo, pateándolo con fuerza a derecha e izquierda, y de cuando en cuando (y ésta era toda su danza) alzaba mínimamente los brazos supermusculosos.

—¿Cuánto va a tardar Marc Wheeland en quitarse la camiseta? —dijo Abby cuando se dirigían hacia la sala.

—Unos dos minutos —dijo Olivia.

La cocina recordaba un poco a una película de submarinos: oscura, estrecha, con

tuberías serpeando por encima de la cabeza y el suelo mojado. Madeleine pisaba chapas de botellas mientras se abría paso a duras penas entre la masa humana.

Llegaron al espacio libre que vieron al fondo de la cocina, y al llegar se dieron cuenta de que no lo ocupaba nadie porque había un cubo de la basura que apestaba.

—¡Qué asco! —dijo Olivia.

—¿Es que no limpian nunca ese cubo? —dijo Abby.

Un tipo con gorra de béisbol estaba sentado en ademán de dominio delante del frigorífico. Cuando Abby lo abrió, el tipo les informó:

—Las Grolsch son mías.

—¿Perdón?

—No cojáis las Grolsch. Son mías.

—Creí que esto era una fiesta —dijo Abby.

—Sí. Lo es —dijo el tipo—. Pero todo el mundo trae siempre cerveza nacional. Y yo la traigo de importación.

Olivia se estiró hasta alcanzar su plena estatura escandinava y le dirigió una mirada fulminante.

—Como si lo que quisiéramos fuera cerveza... —dijo. Se inclinó para mirar dentro del frigorífico, y dijo como con asco—: Dios, sólo hay cerveza.

Volvió a ponerse derecha y miró con autoridad en torno, hasta que vio a Pookie Ames y la llamó por encima de la algarabía reinante.

Pookie, que normalmente llevaba un fular afgano alrededor de la cabeza, se había puesto un vestido de terciopelo negro y pendientes de brillantes, atuendo en el que parecía sentirse absolutamente a sus anchas.

—Pookie, sálvanos —dijo Olivia—. No nos gusta la cerveza.

—Cariño —dijo Pookie—. ¡Hay Veuve Clicquot!

—¿Dónde?

—En la bandeja de las verduras.

—¡Fabuloso! —Olivia sacó la bandeja y encontró la botella—. ¡Vamos a celebrarlo!

Madeleine no era muy bebedora. Pero su situación de aquella noche exigía remedios tradicionales. Cogió un vaso de plástico del montón y permitió a Olivia que lo llenara.

—Disfruta de tu Grolsch —le dijo Olivia al tipo. A Abby y a Madeleine les dijo—: Me llevo la botella. —Y se fueron de la cocina.

Se abrieron paso entre la multitud procurando que no se vertiesen los vasos llenos.

En la sala, Abby propuso un brindis:

—¡Eh, chicas! ¡Por un año genial viviendo juntas!

Los vasos de plástico no tintinearón; se doblaron un poco y recuperaron su forma.

Para entonces, Madeleine estaba absolutamente segura de que Leonard no estaba en la fiesta. El pensamiento de que estaba en otra parte, sin embargo —en otra fiesta de graduación—, le abrió una brecha en el pecho, y no estaba segura de si se le estaban yendo por ella fluidos vitales o le estaban entrando venenos.

En la pared contigua había un esqueleto de Halloween arrodillado ante un recortable de tamaño natural de Ronald Reagan, como si se dispusiera a mamársela. Junto a la cara radiante del presidente alguien había garabateado: «¡La tengo dura!».

En ese momento la escena de la sala cambió, caleidoscópicamente, y mostró a Lollie Ames y a Jenny Crispin bailando. Estaban montando un espectáculo en el que se frotaban la pelvis y se manoseaban por todas partes, mientras reían y se pasaban un porro.

Cerca de ellas, Marc Wheeland —ahora oficialmente «demasiado caliente»— se quitó la camiseta y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón. A pecho descubierto, siguió bailando, haciendo de tío cachas, de levantador de pesas, de falo. Las chicas que lo rodeaban bailaban cada vez más cerca de él.

Desde que había roto con Leonard, Madeleine padecía casi diariamente el asedio de unos intensísimos deseos sexuales. Deseaba la relación sexual constantemente. Pero los relucientes pectorales de Wheeland no le decían nada. Su deseo no era transferible. Llevaba en él el nombre de Leonard.

Había intentado con todas sus fuerzas no parecer del todo patética. Desafortunadamente, sus entrañas empezaban a traicionarla. Sus ojos eran una fontana. El agujero succionador que había en el centro de sí misma se había hecho más grande. Subió con rapidez las escaleras principales, buscó el cuarto de baño y se encerró en él con pestillo.

Durante los cinco minutos siguientes, Madeleine lloró sobre el lavabo mientras la música, abajo, sacudía las paredes. Las toallas que colgaban de la puerta no parecían muy limpias, así que se secó los ojos con ligeros toques de papel higiénico doblado varias veces.

Cuando dejó de llorar, Madeleine recobró la compostura delante del espejo. Le pareció que su piel tenía manchas. Sus pechos —de los que normalmente se sentía orgullosa— se habían replegado, como deprimidos. Sabía que aquella valoración de sí misma podía no ser muy precisa. El ego magullado reflejaba su propia imagen. La posibilidad de que su aspecto no fuera tan deplorable como le estaba pareciendo fue lo único que le hizo descender el pestillo y salir del cuarto de baño.

En el dormitorio del fondo del pasillo había dos chicas con cola de caballo y collar de perlas tendidas transversalmente en la cama. Cuando Madeleine entró en el cuarto, no le hicieron el menor caso.

—Creía que me odiabas —le dijo una de ellas a la otra—. Desde Bolonia, creía que me odiabas.

—No he dicho que no te odie —dijo la otra chica.

En las estanterías se veía el consabido Kafka, el obligado Borges, *el fardón* Musil. Un poco más allá, se abría un pequeño balcón. Madeleine salió al aire de la noche.

La lluvia había hecho una pausa. No había luna, sólo el fulgor de las farolas, enfermizamente purpúreas. Había una silla de cocina rota delante de un cubo de basura del revés utilizado como mesa. Encima del cubo había un cenicero y un ejemplar de *La feria de las vanidades* empapado de lluvia. Una enredadera enmarañada colgaba de una espaldera oculta.

Madeleine se inclinó sobre la barandilla desvencijada, y miró el césped del jardín.

Seguramente era la amante que había en ella la que lloraba, no la romántica. No sentía deseos de tirarse. No era como Werther. Además, sólo la separaban del suelo poco más de cuatro metros.

—Cuidado —dijo una voz a su espalda—. No estás sola. Madeleine se dio la vuelta. Apoyado contra el muro, en la penumbra de las enredaderas, estaba Thurston Meems.

—¿Te he asustado? —preguntó.

Madeleine se quedó pensativa unos instantes.

—No das miedo exactamente —dijo.

Thurston aceptó esto con buen talante.

—Está bien. Más bien soy yo el asustado. En realidad estoy escondiéndome.

Las cejas de Thurston afloraban poco a poco, enmarcando sus ojos muy abiertos. Cargaba el peso sobre los talones de sus zapatillas altas, y tenía las manos en los bolsillos.

—¿Sueles venir, a las fiestas a esconderte? —le preguntó Madeleine.

—Las fiestas me hacen darme buena cuenta de mi misantropía —dijo Thurston—. ¿Por qué estás tú aquí?

—Por lo mismo —dijo Madeleine, y se sorprendió riendo. Thurston, para hacer sitio, movió hacia un lado el cubo de basura. Levantó el libro, se lo llevó hasta muy cerca de la cara para ver qué era y lo tiró por el balcón con violencia. Se oyó un ruido sordo sobre la hierba húmeda.

—Veo que no te gusta *La feria de las vanidades* —dijo Madeleine.

—Vanidad de vanidades, dijo el profeta —dijo Thurston—, y toda esa mierda.

Un coche se detuvo en la calle, y dio marcha atrás. Se bajaron unos cuantos jóvenes con cartones de seis cervezas y se acercaron a la casa.

—Más juguistas —dijo Thurston, mirándoles desde el balcón.

Se hizo un silencio. Al final, Madeleine dijo:

—¿Sobre qué has hecho el trabajo del semestre? ¿Sobre Derrida?

—*Naturellement* —dijo Thurston—. ¿Y tú?

—Sobre Barthes.

—¿Qué libro?

—*El discurso amoroso*.

Thurston achicó los ojos hasta cerrarlos, asintiendo con deleite con la cabeza.

—Es un gran libro —dijo.

—¿Te gusta? —dijo Madeleine.

—Lo que pasa con ese libro —dijo Thurston— es que, aparentemente, es una deconstrucción del amor. Se supone que echa una mirada fría a todo el asunto de lo romántico, ¿no? Pero se lee como un diario.

—¡De eso trata mi trabajo! —exclamó Madeleine—. He deconstruido la deconstrucción del amor de Barthes.

Thurston siguió asintiendo con la cabeza.

—Me gustaría leerlo.

—¿De verdad? —La voz de Madeleine subió media octava. Se aclaró la garganta para volver al tono normal—. No sé si tiene algo de bueno. Pero quizá.

—Zipperstein está un poco... clínicamente muerto, ¿no crees? —dijo Thurston.

—Creí que te gustaba.

—¿A mí? No. Me gusta la semiótica, pero...

—¡Nunca dice nada!

—Ya lo sé —convino Thurston—. Es inescrutable. Es como Harpo Marx sin la bocina.

Madeleine, inesperadamente, se sorprendió cayendo en la cuenta de que le gustaba Thurston. Cuando éste le preguntó si le apetecía una copa, dijo que sí. Volvieron a la cocina, aún más ruidosa y atestada que antes. El tipo de la gorra de béisbol no se había movido.

—¿Vas a custodiar tus cervezas toda la noche? —le preguntó Madeleine.

—Haré todo lo que sea necesario —dijo el tipo.

—No cojas ninguna cerveza de este tío —le dijo Madeleine a Thurston—. Es muy especial en lo que tiene que ver con su cerveza.

Thurston había abierto ya el frigorífico, y al meter una mano dentro se le abrió la cazadora de cuero de motero y uno de los faldones le colgó hacia un lado.

—¿Cuál es tu cerveza? —le preguntó al tipo.

—La Grolsch —dijo el tipo.

—Ah, un hombre de Grolsch, ¿eh? —dijo Thurston, revolviendo entre las botellas—. Un amante de la vieja escuela. Teutónico, de tapón de goma o de cerámica. Entiendo tu preferencia por esas cosas. Lo que me pregunto es si la familia Grolsch había previsto que esas botellas de tapón de goma cruzaran el océano. ¿Sabes a lo que me refiero? Más de una de esas Grolsch me ha salido rancia. No me bebería una aunque me pagases. —Thurston cogió dos latas de Narragansett—. Éstas sólo tienen que viajar un par de kilómetros.

—Las Narragansett saben a pis —dijo el tipo.

—Bueno, seguro que eres un experto en el tema.

Y, con esto, Thurston se llevó afuera a Madeleine. La condujo hacia el vestíbulo, y le hizo una seña para que lo siguiera fuera de la casa. Una vez en el porche, se abrió la cazadora de cuero y le enseñó las dos botellas de Grolsch escondidas en los bolsillos interiores.

—Será mejor que nos larguemos —dijo Thurston.

Se bebieron las cervezas en Thayer Street, mientras pasaban por delante de bares llenos de otros colegas de promoción. Cuando terminaron las cervezas, entraron en el bar del Grad Center, y del Grad Center fueron al centro en taxi, al bar de un viejo que le gustaba mucho a Thurston. Era un local de temática boxística, con fotografías en blanco y negro de Rocky Marciano y Cassius Clay en las paredes, y un par de guantes Everlast firmados dentro de una caja polvorienta. Durante un rato bebieron vodka con saludables zumos de frutas. Luego a Thurston le entró la nostalgia de algo llamado «sidecar», que solía tomar con su padre cuando iban a esquiar. Cogió de la mano a Madeleine y bajaron por la calle y cruzaron el centro comercial y entraron en el hotel Biltmore. Pero el barman no sabía cómo preparar un sidecar. Thurston tuvo que indicarle cómo hacerlo, y anunció con grandilocuencia:

—El sidecar es la bebida perfecta para el invierno. El brandy para calentarte por dentro, y el limón y la naranja para protegerse de los resfriados.

—No estamos en invierno —dijo Madeleine.

—Hagamos como que estamos —dijo él.

Poco después, haciendo eses por la acera cogidos del brazo, Madeleine sintió cómo Thurston tiraba de ella hacia el interior de otro bar.

—Una cerveza limpiadora es lo que nos conviene ahora —dijo Thurston.

Durante los minutos siguientes Thurston explicó su teoría, aunque no era una teoría, sino la sabiduría de la experiencia comprobada y corroborada por Thurston y por su compañero de cuarto en Andover, quien, tras ingerir ingentes cantidades de «licor», bourbon, sobre todo; pero también whisky escocés, y ginebra, y vodka, y Southern Comfort, y todo lo que se le ponía al alcance, cualquier cosa que ambos pudieran escamotear de «las bodegas paternas»: Blue Nun, durante un tiempo, durante el «Verano de Liebfraumilch», en que habían tenido acceso libre al chalet de esquí de un amigo en Stowe, y Pernod, en otra ocasión, porque habían oído que era lo más parecido a la absenta y ellos querían ser escritores y necesitaban la absenta desesperadamente... Bueno, se estaba yendo por las ramas. Estaba permitiendo que su amor por la digresión se apoderara de su discurso. Y así, Thurston, encaramándose a un taburete y señalando al camarero, explicó que en todos y cada uno de aquellos casos, con cualesquiera de aquellas bebidas «espirituosas», una cerveza o dos, después, paliaban siempre la gravedad de la resaca asesina que inevitablemente

tendrían a la mañana siguiente.

—Una cerveza limpiadora —repitió—. Eso es lo que necesitamos.

Estar con Thurston no era como estar con Leonard. Estar con Thurston era como estar con su familia. Era como estar con Alton, tan puntilloso con sus tragos, y tan supersticioso acerca de beber uva después de beber cebada.

Siempre que Leonard hablaba del hábito de beber de sus padres, era para reiterar que el alcoholismo era una enfermedad. Pero Phyllida y Alton bebían mucho, y no por ello dejaban de parecer relativamente indemnes y responsables.

—Vale —dijo Madeleine—. Una cerveza limpiadora.

¿No habría sido estupendo eso? La creencia de que una Budweiser fría (allí las había de gollete largo; por algo Thurston había querido ir a aquel bar) pudiera limpiar los efectos de toda una noche de juerga alcohólica tenía algo de mágico. Y, en vista de esa magia, ¿por qué contentarse con una? Era a esas altas horas de la noche cuando se hacía obligado que dos personas le pidieran cambio al camarero y examinaran las canciones de la máquina de discos, con las cabezas tocándose mientras leían detenidamente los títulos. Era esa parte intemporal de la noche en que se hacía absolutamente necesario oír «Mack the Knife» y «I Heard It Through the Grapevine» y «Smoke on the Water» y bailar juntos entre las mesas en el bar vacío. Una cerveza limpiadora bien podría ahogar en Madeleine los pensamientos de Leonard y anestesiar sus sentimientos de abandono y falta de atractivo. (¿Y no eran las carantoñas de Thurston el bálsamo que necesitaba?). La cerveza parecía funcionar, en cualquier caso. Thurston pidió otras dos Budweiser, las últimas, y se las metió en el interior de la cazadora de cuero, y fueron bebiéndoselas mientras volvían por la ladera de College Hill hacia el apartamento de Thurston. La conciencia de Madeleine se hallaba maravillosamente limitada a cosas que no tenían el poder de hacerle daño: los ralos arbustos urbanos, las aceras flotantes, el tintineo de las cadenas de la cazadora de cuero de Thurston.

Entró en su habitación sin haberse dado cuenta siquiera de las escaleras que había tenido que subir para llegar a ella. Pero, una vez allí, Madeleine tenía claro cuál era el protocolo, y se empezó a quitar la ropa. Se tendió boca arriba, y trató entre risas de quitarse los zapatos, y al final se los sacudió hasta hacerlos caer al suelo. Thurston, por el contrario, se quedó en calzoncillos de inmediato. Y yació en la cama completamente inmóvil, fundiéndose con el blanco de las sábanas como un camaleón.

En lo relativo a los besos, Thurston era un minimalista. Apretó los labios contra los de Madeleine y, justo cuando ella abrió la boca, él apartó la suya. Era como si hubiera restregado sus labios contra los de Madeleine. Esta especie de juego del escondite resultó bastante desalentadora. Pero Madeleine no quería sentirse desdichada. No quería que las cosas fueran mal (quería que la cerveza limpiadora hiciera su labor), así que se olvidó de la boca de Thurston y se puso a besarle en otras

partes. En el cuello de Ríc Ocasek, en el vientre —de una blancura vampírica—, en la zona frontal de los calzoncillos bóxer.

Él, entretanto, se mantenía callado (él, tan locuaz en el seminario).

Madeleine no sabía muy bien lo que quería cuando le bajó los calzoncillos a Thurston. Era alguien ajeno a la persona que lo estaba haciendo. Ciertos mecanismos de muelle emitieron un sonido vibrante al liberarse. Madeleine se sintió compelida a hacer lo que hizo a continuación. Su error se hizo evidente de forma inmediata. Era un error que iba más allá de la moral, de índole directamente biológica. Su boca no era el órgano natural destinado a tal función. Se sintió oralmente superada, como un paciente dental a la espera de que se secase un molde. Además, la materia del molde no se estaba quieta. ¿A quién se le había ocurrido aquello, además? ¿Quién era el genio que había imaginado que el placer y la asfixia podían ir juntos de alguna forma? Había un sitio mejor donde meter a Thurston, pero, siguiendo varios barruntos físicos —el olor nada familiar de Thurston, el débil pataleo como de rana de sus piernas— sabía ya que jamás le permitiría entrar en ese otro sitio. Debía, por tanto, seguir haciendo lo que estaba haciendo, bajando la cabeza sobre Thurston mientras él se inflaba como un stent que ensanchara la arteria de su garganta. Madeleine inició una serie de movimientos defensivos, su lengua se convirtió en un escudo contra cualquier progresión de la penetración, Y su mano en un guardia de tráfico que alzara una señal de ¡Stop! Con un ojo vio que Thurston se había apuntalado la cabeza contra una almohada, para poder mirar.

Lo que Madeleine buscaba, con Thurston, no era en absoluto Thurston. Era autohumillación. Era rebajarse, y es lo que había hecho, por mucho que no supiera por qué, salvo que tenía que ver con Leonard y con cuánto estaba sufriendo. Sin acabar lo que había empezado, Madeleine levantó la cabeza, se incorporó y se sentó sobre los talones, y se echó a llorar sin ruido.

Thurston no emitió queja alguna. Sólo parpadeó con rapidez, mientras seguía tendido en la cama, sin moverse. Por si la velada aún podía salvarse.

A la mañana siguiente, Madeleine se despertó en su propia cama, boca abajo, con las manos en la parte de atrás de la cabeza, como si acabara de ser víctima de una ejecución —algo que tal vez hubiera sido preferible, dadas las circunstancias —algo que tal vez le hubiera supuesto un gran alivio.

La resaca, en su horror, se sucedía sin solución de continuidad al horror de la noche anterior. La turbulencia emocional alcanzaba una expresión fisiológica: el sabor malsano a vodka de su boca era el sabor mismo del remordimiento; y su náusea nacía de su propia persona, como si lo que quisiera expeler no fuera el contenido de su estómago sino su ser mismo. Su único consuelo era saber que permanecía —técnicamente— intacta. Habría sido mucho peor que lo que pudiera quedar del semen de Thurston siguiera aún dentro de ella, rezumándole, goteando.

Este pensamiento se vio interrumpido por el timbre de la puerta, y porque cayó en la cuenta de que era el día de la ceremonia de graduación, y que sus padres estaban abajo esperando a que les abriera.

*

En la jerarquía sexual de la universidad, los estudiantes varones de primer año ocupaban el escalón más bajo. Tras su fiasco con Madeleine, Mitchell había padecido un año largo y frustrante. Había pasado muchas noches con compañeros en su misma situación, mirando el censo de alumnos conocido como Pig Book y eligiendo a las chicas más guapas. **Tricia Parkinson, Cleveland, Ohio**, tenía un pelo exuberante parecido al de Farrah Fawcett. Con su blusa de guinga, **Jessica Kennison, Old Lyme, Massachusetts**, parecía la encarnación de ensueño de la hija de un granjero. **Madeleine Hanna, Prettybrook, Nueva Jersey**, había enviado una foto en blanco y negro en la que entrecierra los ojos al sol, con el pelo en la frente por un golpe de viento. Era una instantánea informal, ni calculada ni presuntuosa, pero tampoco era la mejor posible de su persona. La mayoría de los varones universitarios pasaría de largo sin fijarse, y fijaría la atención en otras beldades más obvias y mejor iluminadas. Mitchell no sacó a nadie de su error. Quería mantener a Madeleine Hanna como un pequeño secreto suyo, y, para ello, apuntó con el dedo a **Sarah Kripke, Tuxedo Park, Nueva York**.

En cuanto a su propia imagen en el Pig Book, Mitchell había enviado una fotografía sacada de un libro de historia de la guerra de Secesión norteamericana, en la que se ve a un pastor luterano, con una mata de pelo blanco y gafas diminutas y una expresión de indignación moral. Los editores la habían reproducido obedientemente sobre el pie **Mitchell Grammaticus, Grosse Pointe, Michigan**. El envío del retrato de aquel anciano liberaba a Mitchell de tener que enviar una fotografía real de sí mismo, y por tanto de participar en el concurso de belleza en que inevitablemente acababa convertido todo Pig Book. Era una forma de dejar fuera su ser físico y de ofrecer en su lugar una muestra de su ingenio.

Si Mitchell esperaba que las integrantes femeninas de aquel censo se fijaran en aquella foto de broma y se interesaran por él, sufrió una triste decepción. El compañero cuya fotografía despertó el interés general de las chicas fue **Leonard Bankhead, Portland, Oregón**. Bankhead había mandado una foto muy curiosa en la que se le veía de pie en un campo nevado, con una alargada y cómica gorra de punto tipo gnomo. A Mitchell, Leonard Bankhead no le parecía ni feo ni guapo. A medida que iba discurriendo el primer año, sin embargo, las historias sobre los éxitos sexuales de Bankhead empezaron a llegar a las zonas de penuria que integraban el hábitat de Mitchell. John Kass, que había ido a secundaria con el compañero de

cuarto de Bankhead, afirmaba que Bankhead había hecho dormir fuera a su amigo tantas veces que éste había acabado por pedir un cuarto para él solo. Una noche Mitchell vio al legendario Bankhead en una fiesta en West Quad, mirando con fijeza la cara de una chica, como intentando una fusión mental. Mitchell no entendía por qué las chicas no le veían el plumero a Bankhead. Pensaba que su reputación de donjuán haría que su atractivo acabara menguando, pero fue exactamente al revés. Con cuantas más chicas se acostaba, más chicas querían acostarse con él. Lo cual, para empezar, le hizo a Mitchell inquietantemente consciente de cuán poco sabía él de las chicas.

Por fortuna, el primer año llegó a su término. Cuando Mitchell volvió al otoño siguiente, había toda una nueva «cosecha» de chicas, una de las cuales —una pelirroja de Oklahoma— fue su chica durante el semestre de primavera. Se olvidó de Bankhead. (Salvo en un curso de Ciencias de la Religión que ambos siguieron el segundo año, apenas se vieron durante el resto de la carrera). Cuando la chica de Oklahoma rompió con él, Mitchell salió con otras chicas, y se acostó con algunas, dejando atrás las zonas de penuria. Luego, en el último año, dos meses antes del incidente del gel de calor con Madeleine, oyó que ella tenía un novio nuevo y que el afortunado era Leonard Bankhead. Durante dos o tres días Mitchell estuvo como anonadado, afrontando la noticia y no afrontándola, hasta que despertó una mañana anegado de tal forma en descarnados sentimientos de merma de sí mismo y de desesperanza que era como si su autoestima toda (y también su polla) se hubiera encogido hasta verse reducida al tamaño de un guisante. El éxito de Bankhead con Madeleine ponía de manifiesto la verdad de Mitchell. Carecía de algo que había que tener. No había elaborado un ranking, pero ahí es donde él estaba. Fuera de competición.

Su pérdida tuvo un efecto colosal en él. Mitchell se recluyó en la oscuridad para lamerse las heridas. Su interés por el quietismo había estado presente en él de antemano, de modo que, con esta derrota reciente, no había ya nada que le impidiera retirarse por completo al interior de sí mismo.

Como Madeleine, Mitchell había empezado la carrera con la intención de especializarse en Lengua y Literatura Inglesas. Pero después de leer *Las variedades de la experiencia religiosa* en un curso de psicología, cambió de idea. Se esperaba un libro clínico y frío, pero no lo era. William James describía «casos» de todo tipo, mujeres y hombres a quienes había conocido o con quienes había mantenido correspondencia, gente que padecía de melancolía, de enfermedades nerviosas, de trastornos digestivos, gente que había deseado intensamente suicidarse, que había oído voces y cuya vida había cambiado de la noche a la mañana. En su registro de tales testimonios no hay la menor intención de exponerlos al ridículo. De hecho, lo que más llama la atención de estas historias es la inteligencia de las personas que las

protagonizan. Con sinceridad patente, estas voces describían con detalle cómo habían perdido la voluntad de vivir, cómo habían caído enfermos, cómo habían acabado postrados en el lecho, abandonados por los amigos y familiares hasta que, de súbito, les había sobrevenido un «Nuevo pensamiento», el de cuál era su verdadero lugar en el universo, y en ese mismo instante había cesado todo su sufrimiento. Al lado de estos testimonios, James analizaba las experiencias religiosas de hombres y mujeres célebres: Walt Whitman, John Bunyan, Lev Tolstoi, Santa Teresa, George Fox, John Wesley e incluso Kant. Sin ninguna motivación proselitista evidente. Pero el efecto, para Mitchell, fue hacerle consciente de la importancia esencial que ocupaba la religión en la historia humana, y, de modo aún más relevante, del hecho de que el sentimiento religioso no nacía de ir a la iglesia o leer la Biblia sino de las experiencias más íntimas de la persona, bien de alegría suma o de dolor insufrible.

Mitchell volvía una y otra vez a un párrafo sobre la personalidad neurótica que había subrayado y que parecía a un tiempo describir su propio carácter y hacerle sentirse mejor al respecto. Reza a como sigue:

Pocos de nosotros no somos en algún sentido enfermizos, o incluso no estamos enfermos; y nuestras mismas dolencias nos ayudan de forma inesperada. En [esta] personalidad se da la emotividad sine qua non para la percepción moral; se da la intensidad y la tendencia al énfasis que son la esencia del vigor moral práctico; y se da el amor a la metafísica y el misticismo que hacen que nuestros intereses vayan más allá de la superficie del mundo sensible. ¿Qué más natural, por tanto, que el hecho de que esta personalidad permita acceder a regiones de verdad religiosa, a rincones del universo que un robusto sistema nervioso del tipo filisteo —que constantemente enseña los bíceps para que se los palpen, que constantemente se golpea el pecho y da gracias al cielo por no tener ni una sola fibra mórbida en todo él— ocultaría por siempre jamás a su satisfecho propietario?

La inspiración de un reino más alto —si tal cosa existe— bien pudiera llegarnos a través de la personalidad neurótica, poseedora de la receptividad necesaria —su condición primera— para percibirla.

La primera clase de estudios religiosos a la que había asistido Mitchell (la misma a la que había asistido Bankhead) fue como alumno de un curso general —muy en boga a la sazón— sobre religiones orientales. Luego se matriculó en un seminario sobre el islam. De allí pasó a temáticas más arduas —un curso de ética tomística, un seminario sobre el pietismo alemán—, y finalmente, en su último semestre, siguió el curso Religión y Alienación en la cultura del siglo xx. En la primera clase, el

profesor, un hombre de aire severo llamado Hermann Richter, examinó con recelo a los aproximadamente cuarenta alumnos que se apretujaban en el aula. Alzando la barbilla, advirtió en tono adusto: «Éste es un curso analítico, global, riguroso sobre el pensamiento religioso del siglo xx. Quien piense que cualquier cosita sobre la alienación *podría servir* se equivoca de parte a parte».

Mirando a la clase con el ceño fruncido, Richter facilitó a sus alumnos el plan de estudios. Incluía *La ética protestante y el espíritu, del capitalismo*, de Max Weber; *Auguste Comte y el positivismo: Escritos esenciales*; *El coraje de existir*, de Tillich, *Ser y tiempo*, de Heidegger; *El drama del humanismo ateo*, de Henri de Lubac. Las caras de los alumnos, a lo largo y ancho del aula, se ensombrecieron. Esperaban que fuera *El extranjero*, que ya habían leído en secundaria. A la clase siguiente asistieron poco más de quince.

Mitchell nunca había tenido un profesor como Richter. Richter vestía como un banquero. Llevaba trajes grises de rayas, corbatas clásicas, camisas abotonadas y zapatos de vestir bien lustrados. Poseía los atributos tranquilizadores del padre de Mitchell —la diligencia, la moderación, la masculinidad—, pero al mismo tiempo llevaba una vida de cultivo del intelecto nada propia de un padre. Richter recogía todas las mañanas el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de su buzón del departamento. Podía citar, en francés, la reacción de los hermanos Vérendrye al ver las tierras baldías de Dakota. Parecía más mundano que la mayoría de los profesores, y menos programado ideológicamente. Su voz era grave, parecida a la de Kissinger, si se exceptuaba el acento. Era imposible imaginarlo de niño.

Dos veces por semana, Mitchell y sus compañeros asistían a las clases de Richter, donde estudiaban infatigablemente las razones por las que, hacia 1848, había expirado la fe cristiana. El hecho de que mucha gente pensara que seguía viva, que jamás había estado enferma en absoluto, se descartó por completo. Richter no quería componendas. Si uno no podía responder a las objeciones de Schopenhauer, tenía que unirse a él en su pesimismo. Pero ésta no era en modo alguno la única opción. Richter insistía en que el nihilismo acrítico no era intelectualmente más sensato que la fe acrítica. Era posible examinar el cadáver del cristianismo, golpearle el pecho y soplarle en la boca para ver si el corazón volvía a latirle. *No estoy muerto, estoy sólo dormido*. Muy tieso, siempre de pie, con el pelo gris muy corto pero con signos esperanzadores en su persona —un cardo en el ojal, un regalo envuelto sobresaliéndole del bolsillo del abrigo—, Richter hacía preguntas a sus alumnos y escuchaba sus respuestas como si allí y entonces pudiera suceder: que en el aula 112 del Richardson Hall, Dee Michael, que había interpretado el papel de Marilyn Monroe en un montaje universitario de *Bus Stop*, fuera capaz de lanzar a través del vacío una escalera de cuerda. Mitchell observaba la minuciosidad de Richter, su denuncia compasiva del error, su entusiasmo incólume al presidir el progreso gradual

de una veintena de intelectos agrupados en torno a la mesa de un seminario. Al hacer que las cabezas de aquellos jóvenes se pusieran a funcionar como es debido aun cuando tan avanzado estaba el juego.

Las creencias de Richter no estaban nada claras. No era un apologista cristiano. Mitchell vigilaba a Richter por si descubría en él señales de parcialidad. Pero no halló ninguna. Richter diseccionaba a cada pensador con la misma severidad. Era parco en su aprobación y detallado en sus quejas.

Al terminar el semestre les dio un examen final para llevar a casa. Una sola hoja de papel con diez preguntas. Podían consultarse los propios libros. No había manera de engañar. Las respuestas a tales preguntas no podían encontrarse en ninguna parte. Nadie las había formulado todavía.

Mitchell no recordaba haber padecido ningún estrés al responder a aquel examen. Trabajó mucho, pero sin que la tarea le exigiera un gran esfuerzo. Lo hizo en la mesa oval del comedor que utilizaba como escritorio, rodeado de notas y libros desperdigados, mientras Larry preparaba pan de plátano en la cocina. De cuando en cuando se levantaba y comía un trozo. Luego volvía y retomaba el trabajo donde lo había dejado. A medida que escribía iba sintiendo, por vez primera, que ya no estaba en la universidad. No respondía a preguntas para conseguir una nota en un examen. Trataba de diagnosticar el aprieto en el que se sentía inmerso. Y no era sólo su aprieto, sino el de todas las personas que conocía. Era una sensación extraña. Escribía una y otra vez los nombres de Heidegger y Tillich, pero estaba pensando en sí mismo y en todos sus amigos. Todos sus conocidos estaban convencidos de que la religión era una farsa y Dios una ficción. Pero lo que en ellos había sustituido a la religión no parecía demasiado impresionante. Ninguno tenía una respuesta para el enigma de la existencia. Era como aquella canción de los Talking Heads: «y puede que te preguntes: «¿Cómo he llegado aquí?»... Y puede que te digas: «Ésta no es mi bonita casa.» y puede que te digas: «Ésta no es mi preciosa mujer»». Y mientras respondía a las preguntas del examen, Mitchell procuraba llevar sus respuestas hacia su aplicación práctica. Quería saber por qué estaba aquí, y cómo vivir la vida. Era la manera perfecta para terminar una carrera universitaria. La educación, finalmente, había guiado a Mitchell hasta la vida misma.

Nada más entregar el examen, olvidó todo lo que tenía que ver con él. La graduación estaba cerca. Él y Larry estaban muy ocupados haciendo planes para su viaje. Compraron mochilas y sacos de dormir para temperaturas bajo cero. Estudiaron mapas y guías de viaje con información de precios; elaboraron posibles itinerarios. Una semana después del examen, Mitchell entró en la oficina de Correos de Faunce House y encontró una carta en su buzón. Era del profesor Richter, con membrete de la universidad. Le pedía que fuera a verle a su despacho.

Mitchell no había estado nunca en el despacho de Richter. Antes de ir, compró

dos cafés helados en el Blue Room —un gesto manirroto, pero hacía mucho calor y le gustaba que los profesores se acordaran de él—. Avanzó con los dos vasos altos con tapa bajo el sol de mediodía en dirección al edificio de ladrillo rojo. La secretaria del departamento le dijo dónde encontrar al profesor Richter, y Mitchell empezó a subir las escaleras hacia el segundo piso.

Todos los demás despachos estaban vacíos. Los budistas se habían ido de vacaciones veraniegas. Los islamitas estaban en el Distrito de Columbia, asesorando al Departamento de Estado sobre el «marco de referencia» de Abu Nidal, que acababa de hacer estallar un coche-bomba accionado a distancia en la embajada francesa de Beirut Oeste. Sólo la puerta del fondo del pasillo estaba alerta; y en el interior del recinto, con corbata a pesar del bochorno... estaba Richter.

El despacho de Richter no era la celda desnuda de un profesor absentista, habitada tan sólo durante el horario docente. Era la leonera acogedora de un catedrático, con litografías y una alfombra Shaker. El despacho de Richter era formal, casi vienés. Había librerías de vitrina llenas de libros de teología encuadernados en piel. El escritorio era enorme, a modo de baluarte contra la ignorancia y la imprecisión rampantes del mundo. Tras él, Richter escribía notas con una estilográfica.

Mitchell entró y dijo:

—Si alguna vez tengo un despacho, profesor Richter, será de este tipo exactamente.

Richter hizo algo asombroso: sonrió.

—Puede que tenga esa oportunidad —dijo.

—Le he traído un café helado.

Richter miró el obsequio a través del escritorio, levemente sorprendido pero transigente.

—Gracias —dijo.

Abrió una carpeta de color beige y sacó un manojito de papeles. Mitchell reconoció su examen. Se había escrito aquí y allá sobre las hojas, con una letra elegante.

—Siéntese —dijo Richter.

Mitchell se sentó.

—Llevo veintidós años enseñando en esta facultad —empezó a decir Richter—. En todo ese tiempo, sólo en una ocasión recibí un trabajo con la profundidad de pensamiento y la penetración filosófica de las que hace gala el suyo. —Hizo una pausa—. El último alumno del que puedo decir esto es ahora decano del Seminario Teológico de Princeton.

Richter se detuvo, como a la espera de que sus palabras calaran en Mitchell. Pero éste no pareció muy impresionado. Le complacía haber hecho bien el trabajo. Estaba acostumbrado a sacar buenas notas en la facultad, pero seguía disfrutando mucho con

cada logro académico. Su cabeza, sin embargo, no solía aventurarse más allá.

—Termina la carrera este año, ¿me equivoco?

—Me queda una semana, profesor.

—¿Ha pensado alguna vez seriamente en seguir estudiando para convertirse en un especialista?

—No, seriamente no.

—¿Qué piensa hacer con su vida? —dijo Richter.

Mitchell sonrió.

—¿Está mi padre escondido debajo de este escritorio? —dijo.

Richter frunció el ceño. Ya no sonreía. Se enlazó las manos, e intentó un nuevo enfoque.

—Tengo la impresión, por su examen, de que está personalmente implicado en la temática de las creencias religiosas. ¿Estoy en lo cierto?

—Supongo que podría decir que sí —dijo Mitchell.

—Su apellido es griego. ¿Ha sido educado en la tradición ortodoxa?

—Bautizado. Tuvo que ver con ello.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Mitchell se tomó unos instantes. Estaba acostumbrado a no decir nada sobre sus investigaciones espirituales. Resultaba extraño hablar de ellas.

Pero la expresión de Richter era de neutralidad. Estaba inclinado hacia delante, con las manos juntas sobre el escritorio. Miraba hacia otra parte, y tan sólo aprestaba los oídos. Ante tal aliento, Mitchell se abrió. Explicó que había llegado a la universidad sin saber mucho sobre religión, y cómo, a partir de la lectura de la literatura inglesa, había empezado a caer en la cuenta de lo ignorante que era. El mundo se había formado a base de creencias de las que él no sabía nada.

—Ése fue el principio —dijo—. Darme cuenta de lo estúpido que era.

—Sí, sí. —Richter asintió con la cabeza rápidamente. Tal movimiento de cabeza sugería una experiencia personal de estados de pensamiento atormentado. Richter siguió con la cabeza baja, escuchando.

—No sé, un día estaba sentado —prosiguió Mitchell—, y me vino la idea de que todos los escritores a los que estaba leyendo en clase habían creído en Dios. Milton, por ejemplo. Y George Herbert. —¿Conocía el profesor Richter a George Herbert? Sí, el profesor Richter lo conocía—. Y Tolstoi. Me doy cuenta de que Tolstoi se volvió un poco excesivo hacia el final. Llegar a repudiar *Anna Karenina*... Pero ¿cuántos escritores se vuelven contra su propio genio? Puede que sea la obsesión de Tolstoi por la verdad lo que le ha hecho tan grande. El hecho de que estuviera dispuesto a renunciar a su arte fue lo que lo convirtió en un gran artista.

De nuevo el sonido de asentimiento de la eminencia de pelo gris por encima del secante del escritorio. El bochorno, el mundo exterior, habían dejado de existir

durante unos instantes.

—Así que el verano pasado confeccioné una lista —dijo Mitchell—. Leí un montón de Thomas Merton. Merton me llevó a San Juan de la Cruz y San Juan de la Cruz me llevó al Maestro Eckhart y *La imitación de Cristo*. Ahora estoy leyendo *La nube de la ignorancia*.

Richter esperó un momento antes de responder.

—¿Su búsqueda ha sido exclusivamente intelectual?

—No totalmente —dijo Mitchell. Vaciló unos instantes, y luego confesó—: También he ido a la iglesia.

—¿A cuál?

—A cualquiera. —Mitchell sonrió—. A todas. Pero sobre todo a las católicas.

—Entiendo la atracción del catolicismo —dijo Richter—. Pero si me situó en el tiempo de Lutero, y considero los excesos de la Iglesia de entonces, creo que me habría alineado con los cismáticos.

En la cara de Richter Mitchell ahora vio la respuesta a la pregunta que se había estado haciendo durante todo el semestre. Vaciló, y al final preguntó:

—¿Entonces usted cree en Dios, profesor Richter?

Richter, en tono firme, precisó:

—Soy un creyente cristiano.

Mitchell no sabía qué quería decir esto exactamente. Pero entendió por qué Richter quería precisar al máximo. Tal denominación le permitía dar cabida a reservas y dudas, ajustes históricos y disensiones.

—No tenía ni idea —dijo Mitchell—. Por sus clases nadie podría decir si usted cree en algo o no.

—Así es como se juega el juego.

Siguieron allí sentados, sorbiendo amigablemente el café helado. Y Richter hizo su oferta.

—Quiero que sepa que, en mi opinión, tiene usted el potencial necesario para desarrollar un trabajo importante en los estudios teológicos cristianos contemporáneos. En caso de que se sintiera inclinado a seguir ese camino, yo vería de conseguirle una beca completa para el Seminario de Teología de Princeton. O para la Facultad de Teología de Harvard o de Yale, si lo prefiere. No suelo esforzarme nunca tanto en favor de mis alumnos, pero en este caso me siento obligado a hacerlo.

Mitchell nunca había considerado la posibilidad de estudiar en una facultad de teología. Pero la idea de estudiar teología —de estudiar *cualquier cosa*, en lugar de trabajar de nueve a cinco— le parecía atractiva. Así que le dijo a Richter que pensaría seriamente en su propuesta. Se iba de viaje; se tomaba un año sabático. Prometió escribirle a su vuelta y comunicarle qué había decidido.

Dadas las dificultades que gravitaban sobre Mitchell —la recesión, sus dudas

sobre la graduación y, aquella misma mañana, el nuevo rechazo de Madeleine—, aquel viaje era lo único que debía tener en mente. Ahora, mientras se dirigía hacia su apartamento para vestirse para el desfile, Mitchell se dijo a sí mismo que poco importaba lo que Madeleine pensara de él. Pronto se habría ido de Providence.

Su apartamento, en Bowen Street, estaba a sólo dos manzanas del edificio (de mucha mayor belleza arquitectónica) de Madeleine. Él y Larry ocupaban el segundo piso de una vieja casa de tablas. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando empezó a subir las escaleras principales.

Mitchell y Larry habían decidido viajar a la India una noche después de ver una película de Satyajit Ray. En aquel momento no lo pensaron demasiado en serio. Pero a partir de entonces siempre que alguien les preguntaba qué iban a hacer después de acabar la carrera, respondían al unísono: «¡Nos vamos a la India!». La reacción, entre sus amigos, era unánimemente positiva. A nadie se le ocurría ninguna razón por la que no deberían ir a la India. La mayoría decía que les encantaría ir con ellos. El resultado fue que, sin haber comprado siquiera los billetes de avión o una guía para el viaje, sin saber realmente nada del país, a Mitchell y a Larry se les empezó a mirar como a tipos envidiables, valientes, con libertad de pensamiento. Así que, finalmente, decidieron que lo mejor era hacer ese viaje.

Poco a poco, éste empezó a tomar cuerpo en ellos. Añadieron una pata europea. En marzo, Larry, que se había especializado en teatro, consiguió sendos puestos de asistentes de investigación del profesor Hughes, lo cual confirió al viaje una pátina profesional y aplacó las reticencias de sus padres. Compraron un mapa grande y amarillo de la India y lo colgaron en la pared de la cocina.

Lo único que por poco dio al traste con sus planes fue la «fiesta» que habían organizado hacía unas semanas, durante el período de estudio de fin de curso. Fue idea de Larry. Lo que Mitchell no sabía, sin embargo, era que la fiesta no era una fiesta real sino el proyecto final de Larry para el taller dramático al que asistían ambos. Resultó que Larry había «reclutado» a algunos invitados para que hicieran de «actores», y les había aleccionado sobre cómo comportarse en la fiesta en cuestión. La mayoría de estas directrices consistían en insultar, insinuar y asustar al resto de los invitados —ignorantes de tal montaje—. Durante la primera hora de la fiesta, por tanto, los asistentes lo pasaron mal. Los amigos —«actores»— se le acercaban a uno para decirle que siempre habían desconfiado de él, que siempre le había oído el aliento, etcétera. A eso de medianoche, los vecinos de abajo, un matrimonio formado por Ted y Susan (a quienes, más tarde, Mitchell recordaría ridículamente ataviados con albornoz y zapatillas mullidas, y ella con rulos), irrumpieron airadamente en el apartamento amenazando con llamar a la policía por el volumen estentóreo de la música. Dave Hayek, que medía casi dos metros y estaba en el ajo, atravesó en tromba la cocina y amenazó físicamente a la pareja. Ted, en respuesta sacó una

pistola (de pega) del bolsillo del albornoz y amenazó con pegarle un tiro a Hayek, que se tiró al suelo acobardado, suplicándole que no lo hiciera, mientras los asistentes o bien se quedaron petrificados de espanto o bien echaron a correr hacia las puertas, derramando cerveza por todas partes. En este punto, Larry encendió de pronto todas las luces y se encaramó a una silla e informó a todo el mundo que, ja, ja, ja, nada de aquello era verdad. Ted y Susan se quitaron el albornoz y dejaron al descubierto su ropa de calle. Ted disparó y todo el mundo pudo ver que era una pistola de agua. Mitchell no podía dar crédito al hecho de que Larry no le hubiera informado de antemano —a él, el otro anfitrión de la fiesta— del programa secreto de ésta. No tenía la menor idea de que Carlita Jones, una estudiante de treinta y seis años, había estado siguiendo el guión cuando, un rato antes, se había encerrado con él en un dormitorio, diciéndole: «Venga, Mitchell. Hagámoslo aquí mismo, en el suelo». Se sorprendió sobremanera al comprobar que el sexo, ofrecido abiertamente de aquel modo (como a menudo sucedía en sus fantasías), en la realidad era no sólo mal recibido sino amedrentador. Pero, a pesar de lo furioso que estaba contra Larry por utilizar la fiesta para llevar a cabo un trabajo de fin de curso (aunque Mitchell debía de haberlo sospechado al ver aparecer en la fiesta a la profesora de arte dramático), Mitchell sabía —lo supo incluso aquella misma noche, cuando todo el mundo se hubo marchado; incluso cuando le gritaba a Larry, que estaba a punto de vomitar apoyado en la baranda del balcón: «¡Venga! ¡Echa hasta la última papilla! ¡Te lo mereces!»— que iba a perdonarle a su amigo el haber convertido su casa y la fiesta en una mala función de arte dramático. Larry era su mejor amigo, e iban a viajar juntos a la India; no le quedaba otra opción.

Entró en el apartamento y fue directamente al cuarto de Larry, y abrió la puerta.

Tendido en un futón, con la cara medio oculta en una maraña de pelo a lo Garfunkel, y la fina figura acurrucada formando una Z, Larry parecía uno de esos cuerpos de Pompeya, hechos un ovillo en un rincón al verse sorprendidos por la lava y las cenizas que entraban por las ventanas. Sujetas con chinchetas en la pared, por encima de su cabeza, había dos fotografías de Antonin Artaud. En la de la izquierda, Artaud era joven e increíblemente guapo. En la otra, tomada apenas una década después, el dramaturgo parecía un loco consumido. Era la velocidad y la totalidad de la desintegración física y mental de Artaud lo que atraía poderosamente la atención de Larry.

—Levántate —le dijo Mitchell.

Cuando Larry no respondió, Mitchell cogió un guión de Samuel French que había tirado en el suelo y se lo lanzó a la cabeza.

Larry gimió y se dio la vuelta hasta quedar boca arriba. Sus ojos pestañearon y se abrieron, pero él no parecía tener ninguna prisa por recuperar la conciencia.

—¿Qué hora es?

—Tarde. Tenemos que irnos.

Al cabo de un rato largo, Larry se incorporó. Era más bien menudo, de cara traviesa o de fauno, la cual, según cómo le incidiera la luz o cuánto se hubiera excedido en una fiesta, podía parecer tanto de pómulos altos como los de Rudolf Nureyev, como de mejillas hundidas como las de la figura de *El grito*, de Munch. Ahora estaba un poco entre ambas.

—Te perdiste una buena fiesta anoche.

Mitchell tenía un semblante totalmente inexpresivo.

—Paso de fiestas.

—Vale ya, Mitchell. No seas extremista. ¿Es eso lo que vas a ser en nuestro viaje? ¿Una carga?

—Acabo de ver a Madeleine —dijo Mitchell con premura—. Ha decidido hablarme de nuevo. Pero luego he dicho algo que no le ha gustado, y otra vez no me habla.

—Genial.

—Pero ha roto con Bankhead.

—Ya lo sé —dijo Larry.

Se disparó una alarma en la cabeza de Mitchell.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Porque se fue de la fiesta con Thurston Meems. Estaba «de caza», Mitchell. Te dije que vinieras. Lástima que pases de fiestas.

Mitchell se puso todo derecho para amortiguar el golpe de tal revelación. Por supuesto, Larry sabía de la obsesión de Mitchell por Madeleine. Larry había oído cómo Mitchell ensalzaba sus virtudes y defendía o situaba en contexto sus rasgos más cuestionables. Mitchell le había revelado a Larry, como sólo se hace con un amigo de verdad, el alcance de su pensamiento loco en relación con Madeleine. Sin embargo, Mitchell tenía su orgullo, y no dejó traslucir ninguna reacción.

—Mueve ese culo —dijo, retirándose al pasillo—. No quiero llegar tarde.

Una vez en su cuarto, Mitchell cerró la puerta y fue a sentarse en su escritorio, con la cabeza gacha. Ciertos detalles de aquella mañana, antes ininteligibles, iban revelando lentamente su significado, como la escritura de la estela de un avión en el cielo. El pelo desgreñado de Madeleine. Su resaca.

De pronto, con determinación salvaje, giró sobre sí mismo y arrancó la tapa de la caja de cartón que había encima del escritorio. Dentro estaba su toga de graduación. La sacó, se puso en pie y se pasó la tela acrílica y reluciente por encima de la cabeza y los hombros. La borla, el pin de la clase y el birrete estaban empaquetados en bolsas separadas de plástico. Después de rasgarlas y abrirlas, y de enroscar la borla en la base del birrete de forma harto concienzuda (incluso le hizo una abolladura), Mitchell desplegó las alas de murciélago del birrete y se lo puso en la cabeza.

Oyó cómo los pies descalzos de Larry entraban en la cocina.

—Mitchell —le llamó Larry—. ¿Llevo un porro?

Sin responder, Mitchell se puso frente al espejo de la cara interior de la puerta de su cuarto. Los birretes se remontaban a épocas medievales. Eran tan viejos como «La nube de la ignorancia». Por eso parecían tan ridículos. Por eso estaba él tan ridículo con uno en la cabeza.

Se acordó de una frase del Maestro Eckhart: «Sólo la mano que borra puede escribir la verdad».

Mitchell se preguntó si debía borrarse a sí mismo, o su pasado, o a otra gente, o qué... Estaba dispuesto a empezar a borrar inmediatamente, en cuanto supiera qué borrar.

Cuando entró en la cocina, Larry estaba preparando café, con la toga y el birrete puestos, como él. Se miraron, un tanto divertidos.

—Por supuesto, tráete un porro —dijo Mitchell.

*

Madeleine emprendió el largo camino de vuelta a su apartamento.

Estaba furiosa con todos y con todo: en primer lugar con su madre, por haberle hecho invitar a Mitchell: con Leonard, por no haberla llamado; con el tiempo, por el frío; con la universidad, por haberse terminado.

Era imposible ser amiga de los chicos. Todos aquellos con los que había tenido amistad habían acabado queriendo algo más, o habían querido algo más desde el principio, y habían sido amigos con falsos pretextos.

Mitchell quería vengarse. Eso era lo que pasaba. Quería herirla y conocía sus puntos débiles. Era absurdo que dijera que ella no le atraía mentalmente. ¿No llevaba detrás de ella todos aquellos años? ¿No le había dicho que «amaba su mente»? Madeleine sabía que no era tan inteligente como Mitchell. Pero ¿era Mitchell tan inteligente como Leonard? Mira por dónde. Era lo que tenía que haberle dicho a Mitchell. En lugar de echarse a llorar y salir corriendo, tendría que haberle hecho saber que Leonard era absolutamente feliz con el nivel de inteligencia de Madeleine Hanna.

Este pensamiento, rutilante y triunfal, se vio ofuscado de inmediato por la reflexión subsiguiente de que Leonard y ella ya no estaban juntos.

Contemplando Canal Street a través de la distorsión de las lágrimas —que al refractar una señal de Stop le conferían un ángulo cubista—, Madeleine se permitió una vez más el deseo prohibido de volver con Leonard. Le parecía que si podía tener eso, todos los demás problemas serían soportables.

El reloj del Citizens Bank marcaba las 8.47. Disponía de una hora para vestirse y subir a la colina.

Más allá, el río estaba verde e inmóvil. Unos años atrás, se había incendiado. Durante semanas, el cuerpo de bomberos había intentado apagarlo sin éxito. Lo cual suscitaba la pregunta de cómo se sofocaba exactamente un río ardiendo. ¿Qué hacer cuando el retardador del fuego era al mismo tiempo su acelerador?

La licenciada en Lengua y Literatura Inglesas herida de desamor meditó sobre el simbolismo de aquel interrogante.

Madeleine se sentó en un banco de un parquecito angosto en el que jamás había reparado. Ahora la inundaban los opiáceos naturales del organismo, y al cabo de unos minutos empezó a sentirse un poco mejor. Se secó los ojos. A partir de entonces no tendría que volver a ver a Mitchell si no quería hacerlo. Ni tampoco a Leonard. Aunque en aquel momento se sentía maltratada, abandonada, avergonzada de sí misma, Madeleine sabía que aún era joven, que tenía toda la vida por delante —una vida en la que, si perseveraba, podía hacer algo valioso—, y que una parte de esa

perseverancia consistía en dejar atrás instantes como aquél, en los que los demás nos hacen sentirnos pequeños, incapaces de inspirar amor, y nos despojan de toda confianza en nosotros mismos.

Se fue del parque, y subió por una callejuela de adoquines en dirección a Benefit Street.

En el Narragansett, entró en el vestíbulo y subió en el ascensor hasta su planta. Se sentía cansada, deshidratada, y necesitaba una ducha.

Cuando estaba metiendo la llave en la cerradura, Abby abrió desde dentro. Llevaba el pelo embutido en el birrete de graduación.

—¡Hola! Pensábamos que nos íbamos a tener que ir sin ti.

—Lo siento —dijo Madeleine—. Mis padres se eternizan. ¿Podéis esperarme? No tardaré nada.

En la sala, Olivia estaba pintándose las uñas de los pies, apoyados sobre la mesita de centro. El teléfono empezó sonar, y Abby fue a cogerlo.

—Pookie dice que te fuiste con Thurston Meems —dijo Olivia, aplicándose el esmalte—. Pero yo le he dicho que eso no puede ser cierto.

—No quiero hablar de ello —dijo Madeleine.

—Muy bien. Me tiene sin cuidado —dijo Olivia—. Pero Pookie y yo sólo queremos saber una cosa.

—Voy a darme una ducha rápida.

—Es para ti —dijo Abby, tendiéndole el teléfono.

Madeleine no tenía ganas de hablar con nadie. Pero era mejor hacerlo que defenderse de otras posibles preguntas.

Cogió el auricular y dijo:

—¿Sí?

—¿Madeleine?

Era una voz masculina, pero no le resultó familiar.

—Sí.

—Soy Ken. Ken Auerbach. —Al ver que Madeleine no respondía, Auerbach dijo—: Un amigo de Leonard.

—Ah —dijo Madeleine—. Hola.

—Perdona que llame en un día como hoy. Pero estoy a punto de volver a casa y he pensado que tenía que llamarte antes de irme. —Se hizo un silencio durante el cual Madeleine trató de sintonizar con la realidad del momento, pero antes de que lo consiguiera Auerbach dijo—: Leonard está en el hospital.

Nada más comunicarle la noticia, añadió:

—No te preocupes. No está herido. Pero está en el hospital, y he pensado que deberías saberlo. Si no lo sabes ya. Puede que lo supieras...

—No, no lo sabía —respondió Madeleine en un tono que a ella le pareció calmo.

Y añadió—: ¿Puedes esperar un minuto?

Apretándose el auricular contra el pecho, levantó la base del teléfono, salió con ella de la sala y fue hasta su cuarto (aunque el cable era inusualmente largo, llegó muy justo al interior). Cerró la puerta y se llevó el auricular al oído. Temía que la voz pudiera quebrársele al volver a hablar.

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Está bien —le aseguró Auerbach—. Físicamente está bien. Me preocupaba que pudiera afectarte mucho si te llamaba para decírtelo, pero..., no, no..., no está herido y nada parecido.

—¿Qué le pasa, entonces?

—Bueno, al principio estaba un poco obsesivo. Pero ahora está muy deprimido. O sea, clínicamente.

En el curso de los minutos siguientes, mientras las nubes de lluvia se deslizaban sobre la cúpula del Capitolio enmarcada por su ventana, Auerbach fue refiriéndole a Madeleine lo que había sucedido.

Todo había empezado con un insomnio. Leonard iba a clase quejándose de estar exhausto. Al principio, nadie le prestó mucha atención. Estar exhausto era en gran medida algo inherente a Leonard. Antes, el agotamiento de Leonard tenía que ver con las exigencias propias de la jornada, con levantarse, vestirse, desplazarse hasta el campus. No era que no hubiera dormido; era que mantenerse despierto ya le resultaba insoportable. Pero el agotamiento actual del Leonard tenía que ver con la noche. Se sentía demasiado acelerado para acostarse, explicaba, de forma que empezó a quedarse en vela hasta las tres y las cuatro de la mañana. Cuando se obligaba a sí mismo a apagar las luces e irse a la cama, el corazón le empezaba a latir deprisa, y se ponía a sudar. Trataba de leer, pero los pensamientos se le desbocaban, y poco después ya estaba paseando de un lado a otro del apartamento.

Al cabo de una semana, Leonard acabó yendo al centro de salud, donde un facultativo, acostumbrado a ver a estudiantes estresados por la proximidad del fin del semestre, le prescribió pastillas para dormir y le dijo que dejara de tomar café. Cuando las pastillas no le hicieron ningún efecto el médico le prescribió un ansiolítico suave, y luego uno más fuerte, pero ni éste ni ninguno lograron que Leonard durmiera por las noches más de dos o tres horas de un sueño superficial, sin sueños, escasamente reparador.

Fue más o menos entonces, le explicó Auerbach, cuando Leonard dejó de tomar el litio. No estaba claro si lo había hecho a propósito o porque se le había olvidado. Pero muy pronto empezó a llamar a la gente por teléfono. Llamaba a todo el mundo. Hablaba durante un cuarto de hora, o media hora, o una hora, o dos horas. Al principio resultaba divertido, como siempre. Sus amigos se alegraban de oír de él. Les llamaba dos o tres veces al día. Luego cinco o seis. Luego diez. Luego doce.

Llamaba desde el apartamento. Llamaba desde cabinas telefónicas del campus, cuya ubicación había aprendido de memoria. Leonard sabía de un teléfono en el subsótano del laboratorio de física, y de una cabina recoleta en el edificio de administración. Sabía de un teléfono averiado en Thayer Street, que te devolvía las monedas. Sabía de teléfonos sin vigilar en el departamento de filosofía. Desde todos y cada uno de estos teléfonos llamaba Leonard para decirles a sus interlocutores cuán exhausto se sentía, cuán insomne, cuán insomne, cuán exhausto. Lo único que podía hacer, al parecer, era hablar por teléfono. En cuanto salía el sol, Leonard telefoneaba a sus amigos madrugadores. Él había estado toda la noche en vela, y hablaba con compañeros que aún no se sentían con ánimo de hablar. De éstos pasó a otras personas, a gente que conocía bien o que conocía apenas: estudiantes, secretarios de departamento, su dermatólogo, su jefe de estudios. Cuando se hacía demasiado tarde para llamar a alguien en la Costa Este, Leonard buscaba en su agenda telefónica los números de sus amigos de la Costa Oeste. Y cuando también era demasiado tarde para llamar a Portland o a San Francisco, Leonard se enfrentaba a las tres o cuatro horas terroríficas en las que tendría que estar en el apartamento a solas con su mente, una mente que se desintegraba.

Fue la frase que utilizó Auerbach al contarle la situación a Madeleine: «... una mente que se desintegraba». Madeleine escuchaba tratando de encajar la imagen que estaba trazando Auerbach con el Leonard que ella conocía, cuya mente podía ser todo menos endeble.

—¿A qué te refieres? —dijo Madeleine—. ¿Quieres decir que Leonard se está volviendo loco?

—No es eso lo que estoy diciendo —dijo Auerbach.

—¿Qué quieres decir con que su mente se está desintegrando?

—Eso es lo que me dijo él mismo. Que era eso lo que sentía —dijo Auerbach.

A medida que su mente empezó a disgregarse, Leonard intentaba evitarlo hablando a través de un auricular de plástico, a través de una interacción con determinada persona, a quien proporcionaba una descripción precisa de su desesperación, sus síntomas físicos, sus conjeturas hipocondríacas. Llamaba para preguntar a la gente sobre sus lunares. ¿Habían tenido alguna vez algún lunar de aspecto sospechoso? ¿Que sangrara o cambiara de forma? ¿O una pequeña... cosa roja en el tronco del pene? ¿Podía ser un herpes? ¿Cómo era el herpes? ¿Cuál era la diferencia entre una lesión de herpes y un chancro? Leonard violentaba el pudor de la amistad masculina —decía Auerbach— llamando a sus amigos varones y preguntándoles sobre la naturaleza de sus erecciones. ¿Alguna vez no se les había levantado? Si la respuesta era afirmativa, ¿en qué condiciones les había sucedido? Leonard empezó a describir sus erecciones como «morcillonas». Eran erecciones que se doblaban, tan flexibles como aquellas viejas figurillas de plastilina de la infancia.

«A veces tengo una erección morcillona en toda regla», decía. Le preocupaba que el hecho de haber montado en bicicleta por Oregón un verano pudiera haberle dañado de algún modo la próstata. Fue a la biblioteca y encontró un estudio sobre la disfunción eréctil en los ciclistas del Tour de Francia. Leonard había sido siempre brillante y divertido, y por tanto había atesorado una ingente reserva de buen *feeling* en la gente, que guardaba recuerdos de haber pasado con él momentos geniales, y, ahora, al cabo de un millón de llamadas telefónicas, empezó a hacer uso de esa reserva, una llamada cada vez, en la que la gente soportaba sus quejas continuas y trataba de ingeniárselas para sacarle de la depresión, por lo que tardó mucho tiempo en agotar esta reserva de simpatía y admiración por su persona.

Los estados de ánimo sombríos de Leonard habían constituido siempre parte de su atractivo. Era un alivio oírle enumerar sus fragilidades, sus recelos acerca de la fórmula norteamericana para el éxito. Tanta gente de la universidad se había aupado a la ambición, poseía egos esteroidales, era inteligente pero feroz, diligente pero insensible, brillante pero aburrida, que todo el mundo se sentía compelido a ser optimista, a estar de acuerdo con el sistema, a funcionar a toda potencia, cuando todo el mundo sabía, en el fondo de su corazón, que no era así como se sentía. La gente dudaba de sí misma y tenía miedo del futuro. Se sentía intimidada, asustada, y por tanto hablar con Leonard, que mostraba estas flaquezas a la enésima potencia, le hacía sentirse menos mal consigo misma y menos sola. Las llamadas de Leonard eran como terapias telefónicas. Además, ¡él estaba mucho peor que todos ellos! Era el doctor Freud y el doctor Muerte, el confesor y el humilde penitente, el psiquiatra y el «psiquiatrizado». No montaba un «número». No era un farsante. Hablaba sinceramente y escuchaba con compasión. Las conversaciones telefónicas de Leonard, en sus mejores momentos, eran una especie de arte y una forma de sacerdocio.

Y sin embargo —según dijo Auerbach— en el pesimismo de Leonard se produjo un cambio hacia esas fechas. Se hizo más intenso; se depuró. Perdió su ropaje jocosos, su aire de ardid, y se volvió desesperanza, sin adular, pura, letal. Fuera lo que fuere lo que hubiera tenido Leonard antes —él, que siempre había estado «deprimido»—, no había sido depresión. Depresión era *aquello*. Aquel monólogo monocorde de un tipo sin duchar tendido boca arriba en medio de cualquier parte. Aquella recitación neutra de los fracasos de su vida joven, fracasos que en la mente de Leonard lo condenaban a una vida de logros cada día más exiguos. «¿Dónde está Leonard?», se preguntaba una y otra vez, al teléfono. ¿Dónde estaba el tipo que podía escribir con la mano izquierda un trabajo de veinte páginas sobre Spinoza mientras jugaba al ajedrez con la derecha? ¿Dónde estaba el Leonard profesoral, que podía suministrar cierta información oscura sobre la historia de los caracteres de imprenta en la confrontación Flandes-Valonia, formular disquisiciones sobre los méritos literarios de dieciséis

novelistas de Ghana, Kenia y Costa de Marfil, publicados todos ellos en una colección de bolsillo de la década de los sesenta titulada «De África», que había encontrado en el Strand de Providence y comprado por cincuenta centavos el ejemplar y leído del primero al último? «¿Dónde está Leonard?», preguntaba Leonard. Leonard no lo sabía.

Poco a poco los amigos de Leonard empezaron a darse cuenta de que no importaba en absoluto a quién llamara por teléfono. Leonard olvidaba quién estaba al otro extremo de la línea, y, cuando la persona en cuestión se las arreglaba para colgar, Leonard llamaba a otra y seguía el discurso que acababa de interrumpir con el interlocutor anterior. Pero la gente estaba *ocupada*. La gente tenía otras cosas que hacer. Así pues, sus amigos empezaron a inventar excusas cuando Leonard les llamaba. Decían que tenían clase o una reunión con algún profesor. Reducían al máximo el tiempo de la conversación y, al cabo de un tiempo, dejaron de coger el teléfono. El propio Auerbach había hecho esto. Ahora se sentía culpable, y por eso había llamado a Madeleine.

—Sabíamos que Leonard no estaba bien —dijo—, pero no sabíamos que estaba *tan* mal.

Todo ello llevó finalmente al día en que el teléfono de Auerbach sonó a eso de las cinco de la tarde. Temiéndose que fuera Leonard, no lo cogió. Pero el teléfono siguió sonando y sonando hasta que Auerbach no lo pudo soportar más y acabó contestando.

—¿Ken? —dijo Leonard con voz trémula—. Van a ponerme un «inconcluso», Ken. No voy a poder graduarme.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El profesor Nalbandian acaba de llamarme. Me ha dicho que ya no tengo tiempo para recuperar el trabajo que no he hecho. Y que va a ponerme «inconcluso».

A Auerbach esto no le sorprendió en absoluto. Pero la vulnerabilidad de la voz de Leonard, el lamento de niño perdido en el bosque de su amigo hizo que Auerbach quisiera decir algo que le sirviera de consuelo.

—No es tan malo. No te suspende.

—Eso no es lo importante, Ken —dijo Leonard, ofendido—. Lo importante es que es uno de los profesores que yo esperaba que me recomendasen por escrito. Lo ha jodido todo, Ken. No voy a licenciarme a tiempo, con todos los demás. Y si no me licencio revocarán mi beca de investigación en Pilgrim Lake. No tengo dinero, Ken. Mis padres no van a ayudarme. No sé cómo voy a salir de ésta. ¡Sólo tengo veintiún años y ya me he jodido la vida!

Auerbach trató de razonar con Leonard, de hacerle ver las cosas en su justo término, pero, por mucho que se empeñó en esgrimir todo tipo de argumentos, Leonard siguió insistiendo en lo terrible de su situación. Siguió quejándose de estar sin blanca, de que sus padres no le ayudaban como la mayoría de los padres ayudaban

a sus compañeros de Brown, de cómo había estado siempre en desventaja en la vida, y de cómo, también esto, le había llevado a aquel precario estado emocional. Siguieron debatiendo durante más de una hora: Leonard respirando con fuerza en el teléfono, con una desesperación creciente en la voz; Auerbach quedándose sin argumentos y empezando a sugerirle tácticas que incluso a él le parecían necias, por ejemplo, que tenía que dejar de pensar tanto en sí mismo y salir al mundo exterior a contemplar cómo florecían las magnolias en los prados de césped (¿no las había visto?); que comparara su situación con la de gente verdaderamente desesperada, como los mineros de Sudamérica, los tetrapléjicos, los enfermos de esclerosis múltiple; que la vida no era tan mala como la estaba pintando. Y entonces Leonard hizo algo que no había hecho nunca. Le colgó el teléfono a Auerbach. Era la primera vez en todo su período de monomanía que Leonard colgaba el primero, y eso asustó a Auerbach. Marcó el número de su amigo, pero no obtuvo respuesta. Al final, después de llamar a un par de conocidos de Leonard, Auerbach decidió ir a Planet Street, donde encontró a Leonard en un estado frenético. Después de emplear todo tipo de argucias de persuasión, logró que Leonard le permitiera llevarle al centro de salud, donde quedó ingresado para pasar la noche. Al día siguiente, lo enviaron al Providence Hospital, donde ahora recibía tratamiento en el pabellón psiquiátrico.

Si hubiera dispuesto de más tiempo, Madeleine podría haber separado e identificado el turbión de emociones que se encrespaba en su interior. En primer plano estaba el pánico. Tras él, la vergüenza y la cólera por ser la última en enterarse. Pero, en el fondo de todo ello, borboteante, una extraña sensación de euforia.

—Conozco a Leonard desde que se lo diagnosticaron —dijo Auerbach—. En primero de carrera. Si toma sus pastillas, está bien. Siempre ha estado bien. Lo único que necesita ahora es un poco de ayuda. Y por eso te he llamado.

—Gracias —dijo Madeleine—. Me alegra que lo hayas hecho.

—Hasta ahora ha habido unos cuantos que hemos estado manteniendo el barco a flote, en cuanto a las horas de visita y demás. Pero todos nos vamos hoy mismo. Y... no sé..., estoy seguro de que a Leonard le encantará verte.

—¿Lo ha dicho él?

—No, no lo ha *dicho*. Pero lo vi anoche y estoy seguro de que es así.

Auerbach le dio entonces la dirección del hospital y el número de la oficina de enfermería, y se despidió.

Madeleine estaba llena de determinación. Dejó el auricular con firmeza, salió a grandes pasos por la puerta de su cuarto y entró en la sala de estar.

Olivia seguía con las piernas encima de la mesita, esperando a que se secaran las uñas. Abby estaba sirviendo el líquido rosado de la batidora en un vaso.

—¡Traidoras! —les gritó Madeleine.

—¿Qué? —dijo Abby, sorprendida.

—¡Lo sabíais! —gritó Madeleine—. ¡Supisteis todo el tiempo que Leonard estaba en el hospital! Por eso dijisteis que no iría a la fiesta.

Abby y Olivia se miraron. Las dos esperaban que hablara la otra.

—¡Lo sabíais y no me dijisteis nada!

—Lo hicimos por tu propio bien —dijo Abby, con expresión muy preocupada—. No queríamos que te llevaras un disgusto y empezaras a obsesionarte. Ya estabas hasta faltando bastante a clase. Pero por fin empezabas a superar lo de Leonard y pensamos que...

—¿Qué te parecería si Whitney estuviera en el hospital y yo no te lo dijera?

—Eso es diferente —dijo Abby—. Tú y Leonard habíais roto. Ni siquiera os hablabais.

—Eso no importa —dijo Madeleine.

—Yo sigo saliendo con Whitney.

—¿Cómo pudisteis no decirme nada?

—Está bien —dijo Abby—. *Lo siento*. Lo sentimos de verdad.

—Me mentisteis.

Olivia sacudió la cabeza; no estaba dispuesta a aceptarlo.

—Leonard está loco —dijo—. ¿Te das cuenta de eso? Lo siento, Maddy, pero Leonard... está... loco. ¡Ni siquiera salía del apartamento! Tuvieron que llamar a seguridad para que tiraran la puerta abajo.

Tales detalles eran nuevos. Madeleine los registró para un posterior análisis.

—Leonard no está loco —dijo—. Está deprimido. Es una enfermedad.

No sabía si era una enfermedad. No sabía nada sobre la depresión. Pero la rapidez con la que arrancó esa certeza del aire mismo tuvo el efecto benéfico de hacer que creyera lo que acababa de decir a pies juntillas.

Abby seguía con expresión solidaria, con ojos mansos, e inclinaba la cabeza hacia un lado. Tenía batido rosa en el labio superior.

—Estábamos preocupadas por ti, Madeleine —dijo—. Teníamos miedo de que con eso del hospital volvieras con Leonard.

—Oh, así que estabais protegiéndome...

—No tienes por qué ser sarcástica —dijo Olivia.

—No puedo creer que haya malgastado mi último año viviendo con vosotras.

—¡Vaya, como si hubiera sido un verdadero placer vivir contigo! —dijo Olivia con una vivacidad feroz—. Tú y tu *Discurso amoroso*. ¡Vamos, anda! ¿Sabes esa frase que siempre estás citando? ¿Sobre cómo nadie se enamoraría si antes no hubiera leído sobre el amor? Bien, pues lo *único* que tú haces es leer sobre el amor.

—Creo que tendrás que admitir que fue un gesto bonito por nuestra parte que te pidiéramos que vinieras a vivir con nosotras —dijo Abby, lamiéndose el batido del labio—. Fuimos nosotras las que encontramos este sitio y pagamos la fianza y todo lo

demás.

—Ojalá no me lo hubierais pedido nunca —dijo Madeleine—. A lo mejor habría vivido con alguien en quien podría confiar.

—Vámonos —dijo Abby, apartándose de Madeleine con ademán resolutivo—. Tenemos que irnos al desfile.

—Aún no se me han secado las uñas —dijo Olivia.

—Vámonos. Llegamos tarde.

Madeleine no quiso escuchar más. Se dio la vuelta, se fue a su cuarto y cerró la puerta. Cuando estuvo segura de que Abby y Olivia se habían ido, recogió su atuendo de graduación —toga, birrete y borla— y bajó al vestíbulo. Eran las nueve y treinta y dos. Tenía trece minutos para llegar al campus.

El camino más rápido ladera arriba —y la dirección en la que no corría el riesgo de tener que adelantar a sus compañeras de apartamento— era subir por Bowen Street. Bowen Street albergaba sus propios peligros, sin embargo. Mitchell vivía en esa calle, y Madeleine no tenía ningunas ganas de volver a encontrarse con él. Dobló la esquina con cautela y, al no verle, pasó apresuradamente por delante de su casa y empezó a subir por la pendiente.

El camino estaba resbaladizo a causa de la lluvia. Cuando se acercaba ya a la cima, los mocasines de Madeleine estaban llenos de barro. La cabeza volvió a palparle con fuerza, y mientras apretaba el paso una vaharada de olor de su propio cuerpo le afloró a través del cuello del vestido. Por primera vez examinó la mancha. Podría ser de cualquier cosa. Se detuvo, no obstante, y se pasó la toga por encima de la cabeza. Y siguió subiendo.

Imaginó a Leonard atrincherado en su apartamento, y a los empleados de seguridad tirando la puerta abajo, y la envolvió una ternura medrosa.

Y sin embargo estaba también aquella euforia que hacía de contrapeso, una suerte de globo que se inflaba en ella pese a la inmediatez de la urgencia...

Al llegar a Congdon Street, aceleró la marcha. Al cabo de unas cuantas manzanas vio a la multitud. La policía había detenido el tráfico, y la gente, en impermeable, llenaba Prospect Street y College Street, enfrente del edificio de arte y la biblioteca. El viento volvía a soplar con fuertes ráfagas, y las copas de los hornos se agitaban contra el cielo encapotado.

Al pasar junto a Carrie Tower, Madeleine oyó que una banda afinaba sus metales. Estudiantes de posgrado y de la facultad de medicina se alineaban en Waterman Street, mientras unos cuantos funcionarios con atuendo de ceremonia pasaban revista a la formación. Madeleine quiso pasar por el Faunce House Arch para llegar a las praderas del campus, pero la hilera humana le cerraba el paso. En lugar de esperar, siguió hasta más allá de Faunce House y bajó las escaleras de Correos, con intención de llegar a la zona verde por el paso subterráneo. Cuando estaba cruzándolo le vino a

la cabeza un pensamiento. Volvió a mirar el reloj. Eran las 9.41. Le quedaban cuatro minutos.

El buzón de Madeleine estaba en la fila de más abajo de las casillas frontales. Para marcar la combinación hincó una rodilla en el suelo, lo cual la hizo sentirse a un tiempo esperanzada y vulnerable. La puerta de latón se abrió sobre el buzón oscurecido por el tiempo. Dentro había un sobre. Con calma (el candidato que se alza con el triunfo no muestra ni ansiedad ni precipitación), Madeleine lo sacó del buzón.

Era una carta de Yale, con desgarros, dentro de un sobre de plástico del Servicio Postal de los Estados Unidos, en el que se leía en letras impresas: «Este artículo de correo ha sufrido desperfectos en su camino hacia el destinatario. Pedimos disculpas por el retraso».

Madeleine abrió el sobre de plástico sellado con calor y, cautelosamente, sacó el sobre de papel tratando de no romperlo aún más. Sin duda se había enganchado en la máquina clasificadora. El matasellos rezaba: «1-abril-1982».

La oficina de Correos de Faunce House lo sabía todo de cartas de aceptación. Recibían cascadas de ellas todos los años: de facultades de medicina, de facultades de derecho, de cursos de posgrado. Los estudiantes se habían arrodillado ante estas casillas de forma idéntica a la de ella ahora, para sacar las cartas que los convertían de inmediato en becarios de Rhodes, en ayudantes senatoriales, en reporteros novatos, en matriculados en Wharton. Al abrir el sobre, Madeleine reparó en que no era muy pesado.

Estimada Srta. Hanna:

Esta carta es para informarle de que el Programa de Posgrado de Lengua y Literatura Inglesas de Yale no puede admitirla en el año académico próximo 1982-1983. Recibimos cada año solicitudes de candidatos muy cualificados, y lamentamos no poder siempre...

No emitió sonido alguno. No dejó entrever ninguna señal de decepción. Cerró suavemente el buzón, hizo girar los números y, enderezándose hasta ponerse en pie, atravesó la oficina de Correos en dirección a la puerta. Antes de llegar a ella, y rematando el destrozo del centro procesador del Servicio Postal de los Estados Unidos, rompió la carta en dos y la tiró a la papelera.

Habían enviado solicitudes a la Escuela de Posgrado de Yale estudiantes con calificaciones A, B, C y D. Si el estudiante A es director de *The Harvard Crimson*; el B es un becario Rhodes que ha publicado una monografía sobre *El paraíso perdido* en el *Milton Quarterly*; el C es un chico prodigio inglés de diecinueve años que habla ruso y francés y tiene cierto parentesco con la primera ministra Margaret Thatcher; y

el D es una licenciada en Lengua y Literatura Inglesas cuya solicitud incluye un trabajo pasable sobre los nexos sintácticos en *Perla*, más una puntuación de 520 en el test de lógica del Examen de Evaluación de Posgrado, ¿qué aspirante no tiene ni la más endiabladamente mínima posibilidad de que lo acepten?

La habían rechazado en abril, hacía dos meses. Su suerte había sido echada antes incluso de haber roto con Leonard, lo que significaba que la única cosa que durante las tres semanas anteriores había esperado que le subiera la moral había sido una ilusión. Otra información crucial que le había sido ocultada.

Se oían gritos en las praderas verdes. Con resignación, Madeleine se puso el birrete en la cabeza a modo de orejas de burro. Salió de la oficina de Correos y subió las escaleras hacia el campus.

En el espacio abierto y verde, las familias esperaban a que empezara el desfile. Tres niñas pequeñas se habían encaramado al regazo de bronce de la escultura de Henry Moore, sonriendo y lanzando risitas ahogadas, mientras su padre se arrodillaba en el césped para sacar fotografías. Pelotones de antiguos alumnos deambulaban de un lado a otro, celebrando reuniones, con canotiers o gorras de béisbol de Brown blasonadas con la insignia de sus cursos académicos.

Enfrente del Sayles Hall, la gente empezó a lanzar vítores. Madeleine dirigió la vista hacia ese punto y vio cómo a un licenciado del paleolítico, un antiguo alumno-hombre de los pantanos embutido en un blazer a rayas, lo empujaba todo un séquito de nietos o bisnietos rubios hasta dejarlo expuesto a la vista de todos. De los brazos de su silla de ruedas se alzó hacia el cielo de primavera un montón de globos de helio, todos ellos pintados con una leyenda de letras color castaño: «Curso del 09». El anciano había alzado la mano para aceptar los aplausos. Sonreía de oreja a oreja con largos y macabros dientes, con la cara iluminada por la satisfacción bajo un sombrero de Beefeater.

Madeleine vio pasar a su lado a aquel anciano feliz. En ese momento, la banda atacó la música ad hoc e inició el desfile. El presidente de la universidad —una especie de director general de sociedad anónima—, con toga académica de terciopelo a rayas y blando gorro florentino, encabezaba el desfile con una lanza medieval en la mano: Le seguían los plutocráticos miembros del consejo, y los miembros supervivientes —pelirrojos y macrocefálicos— de la familia Brown, y diversos rectores y decanos. Estudiantes de último curso, de dos en fondo, empezaron a surgir de Wayland Arch y a cruzar la pradera de césped. El desfile pasó por el University Hall y se encaminó hacia las puertas de Van Wickle, donde los padres —incluidos Alton y Phyllida— aguardaban apelotonados y expectantes.

Madeleine veía el desfile, a la espera de localizar un sitio para incorporarse a él. Estudiaba las caras de los participantes para ver si conocía a alguno, a su amiga Kelly Traub, o incluso a Lollie o Pookie Ames. Al mismo tiempo, el temor a darse de

bruces con Mitchell, o con Olivia y Abby, la hizo contenerse y seguir de pie tras un padre panzudo que enarbolaba una cámara de vídeo.

No lograba recordar hacia qué lado debía colgar la borla del birrete (hacia la izquierda o hacia la derecha).

Quienes iban a licenciarse eran unos mil doscientos. Seguían llegando, de dos en fondo, sonriendo, riendo, levantando la mano y dándose unos a otros con la palma abierta y haciendo el gesto de golpearse el pecho repetidamente con el puño. Pero todos ellos eran estudiantes que Madeleine no había visto nunca. Al cabo de cuatro años de facultad, nadie era alguien que ella conociera.

Habían pasado un centenar de ellos, pero Madeleine no esperó a que pasara el resto. La cara que ella quería ver no estaba allí, de todas formas. Volviéndose, desanduvo el camino a través de Faunce House Arch y enfiló Waterman en dirección a Thayer Street. Deprisa, echando casi a correr, sujetándose el birrete con una mano, llegó a la esquina, donde volvía a fluir el tráfico. Un minuto después, paró un taxi y pidió al conductor que la llevara al Providence Hospital.

*

Se les estaba acabando el porro cuando la fila empezó a moverse.

Durante media hora Mitchell y Larry habían estado de pie a la sombra ventosa de Wriston Quad, punto medio en una larga hilera negra de estudiantes que se licenciaban, hilera que se extendía desde la zona verde principal y el largo sendero que llevaba al arco cubierto de hiedra —que ahora quedaba a su espalda— y continuaba luego a todo lo largo de Thayer Street. Las aceras estrechas afinaban la hilera humana en ambas direcciones, pero en el espacio abierto del cuadrángulo de Wriston Quad se henchía y se convertía en una fiesta al aire libre. La gente bullía y se arremolinaba, y circulaba.

Mitchell tapó el viento con el cuerpo para que Larry pudiera encender el porro. Todo el mundo se quejaba del frío que hacía, y se movía de un lado para otro para entrar en calor.

Existía un montón de maneras de plantar cara a la solemnidad del día. Había quienes se colocaban la gorra de forma chistosa. Otros la habían decorado con pegatinas o pintura. Algunas chicas llevaban boas de plumas, o gafas de sol Spring Break, o pendientes de pequeñas esferas especulares. Mitchell comentó que tales manifestaciones de desobediencia eran normales en las ceremonias de graduación, y, por tanto, tan inmemoriales como las tradiciones que pretendían subvertir, y acto seguido le cogió el porro a Larry para desafiar la solemnidad del día a su modo igualmente trillado.

—*Gaudeamus igitur* —dijo, y dio una calada.

Cual huevo tragado por una serpiente negra, la señal para desfilarse se abrió paso — impulsada por una casi invisible perístole— a través de los giros y virajes de la hilera de participantes. Pero ninguno de ellos parecía moverse aún. Mitchell entrecerraba los ojos una y otra vez para ver lo que pasaba más adelante. Al final la señal llegó a los que precedían a Larry y Mitchell, y, súbitamente, toda la fila se abalanzó hacia delante.

Se pasaron el porro una y otra vez, ahora las chupadas eran cada vez más rápidas.

Un poco más adelante, Mark Klemke se volvió, haciendo bailar las cejas, y dijo:

—Debajo de la toga voy desnudo.

Mucha gente había llevado cámaras. Los anuncios les habían dicho que grabaran aquel momento, y eso es lo que hacían ahora desde un poco más adelante de la cabecera del desfile.

En medio de todo aquello, era posible sentirse superior al común de los mortales y al mismo tiempo un inadaptable.

En el jardín de infancia te ponen en fila por orden alfabético. En las excursiones al campo de primaria le coges la mano a tu compañero para pasar por delante de un buey almizclero o de una turbina a vapor. El colegio era una perpetua alineación, que desembocaba en una última, que era ésta. Mitchell y Larry avanzaban despacio desde la penumbra frondosa de Wriston Quad. El suelo seguía más bien frío, sin sol. Algunos bromistas se habían subido a la estatua de Marco Aurelio y le habían puesto un birrete en la cabeza estoica. Su caballo tenía un 82 pintado en el ijar de acero. Después de subir las escaleras que bordeaban el Leeds Theater, siguieron y pasaron por Sayles Hall y Richardson, y llegaron al gran espacio verde del campus. El cielo parecía sacado de un cuadro del Greco. Surcó el aire un programa de mano llevado por el viento.

Larry le ofreció la colilla del porro, pero Mitchell sacudió la cabeza.

—Estoy muy fumado —dijo.

—Yo también.

Avanzaban a pequeños pasos, como en una cadena de presos, y se acercaban al escenario cubierto levantado frente al University Hall, ante el cual podía verse todo un mar de sillas plegables blancas. En la cima del sendero, la fila humana se detuvo. Le entró una enorme fatiga, y Mitchell recordó por qué no le gustaba colocarse por la mañana. Después de la primera oleada de energía, el día se convertía en una auténtica roca que uno debía cargar pendiente arriba. Tendría que dejar de fumar marihuana durante el viaje que iban a emprender. Tendría que enmendarse.

La hilera humana empezó de nuevo a avanzar. En la lejanía, a través de los olmos, Mitchell entrevió la silueta de los edificios del centro recortada contra el cielo, y más adelante, en línea recta, las puertas de Van Wickle se veían cada vez más cerca y Mitchell fue arrastrado a través de ellas en unión de un millar de colegas de

promoción.

La gente emitía una algarabía de gritos obligados de contento, y lanzaban al aire los birretes. La multitud en torno era densa, y estaba ansiosa como un tropel de niños. De la masa humana de rostros de edad mediana, los de los padres de Mitchell se materializaron con deslumbrante claridad. Deanie, con un blazer azul y una gabardina London Fog, aparecía radiante a la vista de su benjamín, y había olvidado ya, al parecer, que nunca había querido que Mitchell fuera a una universidad del Este y lo echaran a perder los progresistas. Lillian agitaba las manos como las agitan los niños para llamar la atención. Bajo los efectos enajenantes de la marihuana —por no hablar de los cuatro años de facultad—, a Mitchell le deprimió el mal gusto de la visera vaquera de su madre, y la falta general de sofisticación de su progenitor. Pero algo le estaba sucediendo. Aquellas puertas estaban ya ejerciendo sobre él una influencia extraña, porque al levantar la mano para devolver el saludo a sus padres se sintió como cuando tenía diez años y estaba a punto de echarse a llorar, con un nudo de emoción en la garganta ante aquellos dos seres humanos que, durante su infancia, como figuras míticas, habían tenido la facultad de fundirse con el medio ambiente, de volverse piedra o madera, para volver a la vida sólo en momentos clave como aquél, en que presenciaban el viaje heroico de su hijo. Lillian tenía una cámara en las manos. Estaba sacando fotos. Mitchell, por tanto, no tenía por qué preocuparse.

Larry y él siguieron su curso sinuoso entre la multitud que los vitoreaba, y descendieron por la pendiente de College Street. Mitchell escrutaba el gentío por si veía a los Hanna, pero no los localizó en ninguna parte. Tampoco vio a Madeleine.

Al pie de la ladera del desfile perdió empuje, y los licenciados de 1982, apartándose hacia el bordillo, se convirtieron ellos mismos en espectadores.

Mitchell se quitó el birrete y se enjugó la frente. No se sentía particularmente festivo. La facultad había sido algo fácil. La idea de que licenciarse equivalía a algún tipo de logro le parecía risible. Pero se había divertido, y mucho, y ahora estaba reverencialmente colocado, así que se mantenía allí en pie aplaudiendo a sus compañeros, tratando de unirse al júbilo general con todas sus fuerzas.

No albergaba pensamientos religiosos ni recitaba la Oración de Jesús cuando vio que el profesor Richter desfilaba en dirección a él ladera abajo. Ahora era el claustro de la universidad en pleno: catedráticos y profesores agregados vistiendo galas académicas, con las capuchas doctorales ribeteadas de un terciopelo indicativo de sus disciplinas, y forradas de un raso del color de su alma máter: el carmesí de Harvard, el verde de Dartmouth, el azul celeste de Tufts.

A Mitchell le sorprendió que el profesor Richter participara en semejante pompa ridícula. Podría haberse quedado en casa leyendo a Heidegger, pero en lugar de ello estaba allí, perdiendo el tiempo desfilando ladera abajo como anticipo de la otra ceremonia inminente: la entrega de títulos de licenciatura, desfilando con lo que

parecía un regocijo sin límites.

En el mismísimo final de su carrera universitaria, Mitchell se quedaba con aquella visión sobrecogedora: *herr doktor* el profesor Richter pavoneándose en público, con el semblante iluminado por una alegría infantil que jamás había mostrado en su seminario de Religión y Alienación. Como si hubiera encontrado la cura para la alienación. Como si hubiera logrado vencer el sino de la edad.

*

—¡Enhorabuena! —dijo el taxista.

Madeleine alzó los ojos para mirarle, momentáneamente confusa, pero enseguida cayó en la cuenta del atuendo que llevaba.

—Gracias —dijo.

Como la mayoría de las calles cercanas al campus estaban cerradas al tráfico, el taxista dio el rodeo largo que bajaba por Hope Street en dirección a Wickenden.

—¿Estudiante de medicina?

—¿Disculpe?

El taxista levantó las manos del volante.

—Vamos al hospital, ¿no? Y he pensado que quiere ser médico.

—No, yo no —respondió Madeleine en tono casi inaudible, mientras miraba por la ventanilla.

El taxista entendió y se mantuvo callado durante el resto del trayecto.

Cuando el taxi cruzó el río, Madeleine se quitó el birrete y la toga. El interior del coche olía a ambientador, algo no demasiado agresivo, como la vainilla. A Madeleine siempre le habían gustado los ambientadores. Nunca había pensado en ello hasta que Leonard le dijo que indicaba una disposición por su parte a evitar realidades desagradables. «No es que la habitación no huela mal», le había dicho. «Es que no puedes olerla». Ella pensó que lo había cogido en una incongruencia lógica, y había exclamado: «¿Cómo puede oler mal una habitación que huele bien?». Y Leonard había respondido: «Es que sigue oliendo mal. Confundes las propiedades con la sustancia».

Tal era el tipo de conversaciones que tenía con Leonard. Era por ellas, en parte, por lo que le gustaba tanto Leonard. Iban a cualquier parte, o hacían cualquier cosa, y un simple ambientador podía dar lugar a un pequeño simposio.

Ahora se preguntaba, sin embargo, si el pensamiento multidireccional de Leonard no le había conducido directamente a donde ahora estaba.

El taxi se detuvo en un hospital que evocaba a un Holiday Inn que hubiera envejecido mal. De ocho plantas y fachada de cristal, el edificio blanco tenía un aspecto sucio, como si hubiera absorbido la suciedad de las calles colindantes. En las

jardineras de hormigón que flanqueaban la entrada no había flores, sólo colillas apagadas. Una figura delgadísima —que sugería una dura vida proletaria y alguna enfermedad asociada a ella— se impulsaba con un andador a través de unas puertas automáticas de funcionamiento impecable.

En el vestíbulo parecido a un atrio Madeleine hizo un par de tentativas fallidas antes de encontrar el mostrador de recepción. La enfermera que atendía tras él la miró detenidamente antes de preguntar:

—¿Ha venido por Bankhead?

Madeleine se quedó desconcertada. Luego miró a su alrededor y vio que ella era la única persona blanca en la sala de espera.

—Sí.

—No puedo dejarla subir todavía. Tiene demasiadas visitas ahora mismo. En cuanto baje alguien le avisaré para que suba.

Aquello constituyó otra sorpresa. El colapso emocional de Leonard —toda aquella presentación de sí mismo como un adulto inadaptado— no casaba bien con aquel exceso de visitantes en su cabecera. Madeleine sintió celos de aquellas desconocidas que le prodigaban compañía.

Se registró como visitante y se sentó de cara a los ascensores. La moqueta exhibía un dibujo de cuadros azules destinado a levantar el ánimo de los presentes, y cada uno de ellos contenía un dibujo al pastel que simulaba ser obra de un niño: un arco iris, un unicornio, una familia feliz. La gente se había llevado comida para la espera, en envases de poliestireno que contenían pollo con especias y falda a la parrilla. En la silla de enfrente de Madeleine, un niño muy pequeño dormía.

Madeleine contempló la moqueta sin que su ánimo experimentara mejora alguna.

Al cabo de veinte minutos largos, las puertas del ascensor se abrieron y salieron de él dos jóvenes blancos. Para su tranquilidad, los dos eran varones. Uno de ellos era alto, de peinado tipo moño cardado, y el otro bajo, con una camiseta estampada con la famosa fotografía de Einstein sacando la lengua.

—Lo he visto bien —dijo el primer joven—. Parece mucho mejor.

—¿A eso le llamas estar mejor? Dios, necesito un cigarrillo.

Pasaron por delante de Madeleine, sin reparar en ella.

En cuanto se fueron, Madeleine se acercó al mostrador de recepción.

—Planta cuarta —dijo la mujer, tendiéndole un pase.

El ascensor, de gran cabida, concebido para albergar camillas y equipos médicos, se elevó despacio después de cerrarse. Madeleine iba sola. Pasaron por la planta de Obstetricia y Reumatología, por la de Osteología y Oncología, por las de todas las dolencias que pueden sobrevenirle al cuerpo humano —ninguna de las cuales aquejaba a Leonard—, y al final del ascensor llegó a la planta de Psiquiatría, donde lo que le acontecía a la gente le acontecía en la cabeza. Madeleine iba preparada, por lo

que se veía en las películas, para un lugar de férreo encarcelamiento. Pero salvo el botón rojo que abría las puertas dobles desde el exterior (botón que no tenía otro gemelo en la parte *interna*), se veían muy pocos signos de confinamiento. El pasillo era verde claro, el linóleo estaba muy encerado, y chirriaba bajo los pies. Había un carro de comida pegado a la pared. Los pocos pacientes que se veían en los cuartos —*pacientes mentales*, no pudo evitar pensar Madeleine— pasaban el tiempo como suelen hacerlo todos los convalecientes: leyendo, dormitando, mirando por la ventana.

En el puesto de enfermeras preguntó por Leonard Bankhead, y la enviaron a la sala de día del fondo del pasillo.

En cuanto Madeleine entró en la sala, la luz la hirió en los ojos e hizo un gesto de dolor. La intensa luminosidad de aquel recinto parecía en sí misma una terapia para la depresión. No había sombra alguna. Madeleine entrecerró los ojos, y miró una a una las mesas de formica donde los pacientes en bata y zapatillas se sentaban solos o en compañía de visitantes calzados con zapatos. En una esquina había un televisor atornillado a una peana, a media altura, con el volumen alto. Unas ventanas uniformemente espaciadas ofrecían vistas de los tejados de la ciudad, que sobresalían o se hundían en dirección a la bahía.

Leonard estaba sentado en una silla, a unos cinco metros de distancia. Un tipo con gafas, inclinado sobre él, le hablaba.

—Bien, Leonard —le estaba diciendo—. Te has inventado una pequeña dolencia mental para que te internen y te ayuden un poco. Y ya estás aquí, y ya te han ayudado, y te das cuenta de que puede que no estés tan mal como pensabas.

Leonard parecía escuchar atentamente lo que le estaba diciendo el tipo de las gafas. No tenía puesta bata del hospital, como Madeleine esperaba, sino su ropa normal: camisa y pantalones de batalla, pañuelo azul anudado en la cabeza. Pero en lugar de sus Timberland llevaba unas zapatillas del hospital que le dejaban al descubierto los dedos, y calcetines. Su barba incipiente era más larga que de costumbre.

—Había cosas importantes que no te las estaban tratando en la terapia —decía el tipo de las gafas—, así que tuviste que exagerarlas para traerlas a una palestra más grande donde pudieran ocuparse de ellas.

Quienquiera que fuera aquel tipo, parecía tremendamente satisfecho de tal interpretación. Se echó hacia atrás en la silla, mirando a Leonard como a la espera de su aplauso.

Madeleine aprovechó la oportunidad para acercarse. Al verla, Leonard se levantó de la silla.

—Madeleine. Vaya —dijo con voz suave—. Gracias por venir.

Y así quedó la cosa: la gravedad del estado de Leonard pudo más que el hecho de

que hubieran roto. Una cosa anulaba la otra. Lo que significaba que ella, si quería, podía darle un abrazo.

Pero no lo hizo. Temía que el contacto físico contraviniera las normas.

—¿Conoces a Henry? —dijo Leonard, manteniendo las formas—. Madeleine, Henry. Henry, Madeleine.

—Bienvenida a las horas de visita —dijo Henry.

Tenía una voz grave, la voz de la autoridad. Llevaba una chaqueta de madrás muy ceñida bajo los hombros, y una camisa blanca.

La terrible claridad de la sala hacía que los ventanales —de cristales del suelo al techo— resultaran reflectantes, pese a la luz del día del exterior. Madeleine veía en ellos cómo su imagen fantasma miraba a una imagen de Leonard igualmente fantasma. Una mujer joven que no tenía visitantes —y que estaba en albornoz, e increíblemente despeinada— daba vueltas por la sala, mascullando cosas para sí misma.

—Bonito sitio, ¿eh? —dijo Leonard.

—No parece que esté mal.

—Es un hospital estatal. Aquí es donde internan a la gente que no tiene dinero para ir a sitios como Silverlake.

—Leonard está un poco desilusionado —explicó Henry— por no estar con los deprimidos de primera clase.

Madeleine no sabía quién era aquel tipo ni qué estaba haciendo allí. Su jocosidad resultaba, cuando menos, insensible, si no abiertamente malévol. Pero a Leonard no parecía importarle. Todo lo que decía Henry lo acogía con esa especie de desamparo propio de los discípulos. Esto, y el modo en que de cuando en cuando se succionaba el labio superior, eran los únicos detalles que parecían no cuadrar con su persona.

—La otra cara de odiarse a sí mismo es creerse grandioso —observó Leonard.

—Exacto —dijo Henry—. Así que si vas a perder la chaveta, quieres hacerlo como Robert Lowell.

La expresión «perder la chaveta» tampoco le pareció a Madeleine muy delicada. Y cogió manía a Henry por ello. Al mismo tiempo, el hecho de que Henry restara importancia a la dolencia de Leonard sugería que acaso ésta no era tan grave.

Quizá Henry estaba manejando el asunto de forma correcta. Deseaba con todas sus fuerzas encontrar algo que decir. Pero la frivolidad no era lo suyo. Se sentía terriblemente cohibida y torpe.

Madeleine nunca había tenido familiaridad con nadie que padeciera un trastorno mental diagnosticado. Instintivamente evitaba a la gente de psique inestable. Por poco compasiva que fuera esta actitud, era una faceta inherente a la familia Hanna: individuos constructivos, privilegiados, al abrigo de las inclemencias, ejemplares. Si había algo que no era Madeleine Hanna era mentalmente inestable. Ése había sido el

guión, al menos. Pero algún tiempo después de haber encontrado a Billy Bainbridge en la cama con dos mujeres, Madeleine fue consciente de que era capaz de sentir una tristeza desvalida no demasiado distinta de la depresión clínica; y, ciertamente, en aquellas últimas semanas en las que había llorado en su cuarto por la ruptura con Leonard, se había sentido desolada por el episodio sexual con Thurston Meems, había cifrado su última esperanza en ser aceptada por una escuela de posgrado en la que ni siquiera estaba segura de querer ingresar; con el corazón roto por el desamor, por la promiscuidad vacía, por las dudas sobre sí misma, Madeleine había llegado a reconocer que su persona y alguien con una dolencia mental determinada no eran por fuerza dos entes mutuamente excluyentes.

Recordó una frase de Barthes: *Todo amante está loco, nos dicen. Pero ¿podemos imaginar a un loco enamorado?*

—A Leonard le preocupa que le vayan a tener aquí metido indefinidamente. — Henry tomó la palabra de nuevo—. Estás bien, Leonard. Lo que tienes que hacer es decirle al médico lo que me has dicho a mí. Te tienen en observación, eso es todo.

—El médico va a pasar dentro de unos minutos —le dijo Leonard a Madeleine.

—Te has inventado una pequeña dolencia mental para que te internen aquí y puedan ayudarte —repitió Henry una vez más—. Y ahora te sientes mejor y estás listo para irte a casa.

Leonard se inclinó hacia delante, sumamente atento.

—Lo que quiero es salir de aquí —dijo—. Voy a tener tres inconclusos. Lo que quiero es terminar esas tres asignaturas y licenciarme.

Madeleine nunca había visto a Leonard con tan buen comportamiento: el alumno bien dispuesto, el paciente estrella.

—Eso está muy bien —dijo Henry—. Eso sí que es sano. Quieres recuperar tu vida.

Leonard miró a Henry y luego miró a Madeleine, y repitió como un robot:

—Quiero recuperar mi vida. Quiero salir de aquí y aprobar lo que me falta y licenciarme.

En la puerta de la sala de día asomó la cabeza de una enfermera.

—Leonard, la doctora Shieu le llama por teléfono.

—Dile lo que me has dicho a mí —dijo Henry.

Cuando Leonard se hubo ido, Madeleine y Henry se quedaron callados. Al final habló Henry.

—Supongo que eres la novia de Leonard —dijo.

—No está nada claro en este momento —respondió Madeleine.

—Está en estado de fuga. —Henry hizo girar el dedo índice en el aire—. Es como una cinta en modo bucle. Gira y gira y gira.

—Pero si le acabas de decir que está bien...

—Bueno, porque es lo que Leonard necesita oír.

—Pero tú no eres médico, ¿no? —dijo Madeleine.

—No —dijo Henry—. Pero soy licenciado en psicología. Lo cual quiere decir que he leído mucho a Freud.

Se le abrió en el semblante la sonrisa grande, desmañada, coqueta de un gato de Cheshire.

—Pues ahora —respondió Madeleine, mordaz— vivimos tiempos posfreudianos.

Henry acogió la pulla con algo parecido al gozo.

—Si eres la novia de Leonard —dijo—, o estás pensando en serio, o en volver con él si lo has sido y habéis roto, mi consejo es que no lo hagas.

—¿Y tu quién eres?

—Alguien que sabe por propia experiencia lo atractivo que resulta pensar que uno puede salvar a alguien amándolo.

—Habría jurado que acabamos de conocernos —dijo Madeleine—. Y que no sabes nada de mí.

Henry se puso de pie. Con aire un tanto ofendido pero la seguridad en sí mismo intacta, dijo:

—La gente no salva a la gente. La gente se salva a sí misma.

Y la dejó sin más, para que reflexionara sobre ello.

La mujer del pelo despeinado estaba viendo la televisión, atándose y desatándose el cinturón del albornoz. Una joven negra, en edad universitaria como ella, estaba sentada en una mesa con quienes parecían ser sus padres (ambos con aire de habituados a aquel entorno).

Al cabo de unos minutos, volvió Leonard. La mujer del pelo despeinado lo llamó:

—Eh, Leonard. ¿Has visto los platos del almuerzo ahí fuera?

—No —dijo Leonard—. Aún no están.

—Me encantaría comer ahora mismo.

—Dentro de media hora estarán aquí —dijo Leonard, obsequioso.

Tenía más aspecto de médico que de paciente. La mujer parecía confiar en él. Asintió con la cabeza y apartó la mirada.

Leonard se sentó en la silla y se inclinó hacia delante, moviendo repetidamente una rodilla.

Madeleine trataba de pensar en algo que decir, pero todo lo que se le ocurría sin duda sonaría a ataque.

¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Es cierto que te diagnosticaron algo hace tres años? ¿Por qué no me dijiste que tomabas medicación? ¡Mis compañeras de apartamento lo sabían y yo no!

Se decidió, al fin.

—¿Qué ha dicho el médico?

—No quiere darme el alta todavía —dijo Leonard en tono sereno, como resignado ante la nueva—. La doctora no quiere ni hablar de darme el alta todavía.

—Pues hazle caso. Quédate y descansa. Seguro que puedes acabar aquí los inconclusos.

Leonard miró de un lado a otro, y habló muy bajo para que nadie pudiera oírle.

—Es todo lo que podré hacer. Como ya he dicho, éste es un hospital estatal.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que lo que hacen mayormente es atiborrar de fármacos a los pacientes.

—¿Estás tomando algo?

Leonard vaciló antes de responder.

—Litio, sobre todo. Ya hace bastante tiempo que lo tomo. Están reajustando la dosis.

—¿Ayuda algo?

—Tiene algunos efectos secundarios, pero sí. La respuesta, esencialmente, es sí.

Resultaba difícil saber si esto era así o si Leonard quería que fuera así. Ahora parecía concentrarse intensamente en la cara de Madeleine, como si esperase obtener de ella alguna información crucial.

De pronto se volvió y miró su reflejo en la ventana, mientras se frotaba las mejillas.

—No nos dejan afeitarnos más que una vez a la semana —dijo—. Y tiene que haber un celador presente cuando lo hacemos.

—¿Por qué?

—Por las cuchillas. Por eso tengo este aspecto.

Madeleine echó una mirada a su alrededor para ver si había alguien que pudiera oírles. No había nadie.

—¿Por qué no me llamaste? —le preguntó.

—Habíamos roto.

—¡Leonard! Si hubiera sabido que estabas deprimido eso no habría importado.

—La ruptura fue el *porqué* de mi depresión —dijo Leonard. Eso era una nueva. Y, de un modo real aunque inapropiado, una buena noticia.

—He hecho que lo nuestro se vaya al traste —dijo Leonard—. Ahora lo veo. Soy capaz de pensar con un poco más de claridad. Una consecuencia de crecer en el tipo de familia en la que yo crecí, una familia de alcohólicos, es que enseguida empiezas a normalizar la enfermedad y la disfuncionalidad. La enfermedad y la disfuncionalidad para mí son normales. Lo que no es normal es sentir... —Se interrumpió. Incluyó la cabeza, con los ojos oscuros fijos en el linóleo del suelo, y continuó—: ¿Te acuerdas de aquel día en que me dijiste que me querías? ¿Te acuerdas? Bien, pues pudiste hacerlo porque tú eres esencialmente una persona en su sano juicio, y creciste en una

familia amante y cuerda. Tú podías correr ese riesgo. Pero en mi familia no andábamos todo el tiempo diciéndonos que nos queríamos. Lo que hacíamos todo el tiempo era gritarnos unos a otros. ¿Qué hago, entonces, cuando dices que me quieres? Pues voy y dinamito lo que dices. Voy y lo rechazo tirándote a la cara el libro de Roland Barthes.

La depresión no tiene por qué malbaratar necesariamente la belleza física de las personas. Sólo el modo en que Leonard movía los labios, y en que de cuando en cuando se los succionaba y mordía, delataba que estaba en tratamiento con fármacos.

—Y te marchaste —continuó—. Te fuiste. E hiciste bien, Madeleine. —Leonard la miró, con la cara llena de pesar—. Soy una mercancía estropeada.

—No lo eres.

—Cuando te fuiste aquel día, me quedé tumbado en la cama y no me levanté durante una semana. Me quedé allí pensando que acababa de echar por tierra la mejor oportunidad de ser feliz que había tenido en toda mi vida. La mejor oportunidad que había tenido en mi vida de estar con una mujer inteligente, bella y cuerda. El tipo de persona con quien podría emparejarme perfectamente. —Se inclinó hacia delante y miró intensamente a los ojos a Madeleine—. Lo siento —dijo—. Siento ser la clase de persona capaz de hacer una cosa como ésta.

—No te preocupes por eso ahora —dijo Madeleine—. Tienes que poner todo tu esfuerzo en sentirte mejor.

Leonard parpadeó tres veces en una sucesión rápida.

—Voy a seguir aquí una semana más como mínimo —dijo—. Y me estoy perdiendo los actos de graduación.

—No habrías ido, de todas formas.

Aquí, por primera vez, Leonard sonrió.

—Seguramente tienes razón. ¿Cómo ha ido?

—No lo sé —dijo Madeleine—. Siguen con la ceremonia.

—¿Ahora mismo? —Leonard miró por la ventana, como si desde allí pudiera comprobado—. Te la estás perdiendo.

Madeleine asintió con la cabeza.

—No estaba de humor.

La mujer del albornoz que había estado dando vueltas a la sala con indolencia centró su atención en ellos. Leonard dijo en voz baja:

—Ten cuidado con ésta. Puede tomarla contigo en cualquier momento.

La mujer se acercó arrastrando los pies y se detuvo. Dobló las rodillas, y estudió a Madeleine detenidamente.

—¿Qué eres tú? —dijo.

—¿Qué soy yo?

—¿De dónde es tu familia?

—De Inglaterra —dijo Madeleine—. Somos oriundos de Inglaterra.

—Te pareces a Candice Bergen.

Madeleine se dio la vuelta para sonreír a Leonard.

—¡Y tú eres el agente 007!

—Sean Connery —dijo Leonard—. Ése soy yo.

—¡Un agente 007 que se ha ido al infierno! —dijo la mujer.

Su tono era amenazador. Leonard y Madeleine, prudentes, no dijeron nada hasta que se hubo ido.

La mujer del albornoz estaba donde tenía que estar. Leonard —en opinión de Madeleine— no. Estaba en aquel lugar por su intensidad. Si ella hubiera sabido desde el principio su condición de enfermo maniaco-depresivo, lo desastroso de su familia, sus frecuentes visitas a la consulta del psiquiatra, no se habría permitido implicarse tan apasionadamente. Pero ahora que ya estaba apasionadamente implicada, no encontraba mucho que lamentar. El hecho de sentir tanto se justificaba a sí mismo.

—¿Cómo va lo del laboratorio de Pilgrim Lake?

—No lo sé —dijo Leonard sacudiendo la cabeza.

—¿Saben lo tuyo?

—Creo que no.

—No es hasta septiembre —dijo Madeleine—. Queda mucho tiempo.

El televisor parloteaba sobre sus ganchos y cadenas. Leonard se succionó el labio superior de una forma nueva y extraña.

Madeleine le cogió la mano.

—Aún iré contigo, si quieres —dijo.

—¿Lo harías?

—Puedes hacer aquí los inconclusos que te quedan. Podemos quedarnos en Providence este verano y mudarnos allí en septiembre.

Leonard, callado, asimilaba lo que oía. Madeleine le preguntó:

—¿Crees que podrás hacerlo? ¿O sería mejor que descansaras un tiempo?

—Creo que puedo hacerlo —dijo Leonard—. Quiero volver a mis estudios.

Guardaron silencio, mirándose. Leonard se inclinó hacia ella.

—«Una vez que se ha hecho la primera declaración» —dijo Leonard citando a Barthes—, «“te amo” ya no tiene el menor sentido...».

Madeleine frunció el ceño.

—¿Vas a empezar otra vez?

—No, pero..., piensa en ello. Significa que la primera declaración sí tiene sentido.

Los ojos de Madeleine se iluminaron.

—Entonces yo ya la he hecho, supongo.

—Pero yo no —dijo Leonard, con la mano de Madeleine en la suya—. Pero yo

no.

Peregrinos

Mitchell y Larry llegaron a París a finales de agosto, después de pasar un verano de aburrimiento en un empleo de urgencia.

En Orly, al recoger su mochila de la cinta de equipajes, Mitchell comprobó que tenía los brazos doloridos de las vacunas que le habían puesto en Nueva York unos días antes: contra el cólera en el derecho, contra el tifus en el izquierdo. Se había sentido febril durante el vuelo. Los habían acomodado —sus billetes eran de la tarifa más baja— en la última fila, enfrente de los retretes malolientes. Mitchell había dormitado a rachas en la larga noche transatlántica, hasta que las luces de la cabina de pasajeros se encendieron y una azafata le plantó un cruasán medio congelado delante de la cara, que él sin embargo mordisqueó poco a poco mientras el gigantesco avión efectuaba su descenso sobre la capital de Francia.

Entre un tropel de pasajeros en su mayoría franceses (la temporada turística se acercaba a su término), subieron a un autobús con aire acondicionado que se deslizó sin ruido por autopistas suaves en dirección a la ciudad. Se apearon cerca del Pont de l'Alma, recogieron sus mochilas del maletero corrido de debajo del habitáculo y emprendieron una trabajosa marcha por la avenida, que iba clareando por momentos. Larry, que hablaba francés, iba delante, tratando de localizar el apartamento de Claire, mientras Mitchell, que no tenía novia en Francia ni en ninguna otra parte, no hacía el menor esfuerzo por llegar a donde tenían que llegar.

El desfase horario contribuía a su ligero delirio. Era la mañana según el reloj pero la más profunda de las noches según su cuerpo. El sol naciente le hacía entrecerrar los ojos. Era un sol poco amable, en cierto modo. Sin embargo, en la calle, todo se hallaba dispuesto para complacer a los ojos. Los árboles estaban poblados de hojas de finales del estío. Tenían enrejados de hierro alrededor de los troncos, como mandiles. La anchura de la acera permitía albergar quioscos de periódicos, paseantes con sus perros, chiquillas chic de diez años camino del parque. Un fuerte olor a tabaco se alzaba desde la zona del bordillo, era así como pensaba Mitchell que olería Europa: terrosa, sofisticada y poco saludable, todo a un tiempo.

Mitchell no quería empezar el viaje en París. Mitchell quería ir a Londres, donde podría visitar el Globe Theater, beber cerveza Bass y entender lo que decía la gente. Pero Larry había encontrado unos billetes increíblemente baratos en un vuelo chárter a Orly, y como el dinero les tenía que durar los nueve meses siguientes, Mitchell no pudo negarse. No tenía nada en contra de París por el hecho de ser París. En cualquier otro momento, habría brincado de contento ante la perspectiva de ir a París. El problema de París, en aquel caso, era que la novia de Larry estaba pasando un año allí e iban a alojarse en su apartamento.

También ésta era la opción más barata. Y por lo tanto incuestionable.

Mientras Mitchell jugueteaba con la correa de la mochila, la fiebre le subió medio grado.

—No estoy seguro de si estoy cogiendo el cólera o el tifus —le dijo a Larry.

—Seguramente los dos.

Amén de por sus ofrecimientos románticos, a Larry le atraía París porque era francófilo. En secundaria se había pasado un verano trabajando en un restaurante de Normandía, aprendiendo a hablar francés y a cortar verduras. En la facultad, su dominio del francés le había ganado un cuarto en la French House. Las obras que Larry dirigía en el taller de producción teatral dirigido por los estudiantes eran inevitablemente de dramaturgos modernistas franceses. Dado que venía al Este a la universidad, Mitchell había tratado de sacudirse de encima el Medio Oeste. Pasar el tiempo en el cuarto de Larry, bebiendo el expreso fangoso que Larry hacía y oyéndole hablar del «teatro del absurdo», se le antojaba una buena manera de empezar. Con su jersey de cuello alto negro y sus pequeños zapatos Keds blancos, Larry no parecía que acababa de volver de una clase de historia sino del Actor's Studio. Tenía ya adicciones adultas y plenamente declaradas a la cafeína y el foie gras. A diferencia de los padres de Mitchell, cuyos entusiasmos artísticos se detenían en Ethel Merman y Andrew Wyeth, los padres de Larry, Harvey y Moira Pleshette, eran adeptos a la alta cultura. Moira dirigía el programa de Artes Visuales de Wave Hill. Harvey pertenecía a los consejos del New York City Ballet y del Dance Theatre de Harlem. Durante la guerra fría, Irina Kolnoskova, segunda bailarina del Kirov Ballet, había estado escondida en la casa de los Pleshette, en Riverdale, después de pasarse a Occidente. Larry, que tenía entonces quince años, le había llevado botellas individuales de champán y galletas integrales a la cama, donde Kolnoskova unas veces lloraba, otras veía programas de concursos y otras lo engatusaba para que le diera masajes en los pies, espectacularmente deformados. Para Mitchell, las historias de Larry de fiestas de fin de función en su casa, en las que podías toparte con Leonard Bernstein magreándose con un bailarín en el pasillo de arriba, o con Ben Vereen cantando una canción de *Pippin* en la boda de la hermana mayor de Larry, eran tan asombrosas como sin duda lo habrían sido para otro tipo de jovencito si en lugar de con tales personajes uno se hubiera encontrado con Joe Montana o Larry Bird. El frigorífico de los Pleshette era el primer sitio donde Mitchell había visto helados de gourmet. Aún recordaba la emoción que le embargó: bajó una mañana a la cocina, desde cuyo ventanal se veía el majestuoso Hudson, y abrió el congelador del frigorífico y vio la pequeña tarrina de helado de nombre exótico. No era un envase glotón de dos litros, como solían tener en la casa de Mitchell en Michigan; no era helado barato de leche, ni de vainilla, ni de chocolate, ni de fresa, sino de un sabor con el que él jamás había soñado, y con un nombre tan lírico como los poemas de Berryman que leía en clase de poesía norteamericana: pasas al ron. ¡Un helado que también era una bebida! En

un recipiente precioso de media pinta. Había seis recipientes de estas características, y al lado seis bolsas de café tostado francés de Zabar's. ¿Qué era Zabar's? ¿Cómo se iba a Zabar's? ¿Qué era el *lox*? ¿Por qué era anaranjado? ¿De verdad los Pleshette comían pescado para desayunar? ¿Quién era Diághilev? ¿Qué era una pintura al agua, un pentimento, un ruguelach? *Por favor, dímelo*, suplicaba calladamente en cada visita. Estaba en Nueva York, la ciudad más egregia del mundo. Quería aprenderlo todo, y Larry era el único que podía enseñarle.

Moira nunca pagaba los tickets de aparcamiento; los metía en la guantera, sin más. Cuando Harvey se enteró, gritó en la mesa: «¡Eso es una irresponsabilidad fiscal!». Los Pleshette iban a terapia de familia: los seis, todas las semanas, a un psiquiatra de Manhattan con quien hablaban exhaustivamente de sus conflictos. Como el padre de Mitchell, Harvey había combatido en la Segunda Guerra Mundial. Vestía trajes caqui y pajarita, fumaba vegueros dominicanos y pertenecía de pleno derecho a la generación supersegura de sí misma y supermadura de quienes fueron a esa guerra. Y, sin embargo, Harvey iba a la consulta del psiquiatra, se tendía en el suelo, sobre una gran estera, y escuchaba sin emitir queja alguna cómo sus hijos le ponían verde. La estera subvertía la jerarquía. En posición supina, todos los Pleshette eran iguales. Sólo el terapeuta imperaba en aquel ámbito, sentado en su silla Eames.

Acabada la guerra, Harvey había sido destinado a París, en calidad de oficial del ejército de los Estados Unidos. Era un tiempo del que le gustaba mucho hablar, y sus profusas remembranzas de *les femmes parisiennes* a menudo hacían que Moira torciese el gesto. «Tenía veintidós años y era teniente del ejército norteamericano. Teníamos el mando del lugar. ¡Habíamos liberado París, y París era nuestro! Tenía mi propio chófer. Recorríamos las avenidas regalando medias y tabletas de chocolate. No necesitábamos darles más». Cada cuatro o cinco años, los Pleshette viajaban a Francia para visitar los escenarios guerreros del paterfamilias. En cierto sentido, al volver a París ahora, con la misma edad que su padre entonces, Larry revivía la juventud de su progenitor aquel día lejano en que las tropas norteamericanas entraron en París.

Pero ahora éste no era el caso. No había nada norteamericano en la avenida por la que avanzaban ahora con paso cansado. Un poco más adelante, una valla publicitaria que anunciaba una película titulada *Beau-père* mostraba a una quinceañera en topless sobre los muslos de su padre. Larry pasó de largo sin reparar en ella.

Mitchell tardaría años en entender el trazado de París; años en poder utilizar con propiedad la palabra *arrondissement*; y le costaría aún más aprender que los distritos numerados se disponían en espiral. Estaba acostumbrado a las ciudades en cuadrícula. Que el 1.^{er} *arrondissement* pudiera rozar el 8.º sin que el 4.º o el 5.º estuvieran en medio de ambos le habría resultado inconcebible.

Claire, sin embargo, no vivía lejos de la Torre Eiffel, y, tiempo después, Mitchell

calcularía que su apartamento se hallaba ubicado en el elegante 7.º *arrondissement* y que tenía que ser bastante caro.

Cuando por fin dieron con ella, vieron que la calle era una reliquia de suelo adoquinado del París medieval. La acera era demasiado estrecha para transitar por ella con las mochilas, así que tuvieron que caminar por la calzada, al lado de coches de dimensiones mínimas.

El nombre, junto al timbre, rezaba: «Thierry». Larry lo pulsó. Al cabo de un largo silencio, se oyó el zumbido de la puerta al abrirse. Mitchell, que se había apoyado contra ella, se precipitó hacia dentro y casi cayó al suelo del portal.

—¿Has andado mucho? —dijo Larry.

Mitchell, una vez recuperado el equilibrio, se apartó hacia un lado para dejar pasar a Larry, pero cuando su amigo estaba haciéndolo Mitchell le dio un golpe con la cadera y lo hizo recular escalones abajo, y pasó el primero.

—Que te den —dijo Larry en un tono casi afectuoso.

Como caracoles cargando sus respectivas conchas, subieron despacio por las escaleras. Cuanto más arriba llegaban, más oscuro estaba todo. En la planta sexta esperaron en una negrura casi total hasta que, a un extremo del rellano, se abrió una puerta y Claire Schwartz apareció en el umbral enmarcado de luz.

Llevaba un libro en la mano, y su expresión era más la de una usuaria de biblioteca que hubiera sido momentáneamente interrumpida que la de una chica que esperara la llegada de su novio desde el otro lado del Atlántico. El pelo largo color miel le caía por delante de la cara, pero se pasó la mano por él y se separó una parte y se la sujetó detrás de la oreja derecha. Ello pareció permitir que su semblante volviera a ser capaz de reflejar alguna emoción. Sonrió y exclamó:

—¡Hola, cariño!

—¡Hola, cariño! —contestó Larry, corriendo a su encuentro.

Claire era unos ocho centímetros más alta que Larry. Dobló las piernas mientras se abrazaban. Mitchell se quedó quieto en las sombras hasta que dieron por terminado su reencuentro.

Finalmente, Claire reparó en él, y dijo:

—Ah, hola. Ven, pasa.

Claire era dos años menor que ellos. Aún no estaba en el tercer año de facultad. Larry la había conocido en un taller de teatro de verano organizado por el Purchase College de la State University of New York (él era estudiante de teatro y ella de francés), y aquélla era la primera vez que Mitchell la veía en persona. Llevaba una blusa campesina, tejanos y unos pendientes largos y multiformes que parecían diminutas campanillas de viento. Sus calcetines con los colores del arco iris tenían dedos individuales. El libro que tenía en la mano se titulaba *Nuevos feminismos franceses*.

Aunque asistía a un curso en la Sorbona impartido por Luce Irigaray y titulado *La relación madre-hija: el más oscuro de los continentes oscuros*, Claire había seguido el ejemplo materno y les había puesto sendas toallas limpias. El apartamento, en régimen de subarriendo, no era la clásica *chambre de bonne* —con una cama plegable y un cuarto de baño compartido en el pasillo— de una estudiante extranjera. Estaba amueblado con gusto: una mesa de comedor, un kilim en el suelo, pinturas enmarcadas. Cuando Mitchell y Larry hubieron descargado las mochilas, Claire les preguntó si querían un café.

—Me muero por un café —dijo Larry.

—Haré una cafetera a presión —dijo Claire.

—Genial —dijo Larry.

En cuanto Claire dejó el libro y entró en la cocina, Mitchell le dirigió una mirada a Larry.

—¿Hola, cariño? —le susurró.

Larry le devolvió una mirada neutra.

Era doloroso aclararlo, pero si Mitchell no hubiera estado allí, Claire no estaría haciendo café. Si Larry y Claire hubieran estado solos, estarían ya enfrascados en una relación sexual de reencuentro. En cualquier otra circunstancia, Mitchell se hubiera esfumado. Pero no conocía a nadie en París y no tenía adónde ir.

Hizo la segunda cosa más adecuada que cabía hacer: darse la vuelta y ponerse a mirar por la ventana.

Eso mejoró las cosas momentáneamente. La ventana daba a unos tejados y balcones de tonalidad gris perla, cada uno de ellos con la misma maceta rajada y el mismo felino dormido. Era como si la ciudad de París entera se hubiera puesto de acuerdo para guiarse por un gusto sobrio y único. Cada vecino hacía lo que estaba en su mano para mantener los estándares, lo cual era difícil porque el ideal francés no se hallaba claramente delineado —como el verdor y la pulcritud de los céspedes norteamericanos—, sino que adolecía más bien de un deterioro pintoresco. Se necesitaba valor para dejar que las cosas fueran cayéndose a pedazos tan bellamente.

Volviendo la cabeza de la ventana, Mitchell miró de nuevo el apartamento, y cayó en la cuenta de algo realmente turbador: no había sitio para él donde dormir. Llegada la noche, Claire y Larry se acostarían juntos en la única cama que había, y Mitchell tendría que desenrollar en el suelo su saco de dormir, justo enfrente de ella. Luego ellos apagarían las luces, y en cuanto creyeran que Mitchell se había dormido empezarían a entrar en faena, y durante la hora siguiente (más o menos) Mitchell se vería forzado a escuchar cómo su amigo practicaba el coito a metro y medio de distancia.

Cogió *Nuevos feminismos franceses* de la mesa del comedor. La austera cubierta mostraba todo un regimiento de nombres. Julia Kristeva, Hélène Cixous, Kate

Millett. Mitchell había visto a montones de chicas leyendo *Nuevos feminismos franceses* en la facultad, pero jamás a un chico. Ni siquiera a Larry, que era menudo y sensible y muy aficionado a las cosas francesas.

De pronto Claire dijo en voz alta, en tono muy vivo:

—¡Adoro ese libro!

Salió de la cocina con una gran sonrisa, y se lo quitó de las manos.

—¿Lo has leído?

—Estaba hojeándolo.

—Lo leo para la clase a la que voy. Acabo de terminar este ensayo de Kristeva.

—Abrió el libro y se puso a pasar las páginas. El pelo le cayó delante de la cara, y ella, impaciente, se lo echó hacia atrás—. He estado leyendo muchas cosas sobre el cuerpo, y sobre cómo el cuerpo se ha asociado siempre con lo femenino. Es interesante ver cómo, en la religión occidental, el cuerpo siempre se ha visto como pecaminoso. Se supone que tenemos que mortificarlo y trascenderlo. Pero lo que dice Kristeva es que tenemos que volver a mirar el cuerpo, sobre todo el cuerpo materno. Es básicamente lacaniana, aunque no está de acuerdo en que tanto el significado como el lenguaje vengan del miedo a la castración. Si así fuera, seríamos todos psicóticos.

Claire, como Larry, era rubia, de ojos azules, judía. Pero Larry tenía unos padres laicos que no iban a la sinagoga en las festividades importantes, y que celebraban Seders en los que el *afikoman* no era un *matzd* sino un Twinkie^[7] (todo venía de una travesura infantil de años atrás que en la actualidad se había convertido perversamente en una tradición en sí misma), y los padres de Claire eran judíos ortodoxos que vivían al pie de la letra la ley mosaica. En su gigantesca casa de Scarsdale no es que hubiera dos vajillas completas para cumplir con la comida *kosher*: había dos cocinas separadas. Había sábados en los que la doncella olvidaba dejar las luces encendidas, y los Schwartz se veían obligados a habitar en la tiniebla. Una vez, al hermano menor de Claire tuvieron que trasladarlo urgentemente al hospital en ambulancia (la tradición talmúdica enseña que las urgencias médicas contravienen la prohibición de ir en coche en Sabbath); el señor y la señora Schwartz se negaron a montar en vehículo alguno para acompañar a su hijo, que se retorció de dolor, y, enloquecidos casi de zozobra, partieron a pie en dirección al hospital.

—Todo este asunto del judaísmo y el cristianismo —dijo Claire—, y de casi todas las religiones monoteístas, es que todas son patriarcales. Las inventaron los hombres. Así que adivina qué es Dios. Hombre.

—Un momento, Claire —dijo Larry—. Mitchell está especializado en ciencias de la religión.

Claire hizo una mueca y dijo:

—Oh, Dios mío ...

—Te diré lo que he aprendido en esas ciencias de la religión —dijo Mitchell, con una leve sonrisa—. Si lees algo de los místicos, o cualquier cosa aceptable de teología (católica, protestante, cabalística), lo que ves es que todos ellos están de acuerdo en que Dios está más allá de cualquier categoría o concepto humanos. Por eso Moisés no puede mirar a Yahvé. Por eso, en el judaísmo, ni siquiera puedes leer el nombre de Dios. La mente humana no puede concebir lo que es Dios. Dios no tiene sexo, ni ninguna otra cosa.

—Entonces, ¿por qué aparece como un hombre de barba larga y blanca en la Capilla Sixtina?

—Porque es lo que les gusta a las masas.

—¿A las masas?

—Hay gente que necesita una imagen. Cualquier gran religión tiene que ser inclusiva. Y para ser inclusiva ha de dar cabida a diferentes niveles de sofisticación.

—Pareces mi padre. Siempre que le digo lo sexista que es el judaísmo, él me dice que es la tradición. Y como es la tradición, es bueno. Tienes que aprender a vivir con ella.

—No estoy diciendo eso. Estoy diciendo que, para alguna gente, la tradición es buena. Para otros no es tan importante. Hay gente que piensa que Dios se revela a sí mismo a lo largo de la historia; y para otra la revelación es progresiva, y piensa que las reglas de interpretación quizá cambian con el tiempo.

—Toda la idea de la revelación es teleológica y falsa.

En su casa de Scarsdale, mirando desde su altura a su padre en un salón ornado con varias telas de Chagall, Claire sin duda presentaba la figura que había adoptado ahora: los pies bien separados, los brazos en jarras, el torso ligeramente echado hacia delante. Pese a sentirse un tanto irritado con ella, Mitchell se sintió también impresionado —como debía de sentirse el señor Schwartz durante sus fuertes discusiones— ante la fuerza de voluntad de Claire.

Mitchell se daba cuenta de que estaba esperando su respuesta, así que dijo:

—¿Falsa en qué sentido?

—Toda esa idea de Dios revelándose a «Sí Mismo» a lo largo de la historia es estúpida. Los judíos levantan el templo. Luego ese templo acaba destruido. ¿Y los judíos tienen que volver a construirlo para que el Mesías pueda mostrarse? La idea de que Dios está ahí esperando a que las cosas sucedan (bueno, si hubiera algo parecido a lo que llamamos Dios, le importaría un bledo lo que la gente estuviera haciendo...) es totalmente antropocéntrica, ¡Y tan, tan absolutamente masculina! Antes de que se crearan las religiones patriarcales, la gente adoraba a la Diosa. Los babilonios, por ejemplo; y los etruscos. La religión de la Diosa era orgánica y medio ambiental; tenía que ver con el ciclo de la naturaleza, en contraposición al judaísmo y el cristianismo, que casi todo lo que hacen es imponer la ley y esquilmar la tierra.

Mitchell miró a Larry y vio que asentía con la cabeza. Mitchell tal vez habría asentido también si hubiera salido con Claire, pero Larry parecía sinceramente interesado en la Diosa de los babilonios.

—Si no te gusta la idea de un Dios masculino —dijo Mitchell—, ¿por qué reemplazarla por la de un Dios femenino? ¿Por qué no librarse de la idea total de una divinidad con sexo?

—Porque *tiene* sexo. Lo tiene. Ahora. ¿Sabes lo que es un *mikvd*? —Se volvió hacia Larry—. ¿Sabe lo que es un *mikvd*?

—Sé lo que es un *mikvd* —dijo Mitchell.

—Muy bien. Pues mi madre va a un *mikvd* todos los meses después de la regla, ya ves. Para limpiarse. Para limpiarse ¿de qué? ¿De su facultad de parir? ¿De crear vida? Convierten el mayor de los poderes de una mujer en algo de lo que deben avergonzarse.

—Estoy de acuerdo contigo. Es absurdo.

—Pero no es el *mikvd*. Toda forma institucionalizada de las religiones occidentales va dirigida a decir a las mujeres que son inferiores, impuras, subordinadas al hombre. Y si tú crees cualquiera de esas cosas, no sé qué decir, la verdad.

—¿No tendrás la regla en este momento? —dijo Mitchell. La cara expresiva de Claire palideció.

—No puedo creer que hayas dicho eso —dijo.

—Estaba bromeando —dijo Mitchell. La cara, de pronto, le ardía.

—Es algo absolutamente sexista.

—Estaba *bromeando* —repitió Mitchell, con la voz tensa.

—Tienes que conocer bien a Mitchell —dijo Larry—. Te acaba gustando con el tiempo.

—¡Estoy totalmente de acuerdo contigo!

Mitchell volvió a intentarlo con Claire, pero cuanto más proclamaba su inocencia más insincero sonaba, y se acabó callando.

Había un lado amable en aquel día, sin embargo: dado que para Larry y Mitchell no era la mañana sino la mitad de la noche, no había razón para no empezar a beber de inmediato. La primera hora de la tarde estaban en los Jardines de Luxemburgo compartiendo una botella de *vin de table*. El cielo se había encapotado, y las flores y los senderos de grava amarilla se hallaban cubiertos por una luz gris. Cerca de ellos había unos ancianos jugando a la petanca, doblando las rodillas y lanzando bolas plateadas desde la punta de los dedos. Las bolas hacían un agradable clic al chocar unas con otras, el sonido de una satisfactoria jubilación socialdemócrata.

Claire se había cambiado; se había puesto un vestido de tirantes y unas sandalias. No se depilaba las piernas, y el bello en ellas era fino y rubio, y desaparecía al

comienzo de los muslos. Parecía haber perdonado a Mitchell. Él, por su parte, hacía todo lo posible por resultar agradable.

Mitchell, por efecto del vino, empezó a mostrarse mucho más contento, y a sentir que el jet lag remitía un poco (al menos de momento). Bajaron hasta el Sena, pasando por el Louvre y el Jardín de las Tullerías. Operarios municipales de la limpieza barrían los parques y los bordillos de las aceras, con uniformes inverosímilmente limpios.

Larry dijo que quería preparar el almuerzo, así que Claire, que ya no comía *kosher*, les llevó a un mercado cercano a su casa. Larry se sumergió en el laberinto de puestos, devorando con los ojos los productos, oliendo los quesos... Compró zanahorias, hinojo y patatas, y conversó con los agricultores que los vendían. El puesto de las aves de corral le hizo detenerse y llevarse una mano al pecho:

—¡Oh, Dios mío, *poularde de Bresse*! ¡Es lo que voy a cocinar!

De vuelta en el apartamento de Claire, Larry abrió con gesto teatral el envoltorio del pollo.

—*Poulet bleu*. ¿Veis? Tienen las patas azules. Así es como sabes que vienen de Bresse. Nosotros las asábamos en el restaurante. Son fabulosas.

Se puso manos a la obra en la diminuta cocina: cortó y saló, derritió mantequilla, utilizando tres cazuelas a la vez.

—Yo estoy durmiendo con Julia Child —dijo Claire.

—Esto es más el *Gallopig Gourmet*.^[8]

Claire rió.

—Cariño —dijo, besando en la mejilla a Larry—. Vaya leer un rato mientras te pones obsesivo con tu pequeño pollo.

Claire se acomodó en la cama con su antología. Alcanzado por una nueva ola de fatiga, Mitchell deseó poder echarse también en una cama. En lugar de ello, abrió la cremallera de la mochila y buscó sus libros bajo la ropa. Mitchell había querido viajar lo más ligero posible de equipaje, y había metido en él dos unidades de cada cosa: camisas, pantalones, calcetines, ropa interior, y un suéter. Pero cuando llegó el momento de seleccionar el material de lectura, no pudo ser severo, y se había llevado un alijo que incluía *La imitación de Cristo*, *Las confesiones de San Agustín*, *Las moradas*, de Santa Teresa, *Nuevas semillas de contemplación*, de Merton, *Confesión y otros escritos religiosos*, de Tolstoi, y un libro de bolsillo bastante voluminoso de Pynchon, y una edición en tapa dura de *La biología de Dios: hacia una comprensión teísta de la evolución*. Por último, antes de partir de Nueva York, Mitchell compró un ejemplar de *París era una fiesta* en St. Mark's Bookshop. Tenía pensado enviar los libros a casa a medida que los fuera terminando, o dárselos a cualquiera que quisiera leerlos.

Sacó el libro de Hemingway, se sentó a la mesa del comedor y siguió leyendo

donde lo había dejado:

La historia se escribía sola, y me costaba mucho seguirle el ritmo. Pedí otro ron Saint James, y observaba a la chica cada vez que tenía que levantar la mirada, o cuando amaba el lápiz con un sacapuntas y las virutas caían en espiral en el platillo de mi copa.

Te he visto, preciosa, y ahora eres mía —pensé—, esperes a quien esperes y aunque no vuelva a verte nunca. Me perteneces, todo París me pertenece, y yo pertenezco a este cuaderno ya este lápiz.

Trató de imaginar lo que tenía que haber sido ser Hemingway, en París, en 1920. Escribir aquellas frases claras, aparentemente exentas de toda floritura y sin embargo complejas, que cambiarían para siempre el modo en que los norteamericanos escribían prosa. Hacer todo eso y luego salir a cenar a un sitio donde sabías cómo pedir el vino de temporada perfecto para acompañar las *huîtres*. Ser un norteamericano en París cuando estaba bien visto ser norteamericano.

—¿Estás leyendo eso?

Mitchell alzó la mirada y vio que Claire le miraba fijamente desde la cama.

—¿Hemingway? —dijo, con recelo.

—Pensé que era una buena lectura para París.

Claire puso los ojos en blanco y siguió leyendo su libro. Y Mitchell siguió con el suyo. O lo intentó. Porque ahora lo único que podía hacer era mirar la página sin leer nada.

Era perfectamente consciente de que ciertos escritores un día canónicos (siempre varones, siempre blancos) habían caído en desgracia. Hemingway era misógino, homófobo, homosexual reprimido, matador de animales salvajes. Mitchell pensó que aquél era un buen ejemplo de cómo a veces se juzgaba a las personas con trazos demasiado gruesos. Si tuviera que discutir esto con Claire, sin embargo, corría el riesgo de que lo tachara también a él de misógino. Y algo más inquietante aún: Mitchell tenía que preguntarse si no se oponía a la acusación de misoginia de forma tan similarmente refleja a como las feministas universitarias la endilgaban a mansalva, y si su resistencia no significaba, en el fondo, que él mismo era proclive a la misoginia. ¿Por qué había comprado, si no, *París era una fiesta*? ¿Por qué, sabiendo lo que ya sabía de Claire, había decidido sacar de la mochila aquel libro en aquel momento? ¿Por qué, de hecho, le había venido a la cabeza la expresión «sacar»?^[9]

Al releer las frases de Hemingway, Mitchell reconoció que ciertamente, de forma implícita, iban dirigidas al lector varón.

Cruzó y descruzó las piernas, y trató de concentrarse en la lectura. Se sentía violento por estar leyendo a Hemingway, y furioso por verse objeto de tal embarazo. ¡Hemingway ni siquiera era su escritor preferido! ¡Apenas había leído a Hemingway!

Por suerte, Larry anunció poco después que la cena estaba servida.

Claire y Mitchell se sentaron a la mesa —pequeña, destinada a acomodar a alguien soltero y parisiense—, y Larry empezó a servirles. Trincho el pollo, fue pasando a una fuente la carne blanca, la carne oscura, los muslos, y añadió a cucharadas las verduras goteantes.

—¡Ñam, ñam! —dijo Claire.

El pollo estaba un poco escuálido, para el gusto norteamericano; y su aspecto era inferior desde el punto de vista «cosmético». Uno de los muslos parecía tener acné.

Mitchell dio un bocado.

—¿Qué? —le azuzó Larry—. ¿Te lo he dicho o te lo he dicho?

—Nos lo has dicho —dijo Mitchell.

Cuando acabaron de comer, Mitchell insistió en lavar los platos. Los apiló junto al fregadero mientras Larry y Claire se llevaban a la cama lo que quedaba del vino. Claire se había quitado las sandalias y estaba descalza. Estiró las piernas sobre el regazo de Larry y dio un sorbito a su copa.

Mitchell aclaró los platos con el agua del grifo. El detergente lavavajillas europeo o bien era muy respetuoso con el medio ambiente o bien soportaba un gran gravamen. En cualquiera de los casos, no generaba suficiente espuma. Mitchell dejó los platos razonablemente limpios y salió de la cocina. En aquel momento llevaba despierto treinta y tres horas.

Volvió al recinto principal. En la cama, Larry y Claire eran una estampa de Keith Haring: dos figuras humanas amantes que encajaban a la perfección el uno en el otro. Mitchell los observó durante largo rato. Luego, con resolución súbita, cruzó la sala y se cargó la mochila a la espalda.

—¿Dónde puedo encontrar un hotel por aquí cerca? —preguntó.

Hubo un silencio, y al final Claire dijo:

—Puedes quedarte aquí.

—No te preocupes. Encontraré un hotel.

Se abrochó la correa de la cintura.

Ya sin discutir, Claire se puso a darle indicaciones.

—Al salir tuerce a la derecha, y luego, en la calle siguiente, a la izquierda, y llegas a Rapp Avenue. Y ahí hay un montón de hoteles.

—Quédate, Mitchell —le instó Larry—. Por nosotros está bien que te quedes.

Mitchell, en tono —esperaba— libre de todo agravio, dijo:

—Me buscaré una habitación en alguna parte. Os veo mañana, chicos.

No se dio cuenta de que el pasillo estaba a oscuras hasta que cerró la puerta a su

espalda. No podía ver nada. Estaba a punto de tocar a la puerta de Claire cuando vio un botón iluminado en la pared. Cuando lo apretó, se encendieron las luces del pasillo.

Había dejado atrás el tercer piso cuando las luces agotaron su tiempo y se apagaron. Esta vez no pudo encontrar el botón, y tuvo que bajar a tientas los dos rellanos que le faltaban para llegar al portal.

Cuando llegó a la calle, Mitchell vio que había empezado a llover.

Ya había previsto un momento semejante, en el que se vería exiliado de aquel apartamento cálido y seco para que Larry pudiera despojar de la ropa a Claire y meter luego la cara entre sus piernas retozonas. Mientras daba la vuelta a la esquina para tomar Rapp Avenue, pensó que el hecho de haber previsto esa situación Y no haber hecho nada para evitarla no hacía sino confirmar su estupidez de partida. Era la estupidez de una persona inteligente, pero estupidez al cabo.

A medida que recorría las manzanas adyacentes iba arreciando la lluvia. El barrio, que parecía tan encantador desde la ventana de Claire, ahora, en la calle, bajo la lluvia, no lo parecía tanto. Las tiendas estaban cerradas y sus fachadas llenas de grafitis, y las farolas de vapor de sodio despedían una luz de aire malsano.

¿No estaban ya *fuera* de la facultad? ¿No habían acabado ya con el pensamiento político propio de los primeros años de carrera? Y sin embargo allí estaban, en el apartamento de una futura licenciada en estudios de la mujer en su programa de estancia de un año en el extranjero. Con el pretexto de oficiar de crítica del patriarcado, Claire aceptaba de forma acrítica toda teoría de moda que le salía al paso. Mitchell estaba contento de haberse ido del apartamento. ¡Se sentía feliz por estar allí bajo la lluvia! ¡Valía la pena pagar un hotel si ello suponía no tener que escuchar ni un segundo más a Claire soltando sus lugares comunes! ¿Cómo podía Larry salir con ella? ¿Cómo podía Larry tener una novia como ésa? ¿Qué diablos le pasaba?

Era posible, por supuesto, que parte de la ira que sentía contra Claire tuviera un destinatario erróneo. Era posible que la mujer con la que realmente estaba enfurecido fuera Madeleine. Durante todo el verano, mientras Mitchell estaba en Detroit, había vivido con la ilusión de que Madeleine volvía a estar libre. El pensamiento de que había dejado a Bankhead y estaba sufriendo nunca había dejado de levantarle el ánimo a Mitchell. Incluso había racionalizado que *había sido bueno* que Madeleine hubiera salido con Bankhead. Madeleine necesitaba que tipos como ése no volvieran a entrar nunca más en su vida necesitaba crecer —al igual que Mitchell— antes de poder estar juntos.

Luego, menos de cuarenta y ocho horas atrás, la noche antes de su partida para París, Mitchell se había encontrado con Madeleine en el Lower East Side. Larry y él habían llegado a la ciudad en tren desde Riverdale. Estaban sentados en el Downtown

Beirut, a eso de las diez de la noche, cuando, como por arte de magia, habían entrado en el local Madeleine y Kelly Traub. Como Larry había dirigido a Kelly una vez en una función, los dos se pusieron a pegar la hebra de inmediato, dejando a solas a Madeleine y a Mitchell. Al principio Mitchell temía que Madeleine siguiera enfadada con él, pero incluso a la luz tenue de aquel bar destartado pudo darse cuenta de que no era el caso. Madeleine parecía realmente contenta de volver a verle, y él, eufórico, había empezado a darse lingotazos de tequila. La noche siguió de esa guisa. Salieron de Downtown Beirut y fueron a otros sitios. Mitchell sabía que no tenía nada que hacer. Estaba a punto de partir para Europa. Pero era verano y estaban en Nueva York, y en las calles hacía tanto calor como en Bangkok, y Madeleine se apretaba contra él en el taxi. Lo último que Mitchell recordaba era haber estado de pie a la entrada de otro bar, en Greenwich Village, viendo de forma borrosa cómo Madeleine montaba en otro taxi, sola, y se perdía a lo lejos. Mitchell se sentía enormemente feliz. Pero en cuanto volvió a entrar en el bar y se puso a hablar con Kelly, se enteró de que Madeleine no estaba en absoluto libre. Había vuelto con Bankhead poco después de licenciarse, y ahora estaban a punto de trasladarse a vivir a Cape Cod.

Lo único que lo había animado aquel verano había resultado una ilusión. Ahora, desencantado, Mitchell trataba de olvidar a Madeleine para concentrarse en el hecho de que durante los últimos tres meses, al menos, había ganado un dinero que aún tenía en el bolsillo. Había vuelto a Detroit para no tener que pagar ningún alquiler. Sus padres estaban muy contentos de tenerlo en casa, y Mitchell estaba muy contento de que su madre le hiciera la comida y le lavara la ropa mientras él buscaba en los anuncios por palabras. Nunca se le había ocurrido pensar cuán pocas destrezas había adquirido en sus años de universidad. No había ningún anuncio para clases particulares de ciencias de la religión. Pero el que captó su atención decía: «Chóferes, se precisan —Todos los turnos». Sin otro requisito que el carnet de conducir en vigor, Mitchell consiguió el empleo aquella misma noche. Trabajó en turnos de doce horas al día, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana, recorriendo el East Side de Detroit. Al volante de unos vehículos bastante desvencijados, que él mismo tenía que alquilar a una compañía de taxis, Mitchell deambulaba por las calles desiertas en busca de clientes, o, para ahorrar gasolina, se quedaba aparcado junto al río a la espera de que le llamaran por radio para una carrera. Detroit no era una ciudad de taxis. Apenas había peatones. Nadie le llamaba desde el bordillo, y menos a las tres o cuatro de la madrugada. Los otros taxistas formaban una cáfila bastante exigua. En lugar de los inmigrantes bragados o los nativos sabihondos que esperaba encontrar, el grupo estaba formado por grandes perdedores. Eran tipos que habían fracasado estrepitosamente en todos los trabajos que habían ido teniendo. Habían fracasado atendiendo surtidores de gasolineras, vendiendo palomitas de maíz en puestos de cines, ayudando a cuñados a instalar tuberías de PVC en bloques de pisos baratos;

habían fracasado en la comisión de pequeños crímenes, en la recogida de objetos de desecho, en el arreglo de jardines, en estudios y matrimonios, y ahora allí estaban, fracasando como taxistas en el imposible Detroit. El único chófer educado— con una licenciatura en derecho —era un sesentón que había sido despedido del bufete en el que trabajaba por inestabilidad emocional. A altas horas de la noche, cuando los avisos por radio llegaban a una calma chicha, los chóferes se reunían en un solar de la ribera del río, cercano a la vieja cementera Medusa Cement. Mitchell escuchaba sus conversaciones sin decir nada, y se mantenía distante, no fueran a descubrir de dónde procedía. Trataba de aparentar que era muy excitable, y se hacía el Travis Bickle^[10] —lo mejor que podía— para impedir que se metieran con él. Y funcionaba. Los tipos le dejaban en paz. Luego se iba, aparcaba en una calle sin salida y se ponía a leer *Los papeles de Aspern*.

Llevó a una madre soltera con cuatro hijos desde una casa destartada a otra, a las tres de la madrugada. Trasladó a un camello extraordinariamente cortés al lugar de una entrega. Y a un blando sosias de Billy Dee Williams de pelo rizado y cadenas de oro que se puso a engatusar a una mujer para que le abriera la cerradura de seguridad de la puerta de su casa; al principio parecía que no quería dejarle entrar, pero luego cedió.

El tema de conversación de estos taxistas en sus reuniones improvisadas era siempre el mismo: el relato de que uno de ellos, que había trabajado más o menos desde los treinta años, había llegado a hacer dinero. Todas las noches había al menos uno que sacaba doscientos o trescientos dólares. La mayoría de ellos, sin embargo, no parecía conseguir esa cantidad. Después de una semana de trabajo, Mitchell calculó lo que había ingresado por sus carreras y le restó lo que había pagado por el alquiler del coche y por la gasolina. El resultado lo dividió por el número total de horas de los turnos y vio que había trabajado por —0,76 dólares a la hora. En esencia, lo que estaba haciendo era pagar a la compañía East Side Taxi por conducir sus coches.

Mitchell se pasó el resto del verano recogiendo mesas en un restaurante tipo taberna recién abierto en Greektown. Sentía predilección por los viejos locales de Monroe Street, restaurantes como Grecian Gardens o Hellas Café, a los que sus padres les llevaban a él y a sus hermanos de niños, en las grandes ocasiones; restaurantes llenos, en aquellos días, no de clientes de barrios residenciales que iban al centro a beber vino barato y tomar los consabidos aperitivos, sino de inmigrantes formalmente vestidos y con un aire de dignidad y de sentirse desplazados, un aire de melancolía perdurable. Los hombres le tendían el sombrero a una chica, normalmente la hija del dueño, que los apilaba con esmero en el guardarropa. Mitchell y sus hermanos, con corbatas de clip, se sentaban calladamente a la mesa —como hoy día ya no hacen—, mientras sus abuelos, tías abuelas Y tíos abuelos conversaban en griego. Para pasar el rato, Mitchell examinaba sus descomunales lóbulos de la oreja y

sus ventanas de la nariz (que parecían entradas de túneles). Era lo único capaz de hacer sonreír a aquellos ancianos: darle unos golpecitos en la mejilla o pasarle los dedos por el pelo ondulado. Mientras sus mayores tomaban café, a Mitchell, que se aburría en aquellas comidas interminables, se le permitía levantarse e ir hasta el expositor, coger un caramelo de menta de la bandeja que había junto a la caja registradora y pegar la cara contra el cristal para quedarse mirando los diversos tipos de cigarros puros que había a la venta. En el café de la acera de enfrente, los hombres jugaban al backgammon o leían periódicos griegos exactamente como lo habrían hecho en Atenas o Estambul. Ahora sus abuelos habían muerto, Greektown se había convertido en un lugar turístico *kitsch* y Mitchell en un habitante de barrio residencial más, no más griego que los racimos de uvas artificiales que colgaban del techo.

Su uniforme de ayudante de camarero consistía en unos pantalones granates de poliéster, una camisa granate de poliéster con solapas gigantescas y un chaleco anaranjado de poliéster que hacía juego con la tapicería de los reservados del restaurante. El chaleco y la camisa se le llenaban de grasa al final de la jornada, y su madre tenía que lavarlos por la noche para que pudiera llevados al día siguiente.

Una noche, el alcalde Coleman Young fue al restaurante con un grupo de gánsters. Uno de ellos, sumamente agresivo por el alcohol, dirigió a Mitchell su mirada torva.

—Eh, tú. Hijoputa. Ven aquí.

Mitchell fue hasta su mesa.

—Lléname el vaso de agua, hijoputa.

Mitchell llenó el vaso de agua.

El hombre tiró la servilleta al suelo.

—Se me ha caído la servilleta, hijoputa. Recógela.

El alcalde no parecía muy feliz en compañía de aquella pandilla. Pero cenas de aquel tipo eran parte del trabajo.

En casa, Mitchell contaba las propinas y les comentaba a sus padres lo barato que iba a ser la India.

—Puedes vivir con unos cinco dólares al día. Puede que con menos.

—¿Qué pasa con Europa? —dijo Dean.

—También vamos a Europa.

—Londres es un sitio estupendo. O Francia. Podrías ir a Francia.

—Vamos a Francia.

—No sé nada de la India —dijo Lillian sacudiendo la cabeza—. En ese país puedes coger cualquier cosa.

—Estoy seguro de que tienes en cuenta —dijo Dean— que la India es uno de esos países «no alineados». ¿Sabes lo que eso significa? Significa que no quieren elegir entre Estados Unidos y Rusia. Creen que Rusia y Norteamérica son moralmente

equiparables.

—¿Cómo nos pondremos en contacto contigo cuando estés allí? —preguntó Lillian.

—Podéis escribirme a American Express. Te guardan las cartas.

—Inglaterra es un sitio estupendo —dijo Dean—. ¿Recuerdas cuando fuimos a Inglaterra aquella vez? ¿Cuántos años tenías?

—Ocho —dijo Mitchell—. Así que ya he estado en Inglaterra. Larry y yo queremos ir a algún sitio diferente. A algún país no occidental.

—¿No occidental, eh? Tengo una idea. ¿Por qué no vais a Siberia? ¿Por qué no visitáis uno de esos gulags que tienen allí en el Imperio del Mal?

—Siberia tiene que ser muy interesante.

—¿Qué pasará si te pones malo? —dijo Lillian.

—No me pondré malo.

—¿Cómo sabes que no vas a enfermar?

—Déjame preguntarte una cosa —dijo Dean—. ¿Cuánto tiempo piensas estar de viaje? ¿Dos, tres meses?

—Unos ocho, más bien —dijo Mitchell—. Depende de lo que nos dure el dinero.

—¿Qué piensas hacer *luego*? ¿Con tu licenciatura en ciencias de la religión?

—Creo que procuraré entrar en una facultad de teología.

—¿Una facultad de teología?

—Tienen dos ramas. Puedes elegir ser pastor o teólogo. Yo elegiré la vía académica.

—¿Y luego qué? ¿Serás profesor en alguna parte?

—Puede.

—¿Cuánto gana un profesor de ciencias de la religión?

—No tengo ni idea.

Dean se volvió hacia Lillian.

—Cree que es un detalle menor. El nivel de salario. Un detalle menor.

—Creo que serás un profesor maravilloso —dijo Lillian.

—¿Sí? —dijo Dean, considerando la idea—. Mi hijo el catedrático. Supongo que podrá ser titular con un título como ése.

—Si tengo suerte.

—Ser titular es una cosa buena. Es poco norteamericano. Pero es un buen empleo si lo consigues.

—Tengo que irme —dijo Mitchell—. Llego tarde al trabajo.

A lo que llegaba tarde, en realidad, era a la clase de catecismo. Sin que lo supiera nadie, tan en secreto como si estuviera comprando drogas o frecuentando un salón de masajes, Mitchell había estado asistiendo a reuniones semanales con el padre Marucci de Saint Mary's, la iglesia católica del final de Monroe Street. La primera

vez que Mitchell llamó al timbre de la casa del párroco, y le expuso sus razones, el corpulento sacerdote le miró con recelo. Mitchell le explicó que estaba pensando en convertirse al catolicismo. Le habló de su interés por Merton, sobre todo por el relato de su propia conversión: *La montaña de los siete círculos*. Le dijo al padre Marucci más o menos todo lo que le había dicho al profesor Richter. Pero bien porque el padre Marucci no estaba particularmente interesado en hacer prosélitos, o bien porque había visto ya aspirantes a conversos del tipo de Mitchell, no le presionó demasiado. Así pues, le había proporcionado material de lectura, y lo había despedido no sin invitarle a volver en caso de que le apeteciera.

El padre Marucci parecía sacado directamente de la vieja película *Forja de hombres*, era tan bronco como Spencer Tracy. Mitchell se sentaba en su despacho, intimidado por el gran crucifijo que colgaba de la pared y por la pintura del Sagrado Corazón de Jesús que había sobre el dintel de la puerta. Los radiadores eran anticuados llenos de florituras. El mobiliario era sólido y pesado, y las anillas de las persianas parecían cinturones salvavidas en miniatura.

El cura lo escrutó con los ojos azules entrecerrados.

—¿Has leído los libros que te dejé?

—Sí, los he leído.

—¿Alguna pregunta?

—Tengo más una preocupación que una pregunta.

—Suéltala.

—Bien, pues he estado pensando que si me voy a hacer católico será mejor que sea capaz de cumplir las normas.

—No es mala idea.

—Con la mayoría de ellas, puedo arreglarme. Pero no estoy casado. Sólo tengo veintidós años. No sé cuándo me casaré. Puede que aún falte mucho tiempo. Así que la norma que más me preocupa es la del sexo prematrimonial.

—Por desgracia, no podemos elegir.

—Lo sé.

—Mira, una chica no es una sandía a la que le haces una cata para ver si está dulce.

A Mitchell le gustó aquello. Era el tipo de consejo espiritual práctico que necesitaba. Aunque tampoco le facilitaba lo más mínimo el celibato.

—Piensa en ello —dijo el padre Marucci.

Fuera se encendían los anuncios de neón de Greektown. Aparte de esto —apenas el fulgor de una manzana de edificios—, el centro de Detroit estaba desierto, y, al otro lado de Woodward, empezaba un partido nocturno en el Tiger Stadium. A la brisa del anochecer del cálido verano Mitchell podía oler el río.

Metiéndose el catecismo en el bolsillo del chaleco, caminó hasta el restaurante y

entró a trabajar.

Se pasó las ocho horas siguientes recogiendo las mesas. Ayudaba a la gente en todo lo relacionado con la comida. Los clientes dejaban trozos masticados de carne en el plato, ternillas. Si encontraba el aparato dental de un niño entre un montón de pilafi, lo devolvía en un envase de cartón (de los de llevarse la comida a casa) para salvar la situación embarazosa. Después de recoger las mesas, volvía a ponerlas. Podía retirar de una vez los platos y cubiertos de cuatro personas, y llevarlos apilados en los brazos.

P: ¿Qué significa el término «carne» referido al hombre integral?

R: Cuando se refiere al hombre integral, el término «carne» alude al hombre en su estado de debilidad y mortalidad.

A Geri, la mujer del propietario, le gustaba requisar un reservado del fondo para ella sola. Era una mujer grande, desordenada, como un dibujo infantil que se saliera de las líneas que lo contenían. Los camareros le proporcionaban un flujo constante de whisky escocés y soda. Geri empezaba las veladas achispada por el alcohol, como si esperara la celebración de la fiesta. Luego se ponía hosca. A Mitchell le dijo una noche:

—Nunca tendría que haberme casado con un griego. ¿Sabes cómo son los griegos? Te lo diré. Son como negros del desierto de Oriente Medio. No hay diferencia. ¿Eres griego?

—A medias —dijo Mitchell.

—Te compadezco.

P: ¿Cómo se levantarán los muertos?

R: Los muertos se levantarán con el mismo cuerpo que tuvieron.

Ésta fue una mala noticia para Geri. En sus trabajos anteriores, Mitchell siempre se las había arreglado para escaquearse un poco de sus tareas habituales, pero el trabajo de restaurante no permitía tal molicie. Su único tiempo libre eran los quince minutos que tardaba en engullir la cena. Mitchell raras veces pedía gyros. La carne no era de cordero sino de una mezcla de vaca y cerdo, y parecía salir de una lata de fiambre de unos cuarenta kilos de peso. Tres espetones separados y cargados giraban en la ventana frontal, mientras los cocineros los pinchaban y les daban golpecitos, e iban cortando rebanadas. La mujer de uno de ellos —de Stavros— padecía del corazón. Dos años atrás había entrado en coma. Todos los días, antes de ir a trabajar,

Stavros pasaba por el hospital para sentarse a su cabecera. Pero no se hacía ilusiones sobre sus posibilidades de recuperación.

P: ¿Quién dice que la oración es siempre posible, incluso cuando cocinas?

R: San Juan Crisóstomo (400 a. C. aproximadamente), que afirma que la oración es siempre posible, incluso mientras se cocina.

Y así pasó Mitchell el verano. Recogiendo mesas, rascando restos de comida, huesos y grasa, y pañuelos usados para sonarse los mocos, y echándolo todo en los enormes cubos de basura cuyo interior se protegía con bolsas de plástico, y añadiendo platos y platos grasientos al montón nunca menguante que empequeñecía al yemení encargado de fregarlos (el único empleado con un trabajo peor que el suyo). Mitchell trabajó siete turnos a la semana hasta que ganó el dinero suficiente para comprar un billete de avión a París y cheques de viaje de American Express por valor de tres mil doscientos ochenta dólares. En el curso de la semana siguiente ya se había marchado, primero a Nueva York y luego, tres días después, a París, donde ahora se encontraba sin ningún lugar donde alojarse, caminando bajo la lluvia a lo largo de Rapp Avenue.

Los desagües desbordaban en las calzadas. La lluvia le azotaba el cráneo y se deslizaba por el interior del cuello de la camisa. Una cuadrilla nocturna amontonaba la porquería a los lados para dirigir el flujo del agua. Mitchell recorrió tres manzanas más, y al final vio un hotel en la esquina de enfrente. Al guarecerse en la entrada, la encontró ocupada por otro mochilero sin suerte, un tipo con una especie de poncho impermeable, por cuya larga nariz se deslizaba la lluvia hasta desprendérsele en forma de gotas de la punta.

—Todos los hoteles de París están llenos —dijo el tipo—. He estado en todos.

—¿Has tocado el timbre?

—Tres veces.

Tuvieron que tocar dos veces más para que apareciera la conserje. Completamente vestida, con el pelo bien arreglado, les miró de arriba abajo con frialdad, y dijo algo en francés.

—Sólo tiene una habitación —dijo el tipo—. Quiere saber si vamos a compartirla.

—Tú estabas antes —dijo Mitchell, generoso.

—Nos saldrá más barato si la pagamos a medias.

La conserje los condujo hasta la tercera planta. Abrió la puerta y se hizo a un lado para que examinaran la habitación.

No había más que una cama.

—¿*C'est bien*? —dijo la mujer.

—Quiere saber si nos parece bien —le dijo el tipo a Mitchell.

—No tenemos muchas opciones.

—*C'est bim* —dijo el tipo.

—*Bonne nuit* —dijo la conserje, y se retiró.

Dejaron en el suelo las mochilas, que enseguida formaron sendos charcos.

—Me llamo Clyde —dijo el tipo.

—Yo Mitchell.

Mientras Clyde utilizaba el lavabo minúsculo del cuarto, Mitchell cogió una toalla y salió al pasillo en busca del cuarto de baño. Después de hacer pis, tiró de la cadena, y al hacerla se sintió un poco maquinista de tren. Al volver a la habitación le complació ver que Clyde se había acostado ya, y de cara a la pared. Mitchell se quitó la ropa y se quedó en calzoncillos.

La cuestión era qué hacer con la bolsa donde llevaba el dinero.

Como no quería llevar una riñonera, como los turistas, y tampoco guardar las cosas de valor en la mochila, Mitchell se había comprado una carterita de las utilizadas para llevar señuelos-mosca de pesca. Era impermeable, con el dibujo de una trucha que brincaba sobre la superficie del agua y con una cremallera reforzada. La carterita tenía además unos lazos elásticos para pasarlos por el cinturón. Pero como llevar la carterita colgada del cinturón era prácticamente lo mismo que llevar una riñonera, Mitchell se la había atado a una trabilla del cinturón con un cordel, y al salir se la metía dentro de la cinturilla interna de los tejanos, donde iba perfectamente a salvo. Pero ahora tenía que encontrar algún sitio para guardarla durante la noche, ya que tenía que compartir la habitación con un desconocido.

En la pequeña cartera, además de los cheques de viaje, llevaba el pasaporte, los certificados de vacunación, quinientos francos (había cambiado setenta dólares el día anterior) y una tarjeta MasterCard recién activada. Después de su intento fallido de disuadir a Mitchell de que viajara a la India, Dean y Lillian habían insistido en darle algo que pudiera utilizar en caso de urgencia. Mitchell sabía, sin embargo, que la utilización de aquella tarjeta de crédito crearía un saldo deudor de deber filial, que tendría que saldar con conferencias telefónicas mensuales o semanales. La tarjeta MasterCard sería un mecanismo de seguimiento de sus pasos. Mitchell se había resistido a la presión de Dean durante todo un mes, pero al final había cedido y aceptado la tarjeta. Su idea, no obstante, era no utilizarla en ningún momento.

De espaldas a la cama, se desató la carterita de la presilla del cinturón. Pensó en esconderla debajo de la cómoda o detrás del espejo, pero acabó por llevársela a la cama para ponerla debajo de la almohada. Se acostó y apagó la luz.

Clyde seguía cara a la pared.

Durante largo rato siguieron allí acostados, sin hablar. Al final Mitchell dijo:

—¿Has leído *Moby Dick*?

—Hace mucho tiempo.

—¿Te acuerdas de cuando Ismael, al principio, se mete en la cama en la casa de huéspedes? Enciende una cerilla y ve a un indio lleno de tatuajes acostado a su lado.

Clyde calló unos instantes, pensativo.

—¿Quién de los dos es el indio? —preguntó.

—Llámame Ismael —dijo Mitchell en la oscuridad.

El reloj biológico lo despertó temprano. El sol no había salido, pero la lluvia había cesado. Mitchell oía la honda respiración nocturna de Clyde. Consiguió volver a dormirse, y cuando se despertó era pleno día y Clyde no estaba en la habitación. Cuando buscó debajo de la almohada vio que la carterita se había esfumado.

Saltó de la cama presa del pánico. Mientras arrancaba las mantas y sábanas de la cama y palpaba debajo del colchón, a Mitchell le vino a la cabeza lo siguiente: los cheques de viaje te liberaban de toda preocupación en los viajes. En caso de pérdida o robo, presentabas en American Express los números de serie de los cheques y la compañía te daba unos cheques nuevos. Pero ello hacía que tales números de serie fueran tan importantes como los cheques mismos. Si alguien te robaba los cheques y tú no tenías los números de serie, estabas metido en un buen lío. Como en los cheques figuraba la advertencia de que no los llevaras en el equipaje, era fácil deducir que tampoco debías llevar en éste los números de serie. Pero ¿dónde, si no? El único sitio seguro —a juicio de Mitchell— era la carterita en la que guardaba también los cheques de viaje. Y allí es donde Mitchell los había metido hasta que se le ocurriera una idea mejor.

Era consciente de que en tal razonamiento había un error central, pero hasta aquel momento le había parecido salvable.

La visión de su regreso a casa humillado, tras una vuelta al mundo que había durado dos días, aparecía ante él con todo su horror. Pero entonces miró detrás de la cama y vio la carterita en el suelo.

Salía del hotel cuando la conserje lo detuvo. Le habló muy rápido, y en francés, pero él entendió el meollo de lo que le estaba diciendo: Clyde había pagado la mitad de la habitación. Mitchell, por tanto, debía la otra mitad.

El cambio estaba a un poco más de siete francos por dólar. Mitchell tenía que pagar doscientos ochenta francos (unos cuarenta dólares). Si quería quedarse otra noche en la habitación, tendría que pagar ochenta dólares más. Confiaba en poder vivir con diez dólares al día en Europa, de forma que aquellos ciento veinte dólares de alojamiento le supondrían casi dos semanas de ese presupuesto. Estuvo a punto de venirse abajo y pagar con la tarjeta. Pero el pensamiento de la llegada de tal asiento al correo de sus padres, con la información de que su primera noche en París la estaba pasando en un hotel, le dio la fuerza necesaria para resistir. Sacó de la carterita doscientos ochenta francos y se los tendió a la conserje. Le dijo que no se quedaría ninguna noche más, volvió a la habitación a recoger la mochila y salió a la calle en

busca de un sitio más barato.

Pasó por delante de dos panaderías (en la misma manzana). En los escaparates, pasteles y bollos de vivos colores se asentaban en moldes de papel rizado, como nobles con gorguera. Le quedaban doscientos veinte francos, y estaba decidido a no cambiar otro cheque hasta el día siguiente. Cruzó Rapp Avenue, entró en un parque y buscó un banco de metal donde poder sentarse sin gastar un centavo.

El tiempo era más cálido que el día anterior, y la tormenta había dejado un cielo azul. Como la víspera, Mitchell se maravilló ante la belleza del entorno, de las plantas y senderos. El oír una lengua extranjera en boca de la gente autorizaba a Mitchell a imaginar que todo el mundo mantenía conversaciones inteligentes, incluso aquella mujer casi calva que le recordaba a Mussolini. Miró el reloj. Eran las nueve y media de la mañana. Y no tenía que encontrarse con Larry hasta las cinco de la tarde.

Mitchell había pedido (astutamente, según pensó) cheques de viajes de veinte dólares. Su bajo valor nominal le animaría a economizar entre una visita a American Express y la siguiente. Pero ciento sesenta y cuatro cheques de veinte dólares ascendían sin duda a una suma considerable. Junto con el pasaporte y algún otro documento, los cheques llenaban por completo la cartera de pescador y le creaban un bulto considerable en esa zona del pantalón. Si Mitchell se desplazaba la cartera hacia la cadera, parecía menos coquilla pero más una bolsa de colostomía.

De la panadería de la acera de enfrente llegaba un delicioso aroma a pan caliente. Mitchell olfateó en el aire, como un perro. En la guía *Let's Go: Europe* encontró la dirección de un albergue juvenil en Pigalle, cerca del Sacré Coeur. Era una buena caminata, y cuando llegó allí estaba todo sudoroso y un poco mareado. El hombre de detrás del mostrador, picado de viruelas y con gafas ahumadas de aviador, le dijo que el albergue estaba lleno y le mandó a una pensión barata que había en la misma calle, un poco más abajo. La habitación costaba trescientos treinta francos por noche, o cincuenta dólares, pero Mitchell no vio qué otra cosa podía hacer. Después de cambiar dinero en un banco, cogió una habitación, dejó la mochila y salió a aprovechar lo que le quedaba del día.

Pigalle era a un tiempo cochambroso y demasiado turístico. Un grupo de cuatro norteamericanos con acento sureño estaban delante de la entrada del Moulin Rouge; los maridos comiéndose con los ojos las fotos de las vedettes, las mujeres diciéndoles con descaro: «Eh, chicos, compradnos algo en Cartier y a lo mejor os dejamos ver el espectáculo». Más allá de la entrada Art Nouveau de la estación del metro, una prostituta hacía gestos con la pelvis a los automovilistas. Mitchell anduvo de un lado para otro por las calles en pendiente del barrio, y desde todas partes podía ver la cúpula blanca del Sacré Coeur. Al final subió a la colina y entró por las enormes puertas de la iglesia. La bóveda parecía aspirarle hacia arriba como líquido en una jeringuilla. Imitando a los demás fieles, se santiguó e hizo una genuflexión al entrar a

ocupar un sitio en el reclinatorio; aquellos gestos le hicieron sentirse reverente de inmediato. Se asombró de que todo aquel ritual siguiera vivo. Mitchell cerró los ojos y recitó la Oración de Jesús durante cinco o seis minutos.

Al salir se detuvo en la tienda de regalos para estudiar el despliegue de objetos a la venta. Había cruces de oro, cruces de plata, escapularios de diversas formas y colores, algo llamado «Verónica», algo llamado «el Escapulario Negro de los Siete Dolores de María». En una vitrina relucían unos rosarios de cuentas negras, todos ellos invitaciones circulares de las que colgaba un crucifijo.

Al lado de la caja registradora había un librito profusamente recomendado. Se titulaba *Madre Teresa de Calcuta*, y mostraba en la cubierta una fotografía de la Madre Teresa con los ojos dirigidos hacia el cielo. Mitchell lo cogió y leyó la primera página:

Debo explicar, en primer lugar, que la Madre Teresa de Calcuta me ha pedido que no redacte ningún texto sobre su persona en forma de biografía o estudio biográfico. «La vida de Cristo», me escribió, «no se escribió durante sus años de vida, pese a haber llevado a cabo la más grande de las labores en la tierra: redimir al mundo y enseñar a la humanidad a amar a su Padre. Su Labor es su Labor, y para que así siga siendo todos nosotros no somos sino sus instrumentos, que hacen su pequeña contribución y mueren». Respeto, pues, sus deseos, tanto en esto como en todas las demás cosas. Lo único que aquí nos ocupa de forma expresa es el trabajo que ella y los Misioneros de la Caridad —la orden que ella fundó— realizan, y la vida que llevan juntos al servicio de Cristo, en Calcuta y en otros lugares. Su dedicación especial a los más pobres entre los pobres (un campo vasto de verdad).

Unos años atrás, Mitchell habría dejado el libro encima de la mesa después de hojearlo, en caso de no haber hecho caso omiso de él desde el principio. Pero en su estado mental actual, estimulado por el rato que había pasado en la catedral, examinó con detenimiento las ilustraciones, que llevaban los títulos siguientes: «Letrero a la entrada del Hogar de los Moribundos», «Un bebé muy débil en brazos de la Madre Teresa», «Una mujer enferma abraza a la Madre Teresa», «Un leproso a quien le están cortando las uñas», «La Madre Teresa ayuda a un chico demasiado débil para comer solo».

Saliéndose del presupuesto por segunda vez aquella mañana, Mitchell compró el librito (por el que pagó veintiocho francos).

En una calle tranquila cercana a la Rue des Trois-Frères, sacó de la carterita los números de serie de los cheques de viaje y los copió en el reverso de *Madre Teresa de*

Calcuta.

El hambre, a lo largo de aquel día, iba y venía. Hacia el comienzo de la tarde, ya no se fue más. Al pasar por las terrazas de los cafés miraba los platos de los clientes. Instantes después de las dos y media, se derrumbó y tomó un café con leche, de pie en la barra de un café, para ahorrarse dos francos. Pasó el resto del día en el Musée Jean Moulin (porque era gratis).

Cuando Mitchell llegó al apartamento de Claire aquella tarde, le abrió la puerta Larry. En el interior, en lugar de una lánguida atmósfera poscoital, Mitchell detectó un aire tenso. Larry había abierto una botella de vino y bebía solo. Claire estaba echada en la cama, leyendo. Sonrió con apatía a Mitchell, pero no se levantó para saludarle.

Larry le preguntó:

—¿Encontraste un hotel?

—No. He dormido en la calle.

—No...

—¡Todos los hoteles estaban llenos! He tenido que coger un cuarto con un tipo. Y dormir en la misma cama.

Larry disfrutaba visiblemente con la noticia.

—Lo siento, Mitchell —dijo.

—¿Te tuviste que meter en la cama con un tipo? —dijo Claire desde la cama—. ¿En tu primera noche en París?

—*Gay París...* —dijo Larry, sirviéndole una copa de vino a su amigo.

Al cabo de unos minutos, Claire se levantó y fue al cuarto de baño para lavarse para la cena. En cuanto cerró la puerta a su espalda, Mitchell se inclinó hacia Larry y le dijo:

—Muy bien. Ya hemos visto París. Así que vámonos.

—Muy gracioso, Mitchell.

—Dijiste que tendríamos un sitio donde estar.

—Y lo tenemos.

—Tú lo tienes.

Larry bajó la voz:

—No voy a volver a ver a Claire hasta dentro de seis meses puede que más. ¿Qué quieres que haga? ¿Pasar una noche con ella y largarme?

—Buena idea.

Larry miró a Mitchell.

—Estás muy pálido —dijo.

—Eso es porque no he comido en todo el día. ¿Y sabes por qué no he comido en todo el día? ¡Porque me he gastado cuarenta dólares en una habitación!

—Te resarciré.

—Ése no era el plan —dijo Mitchell.

—El plan era no tener planes.

—*Sólo* que tú sí tienes un plan. Follar.

—¿Tú no harías lo mismo?

—Por supuesto que sí.

—Pues ya está.

Los dos amigos se miraron frente a frente, sin ceder ninguno de los dos.

Claire salió del cuarto de baño con un cepillo de pelo en la mano. Se inclinó y dejó caer hacia delante la larga cabellera, que casi tocó el suelo. Por espacio de unos treinta segundos se peinó la melena con movimientos de cepillo hacia abajo, para luego ir echándose hacia atrás el pelo ya suave y henchido.

Claire preguntó dónde querían cenar.

Larry se estaba poniendo las zapatillas de tenis unisex.

—¿Qué tal si cenamos cuscús? —dijo Larry—. Mitchell, ¿has comido alguna vez cuscús?

—No.

—Oh, pues tienes que probarlo.

Claire hizo un gesto irónico.

—Cuando alguien viene a París —dijo— tiene que ir al Barrio Latino a comer cuscús. ¡Comer cuscús en el Barrio Latino es como un cliché...!

—¿Quieres ir a otra parte? —dijo Larry.

—No —dijo Claire—. Seamos poco originales.

Cuando salieron a la calle, Larry le pasó el brazo por los hombros a Claire, y le susurró algo al oído. Mitchell iba detrás.

Anduvieron en zigzag por la ciudad, a la luz melosa de la noche. Los parisienses tenían ya buen aspecto, pero ahora su aspecto era aún mejor.

El restaurante al que les llevó Claire, situado en una de las calles estrechas del Barrio Latino, era pequeño y agitado, con las paredes cubiertas de azulejos marroquíes. Mitchell se sentó de cara al ventanal, y se puso a observar a los viandantes. En un momento dado, pasó a muy poca distancia del cristal una chica de unos veintitantos años, de pelo a lo Juana de Arco. Cuando Mitchell la miró, la chica hizo algo sorprendente: le devolvió la mirada. Acogió la mirada de Mitchell de un modo franco y sexual. No es que *quisiera* tener sexo con él necesariamente. Sólo que se sentía feliz al reconocer, en aquella noche de finales del verano, que él era un hombre y ella una mujer. Y que si él la encontraba atractiva, a ella le parecía perfecto. Ninguna chica norteamericana le había mirado nunca de ese modo.

Deanie tenía razón: Europa en un sitio estupendo.

Mitchell siguió con los ojos a la chica hasta que desapareció de su vista. Cuando se volvió hacia la mesa, Claire le miraba fijamente mientras sacudía la cabeza.

—Cabeza de veleta —dijo.

—¿Qué?

—Cuando veníamos para aquí has mirado a todas y cada una de las mujeres con las que nos cruzábamos.

—No es cierto.

—Sí, lo has hecho.

—Es un país extranjero —dijo Mitchell, tratando de trivializar un poco el asunto—. Siento un interés antropológico.

—¿Así que ves a las mujeres como una especie de tribu que tienes que estudiar?

—Creo que te la estás cargando, Mitchell —dijo Larry.

Era obvio que no iba a defenderle en absoluto.

Claire miraba a Mitchell con indisimulado desdén.

—¿Cosificas siempre a las mujeres o sólo cuando viajas por Europa?

—Mirar a las mujeres no significa cosificarlas.

—¿Qué es lo que haces, entonces?

—Las *miro*.

—Porque quieres follártelas.

Lo cual, más o menos, era cierto. De pronto, bajo la reprobadora mirada de Claire, se avergonzó de sí mismo. Quería que las mujeres lo amaran, todas las mujeres, empezando por su madre y siguiendo por todas las demás. Por tanto, siempre que una mujer se enfadaba con él, sentía que la recriminación maternal caía sobre sus espaldas por haber sido un niño malo.

En respuesta a esta vergüenza, Mitchell hizo otra cosa muy masculina: encerrarse en su silencio. Cuando llegaron los platos y el vino, Mitchell se concentró en comer y beber y apenas abrió la boca. Claire y Larry parecían hacer caso omiso de su presencia. Charlaban y reían. Se intercambiaban bocados de los platos con el tenedor.

Fuera, el gentío se hacía cada vez más denso. Mitchell hacía todo lo posible por no mirar por el ventanal, pero de pronto algo atrajo su mirada. Una mujer con un vestido ceñido y botas negras.

—¡Oh, Dios mío! —clamó Claire—. ¡Lo ha vuelto a hacer!

—¡Sólo miraba por la ventana!

—¡Menudo cabeza de veleta estás hecho!

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga una venda en los ojos?

Pero Claire ya estaba contenta. Estaba exultante por su victoria sobre Mitchell, algo innegable en éste, dado su evidente malestar. Sus mejillas se encendieron de gozo.

—Tu amigo me odia —dijo, reclinando la cabeza sobre el hombro de Larry.

Larry levantó la mirada para mirar a los ojos a Mitchell, no de forma insolidaria. Y enlazó con el brazo a Claire.

Mitchell no se lo reprochó. Si hubiera estado en su lugar, él habría hecho lo mismo.

En cuanto terminó de cenar, Mitchell se excusó y dijo que le apetecía dar un paseo.

—¡No estés furioso conmigo! —le rogó Claire—. Puedes mirar a todas las mujeres que quieras. Prometo no volver a decirte nada.

—No te preocupes —dijo Mitchell—. Me voy a la pensión.

—Ven al apartamento mañana por la mañana —dijo Larry, tratando de suavizar las cosas—. Podemos ir al Louvre.

Al principio, sólo la furia impelía a Mitchell. Claire no era la primera universitaria que le echaba en cara un comportamiento sexista. Le venía sucediendo desde hacía años. Mitchell siempre había supuesto que «los malos» eran los de la generación de su padre. Tipos que jamás habían fregado un plato o doblado unos calcetines; ellos eran los verdaderos destinatarios de la ira feminista. Pero aquél sólo había sido el primer asalto. Ahora, en la década de los ochenta, los debates sobre la división equitativa de las tareas domésticas, o sobre el sexismo inherente en el hecho de dejar paso a las damas en el umbral de las puertas, eran debates anticuados. El movimiento se había hecho menos pragmático y más teórico. La opresión de las mujeres por parte de los hombres no era sólo cuestión de ciertos actos, sino todo un modo de ver y de pensar. Las feministas universitarias se burlaban de los rascacielos, argumentando que eran símbolos fálicos. Y decían lo mismo de los cohetes espaciales, aunque, bien mirado, los cohetes no tenían esa forma a causa de ningún falocentrismo sino por razones aerodinámicas. ¿Habría llegado a la luna un Apolo 11 con forma de vagina? La evolución había creado el pene. Era una estructura útil para hacer ciertas cosas. Y si funcionaba con los pistilos de las flores y servía como órgano de inseminación del *Homo sapiens*, ¿de quién era la culpa sino de la biología? Pero no..., cualquier cosa de diseño grande o grandioso, cualquier novela larga, gran escultura o edificio altísimo se convertía —en opinión de las «mujeres» que Mitchell conocía en la universidad— en manifestaciones de la inseguridad masculina generada por el tamaño del pene. Las chicas, además, siempre estaban hablando de la «camaradería masculina». Cuando dos o más varones se divertían juntos, siempre tenía que haber alguna chica que lo tachara de patológico. ¿Qué era lo excelso en la amistad femenina? Mitchell se lo preguntaba. Tal vez no les vendría mal un poco de «camaradería femenina».

Mitchell se encontró en el Sena mascullando para sus adentros, despotricando de este modo. Empezó a cruzar uno de los puentes, el Pont Neuf. El sol se había puesto y las farolas iluminaban la noche. A medio camino, en una de las zonas con asientos semicirculares, había un grupo de adolescentes. Un tipo de pelo inflado, a lo Jean-Luc Ponty, rasgueaba una guitarra acústica mientras sus amigos escuchaban,

pasándose una botella de vino y fumando.

Mitchell los observó al pasar. Ni de adolescente había sido un adolescente como aquéllos.

Un poco más adelante se apoyó en el pretil y se quedó mirando fijamente el río oscuro. Su cólera había amainado, y se había visto reemplazada por un disgusto general de sí mismo.

Probablemente era cierto que cosificaba a las mujeres. ¿No pensaba en ellas todo el tiempo? Las miraba constantemente. ¿Y todo este pensamiento y toda esta contemplación no incluían siempre sus pechos y sus labios y sus piernas? Para Mitchell, los seres humanos femeninos eran objeto del más intenso interés y más minucioso escrutinio. Y sin embargo no pensaba que una palabra como *cosificación* pudiera definir el modo en que estas criaturas seductoras —¡e inteligentes!— le hacían sentirse. Lo que Mitchell sentía cuando veía a una chica hermosa era más parecido a lo que acontece en la mitología griega, a verse transformado —por la visión de la belleza— en un árbol, un árbol que se arraiga in situ, y para siempre, por obra del puro deseo. No se puede sentir respecto de un objeto lo que Mitchell sentía respecto de las chicas.

Excusez-moi: de las mujeres.

Había otro punto que abonaba la tesis de Claire. Mientras ella acusaba a Mitchell de cosificar a las mujeres, él había estado secretamente cosificándola a ella. ¡Tenía un culo tan increíble! Tan redondo y perfecto y *vivo*. Cada vez que Mitchell le echaba una mirada furtiva al trasero, tenía la sensación extraña de que el trasero le devolvía la mirada; de que el culo de Claire no suscribía necesariamente los postulados feministas de su dueña, y que, muy al contrario, le encantaba que lo admirasen; tenía la sensación de que el culo de Claire, en otras palabras, poseía mente propia. Además, Claire era la novia de su mejor amigo. Y eso la convertía en prohibida. Lo cual incrementaba desafortunadamente su atractivo.

Una embarcación de turistas profusamente iluminada pasó por debajo del puente.

Cuanto más leía sobre religión, sobre las religiones del mundo en general y el cristianismo en particular, más caía en la cuenta Mitchell de que los místicos decían todos lo mismo. La iluminación venía de la extinción del deseo. El deseo no te colmaba, sólo te satisfacía temporalmente hasta la llegada de la tentación siguiente. Y eso en el caso de que tuvieras la suerte de conseguir lo que deseabas. Si no lo conseguías, te pasabas la vida en un ansia continua e insatisfecha.

¿Cuánto tiempo llevaba anhelando secretamente casarse con Madeleine Hanna? ¿Y cuánto de este deseo de casarse con ella venía real y verdaderamente del hecho de que le gustara como persona, y cuánto del deseo de poseerla y, al hacerlo, de gratificar su ego?

Tal vez no fuera algo tan excelso casarte con tu ideal. Probablemente, una vez

alcanzado ese ideal, te cansarías de él y buscarías otro.

Un cantante callejero tocaba una canción de Neil Young, y reproducía la letra hasta el último gangueo y gemido sin conocer el significado de las palabras. Gente de más edad y mejor vestida se paseaba en dirección a los edificios llenos de luz de ambas orillas. París era un museo que se exhibía fielmente a sí mismo.

¿No estaría bien acabar con todo aquello? ¿Acabar con el sexo y el deseo ansioso? Mitchell, allí sentado en un puente, sobre la corriente del Sena, de noche, casi alcanzaba a imaginar lo que sería conseguirlo. Alzó la vista hacia las ventanas iluminadas que bordeaban el arco del río, y pensó en toda aquella gente que ahora estaría acostándose o leyendo o escuchando música, en todas las vidas contenidas por una gran ciudad Como aquélla, y, remontando el vuelo mentalmente, elevándose por encima de los tejados, trató de sentir todos aquellos millones de almas trémulas, y de vibrar entre ellas. Estaba harto de sentirse ansioso, de no tener lo que deseaba, de esperar, de perder.

Durante mucho tiempo los dioses habían estado en contacto con la humanidad. Luego se indignaron, o descorazonaron, y desaparecieron. Pero quizá iban a volver, quizá iban a acercarse a las almas extraviadas que aún no habían perdido la curiosidad por todo.

Cuando volvió a la pensión, Mitchell se quedó un rato en el vestíbulo por si aparecía algún viajero amable de habla inglesa. Pero no apareció ninguno. Subió a su habitación, cogió una toalla y se dio una ducha tibia en el cuarto de baño comunal. A aquel ritmo de gastos, el dinero de Mitchell no duraría lo suficiente para llegar a la India. A partir del día siguiente, tendría que empezar a vivir de un modo diferente.

Volvió a la habitación, retiró la colcha pardusca y se metió en la cama desnudo. La lámpara de la mesilla daba una luz demasiado tenue para poder leer, así que le quitó la pantalla.

Parte del trabajo de las Hermanas consiste en recoger a los moribundos de las calles de Calcuta y llevarlos a un edificio cedido a la Madre Teresa para ese fin (a veces se utiliza también como templo consagrado a la diosa Kali), donde —según sus palabras— poder morir con la mirada puesta en un rostro amoroso. Algunos mueren, pero otros sobreviven (y a éstos se les colma de cuidados). Este Hogar de los Moribundos recibe la luz tenue de unas pequeñas ventanas situadas en lo alto de las paredes, y Ken dijo de forma rotunda que era imposible filmar allí dentro. Nosotros sólo llevábamos un foco pequeño, y, en el escaso tiempo de que disponíamos, nos resultó absolutamente imposible encontrar un espacio lo suficientemente iluminado para rodar. Sin embargo, decidimos que Ken lo intentara de todas formas. Para asegurarnos de que no todo saliera mal, filmó también cierto metraje en el patio exterior donde

algunos internos estaban sentados al sol. Revelada la película, la parte rodada en el interior se hallaba bañada por una luz suave particularmente hermosa, mientras que la parte rodada en el exterior era muy tenue y desdibujada.

¿Cómo se explicaba esto? Ken ha venido insistiendo desde entonces en que, desde un punto de vista técnico, el resultado era inexplicable. Para demostrarlo, en su expedición fílmica siguiente —a Oriente Medio—, utilizó parte de la misma película en un medio pobremente iluminado parecido, con resultados del todo negativos... El Hogar de los Moribundos de la Madre Teresa de Calcuta desborda de amor, como uno percibe de inmediato al entrar en él. Este amor es luminoso, como lo son los halos que los artistas han visto —y hecho visibles— alrededor de las cabezas de los santos... Yo estoy personalmente convencido de que Ken filmó el primer y genuino milagro fotográfico.

Mitchell dejó el libro, apagó la luz y se estiró cuan largo era en aquella cama llena de bultos. Pensó en Claire, al principio con enojo pero pronto de un modo abiertamente erótico. Imaginó que iba a su apartamento y la encontraba sola, y que al poco estaba de rodillas ante él, metiéndosela en la boca. Se sintió culpable por fantasear con la novia de su amigo, pero no lo suficientemente culpable como para parar. No le gustaba lo que aquella fantasía de Claire de rodillas delante de él decía sobre sí mismo, así que acto seguido imaginó que era él quien la chupaba generosamente a ella, y la hacía correrse como jamás se había corrido en su vida. En este punto, se corrió él. Se volvió hacia un costado y eyaculó sobre la alfombra del cuarto.

Casi inmediatamente, sintió frío en la punta del pene; se la sacudió por última vez y volvió a echarse boca arriba, desolado.

A la mañana siguiente, se cargó la mochila a la espalda y bajó al vestíbulo de la pensión, donde pagó la noche y se despidió. Desayunó un café y la galleta que lo acompañaba. Su plan era volver a intentarlo en el albergue juvenil, o, si fuera necesario, pasar la noche en el suelo del apartamento de Claire. Cuando llegó al edificio, sin embargo, vio a Larry sentado en las escaleras de la entrada, con la mochila al lado. Estaba fumando un cigarrillo.

—Si tú no fumas... —dijo Mitchell, acercándose.

—Estoy empezando —dijo Larry. Dio unas chupadas al cigarrillo, de forma experimental.

—¿Por qué tienes ahí la mochila?

Larry dio a Mitchell acceso total a su intensa mirada azul. El cigarro sin filtro se le había pegado al labio inferior.

—Claire y yo hemos roto —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Cree que es posible que le gusten las mujeres. No está segura. De todas formas, vamos a seguir cada uno por su lado.

—¿Te ha plantado?

Larry torció el gesto, casi imperceptiblemente.

—Dice que no quiere ser «exclusiva».

Mitchell apartó la mirada para ahorrarle el embarazo a su amigo.

—Muy suyo —dijo, como bufando—. Haces de chivo expiatorio.

—¿De qué?

—Del macho sexista y toda esa mierda.

—Creo que era de ti de quien pensaba que eras un macho sexista, Mitchell.

Mitchell podría haberle respondido, pero no lo hizo. No había necesidad. Había recuperado a su amigo.

Su viaje podría empezar al fin.

*

En noviembre de 1974, por su decimocuarto cumpleaños, Madeleine había recibido un regalo de su hermana mayor, Alwyn, que estudiaba en la universidad. El paquete había llegado por correo, envuelto en un papel de dibujo psicodélico y sellado con cera roja marcada con medias lunas y unicornios. De algún modo, Madeleine supo que no debía abrir el paquete delante de sus padres. Una vez hubo subido con él a su cuarto, se echó en la cama, quitó el envoltorio y vio una caja de zapatos, en cuya tapa estaba escrito en negro lo siguiente: «Kit de supervivencia de la soltera». Dentro había una nota —con una letra tan diminuta que parecía escrita con una lezna— que decía:

Querida hermanita:

Ahora que ya tienes catorce años y has empezado el instituto, he pensado que deberías saber unas cuantas cosas sobre S-E-X-O, para que, como diría la figura paterna, no te metas en «líos». En realidad, no me preocupa en absoluto que puedas meterte en ese tipo de problemas. ¡Lo único que quiero es que mi hermanita tenga algo de DI-VER-SIÓN! Así que aquí tienes tu nuevo y práctico «Kit de supervivencia de la soltera», que contiene todo lo que una mujer moderna y sensual necesita para su total satisfacción. El novio no va incluido.

Feliz cumpleaños. Besos, Ally

Maddy seguía con la ropa del colegio. Sujetando la caja de zapatos con una mano, fue sacando las cosas que había dentro con la otra. La primera, un envoltorio de aluminio que no le dijo nada, ni siquiera cuando le dio la vuelta y vio la figura con casco en la cara frontal. Apretó con el dedo el papel de aluminio y percibió al tacto algo gelatinoso en su interior.

Y entonces le vino a la cabeza.

—¡Oh, Dios! —dijo—. ¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer!

Corrió hacia la puerta y la cerró con pestillo. Luego, pensándolo mejor, descorrió el pestillo y volvió corriendo a la cama, de donde cogió el paquetito de papel de aluminio y la caja de zapatos y entró con ellos en el cuarto de baño, donde podía cerrar la puerta con cerrojo sin levantar sospechas. Bajó la tapa del inodoro y se sentó.

Madeleine nunca había visto el envoltorio de un condón, y mucho menos había tenido uno en la palma de la mano. Pasó por encima de él la yema del pulgar. Lo que le sugería la forma que notaba dentro agitó en ella sentimientos que no se sentía capaz de describir. El medio untuoso en que nadaba el condón resultaba a un tiempo repelente y fascinante. La circunferencia del anillo la sobresaltó, francamente. Hasta entonces no había dedicado mucha atención al alcance de la erección masculina. Así, las erecciones de los chicos eran algo sobre lo que sus amigas y ella soltaban risitas tontas y que apenas mencionaban. Madeleine creía que había sentido una en una ocasión, durante un baile agarrado y lento en un campamento de verano. Pero no podía estar segura: quizá era la hebilla del cinturón del chico. En su experiencia de vida, las erecciones eran fenómenos ocultos que sucedían en otra parte, como el abultamiento de cuello de una rana toro en una ciénaga lejana, o un pez globo que se inflaba en un arrecife de coral. La única erección que Madeleine había visto con sus propios ojos le había sobrevenido a Wylie, el labrador de su abuela, cuyo miembro había emergido crudamente de su funda de piel cuando el animal se aupó sobre Madeleine y empezó a montarle enloquecidamente la pierna. Una cosa así bastaba para mantenerla a una alejada para siempre de pensamientos sobre erecciones. El desagrado que le concitaba tal imagen, sin embargo, no consiguió velar el carácter totalmente revelador del condón que ahora tenía en la mano. Aquel condón era un artilugio del mundo adulto. Más allá de su vida, más allá del colegio, existía un sistema consensuado del que nadie hablaba, y conforme al cual las empresas farmacéuticas fabricaban preservativos que los hombres compraban y se desenrollaban a modo de funda a lo largo del pene, legalmente, en los Estados Unidos de América.

Los otros dos objetos que Madeleine sacó de la caja de zapatos formaban parte de un set de esos que pueden verse en las máquinas dispensadoras de los aseos de caballeros, que era donde Alwyn, o, más probablemente, su novio lo habían

conseguido al mismo tiempo que el condón. El set incluía: un anillo de goma rojo lleno de ramificaciones onduladas y llamado «*cosquillador francés*»; un conjunto de plástico azul formado por dos figuras móviles —un hombre empalmado y una mujer a cuatro patas— y una palanquita que, accionada de un lado a otro por Madeleine, hacía que el diminuto semental penetrase a la mujer al estilo perrito; un pequeño tubo de crema «Pro-long», que Madeleine ni siquiera quiso abrir; y dos bolas chinas plateadas «Ben Wa», sin instrucciones de uso y que parecían unas simples bolas de una máquina del millón. Al fondo, en la base de la caja, encontró la cosa más extraña de todas: una especie de barrita de pan en miniatura con una mata de pelusa negra a un extremo. La barrita llevaba una tarjeta de diez por doce pegada con cinta adhesiva. Madeleine se acercó la tarjeta a la cara para leer lo que había escrito a mano en ella: «Polla deshidratada. Añádale agua». Volvió a mirar aquella barrita, y luego la mata de pelusa, y luego dejó caer la tarjeta y dejó escapar un grito: «¡Qué asqueroso!».

Tardó un rato en volver a coger la tarjeta, asiéndola por el extremo más alejado de la pelusa. Con la cabeza echada hacia atrás, volvió a examinar la pelusa para finalmente constatar que, en efecto, se trataba de vello púbico. De Alwyn, seguramente, aunque también cabía la posibilidad de que fuera de su novio. No habría sido nada impropio de Ally el haber llegado a tales extremos de verosimilitud. El vello era negro y rizado, y, una vez cortado, lo había pegado a la base de la barrita. La idea de que pudiera ser vello púbico de un chico repugnaba y excitaba a Madeleine a partes iguales. Pero lo más probable es que fuera de Ally, el bicho raro de su hermana. ¡Qué hermana más divertida y loca tenía! Alwyn era una persona increíblemente extraña e impredecible; era inconformista y vegetariana, y se manifestaba contra la guerra en la universidad, y como Madeleine anhelaba ser varias de estas cosas, quería y admiraba a su hermana, sin por ello dejar de pensar que se trataba de un ser raro de verdad. Metió la polla deshidratada en la caja de zapatos y sacó la pequeña pareja de plástico. Movié la palanca, y contempló cómo el pene del hombre entraba en la mujer encorvada.

El recuerdo del «Kit de supervivencia de la soltera» volvía a Madeleine ahora, en octubre, mientras esperaba en el pequeño aeropuerto de Provincetown la llegada desde Boston de Phyllida y Alwyn. La noche anterior Phyllida había telefoneado de improviso con la nueva de que Alwyn había dejado a Blake, su marido, y de que ella, Phyllida, había volado a Boston para tratar de mediar en el conflicto. Se había encontrado con que Alwyn estaba en el Ritz, agotando al límite su tarjeta American Express conjunta y enviando por mensajero biberones de leche materna a la casa de Beverly donde había dejado a su hijo de seis meses, Richard, al cuidado de su padre. Al no poder convencer a Alwyn de que volviera a casa, Phyllida había decidido llevarse a su hija a Cape Cod con la esperanza de que Madeleine pudiera hacerla entrar en razón.

—Ally sólo ha accedido a venir a pasar el día —dijo Phyllida—. No quiere que nos confabulemos contra ella. Llegamos por la mañana y nos vamos por la tarde.

—¿Qué se supone que tengo que decirle? —había dicho Madeleine.

—Dile lo que piensas. Ella te escucha.

—¿Por qué no habla papá con ella?

—Lo ha hecho. Y han acabado a gritos. Ya mí ya no se me ocurre nada, Maddy. No tienes que hacer nada. Sé lo sensata, lo razonable que tú eres.

Al oír esto, Madeleine sintió ganas de echarse a reír. Estaba perdidamente enamorada de un hombre al que habían hospitalizado dos veces por su trastorno maniaco-depresivo. Durante los últimos cuatro meses, en lugar de centrarse en su «carrera», había estado cuidando a Leonard en su proceso de recuperación, cocinándole las comidas y lavándole la ropa y calmando sus ansiedades y alegrándolo en sus frecuentes bajones de ánimo. Había tenido que soportar los graves efectos secundarios de su nueva dosis —más alta— de litio. Sin duda debido en gran parte a esto, Madeleine, una noche de finales de agosto, se había sorprendido besando a Mitchell Grammaticus a la entrada de Chumley's, en Bedford Street; besándolo y disfrutando al hacerlo, antes de volar de regreso a Providence para seguir cuidando de Leonard. Lo último que se sentía, pues, era sensata o razonable. Acababa de empezar a vivir una vida de adulto y no se había sentido tan vulnerable, asustada o confusa en toda su vida.

Después de dejar su apartamento de Benefit Street, en junio, Madeleine se había instalado en casa de Leonard, y siguió allí sola hasta que él recibió el alta hospitalaria. Sentía emoción al verse a cargo de sus cosas. Ponía sus discos de Arvo Pärt en el equipo estéreo, y se tendía en el sofá a escucharlos con los ojos cerrados, de forma idéntica a como lo hacía Leonard. Curioseaba sus libros, leía sus notas al margen. Al lado de pasajes densos de Nietzsche o Hegel, Leonard dibujaba caras, bien sonrientes o de ceño adusto, o simplemente añadía una admiración a una frase o una palabra. Por la noche, Madeleine dormía con una de las camisas de Leonard. Todo en el apartamento estaba exactamente igual que el día en que lo internaron. Había un cuaderno abierto en el suelo, en el que al parecer Leonard había estado tratando de calcular el tiempo que iba a durarle el dinero que tenía. La bañera estaba llena de periódicos. A veces, el vacío de aquella vivienda hacía que a Madeleine le entraran ganas de llorar, tanta soledad de su dueño sugería. Ni una fotografía de sus padres o de su hermana en ninguna parte. Luego, una mañana, debajo de un libro, encontró una fotografía. Era una fotografía que le había sacado a Madeleine en su primer viaje al Cape, en la que se la veía tendida en la cama de un motel, leyendo y comiendo una barra de Klondike.

Al cabo de tres días, incapaz de soportar ni un minuto más la suciedad, tiró la toalla y se puso a limpiar. Fue a Star Market y compró una fregona, un cubo, unos

guantes de goma y unos cuantos productos de limpieza. Incluso cuando estaba haciéndolo se daba cuenta de que estaba sentando un precedente nefasto. Fregó los suelos, tiró cubos de agua negra por el retrete. Gastó siete rollos de papel de cocina limpiando la porquería del suelo del cuarto de baño. Tiró la cortina de la ducha mohosa y compró una nueva, rosa brillante, como venganza. Tiró todo lo que había en el frigorífico y restregó bandejas y rejillas. Quitó la ropa de cama del colchón e hizo un ovillo con las sábanas con intención de dejarlas en la lavandería de la esquina, pero al final las metió en el cubo de la basura de detrás del edificio, y las reemplazó por unas suyas. Puso cortinas en las ventanas y compró pantallas de papel para las bombillas desnudas que colgaban del techo.

Unas cuantas hojas del ficus empezaban a ponerse de color castaño. Madeleine palpó la tierra, y vio que estaba seca. Y un día se lo mencionó a Leonard durante una visita.

—Puedes regar mi ficus —dijo Leonard.

—Ni hablar. La última vez me lo hiciste pasar muy mal.

—Tienes mi permiso para regar mi ficus.

—Eso no suena a que me lo estés pidiendo.

—¿Podrías regar mi ficus, por favor?

Madeleine regó el ficus. Por la tarde, cuando el sol entraba por la ventana frontal, lo sacaba a la luz y le rociaba con agua pulverizada las hojas.

Iba todas las tardes al hospital a ver a Leonard.

El médico le había ajustado la medicación, y había conseguido eliminarle el tic facial. Leonard, sólo con eso, parecía sentirse muy mejorado. Solía hablar sobre todo de los fármacos que estaba tomando, de sus usos y contraindicaciones. El hecho de mencionar sus nombres parecía calmarlo, como si de ensalmos se trataran: lorazepam, diazepam, clorpromazina, clordiazepóxido, haloperidol. Madeleine no sabía distinguirlos. No estaba segura de si era Leonard quien tomaba aquellos fármacos o si eran otros internos quienes lo hacían. Para entonces Leonard conocía a la perfección las historias clínicas de la mayoría de los pacientes de la unidad. Éstos lo trataban como a un interno más, y debatían sus casos con él, y le pedían información sobre los fármacos que estaban tomando. Leonard actuaba en el hospital como lo había hecho de adolescente en el colegio: era la fuente de información, el que respondía a las preguntas. De cuando en cuando, tenía un mal día. Madeleine entraba en la sala y lo veía sombrío, lleno de desesperanza por no haberse licenciado y muy preocupado por su aptitud para cumplir con sus tareas en Pilgrim Lake. Su lista habitual de quejas, que repetía una y otra vez.

Leonard confiaba en que no estaría en el hospital más de un par de semanas. Pero al final estuvo en él veintidós días. Cuando le dieron el alta, a finales de junio, Madeleine fue al centro a recogerlo en su coche nuevo, un Saab descapotable con

veinte mil kilómetros. Era el regalo de graduación de sus padres. «Aunque no llegamos a verte recibéndola», bromeó Alton, al hablar de la desaparición de Madeleine aquel día. Entre la multitud de padres agolpados en el exterior de las puertas Van Wickle, Alton y Phyllida habían esperado verla pasar con el desfile; luego, como no la llegaron a ver entre sus compañeros, pensaron que se les había pasado por alto. Después de buscarla en College Street, llamaron por teléfono a su apartamento, pero no obtuvieron respuesta. Al final pasaron por el apartamento y le dejaron una nota, en la que le decían que estaban preocupados y habían decidido no volver a Prettybrook como «tenían planeado». Se iban a quedar esperándola en el vestíbulo del Biltmore, que fue donde Madeleine se encontró con ellos aquella tarde. Les dijo que se había perdido el desfile porque Kelly Traub, con quien iba paseando, se había caído y se había torcido un tobillo, y había tenido que llevarla a un centro sanitario. Madeleine no estaba segura de si sus padres la habían creído o no, pero éstos, tranquilizados por el hecho de ver a su hija bien, no la habían presionado al respecto. Alton, en cambio, la había llamado unos días después para decirle que se comprase un coche. «Usado», precisó. «Con uno o dos años. Así te ahorras un buen pellizco, por la depreciación». Madeleine había seguido sus instrucciones y había encontrado un descapotable en los anuncios por palabras de *Pro-fo*. Era blanco, con asientos tipo cubo de tapicería beige, y, mientras esperaba ante la entrada del hospital, Madeleine bajó la capota para que Leonard pudiera verla cuando la enfermera lo sacara hasta la acera en la silla de ruedas.

—Bonito cacharro —dijo, montando a su lado.

Se abrazaron durante largo rato; Madeleine se sorbía la nariz, y al final Leonard se apartó y dijo:

—Vámonos de aquí. Estoy harto de este sitio.

Durante el resto del verano Leonard estuvo conmovedoramente frágil. Hablaba en el más suave de los tonos. Veía béisbol en la televisión, cogiéndole la mano a Madeleine.

—¿Sabes lo que significa *paraíso*? —le preguntó una vez.

—¿No significa «paraíso»?

—Significa «jardín tapiado». Viene del persa. Y un estadio de béisbol es eso. Sobre todo Fenway. Un jardín tapiado. ¡Mira lo verde que es! Tranquiliza tanto estar aquí sentado mirando ese campo...

—Quizá deberías ver golf —dijo Madeleine.

—Aún más verde.

El litio le daba una sed constante, y esporádicamente náuseas. Le había entrado un débil temblor en la mano derecha. Durante las semanas que pasó en el hospital, Leonard había engordado siete kilos, y siguió engordando todo julio y agosto. Parecía tener la cara y el cuerpo hinchados, y en la parte de atrás del cuello le había salido un

abultamiento de grasa, como la giba de un búfalo. En consonancia con la sed, Leonard tenía que hacer pis constantemente. Le dolía el estómago y tenía accesos de diarrea. Y, lo peor de todo, el litio le hacía sentirse lento mentalmente. Leonard afirmaba que existía un «registro alto» del intelecto al que ya no lograba acceder, y, para contrarrestar esto, mascaba más y más tabaco y había empezado a fumar cigarrillos y unos pequeños puros pestilentes a los que se había aficionado durante su estancia en el hospital. Su ropa apeataba a humo. Su boca sabía a cenicero y a algo más (cierto regusto químico y metálico). Y a Madeleine esto no le gustaba en absoluto.

En consecuencia, y como efecto secundario de los efectos secundarios, a Leonard le había disminuido la libido. Después de hacer el amor dos o tres veces al día con la pasión del reencuentro, la relación sexual amainó hasta cesar casi por completo. Madeleine no sabía muy bien qué hacer. ¿Debía prestarle más atención a aquel problema de Leonard, o menos? Nunca había sido particularmente laboriosa en la cama. La vida no se lo había exigido. Y a los chicos no parecía importarles, siendo ellos mismos ya bastante «laboriosos». Una noche, Madeleine abordó el problema como quien devuelve una dejada en la pista de tenis: corrió a toda velocidad hasta la red, llegó a ella a tiempo (aparentemente), se agachó hasta muy abajo y logró golpear la pelota, que dio contra la cinta de la red y cayó hacia atrás, muerta, en su lado de la pista.

No lo intentó más después de aquello. Se mantuvo atrás, jugando en su zona segura, como de costumbre.

A Madeleine esto tal vez la habría abrumado más si el desamparo de Leonard no la hubiera atraído tanto. Había algo muy grato en el hecho de tener a todo aquel san bernardo enorme para ella sola. Leonard ya no quería salir de casa, ni siquiera al cine. Lo único que le interesaba era su camita perruna, su bol de la comida y su dueña. Posaba la cabeza en su regazo, en demanda de caricias. Movía la cola en cuanto la veía entrar. Estaba tan patentemente *allí*, su amigo grandote y velludo, su peluche enorme y babeante.

Ninguno de los dos tenía trabajo. Los días largos del verano discurrían con lentitud. Vacía de población estudiantil, College Hill era un lugar somnoliento y verde. Leonard guardaba las medicinas en su neceser, debajo del lavabo del cuarto de baño. Siempre cerraba la puerta cuando las tomaba. Dos veces a la semana, iba a la consulta del psiquiatra, Bryce Ellis, y volvía emocionalmente erosionado y exhausto. Se dejaba caer sobre el colchón, y se quedaba echado otra hora o dos. Y al final se levantaba y ponía un disco.

—¿Sabes cuántos años tenía Einstein cuando formuló la teoría de la relatividad?
—le preguntó un día a Madeleine.

—¿Cuántos?

—Veintiséis.

—¿Y?

—La mayoría de los científicos hacen sus mejores trabajos con veintipocos años. Yo tengo veintidós, casi veintitrés. Estoy en mi mejor momento intelectual. Pero todas las mañanas y todas las noches tengo que tomarme unas pastillas que me vuelven estúpido.

—No te vuelven estúpido, Leonard.

—Sí, me vuelven estúpido.

—No me parece muy científico —dijo Madeleine— decidir que nunca serás un gran científico sólo porque no has descubierto nada a los veintidós años.

—Los hechos son ésos —dijo Leonard—. Olvida los medicamentos. Ni cuando estoy normal sigo (ni remotamente) una trayectoria capaz de llegar a algún descubrimiento científico.

—Supongamos que no das con ningún descubrimiento decisivo. ¿Cómo sabes que no lograrás algún avance mínimo que acabe beneficiando a la gente? Quiero decir que quizá no descubras que el espacio es curvo. Quizá encuentres una manera de hacer que los coches funcionen con agua, y nos librarás a todos de la contaminación.

—La invención de un motor que funcionase con hidrógeno sería un avance mayúsculo —dijo Leonard sombrío, mientras encendía un cigarrillo.

—De acuerdo, pero no todos los científicos eran jóvenes cuando hicieron sus descubrimientos. ¿Qué me dices de Galileo? ¿Cuántos años tenía? ¿Y Edison?

—¿Podemos dejar esto, por favor? —dijo Leonard—. Me estoy deprimiendo.

Al oír esto, Madeleine calló.

Leonard dio una larga chupada al cigarrillo, y expelió el humo con ruido.

—No deprimido *deprimido* —dijo, al cabo de unos segundos.

Por dedicada que estuviera Madeleine al cuidado de Leonard, y por satisfactorio que fuera ver su progresiva mejoría, a veces necesitaba alejarse de aquel estudio sofocante. Para escapar a aquella humedad, iba a la biblioteca con aire acondicionado. Jugaba al tenis con dos integrantes del equipo de tenis de Brown. Algunos días no tenía ganas de volver al apartamento, y paseaba por el campus desierto intentando con todas sus fuerzas pensar en sí misma durante un rato. Iba a ver al profesor Saunders, y se sentía violenta al ver al viejo erudito en pantalones cortos y sandalias. Curioseaba entre los montones de la College Hill Bookstore, y recatadamente escogía ejemplares usados de *La pequeña Dorrit* y de *El vicario de Bullhampton*, con una sincera intención de leerlos. De vez en cuando se regalaba con un helado, y emprendía el regreso al apartamento, donde la esperaba Leonard.

Durante todo el mes de julio el estado de Leonard siguió siendo delicado. En agosto, sin embargo, pareció invertirse la tendencia y había veces en las que parecía

ser el de antes. Una mañana, haciendo tostadas, Leonard levantó la barra de mantequilla Land O'Lakes y dijo:

—Tengo una pregunta. ¿Quién fue la primera persona en darse cuenta de que las rodillas de la india de Land O'Lakes parecían pechos? Un tipo está desayunando en Terre Haute, y mira el paquete de mantequilla y piensa: «Mira qué rodillas». Pero eso es sólo parte de la historia. Después de que el tipo se fijara en esto, a otro tipo se le ocurrió recortar *las otras* rodillas de la imagen de la parte de atrás del paquete y pegarlas justo *detrás* del paquete idéntico en miniatura que la india sostiene delante del pecho; luego cortó los tres bordes inferiores de ese paquete en miniatura, y al levantar el rectángulo como una ventana parece que la india esté enseñando los pechos. Y todo sucedió sin dejar documentación alguna al respecto. La historia ha perdido todo rastro de los protagonistas.

Empezaron a salir del apartamento. Un día fueron en coche a Federal Hill a comer pizza. Luego Leonard insistió en entrar en una tienda de quesos. El interior estaba oscuro, con las persianas echadas. El olor era una presencia más en el recinto. Detrás del mostrador, un viejo de pelo blanco estaba haciendo algo que ellos no podían ver.

—Fuera estamos a veinticinco grados —susurró Leonard— y este hombre lo tiene todo cerrado a cal y canto. ¿Por qué? Porque aquí dentro ha conseguido la perfecta mezcla bacteriana y no quiere que se le vaya por las ventanas. Leí un ensayo en el que unos químicos de Cornell identificaron doscientas cepas de bacterias en un cubo de cuajo. Es una reacción aeróbica, y todo lo que hay en el aire afecta al sabor. Los italianos saben todo esto instintivamente. El hombre este ni siquiera *sabe* lo que sabe.

—Leonard se acercó a la barra—: Vittorio, ¿cómo estás?

El viejo se volvió y entrecerró los ojos.

—¡Hola, amigo mío! ¿Dónde has estado? No te he visto desde hace tiempo.

—He estado mal, Vittorio.

—Nada grave, espero. ¡No me cuentes nada! No quiero saberlo. Yo también tengo problemas.

—¿Qué nos recomiendas hoy?

—¿A qué te refieres con «recomendar»? ¡Queso! Como siempre. El mejor. ¿Quién es tu amiga?

—Te presento a Madeleine.

—¿Te gusta el queso, jovencita? Toma, prueba. Llévate un poco a casa. Y líbrate de este tipo. No es bueno.

Otra revelación acerca de Leonard: era amigo del viejo quesero italiano de Federal Hill. Tal vez era allí adonde iba cuando Madeleine lo veía esperando el autobús bajo la lluvia. A visitar a su amigo Vittorio.

A finales de agosto, recogieron sus cosas, dejaron varias cajas en un guardamuebles, atestaron el maletero y el asiento trasero del Saab con todo lo demás

y partieron para el Cape. Hacía calor (más de treinta grados) y comenzaron el viaje con la capota bajada durante el trayecto de salida de Rhode Island. El viento dificultaba la conversación y les impedía escuchar música, así que cerraron la capota mientras atravesaban el estado y entraban en Massachusetts. Madeleine llevaba una cinta de Pure Prairie League que Leonard toleró hasta que se pararon en una gasolinera con tienda de artículos misceláneas, donde Leonard compró la casete *Led Zeppelin's Greatest Hits*, que puso y no dejó de escuchar en todo el viaje, incluso cuando atravesaban el Sagamore Bridge y entraban en la península de Cape Cod. En un local de carretera de Orleans se detuvieron para comer unos sándwiches de langosta. Leonard parecía de muy buen humor. Pero cuando volvieron a la carretera y el Saab avanzó entre los pinos silvestres de ambos lados del asfalto, empezó a ponerse nervioso y a fumar sus puritos y a toquetear los lados del asiento. Era domingo. La mayor parte del tráfico iba en dirección contraria; la gente volvía de pasar el fin de semana o de las casas alquiladas para el verano, con los equipos deportivos atados al techo de los vehículos. En Truro, la Highway 6 se bifurcaba en la 6A, y Madeleine y Leonard tomaron ésta y la siguieron escrupulosamente hasta el momento en que aminoraron la marcha al ver aparecer a su derecha el azul de Pilgrim Lake. Cerca del extremo del lago vieron el letrero que indicaba Pilgrim Lake y torcieron para tomar un camino de grava que discurría entre dunas en dirección a la bahía de Cape Cod.

—¿Quién me ha quitado la saliva? —dijo Leonard, mientras iban apareciendo los edificios donde habrían de vivir durante los nueve meses siguientes—. ¿La tienes tú? Porque no me la encuentro por ninguna parte.

Durante su visita rápida de la primavera pasada, Madeleine estaba demasiado preocupada por su nueva relación sentimental como para reparar en gran cosa acerca del laboratorio de Pilgrim Lake aparte de su hermosa ubicación junto a la playa.

Era increíble que leyendas como Watson y Crick hubieran trabajado o pasado temporadas en aquel antiguo asentamiento de ballenas, pero la mayoría de los nombres de los biólogos actuales de Pilgrim Lake —incluido el del director del laboratorio, David Malkiel— eran totalmente nuevos para ella. El único laboratorio que habían podido ver con detenimiento durante aquella visita no era muy diferente de los laboratorios de química de Lawrenceville.

Pero en cuanto se mudaron y empezaron a adaptarse a la vida cotidiana en Pilgrim Lake, Madeleine se dio cuenta de cuán erróneas habían sido sus primeras impresiones sobre el lugar. Ni por asomo había imaginado que pudiera haber seis pistas de tenis cubiertas, o un gimnasio lleno de máquinas Nautilus, o una sala de cine donde ponían películas de estreno los fines de semana. O que el bar estuviera abierto las veinticuatro horas del día, y que estuviera atestado de científicos a las tres de la madrugada, a la espera de resultados de tests realizados durante la jornada. O que

podían llegar limusinas desde Logan con altos ejecutivos farmacéuticos y celebridades para comer con el doctor Malkiel en su comedor privado. O la *comida*, los caros vinos y panes franceses y los aceites de oliva seleccionados por el propio doctor Malkiel. Malkiel recaudaba ingentes sumas de dinero para el laboratorio, que prodigaba en los científicos residentes y le servía de señuelo para captar las visitas de otros. Era Malkiel quien había comprado el cuadro de Cy Twombly que colgaba de la pared del comedor, y quien había encargado el Richard Serra que se levantaba detrás del animalario.

Madeleine y Leonard llegaron a Pilgrim Lake cuando se estaba celebrando el Seminario Estival de Genética. Leonard tenía que incorporarse al célebre curso de «Las levaduras», impartido por Bob Kilimnik, el biólogo a cuyo equipo le habían asignado. Asistía a él todas las mañanas como un colegial asustado. Se quejaba de que el cerebro no le funcionaba bien, y que los otros dos investigadores ayudantes del equipo, Vikram Jaitly y Carl Beller —ambos habían estudiado en el MIT— eran más inteligentes que él. Pero no era más que una clase de dos horas. El resto del día lo tenía libre. En el laboratorio había una atmósfera relajada. Pululaba por él toda una tropa de universitarios (llamados TUI, técnicos universitarios de investigación) entre los que había un montón de mujeres algo más jóvenes que Madeleine. Se organizaba una fiesta casi todas las noches, en las que los asistentes hacían cosas un tanto extrañas, de gente loca por la ciencia, como servir daiquiris en frascos Erlenmeyer o bandejas de evaporación, o cocinar almejas en autoclaves en lugar de hacerlas al vapor. Aun así, resultaban divertidas.

Después del Día del Trabajador, las cosas se pusieron más serias. Se fueron los TUI, con lo que disminuyó drásticamente el contingente femenino y cesaron las fiestas estivales y el halo romántico que flotaba en el ambiente. A finales de septiembre el *Sunday Telegraph* empezó a publicar los pronósticos de Ladbroke sobre los inminentes Premios Nobel. A medida que pasaban los días y se fueron fallando los demás premios científicos —el de Física a Kenneth Wilson y el de Química a Aaron Klug—, se empezó a especular, durante la cena, sobre quién se alzaría con el galardón en Fisiología o Medicina. Los candidatos con más posibilidades eran Rudyard Hill, de Cambridge, y Michael Zolodnek. Zolodnek era residente en Pilgrim Lake, y vivía en una casa de madera de dos pisos en el extremo cercano a Truro del complejo. Más tarde, el 8 de octubre por la mañana, un sonido sibilante despertó a Madeleine y a Leonard de un sueño profundo. Fueron hasta la ventana y vieron cómo descendía un helicóptero sobre el helipuerto de la finca. Se vistieron apresuradamente y corrieron al centro de congresos, donde se enteraron —con sumo deleite— de que el Premio Nobel no lo había ganado Michael Zolodnek sino Diane MacGregor. Los asientos del anfiteatro estaban ya llenos de periodistas y miembros del personal de Pilgrim Lake. Al fondo de la sala, de pie, Madeleine y Leonard vieron cómo el doctor

Malkiel acompañaba a MacGregor hasta un estrado engalanado con un gran ramillete de micrófonos. MacGregor llevaba un viejo impermeable y botas de agua, exactamente lo mismo que llevaba las pocas veces que Madeleine la había visto en la playa, paseando a su caniche negro de talla mediana. Había intentado arreglarse el pelo blanco para la rueda de prensa. Este detalle, unido al de su físico diminuto, le confería, pese a su edad, cierto aire de niña pequeña.

En el estrado, MacGregor sonrió, parpadeó y dio la impresión de sentirse acosada, todo a un tiempo.

Comenzaron las preguntas:

—Doctora MacGregor, ¿dónde estaba usted cuando se enteró de la noticia?

—Estaba dormida. Igual que ahora.

—¿Podría decirnos de qué trata su trabajo científico?

—Podría. Pero entonces quienes se dormirían serían ustedes.

—¿Qué piensa hacer con el dinero?

—Gastármelo.

Estas respuestas habrían bastado para que Madeleine quedara prendada de Diane MacGregor en caso de no haberlo estado ya. Aunque Madeleine no había hablado nunca con ella todo lo que sabía sobre aquella ermitaña de setenta y tres años la había convertido en su bióloga preferida. A diferencia de otros científicos del laboratorio, MacGregor no tenía ayudantes. Trabajaba totalmente sola, sin equipo sofisticado alguno, analizando los misteriosos patrones de coloración de los cereales que ella misma cultivaba en una parcela de detrás de su casa. De sus conversaciones con Leonard y otra gente, Madeleine entendió los fundamentos del trabajo de MacGregor; tenía que ver con la transmisión de los genes, y de cómo los rasgos se copian, transponen o borran, pero lo que realmente admiraba en ella era el modo solitario y resuelto en que llevaba a cabo esta tarea. (Si Madeleine alguna vez llegaba a ser bióloga, Diane MacGregor sería el tipo de bióloga que ella quería ser). Otros científicos ridiculizaban a MacGregor por no tener teléfono o por su carácter excéntrico. Si MacGregor se mostraba tan ajena a todo, ¿por qué tenían que hablar de ella todo el tiempo? Madeleine llegó a la conclusión de que MacGregor inquietaba a sus colegas a causa de la pureza de su renuncia y la sencillez de su método científico. Sus colegas no querían que triunfara, porque ese triunfo invalidaría la razón de ser de las numerosas plantillas de investigación y de los hinchados presupuestos. MacGregor podía ser también un tanto prepotente y brusca. A la gente no le gusta eso en nadie, pero mucho menos en una mujer. MacGregor había estado languideciendo en el departamento de biología de la Universidad de Florida, en Gainesville, y fue el predecesor del doctor Malkiel quien, tras descubrir su talento, había conseguido los fondos necesarios para contratarla en Pilgrim Lake con un puesto de investigadora de por vida. Ésa era otra de las cosas que a Madeleine la asombraban de MacGregor.

¡Llevaba en Pilgrim Lake desde 1947! Durante treinta y cinco años había inspeccionado los granos con paciencia mendeliana, sin recibir aliento o *feedback* alguno sobre su trabajo, manifestándose día tras día en su propio proceso de descubrimientos, olvidada por el mundo y feliz de que así fuera. Y ahora, finalmente, *aquello*, el Premio Nobel, la reivindicación de toda una vida de trabajo, y aunque parecía muy complacida, era obvio que aquel premio no era en absoluto lo que había perseguido en la vida. La recompensa de MacGregor había sido el trabajo mismo, la realización diaria de ese trabajo, el logro conseguido gracias a un millón de días anodinos.

A su modo —pequeño y modesto— Madeleine entendía aquello contra lo que luchaba MacGregor en aquel laboratorio dominado por los varones. A todas las comidas y cenas a las que ella y Leonard asistían, Madeleine acababa inevitablemente en la cocina, ayudando a las otras esposas y novias. Podría haberse negado a hacerlo, por supuesto, pero lo único que habría conseguido es que pensarán que quería dejar bien sentado algo. También era enormemente molesto sentarse a escuchar las discusiones competitivas de los hombres. Así que fregaba cacharros y luego se sentía mal por haberlo hecho. Sus otras actividades sociales eran jugar al tenis con la joven esposa de Malkiel, Greta —que trataba a Madeleine como una entrenadora a su pupila—, y salir por ahí con otras compañeras de cama. Era la expresión que utilizaban para designar a las parejas de los investigadores ayudantes: compañeras de cama. Casi todos los investigadores ayudantes eran varones. Casi todos los investigadores invitados eran varones. La mayoría de los biólogos residentes también eran varones, de forma que, si no se tenía en cuenta a las técnicas de laboratorio, sólo había una mujer a la que apoyar y tratar de imitar: Diane MacGregor.

Teniendo en cuenta que la beca de Leonard cubría su alimentación y su alojamiento, no había ninguna razón por la que Madeleine no pudiera pasarse todo el tiempo leyendo, durmiendo y comiendo. Pero ella no tenía la menor intención de hacer esto. Pese a su falta de concreción durante el verano, su futuro en el mundo académico había recibido un empujón inesperado. Además de la más alta calificación en su tesis de licenciatura, Madeleine había recibido una nota personal del profesor Saunders animándola a que convirtiera dicha tesis en un trabajo de menor extensión y lo enviara a un tal M. Myerson, del *The Janeite Review*. «¡Podría ser publicable!», había escrito Saunders. Aunque el hecho de que M. Myerson fuera en realidad la mujer del profesor Saunders, Mary, y que contaminara tal recomendación con cierto tufo a nepotismo, un primer paso seguía siendo un primer paso. Cuando Madeleine había pasado por su despacho a verle, Saunders había censurado con vehemencia que Yale hubiera rechazado su solicitud de ingreso y afirmado rotundamente que había sido víctima de las modas intelectuales.

Luego, un fin de semana de mediados de septiembre, Madeleine asistió a un

congreso sobre literatura victoriana en el Boston College que la encaminó en una nueva dirección. En el congreso, que se había celebrado en un Hyatt con un vestíbulo lleno de vegetación y con ascensores tubulares de cristal, había conocido a dos personas tan apasionadas como ella por los libros del siglo XIX. Meg Jones era una buena *pitcher* de softball universitario, de pelo estafalario y fuerte mandíbula. Anne Wong era una licenciada de Stanford con coleta, collar de corazón de Elsa Peretti, reloj Seiko y un tenue acento de su Taiwán natal. Anne hacía actualmente un máster de poesía en la Universidad de Houston, pero estaba planeando hacer un doctorado en Lengua y Literatura Inglesas para ganarse la vida y complacer a sus padres. Meg estaba ya en el programa de doctorado de Vanderbilt. Llamaba a Austen «la divina Jane», y soltaba hechos y cifras sobre ella como lo haría un apostante deportivo. En la familia Austen había habido ocho niños, y Jane era la más pequeña de las niñas. Había padecido la enfermedad de Addison, como John Fitzgerald Kennedy. Contrajo el tifus en 1783. *Sentido y sensibilidad* se publicó originalmente como *Elinore y Marianne*. Jane Austen aceptó una vez una propuesta de matrimonio de un hombre llamado Bigg-Wither, pero tras consultarlo con la almohada cambió de opinión. Fue enterrada en Winchester Cathedral.

—¿Estás pensando en especializarte en Austen? —le preguntó Anne Wong a Madeleine.

—No lo sé. Le dediqué un capítulo en mi tesis. Pero ¿sabes quién me interesa mucho? Es un poco embarazoso.

—¿Quién?

—La señora Gaskell.

—Adoro a la señora Gaskell —exclamó Anne Wong.

—¿La señora Gaskell? —dijo Meg Jones—. Estoy intentando pensar algo para responder a eso.

Lo que Madeleine percibió en el congreso fue la eclosión de una nueva clase de académicos. Gente que hablaba de todos los viejos libros que ella amaba, pero de una forma nueva. Los temas eran los siguientes: «Las mujeres pudientes en la novela victoriana», «Las escritoras victorianas y la cuestión de la mujer», «La masturbación en la literatura victoriana» y «La prisión de la condición femenina». Madeleine y Anne Wong escucharon la ponencia de Terry Castle sobre «la lesbiana invisible» en la literatura victoriana, y atisbaron, de lejos, a Sandra Gilbert y a Susan Gubar saliendo de una charla sobre *La loca en el ático* para la que ellas no habían podido encontrar asiento.

Lo que sucedía con las victorianas —empezaba a tomar conciencia Madeleine— es que eran mucho menos victorianas de lo que uno podría imaginar. Frances Power Cobbe había vivido abiertamente con otra mujer, y se refería a ella como «su esposa». En 1868, Cobbe publicó un artículo en *Frasers Magazin* titulado «Criminales,

idiotas, mujeres y menores de edad. ¿Es tal clasificación razonable?». A comienzos de la época victoriana británica las mujeres tenían restringida la capacidad de poseer y de heredar propiedades. Tenían restringida la capacidad de participar en política. Y fue en estas condiciones, mientras se las clasificaba literalmente entre los idiotas, en las que las escritoras preferidas de Madeleine realizaron su trabajo.

Vista desde esta perspectiva, la literatura de los siglos XVIII y XIX. —Y en especial la escrita por mujeres— podría ser tachada de todo menos de antigüedad. Contra absolutamente todo pronóstico, sin que nadie les hubiera concedido el derecho a coger la pluma o a recibir una educación adecuada, mujeres como Anne Finch, Jane Austen, George Eliot, las hermanas Brontë y Emily Dickinson se habían puesto a escribir de todas formas, y de tal suerte que no sólo se unieron al gran proyecto literario de la época sino que, de crear a Gilbert y Sullivan, crearon una nueva literatura jugando a un juego de hombres al tiempo que lo subvertían. Dos frases de *La loca en el ático* impactaron muy especialmente en Madeleine. «En años recientes, por ejemplo, mientras los escritores varones parecen haberse sentido más y más exhaustos por la necesidad de revisionismo que la teoría de la “ansiedad de influencia” de Bloom describe tan certeramente, las escritoras se han visto a sí mismas como pioneras en la eclosión de una creatividad intensa que sus pares varones no han experimentado probablemente desde el Renacimiento, o cuando menos desde la época romántica. Hijo de muchos padres, el escritor varón de hoy se siente fatalmente tardío; hija de muy pocas madres, la escritora de hoy siente que está contribuyendo a crear una tradición viable que por fin emerge de forma irrevocable».

A lo largo de dos días y medio Madeleine y sus nuevas amigas asistieron a dieciséis seminarios. Se colaron en el cóctel de una convención de compañías aseguradoras y comieron gratis. Anne pedía una y otra vez un cóctel llamado «sexo en la playa» en el bar del Hyatt, y cada vez que lo hacía dejaba escapar unas risitas. A diferencia de Meg, que vestía como un estibador, Anne llevaba vestidos floreados de Filene's Basement y zapatos de tacón. La última noche, en su habitación, Anne apoyó la cabeza sobre el hombro de Madeleine y confesó que seguía siendo virgen.

—¡No sólo soy taiwanesa —gimió—, sino una taiwanesa virgen! ¡No tengo remedio!

A pesar de lo poco que tenía en común con Meg y Anne, Madeleine no recordaba habérselo pasado mejor en su vida. En ningún momento del fin de semana le preguntó ninguna de ellas si tenía novio. Lo único que querían era hablar de literatura. La última mañana del congreso, las tres se intercambiaron direcciones y números de teléfono y se dieron un abrazo «a tres» y se prometieron seguir en contacto.

—¡Puede que acabemos las tres en el mismo departamento! —dijo Anne con alegría.

—Dudo mucho que nadie vaya a contratar a tres victorianistas —dijo Meg, como quien constata un hecho.

De regreso a Cape Cod, y durante los días siguientes, Madeleine sentía una oleada de felicidad cada vez que se acordaba de que Meg Jones las había llamado «victorianistas». La palabra hacía que sus aspiraciones vagas se hicieran súbitamente reales. Nunca había tenido una palabra que describiera lo que quería ser. En un área de descanso metió cuatro monedas de veinticinco centavos en un teléfono público para llamar a casa de sus padres, en Prettybrook.

—Papá, ya sé lo que quiero ser.

—¿Qué?

—¡Victorianista! Acabo de volver de un congreso de lo más increíble.

—¿Tienes que especializarte ya? Ni siquiera has empezado el posgrado.

—No, papá, tengo que hacerlo ahora. ¡Lo sé! Y es un campo tan abierto...

De vuelta en Pilgrim Lake, en su escritorio, trató de ponerse a trabajar. Se había llevado la mayoría de sus libros predilectos, si no todos. Los de Austen, Eliot, Wharton y James. A través de Alton, que seguía teniendo relación con la biblioteca de Baxter, se las había arreglado para sacar un buen montón de obras de crítica victoriana mediante un préstamo a largo plazo. Tras la obligada lectura y la elaboración de notas adicionales, Madeleine trató de condensar su tesis hasta dejarla reducida a una extensión publicable en una revista. La máquina de escribir Royal era la misma que había utilizado para mecanografiar su tesis. Y era la misma que había utilizado Alton para sus trabajos universitarios. A Madeleine le encantaba aquella máquina negra de acero, pero las teclas empezaban a quedarse clavadas y no volvían a su posición. A veces, cuando tecleaba con rapidez se quedaban enganchadas dos o tres teclas y tenía que separarlas con los dedos, lo que le sirvió para aprender un nuevo significado del concepto *máquina de escribir manual*. Desenganchar las teclas o cambiar la cinta le dejaban los dedos manchados de tinta. El interior de la máquina resultaba francamente repulsivo: bolas de polvo, virutas de goma de borrar, trocitos de papel, migas de galletas, pelo. Madeleine se asombraba de que aquel artilugio siguiera funcionando. Una vez que fue consciente de lo sucia que estaba su máquina de escribir, ya no pudo dejar de pensar en ello. Era como tratar de dormir en la hierba después de que alguien hubiera mencionado la palabra «gusanos». Limpiar aquella Royal no era tarea fácil. Pesaba una tonelada. No importaban las veces que Madeleine lograba acarrearla hasta la pila y darle la vuelta encima de ella: nunca dejaban de desprenderse inmundicias. Volvía con ella hasta la mesa, ponía una hoja de papel en el rodillo y reanudaba el trabajo, pero el pensamiento fastidioso de que en su interior seguía habiendo porquería, unido a los enganchamientos constantes de las teclas, le hacía olvidar lo que estaba escribiendo. Acabó por volver a llevar la máquina a la pila y limpiar el resto de la suciedad con un viejo cepillo de dientes.

Y fue así como Madeleine trató de convertirse en victoriana.

Confiaba en tener listo el trabajo basado en su tesis para diciembre, a tiempo para incluirlo como escrito de muestra en sus solicitudes en centros de posgrado. La aceptación del artículo en *The Janeite Review* para entonces, y el hecho de poder consignarlo como «de próxima publicación» en su currículum vitae constituirían un mérito adicional. La negativa de Yale —como la de un novio sobre el que tuviera dudas de que le gustara lo bastante— había previsiblemente incrementado sus deseos de entrar en tal institución. Sin embargo, no iba a quedarse en casa esperando la llamada. Esta vez iba a probar con muchas, y por lo tanto empezó a flirtear con la vieja y rica Harvard, con la urbana Columbia, con la cerebral Chicago y con la fiable Michigan, e incluso daba una oportunidad al humilde Baxter College. (Si Baxter no la aceptaba en su mediocre programa de Lengua y Literatura Inglesas, pese a ser hija del anterior rector, Madeleine vería en ello una señal inequívoca de que debía renunciar por completo a la idea de dedicarse al mundo académico). Pero no esperaba ir a Baxter. Rezaba para no tener que ir a Baxter. Para ello, empezó a estudiar de nuevo para el Examen de Evaluación de Posgrado, con intención de ganar puntos en matemáticas y en lógica. Como preparación para el examen de Lengua y Literatura Inglesas, subsanó sus lagunas leyendo detenidamente *The Oxford Book of English Verse*.

En ninguna de estas cosas, sin embargo —ni en la escritura ni en la lectura— hizo demasiados progresos, por la sencilla e irrefutable razón de que lo primero de todo eran sus deberes para con Leonard. Ahora que estaban ya en Cape Cod, Leonard no tenía psiquiatra a quien hablar. Tuvo que conformarse con la terapia telefónica que le brindaba Bryce Ellis (su psiquiatra de Providence) una vez a la semana. Al mismo tiempo, había empezado a ir a la consulta de otro psiquiatra, el doctor Perlmann, en el Massachusetts General Hospital, con quien no se entendía. Con la presión del cumplimiento de su trabajo en el laboratorio, Leonard volvía al apartamento al anochecer y se ponía a contarle sus problemas a Madeleine. Trataba a Madeleine como un sustitutivo de la terapia.

—Hoy he estado temblando como un loco. Ya casi no puedo hacer cultivos con este temblor. Se me caen cosas continuamente. Hoy se me ha caído un matraz. Se me derrama el agaragar por todas partes. Sé lo que está pensando Kilimnik. Piensa: «¿Cómo le han dado una beca a este tipo?».

Leonard mantenía en secreto su trastorno en Pilgrim Lake. Sabía por experiencia que cuando la gente se enterara de que había estado internado y, sobre todo, de que tenía que tomar medicación dos veces al día para mantener estable su estado anímico, iban a tratarlo de otro modo. A veces la gente lo tachaba de su lista de relaciones, o lo evitaba. Madeleine había prometido no contárselo a nadie, pero en agosto, en Nueva York, se lo había confesado a Kelly Traub. Le había pedido a Kelly una discreción

absoluta al respecto, pero Kelly, inevitablemente, se lo contaría a alguien, haciéndole jurar que no se lo contaría a nadie, y esa persona, a su vez, se lo contaría a otra, y así sucesivamente hasta que el estado de Leonard fuera de dominio público.

Madeleine no podía preocuparse por ello ahora. Lo importante, en aquel día de octubre, mientras esperaba el pequeño avión que traía a Phyllida y Alwyn de Boston, era evitar que ellos se enteraran. Lo lógico sería que la crisis marital de Alwyn desviara su atención de la relación sentimental de Madeleine pero, para asegurarse de que así fuera, Madeleine planeaba que su familia se viera cara a cara con Leonard lo menos posible.

El minúsculo aeropuerto consistía en una sola pista y una terminal muy similar a un tinglado de techo semicircular ondulado. En el exterior, al sol del otoño, esperaba un nutrido grupo de gente que o bien charlaba o bien miraba fijamente el cielo para ver llegar el avión.

Para recibir a su madre, Madeleine se había puesto unos pantalones cortos de lino caqui, una blusa blanca y un jersey azul marino de pico con el ribete blanco. Una cosa buena de estar fuera de la universidad —y de vivir en Cape Cod, no lejos de Hyannisport— era que ya nada impedía a Madeleine vestir a esa especie de estilo kennediano con el que se sentía tan cómoda. Siempre había sido una bohemia frustrada, de todas formas. En el segundo año de facultad, se había comprado una camisa de bolera de raso azul eléctrico, con el nombre «Mel» cosido en el bolsillo, y empezó a llevarla en las fiestas del apartamento de Mitchell. Pero al parecer la llevaba demasiado a menudo, porque una noche Mitchell hizo una mueca y dijo:

—¿Qué? ¿Tu camisa bohemia?

—¿A qué te refieres?

—Llevas esa camisa de jugar a los bolos siempre que estás conmigo y con mis amigos.

—Larry tiene una idéntica —se defendió Madeleine.

—Sí, pero la suya está hecha polvo. Y la tuya está impecable. Parece la camisa de bolera de Luis XIV. No tendría que poner «Mel» en el bolsillo. Tendría que poner «El Rey Sol».

Madeleine se sonrió para sí misma al recordarlo. Para entonces Mitchell estaría en Francia, o en España, o en cualquier otra parte. La noche en que se encontró con él en Nueva York había empezado cuando Kelly la llevó a un montaje off-off-Broadway de *El jardín de los cerezos*. El ingenio de la función —habían puesto cestas de pétalos de cerezo entre los asientos, de forma que los espectadores aspiraban la fragancia del jardín que los Ranevsky vendían con el resto de su hacienda— y las caras interesantes que veía en el auditorio hicieron que Madeleine se diera cuenta cabal de que estaba en una gran ciudad. Después del teatro, Kelly había llevado Madeleine a un bar que se había hecho popular entre los licenciados recientes de Brown.

Acababan de entrar en el local cuando se dieron de manos a bruces con Mitchell y Larry, que viajaban a París al día siguiente y estaban con un ánimo festivo de despedida. Madeleine tomó dos vodkas con tónica mientras Mitchell bebía tequila, y luego Kelly quiso ir a Chumley's, en el Village. Los cuatro se apretaron en un taxi, y Madeleine fue sentada sobre las rodillas de Mitchell. Era muy pasada la medianoche, y llevaban las ventanillas abiertas a unas calles tropicalmente cálidas, y Madeleine no parecía tratar de minimizar el contacto físico con Mitchell, sino que se echaba hacia atrás para pegarse a él. El hecho de que ambos hicieron caso omiso del componente sexual del hecho de que ella fuera sentada sobre sus muslos incrementaba el carácter excitante del momento. Madeleine miraba por la ventanilla mientras Mitchell hablaba con Larry. Cada brinco sobre la calzada era transmisor de una información secreta. Avanzaron por la ciudad sin dejar la calle Novena Este. Si bien Madeleine se sentía culpable, razonó que se merecía una noche de cierto desmadre después de un verano absolutamente virtuoso. Además, ninguno de los que iban en el taxi querían hacerse los buenos. Y menos Mitchell quien, en un momento dado durante el trayecto, hizo algo muy osado. Le metió la mano bajo la camisa a Madeleine, y empezó a acariciarle la piel y a subirle un dedo por la parte delantera del torso. Nadie podía ver lo que estaba haciendo. Madeleine le dejó seguir, y ambos fingieron estar absortos en sendas conversaciones con Kelly y Larry. Al cabo de unas cuantas manzanas, la mano de Mitchell subió un poco más arriba: trató de deslizar un dedo bajo la copa derecha del sostén, y en ese momento el brazo de Madeleine bajó como una compuerta y la mano de Mitchell se batió en retirada.

En Chumley's Mitchell hizo reír a sus amigos contándoles la historia de su verano como taxista. Madeleine habló un rato con Kelly, pero no tardó mucho en acabar en el rincón pegada a Mitchell. A pesar de la neblina del vodka era consciente de que no mencionaba en ningún momento el nombre de Leonard, y de que lo hacía adrede. Mitchell le enseñó las marcas en la parte alta del brazo de la vacuna que le habían puesto esa misma tarde. Luego se fue a la barra a pedir otra ronda de copas. Madeleine había olvidado lo divertido que podía ser Mitchell. Comparado con Leonard, Mitchell le exigía tan poco esfuerzo... Como una hora más tarde, cuando Madeleine salió a llamar a un taxi, Mitchell la siguió, e instantes después Madeleine supo que Mitchell la estaba besando y que ella le besaba también. No duró mucho, pero sí mucho más de lo que debería haber durado. Al final, Madeleine se apartó y clamó:

—¡Pensaba que querías ser monje!

—La carne es débil —dijo Mitchell, con una gran sonrisa.

—¡Vete! —dijo Madeleine, dándole un empujón en el pecho—. ¡Vete a la India!

Mitchell la estaba mirando con sus ojos grandes. Se echó hacia delante para cogerle las manos.

—¡Te quiero! —dijo.

Y Madeleine se sorprendió a sí misma respondiéndole:

—Yo también te quiero.

Quería decir que le quería, no que le *amaba*. Ésa era, al menos, una de las interpretaciones posibles, y en Bedford Street, a las tres de la madrugada, Madeleine no quiso aclarar más el asunto. Besó a Mitchell una vez más, breve, secamente, paró un taxi y desapareció en la noche.

A la mañana siguiente, cuando Kelly le preguntó qué había pasado con Mitchell, Madeleine le mintió.

—Nada.

—Creo que es encantador —dijo Kelly—. Es más guapo de lo que recordaba.

—¿Tú crees?

—Es mi tipo.

Al oír esto, Madeleine tuvo una segunda sorpresa: sintió celos. Era obvio que quería a Mitchell para ella sola, aunque lo rechazara. Su egoísmo no tenía límites.

—Ahora estará en el avión —dijo, y zanjó el asunto.

En el tren de regreso a Rhode Island, Madeleine empezó a sentir remordimientos. Decidió que tenía que contárselo a Leonard, pero para cuando el tren llegó a Providence ya se había dado cuenta de que eso no haría sino empeorar las cosas. Leonard pensaría que la estaba perdiendo a causa de su enfermedad. Se sentía sexualmente incapaz, y no se equivocaría del todo. Mitchell se había ido del país, y Madeleine y Leonard pronto se mudarían a Pilgrim Lake. Con ello en mente, Madeleine reprimió sus deseos de confesárselo. Volvió a la tarea de amar y cuidar a Leonard, y al poco empezó a pensar que la experiencia de haber besado a Mitchell aquella noche había tenido lugar en una realidad paralela, efímera, de ensueño.

Ahora, sobre la bahía, abriéndose paso entre pequeñas nubes algodonosas, el avión de línea de diez plazas procedente de Boston apareció en el cielo de Cape Cod, e inició el descenso hacia la península. Entre el grupo de gente que esperaba, Madeleine vio cómo el avión aterrizaba y rodaba hacia la terminal, aplanando con la fuerza de sus hélices las hierbas de las dunas de ambos lados de la pista.

El personal de tierra hizo rodar una escalerilla metálica hasta la puerta del costado principal del avión, que se abrió desde el interior, y los pasajeros empezaron a desembarcar.

Madeleine sabía que el matrimonio de su hermana atravesaba un mal momento. Sabía que su cometido en aquella ocasión era mostrarse solícita y comprensiva. Pero nada más ver a Phyllida y a Alwyn bajando del avión no pudo evitar pensar que ojalá estuviera diciéndoles adiós y no recibéndolas. Había confiado en poder diferir toda visita paterna hasta que los efectos secundarios que la medicación causaba en Leonard hubieran remitido, los médicos insistían en que eso sucedería pronto. No era

que Madeleine se avergonzara de Leonard, sino que sentía un gran desencanto ante el hecho de que Phyllida tuviera que ver a Leonard en tal estado. No era él mismo. Phyllida iba a llevarse una impresión equivocada. Madeleine quería que su madre conociera al Leonard real, el chico de quien se había enamorado y que podía emerger de nuevo en cualquier momento.

Además, ver a Alwyn no iba a ser un plato de buen gusto. En los días en que su hermana mayor le había mandado el «Kit de supervivencia de la soltera», los días en que Alwyn había sintonizado con la década de los sesenta y los derechos inalienables que vinieron con ella, como el de denunciar aquello que no le gustaba y el de permitirse cualquier capricho que le viniera en gana: dejar la facultad después del primer año, por ejemplo, para recorrer el país en el asiento trasero de la moto de su novio, Grimm, o tener una rata blanca increíblemente bonita llamada Hendrix, o meterse de aprendiz de un fabricante de velas empeñado en seguir antiguos métodos celtas. En esa época, Alwyn parecía ir abriendo una brecha de creatividad antimaterialista, moralmente comprometida. Pero cuando Madeleine llegó a la edad que tenía Alwyn en aquel tiempo, cayó en la cuenta de que la iconoclasia y el compromiso de su hermana con la liberación de la mujer no habían sido sino ingredientes de una moda. Alwyn había hecho las cosas que había hecho y expresado las opiniones políticas que había expresado porque todos sus amigos las hacían y expresaban. Se suponía que uno tenía que lamentar mucho haberse perdido la década de los sesenta, pero Madeleine no lo lamentaba en absoluto. Sentía que se había ahorrado un montón de tonterías, que su generación, si bien había heredado mucho de bueno de aquella década, también se hallaba a una saludable distancia de ella, y no había tenido que padecer el azote de ser maoísta en un momento dado y madre de barrio residencial, en Beverly, Massachusetts, el siguiente. Cuando resultó que Alwyn no iba a pasarse la vida a lomos de la moto de Grimm, cuando Grimm la dejó tirada en un campamento de Montana sin siquiera despedirse, Alwyn llamó a casa para pedirle a Phyllida que le mandara un giro para comprarse un billete a Newark, y, un día y medio después, se instaló de nuevo en su antiguo dormitorio de Prettybrook. Se pasó los dos años siguientes (mientras Madeleine terminaba la secundaria) trabajando en una serie de trabajos de servicios y yendo al colegio universitario municipal para estudiar diseño gráfico. En aquel tiempo, la fascinación que Madeleine había sentido por Alwyn había disminuido considerablemente, si no desaparecido por completo. Una vez más, Alwyn se adaptó al medio. Frecuentaba el pub local, el Apothecary, con amigos que tampoco habían logrado salir de Prettybrook, y que habían vuelto todos ellos a la ropa zarrapastrosa, «pija», de sus años de secundaria: pantalones de pana, cuellos redondos, mocasines L. L. Bean. Una noche, en el Apothecary, conoció a Blake Higgins, un tipo razonablemente guapo, medio tonto, que había ido a Babson y vivía en Boston, y empezó a visitarlo en su ciudad y a vestir como a Blake, o a la

familia de Blake, le gustaba que vistiera, más elegantemente, con ropa más cara, con blusas o vestidos de Gucci u Oscar de la Renta, y a prepararse para ser la esposa de alguien importante. Alwyn —en su encarnación más reciente— llevaba casada cuatro años, y ahora que al parecer tal tentativa de llegar a constituir un ser unitario también se estaba derrumbando, los padres recurrían a Madeleine, en su calidad de hermana más sólida y estable, para que intentara apuntalarla.

Vio a su madre y a su hermana bajando por la escalerilla: Phyllida aferrada a la barandilla, la melena a lo Janis Joplin de Alwyn —único vestigio de su pasado hippie — agitándose en la brisa. Se acercaban por el asfalto de la pista, y Phyllida gritó con voz clara:

—¡Somos de la Academia Sueca! Estamos aquí para ver a Diane MacGregor.

—¿No es asombroso que haya ganado? —dijo Madeleine.

—Ha debido de ser emocionante estar aquí.

Se abrazaron, y Phyllida dijo:

—La otra noche cenamos con los Snyder. Snyder es un profesor retirado de Baxter que enseñaba biología, y le hice explicarme el trabajo de la doctora MacGregor. ¡Así que estoy totalmente al día! Los «genes saltarines». Estoy deseando hablar de esto con Leonard.

—Hoy está muy ocupado —dijo Madeleine, tratando de sonar despreocupada—. No hemos sabido que veníais hasta anoche, y tiene que trabajar.

—Por supuesto que no queremos quitarle tiempo. Sólo queremos saludarle.

Alwyn llevaba dos bolsas pequeñas, una en cada hombro. Había engordado, y parecía tener más pecas que nunca. Se dejó abrazar unos instantes, y se apartó.

—¿Qué te ha contado mamá? —preguntó—. ¿Te ha dicho que he dejado a Blake?

—Me dijo que teníais problemas.

—No. Le he dejado. Estoy harta. Nuestro matrimonio se ha ido al traste.

—No dramatices, querida —dijo Phyllida.

—No dramatizo, mamá —dijo Alwyn. Miró airadamente a Phyllida, pero, tal vez con miedo de enfrentarse a ella directamente, se volvió hacia Madeleine para seguir su parlamento—: Blake trabaja toda la semana. Los fines de semana juega al golf. Es como un padre de los años cincuenta. Y casi nunca llamamos a una canguro. Yo quería tener una niñera interna, pero Blake dijo que no quería a nadie dentro de casa todo el día. Así que le dije: «¡Pero si nunca estás en casa! Te vas a ocupar tú de Richard todo el tiempo. Me voy». —Alwyn hizo una mueca—. Lo malo es que ahora me van a estallar las tetas.

Allí, a cielo abierto, a la vista de todo el mundo, se cogió los pechos hinchidos con ambas manos.

—Ally, por favor —dijo Phyllida.

—¿Por favor qué? No me has dejado sacarme leche en el avión. ¿Qué quieres que

haga?

—No había intimidación. Y el vuelo era tan corto.

—Mamá tenía miedo de que a los hombres de la fila de al lado se les pusiera tiesa —dijo Alwyn.

—Ya es bastante malo cómo insistes en dar el pecho a Richard en público. Pero usar ese artilugio...

—Es un sacaleches, mamá. Todo el mundo lo tiene. Vosotros no porque vuestra generación alimentó a los niños con papillas.

—Pues vosotras dos parece que habéis salido bastante bien.

Cuando Alwyn se quedó embarazada, algo más de un año atrás, Phyllida estaba entusiasmada. Había viajado a Beverly para ayudarle a decorar el cuarto del bebé. Ella y Alwyn habían ido juntas a comprar las ropitas, y Phyllida le había enviado desde Prettybrook la vieja cuna de candelabros de Alwyn y Madeleine. Pero la solidaridad madre-hija duró hasta que llegó el bebé. Una vez nacido Richard, Alwyn se convirtió de repente en una experta en puericultura y no le gustaba nada de lo que su madre hacía. Cuando Phyllida llevó un día a casa un chupete, Alwyn se comportó como si le hubieran sugerido que alimentara al niño con vidrio molido. Dijo asimismo que la marca de toallitas húmedas que había comprado Phyllida para la limpieza del bebé era «tóxica». Y se lanzó al cuello de Phyllida cuando ésta se refirió al amamantamiento como a una «moda pasajera». El porqué de la insistencia de Alwyn en amamantar a Richard tanto tiempo era un misterio para Phyllida. Cuando ella había sido una joven madre la única persona que conocía que se empeñaba en amamantar a sus hijos era Katja Fridliefsdottir, su vecina islandesa. Todo el proceso de tener un hijo se había convertido en algo increíblemente complicado, en opinión de Phyllida. ¿Por qué Alwyn tenía que leer tantos libros de puericultura? ¿Por qué necesitaba una «instructora» sobre cómo amamantar a su hijo? Si el amamantamiento no era tan «natural», como reivindicaba siempre Alwyn, ¿por qué era necesario que la enseñaran a hacerlo? ¿Necesitaba Allyn que alguien la enseñara a respirar, o a dormir?

—Éste debe de ser tu regalo de graduación —dijo Phyllida cuando llegaron al coche.

—Sí, éste es. Muchísimas gracias, mamá.

Alwyn montó en el asiento trasero con las bolsas.

—A mí nunca me regalasteis ningún coche —dijo.

—Tú no te licenciaste —dijo Phyllida—. Pero te ayudamos con la entrada de la casa.

Madeleine arrancó y Phyllida continuó:

—Me gustaría poder convencer a tu padre para que comprara un coche nuevo. Sigue conduciendo ese horrible Thunderbird de siempre. ¿Te imaginas? Leí en el periódico sobre un artista que quiso que lo *enterraran* en su coche. Y recorté ese

suelto para Alton.

—A papá seguramente le gustó la idea —dijo Madeleine.

—No, no le gustó. Se pone muy solemne con el asunto de la muerte. Desde que cumplió los sesenta. Se ha puesto a hacer todo tipo de gimnasia en el sótano.

Alwyn abrió la cremallera de una de las bolsas y sacó el sacaleches y un biberón vacío. Empezó a soltarse los botones de la camisa.

—¿A qué distancia está tu casa? —le preguntó a Madeleine.

—A unos cinco minutos en coche.

Phyllida miró hacia atrás para ver lo que estaba haciendo Alwyn.

—¿Podrías subir la capota, por favor, Madeleine? —dijo.

—No te preocupes, mamá —dijo Alwyn—. Estamos en Provincetown. Todos los hombres son gays. A nadie le interesa esto.

Madeleine obedeció a su madre y subió la capota. Cuando el techo se cerró del todo y enganchó en su sitio, salió del aparcamiento del aeropuerto y enfiló Race Point Road. La carretera surcaba las dunas protegidas, blancas contra el cielo azul. Al doblar una curva aparecieron unas cuantas casas modernas y aisladas, con solarios y puertas correderas, y un poco más adelante entraron en las calzadas bordeadas de setas de Provincetown.

—Como te sientes tan agobiada, Ally —dijo Phyllida—, quizá sea un buen momento de que Ricardo Corazón de León deje de alimentarse con tu leche.

—Dicen que un bebé tarda como mínimo seis meses en desarrollar todos los anticuerpos —dijo Alwyn, succionándose el pecho con el sacaleches.

—Me preguntó si eso es científico.

—Todos los estudios hablan de seis meses como mínimo. Yo voy a seguir un año.

—Muy bien —dijo Phyllida, dirigiéndole una mirada taimada a Madeleine—. Entonces será mejor que vuelvas a casa con tu hijo.

—No quiero hablar más de ese asunto —dijo Alwyn.

—De acuerdo. Hablemos de otra cosa. Madeleine, ¿te gusta esto?

—Me encanta. Pero a veces me siento estúpida. Todo el mundo sacó ochocientos en matemáticas en el examen de acceso a la universidad. Pero es un sitio muy bonito, y la comida es genial.

—¿Y Leonard disfruta con lo suyo?

—Le gusta —mintió Madeleine.

—¿Y tú tienes cosas que hacer?

—¿Yo? *Millones* de cosas. Estoy reescribiendo la tesis para mandarla a *The Janeite Review*.

—¿Te la van a publicar? ¡Maravilloso! ¿Cómo me puedo suscribir?

—Aún no me han aceptado el artículo —dijo Madeleine—, pero el editor quiere que se lo mande, así que tengo muchas esperanzas.

—Si quieres hacer carrera —dijo Alwyn—, mi consejo es que no te cases. Tú crees que las cosas han cambiado y que hay una especie de igualdad entre géneros, que los hombres son diferentes, pero tengo que desengañarte. No lo son. Son tan egoístas y ruines como era papá. Como es papá.

—Ally, no me gusta que hables así de tu padre.

—*Jawohl* —dijo Alwyn, y se calló.

El pueblo, pintoresco y de casas pequeñas, erosionadas por el clima, con jardines arenosos y rosales combativos, se había ido vaciando gradualmente desde el Día del Trabajador, y la multitud vacacional de Commercial Street había ido menguando hasta quedar reducida a una población de urbanitas y de *trasplantados* para todo el año. Al pasar por el Pilgrim Monument, Madeleine aminoró al máximo la marcha para que Phyllida y Alwyn pudieran verlo. Los únicos turistas visibles eran una familia de cuatro que miraban fijamente el pilar de piedra.

—¿No te puedes subir? —preguntó uno de los niños.

—Sólo se mira —dijo la madre.

Madeleine volvió a apretar el acelerador, y pronto llegaron al otro extremo del pueblo.

—¿No vive aquí Norman Mailer? —preguntó Phyllida.

—Tiene una casa a orillas del mar —dijo Madeleine.

—Tu padre y yo nos lo encontramos una vez. Estaba *muy* borracho.

Unos minutos después, Madeleine giró y entró por la verja del laboratorio de Pilgrim Lake, y recorrió el largo camino de entrada hasta el aparcamiento cercano al comedor. Ella y Phyllida se bajaron del coche, pero Alwyn siguió en el asiento trasero con el sacaleches.

—Dejadme que termine con ésta —dijo—. Luego seguiré con la otra.

Esperaron al luminoso sol del otoño. Era mediodía, y estaban a mitad de semana. La única persona a la vista era un hombre con una gorra de béisbol que hacía una entrega de marisco en la cocina. El Jaguar de época del doctor Malkieí estaba aparcado a unas cuantas plazas de distancia.

Alwyn terminó la operación y se puso a enroscar la tapa del biberón. Su leche materna tenía un aspecto extrañamente verdoso. Abrió la cremallera de la otra bolsa —que estaba aislada térmicamente y contenía un envase refrigerado—, metió el biberón dentro y se bajó del coche.

Madeleine llevó a Phyllida y a su hermana a un rápido tour por el complejo de Pilgrim. Les enseñó la obra de Richard Sena, la zona de la playa, el comedor, y luego las condujo por el paseo entablado hacia su edificio.

Al pasar por el laboratorio de genética, Madeleine lo señaló y dijo:

—Ahí es donde trabaja Leonard.

—Entremos a saludarle —sugirió Phyllida.

—Antes tengo que ir al apartamento de Maddy —dijo Alwyn.

—Eso puede esperar. Ya que estamos aquí, entremos.

Madeleine se preguntó si Phyllida trataba de castigar con esto a Alwyn, para hacerla penar por sus pecados. Como no quería estar mucho tiempo en el laboratorio, la idea no le pareció mal y las invitó a entrar. Le costó cierto trabajo encontrar el camino. Había estado en el laboratorio pocas veces, y los pasillos parecían todos iguales. Al final vio el letrero en el que se leía, escrito a mano: «Laboratorio de Kilimnik».

El laboratorio era un espacio profusamente iluminado en el que reinaba un desorden ordenado. Cajas de cartón se apilaban en estanterías y en los rincones del recinto. Tubos de ensayo y vasos de precipitación atestaban las vitrinas y se alzaban de pie, en hileras ordenadas, sobre las mesas. Junto a una pila cercana habían dejado un spray de desinfectante y una caja de algo llamado Kim Wipes.

Vikram Jaitly, con un grueso jersey estilo Cosby, estaba sentado en su escritorio. Alzó la vista, por si quien había entrado en la sala era Kilimnik, pero al ver a Madeleine se relajó. Madeleine le preguntó dónde estaba Leonard.

—Está en la sala de los treinta grados —dijo Vikram, apuntando hacia un extremo del laboratorio—. Podéis pasar.

Al lado de la puerta había un frigorífico con un candado.

Madeleine miró a través de la ventana y vio a Leonard de espaldas, de pie enfrente de una máquina que vibraba. Llevaba un pañuelo de colores, pantalones cortos y una camiseta, en absoluto el tipo de atuendo que Madeleine esperaba en él aquel día. Pero no había tiempo para que pudiera cambiarse, así que abrió la puerta y entró seguida de su madre y su hermana.

Vikram había querido decir grados centígrados. En la sala hacía calor. Y había un intenso olor a panadería.

—Hola —dijo Madeleine—. Ya estamos aquí.

Leonard se volvió. No se había afeitado, y tenía un semblante inexpresivo. La máquina a su espalda emitía como un traqueteo.

—¡Leonard! —dijo Phyllida—. Qué bien conocerte al fin.

Esto sacó a Leonard de su aturdimiento.

—Hola —dijo. Se acercó hacia ellas con la mano tendida.

Phyllida pareció vacilar unos instantes, pero le estrechó la mano enseguida, y dijo:

—Espero que no te estemos interrumpiendo.

—No, estaba haciendo un trabajo rutinario. Siento el olor que hay aquí. A alguna gente no le gusta nada.

—Todo sea por la ciencia —dijo Phyllida. Y le presentó a Alwyn.

Si a Phyllida le había sorprendido el aspecto de Leonard, no lo mostró en

absoluto. Pasó de inmediato a hablar de los «genes saltarines» de la doctora MacGregor, y repitió todo lo que había aprendido en la cena con el doctor Snyder. Luego pidió a Leonard que le explicara en qué estaba trabajando.

—Bien —dijo Leonard—, estamos trabajando con la levadura, y aquí es donde la cultivamos. Este aparato de aquí se llama mesa tembladora. Metemos levadura dentro para oxigenarla. —Levantó la tapa y sacó un matraz lleno de un líquido amarillo—. Bien, dejadme que os enseñe.

Las condujo afuera, a la sala principal, y dejó el matraz encima de la mesa.

—El experimento que estamos llevando a cabo tiene que ver con el apareamiento de la levadura.

Phyllida enarcó las cejas.

—No sabía que la levadura fuera tan interesante. ¿Podrías explicárnoslo con detalle?

Cuando Leonard empezó a explicar la investigación en la que participaba, Madeleine se tranquilizó. Era el tipo de cosa que a Phyllida le gustaba: que la informaran los expertos en la materia, en cualquier campo.

Leonard había sacado una varilla de cristal de un cajón y la había metido en el matraz.

—Lo que estoy haciendo ahora es trasvasar un poco de levadura de la pipeta a una regleta de prueba, y así podremos echarle una ojeada.

—¡Dios, *pipeta*! —dijo Alwyn—. No había vuelto a oír esa palabra desde el instituto.

—Hay dos clases de células de la levadura: células haploides y células diploides. Las células haploides son las únicas que se aparean. Son de dos clases: células «a» y células «alfa». En el apareamiento, las células «a» buscan a las células «alfa» y las células «alfa» buscan a las células «a». —Puso la regleta de prueba bajo el microscopio—. Echad una mirada.

Phyllida dio un paso adelante e inclinó la cara hacia el visor del microscopio.

—No veo nada —dijo.

—Tienes que enfocarlas aquí.

Cuando Leonard levantó la mano para mostrarle cómo hacerlo, vio que ésta le temblaba ligeramente, y se agarró al borde de la mesa.

—Oh, ahí están —dijo Phyllida, enfocándolas ella misma.

—¿Las ves? Son células de levadura. Si las miras un poco más de cerca, verás que unas son más grandes que las otras.

—¡Sí!

—Las grandes son las diploides. Las haploides son más pequeñas. Enfoca las más pequeñas, las haploides. Algunas se están alargando. Lo hacen antes del apareamiento.

—Veo una que tiene una... protuberancia en un extremo.

—A eso lo llamamos shmoo. Ése es un haploide preparándose para el apareamiento.

—¿Un shmoo? —dijo Alwyn.

—Viene de *Li'l Abner* —explicó Leonard—. El cómic.

—¿Cuántos años te parece que tengo? —le dijo Alwyn.

—Yo sí me acuerdo de *Li'l Abner* —dijo Phyllida, sin dejar de mirar por el microscopio—. Era un palurdo del campo. Y no muy gracioso, creo recordar.

—Cuéntales lo de las feromonas —dijo Madeleine.

Leonard asintió con la cabeza.

—Las células de levadura secretan feromonas, que son una especie de perfume químico. Las células «a» la feromona «a» y las células «alfa» la feromona «alfa». Así es como se atraen la una a la otra.

Phyllida siguió mirando fijamente por el microscopio por espacio de un minuto más, sin informar apenas de lo que estaba viendo. Al final levantó la cabeza.

—Bien, ya nunca podré pensar en la levadura de la misma forma que antes. ¿Quieres echar una mirada, Ally?

—No, gracias. No quiero saber nada más de apareamientos —dijo Alwyn, en tono acre.

Phyllida no le hizo ningún caso, y dijo:

—Leonard, entiendo lo de las haploides y las diploides. Pero dime qué es lo que queréis saber de ellas.

—Intentamos averiguar por qué la progenie de una división celular determinada puede tener destinos de desarrollo diferentes.

—Oh, querido. Quizá no debería haberlo preguntado...

—No es tan complicado. ¿Te acuerdas de los dos tipos de células haploides, las de tipo «a» y las de tipo «alfa»?

—Sí.

—Bien, de cada una de esas haploides existen también dos tipos. Las llamamos «células madre» y «células hijas». Las células madre pueden germinar y crear nuevas células. Las células hijas no. Las células madre pueden también cambiar de sexo (pasar de ser «a» a ser «alfa») para aparearse. Tratamos de averiguar por qué las células madre pueden hacerlo y las células hijas no.

—Yo sé por qué —dijo Phyllida—. Porque la madre es la que más sabe.

—Hay un millón de razones posibles para esta asimetría —prosiguió Leonard—. Estamos comprobando una de ellas, que tiene que ver con el gen HO. Es complicado, pero básicamente lo que estamos haciendo es cortar el gen HO y ponerlo en la cola, de forma que pueda leerse al revés en la otra hebra de ADN. Si esto afecta a la capacidad de las células hijas para cambiar, significaría que el gen HO es el que

controla la asimetría.

—Me temo que me he perdido.

Era la primera vez que Madeleine oía a Leonard hablar abiertamente sobre su trabajo. Hasta entonces no había hecho más que quejarse. No le gustaba Bob Kilimnik, que lo trataba como a un empleado. Decía que el trabajo real del laboratorio era tan interesante como peinar piojos. Pero ahora Leonard parecía genuinamente interesado en lo que estaba haciendo. Al hablar, tenía el semblante animado. La alegría que sintió Madeleine al verle volver a la vida le hizo olvidar que Leonard tenía sobrepeso y llevaba un pañuelo de colores delante de su madre, y se puso a escuchar lo que le estaba explicando.

—La razón por la que estudiamos las células de la levadura es que, en esencia, son como las células humanas, sólo que mucho más sencillas. Las haploides se parecen a los gametos, nuestras células sexuales. Lo que esperamos es que lo que se averigüe de las células de la levadura valga también para las células humanas. Así que si logramos averiguar cómo y por qué germinan, podríamos aprender algo sobre cómo detener *ese* proceso. Hay pruebas de que la germinación de la levadura es análoga a la germinación de las células del cáncer.

—¿Así que estáis buscando un remedio para el cáncer? —dijo Phyllida con entusiasmo.

—No en este trabajo —dijo Leonard—. Hablaba en general.

Lo que hacemos aquí es poner a prueba una hipótesis. Si Bob está en lo cierto, esto tendrá consecuencias importantes. Si no, al menos habremos descartado una posibilidad. Y podremos avanzar desde ese punto. —Bajó la voz—. En mi opinión, la verificación de la hipótesis que sustenta este trabajo la tenemos ahí delante. Pero nadie me ha preguntado mi opinión.

—Leonard, ¿cuándo supiste que querías ser científico? —preguntó Phyllida.

—En el instituto. Tuve un profesor de biología maravilloso.

—¿Ha habido muchos científicos en tu familia?

—No, en absoluto.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi padre tenía una tienda de antigüedades.

—¿De veras? ¿Dónde?

—En Portland, Oregón.

—¿Y tus padres viven todavía allí?

—Mi madre sí. Mi padre vive en Europa. Están divorciados.

—Oh, entiendo.

Aquí Madeleine dijo:

—Mamá, tenemos que irnos.

—¿Qué?

—Leonard tiene que seguir trabajando.

—Oh, sí, por supuesto. Bien. Ha sido un placer conocerte. Siento que hoy tengamos tan poco tiempo. Hemos cogido el avión siguiendo un impulso loco.

—Quedaos más la próxima vez.

—Me encantaría. Quizá pueda volver a visitaros con el padre de Madeleine.

—Sería estupendo. Siento estar tan ocupado hoy.

—No tienes que disculparte. ¡La marcha del progreso!

—Más bien se trata de avanzar muy despacio —dijo Leonard.

En cuanto estuvieron fuera, Alwyn le pidió a Madeleine que la llevara enseguida a su apartamento.

—Dentro de nada me va a empezar a rezumar la pechera del vestido.

—¿Puede pasarte eso? —dijo Madeleine, con una mueca de desagrado.

—Sí. Es como ser una vaca.

Madeleine se echó a reír. Se sentía tan aliviada por haber dejado atrás el trance de aquel encuentro que ahora apenas le importó ocuparse de aquella urgencia familiar. Cruzó el aparcamiento en dirección a su edificio seguida de Phyllida y de Alwyn, que empezó a soltarse los botones de la blusa antes de llegar a la puerta. Una vez dentro, se dejó caer en el sofá y sacó el sacaleches de la bolsa. Se desabrochó el lado izquierdo del sujetador de amamantar y acopló la ventosa al pecho.

—Muy bajos, los techos —dijo Phyllida, mirando hacia otro lado con determinación.

—Lo sé —dijo Madeleine—. Leonard tiene que agacharse.

—Pero la vista es muy bonita.

—Oh, Dios mío —dijo Alwyn, suspirando de placer—. Es un alivio tan grande. Dicen que hay mujeres que tienen orgasmos mientras dan de mamar a sus bebés.

—Adoro esta vista del océano.

—¿Ves lo que te perdiste por no amamantarnos, mamá?

Phyllida cerró los ojos y dijo en un tono imperioso:

—¿Te importa hacer eso en otra parte, por favor?

—Somos familia —dijo Alwyn.

—Estás enfrente de un *ventanal enorme* —dijo Phyllida—. Cualquiera que pase por ahí fuera puede ver lo que pasa dentro.

—Está bien. Dios. Me iré al baño. Tengo que hacer pis, además.

Se puso de pie, con el sacaleches y el biberón (que se había ido llenando con rapidez) en las manos, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Phyllida se alisó la falda del traje y se sentó. Levantó los ojos y buscó los de Madeleine, sonriendo con paciencia.

—Nunca es fácil para un matrimonio la llegada de un bebé. Es un maravilloso acontecimiento. Pero tensa la relación de la pareja. Por eso es tan importante dar con

el tipo de persona adecuado cuando se quiere formar una familia.

Madeleine estaba decidida a ignorar todo trasfondo al respecto. Iba a quedarse totalmente en la superficie.

—Blake es genial —dijo.

—Es maravilloso —convino Phyllida—. Y Allyn también es maravillosa. ¡Y Ricardo Corazón de León es divino! Pero la situación en esa casa es horrible.

—¿Estáis hablando de mí? —dijo Alwyn desde el cuarto de baño—. Dejad de hablar de mí.

—Cuando termines ahí dentro —le respondió Phyllida—, quiero que las tres tengamos una charla.

Se oyó la cisterna. Segundos después, Alwyn apareció en la sala. Seguía sacándose la leche.

—Me tiene sin cuidado lo que digáis —dijo—. No voy a volver.

—Allyn —dijo Phyllida, en su tono más amable y comprensivo—, entiendo que estéis teniendo dificultades en vuestro matrimonio. Imagino que Blake, como todo miembro del género masculino, tiene ciertos fallos en lo que se refiere al cuidado de los niños. Pero el que va a resultar más perjudicado por tu marcha...

—¡Ciertos fallos...!

—¡... es Richard!

—No hay otra forma de convencer a Blake de que voy en serio.

—¡Pero dejar a tu bebé!

—Con su *padre*. He dejado al bebé con su padre.

—Pero a esa edad necesita a su madre.

—A ti te preocupa que Blake no sea capaz de cuidar de él. Que es exactamente lo que quiero demostrar.

—Blake tiene que trabajar —dijo Phyllida—. No puede quedarse en casa.

—Bien, pues ahora tendrá que poder.

Exasperada, Phyllida se levantó y fue hasta la ventana.

—Madeleine —dijo—, habla con tu hermana.

Madeleine, en su calidad de benjamina, nunca se había visto en una situación semejante. No quería humillar a Alwyn, y sin embargo había algo tentador en el hecho de que se le pidiera hacer de juez.

Después de quitarse la ventosa del pecho, Alwyn se daba unos toquecitos en el pezón con un puñado de porciones de papel higiénico, y al tener la cabeza baja se le formaba una pequeña papada.

—Dime qué es lo que ha pasado entre vosotros —dijo Madeleine con voz suave.

Alwyn alzó la mirada con expresión ofendida, apartándose el pelo leonado de la cara con la mano libre.

—¡Ya no soy yo misma! —exclamó—. Soy mamá. *Blake* me llama mamá. Al

principio sólo lo hacía cuando me veía con Richard en brazos, pero ahora me llama así también cuando estamos solos. Como si pensara que por ser madre soy también su madre. Es tan *raro* todo esto. Antes de casarnos solíamos repartirnos las tareas de la casa. Pero en cuanto tuvimos al niño Blake empezó a actuar como si fuera absolutamente natural que yo hiciera la colada y fuera a la tienda a comprar comida. Lo único que él hace es trabajar, *todo el tiempo*. Siempre está preocupado por el dinero. No hace nada en casa. Y digo *nada*. Ni siquiera tiene relaciones sexuales conmigo. —Eché una mirada Phyllida—. Lo siento, mamá, pero Maddy me ha preguntado cómo nos va. —Volvió a mirar a Madeleine—. Así es como nos va. No nos va.

Madeleine escuchó a su hermana con talante solidario. Comprendió que las quejas de Alwyn sobre su matrimonio eran quejas sobre el matrimonio y los hombres en general. Pero, como toda persona enamorada, Madeleine creía que su relación era diferente a las demás, e inmune a los problemas típicos. Por tanto, las palabras de Alwyn hicieron que Madeleine se sintiera secreta e intensamente feliz.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó Madeleine, señalando el biberón.

—Voy a llevármelo a Boston y a mandárselo a Blake.

—Eso es una tontería, Ally.

—Gracias por el apoyo.

—Lo siento. Bueno, Blake parece que está portándose como un cabrón. Pero estoy de acuerdo con mamá. Tienes que pensar en Richard.

—¿Por qué es responsabilidad mía?

—¿No es obvio?

—¿Por qué? ¿Porque tengo un bebé? ¿Porque ahora soy una «esposa»? No entiendes nada. Acabas de salir de la facultad.

—Ah, ¿y eso significa que no puedo opinar?

—Significa que tienes que hacerte mayor.

—Creo que eres tú la que se niega a crecer —dijo Madeleine.

Alwyn encogió los ojos.

—¿Por qué, cuando hago algo, soy Ally la loca? La loca de Ally yéndose a un hotel. La loca de Ally abandonando a su hijo. Soy siempre la loca, y Maddy es siempre la sensata. Muy bien. Perfecto.

—¡Bueno, no soy yo la que manda por mensajero su leche materna!

Alwyn le lanzó una mirada fiera, extraña.

—No hay nada mal en tu vida, seguro.

—No he dicho eso.

—No hay nada loco en tu vida.

—Si alguna vez tengo un hijo y me voy de casa, tienes mi permiso para decirme que me comporto como una loca.

Alwyn dijo:

—¿Y si tú empiezas a salir con alguien chiflado?

—¿De qué estás hablando? —dijo Madeleine.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando.

—Ally —dijo Phyllida, volviéndose—. No me gusta el tono que estás empleando con tu hermana. Sólo trata de ayudarte.

—Tal vez deberías preguntarle a Maddy por un frasco de medicamento que he visto en el baño.

—¿Qué frasco?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—¿Has estado fisgando en mi botiquín? —dijo Madeleine, alzando la voz.

—¡Está justo en la encimera!

—¡Has estado fisgando!

—Basta —dijo Phyllida—. Ally, esté donde esté, no es de tu incumbencia. Y no quiero oír una palabra más sobre el asunto.

—¡A eso se le llama sensatez! —clamó Alwyn—. Vienes aquí a ver si Leonard podría estar bien como marido, y cuando te topas con un problema serio (como que quizá está en tratamiento con *litio*), no quieres saber más del asunto. Mientras que mi matrimonio...

—No deberías haber leído el prospecto.

—¡Has sido tú la que me has dicho que me meta en el baño!

—No para invadir la intimidad de Maddy. Bueno, os lo digo a las dos: *basta ya*.

Pasaron el resto de la tarde en Provincetown. Comieron en un restaurante cercano a Whaler's Wharf, decorado con redes de pesca colgadas de las paredes. Un letrero colocado en el ventanal informaba a los clientes de que el establecimiento se cerraría dentro de una semana. Después de comer, las tres dieron un paseo en silencio por Commercial Street, mirando los edificios y deteniéndose en las tiendas de souvenirs y en las papelerías que aún seguían abiertas, y adentrándose en el embarcadero para ver los barcos de pesca. Hicieron como que estaban llevando a cabo una visita como es debido (a pesar de que Madeleine y Alwyn apenas se miraban), porque eran Hanna y era así como se comportaban los Hanna. Phyllida insistió incluso en tomar unas copas de helado (algo inusual en ella). A las cuatro de la tarde volvieron a montar en el coche. Madeleine, camino del aeropuerto, apretaba el acelerador como si estuviera aplastando un bicho con el zapato, y Phyllida le dijo que no corriera tanto.

Cuando llegaron al aeropuerto, el avión con destino a Boston estaba ya en la pista, con las hélices en funcionamiento. Grupos familiares más felices despedían a los suyos con abrazos o diciéndoles adiós con la mano. Alwyn se unió a los pasajeros que esperaban sin despedirse de su hermana, y pronto entabló conversación con uno de ellos para demostrar cuán amistosa y agradable la consideraban los demás.

Phyllida no dijo nada hasta que estuvo a punto de pasar por la puerta de embarque.

—Espero que el viento haya amainado. A la venida hemos tenido turbulencias.

—Parece más calmado —dijo Madeleine, mirando el cielo.

—Por favor, vuelve a darle las gracias a Leonard de nuestra parte. Ha sido un detalle precioso por su parte dedicarnos parte de su tiempo.

—Se las daré.

—Adiós, querida —dijo Phyllida, y acto seguido salió a la pista de aterrizaje, caminó hasta el avión y subió por la escalerilla.

Las nubes se congregaban en el oeste cuando Madeleine recorría el camino de vuelta hacia Pilgrim Lake. El sol iniciaba ya el descenso, y el ángulo de su luz teñía las dunas de un color de caramelo de azúcar y mantequilla. Cape Cod era uno de los pocos lugares de la Costa Este donde uno podía ver cómo se ponía el sol. Las gaviotas se zambullían en el agua, como si quisieran estrellar contra ella sus minúsculos cerebros.

Una vez en el apartamento, Madeleine se echó en la cama un rato, y se quedó mirando el techo con fijeza. Fue a la cocina y calentó agua para hacer té, pero en lugar de hacerlo se comió media tableta de chocolate. Y luego se dio una ducha larga. Salía de ella cuando oyó llegar a Leonard.

Se envolvió con una toalla y salió a recibirle; le echó los brazos al cuello y dijo:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por soportar a mi familia. Por ser tan encantador.

No sabía decir si la camiseta de Leonard estaba húmeda o era ella recién salida de la ducha. Dejó caer la toalla al suelo.

—Bien, estupendo, entonces —dijo Leonard—. ¿Y ésta es mi recompensa por ser bueno?

—Ésta es tu recompensa por ser bueno —dijo Madeleine.

Leonard la empujó, un poco desmañadamente, hacia el dormitorio, donde la hizo descender hasta la cama, y empezó a quitarse la ropa. Madeleine, boca arriba, esperaba en silencio. Cuando Leonard se puso encima de ella, ella respondió besándole y acariciándole la espalda. Alargó la mano hacia abajo y la puso pegada al pene. Su dureza sorprendente, después de meses de flaccidez, hizo que le pareciera el doble de grande de lo que recordaba. No había tenido conciencia de lo mucho que lo echaba en falta. Leonard se incorporó sobre las rodillas, y miró a Madeleine, y sus ojos oscuros recorrieron cada rincón de su cuerpo. Apoyándose sobre un brazo, se cogió la verga y empezó a movérsela de forma circular, introduciéndola casi, pero sin hacerlo. Durante un instante de locura Madeleine consideró la posibilidad de dejarle entrar. No quería romper el momento. Quería abandonarse al riesgo a fin de mostrarle

lo mucho que lo amaba. Arqueó la espalda y lo guió. Pero cuando Leonard empujó hacia dentro, Madeleine lo pensó mejor y dijo:

—Espera.

Trató de ser lo más rápida posible. Lanzó las piernas hacia un lado de la cama, abrió el cajón de la mesilla de noche y cogió la caja del diafragma. Sacó el disco, y le llegó el olor a goma. El tubo espermicida estaba todo estrujado. En su precipitación, Madeleine hizo que saliera demasiada gelatina y que se le cayera en el muslo. Abrió bien las piernas, se metió el artilugio aplastado y hecho un ocho y se lo insertó hasta el fondo de ella, hasta que sintió que se abría y recuperaba su forma. Se limpió la mano en la sábana y se dio la vuelta sobre el costado hacia Leonard.

Cuando empezó a besarla, sintió el sabor agrio, metálico de nuevo, más intenso que nunca. Cayó en la cuenta, con un sentimiento de zozobra, de que ya no estaba excitada. Pero no importaba. Lo que importaba era que consumaran el acto. Con ello en mente, alargó la mano hacia abajo para ayudar a que las cosas funcionaran, pero Leonard ya no la tenía dura. Como si no lo hubiera notado, Madeleine volvió a los besos. Con desesperación, empezó a devorar la boca agria de Leonard, tratando de parecer excitada para excitarle a él. Pero al cabo de medio minuto, Leonard se apartó. Se dio la vuelta pesadamente hasta un costado, con la cara vuelta para no verla, y se quedó en silencio.

Siguió un momento largo y frío. Por primera vez en todo aquel tiempo, Madeleine lamentó haber conocido a Leonard. Él era un ser tarado, y ella no, y no podía hacer nada para remediarlo. La crueldad de este pensamiento se le antojó fértil y dulce, y se abandonó a él unos instantes más.

Pero también esto pasó, y Madeleine se apiadó de Leonard, y se sintió culpable por ser tan egoísta. Tendió la mano hacia él y le acarició la espalda. Leonard estaba llorando, y Madeleine trató de consolarle diciéndole las cosas de rigor, besándole la cara, diciéndole que le amaba, que le amaba..., y que todo iba a ir bien, que lo amaba tanto.

Se acurrucó contra él, y ambos guardaron silencio.

Y luego debieron de quedarse dormidos, porque cuando Madeleine se despertó el dormitorio estaba a oscuras. Se levantó y se vistió. Se puso su chaquetón marinero y salió del edificio en dirección a la playa.

Eran pasadas las diez. Las luces del comedor y del bar seguían encendidas. Justo delante de ella, la luna —en uno de sus cuartos— iluminaba jirones de nubes que se desplazaban con rapidez sobre la bahía oscura. El viento era fuerte. Le azotaba la cara, y parecía personalmente interesado en ella. Venía de muy lejos: había atravesado el continente para llevarle un mensaje.

Se concentró en lo que le había explicado la psiquiatra del Providence Hospital la única vez que había hablado con ella. A menudo llevaba tiempo dar con la dosis

adecuada, le había dicho. Los efectos secundarios eran peores al principio. Dado que Leonard había funcionado bien con litio en el pasado, no había razón para que no fuera a seguir siendo así en el futuro. Sólo era cuestión de volver a calibrar la dosis. Muchos maníaco-depresivos vivían vidas largas y productivas.

Madeleine confiaba en que aquello fuera cierto. Estar con Leonard la hacía sentirse excepcional. Era como si, antes de haberlo conocido, la sangre que le circulaba por el cuerpo tuviera una tonalidad gris, y ahora fuera una sangre completamente oxigenada y roja.

La horrorizaba volver a ser la persona «medio viva» que había sido antes.

Mientras estaba allí de pie mirando las olas negras, le llegó un sonido a los oídos. Un suave y rápido ruido sordo se aproximaba por la arena. Madeleine se volvió, y una figura oscura surgió de la negrura, desplazándose muy bajo, a ras de tierra. En el instante siguiente reconoció a la caniche de Diane MacGregor, que pasó de largo a la carrera. Iba con la boca abierta, la lengua fuera, y el cuerpo tan alargado y recto como una flecha.

Segundos después, apareció la doctora MacGregor.

—Su perro me ha asustado —dijo Madeleine—. Sonaba como un caballo.

—Sé a lo que se refiere —dijo MacGregor.

Llevaba el mismo impermeable de la rueda de prensa de dos semanas atrás. El pelo blanco le caía lánguidamente a ambos lados de la cara arrugada e inteligente.

—¿Por dónde se ha ido? —le preguntó MacGregor. Madeleine señaló una dirección.

—Por allí.

MacGregor entrecerró los ojos para escrutar la oscuridad. Estaban una al lado de la otra en la playa, sin necesidad de hablar más.

Al final, Madeleine quebró el silencio:

—¿Cuándo va a Suecia?

—¿Qué? Oh, en diciembre. —No parecía interesada—. No entiendo por qué los suecos hacen ir a alguien a Suecia en diciembre, ¿y usted?

—En verano sería mucho mejor.

—¡Apenas habrá luz diurna! Supongo que por eso celebran los premios en esas fechas. Para darles a los suecos algo que hacer durante el invierno.

De pronto la perra de MacGregor volvió a pasar a la carrera, levantando arena.

—No sé por qué me hace tan feliz ver correr a mi perra —dijo MacGregor—. Es como si una parte de mí quisiera hacer autostop. —Sacudió la cabeza—. A eso es a lo que he llegado. A vivir de forma vicaria a través de mi caniche.

—Hay cosas peores.

La perra pasó por delante de ellas unas cuantas veces más, y luego volvió y se puso a dar brincos enfrente de su dueña. Al reparar en Madeleine, el animal fue hasta

ella para olisquearla, y se puso a frotarse la cabeza contra sus piernas.

—No está muy unida a mí —dijo MacGregor, juzgándolo con objetividad—. Se va con todo el mundo. Si me muriese, me olvidaría en un segundo. ¿Verdad que sí? —le dijo a la perra; la llamó y le rascó vigorosamente la parte baja de la mandíbula—. Sí, lo harías. Lo harías, lo harías...

*

Después de dejar París, fueron de Francia a Irlanda, y de nuevo viajaron rumbo al sur, y pasaron por Andalucía y llegaron hasta Marruecos. Mitchell empezó a escabullirse para entrar en las iglesias en cuanto se le presentaba la ocasión. Era Europa, y había iglesias por todas partes, catedrales espectaculares y capillas pequeñas y silenciosas, todas ellas aún en funcionamiento (aunque normalmente vacías), todas ellas abiertas al peregrino errante, incluso a alguien como Mitchell, que no estaba muy seguro de reunir las condiciones necesarias. Entraba en aquellos espacios oscuros, supersticiosos para contemplar detenidamente frescos desvalidos o pinturas de Cristo descarnadas y sangrientas. Miraba en relicarios de cristal que contenían los huesos de San Quienquiera que fuera. Emocionado, solemne, encendía velas votivas, siempre con el mismo deseo inapropiado: que algún día, de alguna forma, Madeleine fuera suya. Mitchell no creía que aquellas velas funcionaran. Era opuesto a los rezos petitorios. Pero le hacía sentirse un poco mejor encender una vela a Madeleine y pensar en ella unos minutos, en la paz de una vieja iglesia española, mientras, fuera, el mar de la fe reculaba «por los vastos bordes sombríos y los guijarros desnudos del mundo».^[11]

Mitchell era perfectamente consciente de lo extraño de su comportamiento. Pero no importaba porque no había nadie cerca que pudiera reparar en ello. En los bancos rígidos de las iglesias, en medio del olor a cera de vela, cerraba los ojos y se quedaba sentado lo más quieto que podía, abriéndose a toda entidad que en aquel recinto pudiera sentir interés por su persona. Puede que no hubiera nada. Pero ¿cómo saberlo si no enviaba una señal? Eso era lo que Mitchell estaba haciendo: estaba enviando una señal a la «casa matriz».

En los trenes, autobuses y barcos que les llevaban a todos estos lugares, Mitchell leía uno tras otro los libros de su mochila. Con la mente de Thomas de Kempis, autor de *La imitación de Cristo*, era difícil de conectar. Partes de *Las confesiones* de San Agustín, sobre todo las relativas a su juventud licenciosa y a su esposa africana, eran reveladoras. *Las moradas*, de Santa Teresa de Ávila, sin embargo, resultaron apasionantes. Mitchell devoró el libro durante la travesía nocturna desde Le Havre a Rosslare. Desde la estación de Saint Lazare habían ido a Normandía a visitar el restaurante donde había trabajado Larry cuando cursaba secundaria. Después de una

monumental comida con la familia de los propietarios, seguida de una noche en su casa, siguieron hasta Le Havre para tomar el ferry que los llevaría a Rosslare. La mar estaba encrespada. Los pasajeros seguían despiertos en el bar, o trataban de dormir en el suelo de la cabina abierta. Explorando la parte inferior de una de las cubiertas, Mitchell y Larry descubrieron un salón de oficiales vacío, con un jacuzzi y camas, y, en medio de aquel lujo indebido, Mitchell leyó sobre el progreso del alma hacia la unión mística con Dios. *Las moradas* describía una visión relacionada con el alma que había tenido Santa Teresa. «... considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o un muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas». Al principio el alma está en la oscuridad del exterior de los muros del castillo, plagado de los insectos agujoneadores y las serpientes venenosas de sus pecados. Por el poder de la gracia, sin embargo, algunas almas se arrastraban fuera de esta ciénaga y tocaban a la puerta del castillo. «En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellas tantas sabandijas, que ni les dejan ver la hermosura del castillo; ni sosegar; harto hacen en haber entrado». Durante toda la noche, mientras el ferry cabeceaba sobre las aguas, y Larry dormía, Mitchell leyó cómo el alma progresaba a través de las otras seis moradas, edificándose a sí misma con sermones, mortificándose con penitencias y ayunando, haciendo actos de caridad, gritando, rezando, yendo a retiros, abandonando viejos hábitos y haciéndose cada día más perfecta, hasta desposarse con su Amado. «Cuando Nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual métela en su morada, que es esta séptima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia adonde sólo Su Majestad mora, y digamos otro cielo». Lo que impresionó a Mitchell de aquel libro no fue tanto la imaginería, que parecía tomada del Cantar de los Cantares, cuanto sus aspectos prácticos. El libro era una guía para la vida espiritual escrito con una gran especificidad. Por ejemplo, al describir la unión mística, Santa Teresa escribió: «Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida que no pueda entender en nada. Mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios». Y más adelante: «El traer esta presencia entiéndese que no es tan enteramente, digo tan claramente, como se le manifiesta la primera vez y otras algunas que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente». Esto sonaba a auténtico. Sonaba a algo que Santa Teresa —que lo escribió quinientos años atrás— había experimentado, algo tan real como el jardín que podía verse desde la ventana de su convento de Ávila. Uno puede distinguir la diferencia entre alguien que describe algo inventado y alguien que utiliza un lenguaje metafórico para describir una experiencia inefable, pero real. Justo después del amanecer, Mitchell subió a cubierta. Se sentía mareado por la falta de sueño y un

poco aturdido por el libro. Mientras miraba el océano gris y la costa neblinosa de Irlanda, se preguntó en cuál de las moradas se encontraría su alma.

Pasaron dos días en Dublín. Mitchell obligó a Larry a visitar los santuarios de Joyce, Eccles Street y Martello Tower. Larry llevó a Mitchell a ver al grupo de «teatro pobre» de Jerzy Grotowski. Al día siguiente, hicieron autostop hacia el oeste. Mitchell trató de prestar suma atención a Irlanda, y sobre todo al County Cork, de donde provenía la rama materna de su familia. Pero llovía todo el tiempo, y la niebla cubría los campos, y para entonces había empezado a leer a Tolstoi. Había libros que se abrían paso a través del ruido de la vida y te agarraban del cuello de la chaqueta y te hablaban sólo de las cosas que encerraban más verdad. *Una confesión* era un libro de éstos. En él, Tolstoi relataba una fábula rusa sobre un hombre que, perseguido por un monstruo, se tira a un pozo. Cuando está cayendo, sin embargo, ve que en el fondo hay un dragón que lo está esperando para devorarlo. Entonces, el hombre ve una rama que sobresale de la pared del pozo, y se agarra a ella, y se queda colgando. Ello impide que el hombre caiga en las fauces del dragón, o que se lo coma el monstruo de arriba, pero resulta que surge un pequeño problema. Dos ratones, uno negro y otro blanco, corretean por la rama, y la mordisquean. Sólo es cuestión de tiempo que en algún momento lleguen con los dientes al corazón de la rama, y ésta se parta y el hombre caiga al abismo. Mientras el hombre contempla su inexorable destino, advierte algo más: del extremo de la rama a la que se aferra se desprenden unas cuantas gotas de miel. El hombre saca la lengua para lamerlas. Ésta —nos dice Tolstoi— es la fatal condición humana: somos el hombre que se agarra a esa rama. La muerte nos aguarda. No hay escapatoria. Y, así, nos distraemos lamiendo cualquier gota de miel que se nos ponga al alcance.

La mayoría de las cosas que Mitchell había leído en la universidad no le habían transmitido Sabiduría (con S mayúscula). Pero esta fábula rusa lo hizo. Era verdadera respecto de la gente en general y era verdadera respecto de Mitchell en particular. ¿Qué hacían él y sus amigos, en realidad, sino colgar de una rama y sacar la lengua para gustar las dulzuras? Pensó en la gente que conocía, con sus cuerpos jóvenes y magníficos, sus casas de verano, su ropa elegante, sus poderosos fármacos, su liberalismo, sus orgasmos, sus cortes de pelo. Todo lo que hacían era bien placentero en sí mismo o diseñado para procurarles placer en el futuro. Incluso la gente que era «política» y que protestaba contra la guerra en El Salvador lo hacía en gran medida para nimbarse con una grata luz de cruzada. Y los artistas eran los peores, los pintores y los escritores, porque creían que vivían para el arte cuando en realidad no hacían sino alimentar su narcisismo. Mitchell siempre se había sentido orgulloso de su disciplina. Estudiaba más que ninguno de sus compañeros. Pero no era más que su manera de aferrarse más a la rama.

Lo que Larry opinaba sobre la lista de lecturas de Mitchell no estaba claro. La

mayoría de las veces se limitaba a levantar una de sus cejas rubias de Riverdale. Como habían sido miembros del elenco escénico de la facultad, Larry y Mitchell estaban acostumbrados a que las personas experimentasen transformaciones radicales de sí mismas. Moss Runk (una chica de mejillas rosadas como manzanas) había llegado a Brown como miembro del equipo de campo a través. En el penúltimo año de facultad, había repudiado el uso de ropa específicamente femenina. En lugar de ella, se ponía prendas informes que ella misma confeccionaba de un fieltro grueso de aspecto sofocante. Lo que se hacía con una persona como Moss Runk, si uno era Mitchell o Larry, era fingir que no reparaban en su atuendo. Cuando Moss se acercaba a ellos en la Blue Room, desplazándose como un hovercraft a causa del largo dobladillo de su toga, lo que hacían era correrse hacia un lado para que pudiera sentarse. Si alguien les preguntaba qué era aquella cosa, decían: «¡Es Moss!». A pesar de sus extrañas vestimentas, Moss Runk seguía siendo la misma chica alegre de Idaho que había sido siempre. Los demás pensaban que era rara, pero no Mitchell ni Larry. Sea lo que fuere lo que la había llevado a su drástica decisión indumentaria, no era de la incumbencia de Mitchell o Larry. Su silencio revelaba solidaridad con Moss contra toda aquella gente convencional de chalecos acolchados y zapatillas Adidas que se iban a licenciar en económicas o ingeniería, y que pasaba por el último período de libertad total de su vida sin hacer absolutamente nada fuera de su rutina. Mitchell y Larry sabían que Moss Runk no iba a poder llevar eternamente sus modelos andróginos. (Otra cosa estupenda de Moss era que quería ser directora de instituto de enseñanza secundaria). Llegaría el día en que, para conseguir un trabajo, Moss tendría que colgar sus ropones de fieltro gris y ponerse una falda, o un traje de calle. Mitchell y Larry no querían estar allí para verlo.

Larry adoptaba la misma actitud respecto del interés de Mitchell por el misticismo cristiano. Era consciente de él. Daba a entender claramente que era consciente. Pero no hacía ningún comentario, hasta el momento.

Además, Larry estaba experimentando sus propias transformaciones en la carretera. Se compró un fular de seda color púrpura. Su hábito de fumar, que Mitchell había tomado como una pose temporal, se convirtió en habitual. Al principio Larry compraba cigarrillos sueltos —algo que al parecer se podía hacer—, pero pronto empezó a comprar paquetes enteros de Gauloises Bleues. Tipos que no conocía de nada empezaron a sablearle cigarrillos; tipos flacuchos, de aire agitanado que le pasaban un brazo por los hombros, al estilo europeo. Mitchell se sentía como el chaperón de Larry, y esperaba que todas aquellas camaraderías cesasen.

Además, Larry no parecía tener el corazón demasiado roto. En un momento dado, en el ferry de Rosslare, subió a cubierta para fumarse un cigarrillo melancólico. Se suponía que estaba pensando en Claire. Pero tiró el cigarrillo por la borda, el humo se desvaneció en el aire y eso fue todo.

De Irlanda volvieron a París, donde cogieron el tren —un coche cama— a Barcelona. El tiempo era templado. En las Ramblas se vendía fauna de la selva, macacos de aire avisado, loros en technicolor. Luego partieron hacia el sur, donde pasaron una noche en Jerez y otra en Ronda, y tres días en Sevilla. Luego, al darse cuenta de lo cerca que estaban del norte de África, decidieron seguir viaje hasta Algeciras, donde cogieron el barco que cruzaba el estrecho de Gibraltar con destino a Tánger. Los primeros días en Marruecos no acertaron a comprar hachís. En su guía de viaje se consignaba la dirección de un bar en Tetuán donde podía comprarse hachís, pero a pie de página se advertía también de que las cárceles en Marruecos eran muy parecidas a la cárcel turca de *El expreso de medianoche*. Al final, al entrar en el hotel del pequeño pueblo de montaña de Chauen, se encontraron con dos daneses sentados en el vestíbulo, en la mesa de enfrente de ellos, con una china de hachís del tamaño de una pelota de softball. Mitchell y Larry se pasaron los días siguientes gloriosamente colocados. Vagaron por las calles estrechas y laberínticas, escuchando las llamadas emotivas del muecín, y en la plaza del pueblo tomaron té con menta en vasos de un verde vivo. Chauen estaba pintado de azul claro para que se fundiera con el color del cielo. Ni las moscas eran capaces de encontrarlo.

Fue en Marruecos donde se dieron cuenta de que las mochilas eran un error. Los tipos más «en la onda» que conocieron no eran *expedicionarios* con equipo de acampada. Los tipos más «en la onda» eran los viajeros que acababan de volver de Ladakh sin otro equipaje que una bolsa de mano. Las mochilas eran poco manejables. Y te delataban como turista. Aunque no fueras un norteamericano con sobrepeso y contoneante, si llevabas una mochila pasabas a serlo automáticamente. En ocasiones Mitchell se había quedado atascado en las puertas de compartimentos de tren, y había tenido que mover los brazos frenéticamente para liberarse. No podían, sin embargo, desprenderse de sus mochilas, porque a su regreso a Europa en octubre los días empezaron a ser más fríos. Dejaron la calidez del sur de Francia, subieron a una Lausana otoñal y a una ventosa Lucerna. Y tuvieron que sacar los suéteres.

En Suiza Mitchell dio en la idea de utilizar su MasterCard para pagar cosas que alarmarían a sus padres cuando recibieran en casa los extractos de cuentas. En el curso de tres semanas cargó en ella lo siguiente: 65 francos suizos (29,57 dólares) de una pipa tirolesa y tabaco de Totentanz: Zigarren und Pfeifen; 72 francos suizos (32,75 dólares) de una comida en un restaurante de Zúrich llamado Das Bordell; 234 chelines austríacos (13 dólares) de una edición inglesa de la biografía de Charles Colson *Renacido*; y 62.500 liras (43,54 dólares) de una suscripción a una revista comunista publicada en Bolonia que habría de enviarse mensualmente al hogar de los Grammaticus en Detroit.

Llegaron a Venecia en una tarde encapotada de finales de octubre. No pudiéndose permitir el gasto de la góndola, pasaron sus primeras horas en la ciudad cruzando

puentes y tramos de escaleras que parecían llevar todas ellas, como en el dibujo de Escher, de vuelta a la misma plaza, con la misma fuente borboteante y el mismo dúo de ancianos. Después de encontrar una pensión barata, salieron a visitar la Plaza de San Marcos. En el museo tenuemente iluminado del Palacio de los Dagas Mitchell se sorprendió mirando fijamente un objeto misterioso en el interior de la vitrina. Hecho de eslabones de metal muy corroído, consistía en un cinturón circular del que pendía otro cinturón. La leyenda, debajo, rezaba: *cinturata di castita*.

—El cinturón de castidad es una de las cosas más espeluznantes que he visto en mi vida —dijo Mitchell luego, mientras cenaban en un restaurante barato.

—Por eso se le llama la Edad de las Tinieblas —dijo Larry.

—Eso era mucho más que tinieblas. —Se inclinó hacia delante, y bajó la voz—: Tiene dos agujeros. Uno para la vagina, y otro para el ano. Con dientes de sierra de metal. Si cagabas con una cosa de éstas puesta, la caca te saldría extrudida, como el aderezo de un pastel.

—Gracias por la imagen —dijo Larry.

—Imagínate llevando una cosa de éstas durante meses y meses. ¡O años! ¿Cómo harías para tenerla limpia?

—Serías la reina —dijo Larry—. Harías que alguien te la limpiara.

—Una dama de honor.

—Todo un honor.

Llenaron las copas de vino. Larry estaba de buen humor. La rapidez con la que se había recuperado del fiasco con Claire era asombrosa. Quizá Claire no le había gustado tanto. Quizá le disgustaba tanto como Mitchell. El hecho de que Larry hubiera superado lo de Claire en cuestión de semanas, mientras Mitchell seguía con el corazón destrozado por Madeleine —por mucho que no hubiera tenido una relación con Madeleine—, significaba una de las dos cosas siguientes: o bien su amor por Madeleine era puro y verdadero y crucialmente trascendente, o él era un adicto a sentirse abandonado, alguien a quien le *gustaba* que le rompieran el corazón, y la «emoción» que sentía por Madeleine —incrementada un tanto por el generoso chianti— era sólo una forma perversa de amor a sí mismo. En otras palabras: no era amor.

—¿No echas de menos a Claire? —preguntó Mitchell.

—Sí.

—No lo parece.

Larry se quedó pensativo, mirando fijamente a los ojos a Mitchell, sin decir nada.

—¿Cómo era en la cama?

—Oye... —le reprendió sin dureza Larry.

—Venga... ¿Cómo era?

—*Salvaje*, Mitchell. Increíblemente salvaje.

—Cuéntame.

Larry tomó un sorbo de vino, sopesando la petición de Mitchell.

—Cumplidora. Es de ese tipo de chica que dice: «Muy bien. Échate boca arriba».

—¿Y entonces te la mama?

—Bueno..., sí.

—«Échate boca arriba». Como en el médico.

Larry asintió con la cabeza.

—Suenan genial.

—No era tan genial.

Era más de lo que Mitchell podía soportar.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. ¿De qué te quejas?

—No me moría de ganas de eso.

Mitchell se apartó de la mesa, como para distanciarse de tamaña herejía. Apuró el vino que le quedaba en la copa y pidió otra.

—Eso se sale de nuestro presupuesto —le advirtió Larry.

—No me importa.

Larry pidió otra copa también.

Siguieron bebiendo vino hasta que el propietario del restaurante les dijo que iban a cerrar. Volvieron al hotel dando tumbos y se dejaron caer en la gran cama de matrimonio. En un momento dado, en sueños, Larry se dio la vuelta y quedó encima de Mitchell, o al menos eso soñó éste. Y tuvo una erección. Y le entraron ganas de vomitar. En el sueño, alguien le estaba mamando la polla, o era Larry quien lo estaba haciendo, y entonces se despertó y oyó decir a su amigo:

—Puf, apestas.

Aunque sin empujarle para apartarlo.

Y luego Mitchell volvió a dormirse, ya la mañana siguiente ambos actuaron como si no hubiera pasado nada. Y tal vez no había pasado nada.

A finales de noviembre, llegaron a Grecia. Habían ido desde Brindisi al Pireo en un ferry que olía a gasoil, y habían encontrado habitación en un hotel no muy distante de la plaza Sintagma. Mirando por el balcón de este hotel, Mitchell tuvo una revelación. Grecia no era Europa. Era Oriente Próximo. Edificios grises con azotea como aquel desde el que estaba mirando se extendían hasta el horizonte brumoso. De los tejados y azoteas sobresalían vigas de acero, de forma que los remates de los edificios que se recortaban en el aire acre parecían erizados de púas. Era como estar en Beirut. La niebla espesa se mezclaba con los gases lacrimógenos, dadas las cargas policiales casi diarias contra los manifestantes en las calles. Las marchas de protesta se sucedieron constantemente; contra el gobierno, contra la interferencia de la CIA, contra el capitalismo, contra la OTAN, y en favor del regreso a Grecia de los mármoles de Elgin. Grecia, la cuna de la democracia, bloqueada por la libertad de expresión. En los cafés todo el mundo tenía una opinión informada, y nadie podía lograr que nadie

hiciera nada.

Al ver a unas cuantas viudas viejas, vestidas de negro de pies a cabeza, Mitchell recordó a su abuela. Reconoció los dulces y los bollos, el sonido del idioma. Pero la mayoría de la gente le resultaba extraña. Los hombres, en general, eran una cabeza más bajos que él. Mitchell, que debía mirarlos desde arriba, se sentía sueco. Aquí y allá veía cierto parecido facial, pero eso era todo. Entre los anarquistas y poetas de dientes amarillentos del bar de enfrente del hotel, o los taxistas de cuellos de gorila que lo llevaban de una parte a otra, o los sacerdotes ortodoxos que veía en las calles y en las capillas cargadas de humo, Mitchell jamás se había sentido más norteamericano.

Comieran donde comieran, la comida estaba templada. Musaka y pastitsio, cordero con arroz, patatas fritas, okra con salsa de tomate, todo en bandejas, en cocinas abiertas, a unos cuantos grados por encima de la temperatura ambiente. Larry empezó pidiendo pescado a la parrilla, pero Mitchell, leal a sus recuerdos, siguió comiendo los platos que le preparaba su abuela de chico. Siguió esperando conseguir un buen plato de musaka caliente, pero después de su cuarta ración en tres días cayó en la cuenta de que a los griegos les *gustaba* la comida templada. Al tiempo que tomaba conciencia de ello, y como si su ignorancia previa lo hubiera protegido hasta entonces, empezó a tener sus primeros desarreglos estomacales. Corrió de vuelta al hotel y se pasó las tres horas siguientes en una taza extrañamente baja, con la mirada fija en el *I Kathimerini* de aquel día. Las fotografías mostraban al primer ministro Papandreu, una revuelta en la Universidad de Atenas, a la policía lanzando gases lacrimógenos, a una mujer increíblemente arrugada a quien el pie de foto identificaba —inverosímilmente— como Melina Mercouri.

El alfabeto griego era su derrota final. A los doce años se sentaba a los pies de su *yiayia* —él, su niño bonito— y aprendía el alfabeto griego. Pero nunca pasó de la sigma y lo había olvidado todo salvo la A y la Ω.

Al cabo de tres días en Atenas, decidieron viajar al Peloponeso en autobús. Antes de partir, pasaron por la oficina de American Express para cambiar cheques de viaje. Antes, sin embargo, Mitchell preguntó en la ventanilla de servicios generales si había algún correo para él. La empleada le tendió dos sobres. Mitchell reconoció la letra cursiva y florida de su madre. Pero fue el segundo sobre el que hizo que le diera un brinco el corazón. En el anverso, su nombre y la dirección «c/o American Express» se habían tecleado en una máquina de escribir manual que necesitaba con urgencia una cinta nueva. Las «aes» y las «eses» de su apellido apenas podían leerse. Miró el reverso del sobre, y leyó el nombre y la dirección del remitente: M. Hanna, Laboratorio de Pilgrim Lake, Starbuck #12, Provincetown, MA 02657.

Rápidamente, como si el sobre contuviera una blasfemia, Mitchell se lo metió en el bolsillo trasero de los vaqueros. Mientras hacía cola para la ventanilla del cajero,

abrió la carta de su madre:

Querido Mitchell:

Desde que compramos el apartamento en Vero Beach, tu padre y yo nos hemos vuelto «pájaros migratorios», pero este año creo que podemos llamarnos así con más propiedad que nunca. El martes volamos en el «Herbie» desde Detroit a Fort Myers. Fue estupendo, volar en tu propio avión, y el viaje no nos llevó más que seis horas. (¡Recuerdo cuando tardábamos veinticuatro horas en coche!). Me encantó ver cómo pasaba el campo abajo, a tanta distancia. No vuelas tan alto como en un avión de pasajeros, así que puedes ver la tierra de verdad, todos los ríos que zigzaguean a izquierda y derecha y, por supuesto, los campos de labranza, que me recuerdan a una de las viejas colchas de patchwork de la abuela. No puedo decir que fuera un viaje que fomentara la conversación, de todos modos. Apenas se puede oír nada con el ruido del motor, y tu padre tuvo los auriculares la mayor parte del tiempo, para poder escuchar el «tráfico». Así que no tenía nadie con quien hablar más que a Kerbi, que iba en mi regazo. (Acabo de darme cuenta de que «Herbie» y «Kerbi» riman).

Tu padre me fue señalando los sitios a lo largo de todo el vuelo. Volamos sobre Atlanta, y sobre unos grandes pantanos, lo cual me inquietó un poco. Si hubiera que aterrizar allí, no habría nada en kilómetros y kilómetros más que serpientes y caimanes.

Como podrás suponer por todo esto, tu madre no fue exactamente una copiloto modelo. Dean no paraba de decirme que dejara de preocuparme, que lo tenía todo «bajo control». Pero el vuelo tuvo tantas turbulencias que me fue imposible leer el libro que llevaba. Lo único que pude hacer fue mirar por la ventanilla, y después de un rato ni siquiera nuestra vieja y querida América me parecía ya tan interesante. Pero llegamos aquí de una pieza, al menos, y ahora estamos en Vera, donde, como siempre, hace demasiado calor. Winston va a venir de Miami el día de Navidad (tiene no sé qué sesión de grabación en Nochebuena, dice, y no puede venir antes). Nick y Sally vienen en avión con el pequeño Nick mañana por la noche. Dean y yo pensamos recogerles en el Aeropuerto de Fort Lauderdale y llevarles a un sitio estupendo que descubrimos en Fort Pierce, justo frente a la A1A, a orillas del mar.

Va a ser extraño no tener a nuestro «niño» con nosotros en Navidad este año. Tu padre y yo estamos muy entusiasmados con la idea de que tú y Larry tengáis la oportunidad de «ver mundo». Después de todo lo que has trabajado en la facultad, te lo mereces. Pienso en ti todos los días, e intento

imaginar dónde estarás y qué estarás haciendo en ese momento. Normalmente sé dónde vives y duermes. Incluso cuando estabas en la universidad solíamos saber cómo era tu apartamento, y así no se me hacía difícil visualizarte mentalmente. Pero ahora no sé dónde estás la mayoría de las veces, y por eso agradezco tanto cualquier postal que me envíes. Hemos recibido tu postal de Venecia, con esa flecha que apunta a «nuestro hotel». Apenas puedo distinguir el hotel, pero me alegro de que sea «baratísimo», como nos dices en el texto. Grecia parece un lugar mágico, un escenario perfecto para que le llegue la inspiración a un joven «literato».

Kerbi tiene una mancha en el trasero, donde no le queda casi piel. Se la ha estado lamiendo como un loco. Su forma de retorcerse hasta hacerse un pretzel para llegar a donde le pica siempre me hace reír. (¡Me encantaría poder hacer lo mismo cuando a mí me pica la espalda!). Si no mejora en unos días, tendré que llevarle al veterinario.

Estoy escribiéndote en la terraza, bajo la sombrilla, tratando de que no me dé el sol. Incluso en invierno el sol de aquí me seca la piel, por mucha crema hidratante que me ponga. En este momento, «tu papá», sentado en el salón, discute con no sé qué político que sale en la televisión (te ahorro el lenguaje malsonante que emplea, aunque el meollo podría resumirse en «¡Mier...!»). No entiendo cómo alguien puede ver tantas noticias en un día. Me ha dicho que te diga que cuando llegues a Grecia no dejes de decirles a «todos esos socialistas que hay por allí» que «Gracias a Dios por Ronald Reagan».

Hablando de «Dios», antes de que nos marcháramos te llegó un paquete de los «padres paulistas» a la casa del lago en Michigan. Sé que estás pensando en entrar en una facultad de teología y puede que el paquete tenga que ver con ello, pero todo esto me está planteando algunas preguntas. En tu última carta —no en la postal de Venecia sino en la del papel azul que se dobla y no necesita sobre (creo que se llaman aerogramas, ¿no?)— no parecías tú. ¿Qué querías decir con eso de que «el Reino de Dios» no es un lugar sino un estado de ánimo, y que pensabas que tenías «vislumbres» de él? Sabes que he intentado durante años encontrar una iglesia a la que llevaros, y que nunca he conseguido ser capaz de creer en nada, por mucho que me gustaría. Así que creo que entiendo tu interés por la religión. Pero todo ese «misticismo» del que hablas en tus cartas, y toda esa «noche oscura del alma», quizá suenen a algo un poco «remoto», como diría tu hermano Winston. Llevas fuera cuatro meses, Mitchell. Llevamos todo ese tiempo sin verte, y se nos hace muy difícil hacernos una idea de cómo te van las cosas. Me alegro de que Larry viaje contigo, porque creo que me preocuparía mucho más si estuvieras viajando solo. Tu padre y yo no estamos lo que se dice

entusiasmados de que te vayas a la India, pero ya eres un adulto y puedes hacer lo que quieras. Pero estamos muy preocupados por que no podamos ponernos en contacto contigo, o por que tú no puedas ponerte en contacto con nosotros en caso de urgencia.

De acuerdo, ya basta de consejos de mamá por el momento. Por mucho que te eche de menos, y que te vaya a echar de menos sobre todo en Navidad, tu padre y yo estamos muy contentos de que hayas sido capaz de emprender esta gran aventura. Desde el día en que naciste, Mitchell, has sido para nosotros el regalo más preciado, y aunque no estoy segura de creer en «Dios», doy gracias a «alguien ahí arriba» cada día por habernos dado un hijo tan maravilloso, amoroso y lleno de talento como tú. He sabido siempre, desde que eras niño, que ibas a crecer y a hacer algo con tu vida. Como la abuela siempre te decía: «Dales duro, chico, dales duro».

He encontrado un pequeño escritorio en un anticuario de Vero y les he dicho que me lo instalen en el cuarto de invitados, así estará listo para ti cuando vengas a vernos. Con todas las experiencias que habrás tenido en tu viaje, quizá quieras

Hasta aquí había llegado Mitchell cuando la persona que estaba detrás de él en la cola le dio unas palmaditas en el hombro. Era una mujer; mayor que él, como de treinta y tantos años.

—Hay un cajero libre —dijo.

Mitchell le dio las gracias. Metiendo la carta de su madre en el sobre, fue hasta la ventanilla abierta. Cuando estaba refrendando los cheques de viaje, la ventanilla contigua quedó libre y la mujer que estaba detrás de él en la cola avanzó hasta ella. Sonrió a Mitchell, y él le devolvió la sonrisa. Cuando el cajero terminó de contar los dracmas, Mitchell volvió sobre sus pasos para buscar a Larry.

Al no encontrarle, se sentó en una silla del vestíbulo y sacó la carta de Madeleine. No estaba seguro de querer leerla. A lo largo de la semana anterior —desde la noche en Venecia en que se había emborrachado como una cuba— Mitchell había ido recuperando su equilibrio emocional. Es decir: ahora pensaba en Madeleine dos o tres veces al día, en lugar de diez o quince. El tiempo y la distancia estaban haciendo su efecto. La carta, sin embargo, amenazaba con dar al traste con tales progresos en cuestión de segundos. En un mundo de máquinas IBM eléctricas y de relucientes Olivetti, Madeleine había insistido siempre en teclear sus trabajos en una máquina antigua, de forma que sus originales mecanografiados acababan pareciendo algo todos juntos. El hecho de que a Madeleine le encantaran las cosas anticuadas —como su máquina de escribir— había hecho que Mitchell albergara la esperanza de que algún día llegara amarle. Pareja a la fidelidad de Madeleine con su vieja máquina

manual era su ineptitud para todas las cosas mecánicas, lo que explicaba por qué no había cambiado la cinta, que dejaba las aes y las eses —cuyas teclas estaban muy desgastadas por el exceso de uso— sin tinta. Era obvio que, a pesar de su brillantez científica, Bankhead no era capaz de reemplazar la cinta de la máquina de Madeleine. Estaba demasiado dedicado a sí mismo, o era demasiado vago, o incluso hasta se *oponía* a que su novia siguiera utilizando aquella antigualla. La existencia de aquella carta de Madeleine dejaba claro que para ella Bankhead estaba equivocado y que Mitchell estaba en lo cierto, y eso que aún no la había abierto para saber su contenido.

Mitchell sabía lo que tenía que hacer. Si su determinación de conservar el equilibrio, de despegarse de las cosas terrenales, era firme, debería cruzar el vestíbulo y tirar la carta al cubo de la basura. Eso era lo que debería hacer.

En lugar de ello, se metió la carta en la mochila, en el compartimento interior, muy abajo, donde no tendría que pensar en ella.

Cuando volvió a alzar la mirada vio que la mujer de la cola se estaba acercando. Tenía el pelo rubio, largo y lacio, pómulos altos y ojos estrechos. No llevaba maquillaje, y su ropa era algo extraña. Bajo una camiseta muy holgada llevaba una falda larga que le llegaba hasta los tobillos. Y zapatillas para correr.

—¿Tu primera vez en Grecia?

—Sí.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Tres días.

—Yo llevo tres meses. La mayoría de la gente viene a Grecia a ver la Acrópolis. Y es bella. Sí, lo es. Las antigüedades son fantásticas. Pero lo que a mí me fascina es toda esa historia. No me refiero a la historia antigua. Me refiero a la historia cristiana. ¡Han sucedido tantas cosas aquí! ¿Dónde crees que estaban los tesalonicenses? ¿O los corintios? El apóstol Juan escribió el Apocalipsis en la isla de Patmos. Y la cosa sigue y sigue. El Evangelio fue revelado en Tierra Santa, pero es en Grecia donde empezó el evangelismo. ¿Qué te trae por aquí *a ti*?

—Soy griego —dijo Mitchell—. Aquí es donde empezó todo para mí.

La mujer se echó a reír.

—¿Estás guardándole el sitio a alguien?

—Estoy esperando a un amigo —dijo Mitchell.

—Me sentaré un minuto —dijo la mujer—. Si tu amigo llega, me voy.

—Muy bien —dijo Mitchell—. Nosotros nos vamos enseguida.

Mitchell pensó que aquí acababa la conversación. La mujer se sentó y empezó a hurgar en su bolsa de bandolera, buscando algo. Mitchell volvió a rastrear la oficina con la mirada en busca de Larry.

—He venido a estudiar —empezó de nuevo la mujer—. En el Nuevo Instituto

Bíblico. Estoy aprendiendo la koiné. ¿Sabes lo que es la koiné?

—Es la lengua en que fue escrito el Nuevo Testamento. Una antigua forma demótica del griego.

—Vaya. La mayoría de la gente no sabe eso. Estoy impresionada. —Se inclinó hacia él y dijo con voz queda—: ¿Eres cristiano?

Mitchell vaciló antes de responder. Lo peor de la religión era la gente religiosa.

—Soy griego ortodoxo —dijo finalmente.

—Bueno, eso es ser cristiano.

—Al Patriarca le gustaría oír eso.

—Tienes sentido del humor, ¿verdad? —dijo la mujer (era la primera vez que no sonreía)—. Y seguramente lo utilizas para esquivar un montón de problemas en tu vida.

Tal provocación hizo su efecto. Mitchell volvió la cabeza hacia ella para mirarla directamente.

—La Iglesia ortodoxa es como la Iglesia católica —dijo la mujer—. Son cristianos pero no siempre creyentes estrictos de la Biblia. Tienen tanto ritual que a veces les distrae del mensaje bíblico.

Mitchell decidió que era hora de marcharse. Se levantó.

—Ha sido un placer conocerte —dijo—. Buena suerte con la koiné.

—¡Ha sido un placer conocerte! —dijo la mujer—. ¿Puedo hacerte una pregunta antes de que te vayas?

Mitchell aguardó. La fijeza de su mirada era turbadora.

—¿Te has salvado?

Di que sí, pensó Mitchell. Di que sí y vete.

—Es difícil de decir —dijo.

Cayó en la cuenta de su error de inmediato. La mujer se levantó, penetrándole la mirada con sus ojos azules.

—No, no lo es —dijo—. No es en absoluto difícil. Sólo tienes que pedirle a Jesucristo que venga a tu corazón, y Él lo hará. Es lo que hice yo. Y cambió mi vida. No siempre he sido cristiana. Me pasé la mayor parte de la vida alejada de Dios. No lo conocía. No me importaba. No es que estuviera metida en drogas o algo parecido. Ni andaba por ahí toda la noche. Pero había un vacío en mi interior. Porque vivía para mí misma.

Para su sorpresa, Mitchell se vio escuchándola con atención. No por su guión fundamentalista sobre ser salvado o aceptar al Señor, sino por lo que decía sobre su vida.

—Es curioso. Naces en Norteamérica. Creces y ¿qué te dicen? Te dicen que tienes derecho a buscar la felicidad. Y que la forma de ser feliz es conseguir un buen montón de cosas bonitas, ¿no es eso? Hice todo eso. Tenía una casa, un trabajo, un

novio. Pero no era feliz. No era feliz porque lo único que hacía todos los días era pensar en mí misma. Pensaba que el mundo giraba a mi alrededor. Pero ¿sabes qué? No gira a mi alrededor.

Lo que decía parecía juicioso, y genuino. Mitchell pensó que lo que debía hacer en ese momento era decir que estaba de acuerdo con ella y aprovechar para despedirse.

Pero antes de que pudiera hacerlo, la mujer dijo:

—Cuando estabas en la cola, estabas leyendo la carta. Era de tu madre.

Mitchell alzó la barbilla.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo acabo de percibir ahora mismo.

—Me has mirado por encima del hombro.

—¡En absoluto! —dijo, dándole una palmada con desenfado—. Vamos, vete. Dios me ha puesto en el corazón ahora mismo que estabas leyendo una carta de tu madre. Pero déjame decirte una cosa. El Señor también te ha mandado una carta a American Express. ¿Sabes cuál? Yo, yo soy la carta. El Señor me ha enviado sin que yo lo sepa, de forma que he acabado ahí en la cola, detrás de ti, para decir que el Señor te ama, que el Señor murió por ti.

En ese preciso instante apareció Larry cerca de los ascensores.

—Ahí está mi amigo —dijo Mitchell—. Me ha gustado hablar contigo.

—A mí también me ha gustado hablar contigo. Pásalo bien en Grecia y que Dios te bendiga.

Estaba a medio camino del vestíbulo cuando la mujer volvió a tocarle en el hombro.

—Quería darte esto.

Tenía en la mano un Nuevo Testamento de bolsillo. Verde, como una hoja.

—Llévatelo y lee los Evangelios. Lee las buenas nuevas de Jesús y recuerda: no es nada complicado. Es sencillo. Lo único que importa es que aceptes a Jesucristo como Señor y Salvador; y así tendrás la vida eterna.

Para librarse de ella, para que se callara, Mitchell cogió el libro y siguió andando hasta salir del vestíbulo.

—¿Dónde estabas? —le dijo a Larry cuando alcanzó—. Llevo esperándote como una hora.

Veinte minutos después iban camino del Peloponeso. El autobús recorrió kilómetros de la cuenca atestada de edificios de la ciudad antes de iniciar el ascenso por una carretera costera. Los otros pasajeros llevaban bultos en el regazo: el botín de la gran ciudad. Cada varios kilómetros un pequeño santuario marcaba el lugar de un accidente mortal de tráfico. El conductor del autobús se detenía para dejar una moneda en una caja de colectas. En un momento dado aminoró la marcha y se paró

ante un café de carretera, y, sin dar explicación alguna, entró y se sentó en una mesa a comer, mientras los pasajeros aguardaban pacientemente en sus asientos. Larry se apeó para fumar un cigarrillo y tomar un café. Mitchell sacó la carta de Madeleine de la mochila, se quedó mirándola y volvió a dejarla donde estaba.

Llegaron a Corinto a media tarde. Después de caminar con dificultad por el templo de Apolo bajo una llovizna suave, entraron en un restaurante para guarecerse de la lluvia, y Mitchell sacó el Nuevo Testamento para recordar lo que San Pablo había escrito sobre los corintios en el año 55 d. C.

Leyó:

Porque está escrito: destruiré la sabiduría de los sabios, y anularé el entendimiento de los prudentes:

Y:

Porque seguís siendo carnales...

Se dice normalmente que hay fornicación entre vosotros...

Es bueno que un hombre no toque a una mujer. Sin embargo, para evitar la fornicación, que cada hombre tenga su propia esposa, y que cada mujer tenga su propio marido. Y les digo, por tanto, a los solteros y a los viudos: es bueno que permanezcan como yo. Pero si no pueden contenerse, que contraigan matrimonio: porque es mejor casarse que abrasarse.

La mujer que le había dado el Nuevo Testamento de bolsillo le había dejado su tarjeta dentro, y un número de teléfono de Atenas. Su nombre era Janice P.

Sí, debía de haber leído la carta de su madre por encima de su hombro, decidió Mitchell.

El invierno estaba cerca. Desde Corinto cogieron un minibús rumbo al sur, a Mani, y se detuvieron a pasar la noche en el pequeño pueblo de montaña de Andritsená. La temperatura era fresca, el aire olía a pino, el vino local —retsina— tenía una viva tonalidad rosa. La única habitación que encontraron estaba encima de una taberna. Sin calefacción. Cuando los nubarrones de tormenta se acercaban desde el norte, Larry se acostó en una de las camas, quejándose del frío. Mitchell se quedó con el jersey puesto. Cuando estuvo seguro de que Larry se había dormido, sacó la carta de Madeleine y empezó a leerla a la débil luz roja de la mesilla de noche.

Para su sorpresa, la carta no estaba escrita a máquina sino a mano, con la letra

diminuta de Madeleine. (Madeleine podía parecer normal por fuera, pero una vez que uno había visto su letra sabía que era deliciosamente complicada por dentro).

31 de agosto de 1982

Querido Mitchell:

Estoy escribiéndote en el tren, el mismo Affittrak que cogimos para venir a Prettybrook para Acción de Gracias, en nuestro segundo año de facultad. Entonces hacía frío, los árboles estaban desnudos, y yo llevaba una melena leonina (aún era la década de los setenta, ¿lo recuerdas?). Pero a ti no pareció importarte.

Nunca te he dicho esto, pero durante todo aquel viaje en el tren para ir a casa para Acción de Gracias estuve pensando en acostarme contigo. Entre otras cosas, veía perfectamente que tú te morías por hacer el amor conmigo. Sabía que serías feliz si lo hacíamos, y yo quería hacerte feliz. Aparte de eso, estaba convencida de que también sería bueno para mí. No me había acostado más que con un chico hasta entonces. Me preocupaba que la virginidad fuera como lo de tener las orejas perforadas. Que si no te pones pendientes el agujero se te puede tapar. En fin, que fui a la universidad preparada para ser tan desapasionada y cruel como un chico. Y, en aquella pequeña ventana de la oportunidad, apareciste tú.

Luego, claro, fuiste tremendamente encantador todo aquel fin de semana. Mis padres te cogieron un cariño enorme, mi hermana empezó a coquetear contigo..., y yo me puse posesiva. Eras mi invitado. Así que una noche subí al ático y me senté en tu cama. Y tú no hiciste absolutamente Nada. Al cabo de una media hora, me fui de tu cuarto. Al principio me sentí insultada. Pero luego sentí rabia. Decidí que no eras lo bastante hombre para mí, etc. Me juré que jamás me acostaría contigo, nunca, por mucho que tú quisieras. Luego, al día siguiente, cogimos el tren para volver a Providence, y nos pasamos todo el trayecto riéndonos. Caí en la cuenta de que era mucho mejor así. Por primera vez en mi vida quería tener un amigo que no fuera una amiga ni un novio. Aparte de nuestro desliz de anoche, eso es lo que has sido para mí. Sé que eso no te ha hecho feliz. Pero para mí ha sido increíble, y siempre he pensado que, muy en el fondo, tú has sentido lo mismo.

El segundo año de facultad ha quedado ya muy atrás. Estamos en los ochenta. Los árboles que bordean el Hudson están verdes y frondosos y yo me siento cien años más vieja. Tú ya no eres aquel chico con el que hice aquel viaje en tren, Mitchell. Ya no tengo que compadecerte más, ni que irme a la cama contigo por afecto y piedad. Vas a desenvolverte muy bien. De hecho, ahora tengo que tener cuidado contigo. Fuiste bastante agresivo anoche. Jane

Austen habría dicho «intempestivo». Te dije que no me besaras, y tú seguiste haciéndolo. Y, mientras lo hacías, yo ni siquiera me quejé (¡estaba borracha!). Y al despertarme esta mañana, en casa de Kelly, me he sentido tan culpable y confusa que he pensado que tenía que escribirte inmediatamente.

(El tren no para de traquetear. Espero que puedas leer esto). Tengo novio, Mitchell. Y voy en serio con él. No quise hablarte de él anoche porque siempre te pones furioso cuando lo hago, y porque, si he de ser sincera, fui a la gran ciudad para olvidarme de mi novio durante unos días. Leonard y yo hemos tenido problemas últimamente. No voy a entrar en detalles ahora. Pero ha sido duro para él, duro para mí y duro para nuestra relación. De todas formas, si no hubiera estado un tanto desquiciada no habría bebido tanto anoche, y no habría acabado besándote. No estoy diciendo que no habría querido hacerlo. Digo que no lo habría hecho.

Es extraño, sin embargo, porque una parte de mí, ahora mismo, quiere bajarse en la próxima estación y volver a Nueva York a buscarte. Pero es demasiado tarde para eso. Tu avión habrá despegado ya. Estarás volando rumbo a la India.

Lo cual está bien. ¡Porque no funcionó! No llegaste a ser el amigo que no era una amiga ni un novio. Has llegado a ser otro macho intempestivo. Así que lo que estoy haciendo ahora con esta carta es decididamente romper contigo. Nuestra relación se ha resistido siempre a cualquier catalogación, así que supongo que resulta coherente que también lo haga esta carta.

Querido Mitchell:

No quiero volver a verte (aunque no hayamos estado viéndonos).

Quiero empezar a conocer a otra gente (aunque ya esté con alguien).

Necesito tiempo para a mí misma (aunque tú no me hayas quitado ninguno).

¿De acuerdo? ¿Me entiendes ahora? Estoy desesperada y estoy tomando medidas desesperadas.

Supongo que voy a tener el corazón destrozado, no teniéndote en mi vida. Pero ya estoy bastante confusa en relación con mi vida y mi relación amorosa como para que tú me confundas más. Quiero romper contigo, por duro que pueda ser, y por estúpida que pueda parecer. Siempre he sido una persona cuerda. Pero ahora siento como si me estuviera desmoronando.

Espero que disfrutes increíblemente con tu viaje. Que veas todos los sitios y paisajes que querías ver, que vivas todas las experiencias que buscas. Quizá algún día, en nuestra 50.^a reunión de ex alumnos de la facultad, veas que una vieja dama arrugada se te acerca con una sonrisa en los labios: seré yo. Quizá entonces puedas contarme todas las cosas que viste en la India.

Cuídate,

Maddy

P. D. 27 de septiembre

Llevo esta carta encima desde hace casi un mes, pensando si enviarla o no. Y sigo sin enviarla. Estoy en Cape Cod, hasta las cejas de biólogos, y puede que no sobreviva.

P. D. de P. D. 6 de octubre

Acabo de hablar por teléfono con tu madre. Me he dado cuenta de que no tenía ninguna dirección tuya. Tu madre me ha dicho que estás «en ruta» y que no hay manera de ponerse en contacto contigo, pero que en algún momento irás a recoger el correo a la oficina de American Express de Atenas. Y me ha dado la dirección. A propósito, deberías llamar a tus padres. Tu madre parece preocupada.

Bien, la envío.

M.

En alguna parte de la inmensidad de encima del tejado de la taberna, en el negro cielo griego, colisionaron dos masas de cúmulos tormentosos, que dejaron caer torrentes de lluvia sobre el pueblo y convirtieron las calles en cascadas. Cinco minutos después, mientras Mitchell leía la carta por segunda vez, se fue la electricidad.

Se quedó tendido en la cama, a oscuras, sopesando la situación. Comprendía perfectamente que la carta de Madeleine era un texto demoledor. Y se sentía anonadado. Por otra parte, Madeleine le había estado rechazando durante tanto tiempo que sus negativas eran ya un lugar común que sus ojos pasaban por alto, en busca de posibles lagunas o cláusulas ocultas que pudieran tener verdadera importancia. A este respecto, encontró un montón de cosas que le gustaron. Estaba la revelación —que tanto le levantaba el ánimo— de que Madeleine había querido acostarse con él en aquellos lejanos días de la fiesta de Acción de Gracias. Había un apasionamiento en la misiva que no era muy propio de Madeleine pero que entrañaba un aspecto de ella absolutamente nuevo. ¿Había tenido miedo de que se le cerrase el agujero? ¿*Madeleine* había escrito eso? Había oído que las mujeres eran tan obscenas de pensamiento como los hombres, pero nunca había creído que fuera verdad. Si Madeleine había pensado en el sexo en aquel viaje de tren, mientras pasaba las páginas del *Vogue*, si había subido al ático con intención de follar con él, entonces era obvio que él nunca había sido capaz de entenderla lo más mínimo. Este pensamiento lo reconfortó durante un buen rato, mientras la tormenta se agitaba sobre su cabeza.

De todas las demás cosas que Madeleine podía haber hecho en aquel momento, Madeleine había elegido sentarse a escribirle una carta. Y le decía que le había gustado besarle, y que había sentido el impulso de bajarse del tren y volver a Nueva York a buscarle. Había tecleado el nombre de Mitchell en el sobre, y lo había pegado con saliva; y había tecleado también la dirección del remitente, para que así Mitchell pudiera contestarle, para que así supiera dónde poder encontrarla si decidía buscarla.

Toda carta era una carta de amor.

Por supuesto —habida cuenta de cómo suelen ser las cartas de amor—, ésta podía haber sido mejor. Era muy poco prometedor, por ejemplo, que Madeleine afirmara que no quería volver a verle en los cincuenta años siguientes. Era descorazonador que insistiera en que «iba en serio» con su «novio» (aunque alentador saber que tenían «problemas»). Pero, sobre todo, lo que Mitchell sacó en limpio de la carta era el hecho doloroso de que había perdido su oportunidad. Ésta le había llegado pronto, en el segundo año de carrera, y no había sabido aprovecharla. Y esto lo deprimió aún más, porque sugería que estaba destinado a ser un mirón en la vida, un «no clasificado», un perdedor. Era lo que le había dicho Madeleine: no era lo bastante hombre para ella.

Los días siguientes fueron de tribulación espiritual. En Kalamata, ciudad costera que no olía a olivos, como Mitchell esperaba, sino a gasolina, no hizo sino encontrarse con sus «dobles». El camarero de restaurante, el reparador de embarcaciones, el hijo del propietario del hotel, la cajera del banco: todos se parecían a él como gotas de agua. Mitchell incluso se parecía a unos cuantos iconos de la ruinosa iglesia local. En lugar de proporcionarle un sentimiento de regreso a casa, la experiencia lo socavó sobremanera; era como si lo hubieran fotocopiado una y otra vez, y fuera una reproducción tenue de un original más nítido y más oscuro.

El tiempo había refrescado. Por la noche la temperatura caía por debajo de 10 grados. Fuera donde fueran, veían estructuras a medio construir levantadas sobre las laderas rocosas. Para fomentar esas nuevas construcciones, el Parlamento griego había aprobado la ley que eximía de pagar impuestos a los propietarios de casas sin terminar. Los griegos habían respondido con la artimaña de dejar la última planta de sus casas perpetuamente incompleta, mientras vivían cómodamente en las de abajo. En el pueblo de Itylo, Mitchell y Larry durmieron dos noches frías por un dólar cada uno en el piso tercero sin terminar de una casa propiedad de la familia Lamborghos. El hijo mayor, Iannis, los había captado cuando bajaron del autobús en la plaza del pueblo. Pronto les estaba mostrando el último piso de su casa, atestado de barras de refuerzo y de bloques grises de hormigón, donde podrían pasar las noches bajo las estrellas —en sus sacos de dormir y sus esterillas aislantes— por primera y única vez en su viaje.

A pesar de la barrera del idioma, Larry empezó a pasar tiempo con Iannis.

Mientras Mitchell tomaba café en el único bar del pueblo, aún secretamente dolido por la carta de Madeleine, Iannis y Larry daban paseos por los alrededores, por las laderas llenas de cabras. Iannis llevaba la melena negro azabache y la camisa que dejaba al descubierto el pecho de un ídolo griego de la canción. La dentadura la tenía en muy malas condiciones, y era una especie de parásito, pero se mostraba bastante amistoso, lo cual convenía a Larry, que también tenía el ánimo comunicativo (muy al contrario que Mitchell). Cuando Iannis se ofreció para llevarles de vuelta a Atenas, sin embargo, alegando que tenía asuntos pendientes en la capital, Mitchell no encontró forma de negarse, y a la mañana siguiente salieron en el minúsculo coche de Iannis, fabricado en Yugoslavia. Larry en el asiento del acompañante, y Mitchell en el trasportín de atrás.

Se acercaba la Navidad. Las calles que rodeaban el hotel, un edificio anodino y gris al que les había llevado Iannis, estaban ya ornadas de luces. La temperatura bastó para recordarles a Mitchell y a Larry que había llegado el momento de partir para Asia. Después de que Iannis se hubo marchado para atender a sus asuntos, Larry y Mitchell fueron a una agencia de viajes para comprar los billetes de avión. Atenas era famosa por sus tarifas baratas, y no les defraudó: por menos de quinientos dólares compraron dos billetes abiertos (Atenas-Calcuta-París, en Air India) para un vuelo que salía la noche siguiente.

Aquella noche Iannis les llevó a una marisquería, y a tres bares, antes de dejarlos en el hotel. A la mañana siguiente Mitchell y Larry fueron al barrio de Plaka y compraron unas bolsas nuevas y más pequeñas. Larry eligió una de bandolera, de vistosas rayas, de cáñamo; Mitchell un petate de lona oscura. Una vez en el hotel, pasaron las cosas esenciales a las bolsas nuevas, procurando no cargarlas demasiado. Se deshicieron de los jerséis, de los pantalones largos, las zapatillas de tenis, de los sacos de dormir y de las esterillas aislantes, los libros, e incluso el champú. Mitchell sacrificó el Santa Teresa, el San Agustín, el Thomas Merton, el Pynchon; se liberó de todo salvo del opúsculo *Madre Teresa de Calcuta*. Todo lo que no iban a necesitar lo metieron en las mochilas y lo llevaron a Correos, donde lo enviaron por barco a los Estados Unidos. Salieron a la calle, y chocaron palmas en el aire, sintiéndose ligeros, libres de trabas, verdaderos viajeros por primera vez.

El ánimo alegre de Mitchell no duró mucho. Entre las cosas que había conservado estaba la carta de Madeleine, y cuando volvieron al hotel se encerró en el cuarto de baño y la leyó otra vez. Y esta vez le pareció más terrible, más definitiva. Salió del cuarto de baño, se tendió en la cama y cerró los ojos.

Larry estaba fumando en el balcón.

—Aún no hemos visto la Acrópolis —dijo—. Tenemos que verla.

—Yo ya la he visto —masculló Mitchell.

—No hemos subido arriba.

—No me apetece ahora.

—¿Vienes a Atenas y no piensas ver la Acrópolis?

—Me reúno contigo luego —dijo Mitchell.

Esperó a que su amigo se hubiera marchado para echarse a llorar. Era una combinación de cosas: la carta de Madeleine, la primera y más importante; pero también los aspectos de su personalidad (la suya propia) que habían llevado a Madeleine a juzgar necesaria aquella carta: su torpeza, su encanto, su agresividad, su timidez, todo lo que hacía de él el tipo que casi le convenía a ella, sólo «casi». La carta se le antojaba un veredicto sobre toda su vida hasta el momento, un veredicto que lo sentenciaba a acabar allí, en aquella cama, solo, en el cuarto de un hotel de Atenas, demasiado abrumado por la autocompasión para salir y trepar hasta la maldita Acrópolis. La idea de que se hallaba en algún tipo de peregrinaje le resultaba ridícula. ¡Todo aquel asunto parecía una broma! ¡Si al menos no fuera él mismo! ¡Si al menos fuera otro, alguien diferente!

Mitchell se incorporó, se secó las lágrimas. Inclinandose hacia un lado, sacó el Nuevo Testamento del bolsillo trasero del pantalón. Lo abrió y buscó la tarjeta que la mujer le había dado. En la parte superior se leía: «Instituto Bíblico de Atenas»; al lado había una bandera griega con la cruz dorada y debajo, un número de teléfono.

Mitchell marcó el número de teléfono de la habitación. La llamada resultó fallida las dos primeras veces (el prefijo era erróneo), pero al tercer intento se oyó la señal. Para su sorpresa, Janice P., la mujer de la cola de la oficina de American Express, con una voz muy cercana, contestó:

—¿Sí?

—Hola, soy Mitchell. Nos conocimos el otro día en American Express.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Janice—. He rezado por ti. Y me llamas. ¡Alabado sea Dios!

—He encontrado tu tarjeta...

—¿Estás preparado para aceptar al Señor en tu corazón?

¿No era muy precipitado? Mitchell miró al techo. Había una grieta de parte a parte.

—Sí —dijo.

—¡Alabado sea Dios! —repitió Janice. Parecía genuinamente contenta, entusiasmada. Se puso a hablar de Jesús y del Espíritu Santo, mientras Mitchell escuchaba con ánimo experimental. Le seguía la corriente y no le seguía la corriente. Quería ver cómo era aquello—. ¡Te dije que estaba escrito que teníamos que encontrarlos! —dijo—. Dios puso en mi corazón que tenía que hablar contigo. ¡Y ahora estás listo para salvarte! Bendito Jesús. —Acto seguido habló del libro de Los Hechos de los Apóstoles, y de Pentecostés, y de Jesús ascendiendo al cielo pero dejando a los cristianos el don del Espíritu Santo, el Confortador, el viento divino que

está por encima de todo entendimiento. Explicó los dones del Espíritu Santo, el don de lenguas, el don de curar a los enfermos. Parecía entusiasmada con Mitchell, pero también daba la sensación de que podría estar hablando con cualquiera—. El Espíritu Santo sopla donde quiere. Es tan real como el viento. ¿Rezarás ahora conmigo, Mitchell? ¿Te pondrás de rodillas y aceptarás a Jesús como tu Señor y Salvador?

—Ahora mismo no puedo.

—¿Dónde estás?

—En el hotel. En el vestíbulo.

—Entonces espera a estar solo. Ve a un recinto vacío y arrodíllate y pídele al Señor que venga a tu corazón.

—¿Has hablado alguna vez en lenguas que no conoces? —le preguntó Mitchell.

—Se me concedió el don de lenguas una vez, sí.

—¿Cómo sucede?

—Lo pedí. A veces tienes que pedir las cosas. Un día estaba rezando y en un momento dado empecé a pedir que se me concediera el don de lenguas. De pronto, en la habitación empezó a hacer un calor terrible. Era como Indiana en verano. *Húmeda*. Había una presencia en el ambiente. La sentía. Y entonces abrí la boca y Dios me concedió el don de lenguas.

—¿Qué dijiste?

—No lo sé. Pero había un hombre, un cristiano, que reconoció la lengua. Era arameo.

—La lengua de Jesús.

—Eso es lo que dijo el hombre.

—¿Puedo hablar en idiomas que desconozco yo también?

—Puedes pedirlo. Seguro que puedes. Una vez hayas aceptado a Jesús como tu Señor y Salvador, pídele al Padre que te conceda el don de lenguas, en el nombre de Jesús.

—¿Y luego?

—¡Abres la boca!

—¿Y sucede, sin más?

—Rezaré por ti. ¡Alabado sea Dios!

Después de colgar, Mitchell salió a ver la Acrópolis. Para no pasar frío, llevaba puestas las dos camisas que le quedaban. Al llegara a Plaka, pasó por los puestos de souvenirs que vendían imitaciones y urnas y bandejas griegas, sandalias, sartas de cuentas. Una camiseta, en un colgador, proclamaba: «Bésame, soy griego». Mitchell inició el ascenso de la especie de laberinto polvoriento que conducía a aquella meseta de la antigüedad.

Cuando llegó a la cima, se volvió y contempló Atenas, una bañera gigantesca llena de una espuma sucia. La nubes se arremolinaban espectacularmente arriba,

horadadas por rayos de sol que incidían como focos sobre el distante mar. La altitud majestuosa, el limpio aroma de los pinos y la luz dorada conferían a la atmósfera un sentido genuino de claridad ática. Los andamios rodeaban el Partenón y un templo cercano más pequeño. Aparte de esto, y de un solitario puesto de guardia situado al otro extremo de la cima, no había señal alguna de burocracia en el lugar, y Mitchell pudo merodear a su antojo por las inmediaciones.

El viento sopla donde quiere.

A diferencia de los otros lugares turísticos famosos que Mitchell había visto en su vida, la Acrópolis era más impresionante en la realidad; ninguna postal o fotografía podía hacerle justicia. El Partenón era más alto y más bello, más heroicamente concebido y construido de lo que había imaginado nunca.

No veía a Larry por ninguna parte. Mitchell caminó sobre las rocas, detrás del pequeño templo. Cuando estuvo seguro de que nadie podía verle, se arrodilló.

Acaso el escuchar a una mujer que hablaba de «vivir para Cristo» era el tipo exacto de humillación que Mitchell necesitaba para morir para su viejo y engreído yo. ¿Y si resulta que los mansos heredarán de verdad la tierra? ¿Y si la verdad era sencilla, de forma que todo el mundo era capaz de captarla, y no de una complejidad que exigiría todo un doctorado? ¿No podía percibirse la verdad mediante un órgano distinto del cerebro; no era de eso de lo que trataba todo lo relacionado con la fe? Mitchell no conocía las respuestas a estas preguntas, pero mientras miraba hacia abajo desde aquella antigua montaña, consagrada a Atenea, le vino a la cabeza un pensamiento revolucionario: que él y todos sus amigos ilustrados no sabían nada de la vida, y de que quizá aquella mujer (¿chiflada?) sabía algo grandioso.

Mitchell cerró los ojos, arrodillado en la Acrópolis.

Era consciente de que en su interior había una infinita tristeza.

Bésame, me estoy muriendo.

Abrió la boca. Aguardó.

Batió el viento, y esparció desperdicios entre las rocas. Mitchell gustó el sabor del polvo en la lengua. Pero eso fue todo.

Nada. Ni una sola sílaba de arameo. Al cabo de otro minuto, se levantó y se sacudió la ropa.

Bajó rápidamente de la Acrópolis, como huyendo de una catástrofe. Se sintió ridículo por haber intentado hablar en lenguas que no conocía, y al mismo tiempo decepcionado por no haber podido hacerlo. El sol se estaba poniendo, la temperatura descendía. En el barrio de Plaka, los vendedores de souvenirs cerraban sus tenderetes, y los letreros de neón parpadeaban en los ventanales de los restaurantes y cafés colindantes.

Pasó tres veces por delante de su hotel sin reconocerlo. Durante su ausencia, el ascensor se había averiado. Mitchell subió por una escalera hasta el segundo piso, y

recorrió el pasillo desangelado y metió la llave en la cerradura.

En cuanto empujó la puerta percibió un movimiento rápido y furtivo en la habitación oscura. Mitchell palpó la pared en busca del interruptor de la luz y, al encontrarlo y encenderla, vio a Larry y a Iannis en el centro de la estancia; Larry estaba echado en la cama, con los tejanos en los tobillos, y Iannis de rodillas al pie de la cama. Haciendo acopio de un gran grado de compostura dadas las circunstancias, Larry dijo:

—Sorpresa, sorpresa ...

Iannis se encogió sobre sí mismo y desapareció de la vista.

—Hola —dijo Mitchell, y apagó la luz. Salió del cuarto y cerró la puerta a su espalda.

En un restaurante de la acera de enfrente Mitchell pidió una jarra de retsina y un plato de feta con aceitunas, sin intentar siquiera articular unas palabras en griego, se limitó a señalar con el dedo lo que quería. Todo tenía sentido ahora. Por qué Larry había superado con tanta rapidez lo de Claire. Por qué desaparecía tan a menudo para fumar cigarrillos con europeos siempre imprecisos. Por qué llevaba aquel pañuelo de seda púrpura en el cuello. Larry había sido una persona en Nueva York y ahora era otra diferente. Eso le hizo sentirse muy cercano a su amigo, aunque sospechaba que allí es donde terminaba su viaje juntos. Larry no volaría a la India con él aquella noche. Larry iba a quedarse un tiempo en Atenas con Iannis.

Al cabo de una hora, Mitchell volvió al hotel, donde su suposición se vio confirmada. Larry prometió reunirse con él en la India, a tiempo para trabajar con el profesor Hughes. Se abrazaron, y Mitchell bajó con su ligero petate al vestíbulo para llamar a un taxi que le llevara al aeropuerto.

A las nueve de la noche estaba en su asiento de clase turista con el cinturón abrochado, a bordo de un 747 de Air India, alejándose del espacio aéreo cristiano a una velocidad de ochocientos cuarenta kilómetros por hora. Las auxiliares de vuelo llevaban saris. La cena consistió en un delicioso popurrí vegetariano. En realidad nunca había esperado poseer el don de lenguas. Y tampoco sabía el bien que éste podría haberle hecho en caso de haber llegado a poseerlo.

Más tarde, cuando las luces de cabina se apagaron y los otros pasajeros trataban de conciliar el sueño, Mitchell encendió su luz de lectura. Leyó *Madre Teresa de Calcuta* por segunda vez, y dedicó suma atención a las fotografías.

Una jugada brillante

Poco después de saber que a la madre de Madeleine no sólo no le gustaba sino que intentaba activamente conseguir que rompieran, en una época del año en Cape Cod en que la brevedad de la luz del día parecía remedar la potencia decreciente de su cerebro, Leonard encontró el coraje suficiente para tomar las riendas de su destino, la enfermedad mental que le había tocado en suerte.

Fue una jugada brillante. La razón por la que Leonard no había pensado en ella antes no era sino otro efecto secundario de la medicación. El litio era muy bueno en la inducción de un estado mental en el cual tomar el litio parecía una buena idea. Tendía a hacer que te sentaras y te estuvieras quieto. Quedarse allí sentado, en todo caso, era prácticamente lo único que Leonard había estado haciendo durante los últimos seis meses, desde su salida del hospital psiquiátrico. Había pedido a sus psiquiatras —a la doctora Shieu del Providence Hospital y a su nuevo psiquiatra, Perlmann, del Massachusetts General Hospital— que le explicaran la bioquímica del carbonato de litio (Li_2CO_3). Para complacerle, dada su condición de «colega científico», habían hablado de neurotransmisores y receptores, disminuciones en la liberación de la norepinefrina, incrementos en la síntesis de la serotonina. Habían enumerado —aunque no desarrollado— los posibles inconvenientes del tratamiento con litio, con la sola finalidad de debatir sobre otros fármacos capaces de minimizar los efectos secundarios. En conjunto, una lista en exceso larga de nombres y marcas farmacológicas y farmacéuticas que Leonard habría debido asimilar, teniendo en cuenta el precario estado mental en que se encontraba.

Cuatro años atrás, cuando en el primer año de carrera se le diagnosticó oficialmente un trastorno bipolar, Leonard no había pensado demasiado en los efectos que el litio causaba en su persona. Lo único que quería era volver a sentirse normal. El diagnóstico se le había venido encima como otra amenaza —como la falta de dinero, como el desastre de su familia— capaz de impedirle seguir adelante, justo cuando empezaba a sentir que por fin su suerte había cambiado. Tomaba su medicación dos veces al día, como un alumno aplicado. Empezó a ir a terapia, al principio con un consejero de salud mental de los Servicios de Salud Pública, y luego con Bryce Ellis, que se compadeció de Leonard y su pobreza estudiantil y decidió modificar sus honorarios para cobrarle menos. Durante los tres años siguientes, Leonard trató su trastorno maníaco-depresivo como algo que le exigía atención pero no le interesaba demasiado, y hacía lo mínimo indispensable para cumplir el expediente.

Leonard había crecido en una casa de estilo Arts & Crafts cuyo anterior propietario había sido asesinado en el recibidor de la entrada. La espeluznante historia del 133 de Linden Street hizo que la casa estuviera en venta sin éxito durante

cuatro años, hasta que el padre de Leonard, Frank, la compró por la mitad del precio que pedían al principio. Frank Bankhead era propietario de una tienda de reproducciones y grabados antiguos en Nob Hill, especializada en litografías británicas. Era un negocio terrible, incluso entonces; la tienda era un lugar adonde Frank podía ir a pasar el día fumando en pipa y esperando la hora de los cócteles. A medida que Leonard se hacía mayor, Frank fue aleccionándole en el sentido de que los Bankhead eran «pobladores originarios de Portland», y con ello se refería a las familias que habían llegado a Oregón cuando Oregón aún era parte del Territorio del Noroeste. No quedaban muchos vestigios de ello: no había ninguna Bankhead Street en el centro, ni siquiera un viejo letrero o placa donde se leyera «Bankhead» en ninguna parte. Ni ningún busto de ningún Bankhead en la Oregón Historical Society. Lo que había eran ternos de tweed, y los modales anticuados de Frank. Y su tienda, llena de cosas que nadie quería comprar: litografías no de los primeros tiempos de la ciudad o de algo que pudiera interesar a sus habitantes, sino de sitios como Bath o Cornualles o Glasgow. Escenas de caza, escenas de juergas en tabernas londinenses, dibujos de carteristas, dos espléndidos Hogarth de los que Frank jamás querría desprenderse y un montón de baratijas.

La tienda a duras penas se mantenía sin pérdidas. Los Bankhead sobrevivían de los ingresos cada vez más exiguos que les reportaban las acciones que Frank había heredado de su abuelo. De cuando en cuando, en algún remate de los bienes de una casa, caía en sus manos alguna reproducción o algún grabado de valor que luego revendía con cierto beneficio (a veces volaba a Nueva York para estas ventas). Pero el negocio estaba en franca decadencia, en contraste con sus pretensiones sociales, y fue ésta la razón por la que se interesó por la casa de estilo Arts & Crafts.

La primera noticia que tuvo de ella le vino de un cliente del vecindario. El propietario anterior, un hombre soltero llamado Joseph Wierznicki, había sido apuñalado hasta morir en el vestíbulo de la entrada principal de la casa, con tal violencia que la policía aseguró que se trataba de un crimen «personal». No hubo ningún detenido. El suceso salió profusamente en los periódicos, con fotos de las paredes y el suelo salpicados de sangre. Y éste podía haber sido el final del asunto. A su debido tiempo, la casa se puso a la venta. Una cuadrilla de operarios limpio y reformó el vestíbulo principal. Pero la ley exigía que los agentes de la propiedad inmobiliaria informasen a los clientes potenciales de todo aquello que pudiera afectar a una reventa, por lo que se veían obligados a mencionar el crimen que había tenido lugar en la casa. Cuando estos clientes potenciales se enteraban del asesinato, profundizaban en la información (si aún seguían interesados), y en cuanto veían las fotografías, desistían de su intención de comprarla.

La madre de Leonard se negó incluso a considerar la idea. No se creía capaz de soportar el estrés de la mudanza, sobre todo cuando tal mudanza sería a una casa

encantada. Rita se pasaba la mayoría de los días en su dormitorio, hojeando revistas o viendo el *Mike Douglas Show* en la televisión, con el vaso de «agua» en la mesilla de noche. De vez en cuando se volvía un verdadero torbellino de actividad doméstica, y decoraba cada centímetro cuadrado de la casa en Navidad o cocinaba complicada cenas de seis platos. Hasta donde Leonard podía recordar, su madre o bien se apartaba de la gente o bien ponía toda su energía en tratar de impresionarla. Leonard sólo conocía a otra persona tan impredecible como Rita, y era Frank.

Ése podría ser un juego de salón muy divertido: adivinar de qué rama de la familia le venía la inestabilidad mental. Había tantas posibles fuentes, tantas frutas podridas en los árboles genealógicos de los clanes Bankhead y Richardson. Ambos estaban llenos de alcohólicos. La hermana de Rita, Ruth, había llevado una vida de excesos, tanto sexuales como económicos. La habían detenido varias veces y había intentado suicidarse al menos una, que él supiera. Luego estaban los abuelos de Leonard, en cuya rectitud había algo de... angustiado, como si esa rectitud no hiciera sino refrenar una marea de impulsos tempestuosos. A pesar del aspecto reservado y distante de su padre, Leonard sabía que era depresivo y misantrópico, y proclive — cuando estaba borracho— a despotricar contra «el vulgo» y a entregarse a arrebatos de grandiosidad en los que hablaba de mudarse a Europa para vivir a lo grande.

La casa se ajustaba a la concepción que Frank tenía de sí mismo. Era mucho más bonita y más grande de lo que él hubiera podido permitirse, con un salón con delicados ornatos de madera y chimenea revestida de cerámica, y cuatro dormitorios. Una tarde volvió pronto de la tienda y llevó a Rita y a Leonard a verla. Cuando llegaron a la casa, Rita se negó a bajarse del coche. Así que Frank tuvo que entrar sólo con Leonard, que entonces tenía siete años. La recorrieron de arriba abajo en compañía del agente inmobiliario. Frank le indicó a Leonard cuál iba a ser su cuarto, en el primer piso, y el jardín trasero donde, si quería, podría construirse una cabaña en el árbol.

Volvió con Leonard al coche, donde Rita les estaba esperando.

—Leonard tiene algo que decirte —dijo Frank.

—¿Qué? —dijo Leonard.

—No te hagas el listillo. Lo sabes perfectamente.

—No hay manchas de sangre, mamá —dijo Leonard.

—¿Y? —le alentó Frank.

—El suelo es todo nuevo. En la parte de delante. Baldosas nuevas.

Rita siguió muy tiesa en el asiento del acompañante. Llevaba gafas de sol, como siempre que salía de casa, incluso en invierno. Al final dio un largo trago del vaso de «agua» —que la acompañaba a todas partes, con sus cubitos de hielo tintineantes—, y se bajó del coche.

—Dame la mano —le dijo a Leonard.

Los dos juntos, sin Frank, subieron los escalones frontales y cruzaron el porche y entraron en la casa. Visitaron juntos todas las habitaciones.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó Rita cuando hubieron terminado.

—Es una bonita casa, creo.

—¿No te importaría vivir aquí?

—No lo sé.

—¿Y a tu hermana?

—Ella quiere venirse. Papá le ha dicho cómo es. Le ha dicho que podía escoger su moqueta.

Antes de darle una respuesta, Rita exigió a Frank que la llevara a cenar a Bryant's. Leonard quería volver a casa para jugar al béisbol, pero le hicieron ir con ellos. En Bryant's, Frank y Rita pidieron martinis, unos cuantos. Al poco estaban riéndose y besándose, y burlándose de cómo Leonard se resistía con todas sus fuerzas a probar las ostras. Rita, de pronto, había decidido que el asesinato era un atractivo. Daba una «historia» a la casa. En Europa, la gente vivía en casas donde se había asesinado (cruentamente o con veneno) a propietarios del pasado.

—No sé por qué te da tanto miedo vivir en esa casa —le recriminó Rita a Leonard.

—No me da miedo —dijo Leonard.

—Jamás he visto tantas protestas, ¿y tú? —le preguntó a Frank.

—No, jamás —dijo Frank.

—Yo no he protestado —dijo Leonard, cada vez más frustrado—. Tú protestabas. A mí no me importa dónde vivamos.

—Bueno, muy bien... ¡Pues quizá no vengas con nosotros, si sigues con esa actitud!

Siguieron riendo y bebiendo, y Leonard se levantó muy enfadado de la mesa y se fue a mirar la máquina de discos. Estudió detenidamente las canciones, dando vueltas y vueltas al molinete de selección.

Un mes después, la familia se mudó al 133 de Linden Street, y con la adquisición de la casa Frank y Rita «adquirieron» también un nuevo motivo para las peleas conyugales.

Todo aquello —según sabría Leonard después por sus terapeutas— entrañaba un maltrato emocional. No el hecho de que se le hubiera hecho vivir en una casa donde se había cometido un asesinato, sino el hecho de que sus padres lo hubiesen utilizado como corveidile, de que le pidiesen constantemente opinión sobre asuntos sobre los que no tenía edad para opinar, de que le hubieran hecho sentir que en cierto modo era responsable de la felicidad, primero, y de la infelicidad, luego, de sus padres. Según el año o el terapeuta que lo estuviera tratando, aprendió a atribuir casi cada faceta de su carácter a alguna reacción psicológica a la constante contienda de sus padres: su

pereza, su rendimiento siempre superior a lo esperado, su tendencia al aislamiento, su propensión a seducir, su hipocondría, su sentimiento de invulnerabilidad, su autoaversión, su narcisismo.

Los siete años siguientes fueron caóticos. Frank y Rita daban continuas fiestas en la casa. Siempre había en la ciudad anticuarios de Cincinnati o Charleston necesitados de diversión. Frank presidía estas parrandas, y rellenaba las copas de todo el mundo. Los hombres gritaban, beodos; a las mujeres se les levantaban las faldas al caerse de las sillas. Tipos de mediana edad deambulaban por la casa y se metían en el dormitorio de Janet. En estas fiestas, Leonard y Janet tenían que servir bebidas o canapés. Muchas noches, después de que los invitados se hubieran marchado —y a veces mientras aún estaban en la casa—, estallaba la pelea entre sus padres. Frank y Rita se gritaban desaforadamente, y Leonard y Janet, en sus cuartos de distinta planta, subían el volumen de sus estéreos para ahogar los gritos de sus progenitores. Las peleas eran por dinero, por el fracaso de Frank en los negocios, por los gastos de Rita. Cuando Leonard cumplió los quince años, el matrimonio de sus padres se había ido al traste. Frank dejó a Rita por una mujer belga llamada Sara Coorevits, una anticuaria de Bruselas a quien había conocido en una exposición en Manhattan y con quien, según se supo más tarde, mantenía una relación amorosa desde hacía cinco años. Unos meses después, Frank vendió la tienda y se fue a vivir a Europa, como siempre había dicho que haría. Rita se recluyó en su dormitorio, y dejó que sus hijos Frank y Janet se las arreglaran como pudieran durante los años de secundaria. Seis meses más tarde, asediada por los acreedores, Rita —de forma bastante heroica— logró sobreponerse y consiguió un empleo en la YMCA local. Andando el tiempo —un tanto milagrosamente—, llegó a ser la directora del centro a la que todos los jovencitos adoraban y llamaban «señora Rita». A menudo trabajaba hasta tarde. Leonard y Janet se hacían la cena y subían a su cuarto. Y era como si a la que hubieran asesinado en aquella casa fuera a su familia.

Pero éste era el pensamiento de un depresivo. Un *aspirante* a depresivo, a la sazón. Era lo extraño del trastorno de Leonard: el modo casi placentero en que había comenzado. Al principio su ánimo sombrío se asemejaba más a la melancolía que a la desesperación. Había algo gozoso en su vagar por la ciudad solo, sintiéndose abandonado. Había también un sentimiento de superioridad, de tener *razón* en el hecho de que no le gustaran las cosas que les gustaban a los otros chicos: fútbol americano, animadoras, James Taylor, la carne roja. Un amigo suyo, Godfrey, era fan de grupos como Lucifer's Friend y Pentagram, y durante un tiempo Leonard se pasaba el día en casa de Godfrey escuchándolos. Como los padres de Godfrey no podían soportar aquel estruendo infernal, su amigo y él tenían que ponerse auriculares. Godfrey se ponía los únicos que había, bajaba la aguja sobre el disco y empezaba a retorcerse en silencio, subrayando con expresiones faciales

distorsionadas la profundidad de la depravación a la que estaba siendo invitado. Entonces le llegaba el turno a Leonard. Ponían ciertas canciones al revés para escuchar los mensajes satánicos ocultos. Estudiaban letras sobre niños muertos, y las cubiertas pútridas de los elefés. Leonard y Godfrey robaban dinero a sus padres y compraban entradas para los conciertos del Paramount. La espera en la cola, bajo la llovizna incesante de Portland, en compañía de varios centenares de quinceañeros inadaptados, era lo más parecido a sentirse parte de algo que había sentido en su vida Leonard. Estuvieron en conciertos de Nazareth, Black Sabbath, Judas Priest y Motordeath, un grupo que en realidad daba asco pero en cuyos espectáculos aparecían mujeres desnudas ofreciendo sacrificios de animales. Uno podía ser, por tanto, un fan de las tinieblas, un *connoisseur* de la desesperación.

Durante un tiempo, la Enfermedad —que aún no tenía nombre— le susurraba cosas. Le decía: Acércate. Adulaba a Leonard para que se sintiera más que la mayoría de la gente; más sensible, *más profundo*. La visión de una película «intensa» como *Malas calles* dejaba a Leonard conmocionado, incapaz de hablar, y eran necesarias tres chicas abrazándolo durante una hora para hacerlo volver en sí. Inconscientemente, empezó a sacar partido de esta sensibilidad. Estaba «realmente deprimido» en la sala de estudios o estaba «realmente deprimido» en una fiesta, y pronto se formaba a su alrededor un grupo de condiscípulos o amigos preocupados por lo que le podía estar pasando.

Era un alumno irregular. Los profesores lo catalogaban como «brillante pero poco motivado». No hacía los deberes; prefería tumbarse en el sofá y ver la televisión. Veía *The Tonight Show*, la última película y la película siguiente a la última película. Por la mañana estaba exhausto. Se quedaba dormido en clase, y revivía después del instituto saliendo por ahí a perder el tiempo con sus amigos. Luego volvía a casa, y otra vez se quedaba despierto hasta muy tarde, viendo la televisión, y se repetía el ciclo.

Y, sin embargo, aquello no era la Enfermedad. Estar deprimido por la situación en el mundo —contaminación del aire, hambrunas, invasión de Timor Oriental— no era la Enfermedad. Entrar en el cuarto de baño y quedarse mirando la propia cara, percibiendo las venas macabras bajo la piel, examinándose los poros de la nariz hasta convencerse de que era una criatura atroz a quien ninguna chica podía llegar a amar nunca..., ni siquiera eso era la Enfermedad. Era un preludio característico, pero no era químico ni somático. Era la anatomía de la melancolía, no la anatomía de su cerebro.

Leonard sufrió el primer brote depresivo real en el otoño de su primer año en el instituto. Un jueves por la noche, Godfrey, que acababa de sacarse el carnet de conducir, fue a recoger a Leonard en el Honda de sus padres. Anduvieron de un lado para otro con la música a todo volumen. Godfrey se había distanciado un tanto de su amigo. Insistía en escuchar a Steely Dan.

—Eso es basura —dijo Leonard.

—No, tío, tienes que darle una oportunidad.

—Pon algo de Sabbath.

—Ya no me interesa ese tipo de música.

Leonard miró a su amigo.

—¿Qué pasa contigo? —dijo, aunque sabía la respuesta.

Los padres de Godfrey eran religiosos (no metodistas, como la familia de Leonard, sino gente que de verdad leía la Biblia). Habían mandado a Godfrey a un campamento organizado por la parroquia durante el verano, y allí, en medio de los árboles y los pájaros carpinteros, los pastores habían hecho su trabajo. Godfrey seguía bebiendo y fumando hierba, pero había dejado de escuchar a Judas Priest y a Motordeath. A Leonard no es que le importara demasiado; también él se estaba cansando de todo aquello. Pero eso no significaba que fuera a perdonarle a Godfrey aquella deserción.

Hizo un gesto con el dedo hacia el casete estéreo de ocho pistas.

—Esa música es superblanda.

—Los instrumentales del álbum son muy buenos —insistió Godfrey—. Donald Fagen tiene formación de música clásica.

—Déjame que te diga una cosa, Godfrey: si vamos a andar por ahí escuchando esta puta música de nenas, será mejor que me baje los pantalones para dejarte que me la chupes.

Dicho lo cual, Leonard buscó en la guantera algo más estimulante, y acabó sacando una casete de Big Star que le gustaba mucho.

Un poco antes de medianoche, cuando Godfrey lo dejó en casa, Leonard entró y se fue directamente a la cama. Cuando se despertó a la mañana siguiente, sintió que le pasaba algo. Le dolía el cuerpo. Sentía los miembros como embutidos en cemento. No quería levantarse, pero Rita entró en el cuarto gritándole que iba a llegar tarde a clase. Leonard se las arregló como pudo para bajarse de la cama y vestirse. Se fue de casa sin desayunar, y olvidó la mochila, y caminó hacia Cleveland High. Se aproximaba una tormenta; la luz crepuscular de la mañana incidía sobre los sórdidos escaparates de las tiendas y sobre los pasos elevados. Durante todo el día Leonard acarreó su cuerpo de clase a clase, mientras las nubes ominosas, cárdenas se agolpaban al otro lado de las ventanas. Los profesores no pararon de llamarle la atención por no haber llevado los libros. Tuvo que pedir prestado papel y bolígrafo a sus compañeros. Se encerró dos veces en un cubículo de los aseos y, sin saber por qué, se puso a llorar. Godfrey, que la noche anterior había bebido la misma cantidad de alcohol que Leonard, parecía estar bien. Fueron a comer juntos, pero Leonard no tenía hambre.

—¿Qué te pasa, tío? ¿Estás colocado?

—No. Creo que me estoy poniendo enfermo.

A las tres y media, en lugar de ir al entrenamiento del equipo de fútbol americano, Leonard se fue a casa. Un sentimiento de tragedia inminente, de malevolencia universal lo acosó durante todo el trayecto. Las ramas de los árboles gesticulaban amenazadoramente dentro de su visión periférica. Los cables telefónicos se combaban como serpientes pitones entre poste y poste. Cuando miró hacia el cielo, sin embargo, le sorprendió ver que estaba limpio de nubes. Ni asomo de tormenta. Tiempo claro, con sol. Concluyó que algo les estaba pasando a sus ojos.

En su cuarto, bajó de los estantes sus libros de medicina, con intención de averiguar qué le pasaba. Había comprado la colección entera en un mercadillo casero: seis tomos enormes con ilustraciones a todo color y títulos deliciosamente horripilantes: *Atlas de las enfermedades del riñón*; *Atlas de las enfermedades del cerebro*; *Atlas de las enfermedades de la piel*, y así sucesivamente. Los libros médicos fueron los primeros que hicieron que Leonard se interesara por la biología. Las fotografías de sufrientes anónimos ejercían en él una atracción morbosa. Le gustaba enseñarle a Janet fotos particularmente impactantes para hacerla chillar. El *Atlas de las enfermedades de la piel* era el que mejor lo lograba.

Ni con todas las luces encendidas de su cuarto podía Leonard ver bien. Lo mortificaba la sensación de que tenía algo —algo físico— detrás de los ojos que le tapaba la luz. En el *Atlas de las enfermedades del sistema endocrino* se topó con algo llamado adenoma pituitario. Era un tumor —normalmente pequeño— que se formaba en la glándula pituitaria y que a menudo constreñía el nervio óptico. Causaba ceguera y alteraba las funciones pituitarias. Lo que, a su vez, causaba «tensión arterial baja, fatiga, imposibilidad de manejar situaciones difíciles o de estrés». Si la función de tu pituitaria era excesiva te convertías en un gigante; si era demasiado exigua eras un manojo de nervios. Por imposible que pudiera parecer, a Leonard se le antojaba que padecía ambas cosas a la vez.

Cerró el libro y se desplomó en la cama. Sentía como si lo estuvieran vaciando con violencia, como si un enorme imán le extrajera la sangre y los fluidos y los sumiera en la tierra. De nuevo estaba llorando, sin poder parar, y su cabeza era como la araña de la casa de sus abuelos en Buffalo, aquella araña que era demasiado alta para poder tocarla y que cada vez que iba a ver a los abuelos tenía encendida una bombilla menos. Su cabeza era una araña vieja, cada vez más oscura.

Cuando Rita volvió a casa aquella noche y encontró a Leonard en la cama, completamente vestido, le dijo que se preparara para cenar. Cuando su hijo le dijo que no tenía hambre, ella puso un plato menos en la mesa. Y aquella noche no volvió a entrar en su cuarto.

Leonard, en su cuarto del primer piso, oía cómo su madre y Janet hablaban de él mientras cenaban. Janet, que normalmente no le defendía, preguntó a su madre qué le

pasaba a su hermano. Rita dijo:

—Nada. Que es un vago.

Oyó cómo fregaban los platos, y cómo Janet subía a su cuarto y se ponía a hablar por teléfono.

A la mañana siguiente, Rita mandó a Janet a ver cómo estaba Leonard. Janet entró en su cuarto y se acercó hasta el borde de la cama.

—¿Qué te pasa?

Hasta aquella pequeña muestra de solidaridad hizo que a Leonard le entraran ganas de echarse a llorar. Tuvo que contenerse, y se cubrió la cara con un brazo.

—¿Estás fingiendo? —le susurró Janet.

—No —consiguió articular Leonard.

—Huele mal.

—Pues vete —dijo Leonard, aunque quería que se quedase; deseaba más que nada en el mundo que su hermana se acurrucase a su lado como cuando eran niños.

Oyó los pasos de su hermana cruzando el cuarto y andando por el pasillo. Y le oyó decir:

—Mamá, creo que sí está enfermo.

—Seguramente tiene un examen y no ha estudiado —dijo Rita, y soltó una carcajada sin alegría.

Pronto ambas se marcharon y la casa quedó en silencio.

Leonard estaba bajo las mantas, sepultado. El mal olor que Janet había detectado era su cuerpo pudriéndose. Tenía la espalda y la cara llenas de granos. Necesitaba levantarse y lavarse con pHisoderm, pero no tenía fuerzas.

En un rincón del cuarto estaba su viejo tablero de hockey de mesa, los Bruins contra los Blackhawks. A los doce años Leonard había llegado a tener tal destreza en aquel juego que no sólo ganaba fácilmente a su hermana, mayor que él, sino también a todos sus amigos. Insistía en ser siempre los Bruins. Les había puesto nombres a todos los jugadores: uno italiano, otro irlandés, otro indio americano y otro canadiense francófono. Llevaba estadísticas de cada jugador en una libreta destinada a tal fin, con el dibujo de un palo de hockey y un disco llameante en el frente. Mientras jugaba, deslizando las barras metálicas que movían a los jugadores por la pista de hielo y accionando los mandos para los disparos, comentaba las jugadas en directo: «DiMaglio avanza con el disco por el hielo. Se lo pasa a McCormick. McCormick se lo lanza a Sleeping Bear, que se lo pasa a Lecour, que dispara ¡Y MARCA!». Así, una y otra vez, con su voz aguda, impúber, Leonard narraba sus sesgadas victorias, anotando los tantos de Lecour y las asistencias de Sleeping Bear antes de que se olvidaran. Le obsesionaban las estadísticas del juego, y siempre estaba ávido de incrementar la cuenta de tantos de Lecour, aunque para ello tuviera que jugar con Janet, que apenas sabía mover los mandos. ¡Cuánto odiaba Janet jugar

al hockey de mesa con Leonard! Y cuánta razón tenía para odiarle, comprendía ahora Leonard. Lo único que a Leonard le importaba era ganar. Ganar le hacía sentirse bien —o mejor, al menos— consigo mismo. Poco importaba si su adversario sabía jugar o no.

La Enfermedad, que por otra parte distorsionaba su percepción de las cosas, le hizo ver con claridad dolorosa estos defectos de su carácter.

Pero Leonard no sólo se despreciaba a sí mismo. Odiaba a los deportistas de institutos, odiaba a los «polis» de Portland en sus coches patrulla, al empleado del 7-Eleven que le dijo que si quería leer la revista *Rolling Stone* tenía que comprarla. Odiaba a todos los políticos, fueran quienes fueren, a los hombres de negocios, a los propietarios de armas de fuego, a los fanáticos de la Biblia, a los hippies, a los gordos, la restauración de la pena de muerte por fusilamiento en la persona de Gary Gilmore en Utah, al estado entero de Utah, a los Philadelphia 76ers por haber derrotado a los Portland Trailblazers, y —más que a nada y a ninguno— a Anita Bryant.

Faltó una semana al instituto. Pero al final del fin de semana siguiente estaba ya en pie y se había reincorporado a la vida cotidiana. Ello tuvo mucho que ver con la aparición de Godfrey al otro lado de la ventana de su cuarto el viernes por la tarde. A eso de las tres y media de aquel día, Janet llegó a casa del instituto, dejó los libros sobre la mesa de la cocina, y unos minutos después a Leonard le llegó el aroma de una minipizza congelada que su hermana estaba calentando en el horno tostador. Poco después Leonard oyó que estaba hablando por teléfono con su novio. Estaba escuchando a su hermana, y pensando cuán falsa sonaba y cuán ignorante era Jimmy, su novio, de cómo era realmente Janet cuando alguien dio unos golpecitos en el cristal de la ventana de su cuarto. Era Godfrey. Cuando vio a Godfrey allí fuera, Leonard barajó la posibilidad de que no estuviera tan deprimido como pensaba. Se había puesto muy contento al ver a su amigo. Se olvidó de todas las cosas que odiaba en el mundo, y se levantó para abrir la ventana.

—Podrías haber entrado por la puerta principal —dijo Leonard.

—No, yo no —dijo Godfrey, encaramándose a la ventana—. Soy, estrictamente, el tipo «de la puerta de atrás».^[12]

—Deberías probar con la vieja de la casa de al lado. Te está esperando ahora mismo.

—¿Qué tal con tu hermana?

—Bien, ya puedes marcharte.

—Tengo hierba —dijo Godfrey.

Le tendió la bolsita. Leonard metió la nariz en ella y su depresión remitió otro peldaño. Olía a selva tropical de la Amazonía; era como poner la cabeza entre las piernas de una chica nativa que nunca hubiera oído hablar del cristianismo. Salieron y

se pusieron a fumar un porro detrás del garaje, resguardándose de la lluvia bajo el alero. Y allí fue donde, en sentido figurado, Leonard se pasó gran parte del tiempo que le quedaba para terminar la secundaria: bajo un alero, fumando marihuana bajo la llovizna. En Portland siempre llovía, y siempre había un alero en las cercanías, detrás del instituto, bajo el Steel Bridge de Waterfront Park, o bajo las ramas goteantes de un pino blanco asolado por el viento del jardín trasero de algún vecino. Leonard no estaba seguro de cómo se las arregló para hacerlo, pero el lunes siguiente volvió al instituto. Dio a llorar en secreto en los aseos —dos veces al día como mínimo—, y en fingir luego que no le pasaba nada. Sin saber lo que hacía empezó a automedicarse; fumaba marihuana casi todos los días, y se pasaba las tardes bebiendo latas grandes de cerveza en su casa o en casa de Godfrey, o iba a fiestas los fines de semana en las que acababa colocado como un piojo. Su casa era la sede central de las fiestas los días de diario. Continuamente llegaban quinceañeros con cartones de cerveza y hierba. Siempre querían oír lo del asesinato en el vestíbulo. Leonard exageraba la historia, contando que aún quedaban manchas de sangre cuando se mudó a la casa con su familia. «Y puede que aún estén ahí si se mira desde muy cerca». Janet huía de esas fiestas como de unas aguas negras. Siempre amenazaba con contárselo a su madre, pero nunca lo hacía. A las cinco de la tarde Leonard y sus amigos vagaban por las callejuelas, montando en monopatín y riendo histéricamente con las caídas monumentales.

Nada de esto suponía salud mental, pero le ayudó a seguir adelante. La Enfermedad aún no se había enraizado en él del todo. Podía anesthesiarse a sí mismo los días o semanas de depresión.

Y entonces sucedió algo asombroso. En su penúltimo año del instituto, Leonard empezó a organizarse. Por dos razones. La primera es que a finales de agosto Janet se había ido a estudiar al Whitman College, en Walla Walla, Washington, a cuatro horas y media en coche desde Portland. Aunque de chicos casi nunca se habían hecho mucho caso, a Leonard la casa sin ella le parecía solitaria. La marcha de Janet le hizo mucho más insoportable la vida en casa. Y le mostró una salida.

Era como lo de la gallina y el huevo. Leonard no sabría decir qué vino antes, su deseo de ser mejor estudiante o la energía y concentración necesarias para conseguirlo. A partir de aquel septiembre, se entregó de lleno al estudio. Empezó a terminar a tiempo las lecturas prescritas y a entregar los trabajos en la fecha fijada. Sacaba las mejores notas en matemáticas sin tener que esforzarse demasiado. E iba bien en química, aunque prefería la biología, que se le antojaba más tangible, y en cierto modo más «humana». Como las notas de Leonard mejoraban día a día, lo pasaron a clases avanzadas, en las que se encontró aún mejor. Era divertido ser uno de los alumnos inteligentes. En la asignatura de lengua inglesa estaba leyendo *Enrique IV, Segunda parte*. Leonard no podía evitar identificarse secretamente con el

discurso de adiós a su anterior vida de laxitud de Enrique IV. Aunque al empezar el curso había ido muy retrasado en matemáticas, cuando se examinó del SAT, en la primavera, se había puesto al día con creces, y sacó sobresaliente tanto en matemáticas como en la sección verbal. Se descubrió la capacidad de una concentración sin altibajos, y era capaz de estudiar diez horas seguidas, con pequeñas pausas para comer un sándwich. Empezó a terminar los trabajos antes de tiempo. Leyó *Ontogenia y filogenia* y *Desde Darwin*, de Stephen Jay Gould, sólo porque le interesaban. Le escribió a Gould una carta expresándole su admiración y recibió una postal del gran biólogo: «Querido Leonard, gracias por tu carta. Sigue dándole duro. S. J. Gould». En el anverso se veía un retrato de Darwin de la National Portrait Gallery. Leonard colgó la postal en la pared, sobre su mesa.

Dos años después, cuando Leonard pudo mirar atrás contando ya con un diagnóstico médico, llegó a albergar la sospecha de que se había pasado los dos años anteriores sumido en un trastorno límite de la personalidad. Cada vez que buscaba una palabra, la encontraba enseguida. Siempre que necesitaba elaborar un argumento, se le formaban párrafos enteros en la cabeza. Era capaz de intervenir en clase y de seguir hablando sin parar y al mismo tiempo hacer reír a la gente. Mejor aún: su nueva seguridad en sí mismo y sus logros le permitían ser generoso. Destacaba en clase sin necesidad de alardes (la persona insoportable del hockey de mesa no asomaba por ninguna parte). Dada la facilidad con la que hacía los deberes, a Leonard le quedaba tiempo para ayudar a sus amigos con los suyos, sin nunca hacerles sentirse mal por sus dificultades, y para dar pacientes clases de matemáticas a chicos que no tenían ni idea de esa asignatura. Leonard se sentía mejor de lo que se había sentido en toda su vida. Su nota media aumentó de 2,9 a 3,7 en un solo semestre. El último año cursó cuatro asignaturas preparatorias para la universidad y obtuvo un 5 en biología, lengua e historia, y un 4 en español. ¿Era malo que su sangre contuviera un antídoto contra la depresión que había padecido la primavera pasada? Bien, si así fuera nadie formulaba queja alguna: ni los profesores, ni su madre, y ciertamente tampoco el consejero universitario del Cleveland High School. De hecho, fue el recuerdo de sus dos últimos años en secundaria, cuando a la Enfermedad aún no le habían crecido los colmillos y era más una bendición que una maldición, el que le dio a Leonard la idea de su jugada brillante.

Leonard envió solicitudes a tres universidades, todas del Este, porque el Este estaba muy lejos. La universidad que le concedía más ayuda económica y en la que se matriculó finalmente fue Brown, una institución que apenas conocía pero que le había sido recomendada por su consejero universitario. Después de mucho pelear en llamadas telefónicas de larga distancia con Frank, que ahora no hacía más que quejarse de los impuestos europeos y alegar que estaba sumido en la pobreza, Leonard consiguió que su padre accediera a pagarle alojamiento y sustento. Sólo

entonces envió a Brown su carta de aceptación de la plaza.

Una vez estuvo claro que Leonard se iba muy lejos de casa, Rita trató de recuperar el tiempo perdido. Se tomó una semana libre en el trabajo para hacer un viaje en coche con Leonard. Fueron a Walla Walla a ver a Janet, que se había quedado en Whitman todo el verano, trabajando en la biblioteca universitaria. Rita sorprendió a Leonard al llenársele los ojos de lágrimas al volante, mientras le decía lo orgullosa que estaba de él. Como si fuera ya todo un adulto, Leonard entendió de pronto la dinámica existente entre Rita y él. Entendió que su madre —de una forma natural— había querido más a Janet, y se sentía culpable por ello, y justificaba tal predilección injusta por los defectos que encontraba en él. Entendió que, al ser varón, le recordaba a Frank, y por tanto, consciente o inconscientemente, su madre mantenía con él cierta distancia. Entendió que él, involuntariamente, había adoptado las actitudes de Frank, menospreciando a Rita en sus pensamientos más secretos del mismo modo que Frank había hecho siempre en voz alta. Resumiendo: Leonard entendió que toda la relación con su madre la había determinado siempre alguien que ya no estaba presente.

El día en que partía para Providence, Rita le llevó al aeropuerto. Esperaron juntos en la sala del aeropuerto a que llamaran para su vuelo. Rita, con unas gafas de sol grandes y semicirculares —la última moda— y un pañuelo de gasa alrededor del pelo, estaba sentada e inmóvil como una esfinge.

—Esa universidad que has elegido está lejos de verdad —dijo—. ¿Debo tomármelo personalmente?

—Es una buena universidad —dijo Leonard.

—No es Harvard —dijo Rita—. Nadie ha oído hablar de ella.

—¡Es de la Ivy League! —protestó Leonard.

—A tu padre le importan esas cosas. A mí no.

Leonard quería enfadarse con ella. Pero, con su cerebro nuevo y adulto, entendió que Rita estaba criticando aquella universidad sólo porque era algo que su hijo quería y que no era *ella*. Durante un instante vio las cosas desde su perspectiva. Primero la había dejado Frank, luego la había dejado Janet y ahora la dejaba él. Rita se había quedado completamente sola.

Dejó de pensar en ello porque se estaba poniendo triste. Y echó a andar en dirección a las puertas de embarque.

No derramó una lágrima hasta que estuvo sentado en el avión. Se volvió hacia la ventanilla, ocultando la cara. El despegue le entusiasmaba: la pura fuerza que suponía. Miró el reactor a través de la ventanilla, maravillándose ante el empuje necesario para arrancarle de la tierra a tal velocidad. Se recostó en el asiento y, con los ojos cerrados, instó a los motores a seguir elevando el aparato, como si estuvieran ejerciendo una violencia necesaria. No volvió a mirar por la ventanilla hasta que

Portland quedó definitivamente atrás.

Al principio, la gente que Leonard conoció en la facultad parecía ser toda oriunda de la Costa Este. Su compañero de cuarto, Luke Miller, era de Washington D. C. Las chicas de la residencia de enfrente, Jennifer Talbot y Stephanie Friedman, eran de Nueva York y de Filadelfia, respectivamente. El resto de los compañeros de su residencia eran de Teaneck, Stamford, Arnherst, Portland (Maine) y Cold Spring. Era su tercera semana en el campus cuando Leonard conoció a Lola Lopez, una chica del Harlem Hispano de cara angelical, tez color de caramelo y cuidado peinado afro. Estaba sentada en el patio interior, leyendo a Zora Neale Hurston, y Leonard fingió que necesitaba saber la dirección del comedor universitario. Le preguntó de dónde era y cómo se llamaba, y cuando ella se lo dijo él le preguntó qué diferencia había entre el Harlem Hispano y el Harlem a secas. «Tengo que terminar esto para la clase de hoy», dijo Lola, y siguió leyendo.

Los únicos estudiantes de la Costa Oeste con los que Leonard trabó conocimiento eran de California, que para él era otro planeta. «Mantén California desoregonizada», se leía en muchas pegatinas de coches con matrícula del Golden State, a lo que sus vecinos limítrofes replicaban con un lema propio que decía: «Bienvenido a Oregón. Disfruta de la visita. Y vete a tu casa». Pero al menos los californianos que Leonard conoció en la facultad sabían de dónde era. Todos los demás —del Sur, del Nordeste o del Medio Oeste— se limitaban a preguntarle por la lluvia. «¿No llueve mucho allí?». «He oído que no para de llover». «¿Qué te parece la lluvia de tu tierra?».

«No está tan mal como en Seattle», les respondía Leonard.

Pero no le importaba gran cosa. Había cumplido dieciocho años en agosto y la Enfermedad, como si hubiera estado esperando que llegara a la edad en que está permitido beber, empezó a anegarlo de humores intoxicantes. Dos cosas que hace este tipo de trastorno es mantenerte despierto toda la noche y facilitarte el sexo sin pausa, lo cual define con bastante fidelidad qué es la universidad. Leonard estudiaba en la Rockefeller Library todos los días hasta medianoche, como un estudiante de una yeshivá recita sus rezos de la Torá. Cuando daban las doce se levantaba y volvía a West Quad, donde siempre había organizada una fiesta, la mayoría de las veces en su cuarto. Miller, un estudiante de Milton que llevaba ya cuatro años fuera de casa perfeccionando sus métodos dionisiacos, sujetó en el techo con pernos dos enormes altavoces Burmester. Miller tenía en la esquina de la cama —cual si se tratase de un torpedo plateado— un bote de tamaño industrial de óxido nitroso. Cualquier chica que aspirase a través del tubo de goma, inevitablemente caía en tus brazos como una damisela en apuros. Leonard descubrió que no necesitaba tales estratagemas. Sin intentarlo realmente, se había convertido en un objeto deseado por las chicas. En diciembre, empezó a oír lo que contaban de una lista escrita en los aseos femeninos

del Airport Lounge, una lista de los chicos más guapos y atractivos del campus en la que figuraba su nombre. Una noche Miller le entregó una nota de una chica inglesa —aderezada de punk de pies a cabeza— llamada Gwyneth, con pelo teñido de rojo y uñas negras de bruja, que decía: «Quiero tu cuerpo».

Lo tuvo. Y lo mismo las demás. Una imagen representativa del primer año de Leonard en la universidad sería la de un tipo que levanta la cabeza de un cunnilingus justo el tiempo suficiente para dar una calada a un *shilom* y para dar la respuesta correcta a una pregunta formulada en clase. El hecho de no dormir hacía más fácil el engañar a sus parejas. Podía dejar la cama de una chica a las cinco de la mañana, atravesar el campus y deslizarse en la cama de otra. Todo iba bien; sacaba buenas notas, se sentía enfrascado por completo tanto en el plano intelectual como en el erótico... Hasta que se pasó una semana sin dormir para preparar los exámenes finales del semestre. Cuando terminó el examen final, dio una fiesta en su cuarto. Se desvaneció en la cama con una chica a la que no pudo reconocer por la mañana, no porque no la conociera (de hecho era Lola Lopez), sino porque la depresión que siguió a sus excesos lo había cegado para todo aquello que no fuera su propia angustia. Colonizaba cada célula de su cuerpo, inoculándole un concentrado de angustia en las venas, como un subproducto tóxico de sus días previos de exaltación.

Exaltación maníaca, esta vez. Tan desmesurada respecto del ánimo exaltado de su época de secundaria que guardaba con él muy pocas semejanzas. La fase eufórica era un estado mental tan peligroso como la fase depresiva. Al principio, sin embargo, se parecía mucho a una oleada de euforia. Uno era absolutamente cautivador, absolutamente fascinante; todo el mundo le llamaba. Uno se exponía a riesgos físicos estúpidos, como lanzarse desde el tercer piso de una residencia de estudiantes a un montón de nieve, por ejemplo. O se gastaba el dinero anual de la beca en cinco días. Era como tener una fiesta enloquecida en la cabeza, una fiesta en la que uno era el anfitrión borracho que se niega a que nadie se vaya de ella, que agarra a sus invitados por la solapa y les dice: «¡Venga! ¡Uno más!». Cuando éstos inevitablemente se van, el anfitrión sale a la calle y busca otros, dispuesto a cualquier cosa con cualquiera, para que la fiesta continúe. Uno no puede parar de hablar. Todo lo que dice es brillante. Y siempre tiene la mejor idea. ¡Vámonos a Nueva York en coche! ¡Esta noche! ¡Veamos amanecer desde lo alto del edificio List! Leonard conseguía gente para hacer esas cosas. Les hacía seguirle a aventuras increíbles. Pero en un momento dado las cosas empezaron a torcerse. Sentía como si tuviera la cabeza en efervescencia. Las palabras se convertían en otras palabras en el interior de su cabeza, como dibujos en un caleidoscopio. No paraba de hacer juegos de palabras. Nadie entendía lo que decía. Se volvió iracundo, irritable. Cuando miraba a la gente que una hora antes había estado riéndole las gracias, percibía que estaban inquietos, preocupados por él. Y entonces se lanzaba hacia la noche, o el día, y encontraba otra

gente con la que estar, y la fiesta enloquecida podía continuar...

Como un borracho después de una juerga, Leonard tenía luego pérdidas de memoria. Cuando despertó al lado de Lola Lopez aquella mañana se encontraba en un estado de total derrumbamiento. Lola, no obstante, consiguió levantarlo de la cama. Y lo llevó del brazo a los Servicios de Salud Pública, diciéndole que no se preocupara, que se apoyara en ella y que pronto se iba a poner bien.

Parecía especialmente cruel, por tanto, el que tres días después, en el hospital, el médico entrara en su cuarto y le dijera que padecía algo de lo que jamás podría curarse, y que lo único que podía hacer era «controlarlo», como si el control, para un chico de dieciocho años que quiere vivir a tumba abierta, no fuera la negación misma de la vida.

En septiembre, cuando Madeleine y Leonard acababan de llegar a Pilgrim Lake, la hierba de las dunas tenía una hermosa tonalidad verde clara. Se agitaba e inclinaba como si el paisaje fuera una pantalla pintada japonesa. Riachuelos de agua salada fluían entre los pantanos, y los pinos silvestres se agolpaban en arboledas discretas. El mundo se reducía allí a sus componentes básicos —arena, mar, cielo—, y mantenía en su mínima expresión las especies de árboles y flores.

A medida que los veraneantes se iban y el tiempo refrescaba, la pureza del paisaje no hacía más que acrecentarse. Las dunas tomaron una tonalidad gris a juego con el cielo. Los días se hicieron sensiblemente más cortos. Era el medio perfecto para la depresión. Era de noche cuando Leonard se levantaba y era de noche cuando Leonard volvía a casa del laboratorio. Tenía el cuello tan abotagado que no podía abrocharse el botón más alto de la camisa. La prueba de que el litio estabilizaba el ánimo del paciente se veía confirmada cada vez que Leonard se miraba desnudo en el espejo y no se quitaba la vida. Quería hacerlo. Creía que tenía derecho a hacerlo. Pero no lograba hacer acopio del odio de sí mismo necesario.

Aquello habría tenido que hacerle sentirse bien, pero sentirse «bien» era algo que estaba fuera de su alcance. Sus «subidas» y sus «bajadas» se compensaban, y le hacían sentirse como si viviera en dos dimensiones. Le habían aumentado la dosis diaria de litio a mil ochocientos miligramos, cantidad que implicaba secuelas graves. Cuando se quejaba al doctor Perlmann en su consulta semanal en el Massachusetts General —situado a una hora y media de distancia en coche—, el psiquiatra elegante, de cabeza lustrosa, siempre le respondía lo mismo: «Tenga paciencia». Perlmann parecía más interesado por la vida del Leonard en el laboratorio de Pilgrim Lake que por el hecho de que la firma de su paciente pareciera más la de un niño de nueve años que la de un joven de su edad. Perlmann quería saber cómo era el doctor Malkiel. Quería que Leonard le contara cotilleos. Si Leonard se hubiera quedado en Providence, al cuidado de la doctora Shieu, estaría ya tomando una dosis más baja, pero ahora volvía a empezar de cero.

En la biblioteca de Pilgrim Lake, Leonard trató de aprender más sobre el fármaco que estaba tomando. Leyendo al ritmo de un alumno de primaria —con movimientos de labios incluido—, Leonard supo que las sales de litio se utilizaban en los trastornos del ánimo desde el siglo XIX. Luego, en gran medida porque no podía patentarse para hacer dinero, la terapia cayó en desuso. El litio se había utilizado para tratar la gota, la hipertensión y las enfermedades del corazón. Había sido el ingrediente principal del 7UP (llamado originalmente Bib-Label Lithiated Lemon-Lime Soda) hasta la década de 1950. Actualmente había en curso ensayos clínicos destinados a comprobar la eficacia del litio en el tratamiento de la corea de Huntington, del síndrome de Tourette, de la migraña y de la cefalea en racimos, del vértigo de Ménière y de la parálisis periódica hipocalémica. Las compañías farmacéuticas trabajaban al revés de como deberían hacerlo. En lugar de empezar por tomar determinada enfermedad y desarrollar un fármaco para tratarla, creaban fármacos y luego trataban de averiguar para qué enfermedades servían.

Lo que Leonard sabía del litio sin necesidad de leer nada sobre él era que le dejaba a uno letárgico y le ofuscaba la mente. Tenía la boca siempre seca, por mucho que bebiera, y siempre le sabía como si hubiera estado chupando un tornillo de acero. Una de las razones por la que mascaba tabaco era para matar ese sabor metálico. A causa de los temblores de las manos, carecía de coordinación (ya no podía jugar al ping-pong; y ni siquiera coger un balón). Y, aunque todos sus médicos le dijeran que el litio no tenía la culpa, el apetito sexual del Leonard se había visto muy menguado. No era impotente ni incapaz de realizar el acto, pero tampoco tenía excesivo interés en realizarlo. Probablemente ello tuviera que ver con lo poco atractivo y lo prematuramente envejecido que le hacía sentirse la medicación. En la farmacia de Provincetown, Leonard no sólo compraba hojas de afeitar sino también Mylanta y Preparation H. Siempre salía de la farmacia con una pequeña bolsa de plástico, temeroso de que pudieran transparentarse los embarazosos productos que acababa de comprar; para conjurar tal peligro se la apretaba con fuerza contra las tetillas y seguía caminando al viento de Cape Cod. Leonard era cliente de la farmacia de Provincetown para evitar comprar en el establecimiento ad hoc del laboratorio, donde corría el riesgo de toparse con alguien conocido. Para que Madeleine no fuera con él, tenía que inventarse alguna excusa, de las cuales la más irrefutable era, sin duda, su trastorno maníaco-depresivo. Pero no lo invocaba abiertamente. Se limitaba a mascullar que *quería estar solo* y Madeleine no insistía más.

Como consecuencia de su anomalía física y mental, había otro problema con el que tenía que enfrentarse: en su relación con Madeleine, el poder había experimentado un desplazamiento. Antes, la *necesitada* era Madeleine. Era quien se ponía celosa cuando Leonard hablaba con otras chicas en las fiestas. Era quien lanzaba señales que alertaban de su inseguridad. Al final, había tirado la toalla por

completo y le había dicho: «Te quiero». En respuesta, Leonard había actuado de forma fría y cerebral, imaginando que si mantenía a Madeleine en la duda podría atarla a él más estrechamente. Pero Madeleine le sorprendió. Rompió con él de inmediato. Cuando Madeleine se hubo ido, Leonard lamentó el incidente de Roland Barthes. Y se castigó a sí mismo por haber sido tan idiota. Pasó muchas sesiones con Bryce analizando sus motivaciones. Y aunque el análisis de Bryce (que a Leonard le daba miedo la intimidad y que por eso —para protegerse— había hecho burla de la confesión de Madeleine) había dado en el clavo, ello no le devolvía a Madeleine. Leonard la echaba de menos. Se sumió en la depresión. De forma estúpida, dejó de tomar el litio con la esperanza de sentirse mejor. Pero lo único que sintió fue ansiedad. Ansiedad y depresión. A todos y cada uno de los amigos que tenía les habló hasta la saciedad de lo mucho que añoraba a Madeleine, con cuánta intensidad deseaba que volviera y cómo había echado por tierra la mejor relación que había tenido en su vida. Sabedor de que sus amigos estaban hartos de escucharle, Leonard cambiaba el tenor de sus monólogos, en parte por puro instinto de narrador que varía el hilo de las historias y en parte porque, para entonces, se estaban multiplicando ya sus angustias. Así que empezó a contarles a sus amigos sus problemas de dinero y sus problemas de salud, hasta que finalmente perdió la noción de lo que decía y a quién se lo decía. Fue por estas fechas cuando Ken Auerbach se presentó con dos tipos de seguridad y llevaron a Leonard al centro de salud. Y lo realmente de locos del asunto fue que, cuando al día siguiente lo trasladaron al hospital, Leonard estaba *furioso* de verdad. Furioso porque lo habían ingresado en la sala psiquiátrica sin haber tenido siquiera el privilegio previo de haber vivido una crisis maníaca en toda regla. Tendría que haber estado tres noches seguidas sin dormir. Tendría que haber fallado con ocho chicas y haber esnifado coca y bebido unos *jelly shots* del vientre de una stripper llamada Moonstar. En lugar de eso, lo único que había hecho Leonard era estar sentado en su apartamento, dando vueltas y más vueltas a su Rolodex, enajenándose la bienvenida jovial de aquellos a quienes llamaba, deslizándose por la pendiente hasta acabar recluido en un hospital con otros pacientes mentales.

Cuando salió del hospital, tres semanas después, la dinámica de poder se había invertido por completo. Ahora era él el necesitado. Había recuperado a Madeleine, sí, lo cual era maravilloso. Pero la felicidad de Leonard se veía amenazada por el miedo constante a perderla. Su físico afeado realzaba la belleza de Madeleine. Junto a ella en la cama, se sentía como un eunuco regordete. Cada vello de los muslos le emergía desde un folículo inflamado. A veces, cuando Madeleine estaba dormida, Leonard retiraba suavemente las mantas que la cubrían para quedarse mirando su piel resplandeciente, rosada. Lo bueno de ser el necesitado era sentir cuán enamorado estabas. Casi valía la pena. Lo que Leonard había evitado toda su vida era el sentimiento de dependencia, pero ya no podía resistirse más. Había perdido la

facultad de ser un completo imbécil. Estaba perdidamente enamorado, y eso era a un tiempo maravilloso y pavoroso.

Madeleine había intentado alegrar un poco su estudio mientras estaba en el hospital. Había puesto sábanas nuevas en la cama y cortinas en las ventanas y una cortina de ducha rosa en el cuarto de baño. Había fregado bien los suelos y encimeras. Aseguró que estaba contenta de vivir con él y de haberse librado de Olivia y Abby. Pero en el curso del largo y cálido verano Leonard empezó a entender por qué Madeleine podía muy bien llegar a cansarse de pasar penurias con un novio que no tenía ni un centavo. Cada vez que una cucaracha salía correteando de la tostadora, Madeleine parecía ponerse enferma. Usaba sandalias en la ducha para protegerse de los hongos. Durante la semana que siguió a su vuelta del hospital, Madeleine se quedó con él todos los días. Pero la semana siguiente empezó a ir a la biblioteca o a visitar al que fue su director de tesis. A Leonard no le gustaba que Madeleine se fuera del apartamento. Sospechaba que la razón de sus salidas no era que adoraba a Jane Austen o al profesor Saunders, sino que tenía ganas de perderle de vista durante unas horas. Además de las visitas a la biblioteca, Madeleine jugaba al tenis dos o tres veces a la semana. Un día, intentando convencerla de que no se fuera, Leonard dijo que hacía demasiado calor para jugar al tenis. Y sugirió que fueran juntos al cine a una sala con aire acondicionado.

—Necesito hacer algo de ejercicio —dijo Madeleine.

—Te haré hacer algo de ejercicio —dijo él, en un alarde vacuo.

—No ese tipo de ejercicio.

—¿Cómo es que siempre juegas con tíos?

—Porque los tíos pueden ganarme. Necesito competir.

—Si fuera yo el que dijera eso, me llamarías machista.

—Mira, si Chrissie Evert viviera en Providence, jugaría con ella. Pero las chicas que conozco aquí son todas malísimas.

Leonard sabía muy bien a qué sonaba lo que le estaba diciendo. Sonaba a todas y cada una de las novias latosas que había tenido en su vida. Para dejar de sonar así, hizo un mohín, y, en el silencio que siguió, Madeleine cogió la raqueta y el bote de pelotas y salió del apartamento.

En cuanto Madeleine se hubo ido, Leonard se puso en pie de un brinco y corrió hacia la ventana. La vio salir del edificio con su conjunto blanco de tenis, el pelo recogido y una muñequera en el brazo del servicio.

Había algo en el tenis —sus rituales aristocráticos, el silencio remilgado exigido a los espectadores, la pretenciosa insistencia en decir «love» en lugar de cero y «deuce» en lugar de empate a cuarenta, la exclusividad de la propia pista, donde sólo dos personas tenían autorización para moverse libremente, la rigidez de guardia palaciega de los jueces de línea y las carreras serviles de los recogepelotas— que lo

convertía en un pasatiempo claramente reprochable. El que Leonard no pudiera decirle esto a Madeleine sin que ésta se enfadara daba una idea de la hondura del abismo social existente entre ellos. Había una pista de tenis pública cerca de su casa, en Portland, vieja y agrietada, e inundada la mayoría de las veces. Godfrey y él solían ir allí a fumar hierba. Era todo lo cerca de jugar al tenis que Leonard había estado en su vida. Por el contrario, durante dos densas semanas de junio y julio, Madeleine se levantaba por la mañana para ver *Breakfast at Wimbledon* en su Trinitron portátil, que había instalado en el apartamento de Leonard. Éste, desde el colchón, un poco grogui, miraba cómo Madeleine daba mordisquitos a los *muffins* ingleses mientras veía los partidos. Era el universo al que pertenecía Madeleine: Wimbledon, en la pista principal, haciendo una reverencia a la reina de Inglaterra.

Leonard la observaba mientras ella seguía en la televisión los partidos de Wimbledon. Se sentía feliz al tenerla allí en su apartamento. No quería que se fuera. Si Madeleine se iba, él volvería a estar solo, como lo había estado en su casa familiar mientras crecía, como lo estaba en su cabeza y a menudo en sus sueños, y como lo había estado en su cuarto de la sala de psiquiatría.

Apenas recordaba sus primeros días en el hospital. Le administraron Torazina, un antipsicótico que lo dejó absolutamente fuera de combate. Durmió catorce horas seguidas. Antes de su ingreso, la enfermera jefe había sacado todas las cosas afiladas que encontró en su bolsa (la maquinilla de afeitar, el cortaúñas). Se llevó también el cinturón. Le preguntó si tenía algo de valor, y Leonard le tendió su cartera, con seis dólares en su interior.

Despertó en un cuarto pequeño, individual, sin teléfono ni televisión. Al principio le pareció un cuarto de hospital normal, pero luego empezó a advertir pequeñas diferencias. El somier y las junturas con la cabecera estaban unidos por soldadura, sin pernos ni tornillos que los pacientes pudieran sacar y utilizar para producirse cortes y heridas. El colgador de la puerta no estaba sujeto a ella de forma fija, sino adosado a una correa elástica que se estiraba al verse sometida a un peso excesivo, se prevenía así cualquier eventual ahorcamiento. A Leonard no se le permitía cerrar la puerta. No había cerradura en ella, ni en ninguna de las puertas de la unidad psiquiátrica, incluidos los cubículos de los retretes. La vigilancia era una de las piedras angulares de la unidad de psiquiatría: Leonard era consciente en todo momento de que lo estaban vigilando. Extrañamente, ello le resultaba tranquilizador. Las enfermeras no estaban en absoluto sorprendidas por su estado. No pensaban que fuera culpa suya. Lo trataban como si hubiera resultado herido en una caída o en un accidente de automóvil. Sus cuasi aburridos cuidados probablemente hicieron más que ninguna otra cosa —incluidos los fármacos— para que Leonard pudiera salir airoso de aquellos primeros días oscuros.

Leonard era un paciente de «ingreso voluntario», lo cual significaba que podía

dejar el hospital en el momento en que quisiera. Con todo, había firmado un formulario de consentimiento por el que se comprometía a avisar al hospital con veinticuatro horas de antelación. Se avenía, asimismo, a que le administraran medicación, a cumplir las normas de la institución y a mantener cierto nivel de limpieza e higiene. Firmó todo lo que le pusieron delante. Le permitieron afeitarse una vez a la semana. Una auxiliar de enfermería le entregaba una maquinilla desechable, y permanecía allí presente mientras Leonard la utilizaba, y al terminar se la retiraba para llevársela. Le hacían cumplir con un horario estricto: levantarse a las seis de la mañana para el desayuno, y realizar una serie de actividades diarias: terapia individual, terapia de grupo, taller de manualidades, más terapia de grupo, gimnasia. Las horas de visita eran por la tarde. Las luces se apagaban a las nueve en punto.

La doctora Shieu pasaba todos los días por la sala y se detenía unos instantes para charlar con él. Era una mujer menuda, de tez apergaminada y ademán vigilante. Parecía interesarle una cosa en especial: si Leonard tenía o no tendencias suicidas.

—Buenos días, Leonard, ¿cómo se siente hoy?

—Exhausto. Deprimido.

—¿Y suicida?

—No activamente.

—¿Es una broma?

—No.

—¿Algún plan?

—¿Perdón?

—¿Tiene pensado hacerse daño de alguna forma? ¿Tiene fantasías al respecto? ¿Le pasan por la cabeza situaciones de ese tipo?

—No.

Los maníaco-depresivos —al parecer— eran más propensos al suicidio que los depresivos. La prioridad primera de la doctora Shieu era que sus pacientes siguieran con vida. Su segunda prioridad era hacer que mejoraran lo bastante para dejar el hospital antes de que las prestaciones del seguro caducaran en el plazo de treinta días. Su empeño en lograr tales objetivos (que remedaban irónicamente la «visión en túnel» del trastorno mismo) le llevaba a una profunda confianza en la terapia farmacológica. De forma automática medicaba a los esquizofrénicos con Torazina, fármaco que algunos equiparaban a una «lobotomía química». A los demás les prescribía ansiolíticos y estabilizadores del ánimo. Leonard se pasaba las sesiones matinales de terapia debatiendo sobre los fármacos que estaba tomando con el residente de psiquiatría. ¿Cómo toleraba el valium? ¿Le producía náuseas? ¿Estreñimiento? Sí. La Torazina podía causar disquinesia tardía (movimientos repetitivos, a menudo de boca y labios), pero ésta solía ser pasajera. El residente de psiquiatría le prescribió una medicación adicional para contrarrestar los posibles

efectos secundarios, y, sin preguntarle siquiera cómo se sentía, dio por terminada la sesión.

La psicóloga clínica, Wendy Neuman, se interesaba al menos por la historia emocional de Leonard, pero lo trataba únicamente en la terapia de grupo. Agrupados en las sillas plegables de la sala de reuniones, componían un grupo dispar junto a los drogadictos, toda una democracia perfecta del derrumbamiento. Había unos blancos ya maduros que llevaban tatuado M.I.A.^[13] Y unos negros que se pasaban el día jugando al ajedrez, y una contable de edad mediana que bebía tanto como un equipo entero de rugby inglés, y una mujer joven y menuda, aspirante a cantante, cuya enfermedad mental adoptaba la forma de deseo de que le amputaran la pierna derecha. Para estimular la discusión, se iban pasando un libro ajado de tapa dura y partido por el lomo. El libro se titulaba *De la tiniebla, la luz*, y contenía testimonios personales de gente que se había recuperado de una enfermedad mental o había aprendido a hacer frente a una dolencia mental crónica. Lindaba claramente con lo religioso, aunque proclamaba no serlo. El grupo se sentaba a la ingrata fluorescencia de la sala de reuniones, y cada paciente leía un párrafo en voz alta y le pasaba el libro siguiente. Había quien trataba el libro como si fuera un objeto misterioso. Todos pronunciaban mal *deidad*. No sabían lo que quería decir *canalla*. Era un libro increíblemente anticuado. En algunos testimonios se referían a la depresión como «enfermedad del espíritu». Cuando le llegaba el libro a él, Leonard leía su párrafo con una cadencia y una dicción que dejaba bien claro que había llegado al hospital directamente de College Hill. En aquellos primeros días tenía la impresión de que la enfermedad mental admitía jerarquías, de que él era un maníaco-depresivo de una categoría superior. Si el tratamiento de una dolencia mental constaba de dos partes, una la medicación y la otra la terapia, y si la terapia iba más rápida cuanto más inteligente era el paciente, entonces muchos de los miembros de aquel grupo estaban en franca desventaja. Apenas lograban recordar lo que les había sucedido en la vida, y menos aún relacionar tales acontecimientos. Un tipo tenía un tic facial tan pronunciado que parecía literalmente sacudir los pensamientos coherentes que pudiera tener en la cabeza. Se le torcía el gesto y olvidaba lo que estaba diciendo en ese momento. Sus problemas eran fisiológicos; le fallaba el cableado básico del cerebro. Escucharle era como escuchar una radio sintonizada entre dos canales, de forma que de cuando en cuando saltaba, disonante, alguna incoherencia. Leonard prestaba una atención solidaria para aquella gente que hablaba de su vida. Trataba de sacar algún consuelo de lo que decían. Pero su primer pensamiento era que los otros estaban mucho peor que él. Tal convencimiento le hacía sentirse mejor consigo mismo, así que se aferraba a él con fuerza. Entonces le llegaba a él el turno de contar su historia, y abría la boca y de ella salían las tonterías más bellamente moduladas y articuladas que imaginar se pueda. Hablaba de los acontecimientos que le habían

llevado al derrumbe psíquico. Recitaba parrafadas del *DSM III* (última edición actualizada del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*) como si las hubiera aprendido de memoria sin querer. Hacía alarde de lo inteligente que era, porque era a eso a lo que estaba acostumbrado. No podía dejar de hacerlo.

Fue entonces cuando Leonard cayó en la cuenta de algo crucial sobre la depresión. Cuanto más inteligente eras, peor era ésta. Cuanto más acelerado era tu cerebro, más te cortaba. Cuando le tocaba a él hablar, por ejemplo, Leonard advertía que Wendy Neuman cruzaba los brazos sobre el pecho, como para defenderse de la flagrante insinceridad de lo que su paciente estaba diciendo. Para ganársela de nuevo, Leonard admitía lo insincero que era diciendo: «No, retiro lo dicho. Estoy mintiendo. Lo que hago es mentir. Es parte de mi enfermedad». Miraba a Wendy para ver si le creía o lo consideraba una insinceridad más. Cuanto más de cerca seguía sus reacciones, más se alejaba de decir la verdad sobre sí mismo, hasta que al cabo reculaba, avergonzado y con la cara congestionada, la viva y fea imagen de la negación.

Lo mismo sucedía con sus sesiones con la doctora Shieu, pero de una forma diferente. Sentado en el sillón áspero del despacho de Shieu, Leonard no se sentía cohibido por su forma cultivada de hablar. Pero su mente seguía paso a paso el análisis minucioso de la competición que tenía lugar entre ambos. Para que le dieran el alta en el hospital, tenía que dejar bien claro que no era un suicida. Sabía, sin embargo, que la doctora Shieu se mantenía ojo avizor ante la menor tentativa suya de camuflar cualquier ideación suicida (los suicidas son hábiles estrategas en la creación de ocasiones propicias para quitarse la vida). Por lo tanto, Leonard no quería mostrarse *demasiado* animado. Al mismo tiempo, no quería dar la impresión de que no estaba mejorando en absoluto. Al contestar a las preguntas de la doctora, Leonard tenía la sensación de que lo estaban interrogando por algún crimen. Siempre que podía, trataba de decir la verdad, pero cuando la verdad no servía a sus propósitos la embellecía o, sin más, mentía. Advertía cada cambio en la expresión del semblante de la doctora Shieu, y lo interpretaba favorable o desfavorablemente, y modificaba su respuesta siguiente según le convenía. A menudo tenía la impresión de que la persona que contestaba a las preguntas desde aquel sillón de tacto áspero era un muñeco que él controlaba, que había sido así a todo lo largo de su vida, y que ésta se hallaba tan indisolublemente unida al hecho de manejar el muñeco que él, el ventrílocuo, había dejado de tener personalidad propia y se había convertido en un brazo embutido en la espalda de la marioneta.

Las horas de visita no le procuraban ningún consuelo. Los amigos que se presentaban en la sala se dividían en dos grupos. Estaban los dramáticamente emotivos —la mayoría, chicas—, que trataban a Leonard con suma cautela, como si fuera a romperse; y luego estaban los bromistas —la mayoría, chicos—, que

pensaban que la mejor forma de ayudarlo era burlarse de aquellas visitas hospitalarias. Jerry Heidmann le llevó una tarjeta empalagosa en la que le deseaba una pronta recuperación; Ron Lutz, un globo de helio con una cara sonriente. De las cosas que salían de los labios de sus amigos durante las visitas, Leonard fue deduciendo poco a poco que pensaban que la depresión era algo parecido a estar «depre». Que pensaban que era como estar bajo de ánimos, sólo que un poco peor. Así que trataban de animarlo. Los visitantes le llevaban tabletas de chocolate. Y le urgían a que pensase en las cosas buenas de la vida.

Como era de esperar, ni su padre ni su madre cogió un avión para ir a verle. Frank llamó una vez (Janet le había dado el teléfono). En el curso de la breve conversación que mantuvieron (había otros pacientes esperando para hablar por el teléfono común del hospital), Frank le dijo a su hijo tres veces que «aguantara el tipo». Y le invitó a visitarle en Bruselas cuando estuviera mejor. Frank estaba considerando la posibilidad de mudarse a Ámsterdam para vivir en una casa flotante. «Ven a verme y podremos hacer una pequeña excursión náutica por los canales», le dijo, antes de colgar. Rita apeló a su hernia discal (era la primera vez que Leonard le oía tal cosa) para justificar su imposibilidad de viajar. Pero sí habló con la doctora Shieu, y una noche llamó por teléfono a Leonard a la sala de enfermería. Era tarde —sobre las diez de la noche—, pero la enfermera del turno de noche llamó a Leonard para que hablara con ella.

—¿Sí?

—¿Qué voy a hacer contigo, Leonard? ¿Qué? Dímelo.

—Estoy en este hospital, mamá. En la sala de psiquiatría.

—Lo sé, Leonard. Por eso te llamo, por el amor de Dios. La doctora dice que has dejado de tomar tus medicinas.

Leonard admitió la acusación al permanecer en silencio.

—¿Qué es lo que te pasa, Leonard? —le preguntó Rita.

La ira lo envolvió. Por espacio de un instante, se sintió como en los viejos tiempos.

—Bien, veamos. En primer lugar, mis padres son alcohólicos. Mi madre, probablemente maniaco-depresiva, pero sin diagnosticar. He heredado eso de ella. Los dos padecemos la misma modalidad de la enfermedad. No somos del ciclo rápido. No vamos de lo más alto a lo más bajo en unas horas. Cabalgamos sobre esas olas largas de la depresión y la manía. Mi cerebro está químicamente hambriento de los neurotransmisores que necesita para regular mis estados de ánimo, y a veces tiene una superabundancia de ellos. Estoy jodido biológicamente por mi genética, y psicológicamente por mis padres. Eso es lo que me pasa, *mamá*.

—Y sigues actuando como un niño grande siempre que estás enfermo —dijo Rita—. Me acuerdo de cómo no parabas de hablar y hablar cuando estabas resfriado.

—Esto no es un resfriado.

—Lo sé —dijo Rita, como acusando el golpe por primera vez en la charla, y en tono de preocupación—. Es grave. He hablado con la doctora. Estoy muy preocupada por ti.

—No lo pareces.

—Lo estoy. Lo estoy. Pero, Leonard, cariño, escúchame. Ya eres un hombre adulto. Cuando esto te sucedió aquella vez, y me dijeron que estabas en el hospital, fui corriendo a verte. ¿No es cierto? Pero no puedo salir corriendo a verte durante el resto de mi vida cada vez que olvides tomarte la medicina. Eso es lo que te pasa, ¿sabes? Que eres olvidadizo.

—Estaba ya enfermo —dijo Leonard—. Por eso dejé de tomar el litio.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. Si hubieras seguido tomando tu medicina, no te habrías puesto enfermo. Vamos, Leonard, cariño, escúchame. Te quitaron de mi póliza cuando cumpliste veintiún años. Pero no te preocupes. Voy a pagar el hospital. Lo haré esta vez, aunque no me sobre el dinero. ¿Crees que tu padre va a ayudarte? No. Yo lo haré. Pero cuando salgas de ahí tendrás que buscarte tu propio seguro.

Al oír esto, Leonard sintió que se le disparaba la angustia. Apretó con fuerza el teléfono, la vista se le nubló.

—¿Cómo se supone que voy a conseguir un seguro, mamá?

—¿A qué te refieres con «cómo»? Te has licenciado en la universidad. Búscate un trabajo como todo el mundo.

—¡No voy a licenciarme! —clamó Leonard—. ¡Voy a tener tres inconclusos!

—Pues termina esos inconclusos. Vas a tener que empezar a cuidarte de ti mismo, Leonard. ¿Me oyes? Eres un hombre hecho y derecho, y no puedo hacerlo yo. Tómate la medicina para que esto no vuelva a suceder.

En lugar de ir ella a Providence, mandó a su hija Janet. Janet fue a pasar el fin de semana con él; voló desde San Francisco, donde había conseguido un trabajo en el departamento de marketing en Gump's. Vivía con un tipo mayor que ella, divorciado, que tenía una casa en Sausalito, y mencionó una fiesta de cumpleaños que se iba a perder y a su exigente patrón para hacerle ver a su hermano la magnitud del sacrificio que estaba haciendo para acudir en su ayuda y cogerle de la mano. Janet parecía creer de buena fe que sus problemas eran mucho más importantes que lo que le pudiera estar pasando a Leonard. «Yo también me deprimiría si me dejara», dijo. «Pero no me dejo». Estaba visiblemente atemorizada por algunos de los pacientes de la sala de día, y no dejó de estar alerta en ningún momento. Fue un verdadero alivio cuando por fin se marchó el domingo.

Habían empezado los exámenes finales. El flujo de visitantes de Leonard quedó reducido a uno o dos al día. Leonard empezó a vivir para las pausas de fumar. Una vez por la tarde y otra al anochecer, la enfermera jefe les daba cigarrillos y otras

clases de tabaco. El de mascar no estaba permitido, así que Leonard dio en elegir los preferidos de los otros tipos de su edad —James y Maurice—, unos puritos finos y húmedos llamados Backwoods que venían en pequeñas bolsas de papel de aluminio. Bajaban todos juntos, acompañados por Wendy Neuman o por algún guarda de seguridad, a la planta baja del hospital. En una zona asfaltada rodeada por una valla alta, se pasaban un único mechero y prendían sus cigarrillos o puritos respectivos. Los Backwoods tenían un sabor dulzón, y daban un colocón momentáneo muy agradable. Leonard daba chupadas al suyo mientras paseaba de un lado para otro mirando al cielo. Se sentía como el Hombre Pájaro de Alcatraz, sólo que sin ningún pájaro. A medida que pasaban los días se iba sintiendo sensiblemente mejor. La doctora Shieu atribuyó tal mejoría al litio. Pero Leonard pensaba que tenía mucho que ver con la nicotina, y con el hecho de salir al exterior y contemplar cómo una sencilla nube se desplazaba a través del cielo. A veces oía el claxon de los coches, o los gritos de los niños, o, en una ocasión, lo que le pareció el bateo de una bola rápida en el campo de béisbol de las cercanías, un sonido que lo alivió al instante: el rotundo ruido sordo de la madera contra el cuero. Leonard recordaba cómo se sentía al jugar en la Pequeña Liga y acertar con el bate un lanzamiento perfecto. Fue el comienzo de su recuperación. El hecho de ser capaz de recordar que —hacía mucho, mucho tiempo— la felicidad había sido algo tan sencillo como aquello.

Y entonces Madeleine apareció en la sala de día, perdiéndose la ceremonia de la graduación, y lo único que Leonard tuvo que hacer fue mirarla para saber que quería volver a estar vivo.

Sólo había un problema. No le iban a dejar salir. La doctora Shieu quería seguir jugando sobre seguro, y posponía el alta de Leonard. Así que éste siguió leyendo la terapia de grupo, y dibujando en las clases de manualidades, y jugando al bádminton o al baloncesto durante las horas de gimnasia.

En la terapia de grupo había una paciente que impresionó vivamente a Leonard. Se llamaba Darlene Withers y era un verdadero torbellino. Se sentaba con los pies sobre la silla plegable, abrazándose las rodillas, y era siempre la primera en hablar.

—Hola, soy Darlene. Soy drogadicta y alcohólica, y tengo depresión. Éste es mi tercer ingreso por depresión. Llevo tres semanas aquí, y, señora... Neuman, estoy lista para irme cuando usted lo diga.

Sonrió abiertamente, y al hacerlo el labio superior se le deslizó hacia atrás, dejando al descubierto toda una franja reluciente de encías rosadas. Su apodo familiar era «Triplelabio». Leonard se pasaba mucho tiempo de la terapia de grupo esperando ver la sonrisa de Darlene.

—Puedo contar la historia que he leído porque la autora dice que la depresión le viene de la baja autoestima —empezó Darlene—. Y eso es algo con lo que yo me enfrento todos los días. Últimamente me he sentido muy mal conmigo misma por

culpa de la relación con mi chico. Iba muy en serio con él cuando ingresé en el hospital. Y desde entonces no he vuelto a tener noticias de él. No ha venido ni una vez, ni en horas de visita ni nunca. Esta mañana me he despertado sintiendo verdadera lástima de mí. «Estás muy gorda, Darlene. No eres lo bastante guapa. Por eso no viene». Pero entonces me pongo a pensar en mi novio, y ¿sabes qué? Le apesta el aliento. ¡En serio! Cada vez que se acerca a mí tengo que soportar ese aliento apestoso. ¿Por qué tengo una relación con un tipo como ése, que nunca se lava los dientes, que no tiene la mínima higiene oral? Y la respuesta que me viene es: «Así es como te sientes tú, Darlene. Como si valieras tan poco que tuvieras que estar con cualquiera que te hiciera un poco de caso».

Darlene era un elemento de inspiración para los demás pacientes psiquiátricos. A menudo se sentaba en un rincón de la sala de día y cantaba para sí en voz baja.

—¿Por qué cantas, Triplelabio?

—Canto para no llorar. Tendrías que probarlo tú también, en lugar de andar por ahí lloriqueando.

—¿Quién dice que lloriqueo?

—¡Lloriquear no sirve de una mierda! Lo que tienen que hacerte es otro diagnóstico totalmente nuevo. Trastorno de «cara de ciruela pasa». Eso es lo que tienes.

Según contaba en la terapia de grupo, Darlene había dejado el instituto a los quince años. La había violado su padrastro y se había ido de casa a los diecisiete. Había trabajado durante cierto tiempo (breve) de prostituta en East Providence, cuestión sobre la que se mostró sorprendentemente franca en una de las sesiones y ya no volvió a mencionar nunca más. A los veinte años era ya adicta a la heroína y al alcohol. Para salir de esa doble adicción recurrió a la religión.

—Me drogaba sólo para no sentir el dolor, ¿sabes? Me colocaba de tal forma que no sabía ni dónde estaba. Pronto perdí el trabajo y el apartamento. Lo perdí todo. Mi vida había llegado a un punto en que no podía manejarme. Al final me fui a vivir con mi hermana. Mi hermana tiene un perro que se llama Grover. Una mezcla de pit bull. Algunas noches, al llegar al apartamento de mi hermana, solía sacar de paseo a Grover. No importaba si era muy tarde. Cuando vas con un pit bull nadie se mete contigo. Vas por la calle y todo el mundo dice ¡Mierda, un pit bull! Solía ir con Grover a un cementerio cercano, porque había hierba y demás. Y una noche estamos detrás de la iglesia y yo estoy borracha, como siempre, y miro a Grover, y Grover me mira, y de repente me dice: «¿Por qué te estás matando, Darlene?». ¡Lo juro por Dios! Sé que todo estaba en mi cabeza. Pero aun así, era la *verdad*. ¡De la boca de un perro! Al día siguiente fui al médico, y me mandó a Sunbeam House, y lo siguiente que recuerdo es que me estaban ingresando. Ni siquiera me dejaron ir a casa antes. Y me metieron en un cuarto de desintoxicación. *Luego*, cuando estaba ya limpia, me

entró la depresión. Como si hubiera estado esperando a que me quitara de la heroína y del alcohol para poder joderme bien jodida. Disculpe mi lenguaje, señora Neuman. Estuve en Sunbeam House tres meses. Fue hace dos años. Y aquí estoy otra vez. Las cosas me han ido bastante mal últimamente; problemas de dinero, problemas emocionales. Mi vida está *mejorando*, pero no se está haciendo más fácil. Necesito seguir ese programa para desengancharme de las drogas y necesito tomar la medicación para mantener a raya mi enfermedad. He aprendido una cosa: entre la drogadicción y la depresión, la depresión es mucho peor. La depresión no es algo de lo que uno se *quita*. No puedes desengancharte de la depresión. Depresión es como un moratón que nunca se te quita. Un moratón en la mente. Tienes que tener mucho cuidado de no tocarte donde duele. Pero está siempre ahí. Eso es lo que tengo. Gracias por escucharme. Paz.

A Leonard no le sorprendió que Darlene fuera religiosa. La gente sin esperanza a menudo lo era. Pero Darlene no parecía débil, ni crédula, ni estúpida. Aunque a menudo se refería a su «Poder Superior», y a veces a mi «Poder Superior que he elegido llamar Dios», parecía increíblemente racional, inteligente, libre de prejuicios. Cuando Leonard hablaba ante el grupo desplegando el bucle largo y enrevesado de sus sandeces, salí a mirar a Darlene, que a su vez le miraba infundiéndole ánimo, como si lo que les estaba diciendo no fuera pura basura o como si, aunque lo fuera, Darlene entendiera su necesidad de decirla para expulsarla de su organismo y así poder descubrir algo verdadero y con sentido sobre sí mismo. La mayoría de los pacientes con problemas de abuso de sustancias habían elegido la orientación religiosa de los programas de Doce pasos inspirados en Alcohólicos Anónimos. Wendy Neuman se asemejaba mucho a una humanista secular —donde las hubiere, según Leonard—, pero nunca inclinaba su balanza personal ni en un sentido ni en otro, y seguramente tenía razón al no hacerla. Era evidente que todos los pacientes de la sala psiquiátrica vivían un proceso delicado y precario. Nadie quería decir o hacer nada que pudiera entorpecer la recuperación de alguno de ellos. En tal sentido aquella unidad psiquiátrica no se parecía en nada al mundo exterior, y era moralmente superior a él.

Creer en Dios era algo que escapaba a la potestad de Leonard. La irracionalidad de la fe religiosa le había parecido algo obvio mucho antes de que la lectura de Nietzsche confirmara sus suposiciones. La única materia religiosa que había elegido en la carrera era un curso general (y muy masificado) llamado Introducción a la Religión Oriental. Leonard no lograba recordar por qué se había matriculado en él. Era el semestre de otoño que siguió a su diagnóstico de la primavera anterior, y se estaba tomando las cosas con más calma. Se sentaba al fondo del aula atestada, y llegó a leer la mitad de las obras recomendadas, y aparecía por el departamento, pero nunca decía nada. Lo que mejor recordaba de aquel curso era a un tipo que solía presentarse con trajes de segunda mano holgados y zapatos muy usados, con un aire

de predicador borracho o incluso de Tom Waits. Llevaba un maletín negro con cantoneras de metal, el tipo de maletín que podría contener cincuenta mil dólares contantes y sonantes en lugar de un libro de bolsillo de los Upanishads editado por Mircea Eliade y un pastel a medio comer y envuelto en una servilleta de papel. Lo que a Leonard le gustaba de aquel tipo era su delicada manera de corregir las opiniones incultas expresadas por quienes estaban sentados alrededor de la mesa del seminario. Éste estaba lleno de tipos salidos de cooperativas, vegetarianos con mono y camisetas teñidas. Lo que sostenían estos tipos era que la religión occidental era responsable de todos los males del mundo —la esquilmación de la tierra, los mataderos, la utilización experimental de los animales—, mientras que la religión oriental era ecológica y pacífica. Leonard no tenía ni el deseo de discutir tales argumentos ni la energía necesaria, pero le gustaba que aquel joven Tom Waits lo hiciera. Por ejemplo, cuando se estaba debatiendo el concepto de *ahimsa*, el joven Tom Waits brindó la observación de que en el Sermón de la Montaña se predicaba lo mismo a grandes rasgos. E impresionó a Leonard al mencionar que Schopenhauer había intentado interesar al mundo occidental en el pensamiento vedanta ya en 1814, y que las dos culturas se habían estado mezclando desde tiempo inmemorial. Su tesis, repetida una y otra vez, era que la verdad no era propiedad de ninguna fe concreta, y que si uno miraba con detenimiento encontraba siempre un terreno de convergencia de todas ellas.

Otro día se salieron del tema objeto de estudio. Alguien trajo a colación a Gandhi, y cómo su creencia en la no violencia había inspirado a Martin Luther King, quien a su vez había conducido al país a la Ley de los Derechos Civiles. Quien así hablaba sostenía que de hecho había sido un hindú quien había hecho de Norteamérica —una nación que se preciaba de ser cristiana— un lugar más justo y democrático.

Aquí, el joven Tom Waits tomó la palabra:

—Gandhi tuvo la influencia de Tolstoi —dijo.

—¿Qué?

—Gandhi tomó la filosofía de la no violencia de Tolstoi. Se relacionaban por carta: se escribían.

—Mmm... ¿Tolstoi no vivió en el siglo XIX?

—Murió en 1912. Y Gandhi le escribía cartas de admiración. Llamó a Tolstoi su «gran maestro». Así que tienes razón. Martin Luther King tomó la no violencia de Gandhi, pero Gandhi la tomó de Tolstoi, que la tomó del cristianismo. De forma que la filosofía de Gandhi no es sustancialmente diferente del pacifismo cristiano.

—¿Estás diciendo que Gandhi fue cristiano?

—Esencialmente, sí.

—Bien, pues eso no es cierto. Los misioneros cristianos intentaron constantemente convertir a Gandhi. Pero nunca lo consiguieron. Gandhi no podía

aceptar historias como la de la Resurrección, y la de la Inmaculada Concepción.

—Eso no es el cristianismo.

—¡Sí lo es!

—Ésos no son más que mitos que se crearon en torno a las ideas centrales.

—Pero el cristianismo está lleno de mitos. Eso es lo que hace muy superior al budismo. El budismo no te obliga a creer en nada. Ni siquiera tienes que creer en Dios.

El joven Tom Waits dio unos golpecitos con los dedos sobre su maletín antes de responder:

—Cuando el Dalai Lama muere, los budistas tibetanos creen que su espíritu se reencarna en un recién nacido. Los monjes viajan por toda la región examinando a los recién nacidos para ver cuál de ellos es el reencarnado. Llevan efectos personales del fallecido Dalai Lama y los balancean sobre la cara de los bebés. Según cómo reaccionen estos niños, y de acuerdo con un proceso secreto que no pueden revelar a nadie, eligen al nuevo Dalai Lama. ¿Y no es asombroso que el niño en cuestión nazca siempre en el Tíbet, donde los monjes pueden encontrarle, en lugar de..., pongamos, en San José? ¿Y que sea siempre un varón?

En aquel tiempo, fascinado como estaba por Nietzsche (y medio dormido), Leonard no quiso entrar en la discusión, cuya verdad no era en absoluto que las religiones eran todas ellas igualmente válidas, sino que todas ellas eran igualmente disparatadas. Cuando acabó el semestre se olvidó del joven Tom Waits. Y no volvió a pensar en él hasta dos años después, cuando empezó a salir con Madeleine, y cuando, al echar una ojeada a un montón de fotos que Madeleine guardaba en un cajón de su mesa, vio que una buena cantidad de ellas eran del joven Tom Waits. (Una cantidad bastante inquietante, de hecho).

—¿Quién es este tipo? —preguntó Leonard.

—Es Mitchell —dijo Madeleine.

—¿Mitchell qué?

—Grammaticus.

—Ya, Grammaticus. He estado con él en el seminario de Ciencias de la religión.

—Ya me parecía a mí...

—¿Salías con él?

—¡No! —negó Madeleine.

—Parecéis llevaros muy bien.

Le acercó una fotografía en la que Grammaticus apoyaba la cabeza de pelo ensortijado sobre el regazo de Madeleine.

Madeleine la cogió, frunciendo el ceño, y la metió en el cajón. Dijo que conocía a Grammaticus desde primer año, pero que se habían peleado. Cuando Leonard le preguntó por la causa de la pelea, Madeleine se mostró evasiva y dijo que era un poco

complicado de explicar. Cuando Leonard le preguntó en qué residía la complicación, Madeleine admitió que Grammaticus y ella siempre habían tenido una amistad platónica —platónica por parte de ella, al menos—, pero que andando el tiempo él se había..., diríamos, «enamorado» de ella y se había sentido herido en sus sentimientos porque ella no le había correspondido.

Esta información no le había preocupado a Leonard entonces. Había calibrado a Grammaticus según una escala animal —tamaño de cornamenta frente a tamaño de cornamenta—, y se habría concedido a sí mismo una clara ventaja. En el hospital, sin embargo, con tanto tiempo a su disposición, Leonard empezó a preguntarse si había más en la historia que Madeleine le había contado sobre Grammaticus. Imaginó a Mitchell Grammaticus montando a Madeleine al modo sátiro, desde detrás. La imagen de Grammaticus follándose a Madeleine, o de Madeleine mamándose a Grammaticus, contenía la mezcla justa de dolor y excitación capaz de despertarle el deseo sexual acallado actualmente. Por razones que Leonard no lograba descifrar —pero que probablemente tenían que ver con una necesidad de humillarse—, la idea de Madeleine traicionándole lujuriosamente con Grammaticus le ponía muy cachondo. Para romper el tedio del hospital, se torturaba a sí mismo con esta fantasía retorcida, y eyaculaba en un reservado de los aseos mientras mantenía la puerta cerrada (ninguna de las puertas tenía pestillo) con la mano libre.

Incluso antes de que Madeleine y él volvieran a estar juntos, Leonard seguía atormentándose de este modo. El día que le dieron el alta médica, una enfermera le llevó al exterior, donde le esperaba Madeleine en su coche nuevo. En el asiento del conductor, con el cinturón abrochado, Leonard se sintió como un recién nacido a quien Madeleine estuviera llevando por primera vez a casa. La ciudad había reverdecido considerablemente mientras Leonard estaba ingresado. Tenía un aire encantador y perezoso. Los estudiantes se habían ido y College Hill estaba vacío y apacible. Fueron al apartamento de Leonard. Empezaron a vivir juntos. Y, dado que Leonard no era un bebé, sino un jodido adulto enfermo, cuando Madeleine salía se pasaba el tiempo imaginando que se la estaba chupando a su compañero de tenis en los vestuarios, o agachándose para que se la metieran en la parte cerrada al público de la biblioteca. Un día —una semana después de la vuelta de Leonard a casa—, Madeleine mencionó que se había encontrado con Grammaticus la mañana de la fiesta de graduación, y que habían hecho las paces. Grammaticus había vuelto a casa a vivir con sus padres, pero Madeleine había hablado mucho por teléfono mientras Leonard estaba en el hospital. Dijo que pagaría todas las conferencias que había puesto, de forma que un día Leonard se vio comprobando las facturas de la New England Bell para localizar las llamadas hechas a prefijos del Medio Oeste. Recientemente, y de manera alarmante, se había llevado el teléfono al cuarto de baño y había hablado con quien fuera con la puerta cerrada, y luego le había explicado a

Leonard que no quería molestarle. (¿Molestarle? ¿Cómo? ¿Distraerle de estar tumbado en la cama, engordando como un ternero en un cajón de ganado? ¿De leer el mismo párrafo de *El anticristo* que ya había leído tres veces?).

A finales de agosto Madeleine viajó en coche a Prettybrook para ver a sus padres y recoger algunas cosas de la casa. Dos días después de su regreso mencionó como de pasada que había visto en Nueva York a Grammaticus, que partía para París al día siguiente.

—¿Te lo encontraste por casualidad? —le preguntó Leonard desde el colchón.

—Sí, con Kelly. En un bar al que me llevó Kelly.

—¿Te lo follaste?

—¿Qué?

—Puede que te lo follaras. Puede que quieras un tipo que no tome cantidades masivas de litio.

—Oh, Dios, Leonard... Ya te lo he dicho. No me importa eso. El médico dice que ni siquiera es por el litio, ¿de acuerdo?

—El médico dice un montón de cosas.

—Bien, hazme un favor. No me hables así a mí. No me gusta. ¿De acuerdo? Además suena horrible.

—Lo siento.

—¿Te estás deprimiendo? Pareces deprimido.

—No me estoy deprimiendo. No me estoy... nada.

Madeleine se tendió la cama, y se enroscó en él.

—¿No estás... nada? ¿No notas esto? —Le puso la mano en la bragueta—. ¿Qué sientes?

—Algo estupendo.

Durante un momento funcionó, pero no duró mucho. Si, en lugar de que Madeleine le hubiera tocado a él, Leonard hubiera imaginado que tocaba a Grammaticus, podría haberse puesto verdaderamente cachondo. Pero la realidad ya no le bastaba. Y éste era un problema mayor y más profundo incluso que su enfermedad; un problema que no tenía la menor idea de cómo afrontar. Así que cerró los ojos y abrazó con fuerza a Madeleine.

—Lo siento —volvió a decir—. Lo siento, lo siento.

Leonard se sentía mejor entre gente que luchaba tanto como él para salir de su estado. A lo largo del verano se mantuvo en contacto con unos cuantos pacientes que había conocido en el hospital. Darlene se habían mudado al apartamento de una amiga en East Providence, y Leonard había ido a verla un par de veces. Darlene parecía hiperactiva. No podía quedarse quieta en su asiento y hablaba sin parar, y sin demasiado sentido. No hacía más que preguntarle: «y tú, Leonard, ¿estás bien?», sin esperar a que éste pudiera responderle. Unas semanas después, a finales de julio, la

hermana de Darlene, Kimberly, llamó a Leonard y le dijo que Darlene no contestaba a sus llamadas telefónicas. Fueron los dos juntos al apartamento de Darlene y la encontraron en pleno brote psicótico. Tenía la obsesión de que sus vecinos estaban conspirando para hacer que la echaran del edificio. De que sus vecinos hacían llegar rumores sobre ella al casero. Estaba demasiado asustada para salir a la calle, incluso para bajar la basura. El apartamento olía a comida pasada, y Darlene había vuelto a beber. Leonard tuvo que llamar a la doctora Shieu para explicarle la situación, mientras Kimberly convencía a Darlene para que se diera una ducha y se cambiara de ropa. Consiguieron engatusarla para que montara en el coche —presa del pánico y con los ojos como platos—, y la llevaron al hospital, donde la doctora Shieu arreglaba los papeles para volverla a ingresar. Durante la semana siguiente, día tras día, Leonard fue a verla en horas de visita. Darlene estaba como ida todo el tiempo, pero a Leonard le sirvió de consuelo visitarla. Mientras estaba allí se olvidaba de sí mismo.

Lo único que ayudó a Leonard a sobrellevar el resto del verano fue la perspectiva de mudarse a Pilgrim Lake. A principios de agosto le llegó un sobre de los laboratorios de Pilgrim. Dentro de él, en hojas delicadamente impresas —cada una de ellas con un membrete repujado de tal relieve que casi parecía topográfico—, encontró informaciones útiles para su incorporación a la institución. Había también una carta dirigida al «Señor Leonard Bankhead, Investigador Invitado» y firmada personalmente por David Malkiel. Aquel envío despejó todos sus miedos de que los responsables de Pilgrim Lake hubieran averiguado que había estado hospitalizado y rescindieran su contrato. Leyó la lista de investigadores y de las universidades donde habían estudiado, y encontró su nombre en el sitio correcto. Junto a la información sobre dónde debían alojarse y sobre otra serie de instalaciones, el sobre contenía un formulario para que Leonard enumerara sus «preferencias de campo de investigación». Las cuatro áreas de investigación en Pilgrim Lake eran las siguientes: Cáncer, Biología Vegetal, Biología Cuantitativa y Genómica y Bioinformática. Leonard puso un 1 al lado de Cáncer, un 2 al lado de Biología Vegetal, un 3 al lado de Biología Cuantitativa y un 4 al lado de Genómica y Bioinformática. No era mucho, pero el hecho de rellenar el formulario y de enviarlo al laboratorio supuso para Leonard el primer logro del verano, la única señal tangible de que existía para él un futuro de posgraduado.

Cuando llegaron a Pilgrim Lake la última semana de agosto, las señales proliferaron. Les dieron una llave de un apartamento amplio. En los muebles y armarios había una vajilla nueva y una batería de cocina casi sin estrenar. En el salón había un sofá, dos sillones, una mesa de comedor y un escritorio. La cama era grande, y todas las luces y elementos de fontanería funcionaban. Compartir el estudio de Leonard —de mobiliario exiguo— durante todo el verano había sido una experiencia

más de okupas que de personas que han decidido vivir juntas. Ambos sintieron, por tanto, cierta emoción de recién casados al cruzar el umbral de su morada nueva junto al mar. Leonard dejó de inmediato de sentirse un inválido a quien Madeleine cuidaba, y empezó a sentirse más él mismo.

Su renovada seguridad en sí mismo duró hasta la cena de bienvenida del domingo. A instancias de Madeleine, se había puesto chaqueta y corbata. Pensaba que llevaba un atuendo demasiado formal, pero cuando llegaron al bar contiguo al comedor, vieron que casi todos los hombres vestían chaqueta y corbata. Leonard no pudo por menos de admirar la capacidad de Madeleine para intuir tales cosas. Recogieron sus etiquetas de identificación y la asignación de sus asientos y se unieron al envarado cóctel de recepción. Intercambiaron generalidades con los invitados, pero no mucho más de diez minutos, porque los otros dos investigadores asignados al equipo de Leonard se acercaron a ellos para presentarse. Carl Beller y Vikram Jaitly se conocían ya del MIT. Aunque no llevaban en Pilgrim Lake más tiempo que Leonard (es decir dos días), irradiaban un aura de total conocimiento del laboratorio y su funcionamiento.

—Entonces —preguntó Beller—, ¿qué pusiste en preferencias de investigación? La primera de ellas.

—El cáncer —dijo Leonard.

A Beller y Jaitly esto pareció divertirles.

—Es lo que eligió todo el mundo —dijo Jaidy—. Aproximadamente un noventa por ciento.

—Así que lo que han hecho —explicó Beller—, al ver que casi todo el mundo elegía el cáncer, es asignar a casi todo el mundo a su segunda o tercera opción.

—¿Y a qué nos han asignado a nosotros?

—A Genómica y Bioinformática —dijo Beller.

—La última que puse.

—¿En serio? —dijo Jaidy, al parecer sorprendido—. La mayoría puso Biología Cuantitativa.

—¿Qué te parece la investigación de la levadura? —le preguntó Beller.

—Yo prefiero con mucho la *drosophila* —dijo Leonard.

—Lástima. La levadura va a ser nuestro mundo durante los próximos nueve meses.

—Estoy contento de estar aquí —dijo Leonard; con sinceridad genuina.

—Sí, claro. Va a quedar genial en nuestros currículos —dijo Jaitly, cogiendo un canapé de una bandeja que pasaba a su lado—. Y las comodidades son muchas. Pero incluso en un sitio como éste puedes quedarte empantanado en un erial científico.

Leonard, como todos los demás investigadores invitados, tenía la esperanza de que lo asignaran al equipo de algún biólogo de renombre, incluso quizá al del propio

doctor Malkiel. Minutos después, sin embargo, cuando vio aparecer al jefe del equipo, Leonard forzó la vista para leer su nombre en la placa de identificación, pero no le sonaba en absoluto. Bob Kilimnik era un cuarentón de voz sonora y un claro desinterés por mantener contacto visual con alguien. La chaqueta de tweed que llevaba parecía demasiado calurosa para el tiempo que hacía.

—Bien, la pandilla ya está aquí —dijo Kilimnik—. Bienvenidos al laboratorio de Pilgrim Lake. —Movi6 el brazo de un lado a otro para mostrarles el comedor lujoso, a los camareros de chaqueta blanca y las hileras de mesas decoradas con flores silvestres—. No os acostumbréis a esto. No tiene nada que ver con la investigación. Normalmente, es pizza para llevar y café instantáneo.

Los auxiliares administrativos empezaron a entrar en masa en el comedor. Cuando se hubieron sentado, un camarero les informó de que esa noche había langosta. En la mesa, además de Madeleine, estaba Christine, la mujer de Beller, y Alicia, la novia de Jaidy. A Leonard le agradó comprobar que Madeleine era más guapa que cualquiera de las dos. Alicia vivía en Nueva York, y se quejaba de tener que emprender el viaje de regreso en coche inmediatamente después de la cena. Christine quería saber si alguien tenía bidet en su apartamento, y que qué pasaba con ese asunto. Mientras les servían los entremeses y circulaba por la mesa una botella de Pouilly-Fuissé, Kilimnik les preguntó a Beller y a Jaitly por varios catedráticos de biología del MIT a los que parecía conocer personalmente. Cuando llegó el plato principal, se puso a explicar los detalles de sus trabajos de investigación con la levadura.

Había un montón de causas posibles de que Leonard fuera incapaz de seguir íntegramente lo que Kilimnik estaba diciendo. En primer lugar, se sentía un poco apabullado por la presencia del doctor Malkiel, que había aparecido al fondo de la sala, mientras Kilimnik seguía hablando. Elegante, con el pelo gris peinado hacia atrás desde la frente alta, Malkiel se dirigió en compañía de su esposa hacia el comedor privado en el que esperaba ya el plantel en pleno de los científicos principales y de los ejecutivos biomédicos. Leonard, además, estaba distraído por los complicados aderezos de la mesa, y por la dificultad para comer langosta que le causaba el temblor. Con el babero de plástico alrededor del cuello, intentaba cascar las pinzas, pero éstas se le escurrían una y otra vez de las manos y le caían en el plato. Le daba miedo utilizar el diminuto tenedor para sacar la carne de la cola de la langosta, y al final le pidió a Madeleine que lo hiciera por él, poniendo como excusa que, siendo como era oriundo de la Costa Oeste, estaba acostumbrado a comer cangrejo. Pese a ello, al principio Leonard consiguió seguir la conversación. Las ventajas de trabajar con la levadura eran obvias. Las levaduras eran sencillos organismos eucariotas. Estaban sujetos a un período generativo breve (de una hora y media a dos horas). Las células de la levadura podían modificarse fácilmente, bien

por la inserción de nuevos genes en ellas o bien por recombinación genética. Las levaduras eran organismos genéticamente simples, sobre todo si se los comparaba con las plantas o los animales, y no debía soportar más que una cantidad relativamente pequeña de secuencias basura. Leonard comprendía todo esto. Pero cuando se metió en la boca un trozo de langosta —lo cual le hizo sentir un malestar instantáneo en el estómago—, Kilimnik empezó a hablar de la «asimetría de desarrollo entre las células hijas». Mencionó las cepas «homotáticas» y «heterotáticas» de la levadura, y contrapuso dos estudios al parecer bien conocidos —el primero, obra de Oshima y Takano, y el segundo, obra de Hicks y Herskowitz—, como si estos nombres tuvieran que decirle algo a Leonard. Beller y Jaitly asentían con la cabeza.

—Las moléculas hendidas de ADN introducidas en la levadura dan lugar a una eficiente recombinación genética en los extremos hendidos —dijo Kilimnik—. Así que, basándonos en ello, deberíamos poder situar las estructuras que creamos cerca del gen CDC36 en el cromosoma.

Llegado este punto, Leonard había dejado de comer, y se limitaba a beber de su vaso de agua. Sentía como si el cerebro se le volviera papilla, y le rezumara por las orejas como las tripas verdes de la langosta que tenía en el plato. Cuando Kilimnik prosiguió su parlamento («Resumiendo: lo que vamos a hacer es poner un gen HO invertido en unas células hijas para ver si ello afecta a la capacidad de éstas para cambiar de sexo y aparearse»), lo único que pudo entender Leonard fueron las palabras «sexo» y «aparearse». No sabía lo que era un gen HO. Y le costaba sobremanera recordar la diferencia entre *Saccharomyces cerevisiae* y *Schizosaccharomyces pombe*. Por fortuna, Kilimnik no hizo ninguna pregunta. Les dijo que todo aquello que no sabían lo aprenderían en la clase sobre levadura, que él mismo se encargaría de impartir.

Después de aquella cena, Leonard hizo todo lo posible por ponerse al día. Leyó los artículos sobre el particular, los de Oshima, los de Hicks. La materia no era difícil, al menos no en sus líneas generales. Pero Leonard apenas podía terminar una frase sin quedarse dormido. Lo mismo le sucedió en la clase sobre levaduras. Pese a los efectos estimulantes de la bola de tabaco de mascar que se había metido en un lado de la boca, Leonard sentía como si la mente se le paralizara durante diez minutos mientras Kilimnik se explayaba en la pizarra. Las axilas le sudaban copiosamente del miedo a que Kilimnik le preguntara algo y le hiciera quedar como un auténtico imbécil.

Cuando terminó la clase, la ansiedad de Leonard se convirtió rápidamente en aburrimiento. Su cometido era preparar ADN, cortarlo con enzimas de restricción y pegar las piezas. Ello llevaba mucho tiempo, pero no era en absoluto arduo. Podría haber disfrutado más de su trabajo si Kilimnik le hubiera dicho alguna palabra de

aliento o le hubiera pedido una aportación personal en algo. Pero el jefe del equipo apenas aparecía por el laboratorio. Kilimnik se pasaba la mayor parte del día en su despacho, analizando muestras, y casi ni levantaba la mirada cuando Leonard iba a verle, lo que hacía que éste se sintiera como una secretaria que presentara la correspondencia al jefe para que la firmara. Cuando se cruzaba con él en las dependencias del laboratorio o en el comedor, Kilimnik muchas veces ni le reconocía.

Beller y Jaitly recibían un trato mejor, pero no mucho mejor. Ambos empezaron a expresar entre dientes su deseo de que los trasladaran a otro equipo. Los miembros de la sala contigua trabajaban con moscas de la fruta modificadas genéticamente, tratando de encontrar la causa de la enfermedad de Lou Gehrig. Leonard, por su parte, aprovechaba la ausencia de Kilimnik para tomarse frecuentes descansos; salía a la parte de atrás del laboratorio para fumarse un cigarrillo a la brisa fresca del mar.

Su principal objetivo en el laboratorio era ocultar su enfermedad. Una vez preparado el ADN, tenía que someterlo a electroforesis, lo cual implicaba el manejo de las bandejas de gel. Siempre tenía que esperar a que Beller y Jaitly estuvieran de espaldas para proceder a sacar los peines de la agarosa, porque, dado que el temblor de sus manos variaba por momentos, nunca sabía hasta qué punto podía afectarle. Después de cargar los geles y de hacer que pasaran por todo el proceso —durante una hora aproximadamente—, tenía que teñir las muestras con bromuro de etidio y visualizar el ADN bajo una luz ultravioleta. Finalizada la operación, debía empezar de nuevo con la muestra siguiente.

Ésa era la tarea más ardua de todas para Leonard: mantener las muestras en orden y al día. Preparar una tras otra las cadenas de ADN y clasificarlas, etiquetarlas y almacenarlas a pesar de su atención vacilante y sus transitorios «apagones» mentales.

Día tras día, contaba los minutos que le quedaban para salir del trabajo. Lo primero que hacía al volver a casa al atardecer era meterse en la ducha y lavarse los dientes. Después —sintiéndose ya (de momento) limpio, y sin mal sabor de boca—, se atrevía a echarse al lado de Madeleine en la cama o en el sofá y a ponerle la gran cabeza empapada sobre el regazo. Era su momento preferido del día. A veces Madeleine leía en alto la novela que tenía entre manos. Si llevaba falda, Leonard hacía descansar la mejilla sobre sus muslos increíblemente suaves. Noche tras noche, cuando llegaba la hora de la cena, Leonard decía: «Quedémonos aquí». E invariablemente, noche tras noche, Madeleine le hacía vestirse, y pasaban al comedor, donde Leonard trataba de que no se lo notasen las náuseas o de no derramar su vaso de agua.

A finales de septiembre, cuando Madeleine se fue a Boston para asistir al congreso victoriano, Leonard casi se vino abajo. Los tres días que faltó la echó de menos de forma doliente. La llamó una y otra vez a su cuarto del Hyatt, pero no logró hablar con ella. Cuando era Madeleine quien llamaba lo hacía siempre

apresuradamente, a punto de salir para ir a cenar o a una conferencia. A veces Leonard entreoía a gente en el cuarto; gente contenta, gente apta para la vida. Y trataba de retener a Madeleine al teléfono el mayor tiempo posible, y después de colgar iniciaba una cuenta atrás hasta el momento en que se le antojaba mínimamente admisible volver a llamarla. Cuando se acercaba la hora de la cena, se duchaba, se ponía ropa limpia y salía al paseo entablado que conducía al comedor, pero la perspectiva de tener que medirse con Beller y Jaitly sobre algún asunto técnico acababa persuadiéndolo de que era preferible comprar una pizza congelada en la tienda del sótano del comedor, abierta las veinticuatro horas del día. La descongelaba y la calentaba en el apartamento y veía *Canción triste de Hill Street* en la televisión. El domingo, al sentir que su ansiedad iba en aumento, llamó al doctor Perlmann para explicarle lo que sentía. Perlmann llamó a la farmacia local de Provincetown y ordenó una receta de Ativan para su paciente, y Leonard le pidió prestada la Honda a Jaitly para ir a recogerla, pretextando que necesitaba un medicamento para la alergia.

De forma que allí estaba, al cabo de tres semanas y media del trabajo de investigador invitado, tomando litio y Ativan, aplicándose una buena cantidad de Preparation H entre las nalgas mañana y noche, bebiendo un vaso de Metamucil junto al zumo de naranja del desayuno y tragando —si veía que lo necesitaba— una pastilla antiemética cuyo nombre había olvidado. Solo en su espléndido apartamento, entre los genios y los aspirantes a genios, en el extremo de aquella península en espiral.

Madeleine volvió del congreso el lunes por la tarde, radiante de entusiasmo. Le contó a Leonard que tenía dos nuevas amigas, Anne y Meg. Dijo que quería especializarse en los autores victorianos, aunque Jane Austen perteneciera *técnicamente* al período de la Regencia y en rigor no pudiera considerarse una autora victoriana. Habló con entusiasmo de cómo había conocido a Terry Castle, y de lo brillante que era Terry Castle; Leonard sintió un gran alivio al enterarse de que Terry era una mujer y acto seguido mucho menos aliviado al descubrir que a Terry le gustaban las mujeres. El entusiasmo de Madeleine respecto del futuro parecía tanto más vibrante al verse confrontado con la súbita falta de él de Leonard. Éste estaba ahora más o menos cuerdo, más o menos sano, pero no sentía ni un ápice de su habitual energía o curiosidad, ni un ápice de su natural exuberancia. Salían a pasear por la playa a la caída del sol. Su psicosis maníaco-depresiva no lo hacía a Leonard menos alto. Madeleine se sentía perfectamente encajada en su brazo. Pero hasta la naturaleza la percibía él de forma distorsionada.

—¿Hueles a algo aquí, al aire libre? —le preguntó a Madeleine.

—Huele a océano.

—Yo no huelo nada.

A veces cogían el coche y se iban a comer o a cenar a Provincetown. Leonard intentaba —lo mejor que podía— dedicar un día a cada cosa. Hacía su trabajo en el

laboratorio y aguantaba el tipo durante las tardes. Trataba de mantener al mínimo su nivel de estrés. Pero una semana después del anuncio de la concesión del Premio Nobel a MacGregor, Madeleine, en el paseo vespertino, le dijo a Leonard que su hermana Alwyn estaba pasando por una «crisis matrimonial» y que su madre planeaba ir con ella al Cape para hablar sobre el asunto.

Leonard siempre había temido conocer a los padres de la chica con quien salía. Si algo positivo había habido en su ruptura con Madeleine la primavera anterior y en su subsiguiente crisis maníaco-depresiva era el hecho de no haber tenido que conocer a los padres de Madeleine el día de la graduación. Durante el verano, no demasiado deseoso de que lo vieran en su estado trémulo y abotagado, Leonard se las había arreglado para posponer tal encuentro escondiéndose en Providence. Pero ya no podía posponerlo más.

El día empezó de forma memorable, aunque un punto demasiado temprano, con el sonido de Jaitly y Alicia «en acción» en el apartamento de arriba. Starbuck —el edificio en que vivían— era un viejo granero reformado en el que no se había invertido un centavo en insonorización, de forma que no es que pareciera que Jaitly y Alicia estuvieran en la misma habitación que ellos: es que parecía que estaban en la misma cama, follando justo en medio de Leonard y Madeleine, y mostrándoles cómo debía hacerse.

Cuando las cosas se aquietaron un tanto, Leonard se levantó a hacer pis. Se tragó tres cápsulas de litio con el café de la mañana, mientras contemplaba cómo se desplegaba el alba sobre la bahía. Se sentía bastante bien. Pensó que iba a tener uno de sus días buenos. Se vistió un poco mejor que de costumbre: pantalones caqui y camisa blanca de vestir. En el laboratorio, puso a las Violent Femmes en el radiocasete y empezó a preparar unas muestras. Cuando entró Jaitly, Leonard le sonrió con insistencia.

—¿Cómo has dormido, Vikram?

—Muy bien.

—¿Alguna quemadura en el colchón?

—Pero... ¿has estado...? ¡Serás gilipollas!

—No me echas a mí la culpa. Yo estaba tranquilamente en la cama, ocupándome de mis asuntos.

—Ya, bueno... Alicia sólo viene los fines de semana. Y tú tienes a Madeleine todo el tiempo.

—Muy cierto, Vikram. Muy cierto.

—¿De verdad nos habéis oído?

—No... Te estoy tomando el pelo.

—No se te ocurra decirle nada a Alicia. Se moriría de vergüenza... ¿Me lo prometes?

—Tu secreto operístico está a salvo conmigo —dijo Leonard. Hacia las diez de la mañana, sin embargo, la neblina mental volvía a envolverle. Le dolía la cabeza. Tenía los tobillos tan hinchados por la retención de líquidos que se sentía como Godzilla recorriendo a grandes zancadas la sala de los treinta grados de temperatura ambiente. Más tarde, al sacar un peine de la bandeja, la mano le tembló y se crearon burbujas en el gel, y tuvo que tirar el contenido de la bandeja y volver a empezar desde el principio.

También tenía problemas gastrointestinales. No queriendo apestar el aseo del laboratorio, Leonard volvió a su apartamento a la hora de la comida, y sintió alivio al comprobar que Madeleine ya se había ido a recoger a su madre y a su hermana. Se encerró en el cuarto de baño con *La exhibición de atrocidades*, con idea de acabar cuanto antes, pero la sesión de expulsión le hizo sentirse tan sucio que acabó por desnudarse y meterse en la ducha. Luego, en lugar de ponerse la ropa formal de antes, se puso unos pantalones cortos y una camiseta y se ató un pañuelo alrededor de la cabeza. Tenía que pasarse mucho más tiempo en la sala de los treinta grados y quería estar cómodo. Metió una lata de Skoal en un calcetín de tubo y recorrió con paso pesado la distancia que le separaba del laboratorio.

Madeleine llevó a su madre y a su hermana al laboratorio por la tarde. Phyllida era a un tiempo más formal y menos intimidatoria de lo que Leonard había imaginado. Su acento de Boston —que Leonard sólo había oído en algún noticiario de los años treinta— era verdaderamente asombroso. Durante los diez primeros minutos, mientras la precedía a través de las dependencias del laboratorio, no dejó de pensar en ningún momento que la madre de Madeleine estaba actuando. La experiencia se asemejaba a una visita de la reina de Inglaterra. Phyllida era todo peinado y bolso, y preguntas en un timbre exageradamente alto, cual una Su Majestad deseosa de mirar por un microscopio y recibir información de los últimos trabajos científicos de su súbdito. A Leonard le agradó descubrir que Phyllida era inteligente, y que incluso tenía sentido del humor. Se puso en plan sabelotodo, y le explicó las particularidades de la levadura, y por espacio de un instante se sintió un biólogo de verdad.

La parte difícil de aquel encuentro vendría con la hermana de Madeleine. A pesar de la insistencia de ésta en que su familia era «normal» y «feliz», las vibraciones que Leonard recibió de Alwyn sugerían lo contrario. La hostilidad que irradiaba Alwyn era tan fácil de ver como el azul del bromofenol. Su cara pecosa e hinchada tenía los mismos ingredientes que la de Madeleine, sólo que mezclados en unas proporciones erróneas. Era obvio que durante toda su vida había padecido el síndrome de ser la hermana menos guapa de las dos. Ponía cara de aburrimiento ante todo lo que él decía, y parecía físicamente incómoda, y Leonard sintió un gran alivio cuando Madeleine se las llevó a las dos.

En conjunto —pensó Leonard— la visita había ido razonablemente bien. No había temblado ostensiblemente; se las había arreglado para seguir la conversación con coherencia y para mirar a Phyllida con un interés cortés. Aquella tarde, cuando Leonard volvió al apartamento, Madeleine lo recibió sin otra vestimenta que una toalla de baño. Y al poco también se desprendió de ella. Leonard la llevó a la cama, tratando de no pensar demasiado. Se quitó los pantalones, y se sintió seguro de sí mismo al ver que tenía una erección perfectamente adecuada para la ocasión. Intentó aprovecharla, pero los aspectos prácticos del control de natalidad pronto frustraron su buena voluntad. Y entonces, penosamente, se echó a llorar. Se echó a llorar con la cara hundida en el colchón. ¿Quién podía saber si se trataba de una emoción verdadera? Tal vez era tan sólo un efecto del fármaco que estaba tomando. El ente calculador que habitaba en la parte de atrás de su cabeza imaginó que llorar atraería hacia sí a Madeleine. Y no se equivocó. Madeleine lo acunó, le frotó la espalda, le susurró que lo amaba.

En aquel punto debió de quedarse dormido. Cuando despertó estaba solo. La almohada estaba húmeda, al igual que la sábana bajera. El despertador de la mesilla marcaba las 10.17. Siguió tendido en la oscuridad, con el corazón latiéndole de forma desbocada, presa del miedo de que Madeleine se hubiera ido para siempre. Al cabo de media hora, Leonard se levantó de la cama y tomó un Ativan; y poco después se quedó dormido de nuevo.

El viernes siguiente, en la consulta de Perlmann en el Massachusetts General, Leonard habló de su estado.

—Llevo tomando mil ochocientos miligramos desde junio.

—Y parece que tolera bastante bien el litio.

—¿Bien? Mire mi mano. —Leonard la extendió en el aire. Estaba tan firme como una roca—. Espere un momento. Se pondrá a temblar dentro de un minuto.

—Sus niveles séricos parecen buenos. La función renal, la función tiroidea..., las dos están bien. Sus riñones metabolizan el fármaco con verdadera rapidez. Por eso tiene que tomar una dosis alta: para que el nivel de litio resulte terapéutico.

Leonard había ido a Boston en el Saab con Madeleine. La noche anterior, un poco antes de las diez, Kilimnik le había llamado al apartamento para decirle que necesitaba un lote de muestras nuevas para la mañana siguiente, y que Leonard debía prepararlas aquella misma noche. Había ido al laboratorio caminando en la oscuridad, y había preparado las bandejas de gel, visualizado el ADN, y dejado las imágenes de los fragmentos encima de la mesa de Kilimnik. Cuando se disponía a marcharse, vio que Beller o Jaitly se habían dejado encendido uno de los microscopios. Estaba a punto de apagar el iluminador cuando reparó en que había una platina bajo la lente. Se inclinó para echar una ojeada.

Mirar por el microscopio seguía procurándole a Leonard el mismo asombro de las

primeras veces en que lo había hecho, en un aparato usado de Toys «R» Us que le habían regalado en Navidad cuando tenía diez años. Aquella contemplación siempre le había parecido algo cinético, como si no estuviera mirando a través del objetivo sino sumergiéndose de cabeza en el mundo microscópico. De haberse quedado encendido durante mucho tiempo, el ocular estaba demasiado caliente. Leonard giró el foco grueso y luego el foco fino, y allí estaban: un hatajo de células haploides meciéndose como niños en las olas de la playa de Race Point. Leonard las veía con tanta nitidez que se sorprendió de que no reaccionaran de algún modo ante su presencia; pero seguían ajenas a todo, como de costumbre, nadando en su círculo de luz. Incluso en su medio exento de emoción del caldo de agar-agar, las células haploides parecían considerar su situación no demasiado deseable. Una haploide, situada en el cuadrante inferior izquierdo, se estaba situando en dirección a la haploide contigua. Había algo de hermoso y de semejante a la danza en todo ello. A Leonard le apetecía contemplar todo el proceso, pero le llevaría varias horas y estaba muy cansado. Apagó el iluminador, salió del laboratorio y caminó en la oscuridad hacia su edificio. Eran más de las dos de la madrugada.

Al día siguiente, Madeleine le llevó en coche a Boston. Le llevaba todas las semanas, feliz de poder pasarse una hora hurgando en las librerías de Harvard Square. Mientras avanzaban por la Route 6, bajo un cielo bajo del mismo tono anodino de gris que las viejas casas autóctonas diseminadas por el paisaje, Leonard estudiaba a Madeleine por el rabillo del ojo. Al estar inmersos en el proceso de igualación social de la universidad, le había sido posible hacer caso omiso de la diferencia de cuna. Pero la visita de Phyllida había cambiado aquello. Leonard entendía ahora de dónde venían las particularidades de Madeleine: por qué decía «*rum*» en lugar de «*room*»; por qué le gustaba la salsa Worcestershire; por qué creía que dormir con las ventanas abiertas —incluso en las noches más gélidas— era saludable. Los Bankhead no eran gente que durmiera con las ventanas abiertas. Preferían las ventanas cerradas y las persianas echadas. Madeleine era partidaria de la luz del sol y contraria al polvo; estaba a favor de la limpieza de primavera, de golpear las alfombras sobre las barandillas del porche, de mantener la propia casa o el propio apartamento tan libres de telarañas y mugre como uno mantenía su mente libre de indecisiones y cavilaciones sombrías. El modo confiado en que Madeleine conducía el coche (a menudo insistía en que los atletas eran mejores conductores) revelaba una sencilla confianza en sí misma que Leonard, pese a su inteligencia y a la originalidad de su intelecto, no poseía en absoluto. Si salías con una chica al principio era porque con sólo mirada le temblaban a uno las piernas. Luego te enamorabas y deseabas desesperadamente no perderla. Y, sin embargo, cuanto más pensabas en ella menos sabías quién era. Tenías la esperanza de que el amor trascendiera todas las diferencias. Ésa era tu esperanza. Y Leonard no estaba dispuesto a tirar la toalla. Aún

no.

Inclinándose hacia delante, abrió la guantera y buscó entre las cintas. Sacó una de Joan Armatrading, y la puso.

—Esto no significa en absoluto que la apruebe —dijo.

—¡Me encanta esta cinta! —dijo Madeleine (como era previsible), en tono cariñoso—. ¡Sube el volumen!

Los árboles de finales del otoño estaban desnudos cuando entraron en Boston. A lo largo del Charles había gente corriendo, con pantalones de deporte y sudaderas con capucha y lanzando al aire el vaho del aliento.

Leonard llegó a la puerta del hospital tres cuartos de hora antes de la cita. En lugar de entrar, fue hasta un parque cercano. Era un parque que estaba en un estado muy parecido al de él. El banco en el que se sentó parecía roído por castores. A unos diez metros de distancia, en medio de un césped lleno de malas hierbas, se alzaba la estatua llena de grafitis de un Minuteman, uno de aquellos miembros voluntarios de la guerra de Independencia. Con sus fusiles de chispa, los *minutemen* habían luchado por la libertad y habían vencido. Si hubieran estado tomando litio, no habrían sido «hombres de un minuto». Habrían sido «hombres de quince minutos», u «hombres de media hora». Habrían sido muy lentos cargando el fusil y muy lentos en llegar al campo de batalla, y para cuando hubieran llegado ya habrían ganado los británicos.

A las dos estaba ya en el hospital, listo para aducir sus razones a Perlmann.

—Muy bien, ha dejado de tomar el litio por propia voluntad. Pero la pregunta es por qué lo ha hecho.

—Porque estaba harto de él. Estaba harto de cómo me hacía sentirme.

—¿Cómo?

—Embotado. Lento. Vivo a medias.

—¿Deprimido?

—Sí —concedió Leonard.

Perlmann hizo una pausa para sonreír. Se puso una mano en lo alto de la calva, como para retener un pensamiento brillante.

—Se sentía horriblemente mal *antes* de dejar de tomar el litio. Y entonces estaba tomando la dosis que ahora quiere que vuelva a prescribirle.

—Doctor Perlmann, llevo ya más de cuatro meses con esta dosis más alta. Y he tenido los efectos secundarios peores de mi vida. Lo que le estoy diciendo es que me siento como si me estuvieran envenenando lentamente.

—Y yo le digo, como su psiquiatra que soy, que si ése fuera el caso se vería en sus análisis de sangre. Y nada de lo que me está describiendo de los efectos secundarios suena fuera de lo normal en su caso. Me habría gustado ver que esos efectos se hubieran mitigado más de lo que lo han hecho, pero a veces eso lleva más tiempo. Para su altura y peso, mil ochocientos miligramos no es una dosis tan alta.

Ahora bien, voy a considerar la posibilidad de rebajarla en algún momento. Estoy abierto a esa posibilidad. Pero lo cierto es que usted es un paciente mío relativamente reciente. He de evaluar su caso desde esa óptica.

—Entonces al venir a verle me he puesto otra vez en el último lugar de la fila.

—Metáfora incorrecta. No hay tal fila.

—Una puerta cerrada, entonces. Joseph K. Tratando de entrar en el castillo.

—Leonard, no soy crítico literario. Soy psiquiatra. Las comparaciones se las dejo a usted.

Cuando apretó el botón del ascensor para bajar a la planta del vestíbulo, Leonard se sentía exhausto de tanto discutir y suplicar. A pesar del riesgo de toparse con niños enfermos y deprimirse aún más, entró en la cafetería para tomar un café y comer un pastel «garra de oso». Compró un periódico y lo leyó de cabo a rabo (tardó más de una hora en hacerlo). Cuando salió al exterior para encontrarse con Madeleine a las cinco, las farolas estaban ya encendidas; la luz mortecina de los días de noviembre se estaba ya apagando. Unos minutos después el Saal surgió del crepúsculo y se acercó al bordillo.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Madeleine, escorándose hacia él para darle un beso.

Leonard se abrochó el cinturón, haciendo como que no se había dado cuenta.

—He estado en la *terapia*, Madeleine —le respondió con frialdad—. La terapia no «va».

—Sólo preguntaba.

—No, no sólo preguntabas. Querías un informe del progreso de mi enfermedad. «¿Estás algo mejor, Leonard? ¿Vas a dejar de ser un zombi, Leonard?»

A Madeleine le llevó unos instantes asimilar esta respuesta.

—Entiendo que puedas haberlo tomado en ese sentido, pero no era lo que yo quería decir. De veras.

—Sácame de aquí —dijo Leonard—. Odio Boston. Siempre he odiado Boston. Siempre que he estado en Boston me ha sucedido algo malo.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Después de dejar el hospital, Madeleine tomó Storrow Drive y fue bordeando el río Charles. Era el camino largo, pero a Leonard no le apeteció decírselo.

—¿No tengo que preocuparme de cómo te va? —dijo Madeleine.

—Sí, puedes preocuparte de cómo me va —respondió Leonard en un tono más tranquilo.

—¿Y?

—Perlmann no me ha bajado la dosis. Seguimos a la espera de que mi organismo se aclimate.

—Bien, pues hoy yo he aprendido algo interesante —dijo Madeleine en tono vivo

—. He estado en una librería y he encontrado un artículo sobre el trastorno maniaco-depresivo y las posibles curas en las que están trabajando. —Se volvió hacia Leonard para sonreírle—. Así que lo he comprado. Está ahí, en el asiento trasero.

Leonard no hizo ademán de volverse para cogerlo.

—Curas... —dijo.

—Curas y nuevos tratamientos. Aún no lo he leído entero.

Leonard echó la cabeza hacia atrás, suspirando.

—Ni siquiera se conoce aún el *mecanismo* del trastorno bipolar. Nuestro conocimiento del cerebro es pequeñísimo, mínimo.

—Eso dicen en el artículo —dijo Madeleine—. Pero se empieza a entender más y más. El artículo trata de los últimos trabajos de investigación.

—¿Me estás escuchando? Si no se conoce la causa de una enfermedad, no hay forma de descubrir cómo se cura.

Madeleine iba abriéndose paso a través de dos carriles de circulación, tratando de llegar a la entrada de la autopista. Con voz decididamente alegre, dijo:

—Lo siento, cariño, pero ser maniaco-depresivo implica..., ya sabes, ser un poco depresivo. A veces se hacen descubrimientos sobre las cosas sin saber apenas nada de ellas.

—Y tú eres una optimista que jamás ha oído hablar de una curación en la que no creías.

—Tú lee el artículo —dijo Madeleine.

Después del cruce con la Route 3, pararon en una gasolinera. Intuyendo que Madeleine no quería tener más roces y que por tanto sería indulgente con él por fumar en el coche, Leonard compró un paquete de Backwoods. De nuevo en la autopista, encendió un cigarrillo y bajó la ventanilla. Era la única cosa buena que le había sucedido en todo el día.

Cuando llegaron al Cape, su estado de ánimo había mejorado. Tratando de ser más amable, echó el brazo hacia atrás para coger la revista, y luego entrecerró los ojos para intentar hojearla a la luz del salpicadero. Y entonces exclamó:

—¡*Scientific American*! ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué tiene de malo?

—Esto no es ciencia. Es periodismo. ¡Ni siquiera está avalado por expertos!

—No veo qué puede importar eso.

—Pues claro que no lo ves. Porque no sabes nada de ciencia.

—Sólo intentaba ayudar.

—¿Sabes cómo puedes ayudar? Conduce —dijo Leonard, furioso.

Abrió la ventanilla y arrojó la revista a la carretera.

—¡Leonard!

—¡Conduce!

No hablaron durante todo el resto del trayecto hasta Pilgrim Lake. Cuando se bajaron del coche, enfrente del edificio, Leonard trató de rodear con el brazo el hombro de Madeleine, pero ella se lo quitó de encima y subió sola al apartamento.

Leonard subió al paseo entablado que atravesaba las dunas y bordeaba el jardín de esculturas y conducía al laboratorio de genética. Estaba oscuro, y el conjunto de edificios de Pilgrim Lake se recortaba plateado bajo la media luna. Hacía frío. El viento llevaba hacia la zona de la derecha el olor a jaula de ratones del animalario. Casi se sentía contento de ir a trabajar. Necesitaba ocupar la mente con cosas no emocionales.

El laboratorio estaba vacío. Jaitly le había dejado un post-it que rezaba, críticamente: «Cuidado con el dragón». Leonard encendió el radiocasete, cogió una Pepsi del frigorífico —por la cafeína— y se puso manos a la obra.

Llevaba trabajando como una hora cuando, para su sorpresa, se abrió la puerta y entró Kilimnik. Se acercó amenazadoramente a Leonard y le dirigió una mirada torva.

—¿Qué le pedí anoche que hiciera? —dijo Kilimnik con voz áspera.

—Me pidió que preparara algunas bandejas de gel.

—Una tarea bien sencilla, ¿no?

Leonard tuvo ganas de decir que habría sido mucho más sencilla si Kilimnik no hubiera llamado tan tarde, pero juzgó más sensato no decir nada.

—Mire los números —dijo Kilimnik.

Le tendió bruscamente las imágenes. Leonard las cogió, obediente.

—Son los mismos números que los de la serie que me entregó *hace dos días* —dijo Kilimnik—. ¡Ha mezclado las muestras! ¿Qué le pasa? ¿Está tarado?

—Lo siento —dijo Leonard—. Anoche vine en cuanto me llamó usted.

—E hizo un trabajo chapucero —gritó Kilimnik—. ¿Cómo voy a dirigir un estudio si mis técnicos de laboratorio no pueden ni seguir los protocolos más sencillos?

Llamó a Leonard «técnico de laboratorio» con intención de insultarle. Leonard lo advirtió claramente.

—Lo siento —dijo otra vez, en vano.

—Váyase —dijo Kilimnik, despidiéndolo con un movimiento de mano—. A ver si duerme un poco y se recupera. No quiero que vuelva a joderla esta noche.

A Leonard no le quedó más remedio que obedecer. En cuanto salió del laboratorio, sin embargo, se puso tan furioso que a punto estuvo de volver a entrar para poner verde a su jefe. Kilimnik le había echado un rapapolvo por haber mezclado las muestras, pero lo cierto era que su metedura de pata no importaba demasiado. Estaba meridianamente claro —para Leonard, al menos— que mover el gen HO a la otra cadena de ADN no iba a cambiar la asimetría entre las células madre

y las células hijas. Existían un millar de otras posibles causas para tal asimetría. Al final del experimento —que tardaría de dos a seis meses—, Kilimnik podría probar de forma concluyente que la posición del gen HO no producía ningún efecto en la asimetría de las células de levadura en proceso de multiplicación, y que se hallaba por tanto un paso más cerca de encontrar la aguja en el pajar.

Leonard se imaginó diciéndole estas cosas a la cara a Kilimnik, pero sabía que nunca llegaría a hacerlo. Si perdía aquella beca, no tenía adónde ir. Y estaba fallando; estaba fallando en las tareas más sencillas.

En la trasera de su edificio se fumó el resto de los Backwoods, hasta que el paquete de papel de aluminio quedó vacío.

Cuando entró en el apartamento, Madeleine estaba sentada en el sofá. Tenía el teléfono en el regazo, pero no lo estaba utilizando. No alzó la cabeza para mirarle.

—Hola —dijo Leonard.

Quería disculparse, pero hacerla le resultó más difícil que ir hasta el frigorífico para coger una Rolling Rack. Se quedó de pie en la cocina, bebiendo a grandes sorbos de la botella verde.

Madeleine seguía en el sofá.

Leonard confiaba en que si no hacía mención alguna de su pelea de horas antes tal vez pudiera parecer que no se había producido en absoluto. Pero el teléfono en el regazo de Madeleine sugería que había estado hablando con alguien —probablemente alguna de sus amigas— para contarle los malos modos de Leonard. Instantes después, de hecho, Madeleine rompió el silencio.

—¿Podemos hablar? —dijo.

—Sí.

—Tienes que hacer algo con esa ira tuya. Antes, en el coche, has perdido el control. Dabas miedo.

—Estaba enfadado —dijo Leonard.

—Estabas violento.

—Oh, no digas eso.

—Lo estabas —insistió Madeleine—. Me has asustado. Creí que ibas a pegarme.

—Lo único que he hecho ha sido tirar la revista.

—Estabas hecho una furia.

Madeleine siguió hablando. Su discurso sonaba a ensayado, o, en caso de no serlo, utilizaba frases que no eran propias de ella, frases sin duda proporcionadas por quienquiera que fuera la persona con quien había hablado por teléfono. Madeleine dijo cosas como «maltrato verbal» y «estar sometida a los cambios de humor de otra persona» y «tener autonomía en una relación».

—Comprendo que estés frustrado porque el doctor Perlmann te venga con evasivas —dijo—. Pero yo no tengo la culpa, y no puedes pagarlo conmigo. Mi

madre piensa que tenemos maneras diferentes de discutir. Es importante que las dos personas de una relación tengan normas sobre cómo discutir. Sobre lo que es aceptable y lo que no lo es. Pero cuando pierdes el control como antes...

—¿Lo has hablado con tu madre? —dijo Leonard—. ¿De eso has estado hablando con ella?

Madeleine levantó el teléfono del regazo y lo puso encima de la mesita.

—Yo hablo con mi madre de montones de cosas.

—Pero últimamente de mí. La mayoría de las veces.

—A veces.

—¿Y qué es lo que dice tu madre?

Madeleine agachó la cabeza. Como no dándose tiempo para pensarlo dos veces, dijo rápidamente:

—A mi madre no le gustas.

Estas palabras alcanzaron a Leonard como un golpe físico. No sólo por el contenido de tal manifestación, ya en sí misma lo bastante mala. Sino por el hecho de que Madeleine hubiera decidido comunicársela. Cuando se ha dicho una cosa así, luego es muy difícil hacer como si no se hubiera dicho. Estaría ahí de allí en adelante, siempre que Leonard y Phyllida coincidieran en la misma estancia. Y sugería la posibilidad de que Madeleine no esperara que tal cosa volviera a darse en el futuro.

—¿Qué quieres decir con que no le gusto a tu madre?

—No le gustas, simplemente.

—¿Qué no le gusta de mí?

—No quiero hablar de ello. No estábamos hablando de eso.

—Ahora sí estamos hablando de eso. ¿No le gusto a tu madre? Sólo me ha visto una vez.

—Y la cosa no fue demasiado bien.

—¿Cuando estuvo aquí? ¿Qué pasó?

—Bien, para empezar le diste la mano.

—¿Y?

—Mi madre está chapada a la antigua. Normalmente no les estrecha la mano a los hombres. Y, si lo hace, es ella la que la tiende primero.

—Lo siento. Voy un poco atrasado en las normas de etiqueta de Emily Post.

—Y la forma en que ibas vestido. Los pantalones cortos y el pañuelo en la cabeza.

—En el laboratorio hace mucho calor —protestó Leonard.

—No estoy justificando lo que mi madre siente —dijo Madeleine—. Lo estoy diciendo. No le causaste una primera impresión buena. Eso es todo.

Leonard podía entender que eso fuera verdad. Al mismo tiempo, no creía que su fallo de etiqueta pudiera haber puesto a Phyllida tan rotundamente en su contra. Pero

existía otra posibilidad.

—¿Le has dicho a tu madre que soy maníaco-depresivo? —preguntó Leonard.

Madeleine miró hacia el suelo.

—Lo sabe —dijo.

—¡Se lo has dicho!

—No, no se lo he dicho. Se lo dijo Alwyn. Vio las pastillas en el cuarto de baño.

—¿Tu hermana estuvo mirando mis cosas en el cuarto de baño? ¿Y soy yo quien tiene malos modales?

—Tuve una pelea terrible con ella por eso —dijo Madeleine. Leonard se acercó al sofá y se sentó junto a ella, y le cogió las manos. Se sentía, súbitamente, al borde de las lágrimas.

—¿Por eso no le gusto a tu madre? —dijo con voz lastimera—. ¿Porque soy maníaco-depresivo?

—No es sólo por eso. Cree que no somos adecuados el uno para el otro.

—¡Somos fantásticos el uno para el otro! —dijo Leonard, tratando de sonreír y mirándola a los ojos en busca de conformidad a sus palabras.

Pero Madeleine no se la otorgó. En lugar de ello, se quedó mirando fijamente —y con el ceño fruncido— sus manos enlazadas.

—Ya no lo sé —dijo.

Retiró las manos, y se las metió bajo los brazos.

—¿Qué es, entonces? —dijo Leonard, ansioso por saberlo—. ¿Es por mi familia? ¿Es porque soy pobre? ¿Es porque recibo ayuda económica?

—No tiene nada que ver con eso.

—¿A tu madre le preocupa que pueda pasarles mi enfermedad a nuestros hijos?

—Basta ya, Leonard.

—¿Por qué debo callarme? Quiero saberlo. Me dices que no le gusto a tu madre, pero no quieres decirme por qué.

—No le gustas, eso es todo.

Se levantó y cogió el abrigo de encima de la silla.

—Me voy afuera un rato —dijo.

—Ahora entiendo por qué compraste esa revista —dijo Leonard, incapaz de evitar el tono de amargura—. Estás deseosa de que se encuentre una curación.

—¿Qué tiene eso de malo? ¿A ti no te gustaría estar mejor?

—Siento mucho padecer una enfermedad mental, Madeleine. Sé que es una terrible ordinariez. Si mis padres me hubieran educado mejor, quizá no sería así.

—¡Eso no es justo! —clamó Madeleine, furiosa de verdad por primera vez. Se dio la vuelta, como asqueada de Leonard, y se fue del apartamento.

Leonard se quedó allí de pie, clavado en el suelo. Los ojos se le llenaban de lágrimas, pero si parpadeaba lo suficientemente rápido conseguiría que no se

derramaran. Por mucho que odiara el litio, en estos momentos era un aliado. Leonard sentía la gran marea de tristeza que pronto se abatiría sobre él. Pero existía una barrera invisible que impedía que la realidad de ese oleaje llegase a tocarle. Era como estrujar una bolsa llena de agua y percibir todas las propiedades de ésta sin mojarse las manos. Debía sentir gratitud por algo, al menos. La vida malbaratada no era del todo la suya.

Se sentó en el sofá. A través de la ventana veía el oleaje nocturno, las crestas de las olas reflejando el claro de luna. El agua negra le decía cosas. Le decía que venía de la nada y que regresaría a la nada. No era tan inteligente como pensaba. Iba a fracasar en Pilgrim Lake. Aun cuando se las arreglara para seguir con la beca hasta mayo, no le iban a pedir que volviera. No sabía qué otra cosa podía hacer con su vida. El miedo con el que había crecido, el miedo de no tener bastante dinero —un miedo que ninguna beca ni dotación económica de ayuda habían logrado disipar— volvía con fuerza renovada. La inmunidad de Madeleine frente a las carencias —comprendía ahora— siempre había sido uno de sus atractivos para él. Siempre había pensado que no le importaba el dinero, hasta aquel mismo momento, en que había caído en la cuenta de que, si ella se marchaba, su dinero se iría con ella. Leonard no había creído en ningún momento que el rechazo de la madre de Madeleine tuviera sólo que ver con su condición de maníaco-depresivo. La idea de la madre de Madeleine acerca del trastorno maníaco-depresivo era el más disculpable de sus prejuicios. De ningún modo podía entusiasmarla el hecho de que, en lugar de ser Dinero Viejo, fuera tan sólo Viejo Portland, o de que a sus ojos tuviera aspecto de pertenecer a una pandilla de moteros, o de que olierá a cigarrillos baratos de gasolinera.

No fue en pos de Madeleine. Ya se había comportado con bastante debilidad y desesperación. Era hora de —en la medida de lo posible— mostrar cierto carácter y energía. Y para ello se dejó caer despacio hacia un lado, hasta quedar encogido en posición fetal sobre el sofá.

No estaba pensando en Madeleine, ni en Phyllida, ni en Kilimnik. Mientras seguía tendido en el sofá, pensaba en sus padres, aquellos dos seres de dimensiones planetarias que orbitaban en torno a toda su existencia. Y al poco se vio transportado al pasado eternamente recurrente. Si crecías en una casa donde no te amaban, ignorabas la existencia de alternativas. Si crecías con unos padres emocionalmente atrofiados, infelices en su matrimonio y proclives a infligir esa infelicidad a su prole, no podías saber que era eso lo que estaban haciendo. Era tu vida. Si tenías un *accidente* a la edad de cuatro años, cuando se suponía que tenías que ser ya un niño lo suficientemente crecido para controlarte, y poco después se te servía en la mesa un plato lleno de heces..., y se te decía que comieras —porque te gustaban, ¿no?; debían de gustarte porque si no no tendrías tantos *accidentes*—, no tenías por qué saber que esto no estaba pasando también en las demás casas del vecindario. Si tu padre dejaba

a la familia, y desaparecía para nunca más volver, y tu madre parecía guardarte rencor, a medida que ibas haciéndote mayor, por ser del mismo sexo de tu padre, no tenías a nadie a quien recurrir. En todos estos casos, el daño estaba hecho antes de que tú supieras que te habían hecho daño. Lo peor de todo era que, con el paso de los años, estos recuerdos se convertían —a fuerza de guardarlos en una caja secreta de la cabeza, y de sacarlos de cuando en cuando para darles vueltas y más vueltas— en algo muy parecido a bienes muy queridos. Eran la llave de tu infelicidad. Era la prueba evidente de que la vida no era justa. Si no eras un niño con suerte, no sabías que no lo eras hasta que te hacías más mayor. Y entonces se habría convertido en algo en lo que nunca dejarías de pensar.

Difícil de precisar el tiempo que pasó Leonard en el sofá. Pero al cabo de un largo rato, sintió una luz en los ojos, y se incorporó de repente. Al parecer su cerebro no era del todo inservible, porque acababa de tener una idea harto brillante. La idea de cómo retener a Madeleine, derrotar a Phyllida y ser más listo que Kilimnik, todo a un tiempo. Se levantó del sofá de un brinco. En su camino hacia el cuarto de baño se sentía ya unos kilos más liviano. Era tarde. Era hora de tomar el litio. Abrió el frasco y sacó cuatro pastillas de trescientos miligramos. Tenía que tomarse tres. Pero se tomó sólo dos. Tomó seiscientos miligramos en lugar de los novecientos de su dosis; metió las otras dos pastillas en el frasco y cerró la tapa...

Tardó cierto tiempo en obtener algún resultado. El fármaco iba y venía a su antojo. Durante los diez días primeros Leonard se sintió tan hinchado, lento y estúpido como de costumbre. Pero en algún momento de la segunda semana experimentó períodos de lucidez mental y óptimo ánimo que se asemejaban mucho a su mejor «yo» del pasado. Aprovechando tal mejoría, Leonard empezó a salir a correr y a ir al gimnasio. Perdió peso. Le desapareció la joroba de bisonte.

Leonard entendía por qué hacían lo que hacían los psiquiatras. Su imperativo, al enfrentarse a un paciente maníaco-depresivo, era aniquilar por completo los síntomas. Dado el alto porcentaje de suicidios entre estos enfermos, era el proceder más prudente. Leonard estaba de acuerdo en que así era. En lo que disentía era en cómo «trataban» la enfermedad. Los médicos aconsejaban al paciente. Insistían en que el cuerpo acabaría acomodándose. Y, hasta cierto punto, esto era cierto. Al cabo de un tiempo, el paciente llevaba tanto tiempo medicado que ya no podía acordarse de cómo era sentirse normal. Así era como se acomodaba su organismo.

Un modo mejor de tratar la psicosis maníaco-depresiva —en opinión de Leonard— era encontrar el punto preciso de los momentos más bajos de la fase maníaca en el que los efectos secundarios eran nulos y la energía se hallaba en su pináculo. De ese modo, el paciente podría disfrutar de los frutos del inicio de la fase maníaca sin entrar en absoluto en terrenos de delirio. Era como mantener un motor en marcha a pleno rendimiento: pistones en movimiento, combustión perfecta, generadora de la

velocidad máxima..., sin sobrecalentamiento ni ruptura.

¿Qué había sido del doctor Siéntete-bien? ¿Adónde se había ido? Ahora sólo conseguías al doctor Siéntete-pasable o al doctor Siéntete-así-así... Los médicos no querían aventurarse más allá, porque hacerlo sería muy arriesgado y difícil. Se necesitaba a alguien lo bastante audaz, desesperado e inteligente para experimentar con dosis diferentes a las de las recomendaciones clínicas: es decir, alguien como Leonard.

Al principio, se limitó a tomar menos pastillas. Pero luego, llegado el momento de tomar dosis menores de los 300 miligramos de las pastillas, empezó a cortarlas con una cuchilla de trabajos manuales. La operación no le resultaba difícil, pero a veces la pastillas salían despedidas y caían al suelo, donde no podía encontrarlas. Al final, Leonard compró un cortador de pastillas en la farmacia de Provincetown. Las pastillas oblongas de 300 miligramos de litio se partían por la mitad con facilidad, pero menos fácilmente en cuatro partes. Leonard tenía que poner la pastilla entre los dos flancos flexibles del interior del cortador, y cerrar la tapa para que bajara la cuchilla. Cuando dividía una pastilla en quintas o sextas partes, tenía que hacerlo prácticamente a bulto. Se tomó las cosas con calma; redujo la dosis a 1600 miligramos diarios durante una semana, y luego a 1400 miligramos. Como era lo que el doctor Perlmann había prometido que haría en el curso de los seis meses siguientes, Leonard se dijo a sí mismo que lo único que hacía era acelerar un poco las cosas. Pero luego se bajó la dosis a 1200 miligramos, y luego a 1000 miligramos. Y al final redujo su dosis a 500 miligramos.

Leonard anotaba en su cuaderno Moleskin un registro preciso de sus dosis diarias, aderezado con comentarios sobre su estado físico y mental a lo largo del día.

30 nov.: Mañana: 600 mg. Noche: 600 mg.

Boca sequísima. Cabeza como llena de algodón. El temblor, peor. Fuerte sabor a metal en la saliva.

3 dic.: Mañana: 400 mg. Noche: 600 mg.

Horas buenas esta mañana. Como una ventana abierta en la Torre de Londres de mi cabeza, por la que he podido mirar durante unos minutos. Todo muy bonito ahí fuera. Aunque puede que estén construyendo ya el patíbulo. También puede que el temblor sea menor.

6 dic.: Mañana: 300 mg. Noche: 600 mg.

Adelgazo dos kilos. Energía mental buena la mayor parte del día. El temblor el mismo, más o menos. No tengo tanta sed.

8 dic.: Mañana: 300 mg. Noche: 500 mg.

Paso la noche entera sin tener que ir al cuarto de baño. La cabeza, lúcida todo el día. He leído 150 páginas de Ballard sin tener que tomarme un gran respiro. No he tenido la boca seca.

10 dic.: Mañana: 200 mg. Noche: 300 mg.

Un poco demasiado eufórico en la cena. M me ha alejado la copa de vino, porque le ha parecido que estaba bebiendo mucho. Me subiré la dosis a 300 mg durante los próximos días, para estabilizarme.

Hipótesis: ¿la función renal no está tan bien como piensa en doctor Perlmann? ¿O es que hay fluctuaciones? Si el cuerpo no metaboliza bien el litio, ¿podría darse por sentado que el exceso de litio se queda en el organismo y resulta tan dañino como cabe imaginar? Si es así, ¿podría causar muerte cerebral, trastornos gastrointestinales, letargo, etc.? La dosis diaria, en realidad, quizá pueda ser más alta de lo que los médicos piensan. Tengo que pensar en ello...

14 dic.: Mañana: 300 mg. Noche: 600 mg.

Vuelta a la tierra, en lo que respecta al ánimo. Ningún efecto secundario apreciable. Seguir con esta dosis unos días, y luego volver a bajarla.

La idea de que estaba llevando a cabo una labor científica de importancia le llegó a Leonard de forma tan natural que ni siquiera se dio cuenta de cuándo se le instaló de lleno en la conciencia. De pronto *estaba* en su cabeza. Lo que hacía era seguir la tradición intrépida de científicos como J. B. S Haldane, que se encerró él mismo en una cámara de descompresión para estudiar los efectos de la inmersión en aguas profundas (y se perforó los tímpanos), o Stubbins Ffirth, que se aplicó vómito de un paciente de fiebre amarilla en varios cortes que se había hecho en el brazo para probar que la enfermedad no era infecciosa. Al héroe de secundaria de Leonard, Stephen Jay Gould, le habían diagnosticado mesotelioma peritoneal, y no le auguraron más de ocho meses de vida. Los rumores sobre Gould decían que Gould se había pergeñado su propio tratamiento experimental y que le estaba dando resultado.

Leonard pensaba confesarle al doctor Perlmann lo que estaba haciendo en cuanto reuniera datos suficientes para probar su hipótesis. Entretanto, debía fingir que seguía sus directrices (lo cual implicaba fingir que padecía efectos secundarios que ya habían desaparecido). Debía asimismo calcular las fechas en que tendrían que acabársele las pastillas, a fin de pedírselas a su debido tiempo sin despertar sospechas. Todo ello le resultaba fácil ahora que volvía a pensar con claridad.

El problema de ser Supermán estribaba en que todos los seres a su alrededor le

parecían muy lentos. Incluso en un lugar como Pilgrim Lake, donde todo el mundo tenía un coeficiente intelectual alto, las pausas que la gente hacía al hablar se le antojaban a Leonard lo bastante largas como para irse a casa a dejar la ropa sucia y volver antes de que hubieran acabado las frases. Por lo que era él mismo quien se las terminaba. Para ahorrarles tiempo. Si uno prestaba atención, era asombrosamente fácil predecir el predicado de una frase a partir del sujeto. Al parecer, a la mayoría de la gente sólo se le ocurría un puñado de envites conversacionales. Y sin embargo a nadie le gustaba que otro le terminase las frases. O les gustaba sólo al principio. Al principio pensaban que era señal de entendimiento mutuo. Pero si lo hacías reiteradamente se enfadaban. Lo cual no estaba mal, porque así ya no tenías que perder el tiempo hablando con ellos en adelante.

Esto era mucho más difícil de hacer con la persona con la que convivías. Madeleine se había estado quejando de lo «impaciente» que era Leonard. Decía que tal vez se le había ido el temblor, pero que no paraba de dar golpecitos en el suelo con el pie. Aquella tarde misma, mientras ayudaba a Madeleine a estudiar para el Examen de Evaluación de Posgrado, Leonard, molesto por la lentitud con la que Madeleine trazaba el esquema de un problema lógico, le había cogido el bolígrafo de la mano.

—Esto no es una clase de arte —dijo—. No te dará tiempo a terminar si lo haces a esa velocidad. Vamos, vamos...

Trazó el esquema en unos cinco segundos; luego se echó hacia atrás en la silla y se cruzó las manos en el pecho con aire satisfecho.

—Dame mi bolígrafo —dijo Madeleine, arrebatándoselo.

—Sólo te estoy enseñando cómo se hace.

—¿Puedes irte de aquí, por favor? —clamó Madeleine—. ¡Estás insoportable!

Así pues, minutos más tarde Leonard se vio a sí mismo yéndose del apartamento para dejar estudiar en paz a Madeleine. Decidió dar un paseo por Provincetown y perder un poco de peso. A pesar del frío, no llevaba más que un jersey, guantes y su nuevo tocado invernal, un gorro de caza con orejeras que podían abrocharse. El cielo de invierno estaba azul cuando salía de los terrenos del laboratorio y enfilaba Shore Road. El lago Pilgrim —no helado aún— estaba lleno de juncos de agua dulce. Las dunas circundantes, en comparación, parecían muy altas, y estaban salpicadas por matas de hierbas de las dunas salvo en las zonas de arena blanca de las cimas, donde el viento cercenaba toda vida vegetal.

El hecho de estar solo incrementaba el volumen de bombardeo de información. No había nadie en las cercanías que pudiera distraerle. A medida que avanzaba a vivos y grandes pasos, los pensamientos se le agolpaban en la cabeza como el tráfico aéreo en el Logan Airport, al noroeste. Había uno o dos Jumbos llenos de Grandes Ideas, una flota de 707 cargados de impresiones sensoriales (el color del cielo, el olor del mar), y unos cuantos Learjet con ricos impulsos solitarios que deseaban viajar de

incógnito. Todos aquellos aviones pedían permiso para aterrizar al mismo tiempo. Desde la torre de control ubicada en su cabeza, Leonard habló por radio con las aeronaves, y a algunas les dijo que siguiesen describiendo círculos en el aire y a otras que se dirigieran a aeropuertos alternativos de otras localidades. El flujo de tráfico era interminable, y constante la tarea de coordinar los aterrizajes desde el momento mismo en que Leonard se despertaba por la mañana hasta el minuto mismo en que se iba a dormir. Pero para entonces —al cabo de dos semanas en el aeropuerto del punto preciso— era ya un profesional curtido. Manteniéndose al tanto del desarrollo de los acontecimientos en su pantalla de radar, Leonard podía hacer aterrizar cada avión a su hora mientras intercambiaba un comentario picante con el controlador del asiento de al lado y daba cuenta de un sándwich (sin dejar de hacer en ningún momento que todo pareciera fácil). Era parte del trabajo.

Cuanto más frío tenías, más calorías quemabas.

El ánimo exaltado, el bombear continuo del corazón y el gran gorro de piel suave le bastaban para mantener el calor mientras caminaba e iba dejando atrás las grandes casas acuáticas y las casitas de tablillas que atestaban los senderos. Pero cuando llegó al centro de la población, se sorprendió de ver lo vacío que estaba a pesar de ser fin de semana. Las tiendas y restaurantes habían empezado a cerrar después del Día del Trabajador. Ahora, dos semanas antes de Navidad, sólo unos pocos negocios seguían abiertos. Napi, por ejemplo. Y Front Street. The Crown & Anchor había cerrado.

Le alegró mucho, por tanto, encontrarse con un pequeño grupo de gente en el Governor Bradford. Se sentó en un taburete y se puso a ver la televisión, tratando de parecer una persona con un solo pensamiento en la cabeza en lugar de cincuenta. Cuando el camarero se acercó para atenderle, Leonard dijo:

—¿Es usted el gobernador Bradford?

—No por cierto.

—Póngame una pinta de Guinness, por favor —dijo Leonard, haciendo girar el taburete y dirigiendo la mirada hacia los otros clientes. Sentía calor en la cabeza, pero no quería quitarse el gorro.

De las cuatro mujeres del bar, tres estaban enfrascadas en su propio acicalamiento, y se pasaban las manos por el interior del pelo para indicar su disposición para la cópula. Los varones respondían bajando la voz, y manoseando de cuando en cuando a las mujeres. Si uno pasaba por alto los factores humanos del habla y el vestido, se hacía más evidente el comportamiento animal (de primates) del grupo.

Cuando el camarero le sirvió la Guinness, Leonard se volvió hacia la barra para tomársela.

—Tiene que pulir su técnica del trébol —dijo, mirando el interior de la pinta.

—¿Perdón?

Leonard señaló el tope de espuma.

—No parece un trébol. Parece un ocho.

—¿Es usted barman?

—No.

—Pues entonces no es asunto suyo, creo.

Leonard esbozó una gran sonrisa. Dijo «Salud», y se puso a sorber la cerveza negra y cremosa. Una parte de él quería quedarse en el bar el resto de la tarde. Quería ver fútbol americano y beber cerveza. Quería contemplar cómo se acicalaban las hembras humanas y observar qué otros comportamientos de primates estaban exhibiendo. También él era un primate, por supuesto; y, en aquella ocasión, un macho granuja. Y los machos granujas creaban todo tipo de problemas. Sería divertido ver lo que podía sacar en limpio en aquel momento, pero estaba recibiendo malas vibraciones del barman y le apetecía pasear un poco más, así que cuando terminó de tomarse la cerveza se sacó un billete de diez dólares del bolsillo de los tejanos y lo dejó encima de la barra. Sin esperar al cambio se bajó de un saltito del taburete y se sumergió en el aire helado de la calle.

El cielo había empezado a oscurecer. Eran poco más de las dos y el día estaba ya agonizando. Alzando la vista hacia lo alto, Leonard sintió que su ánimo decaía con él. Su viveza mental anterior empezaba a languidecer. Había sido un error tomarse la Guinness. Con las manos en los bolsillos de los tejanos, empezó a balancearse sobre los talones. Y eso fue todo lo que tuvo que hacer. A modo de confirmación de su «jugada brillante», instantes después de que le flaqueara la energía ésta volvió a colmar su ser, como si unas pequeñas válvulas de sus arterias le estuvieran bombeando a chorros el elixir de la vida.

Estimulado por la química de su cerebro, siguió paseando por Commercial Street. Un poco más adelante, un tipo con chaqueta y gorra de cuero bajaba los escalones que llevaban al Vault. La música machacona del interior se escabulló hacia la calle unos instantes cuando se abrió la puerta, y cesó cuando el tipo la cerró a su espalda.

La homosexualidad era un tema interesante, desde un punto de vista darwiniano. Un rasgo que predispusiera a la población a las relaciones sexuales estériles tendría que haber dado como resultado la desaparición de tal rasgo. Pero los varones que estaban en el Vault eran la prueba de que no era así. Debía de estar involucrado algún tipo de transmisión autosómica, en la que los genes implicados «hacían su viaje» sobre cromosomas hermanos.

Leonard siguió paseando. Se quedó mirando las esculturas de madera traída por las mareas en unas galerías de arte cerradas y las postales homoeróticas del escaparate de una papelería aún abierta. Entonces reparó en algo sorprendente. En la otra acera había una tienda de tofes de «agua salada» que también parecía estar abierta. El letrero de neón del escaparate seguía encendido, y alcanzó a ver una figura

que se movía en el interior de la tienda. Algo misterioso e insistente, algo que apeló a su naturaleza de primate, le llevó a acercarse. Al entrar en la tienda, sonó la campanilla de la puerta. El objeto de atención de las células de su organismo resultó ser una adolescente que se ocupaba de sus cosas al otro lado del mostrador. Era pelirroja, de pómulos altos, y llevaba un suéter amarillo y ceñido.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, tengo una pregunta. ¿Sigue siendo la temporada de avistamiento de ballenas?

—Mmm... No lo sé.

—Pero aquí hay embarcaciones para ver a las ballenas, ¿no?

—Creo que eso es más bien en verano —dijo la chica.

—¡Ah, ya! —dijo Leonard, no sabiendo cómo continuar.

Era intensamente consciente de cuán menudo y perfecto era el cuerpo de la chica. Al mismo tiempo, el aroma azucarado del recinto le recordaba una tienda de dulces en la que solía entrar de niño sin un centavo para gastar. Ahora fingía interesarse por los tofes de los estantes, con los brazos cruzados a la espalda mientras paseaba la mirada por ellos.

—Me gusta tu gorro —dijo la chica.

Leonard se volvió y esbozó una gran sonrisa.

—¿Sí? Gracias. Acabo de agenciármelo.

—¿No tienes frío sin abrigo?

—No aquí dentro, contigo —dijo Leonard.

Sus sensores detectaron un minúsculo incremento de la cautela en ella, así que añadió:

—¿Cómo es que abrís en invierno?

Y fue un acierto, porque le dio a la chica la oportunidad de desahogarse.

—Porque mi padre quiere jorobarme todo el fin de semana —dijo.

—¿Tu padre es el dueño de esto?

—Sí.

—Así que tú eres la heredera de los tofes.

—Supongo que sí —dijo la chica.

—¿Sabes lo que tienes que decirle a tu padre? Tienes que decirle que estamos en diciembre y que nadie quiere tofes de «agua salada» en diciembre.

—Eso es lo que le digo yo. Y él dice que la gente sigue viniendo los fines de semana, así que hay que abrir.

—¿Cuántos clientes han entrado hoy?

—Pues... tres. Y ahora tú.

—¿Me consideras un cliente?

Se cambió el peso de una cadera a otra, y se puso escéptica.

—Bueno, estás aquí.

—Sí, por supuesto que estoy aquí —dijo Leonard—. ¿Cómo te llamas?

La chica vaciló.

—Heidi.

—Hola, Heidi.

Puede que fuera su rubor, o lo ceñido de su jersey, o simplemente el hecho de ser un Superman que tiene delante a una superchica, pero —por una u otra razón— Leonard empezó a tener una erección a tan escasa distancia de ella. Lo cual era un dato clínico de importancia. Lamentó no llevar encima el cuaderno Moleskin para tomar nota de ello.

—Heidi —dijo Leonard—. Hola, Heidi.

—Hola —dijo ella.

—Hola, Heidi repitió Leonard. —*Hí-de-ho*. El «Hi De Ho Man». ¿Habías oído hablar del Hi De Ho Man, Heidi?

—No.

—Cab Calloway. Un músico de jazz muy famoso. El Hi De Ho Man. No sé muy bien por qué le llamaban así. *Hí-ho, Silver*. Hawai Cinco-O.

Heidi arrugó la frente. Leonard vio que la estaba perdiendo, así que dijo:

—Me alegra mucho conocerte, Heidi. Dime una cosa. ¿Hacéis los tofes de «agua salada» aquí mismo?

—En verano sí. Ahora no.

—¿Y utilizáis agua salada del océano?

—¿Qué?

Leonard se acercó al mostrador, lo bastante como para pegar su erección contra el cristal.

—Siempre me he preguntado por qué los llaman de «agua salada». ¿Porque se usa agua y sal, o porque hay que utilizar *agua salada*?

Heidi se apartó un paso del mostrador.

—Tengo cosas que hacer en la trastienda —dijo—. Así que si quieres algo...

Leonard —quién sabe por qué— se inclinó en una reverencia.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo—. No quiero retenerte. Me ha encantado conocerte, Heidi-Ho. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—¿Tienes novio?

No parecía querer decirlo.

—Sí.

—Pues es un tipo con suerte. Debería estar aquí contigo, haciéndote compañía.

—Mi padre va a llegar dentro de un minuto.

—Siento no poder conocerle —dijo Leonard, apretándose contra el cristal del

mostrador—. Podría decirle que deje de jorobarte los fines de semana. Pero antes de irme creo que compraré unos tofes.

Volvió a examinar los estantes que había a un lado. Cuando se inclinó hacia delante, el gorro se le cayó pero él logró cogerlo en el aire. Unos reflejos perfectos. Como los de Fred Astaire, que podía lanzar su sombrero al aire y hacer que después de unas vueltas le cayera en la cabeza, encajado.

—Los tofes de «agua salada» siempre son de tono pastel —comentó Leonard—. ¿Por qué?

Esta vez Heidi no le contestó en absoluto.

—¿Sabes por qué creo que es, Heidi? Porque los tonos pastel son los de la orilla del mar. Me llevaré esos verdes, del color de las hierbas de las dunas; y también unos rosas, del color del sol poniéndose sobre el agua. Y también esos blancos, que son como espuma de mar, yesos amarillos, que parecen la luz del sol sobre la arena.

Llevó las cuatro bolsas al mostrador, y allí decidió comprar otros tres sabores. Crema de mantequilla, chocolate y fresa. Siete bolsas en total.

—¿Quieres todos éstos? —dijo Heidi, incrédula.

—¿Por qué no?

—No sé. Son un montón.

—Me gusta mucho que sean un montón —dijo Leonard.

Heidi marcó el importe en la caja registradora. Leonard se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete.

—Quédate con el cambio —dijo—. Pero necesito una bolsa para llevar todo esto.

—No tengo bolsas tan grandes. A no ser que quieras una bolsa de basura.

—Una bolsa de basura me viene genial —dijo Leonard.

Heidi desapareció en la trastienda. Reapareció con una bolsa de basura verde oscura de cien litros y empezó a meter dentro de ella las bolsas de tofes. Para hacerlo tuvo que inclinarse hacia delante.

Leonard se quedó mirando sus pequeñas tetas ceñidas por el suéter. Sabía exactamente lo que hacer. Esperó hasta que Heidi levantó la bolsa y la puso sobre el mostrador. Y entonces, al recibirla en su mano, dijo:

—¿Sabes qué? Como tu padre no está aquí...

La cogió por las muñecas, se inclinó hacia ella y la besó.

No con un beso largo. No con un beso profundo. Sólo uno rápido en los labios. El beso cogió a Heidi desprevenida por completo, y le hizo abrir los ojos como platos.

—Feliz Navidad, Heidi —dijo Leonard—. Feliz Navidad.

Y abrió la puerta y salió a la calle.

Ahora sonreía como un loco. Echándose la bolsa a la espalda, como un marinero su petate, siguió caminando por la acera. La erección no había amainado. Trataba de recordar cuál había sido la dosis de aquella mañana, y se preguntó si acaso necesitaría

unos miligramos más.

La lógica de su «jugada brillante» residía en una premisa: el trastorno maniaco-depresivo, lejos de ser una carga, era una ventaja. Era un rasgo selecto. Si no lo fuera —un rasgo positivo de la selección natural—, el trastorno habría desaparecido siglos y siglos atrás, erradicado de la especie humana como todo aquello que no incrementaba las posibilidades de supervivencia. La ventaja era obvia. La ventaja era la energía, la creatividad, el sentimiento de cuasi genialidad que animaba a Leonard en aquel momento. Era imposible saber cuántas grandes figuras históricas habían sido maniaco-depresivos, cuántos hitos científicos y artísticos se habían culminado durante las fases maníacas de la enfermedad.

Apretó el paso en dirección a la casa. Salió de la ciudad y pasó de nuevo por delante del lago, de las dunas.

Cuando entró en el apartamento Madeleine estaba en el sofá, con su hermosa cara pegada al librito del Examen de Evaluación de Posgrado.

Leonard dejó caer al suelo la bolsa de los tofes. Sin decir una palabra levantó a Madeleine en los brazos, la llevó al dormitorio y la dejó sobre la cama.

Se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones y se quedó delante de ella, sonriendo abiertamente.

Sin los preliminares habituales, se inclinó hacia Madeleine, le quitó los pantis y las bragas y la penetró hasta lo más hondo. Sentía la verga maravillosamente dura. Estaba dando a Madeleine lo que Phyllida no podría darle nunca, y por ende poniendo en práctica su ventaja. Sentía en la punta de la polla la más exquisita de las sensaciones. Llorando casi del placer, exclamó:

—¡Te amo, te amo!

Y lo decía de verdad.

Luego, se quedaron acurrucados, recuperando el aliento. Madeleine dijo con picardía, feliz:

—Creo que estás *mejor*.

Ante lo cual Leonard se incorporó en la cama. Ya no tenía la cabeza atestada de pensamientos. En ella sólo había uno.

Rodó fuera de la cama y quedó de rodillas; cogió las manos de Madeleine entre las suyas, mucho más grandes. Acababa de concebir la solución a todos sus problemas, románticos, financieros y estratégicos. Una «jugada brillante» merecía otra.

—Cásate conmigo —dijo.

Descansa en el Señor

Mitchell no había cambiado un pañal en toda su vida. Nunca había cuidado a una persona enferma, ni había visto morir a nadie, y helo allí ahora, rodeado de multitud de moribundos, y su trabajo consistía en ayudarles a morir en paz, sabiéndose queridos.

Durante las tres semanas últimas, Mitchell había estado trabajando de voluntario en el Hogar de los Moribundos Indigentes. Había ido cinco días a la semana, de nueve de la mañana a pasada la una de la tarde, y había hecho todo aquello que se necesitaba hacer. Ello incluía darles a los hombres las medicinas, y la comida, y masajes en la cabeza, y sentarse en su cama y hacerles compañía, y mirarles a la cara y cogérles de la mano. No son cosas que uno tenga que aprender a hacer, y Mitchell, en los veintidós años que llevaba en el planeta, había hecho tan sólo unas pocas, y otras tantas nunca.

Llevaba cuatro meses viajando, y había visitado tres continentes y nueve países, pero Calcuta se le antojaba el primer sitio real que había visto desde que dejó su país. Ello tenía que ver en parte con el hecho de que estaba solo. Echaba en falta a Larry. Antes de que Mitchell dejara Atenas, al hacer planes para reunirse en la primavera, sus charlas habían orillado la razón por la que Larry se quedaba en Grecia. Que Larry se acostara ahora con hombres no era nada demasiado extraordinario desde una óptica más amplia de las cosas. Pero arrojaba sobre su amistad una luz un tanto comprometedora —sobre todo respecto de su noche ebria en Venecia—, algo que a ambos les hacía sentirse violentos.

Si Mitchell hubiera sido capaz de corresponder al afecto de Larry, su vida podía haber seguido derroteros muy diferentes. La cosa, tal como había resultado, empezaba a tener tintes cómicos y shakespearianos: Larry amaba a Mitchell, que amaba a Madeleine, que amaba a Leonard Bankhead. El hecho de estar solo, en la ciudad más pobre de la tierra, donde no conocía a nadie y los teléfonos públicos eran algo inexistente y el correo muy lento, no ponía fin a aquella farsa romántica, pero sacaba a Mitchell del escenario.

La otra razón por la que Calcuta le parecía real era que estaba allí con un propósito. Hasta entonces Mitchell se había limitado a hacer turismo. Lo mejor que podía decir hasta el momento sobre sus viajes era que marcaban la ruta de un peregrinaje que le había llevado hasta donde estaba.

En su primera semana en la ciudad se había dedicado a explorarla. Había estado en misa en una iglesia anglicana en la que había un boquete enorme en el techo y apenas seis feligreses octogenarios. En un teatro comunista, asistió a un montaje de tres horas de *Madre coraje* en bengalí. Se pateó de arriba abajo Chowringhee Road, viendo astrólogos que leían gastadas cartas del Tarot y barberos que cortaban el pelo

acucillados en el bordillo de la acera. Un vendedor ambulante había llamado a Mitchell para que mirara sus mercancías: unas gafas graduadas y un cepillo de dientes usado. En la calle había una enorme tubería de alcantarillado abandonada en cuyo interior habría podido instalarse una familia entera. En el Bank of India, el hombre de negocios que estaba delante de Mitchell en la cola llevaba un reloj de pulsera alimentado por la luz solar. Los policías que dirigían el tráfico eran de movimientos tan expresivos como Toscanini. Las vacas estaban muy flacas y llevaban los ojos maquillados como modelos humanas. Todo lo que Mitchell veía, gustaba u olía era diferente de todo aquello a lo que estaba acostumbrado.

Desde el momento mismo en que su avión aterrizó en el Calcuta International Airport a las dos de la madrugada, Mitchell se dio cuenta de que la India era el lugar ideal para desaparecer. El trayecto a la ciudad lo había hecho en una oscuridad casi total. A través de la luneta trasera velada del taxi Ambassador, Mitchell vislumbró bosquecillos de eucaliptos que flanqueaban la carretera sin luz. Los edificios de apartamentos —cuando llegaron a ellos— se alzaban pesados y oscuros en la noche. La única luz visible era la de las hogueras que ardían en medio de los cruces.

El taxi le llevó al albergue del Ejército de Salvación, en Sudder Street, donde se había alojado desde su llegada. Sus compañeros de cuarto eran un alemán de treinta y siete años llamado Rüdiger y un norteamericano de Florida llamado Mike que había sido vendedor de electrodomésticos. Los tres compartían una pequeña vivienda ubicada frente al edificio principal, atestado por completo. La zona que circundaba Sudder Street conformaba el exiguo barrio turístico de la ciudad. En la acera de enfrente se alzaba un próspero hotel con clientela de embajadores de larga trayectoria en la India, mayoritariamente británicos. Unas manzanas más allá, en Jawaharlal Nehru Road, estaba el hotel Oberoi Grand, con sus porteros con turbante. El restaurante de la esquina, adaptado a los gustos de los mochileros, servía tortitas de plátano y hamburguesas de búfalo de agua. Mike afirmaba que se podía tomar *bhang lassi*^[14] en la siguiente calle.

La mayoría de la gente no viajaba a la India para ejercer el voluntariado en una congregación de monjas católicas. La mayoría de la gente iba a la India a visitar *ashrams*, a fumar hierba, a vivir sin apenas medios. Una mañana, a la hora del desayuno, Mitchell había entrado en el comedor y había visto a Mike compartiendo mesa con un californiano sesentón, todo vestido de rojo.

—¿Está libre? —preguntó Mitchell, señalando una silla vacía.

El californiano, cuyo nombre era Herb, levantó los ojos hasta encontrar los de Mitchell. Herb se consideraba una persona espiritual. El modo en que sostenía la mirada ajena lo hacía saber sin tardanza.

—Nuestra mesa es tu mesa —dijo.

Mike estaba masticando un bocado de tostada. Cuando Mitchell se hubo sentado,

Mike tragó lo que tenía en la boca y le dijo a Herb:

—Bueno, sigue.

Herb sorbió su té. Se estaba quedando calvo, y llevaba una barba gris desgreñada. Del cuello le colgaba un medallón con una fotografía de Bhagwan Shree Rajneesh.

—Hay una energía increíble en Poona —dijo—. Lo notas cuando estás allí.

—He oído hablar de esa energía —dijo Mike, dirigiéndole un guiño a Mitchell—. Puede que vaya a Poona. ¿Dónde está, exactamente?

—Al sureste de Bombay —dijo Herb.

Al principio los rajneeshianos —que se llamaban a sí mismos «devotos»— llevaban ropajes de color azafrán. Pero recientemente Bhagwan había decidido que había demasiado color azafrán en circulación. Así que había dictado la orden de que sus discípulos vistieran de rojo.

—¿Qué es lo que hacéis allí? —dijo Mike—. He oído que montáis orgías...

En la mirada suave de Herb había tolerancia.

—Déjame que te lo explique con palabras que puedas entender —dijo—. No son los actos en sí mismos los que son buenos o malos. Sino la intención de estos actos. Para montones de gente es mucho mejor que las cosas sean simples. El sexo es malo. El sexo es algo prohibido. Pero para otra gente que..., digamos, ha alcanzado un nivel más alto de sabiduría, las categorías «bueno» y «malo» no tienen ya sentido.

—¿Estás diciendo, entonces, que montáis orgías? —insistió Mike.

Herb miró a Mitchell.

—Nuestro amigo está obsesionado con eso.

—Está bien —dijo Mike—. ¿Qué me dices de la levitación? He oído que hay gente que levita.

Herb se abarcó la barba gris con las dos manos. Y finalmente concedió:

—Hay gente que levita.

Mientras tenía lugar esta charla, Mitchell se ocupó en untar las tostadas con mantequilla y en echar terrones de azúcar sin refinar al té. Era importante engullir el mayor número de tostadas posible antes de que los camareros dejaran de servir.

—Si fuese a Poona, ¿me dejarían entrar? —preguntó Mike.

—No —dijo Herb.

—¿Y si fuese vestido todo de rojo?

—Para quedarte en el *ashram* tendrías que ser un devoto de verdad. Bhagwan vería que no eres sincero, llevaras lo que llevaras puesto.

—Pero es que estoy interesado —dijo Mike—. Lo del sexo era en broma. Toda la filosofía y demás; es muy interesante.

—Estás lleno de mierda, Mike —dijo Herb—. Distingo la basura en cuanto la veo.

—¿Sí? —dijo de pronto Mitchell.

El tono era desafiante, no había duda, pero Herb no perdió la ecuanimidad. Siguió sorbiendo su té. Echó una mirada a la cruz que Mitchell llevaba colgada del cuello.

—¿Cómo está tu amiga la Madre Teresa? —preguntó.

—Está bien.

—He leído en alguna parte que acaba de estar en Chile. Al parecer es muy amiga de Pinochet.

—Viaja mucho para recaudar fondos —dijo Mitchell.

—Tíos —se lamentó Mike—. Estoy empezando a compadecerme de mí mismo. Tú, Herbie, tienes a Bhagwan. Y Mitchell tiene a la Madre Teresa. ¿Y a quién tengo yo? A nadie.

Al igual que el propio comedor, las tostadas querían pasar por británicas, y no lo lograban. Las rebanadas de pan tenían la forma apropiada. *Parecían* pan. Pero en lugar de tostarlas las habían puesto sobre una parrilla de fuego de carbón vegetal y sabían a ceniza. E incluso las que no estaban quemadas tenían un sabor raro, y no de pan.

Seguía llegando gente al comedor para desayunar. Bajaban de los dormitorios del primer piso. Entró un grupo de neozelandeses muy bronceados —cada cual con su bote de Marmite—, seguido de dos mujeres con los ojos perfilados con khol y anillos en los dedos de los pies.

—¿Sabéis por qué he venido a la India? —estaba diciendo Mike—. Pues he venido porque me quedé sin trabajo. La economía está por los suelos, así que pensé «qué diablos, me voy a la India». No puede haber un cambio de moneda mejor.

Se puso a enumerar una lista completa de todos los sitios donde había estado y de las cosas que había comprado o se había permitido por un precio de risa. Billetes de tren, platos de verduras al curry, cabañas en la playa de Goa, masajes en Bangkok.

—Estuve en Chiang Mai con las tribus de las montañas. ¿Habéis estado alguna vez con las tribus de las montañas? Son tribus salvajes. Teníamos un guía que nos metió en plena jungla. Estuvimos en una cabaña y uno de los hombres de la tribu, el chamán o lo que fuera, entró con un poco de opio. ¡Nos cobró como cinco dólares! Por una china así de grande. El colocón que nos cogimos, tíos. —Se volvió hacia Mitchell—. ¿Has fumado opio alguna vez?

—Una vez —dijo Mitchell.

Al oírlo, Herb abrió los ojos como platos.

—Eso me sorprende mucho —dijo—. De veras. Habría jurado que los cristianos desaprueban ese tipo de cosas.

—Depende de la intención del fumador de opio —dijo Mitchell.

Herb encogió los ojos.

—Alguien está sintiendo un poco de hostilidad esta mañana —dijo.

—No —dijo Mitchell.

—Sí. Alguien.

Si Mitchell había de llegar a ser algún día un buen cristiano, tendría que dejar de sentir una aversión tan intensa por cierta gente. Pero quizá era pedir demasiado que empezara con Herb precisamente.

Por fortuna, Herb se levantó muy pronto de la mesa. Mike esperó a que no pudiera oírle, y dijo:

—Poona. Suena a *poontang*.^[15] Lo de montar orgías ocupa buena parte del tiempo de esa gente. Bhagwan les hace ponerse condones a los tíos. ¿Sabes lo que se dicen unos a otros? Se dicen: «*I glove you*».^[16]

—Quizá deberías unirte a ellos —dijo Mitchell.

—*I glove you* —se mofó Mike—. Tío. Y las chicas se lo tragan. Mámame la polla por la paz interior. Vaya chanchullo.

Volvió a bufar, y se levantó de la mesa.

—Tengo que irme a cagar —dijo—. ¿Sabes a lo que no logro acostumbrarme? A los retretes asiáticos. Un agujero en el suelo. Todo lleno de salpicaduras. Joder, es asqueroso.

—Una tecnología diferente —dijo Mitchell.

—No es civilizado —dijo Mike, y, con un movimiento de la mano en el aire, abandonó el comedor.

Una vez solo, Mitchell tomó otro té y miró a su alrededor: la elegancia marchita, la veranda embaldosada, llena de macetas con plantas, las columnas blancas deslucidas por los cables eléctricos que hacían funcionar los ventiladores cenitales de palas de mimbre trenzado. Dos camareros indios con chaquetas blancas sucias se movían ágilmente entre las mesas, sirviendo a viajeros apoltronados en las sillas con fulares de seda y pantalones de algodón con ceñidor de cordón. El tipo de pelo largo y barba pelirroja que estaba justo enfrente de Mitchell iba todo vestido de blanco, como John Lennon en la carátula de *Abbey Road*.

Mitchell siempre había pensado que había nacido demasiado tarde para ser hippie. Pero estaba equivocado. Era el año 1983, y la India estaba llena de ellos. En opinión de Mitchell, los años sesenta eran un fenómeno anglo-norteamericano. No parecía correcto que a los europeos continentales, que no habían producido ningún rock decente propio, se les permitiera acogerse al amparo de esa década, bailaran *frug*, formaran comunas y cantaran las letras de Pink Floyd con fuerte acento extranjero. Que los suecos y los alemanes que estaba conociendo en la India siguieran llevando collares con cuentas del amor en los años ochenta no hacía sino confirmar el prejuicio de Mitchell de que su participación en los sesenta había sido a lo sumo imitativa. Les gustaba el nudismo, la ecología, todo lo relacionado con el sol y la salud. Pero, en opinión de Mitchell, la relación de los europeos con la década de los sesenta —como con cada día más cosas de la época presente— era esencialmente la

de meros espectadores. Se habían mantenido al margen, como observadores, y al cabo de un tiempo habían tratado de incorporarse.

Los hippies no eran los únicos personajes de pelo largo del comedor, sin embargo. Mirando desde la pared del fondo podía verse al mismísimo Jesucristo. El mural — que, por lo que Mitchell sabía, existía en todas las sedes del Ejército de Salvación del planeta— mostraba al Hijo del Hombre iluminado por un rayo de luz celestial, con unos penetrantes ojos azules que miraban directamente a los comensales.

La leyenda del mural proclamaba:

*Cristo es la Cabeza de la Casa.
El huésped invisible en cada comida.
El escuchador silencioso en cada conversación.*

En una mesa larga situada directamente al pie del mural, se sentaba un gran grupo de personas. Los hombres llevaban el pelo muy corto. Las mujeres faldas largas y blusas con pechera y sandalias con calcetines. Se mantenían todos muy tiesos, con la servilleta en el regazo, conversando en voz baja y tono serio.

Eran los otros voluntarios de la Madre Teresa.

¿Y si tenías fe y hacías buenas obras y te morías e ibas al cielo y toda la gente con la que te encontrabas allí no te gustaba lo más mínimo? Mitchell había desayunado a veces en la mesa de los voluntarios. Los belgas, austríacos, suizos y demás lo habían acogido con calor. No se habían hecho los remolones al pasarle la mermelada. Le habían hecho preguntas corteses sobre su persona y, en justa correspondencia, le habían proporcionado información cortés sobre sí mismos. Pero no hacían nunca bromas, y parecían dolerse ligeramente por las que él hacía. Mitchell los había visto en acción en Kalighat. Los había visto realizar tareas difíciles, desagradables. Los consideraba seres humanos impresionantes, sobre todo si se los comparaba con Herb. Pero no se sentía integrado en el grupo.

Y no era por no haberlo intentado. En su tercer día en Calcuta, Mitchell se había permitido el lujo de afeitarse en una barbería. En el local destartado, el barbero le había aplicado toallas calientes en la cara, y después de enjabonarle las mejillas y de afeitárselas, le había pasado por hombros y cuello un aparato de masajes a pilas. Por último, el barbero había hecho girar el sillón para que su cliente se mirara en el espejo. Mitchell se miró detenidamente. Se vio la cara pálida, los ojos grandes, la nariz, los labios, la barbilla, y había algo anómalo en todo ello. El fallo ni siquiera estaba en algo físico; no lo dictaba tanto la naturaleza como la gente, o no tanto la gente como las chicas, por lo tanto las chicas como Madeleine Hanna. ¿Por qué no le gustaba a Madeleine lo suficiente? Mitchell estudió su reflejo en el espejo, en busca de alguna clave esclarecedora. Instantes después, en respuesta a un impulso casi violento, le pidió al barbero que le cortara el pelo.

El barbero cogió unas tijeras. Mitchell sacudió la cabeza. El barbero cogió la máquina de afeitar eléctrica, y Mitchell asintió con la cabeza.

Aún había que negociar con el barbero la largura que debía dejarle, y, después de un par de pasadas de la máquina, llegaron a un acuerdo, le quedaría un pelo de unos cinco milímetros de largo. Al cabo de cinco minutos, el trabajo estaba hecho. Mitchell perdió sus rizos castaños, que quedaron en el suelo, en montones, y un chico de pantalones cortos y andrajosos los barrió hasta el exterior y los hizo desaparecer por la alcantarilla.

Una vez en la calle, Mitchell se miró una y otra vez en los cristales de los escaparates mientras caminaba por la avenida. Parecía un fantasma de sí mismo.

Uno de los escaparates en los que se paró para mirarse era una joyería. Entró y buscó la vitrina de medallones religiosos. Había cruces, medias lunas islámicas, estrellas de David, símbolos del yin y el yang y otros pictogramas que no reconoció. Después de dudar entre varias cruces de estilos y tamaños diferentes, Mitchell eligió una. El joyero pesó la cruz y la cadena y las envolvió con profusión y esmero, las metió en una bolsita de raso, metió ésta en una cajita de madera tallada, y acabó envolviéndolo todo en un papel muy ornado que selló con cera. Tan pronto como se vio de nuevo en la acera, Mitchell rasgó el exquisito paquete y sacó la cruz. Era de plata, con una incrustación azul. No era una cruz pequeña. Al principio la llevó dentro de la camiseta, pero al cabo de una semana, cuando ya era oficialmente voluntario, empezó a llevarla por fuera, donde todo el mundo —incluidos los enfermos y moribundos— pudiera verla.

A Mitchell le había espantado la posibilidad de salir corriendo y dando gritos apenas diez minutos después de haber entrado en aquel centro. Pero todo había ido mejor de lo que esperaba. En su primer día lo había guiado por todas las dependencias un tipo amistoso y de anchos hombros que dirigía una granja de abejas productoras de miel en Nuevo México.

—Verás que no hay mucha organización que se diga —dijo el apicultor, precediendo a Mitchell por el pasillo flanqueado por filas de literas—. La gente viene y se va continuamente, así que lo que tienes que hacer es echar una mano cuando puedas.

La tarea era mucho menos onerosa de lo que el opúsculo *Madre Teresa de Calcuta* le había llevado a imaginar. En la sala de los hombres no había más de un centenar de camas, quizá un número más cercano a las setenta y cinco. Y la de las mujeres era aún más pequeña. El apicultor le mostró a Mitchell el cuarto de los suministros, donde se guardaban los medicamentos y las vendas. Lo condujo a través de una cocina ennegrecida por el hollín y por un lavadero igualmente primitivo y mísero. Una monja estaba delante de una tina de agua hirviendo, moviendo la colada con un palo largo, mientras otra llevaba las sábanas mojadas a la azotea para ponerlas

a secar en el tendedero.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó Mitchell al apicultor.

—Un par de semanas. Y me he traído a toda la familia. Son nuestras vacaciones de Navidad. Y de Año Nuevo. Mi mujer y mis hijos están trabajando en uno de los orfanatos. Me pareció que este sitio sería un poco duro para los chicos. Pero ¿cuidar de unos niñitos monísimos? Eso seguro que lo pueden hacer bien. —Con la tez tostada por el sol y los rizos rubios, el apicultor parecía una figura del surf o un *quarterback* entrado en años. Su mirada era llana y serena—. Dos cosas me han traído aquí —dijo, antes de dejar solo a Mitchell—. La Madre Teresa y Albert Schweitzer. Hace un par de años me metí a fondo con Schweitzer. Me leí todo lo que escribió. Y lo siguiente que hice fue ir a unas clases básicas de medicina. Nocturnas. Biología. Química orgánica. Era veinte años mayor que todos los demás alumnos de la clase. Pero seguí yendo. Cuando el año pasado acabé esos cursos preparatorios de medicina, hice solicitudes de ingreso en dieciséis facultades de medicina, y me admitieron en una. Empiezo el otoño que viene.

—¿Qué vas a hacer con las abejas?

—Vendo la granja. Paso página. Empiezo un nuevo capítulo. Llámalo como quieras.

Mitchell se lo tomó con calma aquel día, tratando de aclimatarse. Ayudó a servir la comida, llenando cuencos de legumbres con el cucharón. Les llevaba vasos de agua a los enfermos. En general, los hombres estaban más limpios y más sanos de lo que él había imaginado. Alrededor de una docena de ellos eran jubilados, con caras esqueléticas, que yacían inmóviles en la cama, pero había muchos de edad mediana, e incluso algunos jóvenes. Normalmente era difícil saber cuál era su dolencia. De ninguna cama colgaba ninguna historia médica. Lo que estaba palmariamente claro era que ninguno de aquellos hombres tenía adónde ir.

La monja al mando, la hermana Louise, era una déspota con gafas de montura de concha negra. Se pasaba el día de pie delante del hogar, impartiendo órdenes a gritos. Trataba a los voluntarios como si fueran un engorro. Las demás monjas eran invariablemente amables y bondadosas. Mitchell se preguntaba cómo —siendo como eran de constitución frágil— tenían la fuerza necesaria para levantar de la calle a los desposeídos para meterlos en la vieja ambulancia, y cómo sacaban en brazos los cuerpos de los fallecidos.

Los otros voluntarios eran un conjunto humano bastante heterogéneo. Había un grupo de mujeres irlandesas que creían en la infalibilidad del Papa. Y un pastor anglicano que hablaba de la resurrección como de «una bonita idea». Y un tipo de Nueva Orleans de sesenta años, y gay, que, antes de viajar a Calcuta, había hecho a pie la ruta del peregrino en España, y había hecho una parada en Pamplona para correr delante de los toros en los sanfermines. Sven y Ellen, la pareja de luteranos de

Minnesota, llevaban chalecos de safari a juego, con los bolsillos llenos de chokolatinas que las monjas les prohibían repartir entre los enfermos. Los dos hoscos estudiantes de medicina franceses escuchaban sus respectivos walkmans mientras trabajaban, y no hablaban con nadie. Había matrimonios que llegaban para ejercer el voluntariado durante una semana, y universitarios que se quedaban medio año o un año. Poco importaba quiénes eran o de dónde venían: todos ellos trataban de hacer cuanto estaba en su mano para seguir la filosofía que los guiaba.

Siempre que Mitchell había visto a la Madre Teresa en la televisión, reuniéndose con presidentes o aceptando galardones humanitarios, con su eterno aspecto de bruja de cuento de hadas que irrumpe en un baile de gala; siempre que la Madre Teresa se adelantaba hasta el micrófono —siempre demasiado alto para ella, de forma que tenía que alzar hieráticamente la cara para poder hablar por él (una cara a un tiempo de niña y de abuela, y tan indefinible como la extraña voz con acento del Este europeo que salía de su boca sin labios)— era para citar a Mateo 25, 40: «Lo que hicieréis por el más pequeño de Mis Hermanos, a mí me lo haréis». Éste era el pasaje de las Escrituras sobre el que basaba su trabajo, que era al mismo tiempo una expresión de creencia mística y de guía práctica para ejercer la obra de la caridad. Los cuerpos del Hogar de los Moribundos Indigentes, cuerpos rotos y consumidos por la enfermedad, eran los cuerpos de Cristo, la divinidad inmanente en cada uno de ellos. Lo que se suponía que uno debía hacer allí era tomar de forma literal ese pasaje de las Escrituras. Creer sincera y fervientemente que, merced a alguna alquimia del alma, ello era verdad: que cuando miramos a los ojos de una persona moribunda vemos a Cristo mirándote a través de ellos.

A Mitchell esto no le había acontecido. No lo esperaba, pero al final de la segunda semana era incómodamente consciente de que estaba realizando tan sólo las tareas más sencillas y menos exigentes del hogar. No había bañado a nadie, por ejemplo. Bañar a los enfermos era el servicio principal que prestaban los voluntarios extranjeros. Todas las mañanas, Sven y Ellen, que tenían un negocio de paisajismo en Minnesota, recorrían el pasillo que dividía las filas de camas llevando a los hombres a los retretes del otro extremo del edificio. Si éstos estaban demasiado débiles o enfermos para caminar, Sven llamaba al apicultor o al pastor anglicano para que lo ayudaran a trasladar la camilla. Mientras, sentado, daba masajes en la cabeza a algunos menesterosos, Mitchell veía cómo gente de aspecto nada extraordinario realizaba la labor extraordinaria de limpiar y secar a hombres muy enfermos y moribundos del hogar, y los llevaba de nuevo a la cama con el pelo mojado y los cuerpos largos y enjutos envueltos en ropa de cama limpia. Día tras día, Mitchell se las arreglaba para no cooperar en esto. Le daba miedo bañar a aquellos hombres. Le daba miedo qué aspecto podían tener sus cuerpos desnudos, las enfermedades o heridas que podían ocultar sus vestiduras, la pestilencia corporal... Y le daba miedo

que sus manos pudieran tocar su orina y excrementos.

En cuanto a la Madre Teresa, Mitchell sólo la había visto una vez. La Madre Teresa ya no trabajaba en el hogar todos los días. Tenía hospitales para enfermos terminales y orfanatos diseminados por toda la India, y también en otros países, y pasaba la mayor parte de su tiempo supervisando la organización allí donde ésta tenía centros abiertos. Mitchell había oído que la mejor manera de ver a la Madre Teresa era ir a misa a la Casa de la Madre, así que una mañana, antes del alba, salió del edificio del Ejército de Salvación y recorrió las calles silenciosas y oscuras hasta el convento de A. J. C. Bose Road. Al entrar en la capilla iluminada con velas, Mitchell trató de no mostrar lo emocionado que estaba, se sentía como un fan con un pase para moverse entre bastidores. Se unió a un pequeño grupo de extranjeros congregados ya en la capilla. Delante de ellos, en el suelo, rezaban unas monjas, no sólo arrodilladas sino postradas boca abajo ante el altar.

Un revuelo de cabezas de voluntarios que se volvían le hizo caer en la cuenta de que la Madre Teresa acababa de entrar en la capilla. La Madre Teresa parecía inverosímilmente diminuta, de no mucha más envergadura que una niña de doce años. Avanzó hasta el centro de la capilla, se arrodilló y tocó el suelo con la frente. Lo único que alcanzó a ver Mitchell de ella fueron las plantas de los pies desnudos. Tenían grietas y eran de un tono amarillento —los pies de una anciana—, pero parecían investidos de una importancia extrema.

Un viernes por la mañana, en su tercera semana en la ciudad, Mitchell se levantó de la cama, se lavó los dientes con agua yodada, tomó una pastilla de cloroquina (contra la malaria) y, después de echarse agua del grifo en la cara y la cabeza casi afeitada por completo, se fue a desayunar. Mike se sentó con él, pero no comió nada (tenía molestias de estómago). Rüdiger se sentó también en su mesa con un libro. Mitchell terminó rápido, bajó al patio y salió a Sudder Street.

Era a principios de enero, y hacía más frío del que Mitchell habría imaginado en un país como la India. Al pasar por delante de los *rickshaws* que había frente a la puerta principal, los portadores le llamaron para que montara en alguno, pero Mitchell les dijo que no con un gesto de la mano, horrorizado ante el pensamiento de emplear a un ser humano como bestia de carga. Al llegar a Jawaharlal Nehru Road, se vio inmerso en el tráfico. Cuando diez minutos después llegó el autobús, escorándose peligrosamente por el peso de los pasajeros que iban colgados de las puertas, el sol invernal había deshecho la neblina y empezaba ya a hacer calor.

El barrio de Kalighat, en el sur, tomaba su nombre del templo dedicado a Kali ubicado en su interior. El templo no era nada del otro mundo: una especie de filial de una sede principal situada en otra parte, pero las calles que lo rodeaban estaban llenas de viveza y de color. Los vendedores ambulantes ofrecían la parafernalia de rigor de los cultos religiosos —guirnaldas de flores, tarros de *ghu*, carteles chillones de la

diosa Kali sacando la lengua— a los peregrinos que se arremolinaban para entrar y salir del templo. Justo detrás de éste —con el que de hecho compartía un muro, razón por la que los voluntarios llamaban Kalighat a aquel lugar— estaba el hogar.

Abriéndose paso entre la muchedumbre de la calle, Mitchell traspuso la anodina puerta y bajó los escalones hasta un nivel casi subterráneo. El recinto en forma de túnel estaba en penumbra, la única luz venía del exterior a través de los cristales de las ventanas situadas en lo alto de los muros, a ras de calle, por las que podían verse las piernas de los peatones. Mitchell esperó a que sus ojos se adaptaran a la débil luz. Despacio, como si fueran depositados en sus camas desde el mundo de los muertos, los cuerpos esquilados iban haciéndose visibles en tres alturas envueltas en sombras. Mitchell, que ahora veía con claridad, fue avanzando por el pasillo de la sala en dirección al cuarto de suministros del fondo. Allí se encontró con la médica irlandesa, que estaba consultando una hoja con notas manuscritas. Las gafas se le habían deslizado hasta muy abajo de la nariz, y tuvo que echar la cabeza hacia atrás para ver quién había entrado.

—Ah, eres tú —dijo—. Tendré esto listo dentro de un momento.

Se refería al carro de los medicamentos. Estaba delante de él, colocando píldoras en ranuras numeradas de la bandeja de la parte superior del carro. A su espalda, se alzaban hasta el techo cajas y cajas de medicamentos. Incluso Mitchell, que no sabía nada de productos farmacéuticos, podía darse cuenta de que existía un problema de redundancia en todo aquello: había exceso de unas cuantas cosas (vendas de gasa y, quién sabe por qué, colutorios), y escasez de antibióticos de amplio espectro como la tetraciclina. Algunas organizaciones enviaban medicinas días antes de las fechas de caducidad, para acogerse a deducciones en sus declaraciones de la renta. Muchos de los fármacos servían para tratar dolencias frecuentes en los países ricos, como la hipertensión o la diabetes, pero eran poco apropiados para combatir las enfermedades indias comunes, como la tuberculosis, la malaria o el tracoma. Había muy pocos analgésicos —ni morfina, ni derivados del opio—. Sólo paracetamol de Alemania, aspirinas de los Países Bajos y antitusígenos de Liechtenstein.

—Mira esto —dijo la doctora, encogiendo los ojos para mirar un frasco verde—. Vitamina E. Estupenda para la piel y la libido. Justo lo que esta gente necesita.

Tiró el frasco a la basura, e hizo un gesto en dirección al carro.

—Todo tuyo —dijo.

Mitchell empujó el carro hasta sacarlo del cuarto de suministros y echó a andar a lo largo de la hilera de camas. Dispensar medicamentos era una de las tareas que le gustaban. Era un trabajo relativamente fácil, e íntimo aunque superficial. Desconocía para qué eran las pastillas. Sólo tenía que cerciorarse de entregárselas a la persona indicada. Algunos hombres estaban lo bastante bien para incorporarse y tomarlas sin ayuda. A otros, sin embargo, tenía que sostenerles la cabeza y ayudarles a tragar. Los

hombres que mascaban *paan* tenían la boca como una herida abierta y sangrante. Muchos de los más viejos no tenían dientes. Uno tras otro iban abriendo la boca para dejar que Mitchell les colocara las pastillas en la lengua.

Para el hombre de la cama 24 no había ninguna píldora. Mitchell vio rápidamente por qué. Un vendaje descolorido le cubría media cara. La gasa estaba muy hundida en la carne, como adherida directamente al hueso de detrás. El hombre tenía los ojos cerrados, pero los labios abiertos en una mueca. Mientras Mitchell estaba asimilando todo aquello, una voz profunda le habló a su espalda.

—Bienvenido a la India. —Era el apicultor, que llevaba en la mano gasas limpias, cinta adhesiva y unas tijeras—. Infección por estafilococos —dijo, señalando al hombre del vendaje—. Probablemente se cortó afeitándose. Tan sencillo como eso. Luego va a lavarse al río, o celebra la *puja*, y se acabó. La bacteria entra en el corte y empieza a comerle la cara. Le hemos cambiado el vendaje hace tres horas, y ya necesita que se lo cambiemos otra vez.

El apicultor poseía montones de informaciones como ésta. Formaba parte de su interés por la medicina. Aprovechándose de la falta de personal médico cualificado, se comportaba en la sala casi como un interno; recibía órdenes de los médicos y realizaba pequeñas intervenciones reales, como limpiar heridas o quitar gusanos de la carne necrosada con unas pinzas.

El apicultor se arrodilló, e introdujo apretadamente su cuerpo en el espacio estrecho entre las camas. Cuando dejó la gasa y la cinta suavemente sobre la cama, el hombre abrió el ojo sano, con aire muy asustado.

—Está bien, amigo —dijo el apicultor—. Soy su amigo. Estoy aquí para ayudarle.

El apicultor era una persona profundamente sincera, y profundamente buena. Si Mitchell era un alma enferma, según las categorías de William James, el apicultor era un ser sano por completo. («Me refiero a aquellos que, cuando se les ofrece o propone la infelicidad, se niegan con rotundidad a sentirla, como si se tratara de algo malo y erróneo.»). Resultaba inspirador pensar en el apicultor cuidando de sus abejas en el desierto alto, criando a sus hijos y siguiendo apasionadamente enamorado de su mujer (a menudo hablaba de ello), produciendo miel en todos y cada uno de los rincones de sus propiedades y aun así, de toda esta vida perfecta, había nacido la necesidad de romper con todo ello, de afrontar dificultades de verdad, e incluso penurias, a fin de aliviar el sufrimiento de sus semejantes. Era para estar junto a gente como el apicultor para lo que Mitchell había viajado a Calcuta, para ver cómo eran y para que se le «pegase» algo de su bondad.

El apicultor volvió su cara tostada para mirar la de Mitchell.

—¿Cómo lo llevas hoy? —le preguntó.

—Bien. Les estoy dando las medicinas.

—Me alegra verte aquí. ¿Cuántos días llevas viniendo?

—Es mi tercera semana.

—¡Bravo! Hay gente que tira la toalla a los dos días. Sigue así. Necesitamos toda la ayuda posible.

—Lo haré —dijo Mitchell, y siguió empujando el carro. Término de atender a las camas de las dos primeras filas y volvió con el carro para hacerse cargo de las del otro lado del pasillo, pegadas al muro interior. El hombre de la cama 57 se había incorporado sobre un codo, y observaba a Mitchell con aire altivo. Tenía una cara de huesos firmes, patricia, el pelo corto y tez cetrina.

Cuando Mitchell le tendió las pastillas, el hombre dijo:

—¿Para qué son estas medicinas?

Desconcertado momentáneamente —el hombre le había hablado en inglés—, Mitchell dijo:

—No lo sé exactamente. Le preguntaré al médico, si quiere.

El hombre hinchó las aletas de la nariz.

—Son paliativos, en el mejor de los casos. —No hizo el menor ademán de coger las pastillas—. ¿De dónde eres? —le preguntó.

—Soy norteamericano.

—Un norteamericano nunca se consumiría en una institución como ésta. ¿No es cierto?

—Probablemente sí —admitió Mitchell.

—Yo tampoco debería estar aquí —afirmó el hombre—. Años atrás, antes de estar enfermo, tuve la fortuna de trabajar en el Ministerio de Agricultura. Quizá recuerde las hambrunas que tuvimos en la India. George Harrison organizó su famoso concierto para Bangladesh. Eso es lo que todo el mundo recuerda. Pero la situación en la India era igual de calamitosa. Hoy, como resultado de los cambios que hicimos entonces, la Madre India vuelve a poder dar de comer a sus hijos. En estos quince últimos años la producción agrícola per cápita ha aumentado un cinco por ciento. Ya no somos importadores de cereales. Los producimos en cantidades suficientes para alimentar a una población de setecientos millones de personas.

—Bueno es saberlo —dijo Mitchell.

El hombre prosiguió como si Mitchell no hubiera dicho nada:

—Perdí mi empleo a causa del nepotismo. Hay una gran corrupción en este país. ¡Una gran corrupción! Luego, unos años después, cogí una infección que me destrozó los riñones. Sólo me funcionan en un veinte por ciento. Mientras hablo contigo, las impurezas se me están pasando a la sangre. Hasta extremos insoportables. —Se quedó mirando con fiereza a Mitchell, con los ojos inyectados en sangre—. Mi enfermedad requiere diálisis cada semana. He intentado decírselo a las hermanas, pero no entienden. ¡Estúpidas pueblerinas!

El agrónomo siguió con la mirada iracunda unos segundos más. Luego,

sorprendentemente, abrió la boca como un niño. Mitchell le puso las pastillas en la lengua y esperó a que las tragara.

Cuando hubo acabado con él fue a buscar a la doctora, pero estaba ocupada en la sala de las mujeres. Sólo después de haber servido la comida y cuando se disponía a marcharse se le presentó la ocasión de hablar con ella.

—Hay un hombre que dice que necesita diálisis —le dijo.

—Seguro que sí —dijo ella, sonriendo con tristeza, y, moviendo de arriba abajo la cabeza, se alejó por el pasillo.

Llegó el fin de semana, y Mitchell lo tuvo libre para hacer lo que le viniera en gana. En el desayuno se encontró con Mike, que, encorvado sobre la mesa, miraba fijamente una fotografía.

—¿Has estado en Tailandia? —le preguntó a Mitchell, que acababa de sentarse.

—Todavía no.

—Es un sitio genial —dijo Mike, tendiéndole la foto que había estado mirando—. Mira esta chica.

La instantánea mostraba a una tailandesa delgada, no guapa pero sí muy joven, de pie en el porche de una cabaña de bambú.

—Se llama Meha —dijo Mike—. Quería casarse conmigo. —Resopló—. Ya sé, ya sé. Trabaja en un bar. Pero cuando nos conocimos sólo llevaba trabajando en el bar una semana. Al principio ni siquiera hicimos nada. Sólo charlar. Decía que quería aprender inglés, para su trabajo, así que nos sentábamos en la barra y le enseñaba palabras. Tiene unos *diecisiete* años. Bien, pues unos días después, volví al bar y allí estaba otra vez, y me la llevé al hotel. Y luego nos fuimos juntos a Phuket a pasar una semana. Era como ni novia. Volvimos a Bangkok, y me dijo que se quería casar conmigo. ¿Te lo puedes creer? Dijo que quería irse a Estados Unidos conmigo. Yo hasta me lo pensé unos minutos, la verdad. No estoy bromeando. ¿Crees que podría encontrar una chica así allí en Norteamérica? ¿Que cocine y me limpie la casa? ¿Y que esté buenísima? Ni hablar, tío. Eso ya ha pasado a la historia. Las mujeres de nuestro país ahora sólo se cuidan a sí mismas. Ahora todas son básicamente *hombres*. Así que pensé en ello, sí. Pero un día voy a echar una meada y siento como un escozor en la polla. ¡Y pienso que la tía me ha pegado algo! Y voy al bar y la pongo de vuelta y media. Pero resultó que no era nada. Un espermicida o algo que me estaba dando una quemazón en la verga. Volví para disculparme, pero Meha no quiso ni hablarme. Había un tipo sentado con ella. Un holandés gordo.

Mitchell le devolvió la fotografía.

—¿Qué piensas? —dijo Mike—. Es guapa, ¿verdad?

—Puede que haya sido una buena idea no casarte con ella.

—Lo sé. Soy un idiota. Pero te lo juro, tío, era sexy de verdad. *Jesús...*

Sacudió la cabeza, y metió la foto en la cartera.

Como no tenía adónde ir el sábado, Mitchell se quedó media hora más en el comedor. Cuando los camareros dejaron de servir y le retiraron el plato, subió a la pequeña biblioteca que había en la segunda planta, donde se podían sacar libros prestados. Curioseó por las estanterías de títulos religiosos o de orientación espiritual. Sólo había una persona más en la biblioteca: Rüdiger. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y descalzo como de costumbre. Tenía la cabeza grande, ojos grises muy separados y mandíbula ligeramente Habsburgo, y llevaba ropa que se hacía él mismo: pantalones granates ceñidos que le llegaban hasta la pantorrilla y túnica sin mangas color de cúrcuma recién molida. Lo cómodo de su atuendo, unido a su constitución ágil y a sus pies desnudos, le conferían cierto aire de acróbata circense. Rüdiger era una presencia volátil. Llevaba viajando diecisiete años seguidos, y había visitado —según afirmaba— todos los países del mundo excepto Corea del Norte y Yemen del Sur. Había llegado desde Bombay *en bicicleta*, pedaleando los dos mil kilómetros que le separaban de Calcuta, montando una bicicleta italiana de diez marchas y durmiendo al raso junto a las cunetas de la carretera. En cuanto llegó a la ciudad, vendió la bicicleta y logró el dinero suficiente para vivir los tres meses siguientes.

Ahora estaba allí sentado, inmóvil, y leía. No levantó la vista cuando entró Mitchell.

Mitchell cogió un libro de un estante. *El Dios que está ahí*, de Francis Schaeffer. Pero de pronto, antes de que pudiera abrirlo, habló Rüdiger.

—Yo también me corté el pelo —dijo. Se pasó la mano por el cuero cabelludo erizado—. Antes tenía unos rizos preciosos. Pero la vanidad... era *enorme*.

—En mi caso no estoy seguro de que sea vanidad —dijo Mitchell.

—¿Qué ha sido, entonces?

—Una especie de proceso de limpieza.

—¡Pero si es lo mismo! Sé el tipo de persona que eres —dijo Rüdiger, examinando detenidamente a Mitchell mientras asentía con la cabeza—. Crees que no eres vanidoso. Quizá no lo seas tanto en lo referente a tu cuerpo. Pero seguramente, eres más vanidoso sobre lo *inteligente* que eres. O lo *bueno* que eres. Así que puede que, en tu caso, ¡cortarte el pelo haya hecho tu vanidad mucho más grande!

—Es posible —dijo Mitchell, y aguardó.

Pero Rüdiger cambió de tema rápidamente.

—Estoy leyendo un libro fantástico —dijo—. Estoy leyéndolo desde ayer y no paro de pensar cada minuto: ¡Qué *pasada*!

—¿Qué libro es?

Rüdiger le tendió un libro verde de tapas duras muy gastado.

—*Jesús responde a Job*. En el Antiguo Testamento Job siempre le está haciendo preguntas a Dios. ¿Por qué me haces cosas tan terribles? Soy tu fiel servidor. Y sigue

preguntándole y preguntándole. Pero ¿le contesta Dios? No. Dios no dice nada de nada. Pero Jesús es *otra* historia. El hombre que ha escrito este libro sostiene la teoría de que el Nuevo Testamento es una respuesta directa al Libro de Job. Hace un análisis textual completo, línea por línea, y te aseguro que es *exhaustivo*. Vine a la biblioteca y encontré este libro y es «bestial», como decís vosotros.

—No decimos «bestial» —dijo Mitchell. Rüdiger alzó las cejas, escéptico.

—Cuando estuve en Norteamérica, todo el mundo decía «bestial».

—¿Cuándo fue eso? ¿En 1940?

—¡En 1973! —objeto Rüdiger—. En Benton Harbor, Michigan. Trabajé tres meses para un impresor estupendo. Lloyd G. Holloway. Lloyd G. Holloway y su mujer Kitty Holloway. Sus hijos: Buddy, Julie y Karen Holloway. Tenía pensado convertirme en un gran impresor artesano. Y Lloyd G. Holloway, que era mi maestro, siempre decía «bestial».

—Muy bien —concedió Mitchell—. Puede que se dijera en Benton Harbor. Yo también soy de Michigan.

—Por favor —dijo Rüdiger, con desdén—. No pretendamos entendernos a través de nuestras autobiografías.

Y, dicho esto, volvió a su libro.

Después de leer diez páginas de *El Dios que está ahí* (Francis Schaeffer dirigía una fundación en Suiza en la que uno podía alojarse gratis, según había oído Mitchell), devolvió el libro a su estantería y se fue de la biblioteca. Pasó el resto del día vagando por la ciudad. Su preocupación por la posibilidad de no estar a la altura en Kalighat coexistía —extrañamente— con una oleada interior de sentimiento religioso auténtico. Durante gran parte de su tiempo en Calcuta se sentía lleno de una calma extática, de algo similar a una fiebre leve. Sus prácticas de meditación eran cada vez más profundas. Experimentaba sensaciones de caída en picado, de moverse a grandes velocidades. Durante varios minutos olvidaba quién era. Fuera, en las calles, intentaba —a menudo con éxito— desaparecer para sí mismo a fin de estar —paradójicamente— más presente.

No había ningún modo satisfactorio de describir nada de esto. Ni siquiera Thomas Merton lograba articular cosas muy distintas a «He dado en el hábito de pasear bajo los árboles, o a lo largo de la tapia del cementerio, en presencia de Dios». El caso es que ahora Mitchell sabía lo que Merton quería decir, o lo pensaba, al menos. Al contemplar las maravillosas vistas, los campos de polo polvorientos, las vacas sagradas de cuernos pintados, había dado en el hábito de caminar por Calcuta en presencia de Dios. Más aún, se le antojaba que ello no tenía por qué entrañar ninguna dificultad. Era algo que todo niño sabía hacer: estar en contacto directo y pleno con el mundo. Luego, de una forma u otra, uno lo olvidaba al hacerse adulto, y tenía que aprenderlo otra vez.

Algunas ciudades se han convertido en ruinas y otras se levantan sobre ruinas, pero existen unas terceras que mantienen sus ruinas mientras continúan creciendo. Calcuta era de estas últimas. Mitchell recorrió Chowringhee Road, contemplando los edificios, repitiendo una frase que recordaba de Gaddis, *la acumulación de tiempo en los muros*, y pensando para sí mismo que los británicos habían dejado tras ellos una burocracia que los indios habían hecho aún más compleja, al dotar a los sistemas financiero y gubernamental de las innúmeras jerarquías del panteón hindú, con estratos y estratos de castas, de forma que el mero hecho de cobrar un cheque de viaje se convertía en un periplo a través de diferentes niveles de semidioses: uno para comprobar el pasaporte, otro para sellar el cheque, otro para hacer una copia en papel carbón de la transacción mientras otro consignaba la cuantía, para finalmente recibir el dinero de manos del cajero. Todo documentado, comprobado, escrupulosamente archivado y olvidado para siempre. Calcuta era una cáscara, la cáscara de un imperio, de cuyo interior desbordaban nueve millones de indios. Bajo la superficie colonial de la ciudad latía la India real, el viejo país de los rajputs, de los nababs y los mogules, que emergía también de los *baghs* y callejuelas, y, en determinados momentos — sobre todo por la noche, cuando los «vendedores de música» tocaban sus instrumentos en las calles—, era como si los británicos jamás hubieran estado allí.

Había cementerios donde reposaban los restos de muertos británicos, bosques de obeliscos erosionados por el tiempo en los que Mitchell apenas pudo distinguir unas cuantas palabras. *Lt. James Barton, esposo de. 1857-18. Rosalind Blake, esposa del Col. Michael Peters. Descansa en el Señor, 1887* Zarcillos tropicales invadían el cementerio, y las palmeras se alzaban al lado de mausoleos familiares. Aquí y allá, sobre la grava, se veían cortezas rotas de coco. *Rebecca Winthrop, ocho meses de edad. Mary Holmes. Muerta al dar a luz.* Las estatuas eran victorianas y suntuosas. Ángeles que custodiaban tumbas, con las caras gastadas por la intemperie. Templos de Apolo albergaban los restos de funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales, con las columnas caídas y los frontis torcidos. *De malaria. De tifus.* Se acercó el encargado del cementerio a ver qué estaba haciendo Mitchell. En ningún sitio de Calcuta podía uno estar solo. Hasta un cementerio abandonado tenía su custodio. *Descansa en el Señor. Descansa en. Descansa.*

El domingo salió a las calles más pronto, y estuvo fuera casi todo el día, y volvió al albergue a la hora del té. En la veranda, al lado de una planta de interior, sacó un aerograma azul de su mochila y se puso a escribir a casa. En parte porque utilizaba estos aerogramas como una extensión de su diario —y escribía por tanto más rara sí mismo que para su familia—, y en parte por la influencia de los dianas de Getsemaní de Thomas Merton, las cartas de Mitchell desde la India eran documentos absolutamente insólitos. Mitchell escribió todo tipo de cosas para ver si podían ser verdad. Una vez escritas, se olvidaba de ellas. Llevaba las cartas a la oficina de

Correos y las enviaba a Detroit sin dedicarles un solo pensamiento a la impresión que éstas pudieran causar en sus perplejos padres. Empezó esta última con una descripción detallada del hombre con una infección de estafilococos que le corroía las mejillas. Y ello le llevó a una anécdota sobre el leproso que Mitchell había visto mendigando en la calle el día anterior. De ahí pasó a debatir una serie de prejuicios que la gente tenía sobre la lepra, y explicaba que no era «tan contagiosa» como se creía. Luego garabateó una postal a Larry, en Atenas, y puso como dirección del remitente el Ejército de Salvación. Sacó la carta de Madeleine de la mochila, y estuvo pensando qué responder, pero al final volvió a guardarla.

Estaba terminando cuando Rüdiger apareció en la veranda. Se sentó y pidió una tetera.

Cuando se la sirvieron, dijo:

—Dime una cosa. ¿Por qué has venido a la India?

—Quería ir a algún sitio diferente de Norteamérica —respondió Mitchell—. Y quería trabajar de voluntario para la Madre Teresa.

—Así que vienes a hacer buenas obras.

—A intentarlo, al menos.

—Es interesante lo de las buenas obras. Yo soy alemán, así que lo sé todo sobre Martín Lutero. El problema es que, por mucho que intentemos ser buenos, nunca llegamos a serlo lo bastante. Así que Lutero dice que a uno ha de justificarlo la fe. Bien, pero lee a Nietzsche si quieres saber algo sobre esta idea. Nietzsche pensaba que Martín Lutero facilitaba las cosas a la gente. No te preocupes si no puedes hacer buenas obras. Límitate a creer. Ten fe. ¡Te justificará la fe! ¿De acuerdo? Quizá sí, quizá no. Nietzsche no estaba en contra del cristianismo, como todo el mundo piensa. Nietzsche pensaba que sólo había un cristiano, y que este cristiano era Cristo. Después de él, la cosa se acabó.

Se había encaramado a una especie de ensueño. Miraba hacia el techo, sonriendo, con el semblante radiante.

—Sería hermoso ser un cristiano así. El primer cristiano.

Antes de que todo se fuera al traste.

—¿Es eso lo que quieres ser?

—Sólo soy un viajero. Viajo. Llevo encima todo lo que necesito, y no tengo problemas. No trabajo, a menos que lo necesite. No tengo mujer. No tengo hijos.

—No tienes zapatos —observó Mitchell.

—Solía usarlos. Pero un día me di cuenta de que es mejor no llevarlos. Ando por todas partes sin zapatos. Incluso en Nueva York.

—¿Anduviste sin zapatos en Nueva York?

—Es maravilloso andar descalzo por Nueva York. ¡Es como caminar por una tumba gigantesca!

El día siguiente era lunes. Mitchell quiso echar al correo la carta antes que nada, y llegó tarde a Kalighat. Un voluntario a quien nunca había visto antes empujaba ya el carro de las medicinas. La doctora irlandesa había vuelto a Dublín, y en su lugar había un médico nuevo que sólo hablaba italiano.

Liberado de su actividad matinal habitual, Mitchell se pasó la hora siguiente vagando por la sala, en busca de algo que hacer. En una de las literas mas altas había un niño de unos ocho o nueve años, con una caja sorpresa en las manos. Mitchell nunca había visto un niño en Kalighat, y se subió a la litera para sentarse con él. El niño, que tenía la cabeza afeitada y las ojeras marcadas y oscuras, le tendió la caja sorpresa a Mitchell. Éste vio enseguida que estaba rota. La tapa no cerraba bien, y no mantenía dentro al muñeco. Mitchell la apretó hacia abajo con el dedo, y le hizo una seña al niño para que girase la manivela, y en ese momento justo soltó la tapa y el muñeco brincó hacia fuera. Ello hizo las delicias del pequeño, que acto seguido le pidió a Mitchell que lo repitiera una y otra vez.

Eran poco más de las diez de la mañana. Demasiado temprano para servirles la comida. Demasiado temprano para irse. La mayoría de los demás voluntarios estaban bañando a los enfermos, o quitando las sábanas sucias de las camas, o limpiando las fundas de hule de los colchones, es decir, haciendo los trabajos sucios y malolientes que Mitchell tendría que haber estado haciendo. Durante un instante, decidió ponerse a la tarea de inmediato, *en aquel mismo momento*. Pero después vio que el apicultor se acercaba hacia él, con los brazos llenos de ropa blanca sucia, y con un reflejo instintivo reculó y pasó a través del arco y subió las escaleras hasta la azotea.

Se dijo a sí mismo que sólo se quedaría allí arriba unos minutos, para librarse momentáneamente del olor a desinfectante de la sala de los enfermos. Para presentarse allí aquel día tenía un buen motivo: superar sus remilgos. Pero antes necesitaba respirar un poco de aire limpio.

En la azotea había dos voluntarias colgando ropa en el tendedero. Una de ellas, que por el modo de hablar parecía norteamericana, decía:

—Le dije a la Madre que estaba pensando en tomarme unas vacaciones. Quizá me vaya a Tailandia, y me pase una o dos semanas tumbada en la playa. Llevo aquí casi seis meses.

—¿Y qué te dijo ella?

—Que la única cosa importante en la vida es la caridad.

—Por eso es una santa —dijo la otra mujer.

—¿No puedo ser santa y también ir a la playa? —dijo la norteamericana, y las dos se echaron a reír.

Mientras ellas charlaban, Mitchell fue hasta el otro extremo de la azotea. Miró por encima de la baranda, y se vio contemplando el patio del templo de Kali contiguo, unos metros más abajo. Sobre un altar de piedra, las cabezas de seis cabras recién

sacrificadas se alineaban con esmero una junto a otra, con los cuellos lanudos llenos de sangre reluciente. Mitchell intentó cuanto pudo sentirse ecuménico, pero en lo tocante a los sacrificios de animales trazaba una rotunda línea de repulsa. Fijó la mirada en las cabezas de las cabras unos instantes más, y luego, con una súbita resolución, bajó las escaleras y se encontró con el apicultor.

—Aquí estoy de vuelta —dijo.

—Buen chico —dijo el apicultor—. Justo a tiempo. Necesito que me echen una mano.

Condujo a Mitchell hasta una cama del centro de la sala. Yacía en ella un hombre que, incluso entre los demás ancianos de Kalighat, parecía especialmente consumido. Envuelto en su sábana tenía un aire tan vetusto y una piel tan parda como una momia egipcia, semejanza realzada por sus mejillas hundidas y combadas y su nariz afilada. A diferencia de las momias, sin embargo, tenía los ojos muy abiertos. Eran azules y estaban aterrorizados, como si estuviera mirando fijamente algo que sólo él podía ver. El temblor incesante de sus miembros acentuaba la impresión de terror extremo de su cara.

—Este caballero necesita un baño —dijo el apicultor con su voz profunda—. Están usando la camilla, así que tendremos que llevarlo entre los dos.

No había quedado claro cómo iban a llevar a cabo esta operación. Mitchell se agachó hasta el pie de la cama, a la espera de que el apicultor le retirase al hombre la sábana que lo cubría. Así despojado, el hombre parecía aún más esquelético. El apicultor lo agarró por debajo de las axilas, y Mitchell por los tobillos, y así —de tan indelicada manera— lo levantaron del colchón y lo llevaron al pasillo.

Pronto se dieron cuenta de que deberían haber esperado a la camilla. El anciano era más pesado de lo que parecía, y muy difícil de manejar. Se dejaba caer entre ellos como el cuerpo inerme de un animal. Trataron de ser muy cuidadosos, pero cuando empezaron a avanzar por el pasillo vieron que no había ningún sitio donde dejar al anciano. Lo mejor —decidieron— sería meterlo en el cuarto de baño cuanto antes, y con las prisas empezaron a tratar al anciano más como a un objeto que como a un ser humano. El hecho de que él no diera la menor muestra de percatarse de ello no hizo más que empeorar el modo de transportarlo. Dos veces lo hicieron chocar —con bastante violencia— contra otras camas. Mitchell tuvo que cambiar la forma de asir los tobillos del anciano, y casi se le cayó al suelo. Al final, después de recorrer dando tumbos la sala de las mujeres, llegaron al cuarto de baño situado al fondo.

Era un recinto de piedra amarilla, con una losa en un extremo, sobre la que depositaron al anciano. El baño estaba iluminado por una luz neblinosa que se filtraba por una sola ventana de celosía de piedra. De las paredes sobresalían unos grifos de latón, y en el centro del piso se abría un sumidero semejante al de los mataderos.

Ni Mitchell ni el apicultor reconocían lo mal que habían hecho su trabajo de

traslado del anciano. Éste yacía boca arriba, con los miembros aún presa de violentos temblores y los ojos muy abiertos, como si tratara de escudarse de un horror sin fin. Muy despacio, le pasaron la bata de hospital por encima de la cabeza para desnudarle, y quedó a la vista el vendaje empapado que le cubría el pubis y la entrepierna.

Mitchell ya no tenía miedo. Estaba preparado para cualquier cosa que le tocara hacer en adelante. Y era eso. Era eso lo que había venido a buscar.

El apicultor cortó la cinta adhesiva con unas tijeras de punta redonda. El vendaje manchado de pus se abrió en dos, y dejó al descubierto el origen del dolor del anciano.

Un tumor del tamaño de un pomelo le había invadido el escroto. Al principio, la magnitud de la hinchazón hacía difícil identificarla con un tumor; parecía más un globo rosado. Era un tumor tan grande que había estirado la piel normalmente fruncida del escroto hasta tensarla como un tambor. En lo alto del gran bulto, como el cuello estrangulado del globo, el pene marchito del anciano colgaba hacia un costado.

Al verse sin el vendaje, el anciano movió las manos paralizadas para taparse. Hasta entonces no había dado ninguna muestra de que supiera siquiera que las tenía.

El apicultor abrió el grifo, y comprobó la temperatura del agua. Llenó un cubo. Lo alzó en el aire y comenzó a derramar el agua despaciosa, ceremonialmente sobre el anciano enfermo.

—Éste es el cuerpo de Cristo —dijo el apicultor.

Llenó de nuevo el cubo y repitió la operación, mientras entonaba:

—Éste es el cuerpo de Cristo.

—Éste es el cuerpo de Cristo.

—Éste es el cuerpo de Cristo.

Mitchell llenó otro cubo y se puso a verter el agua sobre el anciano. Se preguntó si el agua, al caer sobre su cuerpo, acrecería el dolor del anciano. No había forma de saberlo.

Enjabonaron al anciano con jabón antiséptico, y lo hicieron con las manos desnudas. Le lavaron los pies, las piernas, la espalda, el pecho, los brazos, el cuello. Ni por un momento creyó Mitchell que el cuerpo canceroso que yacía sobre la losa era el cuerpo de Cristo. Bañaron al anciano tan suavemente como pudieron, frotándole la base del tumor, enrojecido por la ponzoña y rezumante de sangre. Mitchell trataba de hacer que el hombre no se sintiera tan avergonzado, de hacerle saber, en sus días postreros, que no estaba solo —al menos no totalmente—, y que aquellos dos desconocidos que le estaban bañando, torpe e inesperadamente, intentaban hacer por él todo lo que estaba en sus manos.

Una vez que hubieron aclarado y secado su cuerpo, el apicultor le hizo un nuevo vendaje. Luego lo envolvieron en ropa de cama limpia y lo llevaron a la sala de hombres. Cuando lo dejaron sobre la cama, el anciano seguía mirando con ojos fijos

y ciegos, estremeciéndose de dolor, como si sus cuidadores no hubieran estado allí jamás.

—Muy bien, muchísimas gracias —dijo el apicultor—. Lleva estas toallas a la lavandería, ¿de acuerdo?

Mitchell cogió las toallas, sin preocuparse demasiado por la suciedad que había en ellas. En general se sentía orgulloso de lo que acababa de hacer. Cuando se inclinaba sobre el cesto de la colada, la cruz se le salió del cuello de la camiseta y proyectó una sombra sobre el muro.

Iba a ver cómo estaba el niño de la caja sorpresa cuando vio al agrónomo. El hombre menudo e intenso estaba sentado en la cama, con la tez mucho más amarillenta que el viernes anterior, el amarillo le había invadido incluso el blanco de los ojos, que era ahora de un anaranjado inquietante.

—Hola —dijo Mitchell.

El agrónomo le miró con severidad, pero no dijo nada. Como no tenía ninguna nueva que comunicarle sobre la posibilidad de una diálisis, se sentó en la cama y, sin preguntarle nada, empezó a masajearle la espalda. Le frotó los hombros, el cuello y la cabeza. Al cabo de un cuarto de hora, cuando hubo terminado, Mitchell le preguntó:

—¿Necesita alguna cosa?

El agrónomo pareció pensar bien la respuesta.

—Quiero cagar —dijo.

Mitchell se quedó desconcertado. Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, un indio joven y sonriente apareció ante ellos. Era el barbero. Llevaba en las manos una jofaina para el afeitado, una brocha y una navaja barbera.

—¡Afeitado! —anunció en tono jovial.

Y sin más preámbulos empezó a enjabonar las mejillas del agrónomo.

Éste no tuvo la energía necesaria para resistirse.

—Tengo que cagar —dijo otra vez, con un punto más de urgencia.

—Afeitado, afeitado —repitió el barbero, apurando el poco inglés que sabía.

Mitchell no sabía dónde guardaban las cuñas. Tenía miedo de lo que podía pasar si no encontraba rápidamente una, y tenía miedo de lo que podía pasar si la encontraba. Se dio la vuelta en busca de ayuda.

Todos los demás voluntarios estaban ocupados. No había monjas a la vista.

Cuando Mitchell volvió a mirar, el agrónomo se había olvidado de él por completo. Tenía ambas mejillas enjabonadas. Cerró los ojos, haciendo muecas, y dijo desesperado, iracundo:

—¡Me estoy cagando!

El joven barbero, como ajeno, procedió a afeitarle.

Y Mitchell empezó a moverse. Sabiendo que lamentaría este momento durante mucho tiempo, quizá durante el resto de su vida, y sin embargo incapaz de resistirse

al dulce impulso que le recorría cada nervio de su ser, se dirigió hacia la parte delantera del hogar y, haciendo caso omiso de Mateo 25, 40, subió los escalones hasta el mundo brillante y «condenado» de la superficie.

La calle estaba llena de peregrinos. En el interior del templo de Kali, donde seguían sacrificando cabras, se oía el sonido de los címbalos. Iba *in crescendo*, y luego cesaba. Mitchell se encaminó hacia la parada del autobús, en sentido contrario al flujo de peatones. Miró a su espalda para ver si le seguían; si el apicultor le perseguía para hacerle volver a la sala de los enfermos. Pero nadie le había visto marcharse.

El autobús negruzco como el hollín que llegó en aquel momento estaba más abarrotado que de costumbre. Mitchell tuvo que montar sobre el parachoques trasero, junto a un grupo de hombres jóvenes, y aferrarse desesperadamente a unos salientes para no caer a la calzada. Minutos después, cuando el autobús hubo de detenerse a causa del tráfico, Mitchell logró encaramarse hasta el portaequipajes. Los pasajeros que se apretaban en él, también jóvenes, le sonrieron, divertidos de ver a un extranjero montado encima del techo. Mientras el autobús avanzaba con estrépito hacia el distrito del centro, Mitchell examinaba la ciudad que discurría a su paso. Pandillas de golfillos mendigaban en las esquinas. Perros callejeros de feos hocicos escarbaban en las basuras o dormían al sol echados sobre un costado. En los barrios periféricos las tiendas y las viviendas eran humildes, pero a medida que se acercaban al centro los edificios de apartamentos eran cada vez más grandes. Las fachadas enlucidas estaban llenas de desconchados, y rotos (o inexistentes) los enrejados de hierro de los balcones. Mitchell estaba lo bastante alto para ver el interior de los cuartos de estar de las casas. Había algunos con muebles tallados muy ornamentados y cortinajes de terciopelo, pero la mayoría estaban desnudos, sin otro aderezo que una estera en el suelo donde se sentaba toda la familia para la comida del mediodía.

Se bajó cerca de las oficinas de la Indian Railways. En el interior en penumbra, presidido por un retrato en blanco y negro de Gandhi, Mitchell se puso en la cola para comprar un billete. La cola se movía muy despacio, así que dispuso de mucho tiempo para estudiar el tablero de horario de salidas y decidir adónde ir. ¿Al sur, a Madrás? ¿A Darjeeling, el País de las Colinas? ¿Y por qué no aún más arriba, al Nepal?

El hombre que estaba detrás de él en la cola le estaba diciendo a su mujer:

—Como te he dicho antes, si vamos en autobús tenemos que hacer tres cambios. Es mucho mejor el tren.

Había un tren a Benarés a las 20.24; salía de Howrah Station. Llegaba a la ciudad santa sobre el Ganges al día siguiente a mediodía. Un billete de segunda clase en litera le costó a Mitchell ocho dólares.

La celeridad con la que se marchó de la oficina de la compañía de ferrocarril y procedió a comprar provisiones para el viaje fue la de alguien que se está dando a la fuga. Compró agua embotellada, mandarinas, una tableta de chocolate, un paquete de

galletas y un trozo de un queso que se desmenuzaba con una facilidad extraña. Aún no había comido, así que entró en un restaurante para tomar un bol de verduras al curry y pan de *paratha*. Después logró encontrar un *Herald Tribune* y se sentó en un café para leerlo. Como aún le quedaba mucho tiempo, dio un paseo de despedida por el barrio, y se detuvo para sentarse a la orilla de un *bagh* verde lima sobre el que se proyectaban las sombras de las nubes que pasaban sobre su cabeza. Cuando llegó al albergue eran pasadas las cuatro.

Hacer el equipaje le llevó un minuto y medio. Metió su otra camiseta y su otro pantalón en el petate, junto a su estuche de aseo, su Nuevo Testamento de bolsillo y su diario. Mientras lo estaba haciendo, entró Rüdiger en el cuarto con algo enrollado bajo el brazo.

—Hoy —anunció con satisfacción— he encontrado el gueto del cuero. En esta ciudad hay un gueto *para todo*. Estaba paseando y me he topado con él y se me ha ocurrido hacerme una estupenda bolsa para llevar el pasaporte.

—Una bolsa para el pasaporte —dijo Mitchell.

—Sí, necesitas el pasaporte para probar al mundo que existes. La gente del control de pasaportes no puede mirarte y *ver* que eres una persona. ¡No! Tienen que mirar una pequeña foto tuya. Entonces ya pueden creer que existes. —Le enseñó a Mitchell el rollo de cuero curtido—. Quizá haga otra para ti.

—Demasiado tarde. Me voy —dijo Mitchell.

—Vaya, estás inquieto, ¿eh? ¿Adónde vas?

—A Benarés.

—Alójate en el Yogi Lodge. Es lo mejor.

—Muy bien. Lo haré.

En un gesto formal, Rüdiger le tendió la mano.

—Cuando te vi la primera vez —dijo— pensé: «No le conozco de nada. Pero está abierto».

Miró a Mitchell a los ojos como para darlo por válido como persona y desearle lo mejor. Mitchell se dio la vuelta y se fue.

Estaba cruzando el patio cuando se topó con Mike.

—¿Te vas? —dijo Mike al ver el petate.

—He decidido viajar un poco —dijo Mitchell—. Pero, antes de irme, ¿te acuerdas de esa tienda de que me hablaste donde venden *bhang lassi*? ¿Esa bebida de marihuana? ¿Podrías decirme dónde está?

Mike, encantado, se prestó a llevarle. Salieron por la puerta principal y cruzaron Sudder Street; dejaron atrás el puesto de té y entraron en el laberinto de callejas que se abría más allá. Caminaban por él cuando un mendigo se les acercó con la mano tendida y gritando:

—¡Limosna! ¡Limosna!

Mike siguió andando pero Mitchell se paró. Se hurgó en el bolsillo, sacó veinte céntimos de rupia y los puso en la mano sucia del mendigo.

Mike dijo:

—Cuando llegué yo también les daba limosna a los mendigos. Pero luego me di cuenta de que es inútil. Nunca se acaba.

—Jesús dijo que tienes que dar a todo aquel que te lo pida —dijo Mitchell.

—Sí, ya... —dijo Mike—. Es obvio que Jesús nunca estuvo en Calcuta.

La tienda donde se vendía *lassi* resultó que no era en absoluto una tienda, sino un carro aparcado contra un muro lleno de desconchados. Dentro del carro había tres cántaros tapados con unas toallas para evitar que entraran moscas.

El vendedor fue señalando los cántaros y explicando lo que había en cada uno de ellos:

—*Lassi* salado. *Lassi* dulce. *Bhang lassi*.

—Queremos *bhang lassi* —dijo Mike.

Esto suscitó el regocijo de los dos hombres que holgaban apoyados contra el muro, amigos del vendedor, presumiblemente.

—¡*Bhang lassi*! —exclamaron—. ¡*Bhang*!

El vendedor sirvió dos vasos altos. El *bhang lassi* era de color pardo verdusco. Había en él trozos sólidos visibles.

—Te va a dar un colocón de cojones —dijo Mike, llevándose el vaso a los labios.

Mitchell tomó un sorbo. Sabía como a algas de charca.

—Hablando de colocones —dijo—. ¿Puedo ver esa foto de la chica que conociste en Tailandia?

Mike sonrió con lascivia, y buscó en la cartera. La sacó y se la tendió a Mitchell. Éste, sin mirada, la rompió por la mitad y la tiró al suelo.

—¡Eh, tú!

—Se acabó —dijo Mitchell.

—¡Has roto la foto! ¿Por qué lo has hecho?

—Te ayudo a salir de ésta. Es patético.

—¡Que te den por el culo! —dijo Mike enseñando los dientes, como una rata—. ¡Cabronazo fanático de Jesucristo!

—Vamos a ver: ¿qué es peor? ¿Ser un fanático de Jesucristo o pagar a prostitutas menores de edad?

—Ohhh..., ahí viene un mendigo —dijo Mike en tono burlón—. Creo que le daré algo de dinero. ¡Soy tan santo! ¡Voy a salvar el mundo!

—Ohhh..., ahí viene una chica de alterne tailandesa. ¡Creo que le gusto! ¡Voy a casarme con ella! Voy a llevármela a casa para que me guise y me limpie. No puedo conseguir una mujer en mi propio país porque soy un patán gordo y sin trabajo. Así que voy a agenciarme una chica tailandesa.

—¿Sabes qué? ¡Que te follen a ti y a la Madre Teresa! Hasta la vista, gilipollas. Diviértete con tus monjas. Espero que te hagan una paja, porque la necesitas.

Este pequeño intercambio de ideas con Mike puso a Mitchell de un humor excelente. Cuando se terminó el *bhang fassi*, volvió una vez más al Ejército de Salvación. La veranda estaba cerrada, pero la biblioteca seguía abierta. En un rincón del fondo, sentado en el suelo y utilizando el Francis Schaeffer como superficie de apoyo, se puso a escribir otro aerograma.

Querida Madeleine:

En palabras de Dustin Hoffman, déjame decírtelo alto y claro:

¡¡¡No te cases con ese tipo!!! No es bueno para ti.

Gracias por tu bonita y larga carta. La recibí en Atenas hace como un mes. Siento no haberte contestado antes. He hecho todo lo que he podido para apartarte de mi pensamiento.

Acabó de tomarme un bhang lassi. Un lassi, por si no te has tomado nunca ninguno, es una bebida india refrescante que se hace con yogur. Y bhang es hierba. Se la he pedido a un vendedor callejero hace unos minutos, otra de las muchas maravillas del subcontinente indio.

Verás. Cuando hablábamos del matrimonio (en abstracto, me refiero), tú tenías la teoría de que la gente se casaba en una de las tres fases siguientes. La fase primera es la que corresponde a la gente que se casa con sus novios y novias de la universidad, normalmente al año siguiente de la graduación. La gente de la fase segunda se casa a los veintiocho años aproximadamente y luego están los de la fase tercera, que se casan en una oleada final, y con cierta sensación de desesperanza, a los treinta y seis, los treinta y siete o incluso los treinta y nueve años.

Tú dijiste que nunca te casarías nada más salir de la universidad. Tenías pensado esperar hasta que tu «carrera» estuviera asentada, y casarte cuando estuvieras en la treintena. En secreto, siempre pensé que pertenecías al grupo de la fase segunda, pero cuando te vi el día de la fiesta de la graduación caí en la cuenta de que eras —decidida e incorregiblemente— de la fase primera. Luego me llegó tu carta. Cuanto más leía, más consciente era de lo que estabas diciéndome. Bajo tu letra diminuta hay un deseo reprimido. Quizá sea eso lo que tu letra diminuta ha estado haciendo durante toda tu vida: intentar evitar que tus deseos locos hagan saltar por los aires toda tu vida.

¿Cómo sé esto? Digamos que durante mis viajes me he familiarizado con ciertos estados interiores capaces de derribar la distancia entre personas. A veces, a pesar de lo lejos que estamos físicamente, he logrado estar muy cerca de ti, en lo más íntimo de tu ser. Y siento lo que sientes. Desde aquí.

Tengo que escribirte esto muy rápido. He de coger un tren esta noche y acabo de darme cuenta de que la visión se me está poniendo un poco centelleante todo alrededor.

Ahora bien, no sería justo por mi parte decirte todo esto sin darte algo más en que pensar. Una oferta, podríamos llamarlo. La naturaleza de esta oferta, sin embargo, no se presta a que un joven caballero (ni siquiera uno como yo, que ha renunciado a llevar ropa interior) la comuniqué por carta. Es algo que tendré que decirte en persona.

¿Cuándo será esto? No estoy seguro. Llevo tres semanas en la India y no he visto más que Calcuta. Quiero ver el Ganges, y allí es adonde me dirijo ahora. Quiero visitar Nueva Delhi y Goa (donde exponen el cuerpo incorrupto de San Francisco Javier en una catedral). Tengo muchas ganas de visitar el Rajastán y Cachemira. Larry sigue planeando reunirse conmigo en marzo (¡espera a que te cuente algo de Larry!) para las prácticas de investigación con el profesor Hughes. Resumiendo, te escribo esta carta porque —si ciertamente eres del tipo de la fase primera— puede que ya no me quede tiempo para llegar a desbaratar personalmente lo que está a punto de acontecer. Estoy demasiado lejos para pisar a fondo el acelerador de mi deportivo sobre el Bay Bridge y llegar a tiempo para dar al traste con la ceremonia (y yo nunca pondría un crucifijo en la manilla de la puerta para impedir que pudiera abrirse).

No sé si esta carta te llegará o no. Habré de fiarlo a la fe, algo que he estado tratando de hacer últimamente con éxito escaso.

Este bhang lassi es muy fuerte, la verdad. He estado buscando la realidad última, pero en este momento hay unas cuantas realidades mundanas con las que me conformaría. No estoy intentando decir nada. Pero hay un programa de posgrado en Literatura Inglesa en Princeton. Y facultades de teología en Yale y en Harvard. Y hay unos pequeños apartamentos muy cutres en Nueva Jersey y en New Haven donde dos personas estudiosas podrían estudiar juntas.

Pero nada de esto. Todavía no. Ahora no. Por favor, si he escrito algo poco afortunado en esta carta atribúyelo al poder de este brebaje bengalí. En realidad sólo quería escribirte una nota breve. Una postal, quizá. Sólo quería decirte una cosa.

No te cases con ese tipo.

No lo hagas, Madeleine. No lo hagas.

Cuando llegó abajo, había caído la tarde. Había multitud de gente caminando por el centro de la calle, y las bombillas amarillas colgaban en hileras sobre sus cabezas

como luces de carnaval. Los «vendedores de música» tocaban sus flautas de madera y sus trombones de plástico, tratando de engatusar a los clientes potenciales, y los restaurantes estaban abiertos.

Mitchell caminó bajo los vastos árboles, con un zumbido en la cabeza. El aire le daba con suavidad en la cara. En cierto sentido, el *bhang* resultaba superfluo. El cúmulo de sensaciones que bombardeaban a Mitchell al llegar a la esquina era tal — los incesantes cláxones de los taxis, el resoplar de los motores de los camiones, los gritos de los hombres que como hormigas empujaban carros atestados de nabos o chatarra— que habría hecho que le diera vueltas la cabeza aunque hubiera estado absolutamente sobrio y en mitad del día. Era como estar fumado y aspirar también el humo de hierba de alguien que fuma a tu lado. Mitchell estaba tan ensimismado que olvidó adónde iba podría haberse quedado en aquella esquina toda la noche, mirando cómo avanzaba el tráfico metro a metro. Pero de pronto un *rickshaw* entró en su visión periférica y se paró a su lado. El conductor, un hombre oscuro y demacrado con un paño verde enrollado en la cabeza, llamó por señas a Mitchell y le indicó el asiento vacío. Mitchell volvió a mirar hacia el impenetrable muro del tráfico. Y luego miró el asiento. Y acto seguido se vio montando en el carricoche y sentándose en él.

El hombre del *rickshaw* se inclinó para agarrar los dos extremos del largo manillar de madera de su vehículo. Y, con la misma rapidez que un corredor ante el disparo de salida, se internó velozmente en el tráfico.

Durante largo rato se abrieron paso oblicuamente a través del atasco. El hombre del *rickshaw* avanzaba serpeante por entre los vehículos. Cuando encontraba una vía casi impracticable a lo largo de un autobús o de un camión se lanzaba hacia delante hasta que lo obligaban a retroceder y a volver a bregar a contracorriente. Se detenía y reanudaba la marcha, viraba, apretaba el paso, paraba en seco, como en unos autos de choque.

El asiento del *rickshaw* era una especie de trono, tapizado de vinilo rojo brillante y decorado con una imagen de Ganesha. Llevaba el toldo bajado, de forma que Mitchell podía ver las grandes ruedas de madera a ambos lados. De vez en cuando se situaban en paralelo con otro *rickshaw*, y Mitchell miraba de lado a sus pares explotadores: una brahmín cuyo sari dejaba al descubierto la carnosidad obesa de su vientre; tres colegialas haciendo los deberes.

Los gritos y bocinazos parecían tener lugar únicamente en la cabeza de Mitchell, que se aferraba a su petate confiando en que el *rickshaw* le llevaría a donde tenía que ir. La espalda oscura del hombre que tiraba de él brillaba por el sudor, y los músculos y tendones que laboraban bajo ella estaban tan tensos como las cuerdas de un piano. Al cabo de quince minutos de zigzagueo, dejaron la avenida principal y ganaron rapidez mientras cruzaban un barrio muy escasamente iluminado.

El asiento de vinilo rojo emitía unos sonidos tan estridentes como los de los

asientos de los restaurantes baratos de Norteamérica. La Ganesha de cabeza de elefante tenía las pestañas tan tiznadas como las de una estrella de Bollywood. De pronto el cielo se iluminó, y Mitchell levantó la vista y vio los soportes y tirantes de acero de un puente. Se alzaban en el aire como una noria gigante, ornada de bombillas de colores. Más abajo discurría el río Hooghly, negro como boca de lobo, cuyas aguas reflejaban el letrero de neón de la estación de tren de la orilla opuesta. Mitchell se inclinó fuera del asiento para contemplar el agua. Si en aquel momento cayera del *rickshaw*, sin duda se hundiría incontables metros en sus profundidades. Nadie llegaría a saber nunca cuántos.

Pero no cayó. Siguió derecho en el asiento, transportado por el *rickshaw* como un *sahib*. Pensaba darle al hombre que lo conducía una propina enorme cuando llegaran a la estación. Una semana de salario, como mínimo. Entretanto, disfrutó del trayecto. Se sentía en éxtasis. Y arrebatado, y como desdoblado. Ahora entendía la Oración de Jesús. Entendía la palabra *misericordia*. Entendía, sin duda alguna, la palabra *pecador*. Mientras cruzaba el puente los labios de Mitchell no se movían. No estaba pensando en nada. Era como si, del mismo modo que había prometido Franny, la oración hubiera tomado las riendas y se recitara a sí misma en su corazón:

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Jesús Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador.

Y a veces estaban muy tristes

Cuando Alton Hanna se convirtió en rector del Baxter College a mediados de la década de los años sesenta, después de dejar su puesto de decano de facultad en el Connecticut College para mudarse a Nueva Jersey, sus hijas no le habían seguido de buen grado. En su primer viaje al «Estado Jardín», las chicas se habían tapado la nariz y se habían puesto a dar chillidos en cuanto leyeron el letrero de «Bienvenidos a Nueva Jersey», mucho antes de que el coche hubiera pasado por delante de refinería alguna de petróleo. Una vez instaladas en Prettybrook, su nostalgia aumentó. Alwyn se quejaba de echar de menos a sus compañeros del colegio. A Madeleine la nueva casa le pareció espeluznante y con una calefacción insuficiente. Le daba miedo dormir en su enorme dormitorio. Alton había llevado a sus hijas a Prettybrook pensando que les encantaría aquella casa espaciosa con su jardín lleno de verdor. La nueva de que preferían la casa familiar de New London (una vivienda adosada que era todo escaleras y se les había quedado pequeña) no era precisamente la que habría deseado oír.

Pero habían podido oírse muy pocas cosas gratas en aquella década turbulenta. Alton había llegado a Baxter en un momento en el que las donaciones a la institución estaban menguando y el grueso de sus estudiantes se hallaba embarcado en un airado movimiento de protesta. Durante su primer año como rector, los manifestantes estudiantiles habían protagonizado una sentada dentro del edificio de la administración. Pertrechados de una detallada lista de exigencias —la eliminación de ciertos requisitos académicos, la creación de un departamento de Estudios Afroamericanos, la prohibición de reclutadores del Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva en el campus y la renuncia a los fondos de financiación procedentes de empresas relacionadas con la fabricación de productos militares o del petróleo—, habían acampado sobre la moqueta oriental de las antecámaras del despacho de Alton. Mientras éste se entrevistaba con el líder estudiantil Ira Carmichael, un jovencito a todas luces brillante vestido con un traje de faena del ejército con la bragueta aparatosamente abierta, cincuenta universitarios melnudos entonaban eslóganes al otro lado de la puerta. En parte para enviar el mensaje de que este tipo de cosas no se tolerarían mientras él estuviera al mando, y en parte porque era un republicano que apoyaba la guerra de Vietnam, Alton hizo que la policía municipal desalojara a los estudiantes del edificio por la fuerza. Y ello dio origen al efecto previsible de ulteriores conflictos airados. Pronto la efigie de «Hiroshima Hanna» ardió en los terrenos del Baxter College, con la cabeza calva horriblemente agrandada hasta formar una nube en forma de hongo. Al pie de las ventanas del despacho de Alton se congregaba diariamente un enjambre de manifestantes que pedían a gritos su cabeza. A las seis de la tarde, cuando se dispersaban (su

compromiso con la causa no incluía quedarse sin cenar), Alton efectuaba la huida diaria hacia su casa. Cruzaba los jardines del campus, donde los restos carbonizados de su efigie aún se bamboleaban colgados de un olmo, llegaba apresuradamente a su coche en el aparcamiento de la administración y se iba a su casa en Prettybrook, donde sus hijas seguían protestando por la mudanza familiar a Nueva Jersey.

Pero con Alwyn y Madeleine Alton estaba dispuesto a negociar. Compró a Alwyn con unas clases de equitación en el Prettybrook Country Club. Pronto se la vio con pantalones y chaqueta de montar, y llegó a sentir un apego casi sexual por una yegua alazana llamada Riviera Red, y jamás volvió a mencionar New London. A Madeleine sus padres la conquistaron gracias a la decoración de interiores. Un fin de semana, Phyllida llevó a Madeleine a Nueva York. Cuando volvieron a casa el domingo por la noche, le dijo a su hija que había una sorpresa para ella en su dormitorio. Madeleine corrió escaleras arriba y vio que el papel pintado de su cuarto era una serie de reproducciones de su libro preferido de todo el mundo en aquel tiempo: *Madeline*, de Ludwig Bemelmans. Durante su estancia en Manhattan, un empapelador había quitado el papel viejo y lo había reemplazado por uno nuevo, que Phyllida había encargado hacer ex profeso a un fabricante de Trenton. Entrar en aquel cuarto era como entrar en las páginas de *Madeline*. En una de las paredes se veía el comedor austero del colegio de monjas de Madeline; en otra, el dormitorio lleno de ecos de las chicas. En diferentes sitios del cuarto una Madeline múltiple hacía cosas valerosas: «En el zoo, al león que hacía «grrr...», Madeline le hacía «brrr...»; o bien guardaba el equilibrio temerariamente en un puente sobre el Sena, o incluso se levantaba el camisón para enseñar la cicatriz de su operación de apendicitis. Los verdes intensos y serpeantes de los parques de París, el tema recurrente de Nurse Clavel «dándose más y más prisa», sosteniéndose la cofia con una mano mientras su sombra se alargaba con la premonición de que «algo no era justo», y, más allá, junto al enchufe de la luz, el soldado con una sola pierna, con muletas, bajo la leyenda que rezaba: «y a veces estaban muy tristes», las ilustraciones transmitían la imagen de París, una ciudad tan ordenada como las chicas que lo hacían todo en «dos filas muy rectas», tan llena de color como la paleta pastel del autor, Bemelmans, un mundo de instituciones cívicas y estatuas de héroes militares, de amistades cosmopolitas como el hijo del embajador español (un personaje harto gallardo, para Maddy a los seis años), el París de los libros de cuentos no exento de pinceladas sobre los errores e infortunios adultos, un París que no edulcoraba la realidad sino que la miraba de frente y con nobleza, que encarnaba la singular victoria de la humanidad que suponía una gran ciudad, que, aunque vasta, no asustaba a Madeline, tan pequeña... Todo aquello le había sido transmitido de algún modo a Madeleine siendo también tan pequeña. Y luego estaba el nombre de ambas, tan similar, y los signos familiares de clase, y la percepción que tenía de sí misma, entonces y en el presente, de ser una chica —entre una legión de

ellas— merecedora de que un escritor escribiera sobre ella.

Nadie tenía un papel pintado como el suyo. Y por eso Madeleine, mientras vivió en Wilson Lane, nunca quiso cambiarlo.

Ahora estaba descolorido por el sol, y despegado a lo largo de algunas uniones. El retazo en el que se veía un Bouvier en los Jardines de Luxemburgo tenía una mancha amarilla por culpa de una gotera. Si el hecho de haber vuelto a vivir con sus padres no era ya bastante regresivo, despertar en su antiguo cuarto rodeada por aquel empapelado de cuento remataba cumplidamente el proceso. Por lo tanto, Madeleine hizo la cosa más adulta que podía hacer dadas las circunstancias: tendió la mano izquierda —aquella en la que llevaba la alianza de oro— hacia el otro extremo de la cama y dio unos golpecitos para ver si su marido estaba acostado en su lado.

Últimamente Leonard solía subir a acostarse a la una o las dos de la madrugada. Pero le costaba dormirse en la cama de matrimonio —volvía a tener insomnio—, y a menudo se iba a acostar a uno de los cuartos de invitados (donde probablemente estaría ahora), ya que el espacio contiguo al de ella estaba vacío.

Madeleine y Leonard vivían con los padres de Madeleine porque no tenían otro sitio adonde ir. La beca de investigación de Leonard en Pilgrim Lake había terminado en abril, una semana antes de la boda. Tenían pensado subarrendar un apartamento en Provincetown para el verano, pero cuando a principios de mayo Leonard tuvo que ser hospitalizado en Montecarlo, tuvieron que abandonar la idea. De vuelta en los Estados Unidos, dos semanas después, Madeleine y Leonard se habían mudado a Prettybrook, que, además de brindarle a Leonard un lugar apacible donde recuperarse, se hallaba a no excesiva distancia de los mejores centros psiquiátricos de Filadelfia y Nueva York. Constituía asimismo una buena base para empezar a buscar un apartamento en Manhattan. A mediados de abril, mientras Madeleine estaba de luna de miel en Europa, le habían llegado cartas de admisión en cursos de posgrado a Wilson Lane, vía Pilgrim Lake. Harvard y Chicago la habían rechazado, pero la habían aceptado Columbia y Yale. Como había sido rechazada por Yale el año anterior, a Madeleine le resultó muy grato rechazar ella al año siguiente a Yale. No quería vivir en New Haven; quería vivir en Nueva York. Cuanto antes Leonard y ella encontraran un lugar en Nueva York, antes podrían ambos volver a organizar su vida.

Con tal objetivo en mente, Madeleine se levantó de la cama para llamar a Kelly Traub. Utilizó el teléfono del despacho de arriba de Alton, una estancia pequeña y beige —a un tiempo atestada de cosas y meticulosamente ordenada— que daba al jardín trasero. El despacho olía a su padre (aún más con la humedad de junio), y Madeleine no quería quedarse en él más tiempo del necesario; era como pegar la nariz a uno de los albornoces viejos de su padre. Mientras marcaba el número de la oficina de Kelly, Madeleine observó a través de la ventana al jardinero, que rociaba un arbusto con un spray lleno de un líquido de color té helado.

La secretaria de la oficina de Kelly dijo que «la señora Traub» estaba hablando por esa línea y le preguntó si quería esperar. Madeleine respondió que sí.

En el año transcurrido desde su graduación, mientras Madeleine estaba en el Cape, Kelly había intentado abrirse camino en el campo de la interpretación con escaso éxito. Había conseguido un pequeño papel en una obra de un acto puesta en escena durante un solo fin de semana en el sótano de una iglesia de Hell's Kitchen, y había aparecido también en la función al aire libre de la obra de un artista noruego en la que había tenido que aparecer semidesnuda y no le había reportado ni un centavo. Para ganarse la vida, Kelly se había puesto a trabajar en la empresa inmobiliaria de su padre en el Upper West Side. El trabajo era flexible, y el salario razonablemente bueno, y disponía además de mucho tiempo para las audiciones. Trabajar en el sector inmobiliario la convertía en la persona perfecta a quien llamar en caso de que uno necesitara un apartamento cerca de Columbia.

Al cabo de un minuto, se oyó la voz de Kelly al otro lado de la línea.

—Soy yo —dijo Madeleine.

—¡Hola, Maddy! Me alegra que me hayas llamado.

—Te llamo todos los días.

—Sí, pero hoy tengo un sitio perfecto para ti. ¿Estás lista? «Riverside Drive. Preguerra, una habitación. Vista al río Hudson. El estudio, posible segundo dormitorio. Disponible desde el 1 de agosto». Tienes que venir a verlo hoy mismo, porque si no te quedas sin él.

—¿Hoy? —dijo Madeleine, sin convicción.

—No lo llevo yo. Le he hecho prometer al agente que lo lleva que no lo enseñará hasta mañana.

Madeleine no estaba segura de poder hacerlo. La semana pasada había estado ya tres veces en Nueva York buscando apartamento. Como no era en absoluto conveniente dejar a Leonard solo, había tenido que pedirle a Phyllida que se quedase con él las tres veces. Phyllida aseguraba que no le importaba, pero Madeleine sabía que cuando lo hacía se ponía muy nerviosa.

Pero el apartamento sonaba ideal.

—¿Riverside Drive con qué calle? —le preguntó a su amiga.

—Con la Setenta y siete —dijo Kelly—. A cinco manzanas de Central Park. Y a cinco paradas de Columbia. Muy cerca de Penn Station, también, que es lo que me dijiste que querías.

—Es perfecto.

—Además, si vienes hoy a verlo, te invito a una fiesta.

—¿Una fiesta? —dijo Madeleine—. Aún puedo recordar las fiestas.

—Es en casa de Dan Schneider. Ahí al lado, cerca de la oficina. Habrá un montón de gente de Brown, así que podrás volver a conectar con ella.

—Antes tengo que ver si puedo ir a Nueva York.

El obstáculo potencial no era ningún misterio para ninguna de ellas. Al cabo de unos instantes, Kelly preguntó en voz más baja.

—¿Cómo está Leonard?

Era difícil responder a aquella pregunta. Madeleine estaba sentada en el sillón del escritorio de Alton, con la mirada fija en los pinos blancos del fondo del jardín. Según el último psiquiatra de Leonard —no el francés doctor Lamartine, que lo había tratado en Mónaco, sino un nuevo psiquiatra de Penn, el doctor Wilkins—, Leonard no presentaba una «acusada propensión al suicidio». Ello no significaba que no tuviera instintos suicidas, sino que el riesgo de que llegara a quitarse la vida era relativamente bajo. Lo bastante bajo, en cualquier caso, para no prescribir su internamiento (aunque esto pudiera cambiar en cualquier momento). La semana anterior, un miércoles lluvioso por la tarde, Alton y Madeleine habían ido en coche a Filadelfia a hablar con el doctor Wilkins a solas, en su despacho del Penn Medical Center. Madeleine había salido de la entrevista con la impresión de que Wilkins no era en absoluto distinto de cualquier experto versado en su disciplina y con buenas intenciones, un economista, por ejemplo, que hace predicciones basándose en los datos disponibles, pero cuyas conclusiones no son en modo alguno definitivas. Madeleine le había hecho todas las preguntas imaginables sobre las posibles señales de alarma y sobre las medidas preventivas al respecto. Había escuchado atentamente las respuestas juiciosas aunque insatisfactorias de Wilkins. Y luego había conducido de vuelta hasta Prettybrook y había retomado su nueva rutina cotidiana: vivir y dormir con su marido, preguntándose —cada vez que éste se iba de la habitación— si lo hacía con intención de hacerse daño a sí mismo.

—Está igual —dijo al cabo.

—Bien, tendrías que venir a ver el apartamento —dijo Kelly—. Ven a eso de las seis, y luego nos vamos a la fiesta. Y te quedas en ella una hora. Te levantará el ánimo.

—Ya veré. Te llamo luego.

En el cuarto de baño, mientras se lavaba los dientes, percibió el olor a césped recién cortado que entraba a través de las mosquiteras. Se miró en el espejo. Tenía la piel seca, y ojeras ligeramente purpúreas. Nada grave en cuanto al deterioro físico —sólo tenía veintitrés años—, pero con algunas diferencias respecto de hacía un año. Las sombras de la cara le permitían extrapolar cómo sería ésta cuando tuviera cierta edad.

Abajo se encontró con Phyllida, que hacía arreglos florales en la pila del cuarto de la colada. Las puertas correderas de cristal que daban al porche estaban abiertas, y una mariposa amarilla revoloteaba sobre los arbustos.

—Buenos días —dijo Phyllida—. ¿Qué tal has dormido?

—Mal.

—Hay *muffins* ingleses al lado de la tostadora.

Madeleine cruzó con paso silencioso la cocina. Cogió un *muffin* del paquete y trató de abrirlo por la mitad con los dedos.

—Usa un tenedor, cariño —dijo Phyllida.

Pero era demasiado tarde: la mitad superior del panecillo se partió de forma irregular. Madeleine metió las dos mitades desiguales en la tostadora y apretó el mando.

Mientras el *muffin* se tostaba, se sirvió una taza de café y se sentó en la mesa de la cocina. Ya un tanto estimulada por la cafeína, dijo:

—Mamá, tengo que ir a Nueva York esta tarde a ver un apartamento.

—¿Esta tarde?

Madeleine asintió con la cabeza.

—Tu padre y yo tenemos un cóctel esta noche.

Con ello quería decir que no podían quedarse con Leonard.

El *muffin* saltó de la tostadora.

—Pero, mamá... —insistió Madeleine—. Ese apartamento suena perfecto. Está en Riverside Drive. Y tiene vistas.

—Lo siento, cariño, pero tengo ese cóctel en mi agenda desde hace tres meses.

—Kelly dice que, si no, lo pierdo. Tengo que ir hoy.

Presionar a su madre de este modo la hizo sentirse mal.

Phyllida y Alton habían sido tan buenos en todo, tan obsequiosos con Leonard en su sufrimiento, que Madeleine no quería abrumarles más. Pero si no encontraba un apartamento, Leonard y ella no podrían mudarse.

—¿Por qué no va contigo Leonard? —sugirió Phyllida. Madeleine sacó de la tostadora la mitad más grande del *muffin*, y guardó silencio. Había llevado a Leonard a la gran ciudad la semana anterior, y la cosa no había ido bien. En medio de la multitud de Penn Station Leonard había empezado a sobreexcitarse, y habían tenido que coger el siguiente tren de vuelta a Prettybrook.

—Seguramente no iré —dijo por fin.

—Sería mejor que le preguntaras a Leonard si le apetece ir —dijo Phyllida.

—Se lo preguntaré cuando se levante.

—Está levantado. Lleva ya un rato levantado. Está ahí fuera, en el porche.

Esto sorprendió a Madeleine, pues Leonard solía dormir hasta tarde. Se levantó de la mesa, cogió el café y el *muffin* y salió al porche soleado.

Leonard estaba en el nivel inferior, en la sombra, sentado en la silla Adirondack donde solía pasarse la mayor parte del día. Tenía un aspecto enorme y desgredado, como una criatura de Maurice Sendak. Llevaba una camiseta negra y los pantalones cortos negros muy holgados. Tenía los pies —calzados con unas viejas zapatillas de

baloncesto— encima de la barandilla. Frente a su cara se alzaban en el aire unos tenues penachos de humo.

—Hola —dijo Madeleine, acercándose a la silla donde estaba sentado.

Leonard emitió un ronco saludo y siguió fumando.

—¿Cómo estás? —le preguntó Madeleine.

—Estoy agotado. No podía dormir, y me tomé una pastilla a eso de las dos. Me desperté a las cinco y bajé aquí.

—¿Has desayunado algo?

Leonard levantó el paquete de cigarrillos.

Una cortadora de césped se puso en funcionamiento en uno de los jardines contiguos. Madeleine se sentó en uno de los anchos brazos de la silla.

—Ha llamado Kelly —dijo—. ¿Te apetecería venir conmigo a la ciudad esta tarde? ¿Sobre las cuatro y media?

—No me parece una buena idea —dijo Leonard con la misma voz ronca.

—Hay un apartamento de una habitación en Riverside Drive.

—Ve tú.

—Quiero que vengas conmigo.

—No me parece una buena idea —repitió Leonard.

El ruido de la cortadora de césped se iba acercando. Llegó hasta el otro lado de la valla, y luego se alejó.

—Mamá tiene un cóctel esta noche —dijo Madeleine.

—Puedes dejarme solo.

—Lo sé.

—Si quisiera matarme, podría hacerlo de noche, cuando estás durmiendo. Podría ahogarme en la piscina. Podría haberlo hecho esta mañana.

—Eso no me hace sentirme mejor en lo de ir a la ciudad esta tarde —dijo Madeleine.

—Mira, Mad. No me siento demasiado bien. Estoy exhausto y tengo los nervios hechos polvo. No creo que pueda resistir otro viaje a Nueva York. Pero estoy bien aquí en el porche. Puedes irte tranquilamente.

Madeleine cerró con fuerza los ojos.

—¿Cómo vamos a vivir en Nueva York si ni siquiera eres capaz de ir a ver un apartamento?

—Paradojas —dijo Leonard. Aplastó la colilla y la tiró entre los arbustos. Y encendió otro cigarrillo—. Estoy supervisándome yo mismo, Madeleine. Es todo lo que puedo hacer. He mejorado mucho en ese control últimamente. Y no estoy dispuesto a apretujarme en el metro con un montón de neoyorquinos sudorosos...

—Podemos ir en taxi.

—... ni a andar por ahí pasando calor en un taxi sofocante. Lo que sí puedo hacer

es cuidar perfectamente de mí mismo aquí en el porche. No necesito ninguna canguro. Te lo tengo dicho. Y te lo han dicho también mis psiquiatras.

Esperó a que terminara de hablar antes de volver sobre el tema en cuestión.

—Bien, pues si el apartamento está bien, tenemos que decidirlo de inmediato. Podría llamarte desde un teléfono público después de haberlo visto.

—Puedes decidirlo sin mí. Es tu apartamento.

—Es de los dos.

—Eres tú la que va a pagarlo —dijo Leonard—. Eres tú la que necesita vivir en Nueva York.

—Tú también quieres tener un apartamento en Nueva York.

—Ya no.

—Dijiste que querías.

Leonard se volvió y la miró por primera vez. Esos momentos —extrañamente— eran los que ella más temía: cuando él la miraba. Los ojos de Leonard estaban en cierto modo vacíos. Mirarlos era como mirar un pozo profundo y seco.

—¿Por qué no te divorcias de mí? —dijo Leonard.

—Basta ya.

—No te lo echaría en cara. Lo entendería perfectamente. —Su expresión se suavizó y se hizo dubitativa—. ¿Sabes lo que hacen en el islam cuando quieren divorciarse? El marido repite tres veces: «Me divorcio de ti, me divorcio de ti, me divorcio de ti». Y ya está. Los hombres se casan con prostitutas y se divorcian de ellas nada más conseguirlas. Para evitar cometer adulterio.

—¿Estás intentando ponerme triste? —dijo Madeleine.

—Lo siento —dijo Leonard. Alargó una mano y cogió la de Madeleine—. Lo siento, lo siento.

Ya eran casi las once cuando Madeleine volvió a entrar en la casa. Le dijo a Phyllida que había decidido no ir a Nueva York. Volvió al despacho de Alton y llamó a Kelly, confiando en que tal vez su amiga le hiciera el favor de ir a ver el apartamento y luego describírselo por teléfono para que ella pudiera tomar una decisión basada en esa información. Kelly estaba fuera con otro cliente, así que Madeleine le dejó un mensaje. Mientras esperaba a que Kelly le llamara, Leonard subió las escaleras traseras llamándola en voz alta. Madeleine salió y lo vio de pie en la entrada, agarrándose con las dos manos a la barandilla de la escalera.

—He cambiado de opinión —dijo—. Iré contigo.

Madeleine se había casado con Leonard impelida por una fuerza que se asemejaba mucho a un acceso maniaco. Desde el día en que Leonard empezó a experimentar con las dosis de litio hasta el momento —en diciembre— en que entró en tromba en el apartamento y le hizo la delirante propuesta, Madeleine había cabalgado sobre una ola de emoción escalonada similar a la de Leonard. Ella también

se había sentido locamente feliz. Ella también había estado hipersexual. Se había sentido grandiosa, invencible, sin temor alguno al riesgo. Al estar oyendo una música tan bella en su cabeza, no había escuchado nada de lo que le estuviera diciendo nadie.

De hecho, el parangón existente entre ambos podría ampliarse aún más, porque, antes del acceso maniaco, Madeleine había estado casi tan deprimida como Leonard. Las cosas de Pilgrim Lake que le habían gustado a su llegada —el paisaje, el ambiente exclusivo— ya no la compensaban por el desagradable medio social en que debían desenvolverse. Los meses pasaban y no lograba hacer ninguna amistad que mereciera la pena. Las pocas científicas del laboratorio o bien eran mucho mayores que ella o la trataban con la misma condescendencia que mostraban con ella los científicos varones. La única compañera con la que se llevaba realmente bien era con la novia de Vikram Jaitly, Alicia, que sólo viajaba a Pilgrim Lake uno o dos fines de semana al mes. Como es lógico, por otra parte, la obsesión de Leonard por mantener secreta su enfermedad no facilitaba en absoluto la vida social. No le gustaba estar con gente. Comía lo más rápido que podía y nunca quería quedarse en el bar de sobremesa. A veces insistía en comer pasta en casa, a pesar de que el laboratorio había contratado un chef profesional. Siempre que Madeleine iba al bar sin Leonard, o jugaba al tenis con Greta Malkiel, estaba intranquila. Se volvía paranoica si alguien le preguntaba por Leonard, sobre todo si preguntaban cómo «se sentía». No podía ser ella misma, y siempre volvía pronto al apartamento, y cerraba la puerta con llave, y echaba las persianas. Resultaba, pues, que Madeleine ocultaba a una loca en el ático: su novio, que medía uno noventa.

Y luego, en octubre, Alwyn descubrió lo del litio de Leonard y las cosas se complicaron aún más. Después del vuelo de regreso de Phyllida a Boston, y de Boston a Nueva Jersey, Madeleine se quedó esperando la inevitable llamada telefónica. Llegaría una semana después, a principios de noviembre.

—¡Estoy tan contenta de haber podido visitar el famoso laboratorio de Pilgrim Lake!. Fue impresionante.

Era el excesivo tono jubiloso de la voz de Phyllida lo que resultaba inquietante. Madeleine se armó de valor.

—Y Leonard fue tan amable en robar tiempo a su trabajo programado para enseñarnos el laboratorio y demás. He dado un cursillo sobre el asunto a todos mis amigos. Lo titulo «Todo lo que usted siempre quiso saber sobre la levadura pero nunca se atrevió a preguntarlo». —Phyllida rió con solapado regocijo. Luego, aclarándose la garganta, cambió de tema—. Supongo que querrás que te ponga al corriente de cómo van las cosas en casa de los Higgins.

—No.

—Las cosas están mucho mejor, me alegra informarte. Ally se ha ido del Ritz y ha vuelto a casa con Blake. Gracias a la nueva niñera (que tu padre y yo estamos

pagando) ha habido un cese de las hostilidades.

—Ya te he dicho que no me importa —dijo Madeleine.

—Oh, Maddy —la reprendió levemente Phyllida.

—Pues no me importa. Por mí, Ally puede divorciarse.

—Sé que estás furiosa con tu hermana. Y tienes todo el derecho a estarlo.

—Ally y Blake ni siquiera se gustan.

—No creo que eso sea cierto —dijo Phyllida—. Tienen sus diferencias, como cualquier matrimonio. Pero prácticamente tienen la misma extracción social y formación, y básicamente se entienden. Ally tiene suerte de tener a Blake. Blake es una persona muy equilibrada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo eso.

—Una interesante elección del vocablo.

Phyllida suspiró al otro lado de la línea.

—Tenemos que tener esta conversación, pero no sé si éste es el momento apropiado.

—¿Por qué no?

—Bueno, es una conversación muy seria.

—Esto se debe únicamente a que Ally es una fisgona. De lo contrario, tú no sabrías nada.

—Eso es verdad. Pero el hecho es que lo sé.

—¿No te gustó Leonard? ¿No es una persona amable?

—Fue muy amable.

—¿Te pareció que le pasaba algo?

—No, no exactamente. Pero llevo una semana informándome bastante sobre el trastorno maniaco-depresivo. ¿Conoces a Lily, la hija de los Turner?

—Lily Turner es una drogadicta.

—Bueno, ahora sí toma «drogas». Y seguirá siendo así para el resto de su vida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el trastorno maniaco-depresivo es un trastorno *crónico*. La gente lo tiene *toda* la vida. No hay cura. Los que lo padecen entran y salen del hospital, tienen episodios de crisis, no pueden conservar los trabajos. Y sus familias lo tienen que sufrir con ellos. ¿Cariño? ¿Madeleine? ¿Estás ahí?

—Sí —dijo Madeleine.

—Sé que sabes todo esto. Pero quiero que pienses en lo que significa casarse con una persona con una... enfermedad mental. Y no digo ya formar una familia con ella.

—¿Quién dice que vaya casarme con Leonard?

—Bueno, no lo sé. Sólo lo estoy diciendo, por si piensas hacerlo.

—Supongamos que Leonard tuviera otra enfermedad. Digamos diabetes, o

cualquier otra cosa. ¿Tendrías la misma actitud que estás teniendo, mamá?

—¡La diabetes es una enfermedad terrible! —exclamó Phyllida.

—Pero no te importaría que mi novio necesitara insulina para mantenerse sano. Estaría bien, ¿no? No parecería una especie de *fallo moral*.

—No he dicho nada sobre moralidad.

—¡No ha hecho falta!

—Sé que piensas que soy injusta. Pero lo único que intento hacer es protegerte. Es muy duro pasarse la vida con alguien con un desequilibrio de ese tipo. He leído un artículo de una mujer casada con un maniaco-depresivo, y literalmente me ha puesto los pelos de punta. Voy a mandártelo.

—No lo hagas.

—¡Lo voy a hacer!

—¡Lo tiraré a la papelera!

—Lo que equivale a esconder la cabeza debajo del ala.

—¿Por eso me has llamado? —dijo Madeleine—. ¿Para darme lecciones?

—No —dijo Phyllida—. En realidad te llamaba por la fiesta del Día de Acción de Gracias. Me estaba preguntando cuáles eran tus planes.

—No lo sé —dijo Madeleine, apretando los labios de rabia.

—Ally y Blake van a venir con Ricardo Corazón de León. Nos encantará que vengáis tú y Leonard. Este año no será gran cosa. Alice tiene el fin de semana libre, y me temo que no sé manejar el horno como ella. Este horno está empezando a ser una antigüedad. Pero, por supuesto, tu padre piensa que funciona a la perfección. Él, que lo único que sabe hacer son copos de avena.

—Tú tampoco cocinas mucho.

—Bueno, lo intento. O al menos lo hice cuando era joven.

—Nunca has cocinado —dijo Madeleine, tratando de hacer daño.

Phyllida no acusó la invectiva.

—Creo que sigo siendo capaz de hacer un pavo —dijo—. Así que si Leonard y tú queréis venir, nos encantará teneros en casa.

—No sé —dijo Madeleine.

—No estés furiosa conmigo, Maddy.

—No lo estoy. Tengo que irme. Adiós.

No llamó a su madre en toda una semana. Cuando sonaba el teléfono a las horas en que solía llamar su madre, no descolgaba el auricular. Al lunes siguiente, sin embargo, le llegó una carta de Phyllida. En su interior había un artículo titulado «Casada con un maniaco-depresivo».

Conocí a mi marido Bill tres años después de terminar la carrera en Ohio. Mi primera impresión de él fue que era un chico alto, guapo y un poco tímido.

Bill y yo llevamos casados veinte años. En ese tiempo, ha sido internado en un psiquiátrico tres veces. Y no menciono las muchas veces que ha ingresado voluntariamente en algún centro de ese tipo.

Cuando su enfermedad está controlada, Bill es el mismo hombre seguro de sí mismo y cariñoso del que me enamoré y con el que contraje matrimonio. Es un maravilloso dentista, muy querido y respetado por sus pacientes. Por supuesto, le ha sido difícil ejercer la profesión de un modo estable, y más difícil aún trabajar en una clínica junto con otros dentistas. Por ello, hemos tenido que mudarnos muchas veces a otros lugares del país, donde a Bill le parecía que hacían falta dentistas. Nuestros hijos han tenido que ir a varios colegios distintos, lo cual ha sido duro para ellos.

No ha sido fácil para nuestros chicos, Terry y Mike, crecer con un padre que un día los jaleaba desde una línea lateral en los partidos de béisbol y al siguiente no paraba de decir tonterías y de actuar de forma inapropiada ante desconocidos, o de encerrarse en nuestro dormitorio y negarse a salir de él durante días.

Sé que el porcentaje de divorcios entre personas casadas con maniaco-depresivos es muy alto. Ha habido muchas veces en las que he pensado que yo también acabaría siendo un número más en ese porcentaje. Pero mi familia y mi fe en Dios siempre me dijeron que debía aguantar un día más, y luego otro, y luego otro. Tengo que recordar que Bill tiene una enfermedad, y que la persona que hace esas cosas disparatadas no es realmente él sino la enfermedad que se apodera de su persona y le hace hacerlas.

Bill no me dijo que padecía esa enfermedad antes de prometernos. Algunas de sus relaciones anteriores se habían roto cuando sus novias (y, en un caso, su prometida) se habían enterado de lo que le pasaba. Bill dice que a mí no quería perderme como ocurrió con las otras. Nadie de su familia me lo dijo nunca, tampoco, y eso que llegué a ser bastante íntima de su hermana. Pero esto fue en 1959, y lo de las enfermedades mentales era un tabú muy grande.

Con toda sinceridad, no estoy segura de que me hubiera importado. Cuando nos conocimos éramos tan jóvenes y estábamos tan enamorados que creo que habría mirado para otra parte, aun cuando Bill me lo hubiera contado la primera vez que salimos juntos (a la Feria Estatal de Ohio, por si alguien quiere saberlo). Por supuesto, entonces no sabía lo que hoy sé sobre esta terrible enfermedad, ni sobre la enorme tensión que han de soportar por su causa los hijos y las familias. Sin embargo, creo que me habría casado con Bill de todas formas, sabiéndolo todo y demás, porque él era «el hombre» que me estaba destinado.

Pero, como le dije a Bill en broma el día de nuestra boda: «¡De ahora en adelante será mejor que no tengas ningún secreto para mí!».

El artículo continuaba, pero Madeleine no leyó más. De hecho, lo arrugó hasta hacer con él una bola, y para asegurarse de que Leonard no la encontrara la metió en un brik de leche vacío que sepultó en lo más hondo del cubo de la basura.

Parte de su furia tenía que ver con la cerrazón mental de Phyllida. Y otra parte tenía que ver con el miedo a que pudiera tener razón. Un verano largo y caluroso con Leonard en su apartamento sin aire acondicionado, seguido de dos meses en el complejo de Pilgrim Lake habían dado a Madeleine una idea bastante aproximada de cómo podría ser estar «casada con un maníaco-depresivo». Al principio, el dramatismo de su reconciliación había eclipsado cualquier otra dificultad. Había algo en extremo imperioso en el hecho de que alguien necesitara a alguien del modo en que Leonard la necesitaba a ella. Cuando acabó el verano, sin embargo, y Leonard no mejoraba de forma apreciable —sobre todo después de mudarse a Cape Cod y comprobar que, si en algo había cambiado, había sido para peor—, Madeleine empezó a experimentar una sensación de ahogo. Era como si Leonard se hubiera llevado consigo su pequeño, caluroso y viciado estudio, como si fuera en él donde viviera emocionalmente, y donde todo aquel que quisiera estar a su lado tuviera que apretujarse para poder caber en tan angosto y sofocante espacio psíquico. Como si, para poder amar a Leonard totalmente, Madeleine tuviera que vagar por el mismo bosque oscuro donde él se hallaba perdido.

Cuando uno se ha extraviado en un bosque llega un momento en que tal ámbito empieza a percibirse como un hogar. Cuanto más rehuía a la gente Leonard, más dependía de Madeleine; y cuanto más dependía él de ella, más dispuesta se hallaba ella a seguirle en la espesura. Dejó de jugar al tenis con Greta Malkiel. Ni siquiera quería simular que tomaba copas con otras compañeras. Para castigar a Phyllida, Madeleine declinó la invitación de su madre para ir a casa y cenar con ellos el Día de Acción de Gracias. En lugar de ello, Leonard y ella celebraron la fiesta en Pilgrim Lake, cenando en el comedor con el personal de guardia que quedaba en el complejo. Durante el resto del fin de semana festivo, Leonard no quiso salir del apartamento. Madeleine sugirió que fueran en coche a Boston, pero él ni se movió del asiento.

Los largos meses de invierno se apilaban frente a Madeleine como las dunas heladas en lo alto de Pilgrim Lake. Día tras día, se sentaba en su escritorio y trataba de trabajar. Comía galletas y fritos de maíz, con la esperanza de que su ingestión le proporcionara la energía necesaria para escribir, pero la comida basura la hacía sentirse como aletargada, y acababa por quedarse dormida. Luego vinieron días en los que pensó que ya no podía aguantar más, en los que se quedaba echada en la cama y llegaba a la conclusión de que no era la buena persona que creía ser, que era

demasiado egoísta para dedicar su vida al cuidado de un semejante. Fantaseaba con la idea de romper con Leonard, irse a vivir a Nueva York y conseguir un novio atlético, sencillo y feliz.

Finalmente, cuando las cosas se pusieron realmente sombrías, Madeleine se derrumbó y le contó sus cuitas a Phyllida. Ésta la escuchó sin hacer demasiados comentarios. Sabía que la llamada de Madeleine significaba un cambio importante de estrategia, de forma que se limitó a susurrar al otro lado de la línea, feliz por el terreno conquistado. Cuando Madeleine le habló de sus planes para el futuro, de las escuelas de posgrado a las que estaba mandando solicitudes, Phyllida debatió con ella las diversas opciones sin referirse en ningún momento a Leonard. No le preguntó lo que haría Leonard, ni si le gustaría mudarse a Chicago o a Nueva York. Se limitó a no mencionarlo. Y Madeleine lo fue mencionando cada vez menos, tratando de imaginar cómo sería su vida si él ya no formara parte de ella. Había momentos en los que le parecía que estaba traicionándolo, pero de momento sólo eran palabras.

Y entonces, a principios de diciembre, con una magia que parecía evocar sus primeros días juntos, las cosas empezaron a cambiar. La primera señal de que los efectos secundarios de la medicación empezaban a remitir un tanto en Leonard fue que sus manos dejaron de temblar. Durante el día, ya no tenía que correr al cuarto de baño cada diez minutos, o beber agua constantemente. Tenía los tobillos menos hinchados, y su aliento se hizo menos acre.

La siguiente señal fue que Leonard empezó a hacer ejercicio. Empezó a ir al gimnasio, a levantar pesas y a pedalear en una bicicleta estática. Su talante se hizo más alegre. Sonreía y hacía bromas. Incluso se movía más deprisa, como si los miembros ya no le pesaran tanto.

La experiencia de ver mejorar a Leonard era similar a la de leer ciertos libros difíciles. Era como abrirse camino en el último James, o en las páginas sobre la reforma agraria de *Anna Karenina*, y de pronto verse de nuevo en un texto grato, que mejoraba más y más hasta que uno quedaba tan embelesado que se sentía casi *agradecido* por los pasajes áridos anteriores, ya que tal progresión no había hecho sino incrementar el gozo final. De súbito, Leonard era de nuevo el de siempre: extrovertido, lleno de energía, carismático, espontáneo. Un domingo por la noche le dijo a Madeleine que se pusiera su ropa más gastada y unas botas de goma. Y la llevó a la playa, con un cubo grande y dos palas de jardinero. Había bajamar, y el lecho de la orilla brillaba a la luz de la luna.

—¿Adónde me llevas? —dijo Madeleine.

—Es una especie de pacto de Moisés —dijo Leonard—. Una especie de pacto del Mar Rojo.

Se internaron en la arena fangosa hasta alejarse de la orilla. Sus botas se sumergían en el fondo. Y el olor era fuerte, a pescado, pegajoso, casi a podrido: el

olor del cieno primordial. Agachaban la cara para acercarla al lecho del agua, y hundían la pala aquí y allí a su alrededor. Cuando Madeleine miró hacia la playa, se asustó de lo lejos de la orilla que estaban. En menos de media hora habían llenado el cubo.

—¿Desde cuándo sabes buscar ostras? —preguntó Madeleine.

—Solía hacerla en Oregón —dijo Leonard—. Excelente tierra de ostras, de la que yo vengo.

—Pensaba que lo único que hacías era cultivar marihuana y pasarte el día sentado en tu cuarto.

—Salía a la naturaleza una o dos veces.

Después de transportar el ahora pesado cubo hasta la orilla, Leonard declaró su intención de dar una fiesta de ostras. Llamó a la puerta de la gente, y la invitó a la fiesta, y al poco estaba ante la pila de la cocina limpiando y abriendo ostras. El apartamento empezó a llenarse. Poco importaba que estuviera organizando un lío de mil demonios: el entarimado del antiguo granero había visto cosas peores. Durante toda la noche los platos de ostras fueron afluyendo pródigamente desde la cocina. La gente sorbía las viscosas y opalescentes masas vivas directamente de las conchas, y bebía cerveza. Hacia la medianoche, cuando la fiesta empezaba a disolverse, Leonard se puso a hablar de un casino indio en Sagamore Beach. ¿A alguien le apetecía probar suerte en el juego? ¿Jugar un poco al blackjack? Aún no era demasiado tarde. ¡Era viernes! Un grupito se apretujó en el Saab de Madeleine, las chicas sentadas sobre las rodillas de los chicos. Mientras Madeleine conducía por la Highway 6, Leonard lió un porro sobre la puerta de la guantera y explicó los pormenores complejos de la operación de «contar cartas». «El repartidor de ese casino seguramente sólo usará una baraja. Es muy fácil». Los otros dos viajeros, siendo como eran sumamente duchos en ciencias, enseguida cogieron el «tranquillo» matemático al asunto. Para cuando llegaron al casino estaban más que dispuestos a intentarlo, y fueron directamente a mesas diferentes.

Madeleine nunca había estado en un casino. Se sentía un tanto horrorizada por la clientela, en su mayoría hombres blancos con pecas y gorras de béisbol y mujeres robustas, en chándal, plantadas frente a las máquinas tragaperras. Ningún indio americano a la vista. Madeleine siguió a sus dos compañeras hasta la barra, donde al menos las copas eran baratas. Hacia las tres de la madrugada, los dos compañeros de Leonard se unieron a ellas y se pusieron a contar la misma historia. Llevaban ganados varios centenares de dólares cuando el repartidor de cartas cambió de baraja, lo cual dio al traste con sus cuentas y acabaron perdiéndolo todo. Leonard apareció un rato después, igualmente abatido, pero instantes después se puso a sonreír y se sacó del bolsillo mil quinientos dólares.

Dijo que podía haber ganado más si el repartidor no hubiera empezado a

sospechar de él. Había llamado al jefe de sala, que después de ver cómo Leonard ganaba unas cuantas manos más le sugirió que tal vez querría abandonar el juego mientras estaba ganando. Leonard hizo caso del consejo, pero no consideraba acabada la velada. En el aparcamiento tuvo otra idea. «Es muy tarde para volver a Pilgrim Lake. Estamos demasiado agotados. ¡Venga, tenemos todo el fin de semana para nosotros!». Que se estaban registrando en un hotel de Boston fue lo siguiente de lo que Madeleine fue consciente. Con lo que había ganado, Leonard invitó a cada pareja a una habitación doble. A la tarde siguiente se reunieron en el bar del hotel, y continuó la fiesta. Fueron a cenar a Back Bay, y luego se pasaron la velada de bar en bar. Leonard siguió sacando billetes de su fajo menguante, dando propinas e invitando a comida y a bebidas.

Cuando Madeleine le preguntó si sabía lo que estaba haciendo, Leonard respondió: «Es dinero del juego. ¿Cuántas veces vamos a poder hacer algo parecido en la vida? Yo digo: “Adelante”».

El fin de semana empezaba a convertirse en legendario. Sus compañeros lanzaban vítores («¡Leonard! ¡Leonard!») y se daban palmadas en las manos. Las habitaciones del hotel tenían jacuzzi, minibar, servicio de habitaciones las veinticuatro horas y camas increíblemente grandes. El domingo por la mañana, las chicas se quejaron en broma de que estaban demasiado doloridas para poder andar.

Madeleine tampoco podía caminar con demasiada soltura. La primera noche en el hotel, Leonard había salido del cuarto de baño desnudo y con una gran sonrisa en el semblante.

—Mira esto —dijo, mirándose hacia abajo—. Se le podría colgar un abrigo.

Y era cierto. Si se necesitaba una prueba cierta de que Leonard estaba mejor, no había nada más obvio. Estaba de nuevo en acción.

—Voy a recuperar el tiempo perdido —dijo, después de hacer el amor por tercera vez.

Por bueno que fuera aquello, por maravilloso que fuera sentirse debidamente «servida» después de meses de abstinencia, Madeleine se percató de que el reloj marcaba las 10.08 de la mañana, y de que era pleno día en el exterior. Besó a Leonard y le rogó que *por favor* le permitiera dormir un rato.

Leonard le hizo caso, pero en cuanto la vio despierta la solicitó otra vez. No hacía más que decirle lo hermoso que era su cuerpo. No se saciaba nunca de ella, no aquel fin de semana ni en las semanas que siguieron. Madeleine siempre había pensado que Leonard y ella tenían unas relaciones sexuales maravillosas, pero para su asombro habían mejorado, y se habían hecho más hondas, más físicas y más emocionales. Y más ruidosas. Ahora se decían cosas el uno al otro. Tenían los ojos abiertos y dejaban las luces encendidas. Leonard le preguntó a Madeleine lo que quería que le hiciera, y, por primera vez en la vida, ella no se sentía inhibida para responderle.

Una noche, en el apartamento de Pilgrim Lake, Leonard le preguntó:

—¿Cuál es tu fantasía sexual más íntima?

—No lo sé.

—Vamos, dímelas.

—No tengo ninguna.

—¿Quieres saber la mía?

—No.

—Dime la tuya, entonces.

Para aplacarlo, Madeleine pensó durante un momento.

—Sonará raro, pero creo que sería que me mimaran.

—¿Que te mimaran?

—Bueno, que me mimaran de verdad, ya sabes, como en el salón de belleza, donde te lavan el pelo, y te hacen un tratamiento facial, y una pedicura, y te dan un masaje, y luego, ya sabes, poco a poco...

—Nunca se me hubiera ocurrido como fantasía sexual... —dijo Leonard.

—Ya he dicho que era muy tonta.

—Eh, es tu fantasía. No se la puede llamar tonta.

Y durante la hora siguiente Leonard se aprestó a hacerla realidad. Mientras Madeleine protestaba, él llevó uno de los sillones de la sala al dormitorio. Llenó la bañera. Debajo del fregadero de la cocina encontró unas velas; las llevó al cuarto de baño y las encendió. Se sujetó el pelo atrás y se remangó la camisa, y se acercó a ella como si fuera alguien dedicado a su exclusivo servicio. En lo que presumiblemente era su idea de la voz de un peluquero —heterosexual— dijo: «Señorita, su baño está listo».

Madeleine tenía ganas de echarse a reír. Pero Leonard estaba serio. La condujo al cuarto de baño iluminado por las velas. Se volvió de espaldas, con cortesía profesional, mientras ella se quitaba la ropa y se metía en el agua cálida y perfumada. Leonard se arrodilló junto a la bañera y, utilizando una taza, empezó a mojarle el pelo. Para entonces Madeleine había entrado en el juego. Imaginó que las manos de Leonard eran las de un guapo desconocido. Sintió cómo dos veces —exactamente— esas manos vagaron hasta los costados de sus pechos, como tanteando dónde estaba la frontera. Madeleine pensó que Leonard iría más lejos. Pensó que tal vez acabaría metiéndose en la bañera con ella. Pero Leonard desapareció, y al poco volvió con su albornoz de rizo, y la envolvió en él, y la llevó hasta el sillón y le puso los pies en alto; luego le puso una toalla caliente sobre la cara y, durante lo que pareció toda una hora (y probablemente no fueron más de veinte minutos), le dio un masaje: empezó por los hombros, siguió hasta los pies y las pantorrillas, ascendió por los muslos y se detuvo justo en «ese sitio», y volvió a empezar por los brazos. Finalmente le abrió el albornoz y, con frotos mucho más fuertes —como tomando el mando ya sin rodeos—,

le aplicó crema hidratante en vientre y pecho.

Madeleine seguía con la toalla sobre los ojos cuando Leonard la levantó en brazos del sillón y la llevó a la cama. Para entonces se sentía totalmente limpia, totalmente deseable. La crema hidratante olía a albaricoque. Cuando Leonard, ya desnudo, le desató el cinturón del albornoz y lo abrió, y cuando fue penetrándola despacio, era él y no era él. Era un desconocido que la estaba poseyendo y era su novio conocido, su refugio más seguro, todo en uno.

A Madeleine le daba miedo preguntarle a Leonard cuál era su fantasía sexual más íntima. Pero unos días después, con ánimo de reciprocidad, acabó preguntárselo. La fantasía de Leonard era la contraria de la suya. Su deseo más secreto era una chica dormida, una beldad dormida. Deseaba que Madeleine se hiciera la dormida cuando él entrara sigilosamente en su cuarto y se metiera en la cama. Deseaba que se quedara inmóvil, con la calidez de las mantas en el cuerpo mientras le quitaba el camisón, y que no recuperara completamente la conciencia hasta que estuviera dentro de ella; llegado a este punto, Leonard estaba tan excitado que no parecía importarle lo que ella pudiera hacer.

—Bueno, ha sido fácil —dijo Madeleine luego.

—Has tenido suerte. Podría haber sido un asunto amo-esclava.

—Sí, claro.

—Podría haber habido un enema...

—¡Basta!

El espíritu de exploración que ahora reinaba en el dormitorio causó un efecto muy fuerte en Madeleine. La llevó una noche, días después, a confesarle a Leonard — cuando éste quiso repetir la escenificación de la peluquería—, que la fantasía de que la mimaran de ese modo no era en realidad su fantasía sexual más secreta. Su fantasía más íntima y secreta era algo que jamás le había contado a nadie y que sólo a duras penas se admitía a sí misma. Y era la siguiente: siempre que se masturbaba (lo cual le resultaba duro de reconocer en sí mismo) se imaginaba que era una niña pequeña a la que le estaban dando unos azotes. No sabía el porqué de esa fantasía. No recordaba haber recibido azotes de pequeña. Sus padres no eran partidarios del castigo físico. Y en realidad no era siquiera una fantasía, porque no deseaba que Leonard le diera unos azotes. Pero, por alguna razón que desconocía, verse como una niña pequeña a quien le están dando unos azotes la había ayudado siempre a alcanzar el orgasmo cuando se estaba acariciando.

Bien, ya estaba dicho: la cosa más embarazosa que Madeleine podía contar a otra persona. Era algo extraño que había en ella, algo que la mortificaba si pensaba demasiado en ello, por eso no lo hacía. Algo sobre lo que tenía control, pero que la hacía sentirse culpable.

Leonard no lo veía así. Sabía qué hacer con esa información. Lo primero, ir a la

cocina y servirle a Madeleine una gran copa de vino. Y hacer que se la bebiera. Lo siguiente, desnudarla por completo, darle la vuelta hasta ponerla boca abajo y empezar a poseerla. Mientras lo hacía, le daba azotes en las nalgas, a ella esto le resultó odioso. Madeleine le dijo una y otra vez que parara. Dijo que no le gustaba. Que era algo que *imaginaba* a veces; pero que en realidad no quería que pasara. ¡Para! ¡Déjalo ya! Pero Leonard no le hizo caso. Siguió haciéndolo. Mantuvo a Madeleine boca abajo, y volvió a darle azotes. Le metió los dedos y la azotó unas cuantas veces más. Ahora Madeleine estaba furiosa. Pugnó por levantarse. Y entonces sucedió. Algo se rompió en su interior. Madeleine olvidó quién era, y qué era lo que estaba bien y lo que no. Empezó a gemir, con la cara apretada contra la almohada, y cuando finalmente se corrió lo hizo con mucha más intensidad de cuantas veces se había corrido en su vida, y gritó, y los espasmos siguieron sacudiéndola durante varios minutos después del orgasmo.

No permitió que se lo volviera a hacer. No se convirtió en un hábito. Cuando pensaba en ello, a partir de entonces, se sentía abrumada por la vergüenza. Pero la posibilidad de volver a hacerlo seguía siempre ahí. La expectativa de que Leonard tomara de nuevo el mando sobre ella sin hacer ningún caso a sus ruegos, e hiciera lo que le viniera en gana, forzándola a reconocer lo que deseaba en realidad, se había ya instalado en su relación.

Después volvieron a tener relaciones sexuales con regularidad, que incluso llegaron a mejorar en su tiempo libre. Lo hacían muchas veces al día, en cada habitación del apartamento, el dormitorio, la sala, la cocina. Lo hacían en el Saab, con el motor al ralentí. El buen sexo de siempre, sin florituras, como el Creador dictaba. Leonard fue perdiendo peso poco a poco, hasta que volvió a estar delgado. Tenía tanta energía que se empleaba a fondo en el gimnasio durante dos horas seguidas. A Madeleine le gustaban mucho sus nuevos músculos. Y eso no era todo. Una noche, pegó los labios al oído de Leonard y le dijo, como si fuera una novedad: «¡Estás tan *grande*! Y era verdad. Hacía tiempo que el señor Gumby había quedado atrás. El «grosor viril» de Leonard llenaba a Madeleine de un modo que no sólo la satisfacía, sino que la dejaba sin aliento. Madeleine percibía a todo lo largo de su vaina cada milímetro de movimiento, hacia dentro o hacia fuera. Y deseaba a Leonard en todo momento. Nunca había pensado mucho en los penes de los demás chicos, ni había apreciado sus características en detalle. Pero el de Leonard era sumamente especial para ella, casi una presencia más en la cama. A veces se sorprendía sopesándolo discretamente en la mano. ¿Todo se reducía a lo físico, en última instancia? ¿Era eso el amor? La vida era tan injusta. Madeleine sintió lástima por todos los hombres que no eran Leonard.

Así, la mejoría rápida y en casi todos los niveles de su relación habría bastado para explicar por qué Madeleine había aceptado aquel diciembre la propuesta

repentina de Leonard. Pero fue una confluencia de factores lo que finalmente la llevó a llegar al límite. El primero fue lo mucho que la había ayudado Leonard con sus solicitudes a las escuelas de posgrado. Dado que había decidido volver a rellenarlas, Madeleine se vio ante la opción de volver a examinarse también del Examen de Evaluación de Posgrado. Leonard la animó a hacerlo, y le dio clases de matemáticas y lógica. Leyó detenidamente una muestra de su escritura (el nuevo texto que iba a enviar a *The Janeite Review*), y señaló los pasajes en los que la argumentación no era muy sólida. La noche anterior al envío de las solicitudes, Leonard escribió a máquina la información biográfica y la dirección en los sobres. Y al día siguiente, después de echar los sobres en la oficina de Correos de Provincetown, Leonard tumbó en la cama a Madeleine, le quitó las bragas y se puso a lamerla abajo, pese a sus protestas de que necesitaba una ducha. Forcejeó con él tratando de zafarse, pero él la sujetó con fuerza mientras le decía lo deliciosamente que sabía, hasta que ella finalmente le creyó. Y se relajó de un modo profundo que no era tanto sexual como existencial. Así pues, al final era verdad: Leonard equivalía a la relajación máxima.

Días después, Leonard le propuso matrimonio, y Madeleine aceptó.

Esperaba, sin embargo, que acabara pareciéndole una mala idea. Durante el mes siguiente no se lo dijeron a nadie. En Navidad llevó a Leonard a Prettybrook, arrojando la posibilidad de que a sus padres no les gustara. Las navidades eran siempre un gran festejo en el hogar de los Hanna. Nunca había menos de tres árboles, decorados con diferentes motivos, y celebraban una fiesta navideña anual para unos ciento cincuenta invitados. Leonard se comportó con aplomo en estas fiestas; charló con los amigos de Alton y Phyllida, entonó villancicos como uno más y causó una excelente impresión a todo el mundo. En el curso de los días siguientes demostró que era capaz de ver partidos de fútbol americano con Alton, y, como hijo de anticuario, de hacer comentarios inteligentes sobre las litografías de Thomas Fairland de la biblioteca. Nevó al día siguiente de Navidad, y Leonard salió al exterior muy temprano, sólo con su un tanto absurdo gorro de caza, y se puso a quitar con una pala la nieve de los senderos y de la acera. Siempre que Phyllida tenía un aparte con Leonard, Madeleine se ponía nerviosa, pero nada parecía ir mal. El hecho de que pesara diez kilos menos que en octubre, y que estuviera irreprochablemente guapo, no le pasó inadvertido a Phyllida. Madeleine quiso que la visita fuera corta, sin embargo, para no forzar su suerte, y se fueron tres días después para pasar el Año Nuevo en Nueva York antes de volver a Pilgrim Lake.

Dos semanas después, Madeleine llamó a sus padres para anunciar su compromiso matrimonial.

Claramente desprevenidos, Alton y Phyllida no supieron qué decir. Parecían profundamente sorprendidos, y en cuanto pudieron se las arreglaron para dar por terminada la conversación telefónica. Días después dio comienzo la campaña

epistolar. Le llegaron a Madeleine —por separado— mensajes de Alton y Phyllida cuestionando la sensatez de «atarse» tan pronto. Madeleine replicó a esas misivas, lo cual dio lugar a una nueva remesa de respuestas. En su segunda carta, Phyllida precisó más sus objeciones, reiterando las advertencias respecto de los riesgos que implicaba contraer matrimonio con un maníaco-depresivo. Alton le repitió lo que le había dicho en la carta primera, al tiempo que abogaba por la firma de un acuerdo prematrimonial encaminado a proteger los «intereses futuros» de Madeleine. Madeleine no respondió, y, varios días después, le llegó una carta de Alton en la que éste volvía a explicar su posición con un lenguaje menos legalista. Lo único que consiguieron todas aquellas cartas fue poner de manifiesto la impotencia de sus padres, cual si se tratara de un dictador aislado empeñado en un ruido de sables incapaz de poner en práctica sus amenazas.

Su estrategia final fue pedir el concurso de un intermediario. Alwyn llamó a Madeleine desde Beverly.

—He oído que estás prometida —dijo.

—¿Llamas para felicitarme?

—Enhorabuena. Mamá está muy cabreada.

—Gracias a ti —dijo Madeleine.

—Tenía que enterarse tarde o temprano.

—No, no tenía por qué.

—Bien, pero ahora lo sabe. —Fuera del ámbito acústico del auricular, Madeleine alcanzó a oír el llanto de Richard—. No para de llamarme para pedirme que trate de «hacerte entrar en razón».

—¿Por eso me llamas?

—No —dijo Alwyn—. Le he dicho que si quieres casarte con él, es cosa tuya.

—Gracias.

—¿Sigues enfadada conmigo por lo de las pastillas? —dijo Alwyn.

—Sí —dijo Madeleine—. Pero se me pasará.

—¿Estás segura de que quieres casarte con él?

—Sí.

—Muy bien, entonces. Es tu funeral.

—¿Eh? ¡Eso es horrible!

—Estoy *bromeando*.

La rendición oficial de sus padres, en febrero, no hizo más que empeorar el conflicto. Una vez que Alton y Madeleine dejaron de discutir sobre el pacto prematrimonial —y sobre si tal documento, por su propia naturaleza, invalidaba la confianza que todo matrimonio necesitaba para sobrevivir—; una vez que Robert Pyle, el abogado de Alton, redactó el documento y las dos partes lo firmaron, Phyllida y Madeleine empezaron a discutir sobre los detalles de la boda. Madeleine

quería algo sencillo e íntimo. Phyllida, consciente de las apariencias, quería la gran ceremonia que habrían celebrado en caso de que Madeleine se hubiera casado con alguien más adecuado en todos los sentidos. Propuso una boda tradicional en la parroquia local, la Trinity Episcopal, seguida de un banquete en la casa familiar. Madeleine dijo que no. Alton, entonces, sugirió una ceremonia informal en el Century Club de Nueva York. Madeleine, provisionalmente, aceptó. Una semana antes de que se empezaran a enviar las invitaciones, sin embargo, Leonard y ella encontraron por casualidad una vieja iglesia de marinos en las afueras de Provincetown. Y fue allí, en un recinto austero y solitario, al final de una península desierta, en medio de un paisaje digno de una película de Bergman, donde Madeleine y Leonard contrajeron matrimonio. Los amigos más leales de Phyllida y de Alton hicieron el viaje de Prettybrook a Cape Cod. Los tíos, tías y primos de Madeleine asistieron también, lo mismo que Alwyn, Blake y Richard. La familia de Leonard también estuvo presente: padre, madre y hermana, los cuales resultaron mucho más amables y simpáticos de lo que habría cabido esperar por las descripciones de Leonard. La mayoría de los cuarenta y seis invitados eran amigos de la universidad de Madeleine y de Leonard, menos proclives a tomar la ceremonia como un rito religioso que como una ocasión para la alegría y el jolgorio.

En la cena de la víspera Leonard tocó una canción de amor letona con el kokle, mientras Kelly Traub —cuyos abuelos eran de Riga— entonaba la letra. En el banquete de bodas Leonard hizo un solo brindis, que aludió a su trastorno con tanto tacto que sólo los que estaban enterados de su dolencia captaron la referencia, y que dio las gracias a Madeleine por ser el «ángel victoriano que me tiene a su cuidado». A medianoche, después de cambiarse de ropa, montaron en una limusina que los llevó al Four Seasons de Boston, donde se quedaron dormidos de inmediato. A la tarde siguiente partieron para Europa.

Mirando hacia atrás, Madeleine pensó que si no hubiera estado de luna de miel tal vez habría hecho caso antes a las señales de alerta. Estaba tan emocionada de estar en París, en el ápice de la primavera, que durante la primera semana todo le pareció perfecto. Se alojaron en el mismo hotel que Phyllida y Alton habían elegido para su viaje de novios, un hotel de tres estrellas que había conocido tiempos mejores, con camareros de pelo blanco que llevaban las bandejas con inclinaciones muy precarias. Era un hotel absolutamente francés, empero. (Leonard aseguró haber visto un ratón con boina). Daba al Jardín de las Plantas, y no había en él ningún otro huésped norteamericano. Leonard jamás había estado en Europa. Y a Madeleine la hacía feliz hacer de cicerone de Leonard, y saberse más entendida que él en algún campo.

Los restaurantes le ponían nervioso.

—Hay cuatro camareros sirviéndonos —dijo. Era su tercera noche en París, y cenaban en un restaurante con vistas al Sena—. Cuatro. Los he contado. Uno de ellos

dedicado exclusivamente a quitar las migas de pan.

En un aceptable francés de tercer curso, Madeleine eligió los platos de los dos. Para empezar, una vichyssoise.

Después de probarla, Leonard dijo:

—Esto supongo que se toma frío.

—Sí.

Leonard asintió con la cabeza.

—Un concepto nuevo.

La cena fue tal como Madeleine quería que fuera todo en su luna de miel. Leonard estaba tan apuesto con el traje de la boda. Madeleine se sentía hermosa también, con los brazos y los hombros desnudos y el pelo sujeto en la nuca. Los dos eran tan perfectos físicamente como lo serían siempre. Tenían una vida en común delante de ellos, una vida que se expandía hacia lo lejos como las luces del río. Madeleine se imaginaba ya contándoles la historia a sus hijos, la historia de «La primera vez que papá tomó una sopa fría». El vino se le había subido a la cabeza. Y casi lo dijo en voz alta. ¡Pero si no estaba preparada para tener hijos! Y sin embargo hela allí, pensando ya en ellos.

Pasaron los siguientes días visitando la ciudad. Para sorpresa de Madeleine, Leonard se mostraba menos interesado en los museos y las iglesias que en los artículos de los escaparates. Se paraba una y otra vez en los Campos Elíseos para admirar cosas que antes nunca le habían interesado: trajes, camisas, gemelos, corbatas de Hermes. Paseando por las calles estrechas del Marais, se paró delante de una sastrería. En el escaparate un tanto polvoriento había un maniquí sin cabeza con una capa negra de velada de ópera. Leonard entró en la sastrería para verla con detenimiento.

—Es realmente bonita —dijo, examinando el forro de raso.

—Es una *cape* —dijo Madeleine.

—Imposible encontrar algo parecido en los Estados Unidos —dijo Leonard.

Y la compró, gastándose una parte excesiva (en opinión de Madeleine) de su último salario de Pilgrim Lake. El sastre envolvió la prenda y la puso en una caja, e instantes después Leonard salió a la calle con ella. La capa era un capricho extraño, sin duda, pero no era el primer souvenir extraño que alguien compraba en París. Madeleine olvidó enseguida el asunto.

Aquella noche un aguacero azotó la ciudad. Hacia las dos de la madrugada los despertó una gotera del techo que caía directamente sobre la cama. Llamaron a recepción, y al poco se presentó un botones con un cubo, quien, sin pedir disculpa alguna, formuló una vaga promesa de que un «*ingénieur*» acudiría a remediarlo a la mañana siguiente. Colocando el cubo en el sitio preciso, y tendiéndose cuan largos eran en la cama, Madeleine y Leonard se las arreglaron para encontrar una postura

que les permitió seguir secos, aunque la gotera no les dejó pegar ojo en toda la noche.

—Es nuestro primer contratiempo como marido y mujer —dijo Leonard con voz suave en la oscuridad—. Y nos estamos arreglando. Estamos solucionándolo.

Fue después de dejar París cuando pareció que empezaban a importar las cosas. En la Gare de Lyon cogieron un tren nocturno a Marsella; su romántico compartimento del coche cama hizo inviable todo «idilio». Marsella, con su desorden, su sensación de peligro y su población multirracial, parecía una ciudad norteamericana, o meramente menos francesa. Reinaba una atmósfera arábigo-mediterránea. El aire olía a pescado, a lubricante, a flor de verbena. Mujeres con la cabeza cubierta por un pañuelo llamaban a sus proles de tez oscura. La primera noche, en la barra de un bar, poco después de las dos de la madrugada, Leonard trabó una amistad instantánea con un grupo de marroquíes con sudaderas de fútbol y tejanos de mercadillo. Madeleine estaba exhausta; quería volver al hotel, pero Leonard insistió en que tenían que tomar un *café cognac*. Desde su llegada a Francia había ido cosechando un buen puñado de palabras, que desplegaba de cuando en cuando como si hablara francés. Cuando aprendía un término de argot (la palabra *branché*, por ejemplo, aplicada a personas, significaba que estaban «en la onda»), Leonard se lo decía a Madeleine como si fuera él quien hablara francés con soltura. Y le corregía la pronunciación. Al principio, Madeleine pensó que la cosa iba en broma, pero pronto vio que no era ése el caso.

De Marsella viajaron hacia el este bordeando la costa. Cuando un camarero del vagón restaurante se acercó a su mesa para tomar nota de lo que iban a comer, Leonard insistió en responder en francés. Consiguió emitir las palabras, pero su pronunciación era atroz. Madeleine repitió lo que había pedido Leonard. Cuando terminó, Leonard la estaba mirando con ira.

—¿Qué?

—¿Por qué has repetido lo que he dicho?

—Porque el camarero no te ha entendido.

—Me ha entendido perfectamente —reiteró Leonard.

Cuando llegaron a Niza ya había anochecido. Después de registrarse en el hotel, fueron a un pequeño restaurante que había en la misma calle. Durante toda la cena, Leonard se mostró concienzudamente distante. Bebió vino de la casa (en exceso). Los ojos le brillaban cada vez que la joven camarera se acercaba a la mesa. Madeleine y Leonard no hablaron casi en toda la cena, como si llevaran casados veinte años. Cuando volvieron al hotel, Madeleine utilizó unos aseos comunales malolientes. Mientras hacía pis leyó un letrero en francés que prohibía echar papel de cualquier clase en el inodoro. Volvió la cabeza y descubrió la fuente del olor: la papelera estaba llena hasta los bordes de papel higiénico usado.

Reprimiendo las náuseas, volvió corriendo a la habitación.

—¡Dios! —dijo—. ¡El aseo está asqueroso!

—Eres una princesa.

—¡Ve tú! Y lo verás.

Leonard se llevó tranquilamente el cepillo de dientes a los aseos, y volvió sin inmutarse.

—Tenemos que cambiar de hotel —dijo Madeleine.

Leonard rió socarronamente. Con mirada vidriosa, dijo en un tono remilgado:

—¡La princesa de Prettybrook está horrorizada!

En cuanto se acostaron, Leonard agarró a Madeleine por las caderas y le dio la vuelta hasta ponerla boca abajo. Madeleine sabía que no debía permitir que Leonard tuviera acceso carnal a ella después del modo en que la había tratado durante toda la velada. Al mismo tiempo, se sentía tan triste y poco deseada que experimentó un enorme alivio ante el mero hecho de que la tocara. Estaba sellando un pacto horrendo, un pacto que acaso tendría consecuencias para toda su vida marital futura. Pero no pudo decir no. Dejó que Leonard la pusiera boca abajo y la poseyera —no de forma amorosa— por detrás. No estaba preparada para ello, y al principio le dolió. Leonard no le prestó atención alguna, y la embistió ciegamente. (Podría haber sido una mujer cualquiera). Cuando todo hubo terminado, Madeleine se echó a llorar, primero quietamente, luego de forma sonora. Quería que Leonard la oyera. Pero Leonard estaba dormido, o fingía estarlo.

Cuando Madeleine despertó a la mañana siguiente, Leonard no estaba en la habitación. Quería llamar a su madre, pero en la Costa Este estaban en plena madrugada. Y era peligroso mantenerla al corriente sobre el comportamiento de Leonard. Una vez facilitada una información, ya no hay posibilidad de marcha atrás. En lugar de llamar por teléfono, pues, se levantó y fue a coger el neceser para ver los frascos de pastillas de Leonard. Uno estaba casi vacío. Leonard había rellenado el otro antes de la boda, para no quedarse sin ellas mientras estaban en Europa.

Una vez se hubo cerciorado de que Leonard estaba tomando su medicina, Madeleine se sentó en el borde de la cama y trató de imaginar cómo encarar la situación.

La puerta se abrió y Leonard entró precipitadamente en la habitación. Estaba radiante, como si nada hubiera ocurrido.

—He encontrado otro hotel —dijo—. Mucho mejor. Te gustará.

La tentación de hacer caso omiso de la noche anterior era grande. Pero Madeleine no quería que quedara sentado aquel pésimo precedente. El peso del matrimonio gravitaba sobre ella por primera vez en la vida. No podía limitarse a tirarle un libro en la cabeza y marcharse, como había hecho en el pasado.

—Tenemos que hablar —dijo.

—Muy bien —dijo Leonard—. ¿Qué te parece durante el desayuno?

—No. Ahora.

—Muy bien —volvió a decir Leonard, en tono un tanto más suave. Miró a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse, y como no había ninguno siguió de pie.

—Ayer fuiste tan horrible conmigo... —dijo Madeleine—. Primero te enfadaste muchísimo cuando pedí tus platos. Luego hiciste como si yo ni siquiera estuviera allí. Y luego no paraste de coquetear con la camarera.

—Yo no coqueteé con la camarera.

—¡Sí coqueteaste! Estuviste todo el rato flirteando con ella. Y luego, cuando volvimos aquí, tú... ¡me utilizaste como si fuese un trozo de carne! —Al decir aquello no pudo evitar echarse a llorar de nuevo. La voz le salía chillona, de chiquilla; una voz que detestaba pero no podía evitar—. Te comportaste como si... ¡como si con quien estuvieras fuera con esa camarera!

—No quiero estar con esa camarera, Madeleine. Quiero estar contigo. Te quiero. Te quiero tanto.

Eran exactamente las palabras que Madeleine quería oír. La inteligencia le decía que desconfiara de ellas, pero otra parte de ella misma —una parte más débil— reaccionó con alegría.

—No puedes volver a tratarme nunca más así —dijo, aún hipando entre los sollozos.

—No lo haré. Jamás.

—Si vuelves a hacerlo, será el final.

Leonard la rodeó con los brazos, y le hundió la cara en el pelo.

—No volverá a pasar nunca más —susurró—. Te quiero. Y lo siento.

Fueron a un café a desayunar. Leonard se comportaba con sus mejores modos, retirándole la silla para que se sentara, comprándole el *Paris Match* en un quiosco de periódicos, ofreciéndole un brioche de la cestita.

Los dos días siguientes discurrieron con normalidad. El tiempo en Niza estaba nublado, y las playas llenas de guijarros. Aprovechando la dieta que había seguido antes de la boda, Madeleine se había llevado un bikini un tanto recatado para la Costa Azul aunque bastante atrevido para ella. Pero hacía demasiado frío para bañarse. Se sentaron en las hamacas reservadas para ellos por el hotel, una sola vez, durante un par de horas, porque las nubes de lluvia les aconsejaron volver de inmediato al interior.

Leonard seguía atento, y cariñoso, y Madeleine confió en que la pelea se hubiera ya zanjado.

El plan era pasar los dos últimos días en Mónaco, antes de volver en tren a París a tiempo para coger su vuelo de regreso a casa. A última hora de la tarde, con un cielo sin nubes —el primer día de verdad cálido, soleado de su viaje—, subieron al tren para un trayecto de veinte minutos escasos. Vieron pasar cipreses y calas relucientes,

y al instante siguiente estaban llegando a las inmediaciones —edificadas en exceso y excesivamente caras— de Montecarlo.

Un taxi Mercedes los llevó bordeando el mar hasta su hotel, encaramado en lo alto de la ciudad y del puerto.

El recepcionista, que llevaba una corbata ascot, dijo que tenían suerte de haber llegado en ese momento. El Grand Prix daba comienzo la semana siguiente y el hotel estaba completo. Ahora, sin embargo, era un lugar relativamente apacible y perfecto para una pareja en viaje de novios.

—¿Está por aquí Grace Kelly? —preguntó Leonard, sin venir a cuento.

Madeleine se volvió para mirarle. Leonard exhibía una gran sonrisa, y volvía a tener los ojos vidriosos.

—La princesa murió el año pasado, monsieur —respondió el recepcionista.

—Se me había olvidado —dijo Leonard—. Mi más sincero pésame para usted y para todos sus compatriotas.

—Gracias, monsieur.

—Éste no es en realidad un país, ¿no?

—¿Discúlpeme, monsieur?

—No es un reino. Es sólo un principado.

—Somos un país independiente, monsieur —dijo el recepcionista, envarándose.

—Porque me estaba preguntando cuánto sabría Grace Kelly de Mónaco cuando se casó con el príncipe Raniero. Quiero decir que probablemente creyó que era el gobernante de un país verdadero.

La expresión del recepcionista era ahora de impasibilidad. Les entregó la llave de la habitación.

—Madame, monsieur, espero que disfruten de su estancia entre nosotros.

En cuanto estuvieron en el ascensor, a solas, Madeleine dijo:

—¿Qué diablos te pasa?

—¿Qué?

—¡Ha sido una grosería!

—Sólo estaba tomándole un poco el pelo —dijo Leonard, con su sonrisa traviesa—. ¿Has visto las películas de la boda de Grace Kelly? El príncipe Raniero con uniforme militar, como si tuviera un gran reino que defender. Y luego vienes aquí y te das cuenta de que todo el país cabe en el Superdome. Es un decorado de teatro. No es extraño que el príncipe se casara con una actriz.

—¡Ha sido tan embarazoso!

—¿Y sabes lo que también es ridículo? —continuó Leonard, como si no la hubiera oído—. Lo de llamarse a sí mismos monegascos. Tenían que inventarse un nombre especial, algo más largo, siendo como es un país tan pequeñito.

Leonard entró apresuradamente en la habitación, y tiró la maleta encima de la

cama. Salió al balcón, pero a los pocos segundos volvió a entrar.

—¿Quieres un poco de champán? —dijo.

—No —contestó Madeleine.

Leonard fue hasta el teléfono y marcó el número del servicio de habitaciones. Lo hacía todo a la perfección. Las cualidades que estaba mostrando —extroversión, vitalidad, osadía— eran las cualidades que habían atraído a Madeleine en los primeros momentos. Sólo que ahora estaban amplificadas, como un equipo estéreo a un volumen tal que distorsionaba el sonido.

Cuando trajeron el champán, Leonard le dijo al camarero que dejara la botella en el balcón.

Madeleine salió al balcón para hablar con él.

—¿Desde cuándo te gusta el champán? —le preguntó.

—Desde que estoy en Montecarlo. —Leonard levantó la mano y señaló hacia fuera—. ¿Ves ese edificio? Creo que es el casino. No sé en qué película de Bond sale. Quizá debamos ir después de cenar a echarle un vistazo.

—¿Leonard? —dijo Madeleine con voz suave—. ¿Cariño? Si te pregunto una cosa, ¿me prometes que no vas a enfadarte?

—¿Qué? —dijo él.

—¿Te sientes bien?

—Me siento genial.

—¿Estás tomando las pastillas?

—Sí, estoy tomando las pastillas. De hecho —dijo, entrando en la habitación para coger el frasco de la maleta y volviendo a los pocos segundos— es hora de que me la tome. —Se metió una pastilla en la boca y la tragó con más champán—. ¿Ves? Estoy bien y genial.

—Y eso que has dicho no es muy tuyo; lo de «bien y genial».

—Pues parece que sí lo digo.

Rió al oírse decir esto.

—Quizá deberías llamar a tu médico. Sólo para dar señales de vida.

—¿A quién? ¿A Perlmann? —dijo Leonard, burlón—. Él debería llamarme a mí. Podría darle clases.

—¿De qué estás hablando?

—De nada —dijo Leonard, mirando el puerto, distante y lleno de yates—. Sólo que estoy haciendo ciertos descubrimientos que un tipo como Perlmann ni siquiera *imaginaría* poder llegar a hacer.

A partir de ahí, la velada fue de mal en peor. Después de apurar casi él solo la botella de champán, Leonard insistió en pedir otra. Cuando Madeleine se negó a que lo hiciera, él se enfureció y bajó al bar. Se puso a invitar a bebidas a otros clientes, un grupo de banqueros suizos y sus parejas. Cuando Madeleine bajó a buscarle una hora

después, Leonard fingió alegrarse sobremanera al verla. La abrazó y la besó, exagerándolo todo al máximo.

—Ésta es mi hermosa mujer —dijo.

Le presentó a los banqueros.

—Éstos son Till y Heinrich. Y estas chicas..., se me ha olvidado cómo se llaman pero nunca olvidaré sus preciosas caras. Till y Heinrich conocen un restaurante excelente, y van a llevarnos a él. Es el mejor de la ciudad, ¿no, Till?

—Es muy bueno —dijo el suizo—. Un sitio secreto.

—Bien. Porque yo no quiero ir a ningún sitio donde haya un solo turista norteamericano, si sabéis a lo que me refiero. O quizá deberíamos ir directamente al casino. ¿Se puede cenar en el casino?

Era difícil de decir si aquellos europeos se percataban de cuán extraño era el comportamiento de Leonard o si tomaban su excesiva familiaridad por un rasgo de su condición de norteamericano. En cualquier caso, parecía que Leonard les divertía mucho.

Fue entonces cuando Madeleine hizo algo que luego lamentó. En lugar de llevarse a Leonard de allí y buscar un médico (aunque no tenía la menor idea de cómo hacer esto último), volvió a subir a la habitación. Cogió el frasco de pastillas de donde lo había dejado Leonard y a través de la centralita del hotel llamó por conferencia al número del doctor Perlmann, que estaba escrito en la etiqueta del frasco. Perlmann no estaba en su consulta, pero cuando Madeleine dijo que se trataba de una urgencia, la recepcionista tomó el número de teléfono del hotel de Madeleine y prometió que el doctor Perlmann la llamaría en cuanto pudiera.

Transcurrido un cuarto de hora sin que sonara el teléfono, Madeleine volvió a bajar al bar, pero Leonard y los banqueros ya se habían ido. Buscó en el restaurante del hotel y en la terraza, pero no encontró ni rastro de ellos. Con alarma creciente, volvió a la habitación y vio que Leonard había estado allí mientras ella estaba fuera. Su maleta estaba abierta, y había ropas esparcidas por el suelo. No había ninguna nota. Y en ese momento sonó el teléfono. Era el doctor Perlmann.

Madeleine le contó al psiquiatra en un largo torrente de palabras todo lo que había sucedido.

—Bien. Necesito que se calme —dijo Perlmann—. ¿Podrá hacer eso por mí? Percibo mucha ansiedad en su voz. Puedo ayudarla, pero tiene que calmarse, ¿de acuerdo?

Madeleine se tranquilizó.

—De acuerdo —dijo.

—Bien, ¿sabe adónde puede haber ido Leonard?

Madeleine se quedó pensando unos segundos.

—Al casino. Ha dicho que quería ir a jugar al casino.

—Escúcheme —dijo Perlmann, con voz templada—. Lo que tiene que hacer es llevar a Leonard al hospital más cercano. Necesita que lo vea un psiquiatra. De inmediato. Eso es lo primero. En el hospital sabrán tratarle adecuadamente. Y, en cuanto consiga hacerlo, déles mi número de teléfono.

—¿Y si Leonard se niega a ir al hospital?

—Tiene que hacer que vaya —dijo Perlmann.

El taxista aceleró a lo largo de la cornisa con los faros encendidos. La carretera era un continuo zigzag. A veces tenían el mar enfrente, negro y vacío, y parecía que iban a despeñarse por el acantilado, pero el coche daba un viraje y volvían a aparecer las luces de la ciudad, cada vez más cerca. Madeleine se preguntaba si debería ir a la policía. Trató de imaginar cómo decir «maníaco-depresivo» en francés. La única palabra que le venía a la cabeza, *maniaque*, sonaba demasiado dura.

El taxi entró en la zona densamente poblada que rodeaba el puerto. El tráfico se hacía más intenso a medida que se acercaban al casino. Rodeado de cuidados jardines clásicos y de fuentes iluminadas, el Casino de Montecarlo era un edificio Beaux Arts, con caprichosas torres en forma de tarta nupcial y cúpula sobre el remate de cobre. Delante había Lamborghinis y Ferraris aparcados de seis en fondo, cuyos capós se reflejaban en la marquesina. Madeleine tuvo que mostrar su pasaporte para que la dejaran entrar, ya que los ciudadanos de Mónaco tenían prohibida por ley la entrada al casino. Compró un ticket para la sala de juego principal y entró en ella.

En cuanto miró a su alrededor perdió toda esperanza de encontrar a Leonard. El Grand Prix no había empezado, pero el casino estaba atestado de turistas. Se apiñaban en torno a las mesas de juego, todos mejor vestidos que en el casino indio que habían visitado recientemente, pero con la misma avidez en el semblante. Tres saudíes con gafas de sol estaban sentados en la mesa de bacarrá. Un hombre de más de uno ochenta de altura y corbata de cordón tiraba los dados. Un grupo de alemanes —los hombres con chaquetas bávaras de cuello de ante— admiraban los frescos del techo y las vidrieras, mientras hablaban en tonos de gorjeo. Todo ello podría haber interesado a Madeleine en otras circunstancias. Pero en aquel momento todo aristócrata o gran jugador no era sino alguien que se interponía en su camino. Tenía la impresión de abrirse paso entre ellos casi a codazos, o incluso de apartarlos a patadas.

Fue avanzando despacio hacia el centro de la sala, donde se concentraban las mesas de juegos de cartas. Empezaba a parecerle poco probable que Leonard estuviera allí. Tal vez se había ido a cenar con los banqueros suizos. Lo mejor que podía hacer quizá era volver al hotel y esperar. Y de pronto, en la mesa de blackjack, sentado en una silla de terciopelo granate, allí estaba Leonard.

Se había hecho algo en el pelo —se lo había mojado quizá, o se había dado fijador—, y lo llevaba como pegado a la nuca. Y llevaba la capa negra.

Su montón de fichas era más pequeño que el de los demás jugadores. Estaba

inclinado hacia delante, muy concentrado, con los ojos fijos en el repartidor de cartas. Madeleine pensó que lo mejor era no interrumpirle.

Al verlo así, con mirada agitada, vestido tan anticuadamente, con el pelo liso y lustroso como el de un vampiro, Madeleine cayó en la cuenta de que jamás había aceptado —jamás había asimilado totalmente— la realidad de la enfermedad de Leonard. En el hospital, cuando se recuperaba de su crisis, el comportamiento de Leonard había sido peculiar pero comprensible. Se mostraba aturdido, como después de un accidente de coche. Esto —la fase maníaca— era diferente. Leonard parecía una persona loca de verdad, y ello le producía pavor.

Maniaque no era un término muy erróneo. ¿A qué se refería *maníaco* sino a alguien que padece «manía»?

Había evitado a la gente desequilibrada toda su vida. Se había mantenido alejada de los chicos raros cuando estaba en primaria. Y en secundaria había evitado a las chicas sombrías que intentaban suicidarse y acababan vomitando pastillas. ¿Qué había en la gente con trastornos mentales que nos impulsaba a rechazarla? La inutilidad de razonar con ella, ciertamente, pero también algo más, algo como miedo al contagio. El casino, con su murmullo constante y el aire lleno de humo, era como una proyección de la fase maníaca de Leonard, un lugar rugiente atestado de gente escandalosamente rica que abría la boca para hacer apuestas o para pedir alcohol a gritos. Madeleine sintió el impulso de darse la vuelta y huir. Si daba un paso adelante se vería condenada a una vida de tener que hacer constantemente lo mismo. De preocuparse por Leonard, de controlarlo, de preguntarse qué había pasado cada vez que llegaba a casa con media hora de retraso. Lo único que tenía que hacer era darse la vuelta e irse. Nadie se lo reprocharía nunca.

Y entonces, por supuesto, dio el paso. Se acercó a la silla de Leonard, y se quedó en silencio a su espalda.

Había media docena de jugadores alrededor de la mesa, todos hombres.

Se adentro en su campo visual y dijo:

—¿Cariño?

Leonard miró de soslayo. No parecía sorprendido de verla.

—Hola —dijo, volviendo a fijar la mirada en las cartas—. Perdona por haberme marchado así. Pero tenía miedo de que no me dejaras jugar. ¿Estás enfadada conmigo?

—No —dijo Madeleine en tono tranquilizador—. No estoy enfadada.

—Estupendo. Porque creo que esta noche estoy de suerte.

Le lanzó un guiño.

—Cariño, necesito que vengas conmigo.

Leonard hizo una apuesta. Volvió a inclinarse hacia delante, concentrándose en el repartidor. Al mismo tiempo, dijo:

—Ya me he acordado de la peli de Bond donde sale este casino. *Nunca digas nunca jamás.*

El repartidor echó las dos primeras cartas.

—Una más —dijo Leonard.

El repartidor le sirvió otra carta.

—Otra.

Con ella, Leonard se pasó de veintiuno. El repartidor le recogió las cartas, y el crupier le retiró las fichas.

—Vámonos —dijo Madeleine.

Leonard se inclinó hacia ella en ademán conspirativo.

—Está usando dos barajas. Cree que no puedo vérmelas con dos barajas, pero se equivoca.

Apostó de nuevo y el ciclo se repitió. El repartidor tenía diecisiete y Leonard pensó que podía ganarle. Tenía trece cuando pidió una carta más, que resultó ser una jota.

El crupier se llevó sus últimas fichas.

—Se acabó —dijo Leonard.

—Vámonos, cariño.

Leonard volvió hacia ella su mirada vidriosa.

—Tú no me dejarías algo de dinero, ¿verdad?

—Ahora no.

—En la riqueza y en la pobreza —dijo Leonard.

Pero se levantó de la silla.

Madeleine condujo a Leonard cogido del brazo hacia la salida. Él se dejó llevar voluntariamente. Cuando se acercaban a lo alto de las escaleras, sin embargo, Leonard se detuvo. Levantó la barbilla e hizo una mueca curiosa. Y, con acento inglés, dijo:

—Mi nombre es Bond. James Bond.

Levantó de pronto los brazos y se envolvió en la capa a la manera de Drácula. Antes de que Madeleine pudiera reaccionar, Leonard se zafó de ella y empezó a agitar la capa como si fueran alas, con expresión gozosamente demente, traviesa, segura de sí misma.

Madeleine trató de seguirle, pero los tacones se lo impidieron. Al final se los quitó, y salió corriendo del casino. Pero Leonard había desaparecido.

Y no volvió en toda la noche.

Y no volvió al día siguiente.

Para entonces Madeleine ya estaba en contacto con Mark Walker, del consulado en Marsella. A través de antiguos alumnos de Baxter, Alton había conseguido hablar por teléfono con el embajador norteamericano en Francia. El embajador Galbraith

había tomado nota de la información que le proporcionó Madeleine y se la había enviado a Walker, que llamó a Madeleine para comunicarle que las autoridades de Mónaco, Francia e Italia estaban todas informadas de la situación, y que se pondría en contacto con ella en cuanto supiera algo. Entretanto, Phyllida había ido inmediatamente al Newark Airport y había cogido un vuelo nocturno a París. A la mañana siguiente enlazó con otro vuelo a Mónaco, y llegó al hotel de Madeleine justo después del mediodía. Durante las dieciocho horas transcurridas entre la llamada telefónica y la entrada de Phyllida en la habitación, Madeleine pasó por toda una gama de emociones. Había momentos en los que estaba furiosa con Leonard por haberse esfumado, y otros en los que se castigaba a sí misma por no haberse percatado antes de que algo iba mal. Estaba furibunda contra los banqueros suizos, y —quién sabe por qué— contra las chicas que les acompañaban, por haber tentado a Leonard para que se fuera del hotel. Le preocupaba sobremanera que Leonard pudiera hacerse daño a sí mismo, o que pudiera detenerlo la policía. A veces se dejaba ganar por la lástima de sí misma, sabedora de que sólo se tiene una luna de miel verdadera en la vida, y de que la suya había sido un fracaso. Pensó en llamar a la madre de Leonard, o a su hermana, pero no tenía los teléfonos; aunque tampoco tenía ganas de hablar con ellas, porque en cierto modo también las culpaba.

Y entonces apareció Phyllida, seguida del botones, vestida impecablemente y bien peinada. Todo lo que Madeleine odiaba en su madre —su rectitud imperturbable, su falta de emoción patente— era exactamente lo que en ese momento necesitaba. Se derrumbó y se puso a sollozar en su regazo. Phyllida reaccionó llamando al servicio de habitaciones para que les subieran la comida. Esperó a que Madeleine hubiera dado cuenta del almuerzo en toda regla que había pedido para ella, y sólo entonces le hizo la primera pregunta sobre lo que había sucedido. Poco después, llamó Mark Walker con la nueva de que una persona que respondía a la descripción de Leonard había ingresado aquella mañana temprano en el Princess Grace Hospital, aquejado de psicosis y con varias lesiones leves ocasionadas por una caída. Al hombre, que hablaba inglés con acento norteamericano, lo habían encontrado en la playa, sin camisa y sin zapatos, y sin ninguna documentación. Walker se ofreció a viajar desde Marsella para acompañar a Madeleine y Phyllida al hospital para comprobar si la persona en cuestión —como parecía probable— era Leonard.

Mientras esperaban a Walker, Phyllida le dijo a Madeleine que se lavara y se arreglara para estar presentable, e insistió en que al hacerlo se sentiría con más control sobre sí misma, lo que resultó muy cierto. Walker, un modelo de eficiencia y tacto, las recogió con un coche con chófer del consulado. Madeleine, agradecida por tal solícita ayuda, se esforzó todo lo posible por no dar la impresión de que se estuviera viniendo abajo.

El Princess Grace Hospital, rebautizado en honor de la antigua estrella de cine

norteamericana, era el lugar donde ésta había muerto el año anterior a causa de un accidente de automóvil. Aún eran visibles ciertas muestras de luto en el hospital: una guirnalda negra —que ornaba un retrato al óleo de la princesa— en el vestíbulo principal; tablones de anuncios llenos de cartas de condolencia llegadas de todo el mundo. Walker les presentó al doctor Lamartine, un psiquiatra delgado y con cara de calavera, que explicó que Leonard se hallaba en ese momento fuertemente sedado. Le estaban administrando un antipsicótico fabricado por Rhône-Poulenc que no estaba disponible en los Estados Unidos. Lamartine aseguró haber obtenido excelentes resultados con ese fármaco en el pasado, y no veía razón alguna por la que en el caso de Leonard no sucediera lo mismo. Los resultados clínicos de ese medicamento eran tan extraordinarios, de hecho, que la negativa de la FDA a darle el visto bueno en los Estados Unidos era un misterio para ellos, o quizá no tanto —añadió en tono de queja profesional—, dado que no se trataba de una patente norteamericana. En este punto pareció acordarse de Leonard. Sus lesiones físicas eran las siguientes: dientes astillados, magulladuras en la cara, una costilla rota y otras abrasiones menores.

—Ahora está dormido —dijo el psiquiatra—. Pueden entrar a verlo, pero por favor déjenle dormir.

Madeleine entró sola. Antes de apartar la cortina que rodeaba la cama, le llegó el olor a tabaco que emanaba de la piel de Leonard. Casi esperaba verlo incorporado en la cama, y fumando, pero la persona que vio no era ni el Leonard errático y desbocado, ni el Leonard tembloroso y huidizo, ni el Leonard maníaco ni el Leonard depresivo, sino un Leonard inerte, víctima de un accidente. Tenía un tubo intravenoso en el brazo. El lado derecho de la cara lo tenía hinchado; le habían suturado el labio superior partido, la carne, alrededor, era de un púrpura oscuro y empezaba a cicatrizar. El médico le había dicho que no lo despertara, pero se inclinó sobre él y le levantó suavemente el labio herido. Lo que vio entonces la dejó boquiabierta: le faltaban los dos dientes frontales, se los había roto de raíz, y la lengua rosada le brillaba a través del hueco.

Lo que le había acontecido nunca llegó a aclararse por completo. Leonard había estado demasiado ajeno a ello para poder recordar las treinta y seis horas últimas. Al salir del Casino de Montecarlo había ido al restaurante donde los banqueros suizos estaban cenando. No tenía dinero, pero les convenció de que poseía un método infalible para el conteo de cartas. Después de la cena, los banqueros suizos llevaron a Leonard al casino Loews —un local norteamericano—, y le dieron dinero para empezar a jugar. El acuerdo era repartir las ganancias al cincuenta por ciento. Esta vez, bien por el método o bien por suerte, Leonard empezó bien. Siguió un rato en buena racha. Pronto había ganado mil dólares. Pero luego la noche empezó a descontrolarse. Se fueron del casino y entraron en varios bares. Las chicas de los banqueros seguían con ellos, o tal vez no. O quizá para entonces él estaba con otro

grupo de banqueros. En un momento dado volvió solo a Loews. El repartidor utilizaba sólo una baraja. Pese a la fase maníaca de su psicosis —precisamente a causa de ella—, Leonard se las arregló para contar las cartas y para retener bien los datos en la cabeza. Pero acaso no lo mantuvo tan en secreto como debería, porque al cabo de una hora llegó el jefe de sala y puso a Leonard de patitas en la calle, no sin advertirle antes de que no se le ocurriera volver jamás. Para entonces Leonard llevaba ganados casi dos mil dólares. Y fue aquí donde la memoria empezó a desdibujarse. El resto de la historia lo reconstruyó Madeleine a partir de los informes policiales. Después de que lo echaran de Loews, Leonard había sido visto en un «establecimiento» del barrio. En algún momento del día siguiente, acabó en el Hôtel de Paris con un grupo de gente que podía ser o no el de los banqueros suizos. Y algún tiempo después, mientras bebían en habitaciones contiguas, Leonard había apostado con alguien que podía saltar de un balcón a otro. Por fortuna, sólo era un segundo piso. Para hacerlo se había quitado los zapatos, pero no lo había conseguido. Había resbalado y se había golpeado la mejilla y la boca contra la barandilla del balcón, y había caído al vacío. Se levantó del suelo y, sangrando, medio enajenado, se había puesto a vagar por la playa. En determinado momento se había quitado la camisa y se había metido en el agua para nadar un poco. Y fue cuando salió del agua y trató de entrar de nuevo en el hotel cuando la policía lo detuvo.

El antipsicótico francés era ciertamente un fármaco extraordinario. Al cabo de dos días Leonard volvía a estar lúcido. Se sentía tan lleno de remordimientos, tan horrorizado por su conducta y por su tentativa de alterar las dosis de su medicación, que se pasó todas las visitas de Madeleine bien pidiéndole perdón o bien mudo de arrepentimiento. Madeleine le dijo que lo olvidara. Que no era culpa suya.

Durante su estancia en Mónaco —desde el momento de su llegada hasta el momento de su partida, una semana después—, Phyllida no dijo ni una sola vez «Ya te lo dije». Madeleine se lo agradeció en el alma. Se sorprendió de ver cuán mundana era Phyllida, cuán imperturbable se había mostrado cuando se supo con certeza qué tipo de «establecimiento» había visitado Leonard. Madeleine, al enterarse, se había echado a llorar. Pero Phyllida le había dicho, con talante adusto: «Si sólo es eso lo que vas a tener que lamentar en tu matrimonio, serás muy afortunada». Y dijo también, de forma harto humana: «No estaba en sus cabales, Maddy. Tienes que olvidarlo. Olvidarlo y seguir adelante». A Madeleine le chocó mucho que Phyllida hablara por experiencia propia, que el matrimonio de sus padres fuera más complicado de lo que ella jamás hubiera sospechado.

Las visitas de Phyllida al cuarto del enfermo resultaron bastante embarazosas, sin embargo. Phyllida y Leonard seguían sin conocerse apenas. En cuanto Leonard estuvo «fuera de peligro», Phyllida voló a Nueva Jersey a preparar la casa para la llegada de Madeleine y Leonard.

Madeleine siguió alojada en el hotel. Sin nada que hacer más que ver la televisión francesa de las dos cadenas que recibía el televisor de la habitación, y determinada a no volver a poner los pies en el casino, Madeleine se pasaba las horas en el Musée Océanographique. La tranquilizaba sentarse a la luz submarina de los acuarios, observando cómo se deslizaban por ellos las criaturas marinas. Al principio comía sola en el comedor del hotel, pero su presencia atraía demasiado la atención de los varones. Así que se quedaba en la habitación y pedía que le subieran la comida, con la que bebía más vino que de costumbre.

Tenía la sensación de haber envejecido veinte años en dos semanas. Ya no era una recién casada, ni siquiera una persona joven.

Un día claro de mayo, Leonard recibió el alta médica. Una vez más, como lo había hecho el año anterior, Madeleine esperó ante la entrada del hospital mientras una enfermera bajaba a Leonard en una silla de ruedas. Cogieron un tren a París, y se hospedaron en un hotel modesto de la Orilla Izquierda.

El día anterior de su vuelo de regreso a los Estados Unidos, Madeleine dejó a Leonard en la habitación mientras ella iba a comprarle cigarrillos. El día estival era magnífico, y los colores de las flores en el parque tan vivos que le hacían daño en los ojos. Un poco más adelante, vio una escena que la dejó asombrada: un grupo de colegialas precedidas por una monja. Estaban cruzando la calle, en dirección a la entrada del patio de su colegio. Sonriendo por vez primera en varias semanas, Madeleine observó lo que hacían. Ludwig Bemelmans había escrito varias continuaciones de su obra *Madeline*. En una de ellas, Madeline se había ido con un circo gitano. En otra, un perro la había salvado de morir ahogada. Pero, pese a todas sus aventuras, Madeline nunca había dejado de tener ocho años. Y era una lástima. A Madeleine le habría gustado poder disfrutar de otros ejemplos ilustrativos, de otras entregas de la serie. Madeline haciendo el *baccalauréas*. Madeline diciendo en la Sorbona: «y al novelista Camús, que le sirvan un cuscús». Madeline practicando el amor libre, o entrando en una comuna, o viajando a Afganistán. Madeline participando en el Mayo del 68, arrojando piedras a la policía, o gritando: «Bajo los adoquines, la playa».

¿Se casó Madeline con Pepito, el hijo del embajador español? ¿Siguió siendo pelirroja? ¿Siguió siendo la más pequeña y la más valiente?

No exactamente en dos filas muy rectas, pero en un orden aceptable, las chicas cruzaron las verjas y desaparecieron en el interior del colegio de monjas. Madeleine volvió al hotel, donde Leonard, aún vendado —una baja de otro tipo de guerra—, la estaba esperando.

*Sonreían a los buenos,
y fruncían el ceño a los malos,
y a veces estaban muy tristes.*

El tren del Northeast Corridor apareció en la vía, en medio de una nube de hollín y de la distorsión causada por el calor. Madeleine siguió de pie en el andén, tras la línea amarilla, entrecerrando los ojos, con las gafas torcidas. Después de dos semanas de haberlas perdido, las gafas habían aparecido el día anterior en el fondo de la cesta de la ropa sucia. La graduación ya no era la correcta —necesitaba que se la ajustaran— y los cristales estaban rayados y la montura —de moda hacía tres años— se había quedado anticuada. Iba a tener que decidirse y comprarse otras gafas antes de empezar en la escuela de posgrado.

En cuanto se hubo cerciorado de que el tren se estaba acercando, se quitó las gafas y las metió en el bolso. Se volvió para buscar a Leonard, que, quejoso de la humedad ambiente, había entrado en una sala de espera con escaso aire acondicionado.

Era un poco antes de las cinco de la tarde. Esperaban al tren unas dos docenas de personas.

Madeleine asomó la cabeza en el interior de la sala de espera y vio a Leonard sentado en un banco, con ojos apagados y la mirada fija en el suelo. Seguía con la camiseta negra y los pantalones cortos, pero se había peinado hacia atrás y se había hecho una coleta. Madeleine le llamó.

Leonard alzó la mirada y se puso en pie despacio. Había tardado lo indecible en salir de casa y montar en el coche, y Madeleine había temido que fueran a perder el tren.

Las puertas del tren se habían abierto instantes antes de que Leonard saliera al andén y entrara detrás de Madeleine en el vagón más cercano. Eligieron un asiento para dos personas, para no tener que sentarse junto a nadie. Madeleine sacó del bolso un ejemplar muy manoseado de *Daniel Deronda* y se echó hacia atrás en el asiento.

—¿Has traído algo para leer? —dijo.

Leonard negó con la cabeza.

—Me limitaré a contemplar el hermoso paisaje de Nueva Jersey.

—Hay partes muy bonitas en Nueva Jersey —dijo Madeleine.

—Eso cuenta la leyenda —dijo Leonard, con la mirada fija en el exterior.

El trayecto de cincuenta y nueve minutos no corroboraba demasiado la afirmación de Madeleine. Cuando no pasaban por largos tramos de jardines traseros de casas adosadas entraban en otras ciudades moribundas, como Elisabeth o Newark. El patio de una cárcel de mínima seguridad daba la espalda a las vías del tren; los presos llevaban uniformes blancos como en una convención de panaderos. En las proximidades de Secaucus empezaban los pantanos de tonalidad verde clara, sorprendentemente hermosos si no se levantaba la vista hacia las chimeneas y muelles de carga circundantes.

Llegaron a Penn Station en la hora punta. Madeleine evitó las escaleras mecánicas

atestadas y condujo a Leonard a unas escaleras con menos gente, por las que subieron hasta la planta principal para acceder a la salida de la estación. Minutos después se vieron en el calor y la luz de la Octava Avenida. Eran pasadas las seis.

Al ponerse en la cola para el taxi, Leonard echó una mirada a los edificios cercanos, como preocupado por que pudieran desplomarse encima de él.

—Nueva York —dijo—. Justo como me lo imaginaba.

Era su último comentario jocoso. Cuando subieron al taxi y se dirigieron hacia el centro, Leonard le preguntó al taxista si por favor podía poner el aire acondicionado. El taxista respondió que estaba estropeado. Leonard bajó la ventanilla y sacó la cabeza por ella como un perro. Por espacio de un momento, Madeleine lamentó haberlo llevado con ella.

Su premonición del Casino de Montecarlo había sido más certera de lo que entonces había imaginado. Se había convertido ya en la esposa trémula, en el custodio siempre vigilante. Se había convertido ya en la esposa de un «maníaco-depresivo». Madeleine no desconocía en absoluto la posibilidad de que Leonard se quitara la vida mientras ella dormía. Y ya se le había pasado por la cabeza la idea de que la piscina podía invitar al olvido. De las veintiún señales de la lista que Wilkins le había entregado, Madeleine había puesto la cruz al lado de diez de ellas: cambio en las rutinas del sueño; falta de disposición para comunicarse; desatención del trabajo; desatención de la apariencia personal; alejamiento de la gente y sus actividades; perfeccionismo; agitación; aburrimiento extremo; depresión y cambio de personalidad. Entre las señales de alerta que no se cumplían en Leonard estaba no haber intentado nunca suicidarse (aunque había pensado en la posibilidad de hacerlo), no tomar drogas (en el momento actual), no ser propenso a los accidentes, no hablar de querer morirse y no haber repartido por doquier todas sus pertenencias. A Leonard no parecía importarle ya el futuro. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer en adelante. No quería tener un estudio. Llevaba los mismos pantalones cortos negros desde hacía dos semanas.

Diez señales de alerta de una lista de veintiuna. No era demasiado tranquilizador. Pero cuando se lo comentó al doctor Wilkins, éste dijo:

—Si a Leonard no le afectaran ninguna de esas señales, no estarías aquí. Nuestro trabajo consiste en hacer que esas señales vayan reduciéndose poco a poco a sólo tres o cuatro. O a una o dos. Confío en que lo lograremos.

—¿Y hasta entonces? —preguntó Madeleine.

—Hasta entonces tenemos que actuar con mucho cuidado.

Madeleine trataba de actuar con mucho cuidado, pero no era fácil. Había llevado a Leonard a Nueva York para evitar el peligro de dejarlo solo en casa. Pero ahora que estaba con ella en la ciudad, existía el peligro de que le diera un ataque de pánico. Madeleine había tenido que elegir entre dejarlo solo en Prettybrook, y preocuparse, y

llevarlo con ella a Nueva York, y preocuparse igualmente. En general, se preocupaba menos si podía vigilarlo personalmente.

Ella, Madeleine, era lo único que se interponía entre Leonard y la muerte. Así lo sentía ella. Como Madeleine conocía ya las señales de alerta, estaba siempre vigilante por si aparecían. Peor aún, estaba atenta ante cualquier cambio en el ánimo de Leonard que pudiera *anunciar* alguna de las señales de alerta. Se mostraba atenta incluso a *advertencias* de las señales de alerta. Y ello llamaba a confusión. Por ejemplo, no sabía si el hecho de que Leonard se levantara pronto por la mañana constituía un cambio en sus rutinas del sueño o indicaba una evolución beneficiosa. No sabía si su perfeccionismo anulaba su falta de ambición, o si eran las dos caras de la misma moneda. Cuando uno está entre alguien que ama y la muerte, es difícil estar despierto y es difícil dormir. Cuando Leonard se quedaba hasta altas horas viendo la televisión, Madeleine lo controlaba desde la cama. Nunca podía dormirse de verdad hasta que él subía y se acostaba a su lado. Se mantenía atenta a los sonidos que él hacía abajo. Era como si su propio corazón le hubiera sido extirpado quirúrgicamente del pecho y lo mantuvieran en un lugar remoto, conectado a ella y bombeando sangre a través de sus venas, pero expuesto a peligros que ella no alcanzaba a ver: como tener el corazón en una caja en alguna parte, al aire libre, sin protección alguna.

Llegaron a la Octava Avenida, y torcieron para enfilear Broadway y Columbus Circle. Leonard metió la cabeza dentro del coche como para volver a comprobar la temperatura, y volvió a sacarla por la ventanilla.

El taxista giró hacia la derecha en la calle Setenta y dos. Minutos después entraban en Riverside Drive. Kelly les estaba esperando en la acera, ante la entrada del edificio.

—¡Lo siento! —dijo Madeleine, apeándose del taxi—. El tren ha tenido retraso.

—Siempre dices lo mismo —dijo Kelly.

—Siempre es verdad.

Se abrazaron, y Kelly preguntó:

—¿Así que venís a la fiesta?

—Ya veremos.

—¡Tenéis que venir! No puedo ir sola.

El taxi seguía al ralentí, junto al bordillo. Por fin se bajó de él Leonard. Con pasos pesados cruzó la acera soleada y se refugió en la sombra del toldo.

Kelly, que era una buena actriz, sonrió a Leonard como si no hubiera oído nada sobre su enfermedad y lo encontrara con un aspecto estupendo.

—Hola, Leonard. ¿Cómo te va?

Leonard, como de costumbre, lo tomó como si se lo preguntaran de verdad. Suspiró, y dijo:

—Estoy agotado.

—¿Estás agotado? —dijo Kelly—. ¿Tú? ¡Pues imagínate yo! Le he enseñado a Maddy como quince apartamentos. Y ya basta. Si no os quedáis con éste, os «despido».

—No puedes despedirnos —dijo Madeleine—. Somos tus clientes.

—Pues abandono. —Los condujo al interior. El vestíbulo tenía paneles de madera, y estaba fresco—. No, en serio, Maddy. Tengo otro en cartera, más cerca de Columbia, por si quieres verlo. Pero dudo que sea más bonito que éste.

Después de registrarse ante el portero, cogieron el ascensor y subieron al piso doce. En el descansillo del apartamento, Kelly buscó las llaves en el bolso, operación que le llevó varios minutos —llevaba muchos juegos—, y cuando la encontró abrió la puerta y les hizo pasar.

Hasta entonces, Kelly le había enseñado a Madeleine apartamentos que daban a conductos de ventilación, o colindantes con casas de pisos muy modestas, o diminutos e infestados de cucarachas, o con olor a meados de gato. Aunque Madeleine no se hubiera estado muriendo de ganas de irse de casa de sus padres, el apartamento de una habitación que ahora estaba viendo la habría dejado deslumbrada. Era clásico, de paredes recién pintadas de blanco, con molduras tipo corona y suelos de parqué. La habitación era lo bastante grande para una cama de matrimonio; la cocina, modernizada; el estudio, utilizable; la sala, muy pequeña pero con el encanto de una chimenea, que no podía encenderse. Había incluso un comedor. El punto fuerte del apartamento era, sin embargo, la vista de la que se disfrutaba. Arrojada, Madeleine abrió la ventana de la sala y se asomó sobre el alféizar. El sol —faltaban aún dos horas para que se ocultara— levantaba lentejuelas en el corte del río y hacía que las Palisades —normalmente grises— adquirieran una tonalidad rosa claro. Al norte se veían los picos transparentes del G. W. Bridge. El ruido del tráfico ascendía desde la West Side Highway. Madeleine miró hacia abajo, hacia la calzada de enfrente del edificio. Era una larga caída en picado. Sintió un súbito miedo.

Volvió a meter la cabeza y llamó a Leonard. Al ver que no respondía, volvió a llamarlo mientras recorría con paso rápido el pasillo.

Leonard estaba en la habitación con Kelly. La ventana estaba cerrada.

Ocultó su alivio examinando el armario empotrado.

—Este armario es mío —dijo—. Tengo mucha más ropa que tú. Pero tú puedes quedarte con el estudio.

Leonard no dijo nada.

—¿Has visto el estudio?

—Lo he visto —dijo él.

—¿Y?

—Está bien.

—No es por presionaros ni nada parecido —dijo Kelly—, pero tenéis que

decidiros dentro de... pongamos media hora. Mi colega de la inmobiliaria quiere empezar a enseñar el apartamento esta misma noche.

—¿Esta noche? —dijo Madeleine, que no esperaba tanta urgencia—. Creí que me habías dicho mañana.

—Eso es lo que me dijo mi colega. Pero ha cambiado de opinión. La gente se muere por un sitio como éste.

Madeleine miró a Leonard, tratando de leerle el pensamiento. Luego se cruzó de brazos con aire decidido. A menos que se mudaran a un estado de llanuras y praderas, tendría que aceptar los riesgos inherentes a vivir con él en Manhattan.

—De acuerdo, me lo quedo —dijo—. Es perfecto. Leonard, ¿nos lo quedamos, verdad?

Leonard se volvió hacia Kelly.

—¿Puedes disculparnos un minuto? —dijo.

—¡Por supuesto! No te preocupes. Estaré en la sala.

Una vez solos, Leonard fue hasta la ventana.

—¿Cuánto es el alquiler? —preguntó.

—No te preocupes por eso.

—Nunca podré pagar un apartamento como éste. Me preocupa cómo va a hacer sentirme.

Era una conversación razonable, de esas que una pareja puede mantener una o dos veces. Pero ellos la habían mantenido ya en un centenar de ocasiones. Y una versión de ella, aquella misma mañana. La triste verdad era que los lugares para vivir que Leonard podía permitirse eran lugares en los que Madeleine se negaría a vivir.

—Cariño —dijo Madeleine—. No te preocupes por el alquiler. Tú pon lo que puedas. Lo que quiero es que seamos felices.

—Lo que digo es que no estoy seguro de si podría ser feliz aquí.

—Si yo fuera hombre, ni siquiera estaríamos hablando de esto. Sería lo normal que el marido pagase más.

—El problema es el hecho de sentirme la mujer en este caso concreto.

—¿Por qué has venido a verlo, entonces? —dijo Madeleine, cada vez más frustrada—. ¿Qué esperabas que hiciéramos, si no? No podemos vivir con mis padres eternamente. ¿Cómo te hace sentirte *eso*? ¿Vivir con mis padres?

Leonard se hundió de hombros.

—Lo sé —dijo, en tono de genuino pesar—. Tienes razón. Lo siento. Es muy duro para mí. ¿Entiendes en qué sentido puede ser duro para mí?

Madeleine juzgó preferible asentir con la cabeza.

Leonard se quedó mirando por la ventana durante lo que pareció medio minuto largo. Al final, aspirando el aire, dijo:

—De acuerdo. Lo alquilamos.

Madeleine no perdió el tiempo. Le dijo a Kelly que se quedaban con el apartamento y le ofreció extenderle un talón para la fianza. Pero Kelly tenía una idea mejor. Sugirió que no perdieran el tiempo y firmaran aquella misma tarde el contrato de arrendamiento, porque así se ahoraban otro viaje a la ciudad.

—Podéis ir a tomar un café mientras preparo el contrato. Me llevará como un cuarto de hora.

La propuesta era sensata, y los tres bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo y volvieron a enfrentarse con el bochorno de las calles.

Mientras se dirigían hacia Broadway, Kelly les fue indicando los lugares y centros que podían serles útiles, y las tintorerías y la cerrajería y el restaurante barato de la esquina, que tenía aire acondicionado.

—Esperadme ahí dentro —dijo Kelly, señalándolo con el dedo—. Tardaré un cuarto de hora. Media hora, como máximo.

Madeleine y Leonard se sentaron en una mesa junto al ventanal frontal. El local exhibía murales helénicos y ofrecía una carta de doce páginas.

—Éste será nuestro sitio para comer —dijo Madeleine, mirando en torno con expresión de aprobación—. Podemos venir aquí todas las mañanas.

El camarero se acercó para anotar lo que querían.

—¿Saben ya lo que van a tomar, amigos?

—Dos cafés, por favor —dijo Madeleine, sonriendo—. Y mi marido tomará también tarta de manzana con una loncha de queso cheddar encima.

—Si eso quieren, eso tendrán —dijo el camarero, retirándose.

Madeleine esperaba que a Leonard le divirtiera lo de la tarta, pero —para su sorpresa— vio que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Qué pasa?

Leonard sacudió la cabeza, y apartó la mirada.

—Se me había olvidado —dijo con voz ronca—. Parece que ha pasado tanto tiempo.

Fuera, las sombras se alargaban más y más sobre el pavimento. Madeleine se quedó mirando el tráfico de Broadway, tratando de superar una sensación de desesperanza. Ya no sabía cómo alegrar a Leonard. Todo lo que intentaba obtenía el mismo resultado. Temía que Leonard no volviera a ser feliz nunca, que hubiera perdido la capacidad de serlo. En aquel momento mismo, cuando deberían estar ilusionados con su nuevo apartamento, o inspeccionando el que iba a ser su barrio, estaban sentados en un apartado de vinilo, evitando mirarse a los ojos y sin decir nada. Peor aún: Madeleine sabía que Leonard entendía lo que ella estaba sintiendo, y que su sufrimiento se agudizaba con el conocimiento de que era él quien se lo estaba infligiendo. Pero era incapaz de hacer que cesara. Entretanto, al otro lado del ventanal de cristal cilindrado, la tarde de verano iba cayendo sobre la avenida. Los hombres

volvían a casa del trabajo, con la corbata aflojada, con la chaqueta en el brazo o al hombro. Madeleine no sabía en qué día de la semana estaba, pero por el semblante relajado de la gente y los grupos que desbordaban el bar de la esquina de enfrente hasta la acera —la «happy hour», sin duda— dedujo que era viernes. El sol seguiría alto unas horas más, pero la noche —y, por tanto, el fin de semana— había dado comienzo oficialmente.

El camarero trajo la tarta de manzana, con dos tenedores. Pero ninguno de los dos probó bocado.

A los veinte minutos volvió Kelly con los papeles. Había hecho dos correcciones al contrato tipo de arrendamiento, una estipulando la autorización para subarrendar y la otra prohibiendo animales. En el encabezamiento del contrato Kelly había mecanografiado los nombres completos de Madeleine y de Leonard, y había consignado la cuantía del alquiler y el importe de la fianza. Sentada en la mesa, y partiendo con uno de los tenedores un trozo de tarta, le pidió a Madeleine que extendiera dos talones, uno para la fianza y otro para el primer mes de alquiler. Luego les pidió a Madeleine y a Leonard que firmaran el contrato.

—Enhorabuena. Chicos, ya sois oficialmente vecinos de Nueva York. Ahora tenemos que celebrarlo.

Madeleine casi lo había olvidado.

—Leonard —dijo—. ¿Conoces a Dan Schneider? Da una fiesta esta noche.

—Es a tres manzanas de aquí —dijo Kelly.

Leonard miraba fijamente su taza de café. Madeleine no hubiera sabido decir si estaba consultando sus sentimientos (haciendo un seguimiento de sí mismo) o si su mente se había detenido.

—No estoy para fiestas, la verdad —dijo.

No era lo que Madeleine habría querido oír. Tenía ganas de celebrarlo. Acababa de firmar el contrato de arrendamiento de un apartamento en Manhattan y no tenía ningunas ganas de volver en el tren a Nueva Jersey. Miró su reloj.

—Venga. Son sólo las siete y cuarto. Vamos y nos quedamos un rato.

Leonard no dijo que sí pero tampoco dijo que no. Madeleine se levantó para pagar la cuenta. Mientras estaba en la caja, Leonard salió a la calle y encendió un cigarrillo. Cada vez fumaba con más avidez. Aspiraba el filtro como si estuviera obstruido y se requiriera más fuerza para extraerle el humo. Cuando salió con Kelly, Madeleine vio que la nicotina parecía haberle apaciguado lo bastante para echar a andar con ellas por Broadway sin quejarse.

Estaba tranquilo cuando llegaron al edificio de Schneider, justo enfrente de la estación del metro de la calle Setenta y nueve. Y cuando subieron en el ascensor al séptimo piso. Pero al entrar en el apartamento, Leonard se echó atrás y agarró a Madeleine por el brazo.

—¿Qué? —dijo Madeleine.

Leonard estaba mirando el salón del final del pasillo, que estaba lleno de gente que hablaba ruidosamente por encima de la música.

—No puedo con esto —dijo.

Kelly, avizorando posibles problemas, siguió su camino. Madeleine la vio unirse al compacto grupo de cuerpos con ropa ligera.

—¿Qué quieres decir con que no puedes con esto?

—Hace demasiado calor. Y hay demasiada gente.

—¿Quieres irte? —dijo Madeleine, incapaz de ocultar su exasperación.

—No —dijo Leonard—. Estamos ya aquí.

Madeleine le cogió de la mano y lo llevó hasta los grupos de invitados, y, durante un rato, todo fue razonablemente bien. La gente se acercaba a ellos para saludarles y darles la enhorabuena por su boda. Leonard se mostró capaz de mantener una conversación.

Dan Schneider, un tipo fornido y con barba, que llevaba puesto un delantal, se acercó a Madeleine con una copa en la mano.

—Eh, me he enterado de que vamos a ser vecinos —dijo. Aún era muy temprano, pero su habla estaba ya un tanto distorsionada. Se puso a explicarle cosas del barrio, dónde comprar y comer. Cuando le estaba hablando de su local preferido de comida china para llevar, Leonard se escabulló y desapareció en el interior de lo que parecía un dormitorio.

Algo erótico flotaba en el ambiente de aquel apartamento caluroso. Todo el mundo parecía haberse rendido al hecho de sudar copiosamente. Algunas chicas llevaban camisetas de tirantes sin sujetador, y Adam Vogel, sentado en el sofá, se frotaba el cuello con un cubito de hielo. Schneider le dijo a Madeleine que se sirviera una copa y se fue dando tumbos.

Madeleine no siguió a Leonard al dormitorio. Le apetecía no preocuparse por él durante un rato. En lugar de ello, se unió a Kelly en la mesa de las bebidas, en la que había botellas de Jim Beam, galletas Oreo, vasos y hielo. En el equipo de música sonaba «Little Red Corvette».

—Sólo hay bourbon —dijo Kelly.

—Cualquier cosa. —Madeleine tendió el vaso. Cogió una Oreo y se puso mordisquearla.

Antes de que pudiera darse la vuelta, Pookie Ames salió de la cocina y se abalanzó sobre ella.

—¡Maddy! ¡Has vuelto! ¿Qué tal el Cape?

—Genial —mintió Madeleine.

—¿No estaba desolado y deprimente en invierno?

Pookie quería ver el anillo, pero cuando Madeleine se lo enseñó apenas lo miró.

—No puedo creer que estés casada —dijo—. Es tan retrógrado.

—¡Lo sé! —dijo Madeleine.

—¿Dónde está tu novio? ¿Tu marido, quiero decir?

En la cara de Pookie era imposible leer cuánto sabía.

—Está aquí, por ahí —dijo Madeleine.

Otros amigos se abrieron paso a codazos para ver a Madeleine, que no paró de abrazarlos y de decirles que se estaba mudando a la ciudad.

Pookie empezó a contar una anécdota.

—Así que estoy de camarera en Dojo's y anoche un cliente me llama y me dice: «Creo que hay una rata en mi salchicha.» y yo miro y... veo un rabo saliendo de una de las puntas de la salchicha. Como si... hubieran cocinado toda la rata dentro de ella.

—Oh, no ...

—Y una de las ventajas del trabajo es que puedes comer gratis.

—Pero esperad. Después de eso, le llevé la salchicha al encargado, porque no sabía qué hacer. Y va el encargado y dice: «Dile al cliente que no se la cobramos».

Madeleine empezaba a divertirse. El bourbon era tan dulce que parecía una variante alcohólica de la Coca-Cola. Era fantástico verse rodeada de gente conocida. Le hacía sentir que su decisión de mudarse a Nueva York era la correcta. El aislamiento en el que habían vivido en Pilgrim Lake podía haber sido parte del problema. Apuró el bourbon y se sirvió otro.

Cuando volvía de la mesa de las bebidas, notó que un chico bien parecido la estaba mirando desde el otro extremo de la sala. Últimamente se había sentido tan «enfermera» y «desexualizada» que le resultó una sorpresa muy grata. Permitted que sus ojos se encontraran antes de volver la cara hacia otra parte.

Kelly se le acercó y le susurró:

—¿Todo bien?

—Leonard está en la habitación.

—Al menos ha venido.

—Me está volviendo loca. —Se sintió culpable nada más decirlo, y lo suavizó añadiendo—: Está muy cansado. Ha sido un detalle que viniera con nosotras.

Kelly volvió a inclinarse hacia ella.

—Dan Schneider no hace más que servirme copas.

—¿Y?

—Yo me dejo.

Durante la media hora siguiente Madeleine se movió de un lado a otro de la fiesta, poniéndose al día con la gente. Esperaba que Leonard reapareciera. Después de otro cuarto de hora, viendo que no salía del dormitorio, fue a comprobar qué pasaba. El dormitorio estaba lleno de mobiliario estilo misión y de aguafuertes de tema shakespeariano. Leonard estaba de pie junto a la ventana, hablando con un chico que

estaba de espaldas. Madeleine había franqueado ya la puerta cuando cayó en la cuenta de que era Mitchell.

Existían probablemente personas que, en caso de toparse de pronto con ellas estando con Leonard, habrían podido hacerle sentirse más violenta, pero en aquel momento Madeleine no acertaba a imaginar quiénes podrían ser esas personas. Mitchell se había rapado el pelo, y había adelgazado aún más. Se le hacía difícil decidir qué le resultaba más chocante: su repentina presencia allí, su apariencia extraña o el hecho de estar hablando con Leonard.

—¡Mitchell! —dijo, tratando de no parecer demasiado desconcertada—. ¿Qué has hecho con tu pelo?

—Me he hecho un pequeño corte —dijo Mitchell.

—Casi no te reconozco. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace tres días.

—¿De la India?

Pero Leonard les interrumpió.

—Estábamos en mitad de una conversación —dijo, molesto.

Madeleine cambió de actitud de forma brusca, como desorientada ante un servicio en un partido de tenis.

—Sólo he venido a ver si estabas listo para irnos —dijo con voz tranquila.

—Sí, *quiero* irme. Pero primero quiero terminar esta conversación.

Madeleine miró a Mitchell, por si ponía alguna objeción. Pero al parecer también él tenía ganas de que los dejara solos. Así que le dirigió un pequeño gesto de saludo con la mano, tratando de parecer segura de sí misma, y salió del dormitorio.

De vuelta en la fiesta, intentó volver a disfrutar de ella. Pero estaba demasiado preocupada. Se preguntaba qué podían estar hablando Leonard y Mitchell. Le preocupaba que pudieran estar hablando de ella. Porque Mitchell había despertado en ella una emoción que Madeleine no lograba identificar por completo. Era como si se sintiera emocionada y pesarosa a un tiempo.

Al cabo de un cuarto de hora, Leonard salió del dormitorio diciendo que quería irse. No buscó los ojos de Madeleine. Cuando ésta dijo que quería despedirse de Kelly, él le dijo que la esperaba fuera.

Al encontrarse con Kelly y agradecerle de nuevo el haberla ayudado a encontrar un apartamento, Madeleine era perfectamente consciente de que Mitchell seguía en la fiesta en alguna parte. No quería hablar con él a solas, porque su vida ya era lo bastante complicada. No quería explicarle su situación ni enfrentarse a sus recriminaciones ni sentir lo que hablar con él pudiera hacerle sentir, fuera lo que fuere. Pero cuando estaba a punto de irse, lo vio, y se detuvo, y él se acercó hasta ella.

—Supongo que debo darte la enhorabuena —dijo él.

—Gracias.

—Fue una cosa muy repentina. La boda.

—Lo fue.

—Supongo que eso te convierte en una chica de la fase primera.

—Supongo que sí.

Mitchell llevaba sandalias y tejanos con los bajos recogidos. Tenía los pies muy blancos.

—¿Recibiste mi carta? —preguntó.

—¿Qué carta?

—Te mandé una carta. Desde la India. Al menos creo que lo hice. Estaba bastante colocado en aquel momento. ¿Seguro que no la recibiste?

—No. ¿Qué decía?

Mitchell la miraba como si no la creyera, lo cual le hizo sentirse incómoda.

—No creo que importe ya —dijo él.

Madeleine miró hacia la puerta principal del apartamento.

—Tengo que irme —dijo—. ¿Dónde estás viviendo?

—En el sofá de Schneider.

Se sonrieron durante un instante largo, y entonces, de repente, Madeleine alargó la mano y le frotó la cabeza.

—¿Qué has hecho con tus rizos? —dijo, como refunfuñando.

Mitchell mantuvo la cabeza baja mientras ella le pasaba la mano sobre los cortísimos pelos del cuero cabelludo. Cuando dejó de hacerlo, Mitchell alzó la cara. Con la cabeza rapada, sus grandes ojos parecían aún más suplicantes.

—¿Vas a volver a la ciudad? —le preguntó.

—No lo sé. Puede ser. —Volvió a mirar hacia la puerta—. Si vengo, te llamaré. Podríamos comer juntos o algo.

Ya no quedaba nada por hacer salvo abrazarlo. Y, al hacerlo, Madeleine sintió un sobresalto ante el olor intenso que despedía Mitchell. Era casi demasiado íntimo para poder inhalarse.

Leonard estaba fumando en el rellano. Buscaba un sitio donde tirar la colilla, pero al no encontrar ninguno entró con ella en el ascensor. Mientras bajaban Madeleine se recostó sobre su hombro. Estaba un poco achispada.

—Ha sido divertido —dijo—. ¿Te lo has pasado bien?

Leonard tiró la colilla al suelo, y la aplastó con la suela del zapato.

—¿Eso es un no?

La puerta se abrió y Leonard salió del ascensor y cruzó el vestíbulo sin decir una palabra. Madeleine lo siguió hasta la acera, donde por fin dijo:

—¿Qué te pasa?

Leonard se encaró con ella.

—¿Que qué me pasa? ¿Qué crees tú que me pasa? Estoy *deprimido*, Madeleine.

Tengo una *depresión*.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? No estoy muy seguro de que lo sepas. Si lo supieras puede que no dijeras cosas estúpidas como ésa.

—¡Lo único que he hecho ha sido preguntarte si te lo has pasado bien! ¡Dios!

—Déjame decirte lo que sucede cuando una persona está clínicamente deprimida. —Leonard adoptó sus exasperantes modos doctorales—. Lo que sucede es que el cerebro envía una señal que dice que se está muriendo. El cerebro deprimido manda esa señal y el cuerpo la recibe, y al rato el cuerpo piensa que también se está muriendo. Y entonces empieza a apagarse. Por eso *duele* la depresión, Madeleine. Por eso es físicamente *dolorosa*. El cerebro piensa que se está muriendo, y entonces el cuerpo piensa que también se está muriendo, y entonces el cerebro lo registra, y así va y vuelve una y otra vez ese mensaje en una especie de bucle sin fin. —Leonard se inclinó hacia ella—. Eso es lo que está pasando dentro de mí en este momento. Es lo que me pasa cada minuto de cada día. Y por eso no te respondo cuando me preguntas si me lo he pasado bien en esa fiesta.

Se expresaba con suma propiedad, pero su cerebro se estaba muriendo. Madeleine trató de interiorizar lo que Leonard le estaba diciendo. Se sentía acalorada por el bourbon, y sofocada por el calor de la ciudad. Y ahora que estaban de nuevo en la calle, en Broadway, se sentía también desilusionada por tener que volver a casa. Llevaba más de un año cuidando de Leonard, confiando en su mejoría, y ahora estaba peor que nunca. Acababa de salir de una fiesta donde todo el mundo parecía sano y feliz, y su situación le parecía terriblemente injusta.

—¿No puedes pasar una hora en una fiesta sin comportarte como si te estuvieran torturando?

—No, no puedo, Madeleine. Ése es el problema.

De las escaleras del metro salía un tropel de gente. Madeleine y Leonard tuvieron que apartarse para dejar que pasaran.

—Comprendo que estás deprimido, Leonard. Pero estás tomando medicación para la depresión. Otra gente toma la medicación y está perfectamente.

—¿Quieres decir que soy disfuncional incluso en el colectivo de maníaco-depresivos?

—Estoy diciendo que casi parece que te *gusta* estar deprimido a veces. Como si cuando no lo estás no recibieras toda la atención que recibes. ¡Estoy diciendo que el hecho de que estés deprimido no te da derecho a gritarme porque te pregunte si te has divertido!

La cara de Leonard, de pronto, adquirió una expresión extraña, como si experimentara un oscuro regodeo.

—Si tú y yo fuéramos células de levadura, ¿sabes lo que haríamos?

—¡No quiero oír hablar de levaduras! —dijo Madeleine—. Estoy harta de las levaduras.

—Si pudiera elegir, una célula de levadura elegiría ser diploide: el estado ideal de la levadura. Pero si está en un medio en el que hay una carencia de nutrientes, ¿sabes lo que sucede?

—¡Me tiene sin cuidado!

—Las diploides vuelven a ser haploides. Pequeñas y solitarias haploides. Porque, en crisis, es más fácil sobrevivir como una célula sencilla.

Madeleine sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. El calor del bourbon ya no era calidez sino una quemazón en el pecho. Trató de librarse de las lágrimas parpadeando, pero le caía una por la mejilla. Se la quitó con el dedo.

—¿Quieres que nos separemos? ¿Es eso lo que quieres?

—No quiero arruinar tu vida —dijo Leonard en un tono más amable.

—No lo estás haciendo.

—Los fármacos no hacen sino lentificar el proceso. Pero el final es inevitable. La cuestión es cómo apagar esto... —Se dio unos golpecitos en la cabeza con la punta del dedo índice—. Me está destrozando, y no puedo apagarlo. Escúchame, Madeleine. *Escúchame*. No voy a mejorar.

Extrañamente, decir esto pareció satisfacerle, como si le complaciera dejar la situación bien clara.

Pero Madeleine insistió:

—¡Sí, sí vas a mejorar! Ahora piensas eso porque estás deprimido. Pero no es eso lo que dice tu psiquiatra.

Tendió las manos y le rodeó el cuello con ellas. Se había sentido tan feliz hacía tan poco, cuando parecía que su vida estaba dando al fin un giro positivo. Pero ahora todo parecía una broma cruel: el apartamento, Columbia, todo. Estaban ante la entrada del metro, una de tantas parejas neoyorquinas que se abrazan y lloran y a las que nadie hace el menor caso, y que por tanto disfrutan de una intimidad perfecta en medio de una ciudad atestada de gente en una noche calurosa de verano. Madeleine no dijo nada porque no sabía qué decir. Incluso «te quiero» parecía inadecuado. Se lo había dicho a Leonard tantas veces en situaciones como aquella que temía que estuviera perdiendo gradualmente su fuerza.

Pero debería habérselo dicho, de todas formas. Debería haber seguido rodeándole el cuello con las manos, y haberse negado a soltarle, porque, en cuanto dejó de abrazarlo, con rápida firmeza, Leonard se volvió y empezó a bajar deprisa las escaleras del metro. Al principio Madeleine estaba demasiado perpleja para reaccionar. Pero luego corrió tras él. Cuando llegó al pie de las escaleras, no lo vio por ninguna parte. Dejo atrás la cabina de billetes y corrió hacia la salida del otro extremo. Pensó que quizá había subido por aquellas escaleras para volver a salir a la

calle, pero alcanzó a verlo al otro lado de los torniquetes, dirigiéndose a los andenes. Estaba hurgando en el monedero en busca de cambio para comprar un billete cuando oyó el estruendo sordo de un tren que se acercaba a la estación. Corría un viento a través del túnel subterráneo, y levantaba del suelo trozos de papeles de desecho. Al caer en la cuenta de que Leonard debía de haber saltado por encima del torniquete, Madeleine decidió hacer lo mismo. Cogió carrerilla y saltó sobre la barra. Dos adolescentes se echaron a reír al ver lo que acababa de hacer una mujer con aspecto del Upper-East-Side, y con un vestido. Las luces del tren aparecieron en el túnel. Leonard estaba junto al borde de las vías. El tren bramó al entrar en la estación, y Madeleine, corriendo, comprendió que ya no llegaría a tiempo.

Cuando el tren aminoró la marcha y se detuvo, Leonard seguía todavía allí, a la espera.

Madeleine llegó hasta él. Lo llamó por su nombre.

Leonard se volvió y la miró con ojos vacíos. Alargó las manos y se las puso con ternura sobre los hombros. Con voz suave, en un tono compasivo, triste, Leonard dijo:

—Me divorcio de ti, me divorcio de ti, me divorcio de ti.

Y la apartó de sí, sin la menor gentileza, y montó de un brinco en el tren antes de que se cerraran las puertas. No miró hacia atrás para verla a través de los cristales de las ventanillas. El tren empezó a moverse, al principio tan despacio que hasta parecía posible que Madeleine pudiera pararlo con un gesto de la mano —pararlo todo: lo que Leonard acababa de decirle, su empujón para apartarla, no haber opuesto resistencia, haber colaborado—, pero pronto aceleró y superó el poder de Madeleine para detenerlo, o su capacidad para mentirse. Y todos los papeles tirados en el andén se levantaban en remolinos y, a medida que el tren iba desapareciendo en la oscuridad, sus ruedas chirriaban y las luces del interior de los vagones se encendían y apagaban como las bombillas de una araña rota o como las células de un cerebro moribundo.

Kit de supervivencia de la soltera

Había muchas cosas dignas de admiración en los cuáqueros. No tenían ninguna jerarquía clerical. No recitaban ningún credo, ni toleraban ningún sermón. Instauraron la igualdad entre los sexos en sus reuniones en fecha tan temprana como los años 1600. Casi todo movimiento social norteamericano que pueda pensarse ha recibido el apoyo y a menudo una acción de vanguardia de los cuáqueros, desde la abolición de la esclavitud a los derechos de las mujeres, la abstinencia del alcohol (de acuerdo, un error), los derechos civiles, el ecologismo. La Sociedad de los Amigos se reunía en espacios sencillos. Se sentaban en silencio, en espera de la Luz. Estaban en Norteamérica pero no eran de Norteamérica. Se negaban a pelear en las guerras norteamericanas. Cuando el gobierno de los Estados Unidos internó en campos de concentración a ciudadanos japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, los cuáqueros se opusieron enérgicamente a la medida, y salieron a despedir a las familias japonesas cuando las estaban embarcando en trenes. Los cuáqueros tenían una máxima: «La verdad, de cualquier fuente». Eran ecuménicos e imparciales, y permitían que los agnósticos e incluso los ateos asistieran a sus reuniones anuales. Fue este espíritu de inclusión, sin duda, lo que llevó al pequeño grupo de fieles de la casa de reuniones de los amigos de Prettybrook a acoger a Mitchell cuando éste empezó a aparecer en el lugar mañana tras mañana de aquel caluroso mes de julio.

La casa de reuniones estaba al final de un camino de grava, justo un poco más allá de Prettybrook Battlefield. Era una sencilla estructura de piedras tendidas a mano, con un porche de madera blanco y una chimenea, que no había cambiado desde la época de su construcción —1753, según rezaba la placa— salvo en lo relativo a la luz eléctrica y el sistema de calefacción. El tablón de anuncios de la entrada exhibía la convocatoria de una marcha antinuclear, una de petición de clemencia al gobierno en favor de Mumia Abu-Jamal, condenado por asesinato el año anterior, y folletos sobre diversos temas relativos al cuaquerismo. El interior cubierto con paneles de roble estaba lleno de bancos de madera colocados unos frente a otros, de forma que los fieles podían mirarse cara a cara. La luz partía de buhardillas semiocultas situadas en un nivel más alto de la hermosa carpintería de un techo curvo de listones grises.

A Mitchell le gustaba sentarse en la fila de bancos más cercana a la entrada, detrás de una columna. Le parecía que así no se hacía notar tanto. Según el tema de la reunión (había dos reuniones del primer día, una a las siete de la mañana y la otra a las once), podían sentarse desde un puñado a más de treinta amigos en aquel acogedor recinto muy parecido a una cabaña. Durante la mayor parte del tiempo sólo se oía el zumbido distante de la Route 1. Podía pasar una hora entera sin que nadie dijera una palabra. Otros días, respondiendo a impulsos interiores, los asistentes hablaban. Una mañana, Clyde Pettengill, que usaba bastón, se levantó para

lamentarse del reciente accidente en la central nuclear Embalse de Argentina, donde se había producido una *pérdida total del líquido refrigerante*. Su mujer, Mildred, sintió la necesidad imperiosa de hablar a continuación. No se puso en pie, como había hecho su marido, sino que permaneció sentada con los ojos cerrados, y habló con voz clara y con su anciana y hermosa cara levantada e iluminada por una sonrisa de evocación.

—Puede que porque es verano, no sé..., pero hoy me he acordado de cuando iba a las reuniones cuando era niña. El verano siempre era la época más difícil para estar sentada muy quieta y callada. Así que a mi abuela se le ocurrió una treta. Antes de que empezara la reunión solía sacar del bolso un pastel de azúcar y mantequilla, asegurándose de que yo lo veía. Pero no me lo daba. Lo tenía en la mano todo el tiempo. Y si era buena, y me portaba como una joven dama como es debido, me daba el pastel al cabo de unos tres cuartos de hora. Ahora tengo ochenta y dos años, casi ochenta y tres, ¿y sabéis qué? Siento exactamente lo que sentía entonces. Sigo esperando que me pongan en la mano ese pastel de azúcar y mantequilla. Pero no es un pastel lo que ahora espero. Es un día soleado de verano como éste, con el sol en el cielo como si fuera un enorme pastel de azúcar y mantequilla. Veo que me estoy poniendo poética. Así que lo mejor es que me calle.

Mitchell, por su parte, no decía nunca nada en las reuniones. El Espíritu no le movía a hablar. Se sentaba en el banco y disfrutaba de la quietud de la mañana y del aroma mohoso de la casa de reuniones. Pero no se sentía con derecho a la iluminación.

La vergüenza que sentía por haber huido de Kalighat aún seguía en él, no le había abandonado después de los seis meses transcurridos desde entonces. Tras dejar Calcuta, Mitchell había viajado por el país sin itinerario fijo, como un fugitivo. En Benarés, se hospedó en el Yogi Lodge, y cada mañana bajaba la *ghat* que llevaba a la orilla para presenciar la cremación de cadáveres. Pagó a un barquero para que le llevara por las aguas del Ganges. Al cabo de cinco días, cogió el tren de vuelta a Calcuta, para dirigirse al sur. Viajó a Madrás, y al antiguo puesto avanzado francés de Pondicherry (hogar de Sri Aurobindo), y a Madurai. Pasó una sola noche en Trivandrum, en el extremo sur de la costa Malabar, y empezó a remontar la costa occidental. En Kerala la tasa de alfabetización ascendía espectacularmente, y Mitchell comió los alimentos en hojas de la jungla en lugar de en platos. Siguió en contacto con Larry, a quien escribía a la oficina de American Express en Atenas, y, a mediados de febrero, se reunieron en Goa.

En lugar de volar a Calcuta, como estipulaba su billete original, Larry cambió el destino a Bombay, y viajó a Goa en autobús. Habían quedado en la estación de autobuses a mediodía, pero el autobús de Larry llegó con retraso. Mitchell fue a la estación tres veces a ver si había llegado, y escrutó minuciosamente cada grupo de

pasajeros que se apeaban de los diferentes autobuses multicolores antes de divisar por fin a Larry, que se bajó de uno de ellos hacia las cuatro de la tarde. Mitchell estaba tan contento de volver a verle que no podía dejar de sonreírle y de darle palmaditas en la espalda.

—¡Tío! —dijo—. ¡Lo has conseguido!

—¿Qué te ha pasado, Mitchell? —dijo Larry—. ¿Te ha pelado una cortadora de césped?

Pasaron la semana siguiente en una cabaña que alquilaron en la playa, con un tejado de paja de aspecto tropical y un suelo utilitario y desagradable de hormigón. Las otras cabañas estaban llenas de europeos, la mayoría de los cuales andaba siempre sin ropa. En la ladera de la colina, escalonada en terrazas, los hombres de Goa se apiñaban entre las palmeras para devorar con los ojos a las impúdicas mujeres occidentales que deambulaban allí abajo. Mitchell juzgó que era demasiado blanco y casi translúcido para exhibirse desnudo al sol, y se quedaba en la sombra, pero Larry osó exponerse a las posibles quemaduras y se pasaba gran parte del tiempo en la playa, con un pañuelo de seda alrededor de la cabeza.

En aquellos días apacibles —en los que soplaban el céfiro— y sus noches tibias, se contaron lo que les había sucedido a cada uno en el tiempo en que habían estado separados. A Larry le impresionó mucho la experiencia de Mitchell en Kalighat. No parecía darse cuenta de que tres semanas de voluntariado no tenían demasiada trascendencia.

—Creo que lo que has hecho es maravilloso —dijo—. ¡Trabajar para la Madre Teresa! No es que yo quiera hacer nada parecido. Pero a ti, Mitchell, es exactamente lo que te viene como anillo al dedo.

Las cosas con Iannis no resultaron tan bien, al cabo. Había empezado a preguntarle —casi desde el principio— cuánto dinero tenía su familia. Al enterarse de que el padre de Larry era abogado, Iannis le preguntó si podía ayudarlo a conseguir una carta verde. Se comportaba de forma posesiva o distante, según las circunstancias. Si iban a un bar gay, Iannis se ponía terriblemente celoso si Larry osaba siquiera mirar a otro hombre. El resto del tiempo le impedía incluso tocarle, por miedo a que la gente se enterara de su secreto. Empezó a llamar «maricón» a Larry, y se comportaba como si él, Iannis, fuera heterosexual y sólo estuviera probando una experiencia nueva. La cosa empezó a resultar fastidiosa, al igual que el hecho de vagar por Atenas durante días mientras Iannis se iba a su casa en el Peloponeso. Así que finalmente Larry había ido a la agencia de viajes y había vuelto a reservar los vuelos con su billete.

Le reconfortó enterarse de que las relaciones homosexuales «estaban tan jodidas» como las heterosexuales, pero Mitchell no hizo ningún comentario. Durante los tres meses siguientes, mientras viajaban por el subcontinente, no se volvió a mencionar

jamás a Iannis. Visitaron Mysore, Cochin, Mahabalipuram —no se quedaron más que una noche en cada lugar—, y luego siguieron hacia el norte, y en marzo llegaron a Agra, y continuaron viaje hasta Varanasi (a veces utilizaban los nombres hindúes), desde donde viajaron a Calcuta para reunirse con el profesor Hughes y empezar su trabajo como asistentes de investigación. Con Hughes acabaron yendo a pueblos remotos sin instalaciones sanitarias. Defecaban uno al lado del otro, en cuclillas en el campo abierto. Vivieron aventuras, vieron cómo hombres santos caminaban sobre ascuas al rojo, filmaron entrevistas con grandes coreógrafos del baile de máscaras indio y conocieron a un auténtico marajá, que poseía un palacio pero no tenía dinero y utilizaba un paraguas destartado como sombrilla. En abril empezó a hacer calor. Aún faltaban meses para los monzones, pero Mitchell percibía ya que el clima se estaba volviendo inhóspito. A finales de mayo, abrumado por temperaturas cada vez más altas y por un sentimiento de falta de objetivos, decidió que había llegado el momento de volver a casa. Larry quería ver Nepal, y se quedó unas semanas más.

Mitchell voló de Calcuta a París, donde se quedó varios días alojado en un hotel decente, haciendo uso de su tarjeta de crédito por última vez. (No sabría cómo justificar este dispendio cuando volviera a casa). Cuando se estaba adaptando ya al huso horario europeo, cogió un vuelo chárter al aeropuerto John F. Kennedy. Así pues, estaba solo en Nueva York cuando supo que Madeleine se había casado con Leonard Bankhead.

La estrategia de Mitchell de esperar a que acabara la recesión no había funcionado. El mes de su regreso, la tasa de paro era del 10,1 por ciento. Desde la ventanilla del autobús de enlace que le llevaba a Manhattan, Mitchell vio negocios cerrados, con los escaparates blanqueados. Había más gente viviendo en las calles, y se había acuñado para ellos una expresión: los sin techo. Su propia riñonera contenía apenas 270 dólares en cheques de viaje, y un billete de veinte rupias que se había quedado como recuerdo. Como no quería pagar un hotel en Nueva York, había llamado a Dan Schneider desde la Estación Central y le había preguntado si podía quedarse unos días en su apartamento, y Schneider había dicho que sí.

Mitchell cogió el metro directo a Times Square, y luego el Tren 1 a la calle Setenta y nueve. Schneider le abrió desde arriba, y le estaba esperando en el umbral de la puerta cuando Mitchell salió del ascensor. Se abrazaron brevemente, y Schneider dijo:

—Joder, Grammaticus. Apesta.

Mitchell le dijo que en la India había dejado de usar desodorante.

—Sí, muy bien, pero esto es Norteamérica —dijo Schneider—. Y estamos en *verano*. Ponte un poco de Old Spice, tío.

Schneider iba vestido todo de negro, a juego con la barba y las botas de cowboy. El apartamento era bonito, aunque recargado, con estanterías empotradas y un

conjunto de piezas de cerámica iridiscente obra de un artista que él «coleccionaba». Tenía un trabajo bastante bueno como encargado de las solicitudes de subvenciones en el Manhattan Theatre Club, e invitó de buen grado a Mitchell a tomar unas copas en el Dublin House, un bar cercano a su edificio. Ante sendas pintas de Guinness, Schneider puso a Mitchell al día de todo el cotilleo relacionado con Brown que se había perdido durante su viaje a la India. Lollie Ames se había ido a vivir a Roma y salía con un tipo de cuarenta años. Tony Perotti, el anarquista del campus, se había echado atrás en sus convicciones y se había matriculado en derecho. Thurston Meems había grabado una cinta de su propia música pseudonaíf en la que se acompañaba con un Casio. Todo estaba resultando bastante divertido hasta que, de pronto, Schneider dijo:

—¡Joder, mierda...! Se me olvidaba. ¡Tu chica, Madeleine, se ha casado! Lo siento, tío.

Mitchell no mostró reacción alguna. La noticia era tan devastadora que la única manera de sobrevivir a ella era fingir que no estaba sorprendido.

—Ya sabía que lo iba a hacer —dijo.

—Sí. Bueno, Bankhead tiene mucha suerte. Madeleine es muy sexy. No sé qué ve en ese tipo. Se parece al mayordomo de *La familia Addams*.

Schneider siguió quejándose de Bankhead, y de los tipos como Bankhead, tipos altos y con un montón de pelo, mientras Mitchell sorbía la espuma de sabor amargo de la jarra de su Guinness.

Aquella especie de insensibilidad simulada le duró unos minutos. Y, viendo lo bien que funcionaba, Mitchell la hizo durar todo el día siguiente, hasta que toda aquella emoción no procesada le pasó factura despertándole la noche siguiente, a las cuatro de la madrugada, con la fuerza de una puñalada. Siguió acostado en el sofá (de un desvencijado chic), con los ojos muy abiertos. Le llegó el sonido de tres alarmas de vehículo diferentes, y cada una de ellas parecía focalizada en su pecho.

Para Mitchell, los días siguientes fueron de los más dolorosos de su vida. Vagaba por las calles abrasadas por el sol, sudando, reprimiendo con todas sus fuerzas un pueril impulso de ponerse a gritar. Era como si una enorme bota hubiera caído desde el cielo y lo hubiera pisado con el tacón contra el asfalto como si fuera una colilla. Pensaba una y otra vez: «He perdido. Estoy muerto. Bankhead me ha matado». Le hacía sentir casi placer denigrarse a sí mismo de aquel modo, así que siguió haciéndolo. «Soy una mierda. Nunca tuve la menor oportunidad. Es ridículo. Mírame. Sólo eso: mírame. ¡UNA MIERDA de tío feo calvo chiflado religioso estúpido...!».

Se despreciaba a sí mismo. Decidió que el creer que Madeleine se casaría con él partía de la misma credulidad que le había llevado a pensar que podría vivir una vida de santidad cuidando a los enfermos y moribundos en Calcuta. La misma credulidad que le había hecho recitar la Oración de Jesús, y llevar una cruz y pensar que

mandándole una carta podría impedir que Madeleine se casara con Bankhead. Sus ensoñaciones, sus arrobamientos —su estupidez inteligente— eran los responsables de todo lo que había de idiocia en él, de su fantasía de que se casaría con Madeleine y de la autorrenuncia que lo protegía de la eventualidad de que tal fantasía nunca se hiciera realidad.

Dos noches después, Schneider dio una fiesta, y todo cambió. Mitchell, que no se sentía muy festivo, se había ido nada más empezar. Después de dar la vuelta a la manzana cinco o seis veces, había vuelto al apartamento y se había encontrado con que la fiesta estaba aún más concurrida. Se refugió en el dormitorio, para seguir lamiéndose a solas las heridas, y se encontró con su némesis, Bankhead, que estaba sentado en el borde de la cama, fumando. Para sorpresa de Mitchell, al poco se vio embarcado en una conversación seria con él. Se daba cuenta, por supuesto, de que el hecho de que Bankhead estuviera en la fiesta suponía casi con toda seguridad que Madeleine estaría en ella también. Así que una de las razones por las que siguió conversando con él era que tenía demasiado miedo de salir del dormitorio y darse de manos a boca con ella. Y entonces Madeleine se había presentado en el dormitorio. Al principio, Mitchell fingió no haber caído en la cuenta de su presencia, pero al final se había dado la vuelta y... fue como siempre había sido. La pura presencia física de Madeleine asestó a Mitchell un golpe de fiera contundencia. Se sentía como el tipo del anuncio de casetes Maxell al que el pelo se le vuela con fuerza hacia atrás, sólo que él no tenía ningún pelo. A partir de ahí, las cosas sucedieron con rapidez. Por alguna razón que él desconocía, Bankhead ahuyentó a Madeleine. Poco después Bankhead se fue de la fiesta. Mitchell pudo hablar con Madeleine antes de que ella también se marchara. Pero veinticinco minutos después, Madeleine volvió, raramente enfadada, en busca de Kelly. Al no verla y ver a Mitchell, había ido directamente hasta él y le había pegado la cara al pecho y se había puesto a temblar.

Con la ayuda de Kelly, llevó a Madeleine al dormitorio y cerró la puerta. Mientras la fiesta proseguía en el resto del apartamento, Madeleine les contó lo que había sucedido. Más tarde, cuando se hubo calmado un poco, Madeleine llamó a sus padres. Entre todos decidieron que, de momento, lo mejor que podía hacer Madeleine era volver en taxi a Prettybrook. Como no quería hacerlo sola, Mitchell se prestó a acompañarla.

Desde entonces —casi un mes atrás— estaba en casa de los Hanna. Los padres de Madeleine le habían preparado el dormitorio del ático donde lo habían alojado durante aquellos días de Acción de Gracias del segundo año de universidad. El cuarto tenía aire acondicionado, pero Mitchell se había acostumbrado al tercer Mundo y prefería dejar las ventanas abiertas toda la noche. Le gustaba el olor de los pinos del exterior, y que por la mañana lo despertara el canto de los pájaros. Se levantaba muy pronto, antes que nadie en la casa, y solía dar largos paseos antes de volver a eso de

las nueve para desayunar con Madeleine.

Fue en uno de aquellos paseos cuando Mitchell descubrió la casa de reuniones de los amigos. Se había parado en el campo de batalla para leer la placa histórica situada al lado del único árbol que quedaba en el terreno. Hacia mitad del texto Mitchell cayó en la cuenta de que el «Roble de la Libertad» que conmemoraba la placa había muerto de añublo años atrás, y de que el árbol que crecía a su lado no era sino un mero sustituto de una variedad más resistente a la infestación por insectos pero menos grande y menos hermoso. Lo cual entrañaba en sí mismo otra lección de historia. (Una lección que podía aplicarse a tantas cosas de su país...). Reemprendió el paseo, y al poco entró en el camino de grava y llegó al aparcamiento arbolado del centro cuáquero.

Varios coches de bajo consumo —dos Honda Civic, dos VW Rabbit y un Ford Fiesta— estaban aparcados con el morro pegado al muro del cementerio. Aparte de la casa de reuniones original, que se alzaba a la orilla del bosque, había un patio de recreo descuidado y un edificio largo, con numerosas alas, paredes de aluminio y tejado de asfalto que albergaba la escuela preescolar, la oficina y las salas de recepción. En las pegatinas de los coches se veía al planeta Tierra y junto a él la leyenda «SALVAD A VUESTRA MADRE», u otra que rezaba sencillamente «PAZ». Entre los amigos de Prettybrook había cierto número de miembros «alternativos», «con sandalias», aunque cuando Mitchell llegó a conocerlos mejor aquel verano vio que el estereotipo no iba más allá de eso. Había cuáqueros de más edad, como los Pettengill, que vestían convencionalmente y con sencillez. Había un hombre de barba gris, con tirantes, que se parecía a Burl Ives. Joe Yamamoto, profesor de ingeniería química en Rutgers, y su mujer June asistían regularmente a la reunión de las once de la mañana. Claire Ruth, directora de una sucursal bancaria de la ciudad, había ido a una escuela cuáquera. Su hija Nell trabajaba en Filadelfia con niños discapacitados. Bob y Eustacia Tavern estaban ya jubilados. Bob era un astrónomo aficionado, y Eustacia, antigua maestra de enseñanza elemental, escribía encendidas cartas al *Prettybrook Packet* y a *The Trentonian* arremetiendo contra la contaminación por pesticidas en el sistema hídrico de la región de Delaware. A menudo recibían visitas, de budistas norteamericanos llegados a la ciudad para algún congreso o de alumnos de algún seminario de teología.

Incluso Voltaire había dado su aprobación a los cuáqueros. Goethe se contaba también entre sus admiradores. Emerson había dicho: «Soy más cuáquero que cualquier otra cosa. Creo en la voz queda, humilde». Sentado en el banco de atrás, Mitchell trataba de hacer como ellos. Pero era difícil. Tenía la mente demasiado preocupada por sueños diurnos. La razón por la que no se había ido aún de Prettybrook era que Madeleine no quería que lo hiciera. Le dijo que se sentía mejor cuando lo tenía cerca. Alzaba la mirada hacia él, arrugando adorablemente la frente, y

decía:

—No te vayas. Tienes que salvarme de mis padres.

Pasaban casi cada minuto del día juntos; todos los días. Se sentaban en la terraza, y leían, o iban paseando hasta la ciudad para tomar un café o un helado. Con Bankhead lejos de ella, y Mitchell ocupando su lugar —al menos físicamente—, su credulidad crónica empezó a retoñar. En el silencio de las reuniones cuáqueras, Mitchell se preguntaba, por ejemplo, si el hecho de que Madeleine se hubiera casado con Bankhead no formaba parte de algún plan, de un plan mucho más complejo de lo que él había imaginado en un principio. Quizá había llegado a Nueva York en el momento preciso.

Todas las semanas, cuando los miembros de más edad se estrechaban la mano —y daban a entender de este modo que la reunión había terminado—, Mitchell abría los ojos y caía en la cuenta de que no había logrado aquietar sus pensamientos ni se había visto impelido a hablar. Salía al exterior y se acercaba a la mesa del refrigerio, donde Claire preparaba zumos y frutas, y, después de charlar un rato, volvía al drama continuo que tenía lugar en casa de los Hanna.

Durante los primeros días de la desaparición de Leonard, todos se habían volcado en la tarea de encontrarle. Alton contactó con la policía de Nueva York —tanto de la ciudad como del estado—, y en ambos casos le habían dicho que el hecho de que un marido abandonara a su mujer se consideraba un asunto personal y no reunía los requisitos necesarios para una investigación por desaparición. Luego, Alton había llamado al doctor Wilkins, de Penn. Cuando le preguntó si había visto a Leonard, Wilkins se había acogido al secreto profesional entre médico y paciente y no había querido responder. Ello enfureció a Alton, que no sólo le había remitido a Leonard sino que además costeaba el tratamiento. Sin embargo, el silencio de Wilkins al respecto indicaba que Leonard seguía en contacto con él, y que probablemente había abandonado la zona. Y asimismo sugería que Leonard estaba tomando su medicación.

Mitchell, después, había llamado a todos sus conocidos de Nueva York para preguntarles si habían visto o hablado con Bankhead. En los dos primeros días había contactado con tres personas distintas —Jesse Kornblum, Mary Stiles y Beth Tolliver— que afirmaban haberlo hecho. Mary Stiles dijo que Bankhead estaba en el barrio de DUMBO, en el loft de una persona sin especificar. Jesse Kornblum le contó que Bankhead le había llamado por teléfono al trabajo tantas veces que había acabado por no contestar. Beth Tolliver se había encontrado con él en un restaurante barato de Brooklyn Heights, y le había parecido muy triste por el fracaso de su matrimonio. «Me dio la sensación de que era Maddy la que le había dejado», dijo Beth. Así siguieron las cosas durante más de una semana, hasta que a Phyllida se le ocurrió llamar a la madre de Leonard, en Portland, y Rita le contó que Leonard había estado en Oregón los dos días anteriores.

Phyllida describió esta llamada telefónica como una de las más extrañas de su vida. Rita se comportó como si el asunto fuera de menor importancia, como si se tratara de una ruptura entre adolescentes. Opinaba que Leonard y Madeleine habían cometido un absurdo error, y que Rita y Phyllida, como madres, deberían haberlo visto venir. Phyllida habría disentido de este juicio si no hubiera sido tan obvio que Rita había estado bebiendo. Phyllida siguió al teléfono durante el tiempo suficiente para concluir que, después de haber pasado las dos noches en casa de su madre, Leonard se había ido a una cabaña de los bosques con Godfrey, un viejo amigo de secundaria, donde ambos planeaban pasar el verano.

En este punto Phyllida perdió la compostura.

—Señora Bankhead —dijo—. Bueno, estoy... estoy... ¡No sé qué decir! Madeleine y Leonard siguen casados. Leonard es el marido de mi hija, mi yerno, ¡y me dice usted que se ha ido a vivir al bosque!

—Me ha preguntado dónde estaba. Y se lo he dicho.

—¿No se le ocurrió pensar que Madeleine podría querer tener esa información? ¿No se le ocurrió pensar que podríamos estar preocupados por Leonard?

—Se fue ayer.

—¿Y cuándo iba usted a comunicárnoslo?

—No estoy segura de que me guste su tono.

—Mi tono no es el asunto en cuestión. El asunto en cuestión es que Leonard le ha dicho a Madeleine que quiere el divorcio, después de dos meses de casados. Lo que el padre de Madeleine y yo tratamos ahora de saber es si Leonard lo decía en serio, en plenitud de sus facultades mentales, o si no era más que otra secuela de su enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—¡Su trastorno maniaco-depresivo!

Rita rió despacio, con un sonoro gorgoteo en la garganta.

—Leonard siempre ha sido muy teatral. Debería haber sido actor.

—¿Sabe algún número de teléfono donde podamos llamar a Leonard?

—No creo que tengan teléfono en esa cabaña. Es muy rústica.

—¿Cree que va a tener noticias tuyas en un futuro cercano?

—Es difícil de decir tratándose de Leonard. No he tenido muchas noticias de él desde la boda. Hasta que se presentó de repente en mi puerta.

—Bien, en caso de tenerlas, ¿podría por favor pedirle que llame a Madeleine, que sigue siendo su esposa legal? Esta situación tiene que aclararse de un modo o de otro.

—En eso estoy de acuerdo con usted —dijo Rita.

Una vez supieron que Leonard no estaba en peligro inminente, y sobre todo que había puesto casi un continente entero entre él y su mujer y familia política, Alton y Phyllida empezaron a adoptar una estrategia diferente. Mitchell los veía juntos en el

salón de té, charlando, como si no quisieran que Madeleine pudiera oírles. Una vez, cuando volvía de su paseo matinal, los sorprendió sentados en el coche dentro del garaje. Y una noche, cuando todos habían salido a la terraza a tomar una copa después de cenar, Alton había sacado a relucir el asunto que ambos tenían en mente.

Eran poco más de las nueve, y el crepúsculo se volvía ya oscuridad. La bomba de la piscina estaba funcionando detrás de su pequeño vallado, añadiendo un fuerte zumbido al canto omnidireccional de los grillos. Alton había abierto una botella de Eiswein. Tan pronto como hubo servido todas las copas, se sentó junto a Phyllida en el confidente de mimbre y dijo:

—Me gustaría celebrar un consejo familiar.

Los grandes daneses de los vecinos, al detectar actividad, ladraron debidamente tres veces, y luego se pusieron a husmear a lo largo del pie del seto. El aire estaba cargado de olores de jardín, de flores y plantas.

—El asunto que quiero someter al consejo es la situación con Leonard. A la luz de la conversación de Phyllida con la señora Bankhead...

—La chiflada —dijo Phyllida.

—... creo que es hora de volver a evaluar qué hacer a partir de ahora.

—Querrás decir qué voy a hacer yo —dijo Madeleine.

Al fondo del jardín la piscina emitió unos hipidos. Un pájaro inició un vuelo de descenso desde una rama, un pájaro un poco más negro que el firmamento.

—Tu madre y yo nos preguntamos qué piensas hacer.

Madeleine tomó un sorbo de vino.

—No lo sé —dijo.

—Muy bien. Perfecto. Por eso he convocado este consejo. Veamos, lo primero que propongo es delimitar las opciones. Lo segundo que propongo es tratar de dilucidar las posibles consecuencias de cada una de estas opciones. Una vez hecho esto, podremos comparar las distintas consecuencias y emitir un juicio sobre la mejor medida que habremos de adoptar. ¿De acuerdo?

Cuando Madeleine no respondió, Phyllida dijo:

—De acuerdo.

—Según lo veo yo, Maddy, hay dos opciones —dijo Alton—. Una: Leonard y tú os reconciliáis. Dos: no os reconciliáis.

—La verdad es que no tengo ganas de hablar de esto ahora —dijo Madeleine.

—Maddy, sólo... un poco de paciencia, por favor. Veamos la opción de la reconciliación. ¿Crees que es una posibilidad?

—Creo que sí —dijo Madeleine.

—¿Cómo es posible que lo creas?

—No lo sé. Todo es posible.

—¿Crees que Leonard volverá por propia voluntad?

—He dicho que no lo sé.

—¿Quieres ir a Portland a buscarle? Porque si no sabes si Leonard va a volver, y no tienes ganas de ir a buscarle, yo diría que las posibilidades de reconciliación son bastante escasas.

—¡Puede que vaya! —dijo Madeleine, alzando la voz.

—De acuerdo. Muy bien —dijo Alton—. Déjanos proponerte una cosa. Te vas a Portland mañana por la mañana. ¿Y qué haces luego? ¿Cómo intentas encontrarle? Ni siquiera sabemos dónde está. Pero supón que lo encuentras. ¿Qué harás si no quiere volver?

—No es Maddy la que tendría que hacer algo —dijo Phyllida, con semblante sombrío—. Debería ser Leonard quien viniera a pedirle de rodillas que volviera con él.

—No quiero hablar de ello —repitió Madeleine.

—Tenemos que hacerlo, cariño —dijo Phyllida.

—No, no tenemos que hacerlo.

—¡Lo siento, pero tenemos que hacerlo! —insistió Phyllida.

Durante toda la conversación, Mitchell había estado callado en su silla Adirondack, bebiendo vino. Los Hanna parecían haberse olvidado de su presencia, o lo consideraban ya un miembro de la familia y no les importaba que los viera en su faceta menos amable.

Pero Alton trató de aquietar la tensión.

—De momento dejemos a un lado la reconciliación —dijo, en tono más suave—. Convengamos en disentir acerca de ello. La otra opción es un poco más precisa. Supongamos que Leonard y tú no os reconciliáis. Supongámoslo, solamente. Me he tomado la libertad de hablar con Roger Pyle...

—¿Se lo has contado; a él? —clamó Madeleine.

—Confidencialmente —dijo Alton—. Y la opinión profesional de Roger es que, en una situación como ésta, en la que una de las partes se niega a contactar con la otra, lo mejor que se puede hacer es conseguir la anulación.

Hizo una pausa. Se echó hacia atrás en la silla. Se había pronunciado la palabra. Era como si pronunciada hubiera sido para Alton el objetivo principal de la conversación, y ahora que la había pronunciado se viera momentáneamente sin saber qué hacer. Madeleine tenía el ceño fruncido.

—Una anulación es mucho más sencilla que un divorcio —prosiguió Alton—. Por multitud de razones. Representa una invalidación del matrimonio. Es como si el matrimonio nunca hubiera tenido lugar. Con la anulación, no estás divorciada. Es como si nunca te hubieras casado. Y, lo mejor de todo, es que en la anulación no se necesita el concurso de las dos partes. Roger ha analizado también las leyes de Massachusetts, Y resulta que la anulación se concede por las razones siguientes. —

Enumeró con los dedos—. Una: bigamia. Dos: impotencia en el varón. Tres: enfermedad mental.

Aquí calló. Los grillos incrementaron su algarabía y, en el oscuro jardín trasero, como si estuvieran en una hermosa noche del estío, las luciérnagas se pusieron a lucir mágicamente.

El silencio se quebró con el ruido de la copa de Madeleine estrellándose contra el suelo. Se puso en pie de un brinco.

—¡Me voy adentro!

—Maddy, tenemos que hablar de esto.

—¡Lo único que sabéis hacer siempre que tenéis un problema es hablar con vuestro abogado!

—Pues me alegro de haber consultado con Roger sobre aquel acuerdo prematrimonial que no querías firmar —dijo Alton, con pésimo criterio.

—¡Perfecto! —dijo Madeleine—. ¡Gracias a Dios que no he perdido ni un centavo! ¡Mi vida es una ruina total pero al menos no he perdido ni un centavo de mi patrimonio! Esto no es un consejo familiar, papá. ¡Es mi vida!

Y, sin más, entró en la casa y corrió hacia su dormitorio. Durante los tres días siguientes, Madeleine se negó a comer con sus padres. Apenas bajaba de su cuarto, lo cual colocó a Mitchell en una situación harto embarazosa. Como única persona imparcial de la casa, dependía de él la comunicación entre las partes. Se sentía como Philip Habib, el enviado especial a Oriente Medio, a quien veía todas las noches en las noticias. Mientras hacía compañía a Alton a la hora de las copas, Mitchell veía las entrevistas de Habib con Yasser Arafat, o Hafez el Assad, o Menahem Begin; yendo y viniendo con mensajes de unos y otros, engatusando, aguijoneando, amenazando, adulando y tratando de evitar el estallido de una guerra a gran escala. Después de su segundo gin-tonic, Mitchell se sintió inspirado para hacer comparaciones. Atrincherada en su cuarto, Madeleine era una facción de la OLP que se ocultaba en Beirut y que emergía de cuando en cuando para lanzar una bomba escaleras abajo. Alton y Phyllida, que ocupaban el resto de la casa, eran los israelíes, implacables y mejor armados, y con el objetivo de instaurar un protectorado sobre el Líbano y decidir por Madeleine. En su servicio regular de comunicación con la guarida de Madeleine, Mitchell escuchaba sus quejas. Madeleine decía que a Alton y a Phyllida nunca les había gustado Leonard. Nunca habían querido que se casara con él. Cierto que cuando sufrió la crisis lo habían tratado muy bien, y que no habían mencionado la palabra *divorcio* hasta que no la empleó primero el propio Leonard. Pero ahora Madeleine sentía que sus padres se alegraban secretamente de que Leonard se hubiera ido, y quería castigarlos por ello. Tras hacer un acopio de información exhaustivo sobre cómo se sentía Madeleine, Mitchell volvía abajo a conferenciar con Alton y Phyllida. Los veía más comprensivos con el grave trance en el que se encontraba

Madeleine de lo que ella se hallaba dispuesta a reconocer. Phyllida admiraba su lealtad con Leonard, pero pensaba que se trataba de un empeño vano.

—Madeleine piensa que puede salvar a Leonard —dijo—. Pero la verdad es que o bien no se le puede salvar o bien no quiere que se le salve.

Alton planteó una oposición dura, y afirmaba que Madeleine debía «cortar por lo sano», pero, por sus frecuentes silencios y por las copas cargadas que bebía poco a poco mientras Habib, en la televisión, renqueaba en pantalones a cuadros por algún tramo de asfalto del desierto, era patente lo mucho que sufría por causa de Madeleine.

Siguiendo una estrategia diplomática, Mitchell desempeñó su papel y permitió que cada cual se desahogara a voluntad, a la espera del momento en que decidieran pedir consejo.

—¿Qué crees que debería hacer? —le preguntó Madeleine tres días después de su pelea con Alton.

Antes de la fiesta de Schneider, a Mitchell le habría resultado fácil responder. Habría dicho: «Divórciate de Bankhead y cástate conmigo». Ahora, dado que Bankhead no mostraba intención alguna de seguir casado, y que se hallaba perdido en algún remoto paraje de Oregón, no parecían existir muchas posibilidades de reconciliación. ¿Cómo seguir casada con alguien que no quiere seguir casado contigo? Pero los sentimientos de Mitchell respecto de Bankhead habían experimentado un cambio importante desde la conversación que mantuvo con él, y, perturbadoramente, ahora lo acuciaba algo muy parecido a la empatía, e incluso el afecto por su rival de otra época.

El tema de su larga charla en el dormitorio de Schneider había sido, curiosamente, la religión. Y, más curioso aún, quien había iniciado la conversación había sido Bankhead. Lo había hecho al mencionar el curso de ciencias de la religión que habían seguido juntos. Bankhead dijo que le habían impresionado un montón de cosas que Mitchell había dicho en aquel seminario. De ahí pasó a preguntarle a Mitchell sobre sus preferencias religiosas. Parecía nervioso y apático al mismo tiempo y en su indagación había como una desesperación tan fuerte y acre como el tabaco de los cigarrillos que liaba uno tras otro mientras hablaban. Mitchell le respondió lo que pudo. Le ofreció el testimonio de su propia experiencia religiosa en sus específicas variantes. Bankhead escuchaba atentamente, receptivamente. Parecía ávido de cualquier ayuda que pudiera brindarle Mitchell. Le preguntó si meditaba. Le preguntó si iba a la iglesia. Una vez hubo respondido a todo lo que buenamente pudo, Mitchell le preguntó a Bankhead por qué se interesaba por aquellas cuestiones. Y aquí Bankhead volvió a sorprenderle. Dijo: «¿Puedes guardar un secreto?». Aunque no se conocían apenas, y pese a que Mitchell fuera en algunos aspectos la última persona en la que a Bankhead se le hubiera ocurrido confiar, le relató a Mitchell una experiencia que había tenido recientemente, en un viaje a Europa, y que había

cambiado su actitud ante las cosas. Estaba en una playa, en mitad de la noche. Miraba el cielo estrellado cuando de pronto tuvo la sensación de que —si lo deseaba— podía elevarse en el espacio. No le había contado a nadie esta experiencia porque en aquel momento no estaba en su sano juicio, y ello tendía a desacreditar en gran medida la experiencia. Sin embargo, instantes después de que la idea le hubiera venido a la cabeza, había sucedido: súbitamente ascendía en el aire, y flotaba y llegaba al planeta Saturno. «No era en absoluto una alucinación», dijo Bankhead. «Tengo que hacer hincapié en esto. Lo sentí como el momento más lúcido de mi vida». Por espacio de un minuto, o diez minutos, o una hora —no lo sabía— había pasado junto a Saturno, y había examinado sus anillos, y había sentido en la cara el fulgor cálido del planeta, y de pronto había vuelto a la Tierra, y estaba en la playa, en un mundo plagado de problemas. Bankhead explicó que la visión —por lo que fuera— había sido el momento más sobrecogedor de su existencia. Dijo que la había percibido como «religiosa». Quería saber la opinión de Mitchell al respecto. ¿Era correcto considerarla una experiencia religiosa, por haberla sentido así, o la invalidaba el hecho de haber estado técnicamente «loco» a la sazón?, y en caso de ser inválida, ¿por qué seguía fascinándole?

Mitchell le había respondido que, según alcanzaba a entender, las experiencias místicas importaban sólo en la medida en que cambiaban la concepción de la realidad del sujeto en cuestión, y si tal concepción —modificada— llevaba a éste a un cambio de conducta y de acción, a una pérdida de ego.

En ese momento Bankhead encendió otro cigarrillo. «Eso es lo que me pasa», dijo con voz queda, íntima. «Estoy preparado para dar el salto kierkegaardiano. Mi corazón está listo. Mi cerebro está listo. Pero mis piernas se niegan a moverse. Puedo pasarme el día diciéndoles “Saltad” Y nada».

Bankhead, después, tenía un aire triste, y se había mostrado súbitamente distante. Había dicho adiós y se había marchado del cuarto.

Aquella conversación cambió la actitud de Mitchell con Bankhead. Ya no podía odiarlo. La parte de Mitchell que se hubiera regocijado con el derrumbamiento de Bankhead se había desactivado. A lo largo de toda la charla, Mitchell había sentido lo que tanta gente había sentido antes que él: el abrazo inmensamente gratificante de la inteligente e integral atención de Bankhead. Mitchell sintió que, en otras circunstancias, Leonard Bankhead y él podrían haber sido muy buenos amigos. Comprendía perfectamente por qué Madeleine se había enamorado de él, y por qué había querido ser su esposa.

Más aún: Mitchell no podía evitar respetar a Bankhead por lo que había hecho. Era posible que llegara a recuperarse de su depresión; de hecho, con el tiempo, era más que probable. Bankhead era un tipo inteligente. Podría salir adelante. Pero cualquier éxito que pudiera lograr en la vida no iba a serle fácil. Siempre se vería

ensombrecido por su enfermedad. Y él había querido ahorrarle eso a Madeleine. Aún le esperaba un largo camino por recorrer para salir con bien de aquel trance, y él quería hacerlo por sí mismo, con los mínimos daños colaterales.

Así, el verano llegó a su fin. Mitchell siguió en casa de los Hanna, dando largos paseos hasta la casa de reuniones de los amigos. Cada vez que sugería que había llegado el momento de marcharse, Madeleine le pedía que se quedara un poco más, y él accedía a hacerlo. Dean y Lillian no podían entender por qué no volvía a casa de inmediato, pero el alivio de saber que no seguía en la India les infundía la paciencia necesaria para esperar un poco más para volver a verle la cara.

Julio se convirtió en agosto, y Bankhead seguía sin llamar. Un fin de semana, Kelly Traub fue a Prettybrook con las llaves del apartamento. Despacio, un poco cada día, Madeleine empezó a preparar las cosas que quería llevarse a Manhattan. En el sofocante espacio del ático que hacía de almacén, vestida con una falda de tenis y la parte de arriba del bikini, con la espalda y los hombros relucientes, fue eligiendo las piezas del mobiliario que pensaba enviar en el transporte, y revisó armarios y alacenas en busca de vasos y demás piezas sueltas. Apenas comía, sin embargo. Tenía accesos de llanto. Quería volver una y otra vez sobre la cadena de sucesos de su vida reciente, empezando por la luna de miel y terminando por la fiesta de Schneider, como si fuera posible encontrar el momento en que, si hubiera actuado de forma diferente, nada de todo aquello habría acontecido. Las únicas veces que a Madeleine se le alegraba el ánimo era cuando alguna vieja amiga iba a casa a visitarla. Con sus amigas —las mejores eran las más recientes y más excéntricas; se había encariñado mucho con unas chicas que habían estudiado en Lawrenceville con nombres como Weezie—, Madeleine parecía capaz de volver a los años de la adolescencia. Iba de compras con ellas al centro. Se pasaba horas probándose ropa. En casa, se tendían junto a la piscina, bronceándose y leyendo revistas, mientras Mitchell se retiraba a la sombra del porche, observándolas de lejos con deseo y revulsión, una reacción idéntica a la de sus tiempos de secundaria. A veces Madeleine y sus amigas, aburridas, trataban de engatusar a Mitchell para que nadaran todos juntos, y entonces él dejaba el libro de Merton e iba hasta la piscina y se quedaba de pie al borde de ella, tratando de no mirar fijamente el cuerpo casi desnudo de Madeleine que relucía en medio del agua.

—¡Venga, métete, Mitchell! —le suplicaba.

—No tengo traje de baño.

—Pues en calzoncillos.

—No me gusta bañarme en calzoncillos.

Luego las chicas de Lawrenceville se iban y Madeleine recuperaba el juicio, y volvía a sentirse tan sola y desdichada y reclusa en sí misma como una institutriz. Y se reunía con Mitchell en el porche, donde la esperaban los libros de bolsillo

caldeados por el sol y el café helado.

De cuando en cuando, a medida que pasaban los días, Alton o Phyllida volvían a intentar que Madeleine decidiera qué quería hacer. Pero ella los desairaba una y otra vez.

Se acercaba septiembre. Madeleine eligió los seminarios del semestre de otoño, uno sobre la novela del siglo XVIII (*Pamela, Clarissa, Tristram Shandy*), y otro sobre las novelas en tres volúmenes del XIX, impartido desde una perspectiva posestructuralista por Jerome Shilts. La llegada de Madeleine a Columbia coincidió con la primera vez que esta universidad admitía en sus aulas a estudiantes femeninas, lo que Madeleine interpretó como un buen augurio.

Por mucho que Madeleine quisiera tener a su lado a Mitchell; por cercanos el uno al otro que hubieran estado aquel verano, Madeleine no dio ninguna señal clara de que sus sentimientos por él hubieran cambiado de forma significativa. Se volvió más libre en su forma de actuar, se cambiaba de ropa delante de él, limitándose a decir: «No mires». Y Mitchell no miraba. Desviaba la mirada, y *escuchaba* cómo se desvestía. Intentar algo con Madeleine se le antojaba injusto. Habría sido aprovecharse de su tristeza. Y que un tipo intentara tocarle de ese modo era lo último que ella necesitaba en ese momento.

Un sábado por la noche, muy tarde, Mitchell leía en la cama cuando oyó que la puerta del ático se abría. Madeleine fue hasta el cuarto de Mitchell. Pero en lugar de entrar y sentarse en el borde de la cama, no hizo sino asomar la cabeza y decir:

—Quiero enseñarte una cosa.

Y desapareció. Mitchell esperó mientras la oía arrastrar los pies por el ático, moviendo cajas. Al cabo de unos minutos volvió con una caja de zapatos en la mano. Y con una revista académica en la otra.

—¡Tachán! —dijo Madeleine, tendiéndole la revista—. Ha llegado en el correo de hoy.

Era un ejemplar de *The Janeite Review*, editado por M. Myerson, en el que figuraba un trabajo de una tal Madeleine Hanna titulado: «Creí que nunca lo preguntaría: pensamientos sobre la trama nupcial». Era maravilloso, pese a que un error de impresión había cambiado de posición dos páginas de su trabajo. Mitchell no veía tan feliz a Madeleine desde hacía varios meses. Le dio la enhorabuena, tras lo cual ella procedió a enseñarle el contenido de la caja de zapatos. Estaba cubierta de polvo. La había encontrado en un rincón de un armario cuando preparaba las cosas para la mudanza. Llevaba en su escondrijo cerca de diez años. Sobre la tapa, con tinta negra, se leía las palabras «Kit de supervivencia de la soltera». Madeleine le explicó que Alwyn se lo había regalado en su decimocuarto cumpleaños. Le enseñó todo lo que había dentro: las bolas chinas, el «*cosquillador* francés», los «fornicadores» de plástico, y, por supuesto, la «polla deshidratada», ahora muy difícil de identificar,

pues los ratones habían roído a conciencia el palitroque. En un momento dado de esta visita de Madeleine, Mitchell tuvo el valor de hacer lo que no se había atrevido a hacer a los diecinueve años. Dijo:

—Deberías llevarte todo esto a Nueva York. Es justo lo que necesitas.

Y cuando Madeleine se quedó mirándole, él inclinó el cuerpo hacia ella y la empujó con suavidad hasta acostarla sobre la cama.

La avalancha de detalles que siguieron desbordaron la capacidad de Mitchell para disfrutar de ellos de inmediato. Mientras le quitaba la ropa a Madeleine, prenda por prenda, se vio enfrentado a la realidad física de las cosas que llevaba tanto tiempo imaginando. Se daba una tensión incómoda entre ambas cosas —realidad y ensueño—, de forma que al cabo de un rato ninguna de las dos parecía enteramente real. ¿Era realmente el pecho de Madeleine lo que estaba abarcando ahora con la boca, o era algo que él había soñado, o que ahora mismo estaba soñando? ¿Por qué, si ella estaba por fin ante él en carne y hueso, se le antojaba tan carente de olor, y tan vagamente extraterrestre? Hizo lo que pudo; perseveró. Puso la cabeza entre las piernas de Madeleine y abrió la boca, como si estuviera cantando, pero la zona era en cierto modo inhospitable, y las reacciones de respuesta de Madeleine sonaban muy lejanas. Mitchell se sintió muy solo. Y ello le producía menos decepción que desconcierto. En un momento dado, cuando le estaba frotando una tetilla con los labios, Madeleine gimió y dijo:

—De verdad, Mitchell, tendrías que empezar a usar desodorante.

Poco después se quedó dormida.

Los pájaros lo despertaron temprano, y cayó en la cuenta de que era el primer día. Se vistió rápidamente, besó a Madeleine en la mejilla y salió corriendo hacia la casa de reuniones de los amigos. El camino atravesaba el barrio de los Hanna —un barrio de casas grandes y añejas—, y la propia e irremediablemente pintoresca población de Prettybrook, con su plaza y su estatua de Washington cruzando el Delaware (que discurría a unos veinte kilómetros de distancia), y una serie de calles arboladas, y bordeaba un campo de golf y finalmente se abandonaba la ciudad y empezaba el campo de batalla. El paisaje iba desarrollándose ante los ojos de Mitchell como si lo estuviera viendo en una pantalla. Se sentía demasiado feliz para verse implicado en él, y aunque estaba caminando era como si estuviera quieto y en pie. Una y otra vez se llevaba las manos a la nariz para inhalar el olor de Madeleine. También eso era más débil de lo que hubiera deseado. Mitchell sabía que el acto de amor físico entre los dos no había sido perfecto la noche anterior, o incluso nada satisfactorio en absoluto, pero ambos tenían todo el tiempo del mundo para hacer que ello cambiara.

Por tanto, en su primer acto de fidelidad, Mitchell se detuvo en el drugstore del centro y compró un desodorante Mennen Speed Stick. Lo llevó en la bolsa durante todo el camino hasta la casa de reuniones, y se lo puso sobre las rodillas después de

sentarse.

El día iba a ser caluroso. Así pues, había más gente que de costumbre en la reunión de las siete de la mañana, a fin de aprovechar aquella temperatura temprana mucho más fresca. La mayoría de los amigos se hallaban ya abismados en sí mismos, pero Joe y June Yamamoto —que aún seguían con los ojos abiertos— le dieron la bienvenida con un gesto.

Mitchell se sentó, cerró los ojos y trato de vaciar la mente. Pero le resultó imposible. Durante el primer cuarto de hora no pudo hacer otra cosa que pensar en Madeleine. Recordaba lo que él había sentido al tenerla entre sus brazos, y los ruidos que ella había hecho. Se preguntó si Madeleine le pediría que fuera a vivir con ella al apartamento de Riverside Drive. O si no sería mejor conseguir un sitio propio, cercano, y tomarse las cosas un poco más despacio. Sea como fuere, tenía que volver a Detroit a ver a sus padres. Pero no tenía que quedarse mucho tiempo. Volvería a Nueva York, y encontraría un trabajo, y vería cómo iban desarrollándose las cosas.

Cada vez que se sorprendía pensando en ello, se obligaba con delicadeza a enfocar la atención en otra parte.

Durante un rato, logró sumirse en la hondura. Inspiraba y espiraba, y atendía. Entre todos los demás cuerpos que atendían. Pero aquel día había algo diferente. Cuanto más lograba ahondar dentro de sí mismo, más inquieto se sentía. En lugar de sentir la felicidad de antes, crecía en él un desasosiego, como si el suelo fuera a ceder bajo sus pies. No podría dar fe de que lo que experimentó a continuación fue una Interiorización de la Luz. Aunque los cuáqueros creían que Cristo se manifestaba a cada persona, sin intermediarios, y que cada persona era capaz de tomar parte en una revelación continuada, las cosas que Mitchell vio no constituyeron revelaciones de trascendencia universal. Una voz mansa y liviana le estaba hablando, pero le decía cosas que él no quería oír. De pronto, como si hubiera entrado en contacto real con su Ser Profundo y pudiera contemplar su situación de un modo objetivo, Mitchell comprendió por qué hacer el amor con Madeleine le había parecido tan extrañamente vacío. Porque Madeleine no había venido a él; sólo se había ido de Bankhead. Tras oponerse a sus padres durante todo el verano, Madeleine estaba cediendo ante la necesidad de la anulación de su matrimonio y para dejarlo claro respecto de sí misma, había subido al ático —al cuarto de Mitchell— la noche anterior.

Él era su kit de supervivencia.

La verdad lo iluminó como una luz, y si alguno de los amigos sentados a su lado vio a Mitchell secándose los ojos no dio la menor muestra de ello.

Había llorado durante los diez últimos minutos, tan calladamente como había podido. En determinado instante la voz le dijo también que, además de no vivir jamás con Madeleine, tampoco iría a ninguna escuela de teología. No estaba claro lo que iba a hacer con su vida, pero no iba a ser un monje, ni un pastor, ni un erudito. La voz le

urgió a escribir al profesor Richter para decírselo.

Pero ése fue todo el discernimiento que la Luz llegó a brindarle, porque un minuto después Clyde Pettengill le daba la mano a su mujer Mildred, y acto seguido todos los presentes en la casa de reuniones se iban estrechando la mano sucesivamente.

Fuera, Claire Ruth había dispuesto los *muffins* y el café sobre la mesa de los refrigerios, pero Mitchell no se quedó a conversar. Enfiló el sendero, pasó por el cementerio cuáquero, donde las tumbas no llevaban nombres inscritos.

Media hora después, entró en Wilson Lane por la puerta delantera. Oyó a Madeleine moviéndose en su dormitorio, y subió las escaleras.

Al entrar en el cuarto, Madeleine miró hacia otra parte, y siguió así durante el tiempo suficiente para confirmar la intuición de Mitchell.

Mitchell no permitió que las cosas se volvieran más embarazosas de lo que ya lo eran. Habló rápidamente.

—¿Sabes aquella carta que te envié? ¿Desde la India?

—¿La que no me llegó?

—Ésa misma. Tengo una memoria un poco esquemática de ella, por las razones que te expliqué. Pero había una parte, al final, en la que te decía que te iba a decir algo, a pedirte algo, pero que tenía que hacerlo en persona.

Madeleine aguardó.

—Es una pregunta literaria.

—De acuerdo.

—Entre los libros que leías para tu tesis, y para tu artículo (las obras de Austen y James y demás), ¿había alguna novela en la que la heroína se casa con el tipo que no debe y luego se da cuenta del error; y entonces aparece el otro pretendiente, alguien que siempre ha estado enamorado de ella, y entonces se juntan, y entonces el segundo pretendiente cae en la cuenta de que lo último que esa mujer necesita es volver a casarse, de que tiene cosas más importantes que hacer en su vida? ¿De forma que al final este hombre no le propone matrimonio, a pesar de seguir amándola? ¿Hay alguna novela que termine así?

—No —dijo Madeleine—. No creo que haya ninguna novela que termine así.

—¿Pero crees que podría estar bien? ¿Como final?

Miró a Madeleine. Puede que no fuera tan especial, después de todo. Era su ideal, pero una concepción temprana de él, algo que él superaría con el tiempo. Le dirigió una mirada ligeramente tonta. Se sentía mucho mejor consigo mismo, como si se sintiera capaz de hacer algún bien en el mundo.

Madeleine se sentó encima de una caja de embalaje. Tenía la cara más demacrada que de costumbre, y con más años. Entrecerró los ojos, como tratando de enfocar a Mitchell.

Se acercaba por la calle un camión de mudanzas, e hizo temblar la casa. El gran danés artrítico de los vecinos bramó contra él con ladrido ronco.

Y Madeleine siguió encogiendo los ojos una y otra vez, como si Mitchell estuviera ya muy lejos, hasta que finalmente, sonriendo con gratitud, respondió:

—Sí.

Notas

[1] En inglés el título es *A Sorrow Bryond Dreams* (literalmente: *Una aflicción allende los sueños*, es decir, allende lo imaginable). El título en castellano (*Desgracia impeorable*, obra del autor de la traducción Eustaquio Barjau), al incorporar un neologismo perfectamente verosímil, resuelve quizá con mayor altura literaria la contraposición de los conceptos «dicha mayor que la que se puede desear», y «desdicha mayor que la que se puede desear» del dicho alemán y del título de Handke, respectivamente. (N. del T.) <<

[2] Brick, aparte de nombre propio, es un sustantivo que significa «ladrillo». (*N. del T./em>*) <<

[3] El equívoco surge porque Dabney dice *soaps*, y *soap* es jabón. Pero *soap operas* es «telenovelas» o «teleseries». (N. del T.) <<

[4] Título inglés de una miscelánea de Eco entresacada de *Apocalípticos e integrados*, *Obra abierta*, *Las formas del contenido*, *Lector in fabula* y *El superhombre de masas*. (N. del T.) <<

[5] Citas de *De la gramatología*, de Derrida, en traducción de O. Del Barco y C. Ceretti (Siglo XXI, México, 1971). (*N. del T.*)<<

[6] Madeleine dice: «*I'd love to*» (literalmente: «Amaría hacerlo», algo imposible de decir en español). Es, obviamente, una forma de decir «Me encantaría»; Leonard ha empleado antes otra, más habitual («*I'd be happy to*»). Lo crucial es que Madeleine ha introducido la palabra «*love*» (amar, amor). (N. del T.)<<

[7] Seder: cena ritual judía. *Matzd*: pan ácimo. *Afikaman*: la mitad de un *matzd* que se guarda para postre. Twinkie: pastelillo muy apreciado por los niños norteamericanos. (N. del T.)<<

[8] Julia Child: cocinera y celebridad televisiva estadounidense. *The Galloping Gourmet*; programa de Graham Kerr, otra celebridad televisiva. (N. del T.)<<

[9] Matiz intraducible: *whip out*: «sacar rápidamente», como quien desenfunda una pistola. (N. del T.)<<

[10] Personaje principal de *Taxi Driver*, interpretado por Robert de Niro. (*N. del T.*)<<

[11] Del poema «La playa de Dover», de Matthew Arnold. (*N. del T.*)<<

[12] En *slang*, el hombre que entra por la puerta de atrás para tener una relación sexual con la señora de la casa. (*N. del T.*)<<

[13] *Missing in action*: desaparecido en combate. (N. del T.)<<

[14] Bebida india de yogur y marihuana. (*N. del T.*)<<

[15] En jerga, «coño». (*N. del T.*)<<

[16] En lugar de «*I love you*». Juego de palabras con «*glove*» (en jerga, «condón»). (*N. del T.*) <<



JEFFREY EUGENIDES.(Detroit, Míchigan; 8 de marzo de 1960) novelista estadounidense de ascendencia griega. Se licenció en la Universidad de Brown en 1983 y realizó un máster de escritura creativa en la Universidad de Stanford. Vivió con su familia en Berlín entre 1997 y 2004 y está casado con la artista Karen Yamauchi. Actualmente viven en Princeton, New Jersey. Es muy reacio a las apariciones públicas o a divulgar detalles de su vida privada.